



**El museo  
de los horrores  
de**

**H. P. LOVECRAFT**

Lectulandia

«Es medianoche. Antes del alba darán conmigo y me encerrarán en una celda negra, donde languideceré interminablemente, mientras insaciables deseos roen mis entrañas y consumen mi corazón, hasta ser al fin uno con los muertos que amo.

Mi asiento es la fétida fosa de una vetusta tumba; mi pupitre, el envés de una lápida caída y desgastada por los siglos implacables; mi única luz es la de las estrellas y la de una angosta media luna, aunque puedo ver tan claramente como si fuera mediodía. A mi alrededor, como sepulcrales centinelas guardando descuidadas tumbas, las inclinadas y decrepitas lápidas yacen medio ocultas por masas de nauseabunda maleza en descomposición. Y sobre todo, perfilándose contra el enfurecido cielo, un solemne monumento alza su austero chapitel ahusado, semejando el espectral caudillo de una horda fantasmal. El aire está enrarecido por el nocivo olor de los hongos y el hedor de la húmeda tierra mohosa, pero para mí es el aroma del Elíseo. Todo es quietud —terrorífica quietud—, con un silencio cuya intensidad promete lo solemne y lo espantoso.

De haber podido elegir mi morada, lo hubiera hecho en alguna ciudad de carne en descomposición y huesos que se deshacen, pues su proximidad brinda a mi alma escalofríos de éxtasis, acelerando la estancada sangre en mis venas y forzando a latir mi lánguido corazón con júbilo delirante... ¡Porque la presencia de la muerte es vida para mí!».

(de *Los amados muertos*).

**Lectulandia**

H. P. Lovecraft

# **El museo de los horrores**

ePub r1.0

Watcher 25-04-2019

Título original: *El museo de los horrores*  
H. P. Lovecraft, 1993  
Traducción: José Antonio Álvaro Garrido  
Ilustración de cubierta: H. R. Giger

Editor digital: Watcher  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



## INTRODUCCIÓN

*L*A influencia de H. P. Lovecraft es algo que ha quedado de manifiesto en el terror moderno. Dicha influencia comienza en su época, gracias al espíritu de H. P. L. por salir del aislamiento y comunicar sus sensaciones a todas aquellas personas que compartieron su visión de la literatura fantástica. La masiva correspondencia, la labor de corrector de estilo, todo ello unido a una estilística propia, hicieron que su obra y su mundo personal trascendieran hacia la creación de un auténtico círculo creativo que llega hasta nuestros días. Las colaboraciones que aquí presentamos son una muestra fundamental de este espíritu.

Las colaboraciones con Winifred Virginia Jackson, La pradera verde y El caos reptante, son elaboradas en una época en la que H. P. Lovecraft conoce la obra del irlandés lord Dunsany. De estos años son sus poemas en prosa y sus cuentos de clara influencia dunsaniana: Polaris, Celephais, Los gatos de Ulthar y La búsqueda de Iranon. Lovecraft seguía adorando las visiones de Edgar Allan Poe, pero el nuevo encuentro con el irlandés le lleva más allá, hacia los albores del mundo del sueño. Tanto La pradera verde como El caos reptante son dos fantasías diletantes, de regusto simbolista, propias de un Poe afín a sus cuentos Silencio y Sombra, y de un Dunsany adorador de los imperios grecolatinos. También, en los dos relatos que aquí presentamos, encontramos una de las tesis fundamentales en la obra de H. P. L.: el descubrimiento de un saber oculto e innombrable que lleva irremediablemente a la locura. Una de sus obras maestras contemporáneas que lleva impreso este mensaje es La declaración de Randolph Carter.

Estos primeros años de colaboraciones son motivados por la progresiva apertura del autor hacia el mundo exterior desde su Providence natal. Una serie de factores familiares causan esta tendencia: la enfermedad de su madre y la muerte en 1921. La crisis personal de Lovecraft llega a agudizarse hasta el punto de pensar en el suicidio, pero nuevas relaciones afectivas surgen como contrapunto: el contacto continuado con diferentes aficionados de la prensa no profesional, presente en el incremento de su



correspondencia, y, sobre todo, la presencia femenina de la que sería su mujer: Sonia Greene. En los años siguientes irá incrementando sus viajes y se olvidará un poco de su añorada Providence. Pero hay otro elemento importante en su apuesta por la vida. La decadencia familiar, traducida en falta de recursos económicos, le fuerzan a convertirse en un escritor mercenario para otros, aunque nunca podrá abandonar del todo la pose victoriana y anglofila: los sueños de un caballero diletante. Y ya se sabe: un lord jamás se entregaría a la muerte si cuenta con el arte.

En gran parte de las colaboraciones que aquí presentamos hay un aspecto común que destaca por su evidencia: una clara tendencia a lo paródico, bajo el tamiz de un horror rural con ciertos toques costumbristas, tan propios de Lovecraft. Si nos fijamos en sus textos clásicos, podremos entrever que existe una barrera muy débil entre lo ominoso y lo esperpéntico. Sólo hemos de fijarnos en *El horror en el cementerio*, con Hazel Heald, donde el lector es llevado de la bufonada a lo grotesco. Pero si vamos analizando algunos detalles de los relatos, comprobaremos esta postura: los bañistas cachas que tiran del cabo de salvamento, mientras el protagonista está paralizado de terror, en *El horror de Martin's Beach*; el aire de paisanaje de *El devorador de fantasmas*; las genuflexiones del siniestro Surama en *La última prueba*; el histriónico asesino de *El verdugo eléctrico*; la vuelta del revés de los órganos del joven Clay por investigar los secretos prohibidos de *El túmulo*; el disfraz del dueño del Museo Rogers en *Horror en el museo*, y hasta la venganza exótica de la mosca en *Muerte alada*. Son detalles que hablan de un Lovecraft que no sólo exorcizaba sus miedos internos escribiendo, sino que trataba de reírse de ellos.

Sin duda, la mejor narración de esta antología es *Los amados muertos*. Aquí, la necrofilia del protagonista se hace sexual, para espanto de los puritanos lectores de *Weird Tales*, revista donde apareció dicho relato. El lazo de medusa tampoco es una historia desdeñable —si podemos olvidar la propensión racista del autor—, donde los elementos gore del clímax final anteceden la más refinada casquería de la reciente novela de terror. Por último, en *El verdugo eléctrico*, el artilugio del asesino protagonista coloca a éste en la galería de los psicokillers modernos. En definitiva, Lovecraft también va más allá de sus propios Mitos de Cthulhu, si tenemos en cuenta el género en la actualidad.

Pero nunca podremos hablar de H. P. L. sin referirnos a su sothotería. A partir del año 1924, sus colaboraciones llevan el sello impreso del ciclo mítico que le ha hecho famoso. Con *La ciudad sin nombre* (1920), el autor

había iniciado su andadura dentro del nuevo estilo, citando ya el Necronomicón<sup>[1]</sup> y a su autor loco, Abdul Alhazred. El ceremonial (1923) muestra su obsesión por ciertos ritos familiares de una Nueva Inglaterra prohibida. Pero será en La llamada de Cthulhu (1926), El horror de Dunwich (1929) y, finalmente, en La sombra sobre Innsmouth (1931) cuando sus monstruos primigenios tomarán forma definitiva. En Sordo, mudo y ciego, colaboración con C. M. Eddy, y sobre todo en El diario de Alonzo Typer, con William Lumley, encontraremos la referencia clásica del solitario personaje que dará testimonio de su experiencia terrorífica elaborando un manuscrito. Dentro de esta línea se sitúa Horror en el museo: una auténtica galería sobre los Mitos de Cthulhu. También, hay dos de los textos que forman un ciclo propio: El túmulo y la Maldición de Yig. En ambos, podremos degustar las leyendas indias, las aventuras de los pioneros norteamericanos, mezcladas con los mitos del autor. El primero de estos dos relatos cuenta la curiosa historia de un conquistador español, Pánfilo de Zamacona, y su odisea en el mundo subterráneo de Xinaian. El carácter utópico de ese mundo antecede, salvando las distancias, lo que más tarde nos contará Lovecraft sobre la sociedad de los antiguos en En la noche de los tiempos (1934).

En esta introducción me he ido refiriendo a las obras contenidas en este libro como si fueran propiamente de H. P. Lovecraft, nombrando de pasada a algunos de sus colaboradores. El hecho cierto es que son más del primero que de los segundos. Generalmente, él recibía una idea, un bosquejo o el esqueleto de una futura historia y la redactaba o la reescribía por completo. La mayoría de las ganancias se las llevaban los supuestos colaboradores, incluso la autoría en las revistas donde se publicaban, debido al empeño de H. P. L. por mantener la pose de caballero desinteresado. Pero como ya hemos dicho antes, este diletantismo puede trascender la supuesta imbecilidad del autor—como algunos críticos poco avezados han señalado—para transformarse en una actividad vital. Sin embargo, en los textos con C. M. Eddy, R. H. Barlow y uno con Hazel Heald pudo comprobarse una mayor presencia de estos autores. Estos comentarios podrían parecer un tanto peregrinos para el lector, algo a aceptar o rechazar, si no tuvieran un fundamento de base: la excelente edición norteamericana de S. T. Joshi, basada en los manuscritos originales, de donde hemos realizado la traducción.

Para preparar la presente antología he llevado a cabo una nueva clasificación, teniendo en cuenta el orden cronológico de elaboración de los relatos, coincidiendo dichas fechas con los bloques de cada uno de los



*colaboradores. He eliminado tres de los cuentos que aparecían en la edición anterior publicada en castellano. Cuatro en punto y Dos botellas negras son dos relatos donde Lovecraft en realidad no participó, en el caso del primero, o su colaboración fue nimia en relación con el segundo. El otro, Fuera del tiempo, con Hazel Heald, está redactado en su totalidad por H. P. L.; sin embargo, todos los lectores lo conocen suficientemente gracias a la antología clásica de Rafael Llopis sobre Los Mitos de Cthulhu.*

*El lector tiene ante sí, por primera vez, los auténticos relatos en colaboración de H. P. Lovecraft, diferentes en algunos aspectos de aquellos publicados en la anterior edición española, que, aparte de sus errores de traducción, fueron recopilados de una antología original diferente, basada en las publicaciones de revista, muchas de ellas modificadas por los editores respectivos.*

*Alberto Santos Cantillo  
Septiembre 1993*

## LA PRADERA VERDE<sup>[2]</sup>

NOTA PRELIMINAR: El curiosísimo relato, o relación de impresiones, que sigue fue descubierto en circunstancias tan extraordinarias que merecen una detallada descripción. En la tarde del miércoles 27 de agosto de 1913, sobre las ocho y media, los habitantes de la pequeña población costera de Potowonket, Maine, USA, fueron sobresaltados por un estampido atronador acompañado de un cegador fogonazo, y las personas cercanas a la orilla contemplaron una gigantesca bola de fuego caer desde los cielos al mar, a poca distancia, levantando una prodigiosa columna de agua. El siguiente domingo, una partida de pesca integrada por John Richmond, Peter B. Carr y Simon Canfield atrapó en sus redes, y arrastró hasta la orilla, una masa de piedra metálica de unos 163 kilogramos de peso y la apariencia (según dijo Mr. Canfield) de un trozo de escoria. La mayoría de los lugareños convino en que aquel pesado cuerpo no era sino la bola de fuego que había caído de los cielos cuatro días antes; y el doctor Richmond M. Jones, la autoridad científica local, admitió que debía tratarse de un aerolito o roca meteórica. Al arrancar algunos fragmentos para enviarlas a un experto analista de Boston, el doctor Jones descubrió, incrustado en la masa semimetálica, el extraño libro que contiene el siguiente relato y que aún obra en su poder.

La forma del descubrimiento recuerda a la de una libreta ordinaria de unos 12 × 7 centímetros de tamaño y treinta páginas de contenido. El material, no obstante, presenta grandes particularidades. Aparentemente, las tapas son de alguna sustancia oscura y pétreo desconocida para los geólogos, e irrompible bajo medios mecánicos. Los agentes químicos tampoco parecen tener efecto sobre ellas. Las páginas son prácticamente iguales, excepto que son de un color más claro y tan extremadamente delgadas como rotundamente flexibles. El conjunto está encuadernado por algún método que no resulta demasiado claro para quienes lo han estudiado; un proceso que implica la adhesión de la sustancia de las hojas a la cubierta. Estos materiales no pueden ser ahora separados, ni las hojas rasgadas, por mucha fuerza que se emplee. El

manuscrito es *griego del más puro estilo clásico*, y varios estudiantes de paleografía declararon que los caracteres son de un estilo cursivo empleado hacia el segundo siglo antes de Cristo. Poco hay en el texto que ayude a fecharlo. La apariencia mecánica de la escritura sólo permite suponer que ha sido registrada con un método similar a la moderna pizarra y tiza. En el transcurso de las pruebas analíticas realizadas por el difunto profesor Chambers de Harvard, algunas páginas, sobre todo las del final del relato, fueron manchadas hasta el punto de imposibilitar su posterior lectura; un hecho que constituye una pérdida poco menos que irreparable. El contenido restante fue transcrito al griego moderno por el paleógrafo Rutherford y entregado en esta forma a los traductores.

El profesor Mayfield, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, que examinó muestras de la extraña piedra, manifiesta que es un verdadero meteorito; una opinión que el doctor Von Winterfeldt de Heilderberg (recluido como loco peligroso en 1918) no suscribe. El profesor Bradley adopta una postura menos dogmática, indicando que ciertos ingredientes totalmente desconocidos están presentes en grandes cantidades y advirtiendo que aún no es posible su clasificación.

La presencia, naturaleza y mensaje del extraño libro constituye un problema tan importante que no puede apuntarse explicación alguna. El texto, o lo que se ha conservado, se ofrece aquí tan literalmente como permite nuestro lenguaje, con la esperanza de que algún lector pueda finalmente aportar una explicación y resolver uno de los mayores enigmas científicos de los últimos años.

## LA HISTORIA

**E**RA un lugar pequeño, y yo estaba solo. A un lado, más allá de una franja de intenso y ondulante verdor, estaba el mar: azul, luminoso y agitado, y emanando exhalaciones de vapores que me intoxicaban. En efecto, aquellas emisiones eran tan profusas que creaban en mí una extravagante impresión de fusión entre el cielo y el mar, porque los cielos eran igualmente azules y brillantes. Al otro lado estaba el bosque, casi tan antiguo como el mar mismo y extendiéndose sin fin tierra adentro. Era muy oscuro, porque los árboles eran grotescamente grandes y frondosos, e increíblemente numerosos. Sus troncos gigantescos eran de un verde horrible que combinaba extrañamente con la angosta franja verde donde me hallaba. A cierta distancia, a ambos lados, el sorprendente bosque alcanzaba el borde del agua, sepultando la línea de la costa y encerrando completamente la estrecha zona. Algunos árboles,

según observé, se alzaban en el agua misma, como irritados ante cualquier traba a su avance.

No vi seres vivientes, ninguna señal de que algo vivo, salvo yo mismo, hubiera nunca existido. El mar, el cielo y el bosque me rodeaban y se extendían hasta regiones más allá de mi imaginación. No había ningún sonido excepto el de los árboles agitados por el viento y el ruido del mar.

Mientras permanecía en este silencioso lugar, comencé repentinamente a temblar, porque aunque no sabía cómo había llegado allí y apenas podía recordar mi nombre ni lo que había sido, sentí que podía enloquecer si entendía lo que acechaba a mi alrededor. Recordé cosas que había leído, que había soñado, que había imaginado y anhelado en otra vida distante. Pensé en las largas noches en que había contemplado las estrellas del cielo y maldecido a los dioses porque mi espíritu libre no podía cruzar los inmensos abismos inaccesibles a mi cuerpo. Había invocado antiguas blasfemias y terribles arcanos del papiro de Demócrito; pero, mientras volvía la memoria, me estremecía con profundo terror, porque supe que estaba solo... horriblemente solo. Solo y, sin embargo, cercano a los impulsos sensibles de una vaga e inmensa entidad que rogaba no comprender ni encontrar jamás. En el susurro de las oscilantes ramas verdes imaginé detectar una especie de odio maligno y triunfo demoníaco. A veces, parecían sostener una horrible conversación con seres espantosos e inimaginables, medio ocultos tras las masas verdes y escamosas de los árboles; escondidos de la vista, mas no de la consciencia. La sensación más opresiva era un siniestro sentimiento de estar desplazado. Aunque veía a mi alrededor objetos que podía nombrar... árboles, hierba, mar y cielo, sentía que su relación conmigo no era la misma que la de los árboles, hierba, mar y cielo que conocí en otra vida débilmente recordada. No podía precisar la naturaleza de la diferencia, pero me estremecía completamente atemorizado mientras esto se grababa en mi ser.

Y entonces, en un punto donde antes no había distinguido nada excepto el mar brumoso, divisé la Pradera Verde, separada de mí por una vasta extensión de aguas azules y rizadas, con olas punteadas por el sol, y, sin embargo, extrañamente cerca. A menudo atisbaría temerosamente sobre mi hombro en dirección a los árboles, pero prefería observar la Pradera Verde, que me afectaba sobremanera.

Fue mientras mantenía los ojos fijos en esta curiosa franja, cuando sentí el movimiento del suelo bajo mis pies. Comenzando con una especie de agitación rítmica, que contenía una temible sugerencia de acción consciente, la porción de orilla donde me hallaba se desgajó de la ribera herbosa y

comenzó a flotar mar adentro, arrastrada lentamente hacia adelante como a merced de alguna corriente irresistible. No me moví, atónito y sobresaltado por aquel fenómeno sin precedentes; permanecí totalmente inmóvil hasta que una ancha vía de agua se abrió entre la arboleda y yo. Entonces caí en una especie de ensueño y, de nuevo, me volví para contemplar las soleadas aguas y la Pradera Verde.

Tras de mí, los árboles y los seres que éstos pudieran haber estado ocultando parecían irradiar una inmensa amenaza. Esto lo supe sin volver la vista hacia ellos, porque mientras me iba adaptando al lugar disminuía progresivamente la dependencia de los cinco sentidos que habían sido mi único instrumento. Sabía que el gran bosque herrumbroso me odiaba, aunque ahora estaba a salvo, porque el pedazo de orilla me había alejado de la ribera.

Pero mientras un peligro había pasado, otro se perfilaba ante mí. Trozos de tierra se desprendían sin cesar de la isla flotante que me sostenía, por lo que la muerte no estaba, en ningún caso, lejos. Pero aun entonces me parecía sentir que esa muerte no sería tal para mí, porque de nuevo volvía mis ojos a la Pradera Verde, imbuido con un curioso sentimiento de seguridad, en extraño contraste con mi horror generalizado.

Fue entonces cuando oí, a una distancia inconmensurable, el sonido de las aguas desplomándose. No el de una simple cascada como las que había conocido, sino el que podría escucharse en las lejanas tierras escitas si todo el Mediterráneo se vertiera en un abismo insondable. Era hacia aquel sonido al que mi menguante isla se dirigía, pero yo estaba contento.

Lejos y atrás ocurrían extraños y terribles sucesos; acontecimientos que me hicieron volverme para mirar, aunque me estremeciera el afrontarlos. Porque, en el cielo, formas oscuras y vaporosas revoloteaban fantásticamente, cerniéndose sobre los árboles y pareciendo responder al desafío de las ondeantes ramas verdes. Entonces, una espesa niebla se alzó del mar para reunirse con las formas celestes, y la playa desapareció de mi vista. A pesar de que el sol —cuál, no lo sabía— brillaba cegadoramente en las aguas de mi alrededor, la tierra que había abandonado parecía sumida en una demoniaca tempestad donde las voluntades de los árboles infernales y lo que ocultaban contendían contra las del cielo y el mar. Cuando la niebla se desvaneció, tan sólo vi el cielo azul y el mar azul, porque la tierra y los árboles ya no estaban.

Fue en este momento cuando mi atención fue presa del *cántico* en la Pradera Verde. Hasta ahora, como he dicho, no había encontrado rastro de vida humana; pero ahora llegaba hasta mis oídos un débil canto de origen y naturaleza inconfundibles. Mientras las palabras eran totalmente

indistinguibles, el canto despertó en mí una peculiar serie de asociaciones y recordé ciertos renglones, ligeramente inquietantes, que una vez traduje de un libro egipcio y que a su vez habían sido tomados de un papiro de la antigua Meroe. Por mi cerebro pasaban líneas que temía repetir, renglones que hablaban de seres y formas de vida muy antiguos en los días en que la tierra era sumamente joven. Seres que pensaban y se movían y que estaban vivos, aun cuando hombres y dioses no los consideraran vivientes. Era un libro extraño.

Mientras escuchaba, comencé a percatarme gradualmente de una circunstancia que me había confundido antes sólo de una forma subconsciente. En ningún momento mi escrutinio había distinguido objetos definidos en la Pradera Verde, la suma total de mi percepción había sido una impresión de verdor intenso y homogéneo. Ahora, no obstante, vi que la corriente podía impulsar a mi isla a poca distancia de la orilla; entonces podría aprender algo más sobre el lugar y, por tanto, del cántico. Mi curiosidad por enfrentar a los cantores había subido de tono, aunque se entremezclaba con la aprensión.

Los terrones herbosos seguían desgajándose del pequeño terreno que me transportaba, pero yo no prestaba atención a su pérdida, porque sentía que no estaba destinado a morir con el cuerpo (o la apariencia de cuerpo) que parecía tener. Que cuanto me rodeaba, incluso la vida y la muerte, era ilusorio; que yo había traspasado las ataduras de la mortalidad y la entidad corpórea, convirtiéndome en un ser libre e independiente: todo esto se grababa en mí como una certeza. Nada sabía sobre mi localización, salvo el sentimiento de no estar en el planeta que tan familiar me fuera. Mis sensaciones, fuera de una especie de terror latente, eran las de un viajero recién embarcado en una inacabable travesía de descubrimiento. Por un momento pensé en las tierras y personas que había dejado atrás; en los extraños medios por los que algún día podría contarles mis aventuras, aun cuando no pudiera nunca volver.

Ahora había derivado muy cerca de la Pradera Verde, hasta que las voces fueron claras y definidas; pero, aunque conocía muchas lenguas, no pude descifrar gran cosa de las palabras del cántico. En efecto, me eran familiares, como ya había sentido débilmente a una distancia mayor, pero, más allá de una sensación de recuerdo vago e imponente, nada pude sacar de ellas. Una *calidad* superior y extraordinaria en las voces —calidad que no puedo describir— me atemorizaba y fascinaba a la vez. Mis ojos podían ahora distinguir algunas cosas en mitad del omnipresente verdor... rocas cubiertas de brillante musgo verde, arbustos de considerable altura y figuras menos

definibles de gran tamaño que parecían moverse o vibrar entre la maleza de una forma peculiar. El cántico, cuyos intérpretes estaba yo tan ansioso de vislumbrar, parecía subir en el punto donde esas figuras eran más numerosas y sus movimientos más vigorosos.

Y entonces, mientras mi isla derivaba cerca y el sonido de la distante catarata ganaba en intensidad, vi claramente el *origen* del cántico y, en un horrible instante, recordé todo. De esos seres no puedo, no me atrevo a hablar, pues allí se revelaba la espantosa solución de cuanto me había intrigado; y esa solución podría volveros locos, tal como casi hizo conmigo... Entendí entonces el cambio que había sufrido, ¡y que habían sufrido algunos otros que antaño fueran hombres!, y supe del eterno ciclo del futuro al que nadie como yo puede escapar... Viviré por siempre, seré consciente por siempre, aunque mi alma implore a los dioses la dádiva de la muerte y el olvido... Todo está ante mí: más allá del ensordecedor torrente se encuentra la tierra de Stethelos, donde los jóvenes son infinitamente ancianos... La Pradera Verde... enviaré un mensaje a través del inmenso y horrible abismo...

*(En este punto, el texto se vuelve ilegible).*



## EL CAOS REPTANTE<sup>[3]</sup>

MUCHO es lo que se ha escrito acerca de los placeres y los sufrimientos del opio. Los éxtasis y horrores de De Quincey y los *paradis artificiels* de Baudelaire son conservados e interpretados con tal arte que los hace inmortales, y el mundo conoce a fondo la belleza, el terror y el misterio de esos oscuros reinos donde el soñador es transportado. Pero aunque mucho es lo que se ha hablado, ningún hombre ha osado todavía detallar la *naturaleza* de los fantasmas que entonces se revelan a la mente, o sugerir la *dirección* de los inauditos caminos por cuyo adornado y exótico curso se ve irresistiblemente lanzado el adicto. De Quincey fue arrastrado a Asia, esa fecunda tierra de sombras nebulosas cuya temible antigüedad es tan impresionante que «la inmensa edad de la raza y el nombre se impone sobre el sentido de juventud en el individuo», pero él mismo no osó ir más lejos. Aquellos que *han* ido más allá rara vez volvieron y, cuando lo hicieron, fue siempre guardando silencio o sumidos en la locura. Yo consumí opio en una ocasión... en el año de la plaga, cuando los doctores trataban de aliviar los sufrimientos que no podían curar. Fue una sobredosis —mi médico estaba agotado por el horror y los esfuerzos— y, verdaderamente, viajé muy lejos. Finalmente regresé y viví, pero mis noches se colmaron de extraños recuerdos y nunca más he permitido a un doctor volver a darme opio.

Cuando me administraron la droga, el sufrimiento y el martilleo en mi cabeza habían sido insufribles. No me importaba el futuro; huir, bien mediante curación, inconsciencia o muerte, era cuanto me importaba. Estaba medio delirando, por eso es difícil ubicar el momento exacto de la transición, pero pienso que el efecto debió comenzar poco antes de que las palpitations dejaran de ser dolorosas. Como he dicho, fue una sobredosis; por lo cual, mis reacciones probablemente distaron mucho de ser normales. La sensación de caída, curiosamente disociada de la idea de gravedad o dirección, fue suprema, aunque había una impresión secundaria de muchedumbres invisibles de número incalculable, multitudes de naturaleza infinitamente diversa,

aunque todas más o menos relacionadas conmigo. A veces, menguaba la sensación de caída mientras sentía que el universo o las eras se desplomaban ante mí. Mis sufrimientos cesaron repentinamente y comencé a asociar el latido con una fuerza externa más que con una interna. También se había detenido la caída, dando paso a una sensación de descanso efímero e inquieto, y, cuando escuché con mayor atención, fantaseé con que los latidos procedieran de un mar inmenso e inescrutable, como si sus siniestras y colosales rompientes laceraran alguna playa desolada tras una tempestad de titánica magnitud. Entonces abrí los ojos.

Por un instante, los contornos parecieron confusos, como una imagen totalmente desenfocada, pero gradualmente asimilé mi solitaria presencia en una habitación extraña y hermosa iluminada por multitud de ventanas. No pude hacerme idea de la exacta naturaleza de la estancia, porque mis sentidos distaban aún de estar ajustados, pero advertí alfombras y colgaduras multicolores, mesas, sillas, tumbonas y divanes de elaborada factura, y delicados jarrones y ornatos que sugerían lo exótico sin llegar a ser totalmente ajenos. Todo eso percibí, aunque no ocupó mucho tiempo en mi mente. Lenta pero inexorablemente, arrastrándose sobre mi conciencia e imponiéndose a cualquier otra impresión, llegó un temor vertiginoso a lo desconocido, un miedo tanto mayor cuanto que no podía analizarlo y que parecía concernir a una furtiva amenaza que se aproximaba... no la muerte, sino algo sin nombre, un ente inusitado indeciblemente más espantoso y aborrecible.

Inmediatamente me percaté de que el símbolo directo y excitante de mi temor era el odioso martilleo cuyas incesantes reverberaciones batían enloquecedoramente contra mi exhausto cerebro. Parecía proceder de un punto fuera y abajo del edificio en el que me hallaba, y estar asociado con las más terroríficas imágenes mentales. Sentí que algún horrible paisaje u objeto acechaban más allá de los muros tapizados de seda, y me sobrecogí ante la idea de mirar por las arqueadas ventanas enrejadas que se abrían tan insólitamente por todas partes. Descubriendo postigos adosados a esas ventanas, los cerré todos, evitando dirigir mis ojos al exterior mientras lo hacía. Entonces, empleando pedernal y acero que encontré en una de las mesillas, encendí algunas velas dispuestas a lo largo de los muros en barrocos candeleros. La añadida sensación de seguridad que prestaban los postigos cerrados y la luz artificial calmaron algo mis nervios, pero no me fue posible acallar el monótono retumbar. Ahora que estaba más calmado, el sonido se convirtió en algo tan fascinante como temible, y sentí un contradictorio deseo de buscar su fuente a pesar de mi todavía poderoso espanto. Abriendo una

portezuela en el lado de la habitación cercano al martilleo, descubrí un pequeño y ricamente engalanado corredor que finalizaba en una tallada puerta y un amplio mirador. Me vi irresistiblemente atraído hacia éste, aunque mis confusas aprensiones me forzaban igualmente hacia atrás. Mientras me aproximaba, pude ver un caótico torbellino de aguas en la distancia. Enseguida, al alcanzarlo y observar el exterior en todas sus direcciones, la portentosa escena de los alrededores me golpeó con plena y devastadora fuerza.

Contemplé una visión como nunca antes había observado, y que ninguna persona viviente puede haber visto salvo en los delirios de la fiebre o en los infiernos del opio. La construcción se alzaba sobre un angosto punto de tierra —o lo que *ahora* era un angosto punto de tierra— remontando unos 90 metros sobre lo que últimamente debió ser un hirviente torbellino de aguas enloquecidas. A cada lado de la casa se abrían precipicios de tierra roja recién excavados por las aguas, mientras que enfrente las temibles olas continuaban batiendo de forma espantosa, devorando la tierra con terrible monotonía y deliberación. Como a un kilómetro se alzaban y caían amenazadoras rompientes de no menos de cinco metros de altura y, en el lejano horizonte, crueles nubes negras de grotescos contornos colgaban y acechaban como buitres malignos. Las olas eran oscuras y purpúreas, casi negras, y arañaban el flexible fango rojo de la orilla como toscas manos voraces. No pude por menos que sentir que alguna nociva entidad marina había declarado una guerra a muerte contra toda la tierra firme, quizás instigada por el cielo enfurecido.

Recobrándome al fin del estupor en que ese espectáculo antinatural me había sumido, descubrí que mi actual peligro físico era agudo. Aun durante el tiempo en que observaba, la orilla había perdido muchos metros y no estaba lejos el momento en que la casa se derrumbaría socavada en el atroz pozo de olas embravecidas. Por tanto, me apresuré hacia el lado opuesto del edificio y, encontrando una puerta, la cerré tras de mí con una curiosa llave que colgaba en el interior. Entonces contemplé más de la extraña región a mi alrededor y percibí una singular división que parecía existir entre el océano hostil y el firmamento. A cada lado del descollante promontorio imperaban distintas condiciones. A mi izquierda, mirando tierra adentro, había un mar calmo con grandes olas verdes corriendo apaciblemente bajo un sol resplandeciente. Algo en la naturaleza y posición del sol me hicieron estremecer, aunque no pude entonces, como no puedo ahora, decir qué era. A mi derecha también estaba el mar, pero era azul, calmoso, y sólo ligeramente ondulado, mientras

que el cielo sobre él estaba oscurecido y la ribera era más blanca que enrojecida.

Ahora volví mi atención a tierra, y tuve ocasión de sorprenderme nuevamente, puesto que la vegetación no se parecía en nada a cuanto hubiera visto o leído. Aparentemente, era tropical o al menos subtropical... una conclusión extraída del intenso calor del aire. Algunas veces pude encontrar una extraña analogía con la flora de mi tierra natal, fantaseando sobre el supuesto de que las plantas y matorrales familiares pudieran asumir dichas formas bajo un radical cambio de clima; pero las gigantescas y omnipresentes palmeras eran totalmente extranjeras. La casa que acababa de abandonar era muy pequeña —apenas mayor que una cabaña— pero su material era evidentemente mármol, y su arquitectura extraña y sincrética, en una exótica amalgama de formas orientales y occidentales. En las esquinas había columnas corintias, pero los tejados rojos eran como los de una pagoda china. De la puerta que daba a tierra nacía un camino de singular arena blanca, de metro y medio de anchura y bordeado por imponentes palmeras, así como por plantas y arbustos en flor desconocidos. Corría hacia el lado del promontorio donde el mar era azul y la ribera casi blanca. Me sentí impelido a huir por este camino, como perseguido por algún espíritu maligno del océano retumbante. Al principio remontaba ligeramente la ladera, luego alcancé una suave cresta. Tras de mí, vi el paisaje que había abandonado: toda la punta con la cabaña y el agua negra, con el mar verde a un lado y el mar azul al otro, y una maldición sin nombre e indescriptible cerniéndose sobre todo. No volví a verlo más y a menudo me pregunto... Tras esta última mirada, me encaminé hacia delante y escruté el panorama de tierra adentro que se extendía ante mí.

El camino, como he dicho, corría por la ribera derecha si uno iba hacia el interior. Delante y a la izquierda vislumbré entonces un magnífico valle, que abarcaba miles de acres, sepultado bajo un oscilante manto de hierba tropical más alta que mi cabeza. Casi al límite de la visión había una colosal palmera que parecía fascinarme y reclamarme. En este momento, el asombro y la huida de la península condenada habían, con mucho, disipado mi temor, pero cuando me detuve y me desplome fatigado sobre el sendero, hundiendo ociosamente mis manos en la cálida arena blancuzco-dorada, un nuevo y agudo sentido de peligro me embargó. Algún terror en la alta hierba sibilante pareció sumarse a la del diabólico mar retumbante y me alcé gritando fuerte y desabridamente:

—¿Tigre? ¿Tigre? ¿Es un tigre? ¿Bestia? ¿Bestia? ¿Es una bestia lo que me atemoriza?

Mi mente retrocedía hasta una antigua y clásica historia de tigres que había leído; traté de recordar al autor, pero tuve alguna dificultad. Entonces, en mitad de mi espanto, recordé que el relato pertenecía a Rudyard Kipling; no se me ocurrió lo ridículo que resultaba considerarle como un antiguo autor. Anhelé el volumen que contenía esta historia, y casi había comenzado a desandar el camino hacia la cabaña condenada cuando el sentido común y el señuelo de la palmera me contuvieron.

Si hubiera o no podido resistir el deseo de retroceder sin el concurso de la fascinación por la inmensa palmera, es algo que no sé. Su atracción era ahora predominante, y dejé el camino para arrastrarme sobre manos y rodillas por la pendiente del valle, a pesar de mi miedo hacia la hierba y las serpientes que pudiera albergar. Decidí luchar por mi vida y cordura tanto como fuera posible y contra todas las amenazas del mar o tierra, aunque a veces temía la derrota mientras el enloquecido silbido de la misteriosa hierba se unía al todavía audible e irritante batir de las distantes rompientes. Con frecuencia, debía detenerme y tapar mis oídos con las manos para aliviarme. pero nunca pude acallar del todo el detestable sonido. Fue tan sólo tras eras, o así me lo pareció, cuando finalmente pude arrastrarme hasta la incitante palmera y reposar bajo su sombra protectora.

Entonces ocurrieron una serie de incidentes que me transportaron a los opuestos extremos del éxtasis y el horror; sucesos que temo recordar y sobre los que no me atrevo a buscar interpretación. Apenas me había arrastrado bajo el colgante follaje de la palmera, cuando brotó de entre sus ramas un muchacho de una belleza como nunca antes viera. Aunque sucio y harapiento, poseía las facciones de un fauno o un semidiós, e incluso parecía irradiar en la espesa sombra del árbol. Sonrió tendiendo sus manos, pero antes de que yo pudiera alzarme y hablar, escuché en el aire superior la exquisita melodía de un canto: notas altas y bajas tramadas con etérea y sublime armonía. El sol se había hundido ya bajo el horizonte, y en el crepúsculo vi una aureola de mansa luz rodeando la cabeza del niño. Entonces se dirigió a mí con timbre argentino.

—Es el fin. Han bajado de las estrellas a través del ocaso. Todo está colmado y más allá de las corrientes arinurianas moraremos felices en Teloe.

Mientras el niño hablaba, descubrí una suave luminosidad a través de las frondas de la palmera y vi alzarse saludando a dos seres que supe debían ser pane de los maestros cantores que había escuchado. Debían ser un dios y una diosa, porque su belleza no era la de los mortales. y ellos tomaron mis manos diciendo:

—Ven, niño, has escuchado las voces y todo está bien. En Teloe, más allá de la Vía Láctea y las corrientes arinurianas, existen ciudades de ámbar y calcedonia. Y sobre sus cúpulas de múltiples facetas relumbran los reflejos de extrañas y hermosas estrellas. Bajo los puentes de marfil de Teloe fluyen ríos de oro líquido llevando embarcaciones de placer rumbo a la floreciente Cytarion de los Siete Soles. Y en Teloe y Cytarion no existe sino juventud, belleza y placer, ni se escuchan más sonidos que los de las risas, las canciones y el laúd. Sólo los dioses, moran en Teloe la de los ríos dorados, pero entre ellos tú habitarás.

Mientras escuchaba embelesado, me percaté súbitamente de un cambio en los alrededores. La palmera, que últimamente había resguardado a mi cuerpo exhausto, estaba ahora a mi izquierda y considerablemente debajo. Obviamente flotaba en la atmósfera; acompañado no sólo por el extraño chico y la radiante pareja, sino por una creciente muchedumbre de jóvenes y doncellas semiluminosos y coronados de vides, con cabelleras sueltas y semblante feliz. Juntos ascendimos lentamente, como en alas de una fragante brisa que soplara no desde la tierra sino en dirección a la nebulosa dorada, y el chico me susurró en el oído que debía mirar siempre a los senderos de luz y nunca abajo, a la esfera que acababa de abandonar. Los mozos y muchachas entonaban ahora dulces acompañamientos a los laúdes y me sentía envuelto en una paz y felicidad más profunda de lo que hubiera imaginado en toda mi vida, cuando la intrusión de un simple sonido alteró mi destino destrozando mi alma. A través de los arrebatados esfuerzos de cantores y tañedores de laúd, como una armonía burlesca y demoniaca, atroné) desde los golfos inferiores el maldito, el detestable batir del odioso océano. Y cuando aquellas negras rompientes rugieron su mensaje en mis oídos, olvidé las palabras del niño y miré abajo, hacia el condenado paisaje del que creía haber escapado.

En las profundidades del éter vi la estigmatizada tierra girando, siempre girando, con irritados mares tempestuosos consumiendo las salvajes y arrasadas costas y arrojando espuma contra las tambaleantes torres de las ciudades desoladas. Bajo una espantosa luna centelleaban visiones que nunca podré describir, visiones que nunca olvidaré: desiertos de barro cadavérico y junglas de ruina y decadencia donde una vez se extendieron las llanuras y poblaciones de mi tierra natal, y remolinos de océano espumeante donde otrora se alzaban los poderosos templos de mis antepasados. Los alrededores del polo Norte hervían con ciénagas de estrepitoso crecimiento y vapores malsanos que silbaban ante la embestida de las inmensas olas que se encrepaban, lacerando, desde las terribles profundidades. Entonces, un

desgarrado aviso cortó la noche, y a través del desierto de desiertos apareció una humeante falla. El océano negro aún espumeaba y devoraba, consumiendo el desierto por los cuatro costados mientras la brecha del centro se ampliaba y ampliaba.

No había otra tierra salvo el desierto, y el océano furioso todavía comía y comía. Sólo entonces pensé que incluso el retumbante mar parecía temeroso de algo, atemorizado de los negros dioses de la tierra profunda que son más grandes que el malvado dios de las aguas, pero, incluso si era así, no podía volverse atrás, y el desierto había sufrido demasiado bajo aquellas olas de pesadilla para apiadarse ahora. Así, el océano devoró la última tierra y se precipitó en la brecha humeante, cediendo de ese modo todo cuanto había conquistado. Fluyó nuevamente desde las tierras recién sumergidas, desvelando muerte y decadencia y, desde su viejo e inmemorial lecho, goteó de forma repugnante, revelando secretos ocultos en los años en que el Tiempo era joven y los dioses aún no habían nacido. Sobre las olas se alzaron recordados chapiteles sepultados bajo las algas. La luna arrojaba pálidos lirios de luz sobre la muerta Londres, y París se levantaba sobre su húmeda tumba para ser santificada con polvo de estrellas. Después, brotaron chapiteles y monolitos que estaban cubiertos de algas pero no eran recordados; terribles chapiteles y monolitos de tierras acerca de las cuales el hombre jamás supo.

No había ya retumbar alguno, sino sólo el ultraterreno bramido y siseo de las aguas precipitándose en la falla. El humo de esta brecha se había convertido en vapor, ocultando casi el mundo mientras se hacía más y más denso. Chamuscó mi rostro y manos, y cuando miré para ver cómo afectaban a mis compañeros descubrí que todos habían desaparecido. Entonces todo terminó bruscamente y no supe más hasta que desperté sobre una cama de convalecencia. Cuando la nube de humo procedente del golfo plutónico veló por fin toda mi vista, el firmamento entero chilló mientras una repentina agonía de reverberaciones enloquecidas sacudía el estremecido éter. Sucedió en un relámpago y explosión delirantes; un cegador, ensordecedor holocausto de fuego, humo y trueno que disolvió la pálida luna mientras la arrojaba al vacío.

Y cuando el humo clareó y traté de ver la tierra, tan sólo pude contemplar, contra el telón de frías y burlonas estrellas, al sol moribundo y a los pálidos y afligidos planetas buscando a su hermana.



## EL HORROR DE MARTIN'S BEACH<sup>[4]</sup>

**N**UNCA he oído una explicación siquiera mínimamente adecuada sobre el horror de Martin's Beach. A pesar del amplio número de testigos, no hay dos relatos que concuerden; y el informe presentado por las autoridades locales contiene discrepancias de lo más asombrosas.

Quizás esta confusión sea natural dado el carácter inaudito del horror mismo, el terror casi paralítico de todos los presentes, y los esfuerzos realizados por la elegante Posada Wavecrest para silenciar el revuelo desatado por el artículo del profesor Alton: «¿Están los poderes hipnóticos limitados a la humanidad conocida?».

A pesar de todos estos obstáculos, trataré de presentar una versión coherente, dado que yo presencié el espantoso suceso, y creo que debe ser conocido dadas las detestables posibilidades que sugiere. Martin's Beach vuelve a ser popular como balneario, pero yo me estremezco cuando pienso en ello. De hecho, aun ahora, no puedo observar el océano sin un escalofrío.

No siempre el destino se presenta sin cierto regusto a drama y desenlace, de ahí que el terrible suceso del 8 de agosto de 1922 fuera la rápida consecuencia de un periodo de agradable y pequeño alboroto cargado de maravilla en Martin's Beach. El 17 de mayo, la tripulación del pesquero *Alma* de Gloucester, al mando del capitán James P. Orne, dio muerte, tras una lucha de casi cuarenta horas, a un monstruo marino cuyo tamaño y apariencia causó el mayor de los revuelos en los círculos científicos y provocó que ciertos naturalistas de Boston tomaran todas las precauciones para su conservación taxidérmica.

El ser medía unos 15 metros de longitud, con figura aproximadamente cilíndrica y unos tres metros de diámetro. Indudablemente, era un pez branquiado más que cualquier otra cosa, aunque con algunas curiosas modificaciones, tales como brazos rudimentarios y patas de seis dedos en lugar de aletas pectorales, lo que propició las más amplias especulaciones. Su extraordinaria boca, su pellejo grueso y escamoso, y el ojo único y hundido,

eran prodigios apenas menos destacables que sus colosales dimensiones; y cuando los naturalistas lo identificaron como una cría que no debía tener más que unos pocos días, el interés público alcanzó cotas extraordinarias.

El capitán Orne, con la astucia típicamente yanqui, obtuvo un buque lo bastante grande como para contener al ser, acondicionándolo para la exhibición de su presa. Con sólida carpintería, preparó el equivalente de un excelente museo marítimo y, aproando al sur, hacia el concurrido y opulento distrito de Martin's Beach, ancló en el muelle del hotel y obtuvo una cosecha de entradas.

La intrínseca maravilla del ser, así como la evidente importancia que poseía a ojos de la mayoría de científicos visitantes, venidos tanto de cerca como de lejos, se conjugaron para convertirlo en la sensación de la temporada. Que era algo totalmente único —único hasta un grado científicamente revolucionario— era universalmente aceptado. Los naturalistas habían demostrado sin lugar a dudas las radicales divergencias respecto de otros peces de tamaño gigantesco capturados en las costas de Florida, así como que aunque un indiscutible habitante de profundidades casi increíbles, quizás miles de metros, su cerebro y órganos principales mostraban un desarrollo inquietantemente amplio y fuera de comparación con cualquier ser asociado hasta el momento al género de los peces.

En la mañana del 20 de julio, la emoción creció con la pérdida del buque y su extraño tesoro. La nave había roto amarras durante la tormenta de la noche anterior, desapareciendo para siempre de la vista de los hombres y llevándose consigo al guardián, que había dormido a bordo a despecho del tiempo amenazador. El capitán Orne, respaldado por amplios intereses científicos y auxiliado por gran cantidad de botes pesqueros de Gloucester, realizó una búsqueda minuciosa y exhaustiva, sin otro resultado que avivar el interés y los comentarios. El 7 de agosto se abandonó toda esperanza, y el capitán Orne volvió a la Posada Wavecrest para liquidar sus negocios en Martin's Beach y discutir con algunos de los científicos que aguardaban allí. El horror llegó el 8 de agosto.

Fue al ocaso, cuando grises pájaros marinos revoloteaban a baja altura cerca de la orilla y la luna naciente comenzaba a crear un rutilante camino sobre las aguas. Conviene recordar el escenario, porque cada impresión cuenta. En la playa había varios paseantes y unos pocos bañistas tardíos, rezagados de la colonia distante que se alzaba modestamente en una verde colina del norte, o de la adyacente Posada sobre los acantilados, cuyas imponentes torres daban fe de opulencia y grandeza.

A mayor distancia había otro grupo de espectadores, los ociosos de la terraza cubierta e iluminada por linternas de la Posada, que parecían disfrutar de la música de los suntuosos salones de baile del interior. Esos espectadores, que incluían al capitán Orne y sus científicos contertulios, se unieron al grupo de la playa antes de que el horror se desencadenara, y lo mismo hicieron otros huéspedes de la Posada. Verdaderamente, no hubo escasez de testigos, aunque sus relatos estuvieron confundidos por el miedo y las dudas acerca de lo visto.

No hay un dato exacto sobre el momento en que aquello comenzó, pero una mayoría dice que la luna llena estaba «unos 30 centímetros» sobre los engañosamente bajos bancos del horizonte. Mencionaron la luna porque lo que vieron parecía sutilmente conectado con ella... una especie de furtiva y deliberada onda amenazadora que avanzaba desde el lejano horizonte por el reluciente camino de reflejos de luna, aunque pareció aminorar antes de alcanzar la orilla.

Muchos no advirtieron esta onda hasta que no recordaron sucesos posteriores, pero parece haber sido muy notable, diferente en altura y movimiento a las olas normales de su alrededor. Algunos la llamaron *taimada* y *calculadora*. Y mientras astutamente rompía contra los negros arrecifes en la lejanía, bruscamente, sobre el mar entrevelado de resplandores retumbó un grito de muerte; un alarido de angustia y desesperación que movía a compasión aun cuando fuera fingido.

Los primeros en responder al grito fueron los dos socorristas de guardia: fornidos sujetos con trajes de baño blancos y su oficio anunciado en grandes letras rojas sobre el pecho. Acostumbrados como estaban al trabajo de rescate y a los gritos de quienes se ahogan, no pudieron hallar nada familiar en aquel sobrenatural aullar; pero, con entrenado sentido del deber, ignoraron esa ajenidad y obraron como de costumbre.

Asiendo apresuradamente un colchón de aire, que junto con su rollo de cabo estaba siempre a mano, uno de ellos corrió velozmente por la orilla hacia el lugar donde se apiñaba el gentío; entonces, tras voltearlo para ganar impulso, lanzó el aro a lo lejos, en la dirección desde donde había llegado el sonido. Mientras el neumático desaparecía entre las olas, la muchedumbre aguardaba con curiosidad la aparición del infortunado que en tan gran peligro parecía encontrarse, ansiosos de contemplar el rescate mediante la larga cuerda.

Pero el salvamento pronto se reveló como un asunto ni fácil ni rápido, ya que, halando cuanto podían del cabo, los dos musculosos socorristas no pudieron mover el objeto al otro extremo. En cambio, descubrieron que ese

objeto tiraba con fuerza igual o mayor y en dirección opuesta hasta que, en pocos segundos, cedieron sus pies y se vieron lanzados al agua por obra del extraño poder que había aferrado el salvavidas arrojado.

Uno de ellos, recobrándose, inmediatamente pidió ayuda a los espectadores de la playa, a los que arrojó el restante rollo de cabo; en un instante, los socorristas se vieron secundados por los hombres más decididos, entre los que el capitán Orne fue el primero. Más de una docena de fuertes manos tiraban ahora desesperadamente de la resistente sogá, con resultados igual de pobres.

Por más que tiraran, el extraño poder al otro extremo traccionaba aún más fuerte; y como ningún bando cedía un ápice, el cabo se volvió tan rígido como el acero bajo la enorme tensión. Los esforzados participantes, así como los espectadores, estaban en este momento consumidos por la curiosidad sobre la naturaleza de su oponente en el océano. La idea de un hombre ahogándose había quedado descartada, e insinuaciones sobre ballenas, submarinos, monstruos y demonios circulaban ahora libremente. La humanidad que primero guiara a los rescatadores, había cedido paso al asombro como acicate al esfuerzo, y halaban con la hosca determinación de desvelar el misterio.

Decidiendo por fin que una ballena debía haberse tragado el colchón de aire, el capitán Orne, como líder natural, gritó a los de la orilla que consiguieran un bote para aproximarse, arponear y llevar a tierra al invisible leviatán. Algunos de entre aquellos hombres se desparramaron en busca de una nave apropiada, mientras otros llegaban para sustituir al capitán en el tirante cabo, puesto que su lugar estaba lógicamente junto a cualquier tripulación de bote que pudiera reunirse. Su propio punto de vista sobre la situación era amplio, en absoluto limitado a las ballenas, desde que tuviera que vérselas con monstruos mucho más extraños. Y se preguntaba cuáles serían los actos y apariencia de un adulto de la especie de la que la criatura de 15 metros había sido una simple cría.

Y entonces, con pasmosa brusquedad, tuvo lugar el decisivo suceso que trocó el asombro en horror, entumeciendo de miedo a la congregación de quienes se esforzaban en tirar y mirones. El capitán Orne, volviéndose para dejar su puesto en la sogá, descubrió que sus manos estaban unidas a su sitio con fuerza invencible y, en un instante, comprendió que le era imposible soltar el cabo. Su apuro fue instantáneamente adivinado, y cuando cada uno de sus compañeros comprobó su situación se encontró en las mismas condiciones. El hecho es innegable... cada uno de ellos estaba

irresistiblemente sujeto por alguna atadura misteriosa a la soga de cáñamo que, lenta, odiosa e inexorablemente, iba arrastrándoles hacia el mar.

Sobrevino un horror estupefacto, un horror que sumió a los espectadores en el caos mental y la inactividad total. La completa desmoralización se reflejó en los testimonios contrapuestos que dieron y en las avergonzadas excusas ofrecidas sobre su inactividad poco menos que cruel. Yo era uno de ellos y lo sé.

Incluso los hombres de la soga, tras unos pocos gritos frenéticos y unos estériles gemidos, sucumbieron a la influencia paralizante y guardaron silencio, resignándose ante los poderes desconocidos. Se mantuvieron bajo la pálida luz lunar, luchando ciegamente contra una sentencia espectral y balanceándose monótonamente hacia atrás y adelante mientras el agua subía, primero hasta sus rodillas, luego hasta las caderas. La luna se nubló parcialmente y, a la media luz, la línea de hombres que oscilaban tomó el aspecto de algún ciempiés siniestro y gigantesco debatiéndose en el apretón de una terrible muerte trepadora.

La tensión del cabo aumentaba según lo hacía la tracción en ambas direcciones, mientras las riberas se anegaban con el incesante batir de las crecientes olas. La marea progresaba lentamente, hasta que las arenas, poco antes pobladas de muchachos risueños y amantes que musitaban, fueron tragadas por el inexorable flujo. El tropel de mirones empavorecidos retrocedía ciegamente mientras las olas lamían sus pies, al tiempo que la espantada línea de hombres atrapados se tambaleaba de forma aterradora hacia delante, medio sumergida y ya a considerable distancia de los observadores. El silencio era total.

El gentío, habiendo alcanzado un lugar donde apiñarse fuera del alcance de la marea, observaba con muda fascinación, sin ofrecer una palabra de consejo o consuelo ni intentar ningún tipo de ayuda. Había en el aire un miedo de pesadilla a inminentes maldades como nunca el mundo ha conocido.

Los minutos parecían alargarse como horas, y la serpiente humana de torsos bamboleantes era aún visible sobre la marea en rápida ascensión. Ondulaba rítmica, lenta, horriblemente, con el sello de la maldición sobre ella. Densas nubes cruzaban ahora ante la luna ascendente, y el resplandeciente camino sobre las aguas se desvaneció casi por completo.

Muy débilmente se distinguía la serpenteante línea de cabezas que se agitaban, y de vez en cuando el rostro lívido de una víctima que miraba atrás brillaba pálidamente en la oscuridad. Las nubes se amontonaron con creciente rapidez, hasta que sus furiosas grietas escupieron agudas lenguas de llama

febril. Retumbaron los truenos, débilmente al principio, pero pronto alcanzaron una intensidad ensordecedora, enloquecedora. Entonces llegó un crujido de culminación —un estrépito cuyas reverberaciones parecieron sacudir tierra y mar por igual—, y, tras él, un aguacero de tal violencia que sumió al mundo oscurecido como si los mismos cielos se hubieran abierto para derramar un torrente vengativo.

Los espectadores, obrando por instinto y a pesar de la falta de consciencia y de pensamiento coherente, retrocedieron por las escaleras del acantilado hacia la galería del hotel. Los rumores habían llegado hasta los huéspedes del interior, ya que los fugitivos se toparon con un estado de terror cercano al suyo. Creo que se pronunciaron unas pocas y espantadas palabras, pero no puedo estar seguro.

Algunos, los que habían permanecido en la Posada, se retiraron aterrorizados a sus aposentos; otros, en cambio, se quedaron a observar a las víctimas que se sumergían rápidamente; mientras la línea de cabezas oscilantes se distinguía por encima de las olas montañosas al fulgor de los esporádicos relámpagos. Me recuerdo pensando en esas cabezas y los desorbitados ojos que debían contener; ojos que podrían perfectamente reflejar todo el miedo, pánico y delirio de un universo maléfico... todo el pesar, pecado y miseria, esperanzas rotas y deseos incumplidos, miedo, repulsión y angustia de las edades antes del comienzo de los tiempos; ojos deslumbrados por las desgarradoras penas de las almas en los infiernos eternamente encendidos.

Y mientras observaba más allá de las cabezas, mi fantasía conjuró otro ojo más; un ojo impar, igualmente deslumbrado, pero por un propósito tan repulsivo para mi cerebro que la visión pasó rápidamente. Presa en el abrazo de un apretón desconocido, la línea de condenados era arrastrada hacia delante, y sus ahogados gritos y enloquecidas plegarias sólo las conocen los demonios de las olas negras y el viento nocturno.

Entonces, estalló en el cielo enfurecido tal espantoso cataclismo de satánico estrépito que hasta el primer estruendo quedó empequeñecido. Entre el cegador fulgor del fuego que caía, la voz del cielo resonó con las blasfemias del infierno, y la entremezclada agonía de todos los perdidos retumbó con un apocalíptico repique capaz de desgajar el planeta con su estruendo ciclópeo. Fue el fin de la tormenta, ya que con pasmosa rapidez cesó la lluvia y la luna lanzó de nuevo sus pálidos rayos sobre un mar extrañamente tranquilo.

Ya no había línea de cabezas oscilantes. Las aguas estaban calmadas y desiertas, rotas tan sólo por los menguantes rizos de lo que parecía un lejano remolino en el camino de la luz lunar, de donde había brotado el extraño grito. Pero, mientras miraba a lo largo de esa traicionera senda de resplandores plateados, con la fantasía encendida y los sentidos exacerbados, resonó en mis oídos, proveniente de algún desierto hundido y abismal, los siniestros y débiles ecos de una risa.



## EL DEVORADOR DE FANTASMAS<sup>[5]</sup>

### I

¿LUCURA lunar? ¿Un golpe de fiebre? ¡Quisiera poder pensar así! Pero cuando estoy a solas, tras caer la noche, en los desolados lugares a donde me llevan mis vagabundeos, y escucho, cruzando los vacíos infinitos, los ecos demoniacos de esos gritos y gruñidos, y ese detestable crujido de huesos, me estremezco de nuevo con el recuerdo de aquella espantosa noche.

Sabía menos de montería en aquellos días, aunque ya entonces la naturaleza me llamaba tan fuerte como lo hace ahora. Hasta esa noche me había cuidado siempre de contratar un guía, pero las circunstancias me forzaron bruscamente a desenvolverme por mis propios medios. Era mediados de verano en Maine, y, a pesar de mi gran necesidad en ir desde Mayfair a Glendale antes del siguiente mediodía, no pude encontrar quien me guiara. A menos que tomase la larga ruta a través de Potowisset, que no me llevaría a tiempo a mi meta, habría de cruzar espesos bosques; pero cada vez que pregunté por un guía me topé con negativas y evasivas.

Forastero como era, me resultaba extraño que cada cual tuviera una rápida excusa. Había demasiados «negocios importantes» en ciernes para un villorrio perdido, y sabía que los lugareños mentían. Pero todos tenían «deberes imperiosos», o eso decían, y no podían más que asegurarme que la senda a través de los bosques era muy sencilla, corriendo recta hacia el norte y sin la menor dificultad para un mozo vigoroso. Si partía cuando la mañana era aún temprana, aseguraban, podría llegar a Glendale a la puesta del sol y evitar una noche al raso. Aun entonces no sospeché nada. La perspectiva parecía buena, y decidí intentarlo a solas, dejando a los perezosos pueblerinos atrás con sus asuntos. Probablemente podría haberlo intentado aun recelando, porque la juventud es testaruda, y desde la niñez me había reído de supersticiones y cuentos de viejas.

Así, antes de que el sol estuviera alto, me había encaminado entre los árboles por la trocha serpenteante con el almuerzo en la mano, la automática

en el bolsillo y el cinturón repleto de crujientes billetes de gran valor. A juzgar por las distancias que me habían dado y el conocimiento de mi propia velocidad, supuse que llegaría a Glendale un poco después del ocaso; pero sabía que, aun retrasándome durante la noche por algún error de cálculo, tenía suficiente experiencia en acampada como para no amilanarme. Además, mi presencia en el punto de destino no era verdaderamente necesaria hasta el mediodía siguiente.

Era el clima lo que amenazaba mis planes. El sol, conforme subía, abrasaba aún a través de lo más espeso del follaje, consumiendo mis energías a cada paso. A mediodía, mis ropas estaban empapadas de sudor y me sentí flaquear a pesar de toda mi resolución. Al internarme más profundamente en los bosques, encontré el camino profusamente obstruido y en muchos puntos casi bloqueado por la maleza. Debían haber pasado semanas —quizás meses— desde que alguien atravesara aquella ruta, y comencé a preguntarme si, después de todo, podría cumplir mi programa.

Al fin, sintiéndome verdaderamente famélico, busqué la zona más profunda de sombra que pude encontrar y procedí a almorzar el tentempié que el hotel me había preparado. Eran algunos sándwiches insípidos, un pedazo de pastel rancio y una botella de vino muy flojo; aun no siendo un suntuoso festín, fue bastante bienvenido por alguien en mi estado de acalorado agotamiento.

Hacía demasiado calor para que el fumar fuera gratificante, así que no saqué mi pipa. En cambio, cuando hube acabado mi comida me tumbé a lo largo bajo los árboles, tratando de reposar un rato antes de emprender la última etapa de mi camino. Supongo que fui un estúpido por beber ese vino, porque, flojo como era, fue bastante para rematar el trabajo que el bochornoso y opresivo día había comenzado. Mi plan consistía en una simple y momentánea relajación, pero, con apenas un bostezo de aviso, caí en un profundo sueño.

## II

Cuando abrí los ojos, el crepúsculo se cerraba a mi alrededor. Un viento acariciaba mis mejillas, devolviéndome rápidamente mi pleno sentido, y mientras ojeaba al cielo vi con aprensión que apresuradas nubes negras estaban creando un sólido muro de oscuridad, indicio de violenta tormenta. Ahora sabía que no podría llegar a Glendale antes de la mañana, pero la perspectiva de una noche en los bosques —mi primera noche de acampada solitaria en la espesura— parecía muy repugnante bajo esas especiales

condiciones. En un instante resolví avanzar durante un rato al menos, con la esperanza de encontrar algún cobijo antes de que la tempestad se desencadenara.

La oscuridad se extendía sobre los bosques como un pesado manto. Las nubes bajas se tornaban aún más amenazadoras, y el viento arreciaba a un verdadero vendaval. El relámpago de un distante rayo iluminó el cielo, seguido de un ominoso retumbar que parecía esconder algún maligno propósito. Entonces sentí una gota de lluvia sobre mi mano tendida y, todavía caminando automáticamente, me resigné a lo inevitable. Otro momento y había visto el resplandor, la luz de una ventana a través de árboles y oscuridad. Pendiente tan sólo de refugiarme, me apresuré hacia allí... ¡Quisiera Dios que me hubiera dado la vuelta y huido!

Había una especie de claro imperfecto, en cuya parte más alejada, con su zaga contra el bosque primitivo, se levantaba una construcción. Había esperado encontrar una choza o una cabaña, pero me detuve sorprendido cuando divisé una casita limpia y de buen gusto con tejado de dos vertientes, de unos 70 años de antigüedad a juzgar por su arquitectura, aunque todavía en un estado de conservación que demostraba la atención más celosa y civilizada. A través de los pequeños paneles de una de las ventanas inferiores brillaba una intensa luz, y hacia ella —azuzado por el impacto de otra gota de lluvia— me apresuré cruzando el claro, aporreando ruidosamente las puertas tan pronto como alcancé las escaleras.

Con prontitud, mis golpes tuvieron respuesta en una voz profunda y agradable que pronunció una sola palabra:

—¡Adelante!

Empujando la puerta desatracada, entré en un penumbroso salón alumbrado desde un zaguán abierto a la derecha, más allá del cual había una habitación atestada de libros con la ventana iluminada. Mientras cerraba la puerta exterior a mi espalda, no pude por menos que reparar en un extraño aroma en la casa; un perfume débil, elusivo, casi definible, que de alguna forma sugería animales. Mi anfitrión, supuse, debía ser un trampero que regentaba sus negocios allí mismo.

El hombre que había hablado se sentaba en una amplia butaca junto a una mesa central de mármol, con su forma enjuta envuelta en una larga bata gris. La luz de una poderosa lámpara de petróleo resaltaba sus facciones, y mientras me escrutaba curiosamente yo le estudiaba con no menos detalle. Era extremadamente apuesto, y de facciones agudas y afeitadas; con lustroso y fino cabello largo y bien peinado; regulares cejas castañas que se unían en

ángulo inclinado sobre la nariz; orejas bien formadas, emplazadas abajo y atrás en la cabeza; y amplios y expresivos ojos grises, casi luminosos en su interés. Al sonreír una bienvenida, mostró un magnífico juego de firmes dientes blancos, y mientras me señalaba una silla con un ademán, me percaté de la delgadez de sus delicadas manos, con largos y ahusados dedos de rojizas y almendradas uñas ligeramente curvas y exquisitamente manicuradas. No podía menos de preguntarme por qué un hombre de tan avasalladora personalidad podía elegir la vida de recluso.

—Perdón por la intrusión —me excusé—. Pero estoy tratando de llegar a Glendale antes de la mañana, y una tormenta me hizo buscar un refugio. — Como corroborando mis palabras, en este momento llegó un intenso relámpago, una reverberación chasqueante y la primera descarga de un aguacero torrencial que batía demencialmente contra las ventanas.

Mi anfitrión, que parecía ajeno a los elementos, me dedicó otra sonrisa al responder. Su voz era entonada y bien modulada, y sus ojos mostraban una serenidad casi hipnótica.

—Sea bienvenido a la hospitalidad que yo pueda ofrecerle, aunque me temo que no sea mucha. Tengo una pierna tullida, por lo que tendrá que hacerse cargo. Si tiene hambre, encontrará abundancia en la cocina... ¡abundancia de comida, no de ceremonia! —Creí detectar una levísima traza de acento extranjero en su tono, aunque su lenguaje era fluido e idiomáticamente correcto.

Alzándose a impresionante altura, se dirigió hacia la puerta con largos y renqueantes pasos y me percaté de los brazos inmensos y velludos que colgaban a cada lado, en curioso contraste con sus delicadas manos.

—Venga —invitó—. Traiga la lámpara con usted. Puedo sentarme igual de bien en la cocina que aquí.

Le seguí al salón y a la habitación de más allá, y en esa dirección descubrí el montón de leña en la esquina y el aparador del muro. Unos instantes más tarde, mientras el fuego brincaba alegremente, le pregunté si no debería preparar comida para dos; pero él declinó cortésmente.

—Hace demasiado calor para cenar —me dijo—. Además, he tomado un bocado antes de que usted llegara.

Tras lavar los platos dejados por mi solitario refrigerio, me senté un rato, fumando satisfecho mi pipa. Mi anfitrión formuló unas pocas preguntas sobre los poblados vecinos, pero cayó en un sombrío mutismo cuando supo que era un forastero. Mientras guardaba silencio, no pude menos que sentir una cualidad de extraño en él, un algo insólito y soterrado que a duras penas podía

ser analizado. Estaba casi seguro, por otra parte, que yo era tolerado a causa de la tormenta, más que ser bienvenido con genuina hospitalidad.

En lo que respecta a la tormenta, parecía haberse agotado. Fuera, ya había clareado —puesto que había una luna llena entre las nubes— y la lluvia había menguado hasta una simple llovizna. Quizás, pensé, podría completar mi viaje después de todo; una idea que insinué a mi anfitrión.

—Mejor aguardar hasta mañana —insistió—. Dice que está pensando ponerse en marcha y hay sus buenas tres horas hasta Glendale. Tengo dos alcobas arriba, y es usted bienvenido a una si quiere quedarse.

Había tal sinceridad en su invitación que disipaba cualquier duda que pudiera haber tenido acerca de su hospitalidad, y decidí que su silencio era el resultado del largo aislamiento de sus semejantes en estas soledades. Tras permanecer sentado sin proferir palabra durante el tiempo que tardé en fumar tres pipas, finalmente comencé a bostezar.

—Ha sido un día más bien agotador para mí —admití—. Y creo que sería mejor que me fuera a la cama. Debo levantarme al alba, ya sabe, y retomar mi camino.

Mi anfitrión agitó el brazo hacia la puerta, a través de la que podía ver el salón y las escaleras.

—Venga —me indicó—. Lleve la lámpara con usted. Es la única que tengo, pero no me importa sentarme en la oscuridad, de verdad. La mitad del tiempo no la enciendo, cuando estoy solo. El petróleo es difícil de conseguir aquí y voy raramente al pueblo. Su alcoba es la de la derecha, al final de las escaleras.

Tomando la lámpara, y volviéndome en el salón para desearle buenas noches, pude ver sus ojos relucir, de una forma parecida a la fosforescencia, en la oscurecida estancia que había abandonado; durante un momento pensé en la jungla y en los círculos de ojos que a veces fulguran justo más allá del radio de la hoguera. Luego, subí las escaleras.

Mientras alcanzaba el segundo piso, pude escuchar a mi anfitrión renqueando por el salón hacia la habitación de abajo y comprendí que se movía con seguridad de búho a pesar de la oscuridad. Verdaderamente, tenía poca necesidad de lámpara. La tormenta había acabado, y al entrar en la habitación asignada la descubrí iluminada por los rayos de luna llena que caían sobre la cama desde una ventana sin cortinas orientada hacia el sur. Apagando la lámpara y sumiendo la casa en la oscuridad a excepción de los rayos de luna, olfateé un punzante olor que se imponía sobre el aroma del queroseno... el olor casi animal que había notado al entrar en el lugar. Crucé

hasta la ventana y la abrí de par en par, inspirando profundamente el fresco y limpio aire nocturno.

Cuando comenzaba a desvestirme me detuve casi instantáneamente, reparando en el cinturón de dinero, aún situado sobre mi cintura. Quizás, reflexioné, convenía no ser imprudente o descuidado, ya que había leído acerca de hombres que aguardaban sólo una ocasión para robar o incluso dar muerte a los extraños en el interior de sus moradas. Así, colocando las ropas de cama para hacerlas parecer a una figura dormida, alcancé la única silla de la estancia entre las envolventes sombras, cargando y encendiendo de nuevo mi pipa, y tomando asiento para descansar o vigilar, según lo requiriera la ocasión.

### III

No podía llevar mucho rato sentado cuando mis sensibles oídos captaron el sonido de pisadas subiendo las escaleras. Todos los viejos cuentos sobre anfitriones ladrones vinieron a mi cabeza, pero otro instante de escucha reveló que las pisadas eran francas, fuertes y descuidadas, sin atisbos de disimulo; mientras que los pasos de mi anfitrión, por lo que había oído desde el final de las escaleras, eran zancadas blandas y renqueantes. Apagando las brasas de mi pipa, la puse en mi bolsillo. Después, empuñando y tendiendo mi automática, me levanté de la silla y caminé de puntillas por la estancia, agazapándome tensamente en un punto desde el que podía cubrir la puerta.

Ésta se abrió, y en el pozo de luz lunar entró un hombre que nunca antes había visto. Alto, de anchas espaldas y distinguido, con el rostro medio tapado por una espesa barba cuadrada y el cuello cubierto con una gran pieza de tela negra, de un corte tan obsoleto en América que le señalaba, indudablemente, como extranjero. Cómo había entrado en la casa sin que me apercibiera es algo fuera de mi entendimiento, no pudiendo creer ni por un instante que estuviera oculto en la otra alcoba del salón de abajo. Mientras le observaba pensativamente bajo los engañosos rayos de luna, me pareció que podía ver directamente a través de la robusta forma; pero quizás esto sólo fue una ilusión derivada de mi repentina sorpresa.

Percatándose del desarreglo de la cama, pero desdeñando evidentemente la fingida ocupación, el extranjero musitó algo para sí mismo en una lengua extraña y procedió a desnudarse. Lanzando sus ropas a la silla que había desocupado, se metió en la cama, se arropó y en uno o dos segundos estaba resollando con la regular respiración de alguien profundamente dormido.

Mi primer pensamiento fue buscar a mi anfitrión y pedirle una explicación, pero un segundo más tarde decidí que sería mejor asegurarse de que tal incidente no era una secuela de mi sueño de borracho en los bosques. Aún me sentía flojo, desmayado y, a despecho de mi reciente cena, estaba tan hambriento como si no hubiera comido nada desde el almuerzo del mediodía.

Crucé hacia la cama y la alcancé, asiendo el hombro del durmiente. Enseguida, lanzando un ahogado grito de miedo enloquecido y atónito estupor, retrocedí con pulso palpitante y ojos desorbitados. *¡Puesto que mis dedos engarfiados habían pasado directamente a través del durmiente, alcanzando únicamente las sábanas de debajo!*

Un análisis completo de mis sensaciones enervadas y confundidas sería inútil. El hombre era intangible, aun cuando todavía podía verle, escuchar su respiración regular y observar su figura medio vuelta de lado bajo las sábanas. Y entonces, mientras estaba a punto de creerme loco o bajo hipnosis, escuché otras pisadas en las escaleras: blandas, almohadilladas, perrunas, pisadas cojeantes, tamborileando hacia arriba, arriba, arriba... Y otra vez el punzante olor animal, ahora con redoblada intensidad. Aturdido y alucinado, me arrastré una vez más tras la protección de la puerta abierta, estremecido hasta la médula, pero ya resignado a cualquier destino conocido o desconocido.

Entonces, en ese pozo de fantasmal luz lunar, irrumpió la enjuta forma de un gran lobo gris. Cojo, según pude ver, pues uno de las patas traseras se mantenía en el aire, como herida por algún tiro perdido. La bestia giró la cabeza en mi dirección, y la pistola resbaló de mis temblorosos dedos resonando sordamente contra el suelo. La ascendente sucesión de horrores había paralizado rápidamente mi voluntad y conciencia, *porque los ojos que ahora fulguraban mirándome desde esa cabeza infernal eran los fosforescentes ojos grises de mi anfitrión, tal y como me habían observado a través de la oscuridad de la cocina...*

Ni siquiera sé si me vio. Los ojos fueron desde mi dirección hacia la cama y contemplaron con glotonería al espectral durmiente. Luego, la cabeza se echó atrás, y de esa demoniaca garganta brotó el más espantoso ulular que haya oído jamás; un aullido ronco, nauseabundo, lobuno, que casi hizo detenerse a mi corazón. La forma en la cama se removió, abrió los ojos y se encogió ante la vista. El animal se agachó de forma estremecedora, y entonces —mientras la etérea figura lanzaba un grito de mortal angustia humana y terror que ningún espectro de leyenda podría falsificar— saltó directo hacia la garganta de su víctima, con los blancos y firmes dientes reluciendo a la luz de la luna mientras se cerraban sobre la yugular del vociferante fantasma. El



grito terminó con un gorgoteo ahogado en sangre y los espantados ojos humanos se vidriaron.

Aquel grito me impulsó a la acción, y en un segundo había recuperado mi automática y vaciado el cargador en la monstruosidad lobuna ante mí. *Pero escuché el impacto de cada bala mientras se enterraba en el muro opuesto sin encontrar resistencia.*

Mis nervios cedieron. El terror ciego me lanzó hacia la puerta y me hizo mirar atrás para ver que el lobo había hundido sus dientes en el cuerpo de su víctima. Entonces llegó aquella impresión sensorial culminante y el arrollador pensamiento derivado. Era el mismo cuerpo que yo había *atravesado* con la mano momentos antes... pero mientras me abalanzaba por esa negra escalera de pesadilla *pude escuchar el astillarse de los huesos.*

#### IV

Cómo encontré el camino de Glendale o cómo conseguí atravesarlo, supongo que jamás lo sabré. Sólo sé que el alba me encontró en la colina al límite de los bosques, con la escarpada población bajo mis pies y la cinta azul del Cataqua centelleando en la distancia. Destocado, sin chaqueta, con el rostro tiznado y empapado de sudor, como si hubiera pasado la noche bajo la tormenta, renuncié a entrar en el pueblo hasta recobrar un poco, al menos, la compostura. Al fin emprendí camino colina abajo por las estrechas calles empedradas de portales coloniales, hasta llegar a la Casa Lafayette, cuyo propietario me miró intrigado.

—¿De dónde vienes tan temprano, hijo? ¿Y cómo traes esa facha?

—Acabo de llegar atravesando los bosques desde Mayfair.

—¿Has venido... a través... de los bosques del Diablo... *esta noche...* y... *soló?* —el anciano me dedicó una indispueta mirada mezcla de horror e incredulidad.

—¿Por qué no? —repuse—. No podría haberlo hecho a tiempo por el Potowisset, y debía estar aquí a mediodía, lo más tardar.

—¡Y esta noche hubo *luna llena!*... ¡Dios mío! —me escrutó con curiosidad—. ¿Viste algo de Vasili Oukranikov o el Conde?

—Oiga, ¿tengo cara de tonto? Qué quiere... ¿reírse de mí?

Pero su tono fue tan grave como el de un sacerdote al replicar:

—Debes ser nuevo por aquí, hijito. Si no, sabrías todo acerca de los bosques del Diablo, la luna llena, Vasili y el resto.

Me sentí algo atontado, aunque sabía que no debía mostrarme demasiado serio tras mis primeras afirmaciones.

—Vamos... sé que se muere por contármelo. Soy como un burro... todo orejas.

Entonces contó la leyenda a su manera seca, despojándola de vitalidad y credibilidad por falta de colorido, detalles y atmósfera. Pero yo no necesitaba de la vitalidad o credibilidad que cualquier poeta pudiera haber dado. Rememorar lo que había presenciado y recordar que no había oído el cuento hasta *después* de haber tenido la experiencia y huido del terror de aquellos fantasmales huesos astillándose.

—Antes había unos pocos rusos instalados entre aquí y Mayfair... llegaron tras uno de aquellos follones nihilistas, allá en Rusia. Vasili Oukranikov era uno de ellos... un tío alto, delgado y bien plantado con brillante pelo rubio y modales encantadores. Pero se decía que era un sirviente del demonio... un hombre-lobo y un devorador de hombres.

»Se edificó una casa en los bosques, como a un tercio del camino entre esto y Mayfair, y allí vivió solo. De vez en cuando llegaba un viajero de los bosques con algún cuentecillo extraño acerca de haber sido perseguido por un gran lobo con relucientes ojos humanos... como los de Oukranikov. Una noche, alguien le pegó un tiro al lobo, y la siguiente vez que el ruso vino a Glendale cojeaba. Eso encajaba todo. Ya no eran simples sospechas, sino hechos probados.

»Entonces mandó a Mayfair a por el Conde —su nombre era Feodor Tchernevsky y había comprado la vieja casa Fowler de tejado a dos aguas en State Street— para que acudiera a verle. Todos previnieron al Conde, que era un buen hombre y un espléndido vecino, pero él dijo que sabía cuidar de sí mismo. Era la noche de luna llena. Era valiente como él solo, y cuanto hizo fue pedir a algunos de sus hombres, que tenía cerca del lugar, que le siguieran a casa de Vasili si no volvía en un plazo prudencial. Así lo hicieron... y me dices, hijito, ¿que has estado cruzando esos bosques de noche?

—Ya le digo que sí —traté de no parecer un embustero—. No soy ningún conde, y ¡heme aquí para contarlo!... pero, ¿qué encontraron los hombres en casa de Oukranikov?

—Encontraron el cuerpo destrozado del Conde, hijito. y un fibroso lobo gris agazapado sobre él con fauces ensangrentadas. Puedes suponer lo que era el lobo. Y se cuenta que cada luna llena... ¿pero hijito. no viste ni oíste nada?

—¡Nada, hombre! Y dígame, ¿qué pasó con el lobo... o Vasili Oukranikov?

—¡Toma! Lo mataron, hijo... lo llenaron de plomo y lo enterraron en la casa, y luego prendieron fuego al lugar... sabe que esto fue hace sesenta años,

cuando yo era un crío, aunque lo recuerde como si fuera ayer.

Me volví con un encogimiento de hombros. Todo eso sonaba demasiado extraño, estúpido y artificial a plena luz del día. Pero, a veces, cuando estoy a solas tras la caída de la noche en lugares desiertos y escucho los ecos demoniacos de esos gritos y bramidos, y ese detestable crujir de huesos, vuelvo a estremecerme con el recuerdo de aquella espantosa noche.

## LOS AMADOS MUERTOS<sup>[6]</sup>

**E**s medianoche. Antes del alba darán conmigo y me encerrarán en una celda negra, donde languideceré interminablemente, mientras insaciables deseos roen mis entrañas y consumen mi corazón, hasta ser al fin uno con los muertos que amo.

Mi asiento es la fétida fosa de una vetusta tumba; mi pupitre, el envés de una lápida caída y desgastada por los siglos implacables; mi única luz es la de las estrellas y la de una angosta media luna, aunque puedo ver tan claramente como si fuera mediodía. A mi alrededor, como sepulcrales centinelas guardando descuidadas tumbas, las inclinadas y decrepitas lápidas yacen medio ocultas por masas de nauseabunda maleza en descomposición. Y sobre todo, perfilándose contra el enfurecido cielo, un solemne monumento alza su austero chapitel ahusado, semejando el espectral caudillo de una horda fantasmal. El aire está enrarecido por el nocivo olor de los hongos y el hedor de la húmeda tierra mohosa, pero para mí es el aroma del Elíseo. Todo es quietud —terrorífica quietud—, con un silencio cuya intensidad promete lo solemne y lo espantoso. De haber podido elegir mi morada, lo hubiera hecho en alguna ciudad de carne en descomposición y huesos que se deshacen, pues su proximidad brinda a mi alma escalofríos de éxtasis, acelerando la estancada sangre en mis venas y forzando a latir mi lánguido corazón con júbilo delirante... ¡Porque la presencia de la muerte es vida para mí!

Mi temprana infancia fue de una larga, prosaica y monótona apatía. Sumamente ascético, descolorido, pálido, enclenque y sujeto a prolongados raptos de mórbido ensimismamiento, fui relegado por los muchachos saludables y normales de mi propia edad. Me tildaban de aguafiestas y «vieja» porque no me interesaban los rudos juegos infantiles que ellos practicaban, o porque no poseía el suficiente vigor para participar en ellos, de haberlo deseado.

Como todas las poblaciones rurales, Fenham tenía su cupo de chismosos de lengua venenosa. Sus imaginaciones maledicentes achacaban mi

temperamento letárgico a alguna anormalidad aborrecible; me comparaban con mis padres agitando la cabeza con ominosa duda en vista de la gran diferencia. Algunos de los más supersticiosos me señalaban abiertamente como un niño cambiado por otro, mientras que otros, que sabían algo sobre mis antepasados, llamaban la atención sobre rumores difusos y misteriosos acerca de un tataratío que había sido quemado en la hoguera por nigromante.

De haber vivido en una ciudad más grande, con mayores oportunidades para encontrar amistades, quizás hubiera superado esta temprana tendencia al aislamiento. Cuando llegué a la adolescencia, me torné aún más sombrío, morbosos y apático. Mi vida carecía de alicientes. Me parecía ser preso de algo que ofuscaba mis sentidos, trababa mi desarrollo, entorpecía mis actividades y me sumía en una inexplicable insatisfacción.

Tenía dieciséis años cuando acudí a mi primer funeral. Un sepelio en Fenham era un suceso de primer orden social, ya que nuestra ciudad era señalada por la longevidad de sus habitantes. Cuando, además, el funeral era el de un personaje tan conocido como el de mi abuelo, podía asegurarse que el pueblo entero acudiría en masa para rendir el debido homenaje a su memoria. Pero yo no contemplaba la próxima ceremonia con interés ni siquiera latente. Cualquier asunto que tendiera a arrancarme de mi inercia habitual sólo representaba para mí una promesa de inquietudes físicas y mentales. Cediendo ante las presiones de mis padres, y tratando de hurtarme a sus cáusticas condenas sobre mi actitud poco filial, convine en acompañarles.

No hubo nada fuera de lo normal en el funeral de mi abuelo salvo la voluminosa colección de ofrendas florales; pero esto, recuerdo, fue mi iniciación en los solemnes ritos de tales ocasiones. Algo en la estancia oscurecida, el ovalado ataúd con sus sombrías colgaduras, los apiñados montones de fragantes ramilletes, las demostraciones de dolor por parte de los ciudadanos congregados, me arrancó de mi normal apatía captando mi atención. Saliendo de mi momentáneo ensueño merced a un codazo de mi madre, la seguí por la estancia hasta el féretro donde yacía el cuerpo de mi abuelo.

Por primera vez, estaba cara a cara con la Muerte. Observé el rostro sosegado y surcado por infinidad de arrugas, y no vi nada que causara demasiado pesar. Al contrario, me pareció que el abuelo estaba inmensamente contento, plácidamente satisfecho. Me sentí sacudido por algún extraño y discordante sentido de regocijo. Tan suave, tan furtivamente me envolvió que apenas puedo determinar su llegada. Mientras rememoro mentalmente ese instante portentoso, me parece que debe haberse originado con mi primer

vistazo a la escena del funeral, estrechando silenciosamente su cerco con sutil insidia. Una funesta y maligna influencia que parecía provenir del cadáver mismo me aferraba con magnética fascinación. Mi mismo ser parecía cargado de electricidad estática y sentí mi cuerpo tensarse involuntariamente. Mis ojos intentaban traspasar los párpados cerrados del difunto y leer el secreto mensaje que ocultaban. Mi corazón dio un repentino salto de júbilo impío batiendo contra mis costillas con fuerza demoniaca, como tratando de librarse de las acotadas paredes de mi caja torácica. Una salvaje y desenfrenada sensualidad complaciente me envolvió. Una vez más, el vigoroso codazo maternal me devolvió a la actividad. Había llegado con pies de plomo hasta el ataúd tapizado de negro, me alejé de él con vitalidad recién descubierta.

Acompañé al cortejo hasta el cementerio con mi ser físico inundado de místicas influencias vivificantes. Era como si hubiera bebido grandes sorbos de algún exótico elixir... alguna abominable poción preparada con las blasfemas fórmulas de los archivos de Belial.

La población estaba tan volcada en la ceremonia que el radical cambio de mi conducta pasó desapercibido para todos, excepto para mi padre y mi madre; pero en la quincena siguiente, los chismosos locales encontraron nuevo material para sus corrosivas lenguas en mi alterado comportamiento. Al final de la quincena, no obstante, la potencia del estímulo comenzó a perder efectividad. En uno o dos días había vuelto por completo a mi languidez anterior, aunque no a la total y devora dora insipidez del pasado. Antes, había una total ausencia del deseo de superar la inactividad; ahora, vagos e indefinidos desasosiegos me turbaban. De puertas afuera, había vuelto a ser el de siempre, y los maledicentes buscaron algún otro sujeto más propicio. Ellos, de haber siquiera soñado la verdadera causa de mi reanimación, me hubieran rehuido como a un ser leproso y obscuro. Yo, de haber adivinado el execrable poder oculto tras mi corto periodo de alegría, me habría aislado para siempre del resto del mundo, pasando mis restantes años en penitente soledad.

Las tragedias vienen a menudo de tres en tres, de ahí que, a pesar de la proverbial longevidad de mis conciudadanos, los siguientes cinco años me trajeron la muerte de mis padres. Mi madre fue la primera, en un accidente de la naturaleza más inesperada, y tan genuino fue mi pesar que me sentí sinceramente sorprendido de verlo burlado y contrarrestado por ese casi perdido sentimiento de supremo y diabólico éxtasis. De nuevo mi corazón brincó salvajemente, otra vez latió con velocidad galopante enviando la sangre caliente a recorrer mis venas con meteórico fervor. Sacudí de mis

hombros el fatigoso manto de inacción, sólo para reemplazarlo por la carga, infinitamente más horrible, del deseo repugnante y profano. Busqué la cámara mortuoria donde yacía el cuerpo de mi madre, con el alma sedienta de ese diabólico néctar que parecía saturar el aire de la estancia oscurecida.

Cada inspiración me vivificaba, lanzándome a increíbles cotas de seráfica satisfacción. Ahora sabía que era como el delirio provocado por las drogas y que pronto pasaría, dejándome igualmente ávido de su poder maligno; pero no podía controlar mis anhelos más de lo que podía deshacer los nudos gordianos que ya enmarañaban la madeja de mi destino.

Demasiado bien sabía que, a través de alguna extraña maldición satánica, la muerte era la fuerza motora de mi vida, que había una singularidad en mi constitución que sólo respondía a la espantosa presencia de algún cuerpo sin vida. Pocos días más tarde, frenético por la bestial intoxicación de la que la totalidad de mi existencia dependía, me entrevisté con el único enterrador de Fenham y le pedí que me admitiera como aprendiz.

El golpe causado por la muerte de mi madre había afectado visiblemente a mi padre. Creo que de haber sacado a relucir una idea tan trasnochada como la de mi empleo en otra ocasión, la hubiera rechazado enérgicamente. En cambio, agitó la cabeza aprobadoramente, tras un momento de sobria reflexión. ¡Qué lejos estaba de imaginar que sería el objeto de mi primera lección práctica!

También él murió bruscamente, por culpa de alguna afección cardíaca insospechada hasta el momento. Mi octogenario patrón trató por todos los medios de disuadirme de realizar la inconcebible tarea de embalsamar su cuerpo, sin detectar el fulgor entusiasta de mis ojos cuando finalmente logré que aceptara mi condenable punto de vista. No creo ser capaz de expresar los reprensibles, los desquiciados pensamientos que barrieron en tumultuosas olas de pasión mi desbocado corazón mientras trabajaba sobre aquel cuerpo sin vida. Amor sin par era la nota clave de esos conceptos, un amor más grande — con mucho— que el que jamás hubiera sentido hacia él cuando estaba vivo.

Mi padre no era un hombre rico, pero había poseído bastantes bienes mundanos como para ser lo suficientemente independiente. Como su único heredero, me encontré en una especie de paradójica situación. Mi temprana juventud había sido un fracaso total en cuanto a prepararme para el contacto con el mundo moderno: pero la sencilla vida de Fenham, con su cómodo aislamiento, había perdido sabor para mí. Por otra parte, la longevidad de sus habitantes anulaba el único motivo que me había hecho buscar empleo.

La venta de los bienes me proveyó de un medio fácil de asegurarme la salida y me trasladé a Bayboro, una ciudad a unos 50 kilómetros. Aquí, mi año de aprendizaje me resultó sumamente útil. No tuve problemas para lograr una buena colocación como asistente de la Gresham Corporation, una empresa que mantenía las mayores pompas fúnebres de la ciudad. Incluso logré que me permitieran dormir en los establecimientos... porque ya la proximidad de la muerte estaba convirtiéndose en una obsesión.

Me aplique a mi tarea con celo inusitado. Nada era demasiado horripilante para mi impía sensibilidad, y pronto me convertí en un maestro en mi oficio electo. Cada cadáver nuevo traído al establecimiento significaba una promesa cumplida de impío regocijo, de irreverentes gratificaciones, una vuelta al arrebatador tumulto de las arterias que transformaba mi hosco trabajo en devota dedicación... aunque cada satisfacción carnal tiene su precio. Llegué a odiar los días que no traían muertos en los que refocilarme, y rogaba a todos los dioses obscenos de los abismos inferiores para que dieran rápida y segura muerte a los residentes de la ciudad.

Llegaron entonces las noches en que una sigilosa figura se deslizaba subrepticamente por las tenebrosas calles de los suburbios; noches negras como boca de lobo, cuando la luna de la medianoche se ocultaba tras pesadas nubes bajas. Era una furtiva figura que se camuflaba con los árboles y lanzaba esquivas miradas sobre su espalda; una silueta empeñada en alguna misión maligna. Tras una de esas noches de merodeo, los periódicos matutinos pudieron vocear a su clientela ávida de sensación los detalles de un crimen de pesadilla; columna tras columna de ansioso morbo sobre abominables atrocidades; párrafo tras párrafo de soluciones imposibles, y sospechas contrapuestas y extravagantes. Con todo, yo sentía una suprema sensación de seguridad, pues ¿quién, por un momento, recelaría que un empleado de pompas fúnebres —donde la Muerte presumiblemente ocupa los asuntos cotidianos— abandonaría sus indescriptibles deberes para arrancar a sangre fría la vida de sus semejantes? Planeaba cada crimen con astucia demoniaca, variando el método de mis asesinatos para que nadie los supusiera obra de un solo par de manos ensangrentadas. El resultado de cada incursión nocturna era una extática hora de placer, pura y perniciosa; un placer siempre aumentado por la posibilidad de que su deliciosa fuente fuera más tarde asignada a mis deleitados cuidados en el curso de mi actividad habitual. De cuando en cuando, ese doble y postrer placer tenía lugar... ¡Oh, recuerdo escaso y delicioso!



Durante las largas noches en que buscaba el refugio de mi santuario, era incitado por aquel silencio de mausoleo a idear nuevas e indecibles formas de prodigar misafectos a los muertos que amaba... ¡los muertos que me daban vida!

Una mañana, Mr. Gresham acudió mucho más temprano de lo habitual... llegó para encontrarme tendido sobre una fría losa, hundido en un sueño monstruoso, ¡con los brazos alrededor del cuerpo rígido, tieso y desnudo de un fétido cadáver! Con ojos llenos de entremezclada repugnancia y compasión, me arrancó de mis salaces sueños. Educada pero firmemente, me indicó que debía irme, que mis nervios estaban alterados, que necesitaba un largo descanso de las repelentes tareas que mi oficio exige, que mi impresionable juventud estaba demasiado profundamente afectada por la funesta atmósfera del lugar. ¡Cuán poco sabía de los demoniacos deseos que espoleaban mi detestable anormalidad! Fui suficientemente juicioso como para ver que el responder sólo le reafirmaría en su creencia de mi potencial locura... resultaba mucho mejor marcharse que invitarle a descubrir los motivos ocultos tras mis actos.

Tras eso, no me atreví a permanecer mucho tiempo en un lugar por miedo a que algún acto abierto descubriera mi secreto a un mundo hostil. Vagué de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Trabajé en depósitos de cadáveres, rondé cementerios, hasta un crematorio... cualquier sitio que me brindara la oportunidad de estar cerca de la muerte que tanto anhelaba.

Entonces llegó la Guerra Mundial. Fui uno de los primeros en alistarme y uno de los últimos en volver. Cuatro años de infernal osario ensangrentado... nauseabundo légamo de trincheras anegadas de lluvia... mortales explosiones de histéricas granadas... el monótono silbido de balas sardónicas... humeantes frenesíes de las fuentes del Flegeton<sup>[7]</sup>... letales humaredas de gases venenosos... grotescos restos de cuerpos aplastados y destrozados... cuatro años de trascendente satisfacción.

En cada vagabundo hay una latente necesidad de volver a los lugares de su infancia. Unos pocos meses más tarde, me encontré recorriendo los familiares y apartados caminos de Fenham. Deshabitadas y ruinosas granjas se alineaban junto a las cunetas, mientras que los años habían deparado un retroceso igual en la propia ciudad. Apenas había un puñado de casas ocupadas, aunque entre ellas estaba la que una vez yo considerara mi hogar. El sendero descuidado e invadido por malas hierbas, las persianas rotas, los incultos terrenos de detrás, todo era una muda confirmación de las historias que había obtenido con discretas indagaciones: que ahora cobijaba a un

borracho disoluto que arrastraba una mísera existencia con las faenas que le encomendaban algunos vecinos, por simpatía hacia la maltratada esposa y el malnutrido hijo que compartían su suerte. Con todo esto, el encanto que envolvía los ambientes de mi juventud había desaparecido totalmente; así, acuciado por algún temerario impulso errante, volví mis pasos hacia Bayboro.

Aquí, también los años habían traído cambios, aunque en sentido inverso. La pequeña ciudad de mis recuerdos casi había duplicado su tamaño a pesar de su despoblamiento en tiempo de la guerra. Instintivamente busqué mi primitivo lugar de trabajo, descubriendo que aún existía, pero con nombre desconocido y un «Sucesor de» sobre la puerta, puesto que la epidemia de gripe había hecho presa de Mr. Gresham, mientras que los muchachos estaban en ultramar. Alguna fatídica disposición me hizo pedir trabajo. Comenté mi aprendizaje bajo Mr. Gresham con cierto recelo, pero mis temores eran infundados... mi anterior patrón se había llevado a la tumba el secreto de mi poco ética conducta. Una oportuna vacante me aseguró la inmediata recolocación.

Entonces volvieron erráticos recuerdos sobre noches escarlatas de impíos peregrinajes y un incontrolable deseo de reanudar aquellos ilícitos placeres. Hice a un lado la precaución, lanzándome a otra serie de condenables desmanes. Una vez más, la prensa amarilla dio la bienvenida a los diabólicos detalles de mis crímenes, comparándolos con las rojas semanas de horror que habían pasmado a la ciudad años atrás. Una vez más la policía lanzó sus redes, sacando entre sus enmarañados pliegues... ¡nada!

Mi sed del nocivo néctar de la muerte creció hasta ser un fuego devastador, y comencé a acortar los períodos entre mis odiosas explosiones. Comprendí que pisaba suelo resbaladizo, pero el demoniaco deseo me aferraba con torturantes tentáculos y me obligaba a proseguir.

Durante todo este tiempo, mi mente estaba volviéndose progresivamente insensible a cualquier otra influencia que no fuera la satisfacción de mis enloquecidos anhelos. Dejé deslizar, en alguna de esas maléficas escapadas, pequeños detalles de vital importancia para identificarme. De cierta forma, en algún lugar, dejé una pequeña pista, un rastro fugitivo, detrás... no lo bastante como para ordenar mi arresto, pero sí lo suficiente como para volver la marea de sospechas en mi dirección. Sentía el espionaje, pero aun así era incapaz de contener la imperiosa demanda de más muerte para acelerar mi enervado espíritu.

Enseguida llegó la noche en que el estridente silbato de la policía me arrancó de mi demoniaco solaz sobre el cuerpo de mi postrer víctima, con una

ensangrentada navaja todavía firmemente asida. Con un ágil movimiento, cerré la hoja y la guardé en el bolsillo de mi chaqueta. Las porras de la policía abrieron grandes brechas en la puerta. Rompí la ventana con una silla, agradeciendo al destino haber elegido uno de los distritos más pobres como morada. Me descolgué hasta un callejón mientras las figuras vestidas de azul irrumpían por la destrozada puerta. Huí saltando inseguras vallas, a través de mugrientos patios traseros, cruzando míseras casas destartaladas, por estrechas calles mal iluminadas. Inmediatamente, pensé en los boscosos pantanos que se alzaban más allá de la ciudad, extendiéndose unos 60 kilómetros hasta alcanzar los arrabales de Fenham. Si pudiera llegar a esta meta, estaría temporalmente a salvo. Antes del alba me había lanzado de cabeza por el ansiado despoblado, tropezando con los podridos troncos de árboles moribundos cuyas ramas desnudas se extendían como brazos grotescos tratando de estorbarme con su burlón abrazo.

Los diablos de las funestas deidades a quienes había ofrecido mis idólatras plegarias debían haber guiado mis pasos hacia aquella amenazadora ciénaga. Una semana más tarde, macilento, empapado y demacrado, rondaba por los bosques a kilómetro y medio de Fenham. Había eludido por fin a mis perseguidores, pero no osaba mostrarme, a sabiendas de que la alarma debía haber sido radiada. Tenía la remota esperanza de haberlos hecho perder el rastro. Tras la primera y frenética noche, no había oído sonido de voces extrañas ni los crujidos de pesados cuerpos entre la maleza. Quizás habían decidido que mi cuerpo yacía oculto en alguna charca o se había desvanecido para siempre entre los tenaces cenagales.

El hambre roía mis tripas con agudas punzadas, y la sed había dejado mi garganta agostada y reseca. Pero, con mucho, lo peor era el insoportable hambre de mi famélico espíritu, hambre del estímulo que sólo encontraba en la proximidad de los muertos. Las ventanas de mi nariz temblaban con dulces recuerdos. No podía engañarme demasiado con el pensamiento de que tal deseo era un simple capricho de la imaginación. Sabía que era parte integral de la vida misma, que sin ella me apagaría como una lámpara vacía. Reuní todas mis restantes energías para aplicarme en la tarea de satisfacer mi inicuo apetito. A pesar del peligro que implicaban mis movimientos, me adelanté a explorar contorneando las protectoras sombras como un fantasma obscuro. Una vez más sentí la extraña sensación de ser guiado por algún invisible acólito de Satanás. Y aun mi alma endurecida por el pecado se agitó durante un instante al encontrarme ante mi domicilio natal, el lugar de mi retiro de juventud.

Luego, esos inquietantes recuerdos pasaron. En su lugar llegó el ávido y abrumador deseo. Tras las podridas cercas de esa vieja casa aguardaba mi presa. Un momento más tarde había alzado una de las destrozadas ventanas y me había deslizado por el alféizar. Escuché durante un instante, con todos los sentidos alerta y los músculos listos para la acción. El silencio me recibió. Con pasos felinos recorrí las familiares estancias, hasta que unos ronquidos estentóreos indicaron el lugar donde encontraría remedio a mis sufrimientos. Me permití un vistazo de éxtasis anticipado mientras franqueaba la puerta de la alcoba. Como una pantera, me acerqué a la tendida forma sumida en el estupor de la embriaguez. La mujer y el niño —¿dónde estarían?—, bueno, podían esperar. Mis engarbados dedos se deslizaron hacia su garganta...

Horas más tarde volvía a ser el fugitivo, pero una renovada fortaleza robada era mía. Tres silenciosos cuerpos dormían para no despertar. No fue hasta que la brillante luz del día invadió mi escondrijo que visualicé las inevitables consecuencias de la temeraria obtención de alivio. En ese tiempo los cuerpos debían haber sido descubiertos. Aun el más obtuso de los policías rurales seguramente relacionaría la tragedia con mi huida de la ciudad vecina. Además, por primera vez había sido lo bastante descuidado como para dejar alguna prueba tangible de identidad... las huellas dactilares en las gargantas de mis recientes víctimas. Durante todo el día temblé preso de aprensión nerviosa. El simple chasquido de una ramita seca bajo mis pies conjuraba inquietantes imágenes mentales. Esa noche, al amparo de la oscuridad protectora, bordeé Fenham y me interné en los bosques de más allá. Antes del alba tuve el primer indicio definido de la renovada persecución... el distante ladrido de los sabuesos.

Me apresuré a través de la larga noche, pero durante la mañana pude sentir cómo mi artificial fortaleza menguaba. El mediodía trajo, una vez más, la persistente llamada de la perturbadora maldición y supe que me derrumbaría de no volver a experimentar la exótica intoxicación que sólo llegaba en la proximidad de mis adorados muertos. Había viajado en un amplio semicírculo. Si me esforzaba en línea recta, la medianoche me encontraría en el cementerio donde había enterrado a mis padres años atrás. Mi única esperanza, lo sabía, residía en alcanzar esta meta antes de ser capturado. Con un silencioso ruego a los demonios que dominaban mi destino, me volví encaminando mis pasos en la dirección de mi último baluarte.

¡Dios! ¿Pueden haber pasado escasas doce horas desde que partí hacia mi espectral santuario? He vivido una eternidad en cada pesada hora. Pero he

alcanzado una espléndida recompensa. ¡El nocivo aroma de este descuidado paraje es como incienso para mi doliente alma!

Los primeros reflejos del alba clarean en el horizonte. ¡Vienen! ¡Mis agudos oídos captan el todavía lejano aullido de los perros! Es cuestión de minutos que me encuentren y me aparten para siempre del resto del mundo, ¡para perder mis días en anhelos desesperados, hasta que al final sea uno con los muertos que amo!

¡No me cogerán! ¡Hay una puerta de escape abierta! Una elección de cobarde, quizás, pero mejor —mucho mejor— que los interminables meses de indescriptible miseria. Dejaré esta relación tras de mí para que algún alma pueda quizás entender por qué hice lo que hice.

¡La navaja de afeitar! Aguardaba olvidada en mi bolsillo desde mi huida de Bayboro. Su hoja ensangrentada reluce extrañamente en la menguante luz de la angosta luna. Un rápido tajo en mi muñeca izquierda y la liberación está asegurada...

Cálida, la sangre fresca traza grotescos dibujos sobre las carcomidas y decrepitas lápidas... hordas fantasmales se apiñan sobre las tumbas en descomposición... dedos espectrales me llaman por señas... etéreos fragmentos de melodías no escritas en celestial *crescendo*... distantes estrellas danzan embriagadoramente en demoniaco acompañamiento... un millar de diminutos martillos baten espantosas disonancias sobre yunques en el interior de mi caótico cerebro... fantasmas grises de asesinados espíritus desfilan ante mí en silenciosa burla... abrasadoras lenguas de invisible llama estampan la marca del Infierno en mi alma enferma... no puedo... escribir... más...

## SORDO, MUDO Y CIEGO<sup>[8]</sup>

Poco después del mediodía del 28 de junio de 1924, el doctor Morehouse detuvo su automóvil ante la finca Tanner y cuatro hombres descendieron. La pétrea construcción, en perfecto estado de conservación, se alzaba cerca del camino, y, de no ser por el pantano en su parte trasera, carecería de cualquier sugestión siniestra. El blanco e inmaculado portal era visible más allá del pulcro césped, desde alguna distancia camino abajo; y mientras el grupo del doctor se acercaba, pudieron distinguir la pesada puerta abierta de par en par. Tan sólo la mosquitera estaba cerrada. La proximidad de la casa había impuesto una especie de nervioso silencio a los cuatro hombres, ya que lo que acechaba en su interior sólo podía imaginarse con difuso terror. Un terror que se vio sumamente reducido cuando los exploradores escucharon claramente el sonido de la máquina de escribir de Richard Blake.

Menos de una hora antes, un hombre adulto había huido de esta casa, destocado, sin chaqueta y vociferando, para desplomarse ante la puerta de su vecino más próximo, como a un kilómetro, balbuciendo incoherencias sobre «casa», «oscuro», «pantano» y «alcoba». El doctor Morehouse, oyendo que una criatura babeante y enloquecida había escapado de la casa del viejo Tanner por el límite del pantano, no necesitó mayores acicates para entrar en acción. Supo que algo podía suceder desde el momento en que los dos hombres ocuparon la maldita casa de piedra... el hombre que había huido y su patrón, Richard Blake, el poeta de Boston, el genio que había ido a la guerra con cada nervio y sentido alertas, para regresar en su estado actual: aún gallardo, pero medio paralítico; todavía paseando con canciones entre las visiones y sonidos de la viva fantasía, a pesar de estar cerrado para siempre al mundo físico: ¡Sordo, mudo y ciego!

Blake se había deleitado con las extrañas historias y estremecedoras insinuaciones acerca de la casa y sus primeros inquilinos. Tales espantosas tradiciones eran una posesión mental cuyo goce no podía impedir su estado físico. Había sonreído ante el augurio de los supersticiosos pueblerinos.

Ahora, con su único acompañante en fuga presa del pánico, y él mismo inerte ante lo que hubiera causado tal espanto, ¡Blake tendría menor ocasión de divertirse y sonreír! Éstas, en fin, eran las reflexiones del doctor Morehouse mientras encaraba el problema del fugitivo y solicitaba al desconcertado granjero ayuda para desvelar el misterio. Los Morehouse eran una vieja familia de Fenham, y el abuelo del doctor había sido uno de los que quemaron el cuerpo del misántropo Simeón Tanner en 1819. A pesar del tiempo transcurrido, el avezado doctor no podía evitar un escalofrío pensando en tal acto... y en las cándidas conclusiones sacadas por los ignorantes paisanos a partir de una ligera e insignificante malformación del difunto. Sabía que aquel estremecimiento era estúpido, ya que unas minúsculas protuberancias óseas en la parte delantera del cráneo no significan nada, e incluso pueden observarse en algunos calvos.

Entre los cuatro hombres que finalmente decidieron partir hacia esa aborrecida casa en el coche del doctor, hubo un temeroso y singular intercambio de vagas leyendas y medio furtivos fragmentos de habladurías murmuradas por chismosas abuelas... leyendas e insinuaciones pocas veces repetidas y casi nunca cotejadas. Se remontaban tan atrás como 1692, cuando un Tanner fue ajusticiado en Gallows Hill, Salem, tras un juicio por brujería; pero no aumentaron hasta que la casa fue construida en 1747, aunque el edificio actual era más moderno. Ni siquiera entonces los cuentos eran muy numerosos, a despecho de lo extraños que eran todos los Tanner, sino sólo a raíz del último de todos, el viejo Simeón, a quien la gente temía atrocemente. Se hizo cargo de su herencia —horriblemente, según musitaban algunos— y tapió las ventanas de la habitación sureste, cuyo muro este daba al pantano. Aquél era su estudio y biblioteca, y tenía una puerta de doble grosor con refuerzos. Fue forzada con hachas aquella terrible noche del invierno de 1819, cuando el humo hediondo había ascendido por la chimenea, y allí se encontró el cuerpo de Tanner... con aquella expresión en su rostro. Fue a causa de aquella expresión —no por las dos huesudas protuberancias bajo el estropajoso cabello blanco— lo que les llevó a quemar el cuerpo, así como los libros y manuscritos que contenía la estancia. Sin embargo, la corta distancia a la finca Tanner quedó cubierta mucho antes de que la cuestión histórica más importante pudiera cotejarse.

Mientras el doctor, a la cabeza del grupo, abría la mosquitera y entraba al vestíbulo de arcos, se percató de que el sonido de la máquina de escribir había cesado bruscamente. En ese instante dos de los hombres también creyeron notar una débil corriente de aire frío extrañamente fuera de tono con el gran

calor del día, aunque más tarde rehusaron jurarlo. El vestíbulo estaba en perfecto orden, así como las diversas estancias en donde penetraron buscando el estudio donde presuntamente se hallaría Blake. El autor había amueblado su casa con exquisito gusto colonial y, aunque no disponía de más ayuda que la de un único sirviente. se había mantenido todo en un estado de admirable limpieza.

El doctor Morehouse guió a sus hombres de habitación en habitación por las puertas abiertas de par en par y las arcadas, hallando por fin la librería o estudio que buscaba: una exquisita habitación orientada al sur. en la planta baja y adyacente a lo que una vez fuera el espantoso estudio de Simeón Tanner. revestida de libros, que el sirviente le leía a través de un ingenioso alfabeto de toques, y los más abultados volúmenes de Braille. que el mismo autor leía con las sensitivas yemas de sus dedos. Richard Blake. por supuesto, estaba allí, sentado como era habitual ante su máquina de escribir, con un montón de hojas recién escritas desparramadas por la mesa y el suelo, y con una hoja aun en la máquina. Había interrumpido su trabajo, parecía, con cierta brusquedad, quizás por un escalofrío que le había hecho cerrarse el cuello de la bata, y su cabeza estaba vuelta hacia el portal de la soleada habitación adyacente, de una forma bastante singular para alguien a quien su falta de vista y oído bloquea de toda impresión del mundo exterior.

Al acercarse, situándose donde pudiera ver el rostro del autor, el doctor Morehouse empalideció e hizo gestos a los demás para que permanecieran atrás. Necesitó algún tiempo para tranquilizarse y disipar toda posibilidad de sufrir algún espantoso espejismo. No necesitó tiempo para preguntarse por qué había sido quemado el cuerpo del viejo Simeón Tanner por su *expresión* aquella noche de invierno, porque allí había algo que sólo una mente perfectamente disciplinada podía enfrentar. El difunto Richard Blake, cuya máquina de escribir había cesado su incesante tecleo sólo cuando los hombres habían penetrado en la casa, había visto algo a pesar de su ceguera y había sido afectado por ello. No había ninguna humanidad en la mirada de aquel rostro, ni en la macabra y vidriada visión que llameaba en los grandes ojos azules inyectados en sangre, privados de imágenes de este mundo durante seis años. Aquellos ojos estaban clavados con un éxtasis de manifiesto horror sobre el zaguán que llevaba al estudio del viejo Simeón Tanner, donde el sol resplandecía sobre los muros una vez sumidos en la negrura del tapiado. Y el doctor Arlo Morehouse se tambaleó aturdido al descubrir que, a pesar de la deslumbrante luz diurna, las pupilas negras como la tinta de aquellos ojos



estaban tan cavernosamente dilatadas como las de los ojos de un gato en la oscuridad.

El doctor cerró aquellos ojos ciegos de mirada fija antes de dejar que los demás vieran el rostro del cadáver. Mientras tanto, estudió el cuerpo sin vida con febril diligencia, utilizando minuciosos cuidados técnicos, a pesar de sus alterados nervios y casi temblorosas manos. Algunos de sus resultados los comunicaba de tiempo en tiempo al espantado e inquisitivo trío de su alrededor; otros se los guardó juiciosamente para sí mismo, ya que les provocaría especulaciones más inquietantes de lo que las cavilaciones humanas deben ser. No fue nada que él dijera, sino una atenta observación propia, lo que hizo murmurar a uno de los hombres sobre el desgredado cabello negro del cadáver y la forma en que los papeles estaban esparcidos. Este hombre dijo que era como si una fuerte brisa hubiera soplado por el abierto portal hacia donde estaba vuelto el muerto; pero, aunque las ventanas de más allá una vez tapiadas estaban en efecto completamente abiertas al cálido aire de junio, apenas hubo un soplo de viento en todo el día.

Cuando uno de los hombres comenzó a recoger las hojas del manuscrito recién mecanografiado que yacían en el suelo y la mesa, el doctor Morehouse le detuvo con un gesto alarmado. Había visto la hoja que permanecía en la máquina y la había sacado precipitadamente, colocándola en su bolsillo tras de que una frase o dos volvieran a hacerle palidecer. Este incidente le hizo recoger por sí mismo las dispersas hojas y apiñarlas en un bolsillo interior sin detenerse a ordenarlas. Pero lo leído no era ni siquiera la mitad de aterrador que lo descubierto: la sutil diferencia de impresión y tecleo que distinguía las hojas recogidas de la que se encontraba en la máquina de escribir. No pudo disociar esta sombría impresión de la terrible circunstancia que tan celosamente había ocultado a los hombres que oyeran el tecleo de la máquina hacía menos de diez minutos... el hecho que trataba de arrancar incluso de su propia mente hasta estar a solas, retrepado en las misericordiosas profundidades del sillón de su Morris. Uno puede juzgar el temor que sintió ante esto a tenor del esfuerzo que le costó ocultarlo. En más de treinta años de práctica profesional había sido considerado como un forense a quien ningún dato podía ocultarse; aunque, entre tantas formalidades como había seguido, ningún hombre supo jamás que cuando examinó a este cadáver retorcido, de mirada fija y ciego, había descubierto inmediatamente *que la muerte debía haber tenido lugar al menos media hora antes del descubrimiento.*

El doctor Morehouse cerró la puerta exterior y condujo al grupo por todos los rincones de la vieja casa, buscando cualquier pista que pudiera explicar la

tragedia. No obtuvieron más resultado que el fracaso total. Sabía que la trampa del viejo Simeón Tanner había sido eliminada tan pronto como los libros y cuerpo del recluso fueron quemados, y que la cámara subterránea y el sinuoso túnel bajo los pantanos fueron rellenados una vez descubiertos, casi treinta y cinco años atrás. No vio nuevas anomalías que hubieran tomado su puesto, y todo el lugar mostraba solamente la normal limpieza y la moderna restauración y cuidado propias del buen gusto.

Telefoneando al sheriff de Fenham y al forense del condado en Bayboro, esperó la llegada del primero; éste, al llegar, insistió en juramentar a dos de los hombres como sus ayudantes mientras aparecía el forense. El doctor Morehouse, sabedor de la falsedad y futilidad de las pesquisas oficiales, no pudo evitar sonreír aviesamente al marcharse en compañía del aldeano en cuya casa aún se cobijaba el hombre que había huido.

Encontraron al paciente excesivamente débil, aunque consciente y bastante sereno. Habiendo prometido al sheriff obtener y transmitir toda información posible del fugitivo, el doctor Morehouse comenzó un interrogatorio calmado y lleno de tacto que fue recibido con espíritu racional y bien dispuesto, sólo entorpecido por las lagunas de memoria. La mayor parte de la calma del hombre debía provenir de una piadosa incapacidad de recordar, pues todo cuanto dijo fue que había estado en el estudio con su patrón y había creído ver la habitación adyacente oscurecerse bruscamente... la estancia donde el resplandor del sol había reemplazado a las tinieblas de las ventanas tapiadas durante más de un centenar de años. Aun este recuerdo, del cual ya medio dudaba, turbaba enormemente los trastornados nervios del paciente, y sólo mediante la mayor gentileza y circunspección el doctor Morehouse le comunicó la muerte de su patrón... víctima natural de un ataque de corazón que sus terribles lesiones de guerra debían haberle provocado. Esto afligió al hombre, ya que había sido un devoto del tullido autor; pero prometió mostrar entereza y enviar el cuerpo a su familia de Boston al finalizar las pesquisas formales del forense.

El médico, tras satisfacer tan imprecisamente como le fue posible la curiosidad del anfitrión y su esposa, y urgiéndolos a amparar al paciente y mantenerlo lejos de la casa Tanner hasta su partida con el cuerpo, condujo de nuevo hacia casa con un creciente temblor de excitación. Al fin era libre de leer el manuscrito mecanografiado por el muerto y obtener por fin una pista sobre qué infernal ser había desafiado aquellos destrozados sentidos de vista y sonido, penetrando tan desastrosamente la delicada inteligencia que rumiaba en la oscuridad y el silencio. Sabía que debía ser una lectura grotesca y

terrible, y no se apresuró a comenzarla. De hecho, deliberadamente, guardó el coche en el garaje, se embutió confortablemente en una bata y colocó un surtido de medicinas sedantes y tónicas junto al gran sillón que pensaba ocupar. Aun tras esto, gastó obviamente tiempo en la lenta colocación de las hojas numeradas, evitando cuidadosamente cualquier ojeada al texto.

Sabemos lo que hizo el doctor Morehouse con el manuscrito. Podría no haber sido leído por nadie más de no haberlo auxiliado su esposa mientras yacía inerte en su sillón una hora más tarde, respirando ruidosamente y sin responder a sacudidas lo bastante violentas como para revivir a la momia de un faraón. Terrible como es el documento, particularmente en el obvio *cambio de estilo* cerca del final, no podemos evitar creer que la sabiduría popular del médico le descubrió un *samo y supremo horror* que nadie más hubiera tenido la desgracia de captar. Verdaderamente, es opinión generalizada en Fenham que la amplia familiaridad del doctor con las murmuraciones de los ancianos y los cuentos que su abuelo le contó en la juventud le proveyeron de alguna especial información, a la luz de la que la espantosa crónica de Richard Blake adquirió un nuevo, claro y devastador significado casi insoportable para la mente humana normal. Esto pudo explicar la lentitud de su recuperación esa tarde de junio, la renuencia con la que permitió a su mujer e hijo leer el manuscrito, la singular desgana con la que accedió a su deseo de no quemar un documento tan oscuramente reseñable y, sobre todo, la peculiar rapidez con la que se apresuro a comprar la propiedad del viejo Tanner, demoliendo la casa con dinamita y talando los árboles del pantano hasta una considerable distancia del camino. Sobre todo este asunto, él mantiene hoy en día un inflexible mutismo y es sabido que se llevará a la tumba un conocimiento del que es mejor que el mundo prescindiera.

El manuscrito, tal como aquí aparece, fue copiado gracias a la cortesía de Floyd Morehouse, esquire, hijo del médico. Unas pequeñas omisiones, sustituidas por asteriscos, han sido hechas en interés de la paz mental pública, y otras son fruto de la imprecisión del texto, donde el afectado y veloz tecleo del autor incurre en incoherencias o ambigüedad. En tres sitios, donde las lagunas han sido plenamente subsanadas mediante el contexto, se ha acometido la tarea de rellenarlas. Sobre el *cambio de estilo* cerca del final, es mejor no especular. Seguramente es bastante plausible atribuir el fenómeno, a la vista del contenido y del aspecto físico del tecleo, a la alborotada y tambaleante mente de la víctima cuyos grandes impedimentos no le habían arrendado ante nada antes de ese momento. Las mentes audaces están en libertad de sacar sus propias conclusiones.

He aquí, pues, el documento, escrito en una casa maldita por un cerebro cerrado a la vista y sonido del mundo... un cerebro aislado y librado a la compasión y las burlas de poderes que los hombres dotados de vista y oído nunca han encarado. Contrapuesto como es respecto de cuanto conocemos del universo por físicos, químicos y biólogos, la mente lógica puede clasificarlo como un singular producto de demencia... una demencia contagiada al hombre que huyó a tiempo de la casa. Y así, en efecto, puede considerarse mientras el doctor Arlo Morehouse mantenga su silencio.

## EL MANUSCRITO

Los vagos recelos del último cuarto de hora están ahora convirtiéndose en temores definidos. Para comenzar, estoy absolutamente convencido de que algo debe haberle sucedido a Dobbs. Por primera vez desde que estamos juntos, ha fallado en responder a mis requerimientos. Cuando no contestó a mis repetidos timbrazos, supuse que la campana debía estar estropeada, pero he golpeado la mesa con suficiente vigor como para despertar al pasaje de Caronte. Al principio pensé que debía haber salido de la casa para tomar un poco el fresco, ya que ha habido calor y bochorno toda la tarde, pero no es propio de Dobbs estar mucho tiempo lejos sin cerciorarse de que no necesito nada. Son, sin embargo, los insólitos sucesos de los últimos minutos lo que confirman mi sospecha de que la ausencia de Dobbs es ajena a su voluntad. Es el mismo suceso que me lleva a poner mis impresiones y conjeturas sobre el papel con la esperanza de que el simple acto de registrarlos pueda revelar una cierta y siniestra sugestión de inminente tragedia. Aunque lo intento, no puedo sacar de mi cabeza las leyendas relacionadas con esta vieja casa... simples necedades supersticiosas para deleite de cerebros reseco y en las que no gastaré mi pensamiento si Dobbs estuviera aquí.

En los años que he permanecido aislado del mundo que conocía, Dobbs ha sido mi sexto sentido. Ahora, por primera vez desde mi mutilación, comprendo todo el alcance de mi impotencia. Es Dobbs quien ha compensado mis ojos invidentes, mis oídos inútiles y mi garganta sin voz, así como mis piernas inválidas. Hay una jarra de agua en la mesa de la máquina de escribir. Sin Dobbs para rellenarla cuando se vacía, mis apuros serían los de Tántalo. Poco ha ocurrido en esta casa desde que vivimos aquí: poco tienen en común el parlanchín campesinado y un paralítico que no puede ver, oír o hablar con ellos; pueden pasar días antes de que nadie aparezca.

Solo... con sólo mis pensamientos para hacerme compañía; inquietantes pensamientos que no han sido precisamente apaciguados por las sensaciones

de los últimos minutos. No me gustan esas sensaciones, tampoco, porque más y más se transforman de simples chismes de aldea en una imaginería fantástica que afecta mis emociones de la forma más peculiar y casi sin precedentes.

Parecen haber pasado horas desde que comencé a escribir esto, pero sé que no pueden ser más que unos pocos minutos, porque había justo insertado esta nueva página en la máquina. La acción mecánica de cambiar de hojas, simple como es, me ha dado un nuevo asidero de mí mismo. Quizás pueda sacudirme ese sentimiento de peligro que se acerca lo bastante como para registrar lo que acaba de suceder.

Al principio no era más que un simple temblor, algo similar al estremecimiento de un bloque de viviendas baratas cuando un pesado camión ruge pegado al bordillo... pero éste no es un edificio mal construido. Tal vez soy sensible a tales cosas, y puede ser que esté dando rienda suelta a mi imaginación, pero me parece que la perturbación es más intensa directamente frente a mí... y mi silla está cara al ala sureste, lejos de la carretera, ¡directamente en línea con el pantano en el fondo de la morada! Por engañoso que esto pudiera ser, no se puede negar lo que siguió. Estoy recordando los instantes en que he sentido temblar el suelo bajo mis pies bajo el estallido de proyectiles gigantes; tiempos en los que vi buques sacudidos como cascarones por la furia de un tifón. La casa se estremecía como cenizas del Dweurgar en los cedazos de Niflheim<sup>[9]</sup>. Cada listón del suelo bajo mis pies se estremeció como un ser doliente. Mi máquina de escribir tembló hasta que pude imaginar que las teclas castañeteaban de miedo.

Tras un breve instante, todo pasó. Todo quedó tan calmado como antes. ¡Demasiado calmado! Parecía imposible que una cosa así pudiera ocurrir y, sin embargo, dejar todo exactamente como antes. No, no exactamente... ¡estoy plenamente convencido de que algo le ha ocurrido a Dobbs! Es esta convicción, unida a esta calma antinatural, lo que acentúa el miedo premonitorio que persiste en reptar a mi alrededor. ¿Miedo? Sí... aunque estoy tratando de razonar cuerdamente conmigo mismo que no hay nada que temer. Los críticos han elogiado y condenado mi poesía porque muestra lo que ellos denominan una vívida imaginación. En un momento como éste puedo de corazón unirme a quienes gritan «demasiado vívida». Nada puede estar tan fuera de lugar o...

¡Humo! Como un débil rastro sulfuroso, pero inconfundible a mi agudo olfato. Tan débil, de hecho, que me es imposible determinar si viene de algún lugar de la casa o entra a través de la ventana de la habitación adyacente que

se abre al pantano. La impresión se convierte rápidamente en algo más claramente definido. Estoy seguro ahora de que no viene del exterior. Erráticas visiones del pasado, sombrías escenas de otros días, vuelven a mí en un recuerdo estereoscópico. Una fábrica llameante... histéricos gritos de mujeres aterrorizadas atrapadas por paredes de fuego, una ardiente escuela... lastimeros gritos de desamparados niños presos de derrumbadas escaleras; un teatro en llamas... frenética babel de gente enloquecida por el pánico luchando por liberarse sobre agrietados suelos y, sobre todo, las impenetrables nubes de negro, nocivo, malicioso humo contaminando el pacífico cielo. El aire de la habitación está saturado con oleadas espesas, pesadas, sofocantes... y a cada momento espero sentir las lenguas llameantes lamer con avidez mis piernas inútiles... me duelen los ojos... mis oídos laten... toso y me sofoco tratando de librar mis pulmones de los hedores de Ocypete<sup>[10]</sup>... humo, tal como se asocia con aterradoras catástrofes... acre, hediondo, mefítico humo mezclado con el nauseabundo olor de la ardiente carne.\*\*\*

Una vez más estoy a solas con esta portentosa calma. La bienvenida brisa que acaricia mis mejillas está restaurando rápidamente mi perdido valor. Naturalmente, la casa no puede estar en llamas, ya que hasta el último vestigio del torturante humo se ha desvanecido. No puedo detectar un simple rastro de él, a pesar de que he estado olfateando como un sabueso. Estoy comenzando a preguntarme si no estaré volviéndome loco, si los años de soledad han desencajado mi mente... pero el fenómeno ha sido demasiado definido para permitirme clasificarlo como una simple alucinación. Cuerdo o loco, no puedo concebir tales cosas sino como realidades... y al momento las catalogo como algo sobre lo que no puedo sacar más que una conclusión lógica. La inferencia en sí es bastante para trastornar cualquier estabilidad mental. Admitir esto es dar carta de verdad a los supersticiosos rumores que Dobbs recopila de los aldeanos y transcribe para que las sensibles yemas de mis dedos puedan leerlos... ¡rumores sin sustancia que mi mente materialista instintivamente condena como necedades!

¡Quisiera que los pitidos en mis oídos cesaran! Es como si espectrales instrumentistas locos aporrearan a dúo lacerantes tambores. Supongo que se trata simplemente de una reacción a la sofocante sensación que acabo de experimentar. Unas pocas bocanadas más de este aire vivificante...

¡Algo... hay algo en la habitación! Estoy tan seguro de no estar solo como si pudiera ver la presencia que tan irrefutablemente siento. Es una impresión bastante similar a la que he tenido mientras me abría paso a través de una

calle abarrotada: la definida noción de ojos me han elegido entre el resto de la muchedumbre con una mirada lo bastante intensa como para captar mi atención subconsciente... la misma sensación, sólo que multiplicada. ¿Quién... qué... puede ser? Después de todo, mis temores deben ser infundados, quizás significa tan sólo que Dobbs ha regresado. No... no es Dobbs. Como esperaba, el estruendo en mis oídos ha cesado y un leve susurro ha captado mi atención... el abrumador significado del hecho acaba de registrarse por sí solo en mi aturdido cerebro... ¡Puedo oír!

No es una simple voz susurrante, ¡sino muchas! \*\*\* El lascivo zumbido de bestiales moscardones... Satánicos zumbidos de libinidosas abejas... sibilantes silbidos de obscenos reptiles... ¡un susurrante coro que la garganta humana no puede entonar! Aumenta de volumen... las habitaciones resuenan con demoniacos cánticos: destemplados, desentonados y grotescamente roncós... un diabólico coro entonando espantosas letanías... peanes de miseria mefistofélica elevados a música por almas dolientes... un odioso *crescendo* de odioso pandemónium. \*\*\*

Las voces que me rodean están acercándose a mi silla. El cántico ha tenido un abrupto final y los susurros se han convertido en sonidos ininteligibles. Fuerzo mis oídos para distinguir las palabras. Cerca... y aún más cerca. Son claras ahora... ¡demasiado claras! Mejor hubiera sido que mis oídos hubieran permanecido sordos por siempre que ser obligados a escuchar sus voceríos infernales \*\*\*

Impías revelaciones de Saturnales corruptoras de almas \*\*\* gulescas concepciones de devastadoras catástrofes \*\*\* profanas invitaciones a orgías cabáricas \*\*\* malevolentes amenazas de castigos inimaginables \*\*\*

Hace frío. ¡Un frío impropio de la estación! Como inspirada por la cacodemoniaca presencia que me acosa, la brisa que era tan amistosa hace pocos minutos crece rabiosa en mis oídos... una helada galerna que sopla desde el pantano y me hiela hasta los huesos.

Si Dobbs ha huido de mi lado, no se lo reprocho. No me gustan la cobardía o el temor implorante, pero aquí hay cosas \*\*\* ¡Sólo deseo que su destino no haya sido peor que el haber salido a tiempo!

Mi última duda se ha disipado. Estoy doblemente contento, ahora, de haberme resuelto a escribir mis impresiones... no espero que nadie pueda entender... o creer... ha sido un alivio de la enloquecedora tensión de ociosa espera ante cada nueva manifestación de anormalidad psíquica. Según parece, hay tres caminos que puedo tomar: huir de este maldito lugar y gastar los torturantes años del porvenir tratando de olvidar... pero *no puedo* huir;

admitir una abominable alianza con fuerzas tan malignas que el Tártaro, comparado con ellas, parecería la antesala del Paraíso... pero *no puedo* admitirlo; morir... pero preferiría mutilar mi cuerpo miembro a miembro que mancillar mi alma en un bárbaro trueque con tales emisarios de Belial \*\*\*

Tengo que descansar un instante para soplar en mis dedos. La habitación está helada con la fétida gelidez de la tumba... un apacible entumecimiento se enrosca sobre mí... debo combatir esta lasitud; está socavando mi determinación de morir antes de ceder a esas insidiosas demandas... Juro, de nuevo, resistir hasta el final... el final que sé que no puede estar lejos \*\*\*

Invisibles dedos me atenazan... dedos fantasmales que carecen de fuerza física para apartarme de mi máquina... dedos helados que me impulsan a un vil vórtice de vicio... dedos diabólicos que me arrastran a un albañal de eterna iniquidad... dedos muertos que detienen mi respiración y hacen sentir mis ojos ciegos como si ardieran de pena \*\*\* heladas puntas oprimiendo mis sienes... duros, huesudos bultos como cuernos \*\*\* el hálito boreal de algún ser largo tiempo muerto besa mis febriles labios y cauteriza mi ardiente garganta con heladas llamas \*\*\*

Está oscuro \*\*\* no la oscuridad que es parte de años de ceguera \*\*\* la impenetrable oscuridad de la noche marcada de pecado \*\*\* la negrura de la pez del Purgatorio \*\*\*

Veo \*\*\* *¡spes mea Christus!* \*\*\* es el fin \*\*\*

\*\*\*\*\*

*No hay en la mente mortal ninguna defensa ante fuerzas más allá de la imaginación humana. Ni los espíritus inmortales pueden vencer a aquello que ha saboreado de las profundidades y hecho de la inmortalidad un fugaz instante. ¿El fin? ¡En absoluto! Tan sólo el maravilloso comienzo...*



## LA ÚLTIMA PRUEBA<sup>[11]</sup>

### I

**P**OCA gente conoce el trasfondo de la historia de Clarendon, o incluso que existe un secreto al que los periódicos no llegaron. Fue toda una sensación en San Francisco en los días anteriores al incendio, tanto por el pánico y la amenaza que lo acompañaron, como por su estrecha relación con el gobernador del estado. Debe recordarse que el gobernador Dalton era el mejor amigo de Clarendon, y que más tarde se casó con la hermana de éste. Ni Dalton ni su esposa quisieron nunca comentar aquel penoso asunto, pero de algún modo los hechos trascendieron a un círculo restringido. Por esto, y porque el transcurso de los años ha conferido una especie de vaguedad e impersonalidad a los protagonistas, uno puede aún vacilar antes de investigar los secretos tan celosamente guardados hasta ahora.

El nombramiento del doctor Alfred Clarendon como director médico del penal de San Quintín en 189... fue acogido con el mayor entusiasmo en toda California. San Francisco tenía por fin el honor de albergar a uno de los mayores biólogos y médicos del momento, y las autoridades de más peso en patología de todo el mundo esperaban reunirse allí para estudiar sus métodos, aprovechar sus consejos e investigaciones y aprender cómo resolver sus problemas locales. California, de la noche a la mañana, podría convertirse en un foro médico de reputación e influencia mundiales.

El gobernador Dalton, ansioso de divulgar la noticia con todas sus connotaciones, hizo que la prensa diera amplia y digna cuenta de este nuevo nombramiento. Retratos del doctor Clarendon y su nueva casa, cerca del viejo Goat Hill, reseñas de su carrera y variados honores, así como artículos de corte popular sobre sus notables descubrimientos científicos, fueron todos publicados en los principales diarios de California; hasta que pronto el público cayó en una especie de orgullo reflejo del hombre cuyos estudios sobre la piemia en la India, la peste en China y toda clase de males semejantes, podría pronto enriquecer el mundo de la medicina con una

antitoxina de revolucionaria importancia... una antitoxina base para combatir los principios febriles en su misma fuente y asegurar la conquista y eliminación final de la fiebre en sus diversas formas.

Bajo este nombramiento se escondía una extensa y no poco romántica historia de temprana amistad, larga separación y dramático reencuentro. James Dalton y la familia Clarendon habían sido amigos en Nueva York diez años atrás... amigos y algo más, desde que la única hermana del doctor, Georgina, fuera novia del joven Dalton, mientras que el mismo doctor había sido su íntimo asociado y casi su protegido en los días de instituto y universidad. El padre de Alfred y Georgina, un pirata de Wall Street a la antigua usanza, había conocido bien al padre de Dalton; tan bien, de hecho, que finalmente le había despojado de todas sus pertenencias durante una memorable pugna vespertina en la bolsa de valores. Dalton padre, incapaz de recuperarse y deseando dar a su único y adorado hijo el beneficio de su seguro de vida, se había saltado la tapa de los sesos; pero James no tenía deseos de venganza. Eran, según él lo veía, los lances del juego, y no deseaba perjudicar al padre de la chica que ansiaba desposar y del precoz científico cuyo admirador y protector había sido en todo momento durante sus años de hermandad y estudio. En vez de eso, se volvió a las leyes, estableciéndose modestamente y, en su debido momento, pidió al *Viejo Clarendon* la mano de Georgina.

El viejo Clarendon le despachó sin contemplaciones, arguyendo que ningún abogado pobretón y advenedizo era apto para ser su yerno, y tuvo lugar una escena considerablemente violenta. James, diciendo por fin al ceñudo filibustero cuanto debiera haberle dicho tiempo atrás, había dejado enfurecido la casa y la ciudad, y se vio embarcado, en el plazo de un mes, en la vida de California que habría de llevarle a la gobernación a través de multitud de luchas de camarillas y politiqueos. Su despedida de Alfred y Georgina fue sumaria, y no conoció nunca el colofón de la escena en la librería de los Clarendon. Por un día, se perdió la noticia de la muerte por apoplejía del viejo Clarendon y, por perdersela, cambió el curso de su propia carrera. No había escrito a Georgina en la década siguiente, sabiendo de la lealtad hacia su padre y esperando labrarse una fortuna y posición que pudieran remover todos los obstáculos enfrentados. No había enviado ni una palabra a Alfred, cuya calmada indiferencia en el rostro afligido y resignado tenía siempre resabios del destino asumido y de la autosuficiencia del genio. Firme ante las dificultades, con una constancia poco común entonces, había

trabajado y ascendido pensando sólo en el futuro; manteniéndose soltero y con total fe en que Georgina le aguardaría.

En esto Dalton no se equivocaba. Asombrándose quizás de que ningún mensaje llegara, Georgina no mantuvo ningún romance excepto en sus sueños y esperanzas, y en el transcurso del tiempo encontraría ocupación en las nuevas responsabilidades nacidas del ascenso de su hermano a la fama. El desarrollo de Alfred no había desmentido la promesa de su juventud, y el delgado joven había ascendido sosegadamente los peldaños de la ciencia, con una velocidad y constancia casi inquietante. Enjuto y austero, con quevedos de montura de acero y perilla castaña, el doctor Alfred Clarendon era una autoridad a los veinticinco y una figura internacional a los treinta. Descuidando los asuntos mundanos con la negligencia del genio, dependía enormemente del cuidado y las gestiones de su hermana, y se sentía secretamente agradecido de que la memoria de James la hubiera alejado de otras alianzas más tangibles.

Georgina guiaba los negocios y la casa del gran bacteriólogo, y se sentía orgullosa de sus esfuerzos en pro de la conquista de la fiebre. Llevaba pacientemente sus excentricidades, calmando sus ocasionales brotes de fanatismo y suavizando los roces con sus amigos que, ahora y entonces, nacían de su abierto desprecio por cuanto no fuera una ruda devoción a la pura verdad y su progreso. Clarendon era a veces, sin duda, irritante para la gente común, pues nunca se cansaba de despreciar el servicio a lo individual en contraste con el servicio a la humanidad en su conjunto, ni de censurar a los estudiosos que mezclaban vida doméstica o intereses ajenos con sus objetivos de ciencia abstracta. Sus enemigos le acusaban de pelmazo, pero sus admiradores, reparando en el blanco velo de éxtasis al que se ceñía, quedaban casi avergonzados de haber mantenido otras metas o aspiraciones fuera de la divina esfera del puro conocimiento.

Los viajes del doctor eran largos y Georgina generalmente le acompañaba en los más cortos. Tres veces, no obstante, había él emprendido largas y solitarias expediciones a lugares extraños y distantes en sus estudios de fiebres exóticas y plagas casi fabulosas; ya que sabía que la mayoría de las dolencias de la tierra provenían de territorios desconocidos de la críptica e inmemorial Asia. En cada ocasión había retornado con curiosos recuerdos que añadir a la excentricidad de su casa, el menor de los cuales no era un amplio e innecesario plantel de sirvientes tibetanos, reclutado en alguna parte de U-tsang durante un brote epidémico del que el mundo nada supo, pero en el cual Clarendon descubrió y aisló el bacilo de la fiebre negra. Esos hombres, más

altos que la mayoría de los tibetanos y claramente pertenecientes a un grupo poco estudiado del extranjero, eran de una delgadez esquelética que hizo preguntarse a alguien si el doctor no habría tratado de simbolizar en ellos los modelos anatómicos de sus años de universidad. Su aspecto, con las flojos mantos de seda negra de los sacerdotes de Bonpa que él había elegido para ellos, era grotesco en grado sumo, y había un tétrico silencio y envaramiento en sus movimientos que les prestaba un aire de fantasía, dando a Georgina la extraña y temible sensación de haberse sumido entre las páginas de *Vathek* o *Las mil y una noches*.

Pero lo más pintoresco de todo era el factótum o ayudante clínico que Clarendon llamaba Surama y que había traído consigo tras una larga estancia en el norte de África, en la que había estudiado algunas extrañas fiebres intermitentes entre los misteriosos tuaregs del Sáhara, cuya descendencia de la primitiva raza de la perdida Atlántida es un viejo rumor arqueológico. Surama, un hombre de gran inteligencia y de erudición al parecer inagotable, era tan insanamente flaco como los sirvientes tibetanos; de piel morena y apergaminada, tan tirante sobre su pelada calva y su rostro lampiño que cada línea del cráneo resaltaba con espantosa prominencia... un efecto de calavera acentuado por los apagados y ardientes ojos negros, tan hundidos que comúnmente parecían ser sólo un par de oscuras cuencas vacías. Lejos del subordinado ideal, a despecho de sus facciones impasibles, parecía desdeñar el esfuerzo de ocultar las emociones que le embargaban. Al contrario, portaba una insidiosa atmósfera de ironía o diversión acompañada en ciertos momentos por una risa entre dientes, profunda y gutural, como la de una tortuga gigante que acaba de despedazar algún peludo animal y se repliega hacia el mar. Parecía ser de raza caucásica, pero no era posible clasificarle más exactamente. Algunos amigos de Clarendon pensaban que parecía un hindú de alta casta, a pesar de su habla sin acento; aunque muchos pensaban como Georgina —que lo aborrecía—, cuando dio su opinión de que la momia de un faraón, milagrosamente resucitada, haría muy buena pareja con aquel sardónico esqueleto.

Dalton, absorto en ascendentes batallas políticas y aislado de los intereses del Este por la peculiar autosuficiencia del viejo Oeste, no había seguido el meteórico ascenso de su antiguo camarada; Clarendon nada sabía de alguien tan ajeno a su autoelegido mundo de ciencia como el gobernador. Dotados de independencia y aun de medios abundantes, los Clarendon habían habitado durante muchos años su vieja mansión de Manhattan en la calle Diecinueve Este, cuyos fantasmas debían haber contemplado doloridos las extravagancias

de Surama y los tibetanos. Entonces, dados los deseos de doctor de trasladar su base de observación médica, el gran cambio llegó súbitamente, y cruzaron el continente para llevar una vida de aislamiento en San Francisco, comprando el lóbrego y viejo edificio Bannister cerca de Goat Hill, enfrenteado a la bahía, estableciendo su extraña corte en una enmarañada reliquia de diseño medio Victoriano —con techos franceses y ostentación propia de prospectores enriquecidos, alzada en mitad de campos cercados por altos muros—, en una zona aún medio suburbana.

El doctor Clarendon, aunque más satisfecho que en Nueva York, todavía sentía la falta de oportunidades para aplicar y probar sus teorías sobre la patología. Poco mundano como era, nunca había pensado en utilizar su reputación como influencia para ganar nombramientos públicos; aunque más y más comprendía que sólo la jefatura médica de una institución gubernamental o benéfica —una prisión, hospicio u hospital— le darían campo suficiente para completar sus investigaciones y hacer de sus descubrimientos algo de la mayor utilidad para la humanidad y la ciencia en general.

Entonces se encontró casualmente con James Dalton una tarde en Market Street, cuando el gobernador abandonaba el Hotel Royal. Georgina le acompañaba y, en un instante, el reconocimiento elevó el dramatismo de la reunión. La ignorancia de sus mutuos progresos provocó amplias explicaciones e historias, y Clarendon se congratuló de descubrir que tenía a alguien tan importante por amigo. Dalton y Georgina, devorándose con los ojos, sintieron algo más que un rebrote de su antiguo amor, y una amistad revivió en aquel momento y lugar, llevándoles a frecuentes llamadas y a un progresivo aumento en el intercambio de confidencias.

James Dalton supo de la necesidad de apoyo político de su antiguo protegido y, acorde con su papel protector del colegio y la universidad, trató de idear alguna forma de dar al *Pequeño Alf* la ansiada posición e influencia. Tenía, por supuesto, amplios poderes para nombrar, pero los constantes abusos y usurpaciones de los legisladores le obligaban a obrar con la mayor discreción. A la larga, sin embargo, apenas tres meses después de la repentina reunión, quedó vacante la dirección de la principal institución médica del estado. Sopesando cuidadosamente todos los factores, sabedor de que los logros y reputación de su amigo podían justificar las mayores recompensas, el gobernador se sintió capaz de actuar. Las formalidades fueron pocas y el 8 de noviembre de 189..., el doctor. Alfred Schuyler Clarendon se convirtió en el director médico del penal del estado de California en San Quintín.

## II

En algo más de un mes, las esperanzas de los admiradores del doctor Clarendon fueron ampliamente colmadas. Ciertos cambios radicales en los métodos dieron a la rutina médica del penal una eficiencia nunca antes soñada; y aunque los subordinados estaban algo celosos, se vieron obligados a admitir los mágicos resultados de la supervisión de un verdadero gran hombre. Enseguida llegó el momento donde los simples reconocimientos se transformaron en sincero agradecimiento por la providencial conjunción de tiempo, lugar y hombre; puesto que una mañana el doctor Jones acudió con rostro grave hasta su nuevo jefe para anunciarle el descubrimiento de un caso que no podía por menos que identificar como la misma fiebre negra cuyo germen Clarendon había encontrado y clasificado.

El doctor Clarendon no mostró sorpresa, sino que continuó con el escrito que tenía delante.

—Lo sé —dijo simplemente—. Vi ese caso ayer. Me alegro de que usted lo reconociera. Aísle a ese hombre, aunque no creo que esta fiebre sea contagiosa.

El doctor Jones, con opiniones propias sobre el contagio de la enfermedad, se alegró de la precaución, apresurándose a ejecutar la orden. A su regreso, Clarendon se levantó informándole de que se haría cargo personalmente y en solitario del caso. Frustrado en su deseo de estudiar las técnicas y métodos del gran hombre, el médico subalterno observó a su jefe alejarse hacia el solitario pabellón donde había ubicado al paciente, más crítico que nunca hacia el nuevo régimen, desde que la admiración desplazara a sus primitivas punzadas de celos.

Llegando al pabellón, Clarendon entró apresuradamente, ojeó la cama y se volvió para ver cuán lejos había llevado al doctor Jones su obvia curiosidad. Luego, encontrando el corredor vacío, cerró la puerta y se volvió a examinar al paciente. El hombre era un convicto de un tipo particularmente repulsivo y parecía sufrir los agudos dolores de la agonía. Sus facciones estaban espantosamente contraídas, y las rodillas levantadas en la muda desesperación de la dolencia. Clarendon lo estudió de cerca, alzando los párpados fuertemente cerrados, tomando el pulso y la temperatura, y finalmente disolviendo una tableta en agua, forzando la solución a través de los dolientes labios. Poco después remitió el ataque, a tenor de la relajación del cuerpo y el retorno a la normalidad de la expresión, y el paciente comenzó a respirar con mayor facilidad. Entonces, frotando suavemente las orejas, el doctor hizo que el hombre abriera los ojos. Había vida en ellos, puesto que se movían de lado

a lado, aunque carecían del sutil fuego que solemos considerar reflejo del alma. Clarendon sonrió mientras observaba la paz que su ayuda había brindado, sintiendo tras de sí el poder de una ciencia todopoderosa. Hacía tiempo que había reconocido este caso y había arrebatado a la muerte su víctima con el trabajo de un instante. Otra hora y este hombre se hubiera ido... mientras que Jones había visto los síntomas durante días antes de descubrirlo y, aun así, no había sabido qué hacer.

La conquista del hombre sobre la dolencia, empero, no podía ser perfecta. Clarendon, asegurando a los medrosos presos de confianza que oficiaban como enfermeros que la fiebre no era contagiosa, lo lavó con alcohol, dejándole en cama; pero a la mañana siguiente se reveló como un caso perdido. El hombre había muerto pasada la medianoche en la mayor de las agonías, con tales gritos y rictus que colocaron a los enfermeros al borde del pánico. El doctor recibió tales noticias con su calma usual, fueran cuales fuesen sus sentimiento científicos, y ordenó el entierro del paciente en cal viva. Luego, con un filosófico encogimiento de hombros, realizó su habitual ronda por la penitenciaría.

Dos días después la prisión fue golpeada de nuevo. Tres hombres cayeron enfermos al mismo tiempo y no pudo ocultarse el hecho de que había una epidemia de fiebre negra. Clarendon, habiéndose adherido firmemente a la teoría del no-contagio, sufrió una seria merma de prestigio y tuvo el estorbo de la negativa de los enfermeros a atender a los pacientes. No poseían la devoción de aquellos dispuestos al sacrificio por la ciencia y la humanidad. Eran convictos, serviciales gracias a los privilegios que sólo así podían obtener, y cuando el precio se volvía muy alto preferían renunciar a ellos.

Pero el doctor seguía controlando la situación. Consultando con el alcaide y enviando mensajes urgentes a su amigo el gobernador, consiguió recompensas especiales y reducciones de condena para aquellos convictos que se prestaran a servicios de cuidados peligrosos, y con este método obtuvo una nutrida cuota de voluntarios. Entonces estuvo listo para actuar y nada pudo debilitar su serenidad y determinación. Prestando una leve atención a los otros casos, pareció convertirse en alguien ajeno a la fatiga mientras se apresuraba de lecho en lecho por todo aquel inmenso y pétreo edificio de tristeza y maldad. Más de cuarenta casos se desarrollaron en otra semana y hubo que traer enfermeros de la ciudad. En esta etapa, Clarendon acudía raramente a su casa, durmiendo incluso en un camastro en la sección de los guardianes, entregándose siempre con su típico abandono en favor de la medicina y la humanidad.

Entonces llegó el primer rumor de esa tormenta que estaba lista para convulsionar San Francisco. Surgieron las noticias, y la amenaza de la fiebre negra se extendió por la ciudad como una niebla procedente de la bahía. Periodistas expertos en la doctrina de «sensación ante todo» usaron su imaginación sin tapujos y se felicitaron cuando al fin pudieron descubrir un caso en el barrio mexicano al que un médico local —quizás más ansioso de dinero que de verdad o del bienestar público— diagnosticó como fiebre negra.

Fue la gota que colmó el vaso. Histéricos ante la idea de que la muerte reptaba junto a ellos, las gentes de San Francisco enloquecieron en masa y se embarcaron en un histórico éxodo sobre el que pronto todo el país tendría cumplida cuenta. Transbordadores y botes de remo, vapores y falúas, trenes y teleféricos, bicicletas y carruajes, coches de motor y carros, todos fueron inmediatamente requisados para un frenético servicio. Sausalito y Tamalpais, al estar en la dirección de San Quintín, se unieron a la fuga, mientras que las zonas residenciales de Oakland, Berkeley y Alameda subieron sus precios a cotas fabulosas. Colonias de toldos brotaron por doquier e improvisados poblados bordeaban las atestadas carreteras del sur desde Millbrae a San José. Muchos buscaron refugio junto a amigos en Sacramento, mientras que el atemorizado remanente, obligado a permanecer por distintas causas, no tuvo más remedio que mantener las necesidades básicas de una ciudad casi muerta.

Los negocios, excepto los de los matasanos con *curas seguras* y *profilácticos* contra la fiebre, decayeron rápidamente al punto de desvanecerse. Al principio, las tabernas ofrecían *bebidas medicinales*, pero pronto descubrieron que el populacho prefería ser timado por charlatanes de aspecto más profesional. En las extrañamente silenciosas calles, la gente escrutaba el rostro de los demás en busca de posibles síntomas de la plaga, y los tenderos comenzaron a rechazar más y más clientes, temiendo en cada parroquiano una fuente de contagio. La maquinaria legal y judicial comenzó a desintegrarse mientras los abogados y funcionarios sucumbían uno tras otro al impulso de huir. Incluso los médicos desertaron en gran número, invocando la mayoría la necesidad de vacaciones en las montañas y lagos del norte del estado. Escuelas y colegios, teatros y cafés, restaurantes y tabernas, fueron cerrando gradualmente sus puertas; en una sola semana, San Francisco cayó prostrada e inerme, con sólo sus servicios de luz, electricidad y agua funcionando medio normalmente, con los periódicos drásticamente reducidos y una lisiada parodia de transporte mantenido por carros de caballos y cable.



Era el punto más bajo. No podía durar, puesto que el valor y las dotes de observación no habían desaparecido completamente y, antes o después, la falta de propagación de la epidemia de fiebre negra fuera de San Quintín se hizo innegable, a pesar de algunos casos de fiebres tifoideas en las insanas colonias suburbanas de tiendas de campaña. Los líderes y editores de la comunidad deliberaron y actuaron, movilizándolo a los mismos periodistas cuyas energías habían provocado en gran medida el problema, pero canalizando su «la sensación ante todo» a través de cauces más constructivos. Se publicaron editoriales y falsas entrevistas, hablando del completo control del doctor Clarendon sobre la dolencia, así como de la imposibilidad de su difusión fuera de los muros de la prisión. Su repetición y lenta circulación hicieron su trabajo, y un lento reflujó de ciudadanos desembocó en una vigorosa corriente de retorno. Los doctores, de vuelta y tonificados por sus temporales vacaciones, comenzaron a acusar a Clarendon, diciendo al público que podían tratar la fiebre tan bien como él y censurándole el no haberla circunscrito al interior de San Quintín.

Clarendon, según decían, había permitido más muertes de lo necesario. Cualquier principiante podía contener el contagio de las fiebres, y si este famoso científico no lo había hecho, era claramente porque buscaba, por motivos científicos, estudiar los efectos finales de la dolencia, antes que tratar adecuadamente a las víctimas y salvarlas. Esta política, insinuaban, podía ser bastante adecuada con los criminales convictos de una institución penal, pero no en San Francisco, donde la vida era aún una cosa preciosa y sagrada. Así opinaban, y los periódicos se congratularon de publicar todos sus manifiestos, dado que la dureza de la campaña, donde el doctor Clarendon se vería obligado a intervenir, ayudaría a olvidar la confusión y restauraría la confianza entre el público.

Pero Clarendon no replicó. Simplemente sonreía, mientras su singular ayudante clínico, Surama, se consentía profundas y aviesas risas entre dientes. Estaba más tiempo en casa, por lo que los reporteros comenzaron a asediar la puerta del gran muro que el doctor había construido alrededor de su hogar, en vez de importunar a la oficina del alcaide de San Quintín. Los resultados, sin embargo, fueron igualmente pobres, dado que Surama constituía un muro infranqueable entre el doctor y el mundo exterior... aun después de que los reporteros accedieran a la finca. Los periodistas que alcanzaron el frontal del edificio habían vislumbrado el pintoresco séquito de Clarendon y pergeñaron, tan bien como pudieron, una exagerada crónica sobre Surama y los extraños y esqueléticos tibetanos. Exageraciones, por supuesto, abundaron en cada nueva

crónica, y el nuevo efecto de la publicidad era claramente adverso al gran médico. La mayoría suele odiar lo insólito, y multitudes que podrían haber perdonado la insensibilidad o la incompetencia estaban listas para condenar el grotesco gusto por el sarcástico asistente y los ocho orientales de atuendos negros.

A comienzos de enero un mozo del *Observer* especialmente tenaz trepó por el foso y el muro de ladrillo de dos metros y medio hasta la propia finca Clarendon y se puso a indagar por los alrededores, ocultos del frontal por los árboles. Rápidamente, su cerebro despierto reparó en todo —la rosaleda: las pajareras; las jaulas para animales donde toda suerte de mamíferos, desde monos a conejos de Indias, podían ser vistos y oídos; el sólido edificio clínico con ventanas de barrotes en la esquina norte de la propiedad— y se dispuso a curiosear por el millar de pies cuadrados de la finca. Había un gran artículo en ciernes y podría haber escapado impune de no mediar los ladridos de Dick, el escandaloso y gigantesco San Bernardo de Georgina Clarendon. Surama, inmediatamente, cogió por el cuello al jovenzuelo antes de que pudiera protestar, sacudiéndole como un terrier a una rata y arrastrándole entre los árboles hacia el terreno delantero y la puerta.

Las explicaciones ahogadas y las trémulas exigencias de ver al doctor Clarendon fueron inútiles. Surama se limitaba a reír entre dientes y arrastrar a su víctima. Repentinamente, un gran temor se apoderó del apuesto escritorzuelo y comenzó a desear desesperadamente que la inhumana criatura hablara, sólo para demostrar que era de auténtica carne y sangre perteneciente a este planeta. Sufrió repentinas náuseas, y trató de no mirar aquellos ojos-que-sabía acechaban desde el fondo de las vacías cuencas negras. Pronto escuchó abrirse la puerta y se vio lanzado violentamente a través de ella; en un instante, volvió rudamente a los asuntos terrenales, al aterrizar empapado y lleno de barro en la zanja que Clarendon había abierto alrededor de todo el muro. El miedo dio paso a la rabia cuando escuchó cerrarse la maciza puerta y se levantó chorreando, dispuesto a aporrear el prohibido portal. Luego, cuando se disponía a marcharse, escuchó un débil sonido tras él y, desde una pequeña tronera en la puerta, sintió los hundidos ojos de Surama y escuchó el eco de una voz profunda, riendo entre dientes de una forma que helaba la sangre.

El joven, considerando quizás justamente que el maltrato había sido desmesurado, decidió vengarse de la familia responsable de ello. Resolvió preparar una falsa entrevista con el doctor Clarendon, supuestamente mantenida en el edificio de la clínica, en la que se cuidó de describir la agonía

de una docena de enfermos de fiebre negra a los que su imaginación alineó en una fila de camastros. Su jugada maestra consistió en la descripción de un enfermo especialmente patético suplicando agua mientras el doctor mantenía un vaso del ansiado fluido justo fuera de su alcance, en un intento científico de determinar el efecto de una emoción tentadora sobre el desarrollo de la dolencia. Esta patraña fue seguida por párrafos de comentarios insidiosos, tan respetuosos que suponían doble veneno. Según el artículo, el doctor Clarendon era indudablemente el científico más grande y el mejor dotado del mundo, pero la ciencia no repara en el bienestar individual, y uno no puede tener enfermos graves a su cuidado y agravar su estado solamente para satisfacer a un investigador en sus ansias de verdad abstracta. La vida es demasiado corta para eso.

En conjunto, el artículo era diabólicamente hábil, y consiguió horrorizar a nueve de cada diez lectores, disponiéndoles contra el doctor Clarendon y sus supuestos métodos. Otros periódicos se apresuraron a copiar y aumentar sobre este asunto, redundando en el tema y comenzando una serie de falsas entrevistas que ampliaban el repertorio de fantasías infamantes. En ningún caso, no obstante, condescendió el doctor a ofrecer un desmentido. Carecía de tiempo que prestar a tontos y bribones, y se cuidaba poco del aprecio de una chusma necia a la que desdeñaba. Cuando James Dalton telegrafió su pesar y ofreciendo ayuda, Clarendon replicó con brusquedad casi ofensiva. No atendía a los ladridos de los perros ni se molestaría en amordazarlos. No deseaba agradecer a nadie por enredarlo en un asunto completamente fuera de lugar. Silencioso y contenido, continuó sus deberes con tranquilidad inquebrantable.

Pero la chispa del joven reportero había prendido. San Francisco volvía a estar infectada, y esta vez más por la rabia que por el miedo. El juicio ponderado se convirtió en un arte perdido, y aunque no tuvo lugar un segundo éxodo, sobrevino un reino de vicio y desenfreno nacido de la desesperación, y que tenía su paralelo en el tiempo de las pestes medievales. La ira se encendió contra el hombre que había encontrado la enfermedad y que trataba de contenerla, y un público tornadizo olvidó sus grandes servicios al conocimiento a la hora de avivar las llamas del resentimiento. Parecían, en su ceguera, odiarle a él personalmente y no a la plaga que había llegado a su ciudad batida por los vientos y usualmente saludable.

Entonces el joven reportero, jugando con el fuego de Nerón que había encendido, añadió un colofón de su propia cosecha. Recordando las indignidades sufridas a manos del cadavérico clínico, preparó un magistral

artículo sobre la casa y personal del doctor Clarendon, con especial atención sobre Surama, cuyo sólo aspecto, proclamaba, era capaz de minar la salud de una persona y hacerle sufrir una especie de fiebre. Intentó pintar al enjuto reidor ridículo y terrible por igual, consiguiendo quizás mejor lo segundo y logrando que una marea de horror se alzara dondequiera que se pensase en la sola proximidad de la criatura. Recogió todos los rumores corrientes sobre el hombre, basándose en la insólita profundidad de su erudición, e insinuó solapadamente acerca de infames territorios de la secreta y ancestral África, donde el doctor Clarendon le había encontrado.

Georgina, que seguía estrechamente los periódicos, se sintió abrumada y dolorida por tales ataques a su hermano; pero James Dalton, que visitaba asiduamente la casa, hizo lo posible por confortarla. En esto era plenamente sincero, no sólo porque deseara consolar a la mujer que amaba, sino también, en alguna medida, por la total reverencia que siempre había sentido hacia el genio nato que había sido su íntimo compañero de juventud. Dijo a Georgina que la grandeza nunca podía evitar los dardos de la envidia, y citó la larga y triste lista de espléndidos cerebros aplastados por vulgares insidias. Los ataques, remarcó, eran pruebas de toda la profunda eminencia de Alfred.

—Aun así, le lastiman igualmente —replicó ella—, más cuando yo sé que Al realmente sufre por ellas, aunque trate de mostrarse indiferente.

Dalton besó su mano de una forma que entonces no era desusada entre las gentes de buena cuna.

—Y me lastiman cien veces más a mí, sabiendo que lo hacen contigo y con Al. Pero no importa, Georgie, ¡permaneceremos juntos y triunfaremos sobre ellos!

Así, sucedió que Georgina comenzó a confiar más y más en la firmeza de acero de aquel gobernador de mandíbula cuadrada que había sido su pretendiente de juventud, y más y más le mostraba sus temores. Los ataques de la prensa y la epidemia no lo eran todo. Había aspectos de la casa que no le gustaban. Surama, cruel tanto con hombres como con bestias, la llenaba de una repulsión indescriptible y no podía menos que sentir que constituía una amenaza vaga e indefinible para Alfred. Tampoco gustaba de los tibetanos, y encontraba muy peculiar que Surama fuera capaz de comunicarse con ellos. Alfred no le había contado quién o qué era Surama, explicando tan sólo a regañadientes que era más viejo de lo que comúnmente podría creerse y que atesoraba secretos y sufrido pruebas calculadas para convertirle en un colega de fenomenal valor para cualquier científico empeñado en desentrañar los misterios de la naturaleza.

Espoleado por tales inquietudes, Dalton se convirtió en un visitante aún más asiduo a la casa de Clarendon, a sabiendas de que su presencia disgustaba profundamente a Surama. El huesudo ayudante clínico solía mirarle airadamente desde el fondo de sus espectrales cuencas oculares cuando le recibía y, con frecuencia, tras cerrar la puerta cuando él se marchaba, reía monótonamente de una forma que le ponía la piel de gallina. Entretanto, el doctor Clarendon parecía ajeno a todo cuanto no fuera salvar su trabajo en San Quintín, adonde acudía cada día en su lancha... sólo a excepción de Surama, que timoneaba mientras el doctor leía o reunía sus notas. Dalton se congratulaba de esas ausencias regulares, por darle constantes oportunidades de renovar sus cortejos a Georgina. Cuando se quedaba más tiempo y encontraba a Alfred, sin embargo, los saludos de éste eran siempre efusivos, a despecho de su reserva habitual. Con el tiempo, el compromiso entre James y Georgina sería una cosa hecha, y ambos esperaban sólo un momento propicio para hablar con Alfred.

El gobernador, volcado en todas partes y por completo en su labor protectora, no regateaba esfuerzos en pro de su amigo. Tanto la prensa como el aparato burocrático sintieron su influencia, lo mismo que algunos científicos del Este, muchos de los cuales habían llegado a California para estudiar la plaga y el agente antifebril que tan rápidamente había aislado y perfeccionado Clarendon. Los doctores y biólogos, empero, no obtuvieron la información deseada, por lo que algunos partieron con muy mala impresión. No pocos de ellos escribieron artículos hostiles de Clarendon, acusándole de actitudes no científicas y ávidas de fama, e informando de que ocultaba sus métodos por deseo, impropio de la profesión, de provecho personal.

Otros, afortunadamente, fueron más liberales en sus juicios y escribieron entusiasmados acerca de Clarendon y su trabajo. Habían visto a los pacientes y pudieron apreciar el modo maravilloso en que mantenía a raya la dolencia. Su búsqueda secreta de la antitoxina la encontraban justificable, puesto que su difusión pública, en una forma imperfecta, sería más nociva que benéfica. Clarendon mismo, al que muchos de ellos conocían con anterioridad, les impresionó más que nunca y no tuvieron reparos en compararle con Jenner, Lister, Koch, Pasteur, Metchnikoff y el resto de aquellos que habían dedicado toda su vida al servicio de la medicina patológica y la humanidad. Dalton se cuidó de suministrar a Alfred las revistas que hablaban bien de él, llevándoselas en persona con la excusa de ver a Georgina. Éstas, no obstante, no producían demasiado efecto salvo una sonrisa desdeñosa, y Clarendon generalmente se las daba a Surama, cuyas risas entre dientes profundas y

turbadoras, al leer los artículos, tenían un estrecho paralelo con la propia diversión irónica del doctor.

Un lunes por la tarde a principios de febrero, Dalton llamó con la decidida intención de pedir a Clarendon la mano de su hermana. Georgina misma le dio acceso a la finca, y mientras caminaban hacia la casa, él se detuvo a acariciar al perrazo que saltaba amigablemente sobre su pecho. Era Dick, el mimado San Bernardo de Georgina, y Dalton se alegró de sentir que tenía el afecto de aquella criatura que tanto significaba para ella.

Dick estaba alegre y excitado, y casi derribó al gobernador con su vigoroso empujón mientras daba un apagado ladrido, lanzándose por los árboles hacia la clínica. No desapareció entre ellos, sino que se detuvo y miró atrás, ladrando de nuevo sordamente, como si deseara que Dalton lo siguiera. Georgina, gustosa de obedecer los antojos de aquel perrazo juguetón, pidió a James ver qué buscaba, y ambos pasaron lentamente tras él, mientras éste trotaba aliviado hacia el fondo del patio, donde el perfil del edificio clínico se alzaba recortado contra las estrellas, sobre el gran muro de ladrillo.

Contornos de luz interior festoneaban los bordes de las oscuras cortinas, por lo que supieron que Alfred y Surama estaban trabajando. Repentinamente, desde el interior llegó un débil y ahogado sonido como el grito de un niño... una lastimera llamada de «¡mamá, mamá!» ante la que Dick ladró, mientras James y Georgina se sobresaltaban visiblemente. Entonces Georgina rió, recordando las cotorras que Clarendon siempre guardaba para usos experimentales, y acarició la cabeza de Dick bien para perdonarle el susto que les había dado o para consolarlo del sobresalto que él mismo había recibido.

Mientras volvían lentamente hacia la casa, Dalton mencionó su resolución de hablar a Alfred aquella tarde sobre su compromiso, y Georgina no tuvo inconveniente. Sabía que su hermano no gustaría de perder una gestora y compañera de plena confianza, pero creía que su afecto no pondría barreras en el camino de su felicidad.

Más tarde, Clarendon entró en la casa con paso ligero y aspecto menos huraño de lo habitual. Dalton, viendo un buen presagio en aquella benigna disposición, se armó de valor cuando el doctor estrechó su mano con un jovial:

—Ah, Jimmy, ¿cómo va la política este año?

Contempló a Georgina, que se excusó quedamente, mientras los dos hombres se enzarzaban en una charla sobre asuntos intrascendentes. Poco a poco, en mitad de multitud de recuerdos sobre sus pasados días de juventud, Dalton se acercó a su asunto; por último, planteó directamente la cuestión.

—Alf, deseo casarme con Georgina. ¿Tenemos tu consentimiento?

Observando atentamente a su viejo amigo, Dalton vio cruzar una sombra por su rostro. Los oscuros ojos relampaguearon por un instante, antes de velarse y volver a su acostumbrada placidez. ¡Por tanto, la ciencia o el egoísmo prevalecían ante todo!

—Me pides un imposible, James. Georgina no es la mariposa inconstante de hace años. Ahora tiene un sitio en el servicio de la verdad y la humanidad, y ese sitio está aquí. Ella ha decidido dedicar su vida a mi obra —al gobierno de la casa que hace posible mi trabajo— y no ha lugar a la deserción o el capricho personal.

Dalton esperó para ver si había concluido. El fanatismo de siempre —la humanidad contra el individuo—, ¡y el doctor estaba dispuesto a arruinar la vida de su hermana! Luego trató de responder.

—Pero mira, Alf, ¿me dices que Georgina en particular es tan necesaria para tu trabajo que debes hacer de ella una mártir y una esclava? ¡Usa tu sentido de proporción, hombre! Tratándose de Surama u otro partícipe de tus experimentos, sería diferente; pero, en última instancia, Georgina no es para ti más que una gobernanta. Me ha prometido ser mi esposa y dice amarme. ¿Tienes derecho a apartarla de la vida que le corresponde? ¿Tienes derecho...?

—¡Basta, James! —el rostro de Clarendon se demudó palideciendo—. Si tengo o no derecho a regir mi propia familia, no es asunto de un extraño.

—Un extraño... puedes llamar eso a un hombre que... —Dalton casi se sofocó mientras la voz acerada del doctor le interrumpía nuevamente.

—Un extraño a mi familia, y desde ahora un extraño a mi casa. ¡Dalton, tu atrevimiento ha ido demasiado lejos! ¡Buenas tardes, gobernador!

Y Clarendon abandonó la estancia sin tenderle su mano.

Dalton dudó un instante, casi sin saber qué hacer, y entonces llegó Georgina. Su rostro mostraba que había hablado con su hermano, y Dalton tomó impetuosamente sus manos.

—Bueno, Georgie, ¿tu qué dices? Temo que sea una elección entre Alf y yo. Conoces mis sentimientos... sabes lo que sentía antes, cuando era tu padre el que estaba en contra. ¿Cuál es ahora tu respuesta?

Se detuvo y la mujer respondió lentamente.

—James, querido, ¿crees que te amo?

Él asintió y oprimió expectante sus manos.

—Entonces, si me amas, tendrás que esperar un poco. No hagas caso de la rudeza de Alf. Acabará arrepintiéndose. No puedo contarte todo ahora, pero

ya sabes lo preocupada que me siento... por la tensión de su trabajo, las críticas ¡y por las miradas y las risas de esa horrible criatura, Surama! Temo que se desmorone... sufre la tensión más de lo que alguien ajeno a la familia pudiera creer. Puedo verlo, porque lo he observado toda mi vida. Está cambiando, cediendo lentamente bajo sus obligaciones, y se arma de mayor brusquedad para ocultarlo. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad, querido?

Se detuvo, y Dalton cabeceó nuevamente, oprimiendo una de sus manos contra su pecho. Entonces, ella acabó.

—Prométeme ser paciente, querido. Debo permanecer junto a él. ¡Debo! ¡Debo!

Dalton no habló por un tiempo, pero su cabeza se inclinó en lo que parecía un gesto de reverencia. Había más de Cristo en esa mujer entregada de lo que hubiera creído posible en un ser humano, y ante tanto amor y lealtad no podía acuciar.

Las palabras de tristeza y despedida fueron sumarias, y James, cuyos ojos azules estaban empañados, apenas vio al enjuto ayudante clínico mientras la puerta de la calle se abría para él. Pero cuando se cerró de un portazo tras él, escuchó aquel reír que helaba la sangre y que había llegado a reconocer tan bien, y supo que Surama estaba allí, Surama, a quien Georgina había llamado el genio maléfico de su hermano. Alejándose con paso firme, decidió estar vigilante y obrar a la primera señal de dificultades.

### III

Mientras tanto, en San Francisco, la epidemia seguía en boca de todos, sazónada con sentimientos anti-Clarendon. Los casos fuera de la prisión eran muy pocos y circunscritos casi exclusivamente a mexicanos empobrecidos, cuya falta de higiene era una abierta invitación a dolencias de todo tipo; pero los políticos y la gente no necesitaba más para confirmar los ataques vertidos por los enemigos del doctor. Viendo a Dalton inamovible en su respaldo a Clarendon, los descontentos, los médicos demagogos y los arribistas volvieron su atención hacia los legisladores del estado, alineándose anticlarendonistas con viejos enemigos del gobernador, y con gran astucia, se dispusieron a aprobar una ley que —posibilitando el veto de la mayoría— transfiriese la autoridad de los nombramientos institucionales desde el jefe ejecutivo a los distintos ministerios o comisiones afectadas.

En la promoción de esta medida nadie fue más activo que el jefe asistente de Clarendon, el doctor Jones. Celoso desde un principio de su superior, veía ahora la oportunidad de volver las cosas a su favor y agradecía al destino la



circunstancia —responsable, desde luego, de su actual posición— de su relación con el presidente de la junta de prisiones. La nueva ley, si era aprobada, podría ciertamente permitir el cese de Clarendon y el ascenso de él mismo en su lugar; así, consciente de su interés, trabajó duramente en su pro. Jones era todo lo contrario de Clarendon... un político natural y un oportunista sicofante que servía a su propia promoción ante todo y sólo incidentalmente a la ciencia. Era pobre y ávido de posición remunerada, en contraste con el sabio adinerado e independiente al que trataba de desplazar. Así, con persistencia y astucia de rata, trabajó para socavar la posición del gran biólogo que era su superior, y un día fue recompensado con la noticia de que la ley había sido aprobada. Desde ese momento, el gobernador carecía de poder para realizar nombramientos a las instituciones del estado, y la dirección médica de San Quintín quedaba a disposición de la junta de prisiones.

Clarendon era totalmente ajeno a todo este tumulto legal. Completamente ocupado por asuntos de administración e investigación, era ciego a la traición de «ese asno de Jones» que trabajaba a su lado, y sordo a todos los rumores de la oficina del alcaide. Nunca en su vida había leído los periódicos, y la expulsión de Dalton de su casa cortó su último lazo real con el mundo de los sucesos exteriores. Con el candor de un recluso, no se planteó en ningún momento que su puesto estuviera en peligro. En vista de la lealtad de Dalton, y de su perdón de los mayores errores, como demostró con su trato al viejo Clarendon, que había empujado a su padre a la muerte en la bolsa de cambios, la posibilidad de un cese por parte del gobernador estaba, por supuesto, descartada; la ignorancia en materia política del doctor no podía prever un repentino cambio de poder que pudiera poner el asunto del mantenimiento o destitución en manos muy diferentes. Así, simplemente sonrió con satisfacción cuando Dalton partió hacia Sacramento, convencido de que su puesto en San Quintín y el lugar de su hermana en el gobierno de la casa estaban completamente a salvo de disgustos. Estaba acostumbrado a obtener cuanto quería, y fantaseaba con que su suerte le amparaba siempre.

La primera semana de marzo, poco después de la aprobación de la nueva ley, el presidente de la junta de prisiones visitó San Quintín. Clarendon estaba ausente, pero el doctor Jones se felicitó de mostrar al augusto visitante — incidentalmente, tío suyo— la gran enfermería, incluido el pabellón de febriles, afamado gracias a la prensa y el pánico. Ya convertido, a regañadientes, a la creencia de Clarendon sobre que la fiebre no era contagiosa, Jones sonrió asegurando a su tío que no había nada que temer y

animándole a inspeccionar detalladamente a los pacientes... especialmente a un espantoso esqueleto, otrora un verdadero gigante de constitución y energías que, según insinuó, agonizaba lenta y dolorosamente porque Clarendon no le administraba su medicina.

¿Quieres decir —gritó el presidente— que el doctor Clarendon rehúsa dar a este hombre lo que necesita, sabiendo que su vida puede ser salvada?

—Exactamente —saltó el doctor Jones, interrumpiéndose cuando la puerta se abrió para dar paso al mismísimo Clarendon. Clarendon cabeceó fríamente a Jones y escrutó al visitante, a quien no conocía, con desaprobación.

—Doctor Jones, creo que sabe que este paciente no debe ser molestado en ningún caso. ¿No le he dicho que los visitantes no deben ser admitidos excepto mediante permiso especial?

Pero el presidente le interrumpió antes de que su sobrino pudiera presentarle.

—Discúlpeme, doctor Clarendon, pero ¿creo entender que usted rehúsa dar a este hombre la medicina que podría salvarle?

Clarendon le contempló glacialmente, y replicó con voz acerada.

—Ésa, señor, es una pregunta impertinente. Soy la autoridad aquí, y los visitantes no están permitidos. Por favor, abandone ahora mismo la habitación.

El presidente, con su sentido dramático secretamente picado, respondió con más pompa y altisonancia de lo necesario.

—¡Me confunde, señor! Soy yo, y no usted, la autoridad aquí. Se dirige usted al presidente de la junta de prisiones. Además, debo decir que considero sus actividades como una amenaza para el bienestar de los presos y debo solicitar su cese. A partir de ahora, el doctor Jones se hará cargo, y si usted desea permanecer aquí hasta su cese oficial recibirá órdenes de él.

Era el gran momento de Wilfred Jones. La vida no le había brindado ningún triunfo parecido y no debemos censurarle. Después de todo, era más un mediocre que un villano, y sólo obedecía el código de los mediocres, cuidando ante todo de sí mismo. Clarendon guardó silencio, observando a su interlocutor como si lo considerase loco, hasta que, en un instante, la expresión triunfante en el rostro del doctor Jones le convenció de que, en efecto, algo importante se tramaba. Fue heladamente cortés al replicar.

—No dudo que usted sea quien dice ser, señor. Pero, afortunadamente, mi nombramiento proviene del gobernador del estado y, por tanto, sólo éste puede revocarlo.

El presidente y su sobrino se miraron perplejos, sin percatarse de hasta dónde podía llegar la ignorancia de los asuntos mundanos. Luego, el más viejo, haciéndose cargo de la situación, se explicó ampliamente.

—De haber encontrado que los reportajes le trataban injustamente —concluyó—, habría demorado la acción; pero el caso es que este pobre hombre y la arrogancia de usted no me dejan opción. Por tanto...

Pero el doctor Clarendon le interrumpió con voz aún más afilada.

—Por tanto, actualmente soy el director, y le conmino a que abandone esta sala inmediatamente.

El presidente enrojeció, explotando.

—Mire usted, señor, ¿con quién cree que está hablando? Tendré que expulsarlo... ¡maldito impertinente!

Pero apenas tuvo tiempo de acabar la frase. Transformado por el insulto en una repentina máquina de odio, el frágil científico lanzó ambos puños en una explosión de fuerza insólita de la que nadie le hubiera creído capaz. Si su fuerza era inaudita, su puntería no le fue a la zaga; ningún campeón del cuadrilátero lo hubiera hecho mejor. Ambos hombres —el presidente y el doctor Jones— fueron alcanzados de lleno, uno en pleno rostro y el otro en el mentón. Se derrumbaron como árboles abatidos y quedaron inmóviles e inconscientes en el suelo; mientras, Clarendon, de nuevo sereno y dueño de sí mismo, tomó su sombrero y bastón y se reunió con Surama en la lancha. Sólo al aposentarse en el móvil bote dio rienda suelta a la terrible rabia que le consumía. Entonces, con rostro demudado, profirió imprecaciones contra las estrellas y los abismos más allá de ellas; tanto que incluso Surama se estremeció, trazando un antiguo signo que ningún libro de historia consigna y olvidándose de reír entre dientes.

#### IV

Georgina calmó las penas de su hermano lo mejor que pudo. Había llegado física y mentalmente exhausto y se había abalanzado hacia la biblioteca; en esta lóbrega estancia, poco a poco, la fiel hermana supo de las increíbles noticias. Sus consuelos fueron tiernos e inmediatos, y ella le hizo comprender cuán vasto, aunque inconsciente, tributo a su grandeza llegaban a ser los ataques, persecuciones y destitución. Él había tratado de cultivar la indiferencia a la que ella le instaba, y podría haberlo logrado de estar implicada tan sólo su dignidad personal. Pero la pérdida de la oportunidad científica era más de lo que podía soportar con calma, y suspiró una y otra vez mientras repetía que tres meses más de estudio en la prisión podrían haberle

dado, por fin, el agente ansiado durante tanto tiempo y que habría convertido todas las fiebres en cosa del pasado.

Enseguida, Georgina buscó otra forma de animarle, y le habló de que seguramente la junta de prisiones volvería a reclamarle si la fiebre no remitía o si se expandía con fuerza creciente. Pero hasta esto fue inútil, y Clarendon respondió con una sarta de frases amargas, irónicas y medio insensatas, cuyo tono mostraban muy a las claras cuán profunda era la desesperación y el resentimiento que le animaban.

—¿Remitir? ¿Expandirse de nuevo? ¡Claro que remitirá! O, al menos, eso pensarán ellos. Pensarán cualquier cosa, ¡no importa lo que suceda! Los ojos ignorantes no ven nada, y los chapuceros nunca son descubridores. La ciencia nunca muestra su rostro de esa manera. ¡Y se llaman médicos! ¡Y lo mejor de todo es que ese asno de Jones está al mando!

Acabando con esta repentina chanza, comenzó a reír de una forma tan demoniaca que Georgina sintió escalofríos.

Los días que siguieron fueron realmente lúgubres en la mansión Clarendon. La depresión, completa y absoluta, se había adueñado del alma habitualmente incansable del médico, al extremo de rehusar alimentarse de no haberle obligado Georgina. Su gran cuaderno de observaciones reposaba cerrado sobre la mesa de la biblioteca, y su pequeña jeringa dorada de suero antifebril —un inteligente dispositivo de su propiedad, con un depósito unido a un ancho anillo de oro y un mecanismo de presión de diseño propio— descansaba ocioso en un pequeño estuche de cuero junto a aquél. El vigor, la ambición y los deseos de estudio y observación parecían haber muerto para él y no recababa informes sobre la clínica, donde centenares de cultivos de gérmenes, en sus alineadas ampollas, esperaban su atención.

Los incontables animales reservados para los experimentos jugaban, bulliciosos y bien alimentados, al resplandor de la temprana primavera, y mientras Georgina deambulaba entre los rosales, camino de las jaulas, se sintió arropada por un extraño e incongruente sentido de felicidad. Sabía, empero, cuán trágicamente efímera podía ser esa dicha, dado que la reanudación del trabajo pronto haría de esas pequeñas criaturas involuntarios mártires de la ciencia. Sabiéndolo, vislumbró una especie de elemento compensador en la inactividad de su hermano, y le animó a guardar aquel descanso que tanto necesitaba. Los ocho sirvientes tibetanos se afanaban silenciosamente, y Georgina comprendió que el reposo del amo no alteraría la rutina hogareña.

Con el estudio y las grandes ambiciones yaciendo dormidas y amortajadas de indiferencia, Clarendon se sentía contento de recibir de Georgina el trato de un niño. Aceptaba sus cuidados maternos con una sonrisa blanda y triste, obedeciendo siempre su sinfín de órdenes y preceptos. Una especie de débil y pensativa felicidad alcanzó al lánguido hogar, donde la única nota discordante procedía de Surama. Era realmente un miserable y, a menudo, escrutaba con ojos sombríos y resentidos la risueña serenidad del rostro de Georgina. Su única distracción había consistido en el alboroto de los experimentos, y había perdido la rutina de asir a los animales sentenciados, llevárselos a la clínica entre sus férreas garras y observarlos, con su turbia mirada y su maldita risa entre dientes, mientras caían gradualmente en el coma final con ojos desorbitados e inyectados en sangre, y la hinchada lengua colgando de la boca cubierta de espuma.

Ahora parecía abocado a la desesperación ante el espectáculo de las despreocupadas criaturas en sus jaulas, y frecuentemente acudía hasta Clarendon para preguntarle si tenía alguna orden. Encontrando al doctor apático y renuente a comenzar el trabajo, se alejaba murmurando entre dientes y lanzando miradas airadas a todos lados, escurriéndose con paso felino hasta sus aposentos del sótano, donde su voz, a veces, parecía elevarse en profundos y amortiguados ritmos de blasfema extrañeza, dotados con una desagradable sugerencia de ritual.

Todo esto afectaba los nervios de Georgina, aunque no tanto como la prolongada lasitud de su hermano. Le alarmaba la duración de aquel estado y poco a poco perdió el aire de alegría colmada que tanto irritara al ayudante clínico. Diestra ella misma en medicina, descubrió que la condición del doctor era altamente insatisfactoria desde el punto de vista de un alienista, y ahora temió tanto por su ausencia de interés y actividad como antes lo había hecho ante su ardor fanático y sobrecarga de estudios. ¿Estaba aquella prolongada melancolía a punto de convertir al otrora brillante intelectual en un completo idiota?

Entonces, a finales de mayo, llegó el brusco cambio. Georgina siempre recordaba los menores detalles accesorios; minucias tan triviales como la caja recibida por Surama el día anterior, matasellada en Argelia y que emitía un olor apestoso, y la terrible y repentina tormenta, muy rara en California, que se desencadenó la noche en que Surama entonaba sus rituales, tras su trancada puerta de los sótanos, con una voz honda y monocorde más alta e intensa de lo habitual.

Era un día soleado, y había estado recogiendo flores del jardín para el comedor. Volviendo a la casa, descubrió a su hermano en la biblioteca, vestido y sentado ante la mesa, consultando alternativamente los apuntes de su grueso cuaderno de notas y haciendo nuevas entradas con enérgicos trazos de pluma. Estaba alerta y vital, y había una elasticidad satisfecha en sus movimientos al volver una página o tomar un libro del extremo de la gran mesa. Encantada y aliviada, Georgina se apresuró a depositar sus flores en el comedor y volver, pero cuando llegó a la biblioteca descubrió que su hermano se había ido.

Sabía, por supuesto, que debía estar trabajando en la clínica y se regocijó al pensar que su antigua mentalidad y propósitos habían recobrado su lugar. Comprendiendo que no debería retrasar la colación por él, comió sola y apartó una porción para calentar, previendo un regreso intempestivo. Pero él no volvió. Estaba recuperando el tiempo perdido y aún permanecía en la gran clínica pesadamente entarimada cuando ella fue a dar un paseo por la rosaleda.

Mientras deambulaba entre las fragantes flores, vio a Surama en busca de animales para la prueba. Deseó poder notarle menos porque siempre le hacía estremecerse, pero el temor había agudizado sus ojos y oídos en todo lo tocante a él. Siempre recorría el patio sin sombrero, y la total calvicie de su cabeza acentuaba de forma horrible la apariencia de esqueleto. Escuchó una débil risa mientras él arrancaba a un pequeño mono de su jaula adosada al muro y lo llevaba hacia la clínica, con sus largos y huesudos dedos oprimiendo tan cruelmente en los peludos costados que la criatura gritaba con espantosa angustia. La visión la enfermó y dio por concluido su paseo. Su alma más íntima se rebelaba ante el ascendiente que aquella criatura había alcanzado sobre su hermano y reflexionó amargamente acerca de que amo y criado casi habían intercambiado sus papeles.

La noche se cerró sin que Clarendon volviese a la casa, y Georgina resolvió que estaba absorto en una de sus interminables sesiones, en las que perdía totalmente la noción del tiempo. Aborrecía retirarse sin una charla acerca de su brusca recuperación; pero, finalmente, sintiendo que sería inútil esperarle, escribió una nota cariñosa y la depositó ante su silla de la mesa de la librería; luego se fue directamente a la cama.

No estaba totalmente dormida cuando escuchó abrir y cerrar la puerta exterior. ¡La sesión no había, después de todo, ocupado la noche entera! Decidida a comprobar que su hermano hacía una colación antes de retirarse, se levantó, cubriéndose con una bata, y bajó a la biblioteca, deteniéndose al

escuchar voces más allá de la puerta entreabierta. Clarendon y Surama deliberaban, y decidió aguardar a que el ayudante clínico se marchara.

Surama, no obstante, no mostró inclinación a partir y, desde luego, el tono acalorado de la discusión parecía indicar concentración y prometía dilatarse. Georgina, a pesar de no tener intención de escuchar, no pudo menos que oír frases sueltas, y terminó captando un sentido siniestro que la espantó enormemente, aunque sin llegar a descifrarlo completamente. La voz de su hermano, nerviosa, incisiva, le llamó la atención por su inquietante insistencia.

—De todas formas —decía—, carecemos de suficientes animales para otro día, y tú sabes cuán duro es conseguir una partida decente sin demasiado revuelo. Me parece estúpido gastar tanto esfuerzo con esa morralla, cuando los especímenes humanos pueden obtenerse con sólo un poco de precaución adicional.

Georgina tembló ante las posibles implicaciones, y se aferró al perchero del salón para no derrumbarse. Surama replicaba con su tono profundo y hueco que parecía reverberar con la maldad de millares de eras y millares de planetas.

—Aguanta, aguanta... ¡que niño eres, con tanta premura e impaciencia! ¡Apresuras las cosas! Cuando hayas vivido tanto como yo, una vida entera te parecerá como una hora, ¡no te irritarás por un día, una hora o un mes! Vas muy rápido. Te sobran especímenes en las cajas para una semana entera si vas a un ritmo razonable. Puedes incluso comenzar con el material antiguo si quieres estar seguro de no agotarlo.

—¡No importan mis prisas! —la réplica brotó afilada—. Tengo mis propios métodos. No quiero usar nuestro material si puedo evitarlo, porque los prefiero como están ahora. Y harías mejor en ser cuidadoso con ellos de todas formas... ya conoces los cuchillos que gastan esos perros taimados.

La risita profunda de Surama se alzó.

—No te preocupes por eso. Los brutos comen, ¿no? Bueno, te puedo suministrar una cada vez que lo necesites. Pero ve lento... desaparecido el chico, son sólo ocho y, ahora que has perdido San Quintín, será difícil conseguir nuevos ejemplares al por mayor. Te recomendaría comenzar por Tsanpo... es el menos útil para ti y...

Pero esto fue todo cuanto escuchó Georgina. Traspasada por un terrible espanto ante lo que esa conversación implicaba, estuvo a punto de desplomarse y apenas fue capaz de arrastrarse por la escaleras y llegar a su habitación. ¿Qué planeaba el maligno monstruo de Surama? ¿Adonde llevaba

a su hermano? ¿Qué sucesos monstruosos subyacían bajo aquellas crípticas frases? Un centenar de fantasmas de oscuridad y amenaza bailaban ante sus ojos, y se lanzó sobre el lecho sin esperanzas de conciliar el sueño. Un pensamiento resaltaba sobre los demás con prominencia diabólica, y ella casi aulló mientras se abría paso en su cerebro con renovada fuerza. Entonces la Naturaleza, más misericordiosa de lo que ella esperaba, intervino por fin. Cerrando sus ojos en un desmayo mortal, no despertó hasta por la mañana, ni ninguna nueva pesadilla se añadió al espanto de las estremecedoras palabras que había captado.

Con el resplandor de la mañana llegó una disminución de la tensión. Los sucesos nocturnos, cuando uno está cansado, suelen entenderse de forma distorsionada, y Georgina vio que su cerebro había adornado con extraños tintes los retazos de una conversación médica común. Suponer a su hermano —único hijo de la gentil Frances Schuyler Clarendon— culpable de salvajes sacrificios en nombre de la ciencia sería una injusticia para su sangre, y resolvió omitir toda mención a su excursión escaleras abajo, para evitar que Alfred se burlara de sus fantasías.

Cuando llegó a la mesa del desayuno, descubrió que Clarendon ya se había marchado y se apenó de no haber tenido oportunidad, ni siquiera en esa segunda mañana, de felicitarlo por su renovada actividad. Tomando sosegadamente el desayuno servido por la anciana Margarita, la cocinera mexicana sorda como una tapia, procedió a leer los periódicos matutinos, sentándose a bordar junto a la ventana de la sala de estar que daba al gran patio. Había un silencio total, y pudo ver que la última de las jaulas de animales había sido desocupada. La ciencia estaba servida, y unos detritos eran cuanto restaban de las que fueran hermosas y vivaces criaturillas. Esa matanza siempre la había apenado, aunque nunca se había quejado al entender que era en bien de la humanidad. Ser la hermana de un científico, gustaba de decirse, equivalía a ser hermana de un soldado que mataba para salvar a sus compatriotas del enemigo.

Tras el almuerzo, Georgina retomó su sitio junto a la ventana, y se había afanado cosiendo por algún tiempo hasta que un disparo en el patio la hizo mirar alarmada. Allí, no lejos de la clínica, vio la execrable figura de Surama con un revolver en la mano y su rostro cadavérico retorcido con extraña expresión, mientras se reía entre dientes de una atemorizada figura ataviada de seda negra que empuñaba un largo cuchillo tibetano. Era el sirviente Tsampo, y al reconocer el arrugado rostro recordó lo horriblemente alterada que se vio la noche anterior. El sol centelleaba en la pulida hoja y,



repentinamente, el revólver de Surama tronó una vez más. El cuchillo cayó de la mano del mongol, y Surama contempló con avidez a su aturdida presa.

Entonces Tsanpo, evaluando rápidamente su mano ilesa y el caído cuchillo, saltó ágilmente apartándose del furtivo ayudante clínico que se aproximaba e intentó alcanzar la casa. Surama, no obstante, fue más rápido y le apresó de un solo brinco, asiendo su hombro y casi aplastádoselo. Por un instante, el tibetano trató de defenderse, pero Surama lo alzó por el pescuezo como a un animal, arrastrándole hacia la clínica. Georgina le escuchó reír y mofarse del hombre en su propia lengua, y vio el rostro amarillo de la víctima contorsionado y convulso de terror. Repentinamente, comprendió contra su voluntad lo que ocurría, un gran horror se adueñó de ella y se desvaneció por segunda vez en veinticuatro horas.

Cuando recobró el conocimiento, la luz dorada del atardecer tardío se derramaba en la estancia. Georgina, recogiendo su neceser y los materiales desparramados, se sumió en un mar de dudas, para terminar convenciéndose de que la escena que había contemplado había sido trágicamente real. Sus peores miedos eran, pues, horribles verdades. Sobre qué hacer, nada en su experiencia podía aconsejarla, y se sintió vagamente agradecida por la ausencia de su hermano. Debía hablarle, pero no en ese instante. No debía hablar con nadie en aquél momento. Y especulando escalofriada sobre los monstruosos sucesos más allá de las enrejadas ventanas de la clínica, se arrastró hacia la cama para sufrir una larga noche de insomnio angustiado.

Levantándose ojerosa al día siguiente, Georgina vio al doctor por primera vez desde que se recobrara. Se afanaba preocupado, deambulando entre su casa y la clínica, prestando poca atención a todo cuanto no formase parte de su trabajo. No había lugar para la temida conversación, y Clarendon no se percató del aspecto desaliñado y ademanes titubeantes de su hermana.

Por la tarde, ella le escuchó en la biblioteca hablando consigo mismo en un estilo inusual para él, y sintió que se encontraba bajo una gran presión que podía provocar su vuelta a la apatía. Acudiendo a la estancia, intentó calmarle sin hacer referencia a temas penosos, y le obligó a tomar una taza de caldo. Finalmente, inquirió amablemente sobre sus preocupaciones y esperó con ansiedad su respuesta, deseando escuchar que el maltrato de Surama al pobre tibetano le había horrorizado y escandalizado.

Al responder, hubo una nota de displicencia en su voz.

—¿Qué me preocupa? Buen Dios, Georgina, ¿qué no? ¡Mira en las jaulas antes de volver a preguntar! Vacías... exhaustas... no nos queda ni un maldito espécimen, y tenemos una serie de los más importantes cultivos

bacterianos incubándose en sus tubos ¡para nada, sin una sola onza de provecho! Días de trabajo perdidos... el mismo programa detenido... ¡es para volver loco a un hombre! ¿Cómo puedo hacer nada si no puedo disponer de ejemplares decentes?

Georgina frunció el ceño.

—Creo que deberías reposar un rato, Al, querido.

Él se apartó.

—¿Descansar? ¡Ésta sí que es buena! ¡Condenadamente buena! ¿Qué otra cosa he hecho sino reposar y vegetar y mirar al vacío durante los últimos cincuenta, ciento o millar de años? Justo cuando se abren las nubes, ando corto de material... ¡y entonces debo detenerme de nuevo para babear como un tonto! ¡Dios! Y mientras, algún ladrón furtivo probablemente trabaja con mis notas, preparándose para arrebatarme los méritos de mi propio esfuerzo. Perderé por un pelo... algún imbécil con especímenes adecuados se llevará la recompensa, ¡cuando una semana más con medios semiadecuados me harían ver todo de color de rosa!

Su voz se alzó quejumbrosamente, con una nota de tensión mental que no gustó nada a Georgina. Respondió suavemente, aunque no tanto como para insinuar que trataba de calmar a un desequilibrado.

—Pero te estás matando con tantas preocupaciones y tensión, y si mueres, ¿cómo vas a terminar tu trabajo?

Él respondió con una sonrisa que rozaba la burla.

—Supongo que en una semana o un mes —es todo cuanto necesito— no serán suficientes para acabar conmigo, y no importa demasiado lo que me suceda a mí, ni a nadie. Es a la ciencia a lo que debe atenderse... ciencia... la austera causa del humano conocimiento. Soy como los monos, los pájaros, las cobayas... un engranaje de la maquinaria, diseñado en función del conjunto. Ellos deben morir... yo debo morir... ¿qué importa? ¿No vale la causa que servimos eso y aún más?

Georgina suspiró. Por un instante se preguntó si, después de todo, aquella incesante carnicería tenía algún valor.

—Pero, ¿estás completamente seguro de que tu descubrimiento será tan beneficioso para la humanidad que justifica esos sacrificios?

Los ojos de Clarendon centellearon peligrosamente.

—¡Humanidad! ¿Qué demonios es la humanidad? ¡La ciencia! ¡Imbéciles! ¡Tan sólo una suma de individuos! La humanidad es para los predicadores, para quienes significa fe ciega. La humanidad es para los ricos depredadores que la consideran en términos de dólares y centavos. La

humanidad es para los políticos que la ven como poder colectivo utilizable en su beneficio. ¿Qué es la humanidad? ¡Nada! ¡A Dios gracias, esa tosca ilusión no perdura! Un hombre hecho y derecho se inclina ante la verdad... el conocimiento... la ciencia... la luz... el apartar del velo y el retroceso de las sombras. ¡Conocimiento, el Juggernaut! Hay muerte en nuestro ritual. Debemos matar... diseccionar... destruir... todo en nombre del descubrimiento... el culto de la luz inefable. La diosa Ciencia así lo demanda. Probamos venenos inciertos para matar. ¿Cuántos más? No hay que pensar en uno... sólo el conocimiento... los efectos deben ser conocidos.

Su voz se apagó en una especie de agotamiento temporal, y Georgina se estremeció ligeramente.

—¡Eso es horrible, Alf! ¡No debes pensar así!

Clarendon cacareó sardónicamente, de una forma que provocó una curiosa y repugnante asociación en la mente de su hermana.

—¿Horrible? ¿Piensas que lo que yo digo es horrible? ¡Tendrías que oír a Surama! Te lo digo, los sacerdotes de la Atlántida sabían cosas que te harían caer muerta de miedo con sólo escuchar una fracción. ¡El conocimiento era saber hace cien mil años, cuando nuestros ancestros se arrastraban por Asia como semimonos sin habla! Supieron algo de esto en la región de Hoggar... sobre eso quedan rumores en las mesetas más apartadas del Tíbet... y una vez oí a un anciano, en China, hablando sobre Yog-Sothoth...

Empalideció y trazó en el aire un curioso signo con el índice tendido. Georgina se sintió verdaderamente alarmada, pero se serenó cuando su discurso tomó formas menos fantásticas.

—Sí, puede ser horrible, pero también es glorioso. La Búsqueda del Conocimiento, me refiero. En verdad, no hay viles sentimientos conectados con esto. ¿No mata la naturaleza, constantemente y sin remordimientos, y acaso alguien, aparte de los necios, se espanta ante ese conflicto? Las muertes son necesarias. Son la gloria de la ciencia. Aprendemos algo de ellas, y no podemos cambiar aprendizaje por sentimientos. ¡Escucha a los sentimentales vociferando en contra de la vacunación. Temen que mate a los niños. ¿Bueno, y qué si así es? ¿De qué otra forma podemos descubrir las leyes de la dolencia en cuestión? Como hermana de un científico, debieras saber algo mejor que hablar de sentimientos. ¡Debieras ayudarme en mi trabajo en vez de ponerle trabas!

—Pero Al —protestó Georgina—. No tengo la menor intención de entorpecer tu trabajo. ¿No he tratado siempre de ayudarte tanto como podía? Supongo que soy ignorante y no puedo hacer gran cosa, pero al menos estoy

orgullosa de ti, por mí y por la familia, y siempre he tratado de allanar tu camino. Tú mismo me lo has dicho muchas veces.

Clarendon la escrutó con agudeza.

—Cierto —dijo bruscamente, levantándose y encaminándose a la puerta—. Tienes razón. Siempre has tratado de ayudarme lo mejor que has podido. Y quizás tengas nuevas ocasiones de hacerlo.

Georgina, viéndole desaparecer por la puerta frontal, le siguió hasta el patio. Algo más allá una linterna resplandecía entre los árboles, y cuando se aproximaron vieron a Surama inclinado sobre un gran bulto tendido en el suelo. Clarendon, acercándose, gruñó brevemente. Cuando Georgina lo reconoció, se precipitó sobre él lanzando un grito. Era Dick, el gran San Bernardo, y yacía inmóvil con ojos enrojecidos y lengua colgante.

—¡Está enfermo, Al! —gritó ella—. ¡Rápido, haz algo!

El doctor miró a Surama, que había roto a hablar en una lengua desconocida para Georgina.

—Llévalo a la clínica —ordenó—. Me temo que Dick tiene la fiebre.

Surama cogió al perro como lo había hecho con el pobre Tsanpo el día anterior y lo transportó silenciosamente al edificio cercano a la alameda. Ya no reía entre dientes, pero observaba a Clarendon con lo que parecía verdadera ansiedad. Casi le parecía a Georgina que Surama pedía al doctor que salvara a la mascota.

Clarendon, sin embargo, no hizo ademán de seguirle, sino que permaneció inmóvil durante un momento y luego volvió lentamente hacia la casa. Georgina, atónita ante tal desinterés, se lanzó a una encendida súplica en favor de Dick, pero no sirvió de nada. Sin prestar la menor atención a sus ruegos, se dirigió directamente a la librería y comenzó a leer en un antiquísimo libro que yacía boca abajo en la mesa. Ella puso su mano en su hombro cuando se sentó, pero él no habló ni volvió la cabeza. Se limitó a seguir leyendo, y Georgina, observando curiosa sobre su hombro, se preguntó en qué extraño alfabeto estaría escrito aquel tomo con refuerzos de bronce.

Sentada a solas en la oscuridad del cavernoso locutorio, más allá del salón, Georgina tomó una decisión un cuarto de hora más tarde. Algo estaba terriblemente mal —el qué y hasta dónde, ella apenas osaba preguntárselo a sí misma— y era tiempo de llamar a una fuerza mayor en su ayuda. Por supuesto, debía ser James. Era poderoso y capaz, y su simpatía y afecto sabrían qué hacer. Él había conocido a Al desde siempre y podría entenderlo.

Era ya bastante tarde, pero Georgina había resuelto actuar. Más allá del salón, la luz aún brillaba en la librería y ojeó ansiosamente la puerta mientras

tomaba silenciosamente un sombrero y abandonaba la casa. Fuera de la lúgubre mansión y los terrenos prohibidos, había sólo un corto paseo hasta Jackson Street, donde su buena suerte la hizo encontrar un carruaje que la llevó hasta la oficina de telégrafos de la Western Union. Allí escribió cuidadosamente un mensaje para James Dalton en Sacramento, rogándole que acudiera rápidamente a San Francisco por un asunto del máximo interés para todos.

## V

Dalton quedó francamente perplejo ante el repentino mensaje de Georgina. No había tenido noticias de los Clarendon desde aquella tormentosa tarde de febrero, cuando Alfred le había vetado el acceso a su hogar, y, a cambio, él se había abstenido voluntariamente de toda comunicación, incluso cuando hubiera deseado expresar simpatía por el sumario cese del doctor en su cargo. Había trabajado duro para frustrar a los políticos y conservar el poder de nombramiento, y se había sentido amargamente dolido al observar el cese de un hombre que, a pesar de su reciente distanciamiento, todavía representaba para él el supremo ideal de competencia científica.

Ahora, con aquella nota claramente asustada ante él, no pudo imaginarse qué sucedía. Sabía, con todo, que Georgina no era de las que perdían la cabeza o despertaban innecesarias alarmas, de ahí que no se demorara, tomando la ruta terrestre que dejaba Sacramento antes de una hora, llegando enseguida a su club y reclamando noticias de Georgina a través de un mensajero que estaba en la ciudad a su servicio personal.

Mientras tanto, las cosas habían estado calmadas en la casa Clarendon, a pesar de que el doctor continuaba taciturnamente empeñado en su total negativa a comunicar el estado del perro. Las sombras de maldad parecían omnipresentes y espesas, pero por el momento todo era un remanso. Georgina se sintió aliviada al recibir el mensaje de Dalton y saber que estaba al alcance de la mano, contestándole que sólo le llamaría en caso de que la necesidad apremiara. En mitad de tanta tensión, se manifestaba algún débil elemento de compensación, y Georgina al fin decidió que era la ausencia de los enjutos tibetanos, cuyos movimientos furtivos y sinuosos y turbador aspecto exótico siempre la habían intimidado. Se habían desvanecido todos de repente, y la vieja Margarita, la única sirviente visible en la casa, le dijo que estaban ayudando a su amo y a Surama en la clínica.

La siguiente mañana —el 28 de mayo, digno de ser recordado— amaneció oscura y encapotada, y Georgina sintió debilitarse la precaria

calma. No vio a su hermano, pero supo que estaba en la clínica enfrascado en su trabajo a pesar de la falta de especímenes que tanto le pesaba. Se preguntó sobre el destino del pobre Tsanpo, y sobre si habría sido realmente sometido a una peligrosa inoculación, pero debió reconocer que se preguntaba mucho más por Dick. Anhelaba saber si Surama había hecho algo por el fiel perro, a pesar de la extraña indiferencia de su amo. La aparente solicitud de Surama en la noche del ataque de Dick le había impresionado gratamente, provocándole el sentimiento quizás más amable que nunca hubiera sentido hacia el detestable ayudante clínico. Ahora, mientras avanzaba el día, se encontró pensando más y más en Dick; hasta que por fin sus nervios alterados, encontrando en este detalle una especie de resumen simbólico de todo el horror que se cernía sobre la casa, no pudieron aguantar por más tiempo la incertidumbre.

Hasta ese momento había siempre respetado el imperioso deseo de Alfred de que nadie se aproximase o molestase la clínica. Pero, mientras la fatídica tarde avanzaba, su resolución de romper la barrera crecía y crecía. Finalmente, puso cara de determinación y cruzó el patio, entrando en el abierto vestíbulo de la prohibida estructura con la firme intención de descubrir qué sucedía con el perro, así como el motivo del secretismo de su hermano.

La puerta interior, como de costumbre, estaba cerrada con llave, y tras ella escuchó voces enzarzadas en una acalorada polémica. Cuando sus golpes no obtuvieron respuesta, hizo entrechocar el pomo tan estrepitosamente como le fue posible, pero las voces siguieron discutiendo sin dar muestras de atención. Pertenecían, por supuesto, a Surama y su hermano, y mientras estaba allí tratando de llamar la atención, no pudo evitar captar algo de su conversación. Por segunda vez, el destino le había hecho escuchar a hurtadillas, y de nuevo el asunto que oyó pareció gravar su equilibrio mental y su aguante nervioso hasta sus últimos límites. Alfred y Surama disputaban con creciente violencia, y el motivo de su charla bastaba para colmar sus peores temores y confirmar las aprensiones más serias. Georgina tembló mientras la voz de su hermano alcanzaba peligrosas cotas de tensión fanática.

—Tú, maldito... ¡menudo eres para pedirme prudencia y moderación! ¡Quién comenzó todo esto, de todas formas! ¿Tenía yo idea de tus malditos dioses-demonios y del antiguo mundo? ¿Había yo pensado alguna vez en mi vida en tus condenados espacios detrás de las estrellas y tu caos reptante Nyarlathotep? Era un científico corriente, maldito seas, hasta que fui tan necio como para sacarte de las cuevas con tus diabólicos secretos atlantes. ¡Me azuzaste y ahora pretendes refrenarme! Holgazaneando sin hacer nada y

diciéndome que vaya más lento, cuando sabes muy bien que no hay nada que hacer sin conseguir material. Sabes condenadamente bien que desconozco cómo hacer eso, mientras que tú debías ser ducho en ello antes de que la tierra fuera hecha. Eso te gusta, maldito cuerpo ambulante, ¡comenzar algo que no puedes acabar!

La maligna risita de Surama se alzó.

—Estás mal de la cabeza, Clarendon. Ése es el único motivo por el que te dejo despotricar cuando puedo mandarte al infierno en tres minutos. Lo bastante es bastante y tienes material de sobra para cualquier novato en tu lugar. ¡Tienes cuanto he podido darte, de todas formas! Pero estás obsesionado con este asunto... valiente vulgaridad, vaya locura sacrificar la mascota de tu pobre hermana ¡cuando podías haberlo evitado! No puedes mirar a nada viviente sin pensar en clavarle esa jeringa dorada. No... Dick tuvo que seguir el camino de aquel chico mexicano... el mismo que Tsanpo y los otros siete... ¡el mismo que todos los animales! ¡Vaya discípulo! Nunca te relajas... has perdido los nervios. Esto te ha desbordado y te domina. Estoy hartándome de ti, Clarendon. Pensé que tenías madera, pero no ha sido así. Va siendo hora de que me busque a otro. ¡Me temo que tendrás que largarte!

En la agitada respuesta del doctor había miedo e ira.

—¡Ten cuidado, tú...! Existen poderes que contrarrestan los tuyos. ¡No fui a China para nada, y hay cosas en el *Azif* de Alhazred que no conocían en la Atlántida! Estamos metidos en asuntos peligrosos, pero no pienses que conoces todos mis recursos. ¿Qué hay de la Némesis de la Llama? Hablé en Yemen con un anciano que había vuelto vivo del Desierto Carmesí... había visto Irem, la ciudad de los Pilares, y había adorado los santuarios subterráneos de Nug y Yeb... ¡Iä! ¡Shub-Niggurath!

Sobre el aullido de Clarendon se impuso la profunda risotada del ayudante clínico.

—¡Calla, imbécil! ¿Crees que esas grotescas insensateces tienen algún poder sobre mí? Palabras y fórmulas... palabras y fórmulas... ¿Qué son para quien conoce la sustancia oculta tras ellas? Ahora estamos en una esfera material, sujetos a leyes materiales. Tienes tu fiebre, yo tengo mi revólver. ¡No habrá más especímenes ni más fiebre mientras te tenga frente a mí y con este revólver entre ambos!

Esto fue cuanto pudo escuchar Georgina. Sintió tambalearse sus sentidos y se bamboleó por el vestíbulo buscando inspirar el aire exterior. Vio que la crisis había estallado por fin y que la ayuda debía llegar rápidamente si se deseaba salvar a su hermano de los desconocidos abismos de locura y

misterio. Reuniendo sus energías de reserva, consiguió llegar a la casa e introducirse en la librería, donde garrapateó una precipitada nota para que Margarita la llevara a James Dalton.

Cuando la anciana hubo partido, Georgina tuvo las fuerzas justas para alcanzar el diván y sumirse débilmente en una especie de semiestupor. Allí permaneció durante lo que parecieron años, consciente sólo del fantástico avance de los contraluces, desde las esquinas bajas de la gran y tenebrosa estancia cubierta por un millar de sombrías formas de terror que desfilaban como una procesión fantasmal y simbólica a través de su torturado y turbado cerebro. El crepúsculo se resolvió en la oscuridad, y el presagio continuaba. Entonces, unos pasos firmes sonaron en el salón, y escuchó cómo alguien entraba en la habitación y encendía una cerilla. Su corazón casi detuvo su latido cuando las lámparas de gas de los candeleros comenzaron a lucir una tras otra, pero entonces vio que el recién llegado era su hermano. Aliviada hasta el fondo de su corazón de que continuara vivo, lanzó un involuntario suspiro, largo, profundo y trémulo, y cayó en una especie de desmayo.

Al sonido de este suspiro, Clarendon se volvió alarmado hacia el diván y fue indescriptiblemente golpeado por la vista de la pálida e inconsciente forma de su hermana allí. Su rostro tenía una cualidad cadavérica que le espantó hasta lo más profundo de su espíritu, y se arrodilló a su lado, consciente de lo que su fallecimiento podía significar para él. Tras largo tiempo sin ejercer, inmerso en su incesante búsqueda de la verdad, había perdido el instinto médico de los primeros auxilios y sólo pudo llamarla por su nombre y frotar sus muñecas mecánicamente, mientras el miedo y la pena le embargaban. Pensó entonces en el agua, y corrió al comedor buscando una jarra. Tanteando en una oscuridad que parecía albergar vagos terrores, tardó algún tiempo en encontrar lo que buscaba, pero al fin la agarró con mano temblorosa y se apresuró a volver, derramando el frío líquido en el rostro de Georgina. El método fue rústico pero efectivo. Ella se agitó, suspiró nuevamente, y al fin abrió los ojos.

—¡Estás viva! —gritó él, y acercó su mejilla contra la de ella mientras ésta golpeaba maternalmente su cabeza. Casi estaba contenta de su desmayo, porque las circunstancias parecían haberse llevado al extraño Alfred y devuelto a su hermano junto a ella. Se incorporó lentamente y trató de tranquilizarle.

—Estoy bien, Alf. Sólo clame un vaso de agua. Es un pecado gastarla de esta forma... ¡por no decir que has estropeado mis encajes! ¿Es esa forma de



comportarte cada vez que tu hermana se echa un sueño? ¡No pienses que voy a enfermar, no tengo tiempo para tales memeces!

Los ojos de Alfred demostraron que su parlamento fresco y lleno de sentido común habían hecho su efecto. Su pánico fraternal se disolvió en un instante y, en su lugar, su rostro cobró una expresión vaga y calculadora, como si alguna posibilidad maravillosa acabara de ocurrírsele. Mientras ella miraba, solapadas oleadas de cálculo y astucia pasaban fugazmente por su rostro; ella comenzó a estar menos y menos segura de que su modo de calmarle hubiera sido el adecuado y, antes de que él hablara, ya estaba temblando ante algo que no pudo definir. Un agudo instinto médico le insinuó que el momento de cordura había pasado y estaba de nuevo ante el irrefrenable fanático de la investigación científica. ¿Había algo sórdido en el rápido estrechamiento de sus ojos, ante su casual mención de buena salud? ¿Qué estaba pensando? ¿A qué antinaturales extremos estaba a punto de abocarle su pasión? ¿Cuál era el especial significado de su pura sangre y su intachable estado orgánico? Ninguno de esos recelos, sin embargo, turbaron a Georgina más de un segundo, y encontró natural e inocente que los firmes dedos de su hermano le tomaran el pulso.

—Tienes algo de fiebre, Georgie —dijo con voz precisa y elaboradamente contenida, mientras miraba profesionalmente a sus ojos.

—No, tonterías, estoy bien —replicó ella— ¡Se podría creer que estás a la caza de pacientes con fiebre sólo para sacar a relucir tu descubrimiento! ¡Sería poético, no obstante, si hicieras tu prueba y demostración final curando a tu propia hermana!

Clarendon se sobresaltó violenta y culpablemente. ¿Había sospechado ella sus designios? ¿Había musitado algo él en voz alta? La escrutó, viendo que no tenía idea de la verdad. Ella sonrió dulce y distraídamente. Enseguida, él tomó un pequeño estuche de cuero ovalado de su bolsillo, y sacando una jeringuilla dorada, comenzó a manipularlo pensativamente, pulsando especulativamente, adelante y atrás, el émbolo por el vacío cilindro.

—Me pregunto —comenzó con suave énfasis— si estarías realmente dispuesta a ayudar a la ciencia en... algo así... ¿si hubiera necesidad? ¿Tendrías la devoción de ofrecerte para la causa de la medicina, como la hija de Jefe, si supieras que significa la absoluta perfección y culminación de mi trabajo?

Georgina, captando un extraordinario e inconfundible fulgor en los ojos de su hermano, supo por fin que sus peores miedos eran ciertos. No había

nada que hacer excepto aguardar los azares de la fortuna y rogar por que Margarita hubiera encontrado a James Dalton en su club.

—Pareces cansado, querido Al —dijo amablemente—. ¿Por qué no tomas un poco de morfina y duermes un poco del sueño que tanto necesitas?

Él replicó con una especie de astuta habilidad.

—Sí, tienes razón. Estoy agotado, y tú también. Ambos necesitamos un buen sueño. Morfina es lo apropiado... espera, llenaré la jeringa y tomaremos los dos una dosis apropiada.

Jugueteando todavía con la jeringuilla vacía, salió suavemente de la habitación. Georgina miró a su alrededor con la desventura de la desesperación, los oídos alertas ante cualquier signo de posible ayuda. Pensó escuchar a Margarita en la cocina del sótano y se levantó para tocar la campanilla, en un intento de conocer el destino de su mensaje. La vieja sirvienta respondió enseguida a su llamada y contestó que había entregado el mensaje en el club hacía horas. El gobernador Dalton estaba fuera, pero el oficinista había prometido entregar la nota en el mismo momento de su llegada.

Margarita renqueó escaleras abajo, y Clarendon aún no regresaba. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué maquinaba? Había escuchado el portazo de la puerta exterior, por eso sabía que debía estar en la clínica. ¿Había olvidado su primera intención con la errática mente de la locura? La incertidumbre crecía casi intolerablemente, y Georgina tuvo que mantener apretados los dientes para evitar gritar.

Fue la campanilla de la puerta, sonando simultáneamente en la clínica y la casa, lo que acabó quebrando la tensión. Escuchó los pasos felinos de Surama en el paseo mientras dejaba la clínica para responder, y entonces, con un suspiro casi histérico de alivio, escuchó la entonación firme y familiar de Dalton discutiendo con el siniestro ayudante. Levantándose, corrió a su encuentro cuando él asomó por el umbral de la librería y durante un instante no se pronunciaron palabras, mientras él besaba su mano con su estilo galante de la vieja escuela. Luego, Georgina prorrumpió en un torrente de apresuradas explicaciones, contando cuanto había sucedido, lo visto y escuchado por casualidad, y todo cuanto había temido y sospechado.

Dalton escuchó grave y comprensivamente, la perplejidad del principio dando paso al asombro, la simpatía y la resolución. El mensaje, entregado a un ayudante descuidado, se había visto un poco demorado y había llegado a su destinatario en mitad de una acalorada discusión de salón sobre Clarendon. Uno de los socios, el doctor MacNeil, había mostrado una publicación médica

con un artículo bien calculado para molestar al científico, y Dalton acababa de pedirle el periódico para una futura consulta, cuando el mensaje le fue por fin entregado. Abandonando su plan, a medio formar, de confiarse al doctor MacNeil respecto a Alfred, reclamó sombrero y bastón, y, sin demorar un instante, tomó un coche hacia el hogar de los Clarendon.

Surama, pensó, pareció alarmado al reconocerle, aunque se había carcajeado en la forma habitual mientras se volvía a grandes zancadas hacia la clínica. Dalton siempre recordaría las zancadas y las risitas de Surama aquella noche ominosa, pues nunca volvería a ver a aquella criatura antinatural. Mientras el reidor entraba en el vestíbulo de la clínica, sus profundos y guturales gorgoteos parecieron mezclarse con un bajo retumbar del trueno en el lejano horizonte.

Cuando Dalton hubo escuchado cuanto Georgina tenía que decir y supo que Alfred debía volver en cualquier instante con una dosis hipodérmica de morfina, decidió que sería mejor hablar con el doctor a solas. Recomendando a Georgina retirarse a su habitación y aguardase acontecimientos, deambuló por la lúgubre biblioteca, indagando en los estantes y esperando escuchar las nerviosas pisadas de Clarendon en el camino exterior de la clínica. Las esquinas de la gran estancia estaban en penumbra a pesar de los candeleros, y cuanto más detenidamente observaba Dalton la selección de libros de su amigo, menos le gustaban. No era la habitual colección de un médico normal, biólogo y hombre de cultura general. Había muchos volúmenes sobre temas dudosos y esotéricos, oscuras especulaciones y rituales de la Edad Media, y misterios extraños y exóticos en alfabetos extranjeros, tanto conocidos como desconocidos.

El gran cuaderno de observaciones, sobre la mesa, era igualmente inquietante. La caligrafía tenía un rasgo neurótico, y la naturaleza de las entradas distaban de ser tranquilizadoras. Había largos fragmentos escritos en apretados caracteres griegos, y mientras Dalton recurría a su memoria lingüística para traducirlos tuvo un brusco sobresalto, deseando que su lucha colegial con Jenofonte y Homero hubiera sido más concienzuda. Había algo equivocado —algo odiosamente erróneo— allí, y el gobernador se arrellanó en la silla junto a la mesa mientras estudiaba más y más detenidamente el bárbaro griego del doctor. Enseguida, escuchó un sonido muy cerca y se sobresaltó nervioso cuando una mano se cerró sobre su hombro.

—¿Cuál es, si puedo preguntarlo, el motivo de esta intrusión? Podías haber despachado tu asunto con Surama.

Clarendon estaba parado, gélidamente, junto a la silla, con la jeringuilla dorada en la mano. Parecía calmado y racional, y Dalton temió por un instante que Georgina hubiera exagerado su estado. ¿Cómo, por otra parte, podía su enmohecida erudición estar absolutamente segura sobre aquellas anotaciones en griego? El gobernador decidió ser muy cuidadoso en su entrevista, agradeciendo la buena fortuna que había colocado un sustancioso pretexto en el bolsillo de su americana. Se mantuvo frío y firme cuando se levantó para responder.

—No creo que te importe remover ciertos asuntos delante de un subalterno, pero pienso que debes ver inmediatamente este artículo.

Extrajo la revista que le había dado el doctor MacNeil y se la tendió a Clarendon.

—En la página 542... puedes ver el encabezado: «La fiebre negra vencida mediante un nuevo suero». Es del doctor Miller de Filadelfia... y piensa haberte adelantado con su cura. Estaban discutiéndolo en el club, y MacNeil consideró su exposición muy convincente. Yo, como lego, no pretendo juzgar, pero pienso que no debes perder una oportunidad de conocer el asunto cuando aún está reciente. Si estás ocupado, bueno, no deseo molestarte...

Clarendon le cortó con aspereza.

—Voy a poner una inyección a mi hermana... no está demasiado bien... Pero cuando vuelva ya veré qué tiene que decir ese curandero. Conozco a Miller... es un ladrón y un incompetente... y no le creo con tantos sesos como para copiar mis métodos por lo poco que ha visto de ellos.

Una súbita inspiración advirtió a Dalton que Georgina no debía recibir esa inyección. Había algo siniestro en ello. Según había dicho, Alfred había pasado demasiado tiempo preparándola, demasiado para lo que se tarda en disolver una tableta de morfina. Decidió distraer a su huésped tanto como le fuera posible y comprobar sus intenciones de forma más o menos disimulada.

—Siento que Georgina no esté bien. ¿Estás seguro de que la inyección la hará bien? ¿No la dañará?

Clarendon se sobresaltó espasmódicamente, mostrando que había acertado.

—¿Dañarla? —gritó—. ¡No seas absurdo! Sabes que Georgina debe tener perfecta salud —la mejor, digo— para servir a la ciencia como un Clarendon debe servir. Ella, al menos, aprecia el hecho de ser mi hermana. Considera que ningún sacrificio es demasiado grande en mi servicio. Es una sacerdotisa de la verdad y el descubrimiento, como yo soy un sacerdote.

Se detuvo en su estridente perorata, con los ojos desorbitados y algo falto de aliento. Dalton pudo ver que su atención se había desviado momentáneamente.

—Pero déjame ver qué tiene que decir ese maldito charlatán —continuó—. Si piensa que su retórica pseudo-médica puede engañar a un doctor de verdad, ¡es incluso más tonto de lo que yo pensaba!

Clarendon encontró nerviosamente la página correcta y comenzó a leer mientras permanecía en pie, asiendo la jeringuilla. Dalton se preguntó acerca de cuáles serían los hechos reales. MacNeil le había asegurado que el autor era un patólogo del más alto nivel y que, a despecho de los errores que el artículo pudiera contener, la mente que había detrás era poderosa, erudita y absolutamente honorable y sincera.

Observando al doctor mientras leía, Dalton vio empalidecer progresivamente el rostro afilado y barbudo. Los grandes ojos centellearon, y las páginas crujieron bajo la presa de los largos y delgados dedos. El sudor brotó de la alta y marfileña frente, allí donde el pelo comenzaba a ralear, y el lector se derrumbó boqueando en la silla que su visitante había dejado vacante mientras él devoraba el texto. Entonces resonó un salvaje grito, como el de una bestia acosada, y Clarendon se derrumbó sobre la mesa con sus brazos tendidos barriendo libros y papeles, mientras su conciencia se oscurecía como la llama de una vela azotada por el viento.

Dalton, lanzándose a auxiliar a su abatido amigo, alzó el delgado cuerpo y lo recostó contra la silla. Viendo la jarra en el suelo, cerca del diván, vertió un poco de agua en la contorsionada faz, y fue recompensado con la lenta apertura de los grandes ojos. Eran ojos cuerdos ahora —profundos, tristes e inconfundiblemente cuerdos— y Dalton se sobrecogió ante la presencia de una tragedia cuyas últimas profundidades no deseaba, ni osaba, indagar.

La hipodérmica dorada permanecía en la delgada mano izquierda, y Clarendon, lanzando una honda y repentina inspiración, abrió los dedos y estudió el brillante objeto que centelleaba en la palma. Entonces habló lentamente... con la indescriptible tristeza de la absoluta y total desesperación.

—Gracias, Jimmy. Ya estoy bastante mejor. Pero hay mucho que hacer. Me has preguntado hace un momento si esta inyección de morfina dañaría a Georgie. Ahora puedo decirte que no.

Giró un pequeño tornillo de la jeringuilla y apoyó un dedo en el émbolo, al tiempo que pellizcaba la piel de su propio cuello. Dalton gritó alarmado

mientras un rápido movimiento de su mano derecha inyectaba el contenido del cilindro en la cresta de carne oprimida.

—Buen Dios, Al, ¿qué has hecho?

Clarendon sonrió amablemente... una sonrisa que denotaba paz y resignación, totalmente diferente de la sardónica mueca de pasadas semanas.

—Debes saberlo, Jimmy, si aún conservas el buen juicio que te hizo gobernador. Debes haber visto lo suficiente de mis notas para saber que no hay nada que hacer. Con tus notas en griego, cuando estábamos en Columbia, supongo que no te habrás perdido mucho. Todo cuanto puedo decir es que es la verdad.

»James, no quiero exculparme, pero la verdad es que fue Surama quien me metió en esto. No puedo decirte quién o qué es, porque ni yo mismo estoy completamente seguro, y lo que sé es algo que nadie cuerdo debe conocer; sin embargo, puedo decirte que no lo considero un ser humano en el pleno sentido de la palabra, y que no estoy seguro de si está vivo tal como nosotros entendemos esa palabra.

»Crees que estoy desvariando. Quisiera que fuera así, pero todo este espantoso asunto es condenadamente real. Vine a la vida con una mente e ideas fijas. Buscaba liberar al mundo de la fiebre. Ensayé y fallé... y, ante Dios, que deseo haber sido lo suficientemente honrado para reconocer que había de fracasar. No te dejes engañar por mi vieja palabrería sobre la ciencia, James... *¡no encontré ninguna antitoxina y nunca estuve siquiera cerca de conseguirlo!*

»¡No me mires como atontado, viejo camarada! Un político veterano como tú debe haber visto ya multitud de falsarios desenmascarados. Como te digo, nunca conseguí el principio de una cura para la fiebre. Pero mis estudios me habían llevado a sitios extraños, y fue entonces cuando mi condenada suerte me hizo escuchar las historias de gentes aún más extrañas. James, si aprecias alguna vez a alguien, dile que se aparte de los lugares antiguos y perdidos de la tierra. Los viejos remansos son peligrosos... allí hay asuntos que no reportan ningún bien a la salud de la gente. Hablé demasiado con ancianos sacerdotes y místicos, hasta concebir la esperanza de poder lograr mediante el camino oscuro lo que no pude por medios honestos.

»No te diré qué significa exactamente, pues si lo hiciera sería tan vil como los ancianos sacerdotes que causaron mi ruina. Todo cuanto necesito decir es que tras aprender me estremecí ante el pensamiento de lo que es el mundo y lo que lo habita. El mundo es condenadamente viejo, James, y órdenes enteros han vivido y muerto antes del alba de nuestra vida orgánica y las eras

geológicas conectadas con ella. Es un pensamiento temible: ciclos completos de evolución perdidos con seres, razas, sabiduría y enfermedades, desarrollados e idos antes de que la primera ameba se agitara en los mares tropicales de los que nos habla la geología.

»He dicho idos, aunque no es del todo correcto. Hubiera sido mejor así, pero no lo fue del todo. En ciertos lugares, las tradiciones se han conservado —no puedo decirte cómo— y ciertas formas de vida arcaicas se las han arreglado para perdurar a los eones en lugares ocultos. Había cultos, sabes... grupos de sacerdotes malvados en tierras ahora sumidas bajo el mar. La Atlántida fue el semillero. Era un sitio terrible. Si el cielo es misericordioso, nadie sacará ese horror de las profundidades.

»Había una colonia, empero, que no se sumergió, y cuando alguien gana la confianza de uno de los sacerdotes tuaregs de África, puede contarte historias acerca de ello... relatos emparentados con los susurros que puedes escuchar entre los lamas enloquecidos y los escurridizos conductores de yacs en las secretas mesetas de Asia. Yo había oído todos los cuentos vulgares y los rumores, cuando topé con el más grande. Qué era, nunca debes saberlo... pues concierne a alguien y a algo que había caído desde una obscena antigüedad y podía ser revivido de nuevo —o parecer vivo de nuevo— mediante ciertos procesos que no eran demasiado claros para quien me los confió.

»Ahora, James, a pesar de mi confesión sobre la fiebre, sabes que no soy mal médico. Me afané duro con la medicina, y aprendí tanto como el que más... puede que un poco más porque, allá abajo, en el país de Hoggar, hice algo que ningún sacerdote había sido capaz. Me guiaron con los ojos vendados hasta un lugar que había estado sellado durante generaciones... y regresé con Surama.

»¡Tranquilo, James! Sé lo que quieres decirme. ¿Cómo sabe todo lo que sabe? ¿Por qué habla inglés, o cualquier otro idioma, sin acento?... ¿Por qué me acompañó?... y todo eso. No puedo explicártelo todo, pero sí puedo decirte que recibe ideas, imágenes e impresiones de algo aparte de su cerebro y sentidos. Tenía una utilidad para mí y mi ciencia. Me contó cosas y abrió mis perspectivas. Me enseñó a adorar a los antiguos, primordiales y hoscos dioses, y trazó un camino con un terrible destino que no me atrevo a insinuarte. No me obligues, James... ¡Es por el bien de tu cordura y de la del mundo!

»La criatura está más allá de todas las ataduras. Está en comunión con las estrellas y todas las fuerzas de la Naturaleza. No creas que sigo loco, James...

¡Te juro que no es así! He vislumbrado demasiado para dudar. Me dio nuevos placeres que eran formas de adoración paleogénicas, y el mayor de ellos fue la fiebre negra.

»¡Dios, James. ¿No acabas de comprender el asunto? ¿Sigues pensando que la fiebre negra procede del Tíbet y que aprendí sobre ella allí? ¡Usa el cerebro, hombre! ¡Mira este artículo de Miller! Ha encontrado una antitoxina básica que terminará con la fiebre en los próximos cincuenta años, cuando otros hombres aprendan cómo modificarla en formas diferentes. Ha abierto el suelo de mi juventud bajo mis pies —haciendo lo que yo había empeñado mi vida en hacer— quitando el viento a las velas de todos cuantos sueños concibiera en alas de la brisa de la ciencia. ¿Te asombras de que este artículo sea un golpe? ¿Te asombras de que me arranque de mi locura, haciéndome retornar a los viejos sueños de mi juventud? ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Pero no demasiado tarde para salvar a otros!

»Supongo que estoy divagando un poco, viejo amigo. Sabes... la hipodérmica. Te he preguntado cómo no te habías percatado de lo tocante a la fiebre negra. ¿Pero cómo podrías? ¿No afirma Miller haber curado siete casos con su suero? Un caso de diagnóstico, James. Tan sólo cree que es fiebre negra. Pero puedo leer entre líneas. Aquí, compadre, en la página 551, está la clave de todo el asunto. Vuelve a leerlo.

»¿No lo ves? Los casos febriles *de la Costa del Pacífico* no responden a este suero. Esto le intrigó. No se parecen en nada a cualquier fiebre verdadera que él conozca. ¡Claro, eran *mis* casos! ¡Esos eran los *verdaderos* casos de fiebre negra! ¡Y nunca habrá en la tierra una antitoxina que cure la fiebre negra!

»¿Cómo lo sé? ¡*Porque la fiebre negra no es de este mundo! Es de algún otro sitio*, James... y sólo Surama sabe de dónde, porque él la trajo aquí. ¡*Él la trajo y la propagó!* ¡Ése es el secreto, James! Por eso es por lo que quería el cargo... ¡*Esto es todo lo que hice... difundir la fiebre que llevaba en esta jeringuilla dorada y en el mortífero bombín que ves en mi dedo derecho!* ¿Ciencia? ¡Un pretexto. ¡Quería matar, matar y matar! Una simple presión de mi dedo e inoculaba la fiebre negra. Buscaba ver a los seres vivos debatirse y retorcerse, gritar y babear. Una simple presión del émbolo y podía verlos agonizar, y no podía vivir o pensar hasta que había observado plenamente. Por eso es por lo que pinchaba, a todo cuanto veía, con esta maldita aguja hueca. Animales, criminales, niños, criados... y la siguiente hubiera sido...

La voz de Clarendon se quebró, y él se hundió perceptiblemente en la silla.



—Eso... eso, James... era... mi vida. Fue Surama... él me enseñó y me guió hasta que no pude parar. Entonces... esto llegó demasiado lejos *aun para él*. Trató de pararme. Qué ironía... ¡él tratando de parar a alguien en ese sentido! Pero ya tengo mi último espécimen. Ésta es mi última prueba. Buen sujeto, James... soy saludable... diabólicamente saludable. Maldita ironía, aunque... la locura ha desaparecido. ¡Ya no habrá diversión en contemplar la agonía! No puede ser... no puede...

Un violento acceso de fiebre estremeció al médico, y Dalton se lamentó, en medio de su horror y estupefacción, por no poder remediarlo. Cuánto de la historia de Alfred eran meras insensateces y cuánto verdades de pesadilla, era algo que no podía saber; pero en cualquier caso, sentía que el hombre era una víctima antes que un criminal y, sobre todo, un amigo de la infancia y el hermano de Georgina. Retazos de los viejos días retornaron caleidoscópicamente. «El pequeño Alf», el patio del Phillips Exeter, el patio de Columbia, la pelea con Tom Cortland, cuando salvó a Alf de una paliza...

Tendió a Clarendon sobre el diván, preguntándole amablemente qué debía hacer. Alfred sólo pudo susurrar, rogando perdón por todas las ofensas, y encomendando su hermana al cuidado de su amigo.

—Tú... tú la... harás feliz —boqueó—. Se lo merece. ¡Mártir... de... un mito! Hazlo por ella, James. ¡No... dejes... que sepa... más de lo que sabe!

Su voz descendió a un murmullo y cayó en el estupor. Dalton tocó la campanilla, pero Margarita se había acostado, entonces fue escaleras arriba en busca de Georgina. Ella llegó con paso firme, pero muy pálida. El grito de Alfred la había angustiado, pero confiaba en James. Todavía confiaba en él cuando le mostró el cuerpo inconsciente sobre el diván y le rogó que volviera a su alcoba y permaneciera allí, a despecho de cuanto pudiera oír. Él no le deseaba la puntilla del espantoso espectáculo de delirio que estaba cierto de llegar, pero consintió que besara a su hermano como despedida final, mientras él yacía calmo y silencioso, muy similar al chico delicado que una vez fuera. Así lo dejó ella —el extraño, lunático genio lector de estrellas que ella había amparado durante tanto tiempo— y el retrato que se llevaba era de sumamente caritativo.

Dalton se llevaría a la tumba un retrato más severo. Sus temores sobre el delirio no eran infundados, y durante todas las negras horas de la medianoche su fuerza de gigante contuvo las frenéticas contorsiones del enloquecido enfermo. Cuanto escuchó de aquellos hinchados y ennegrecidos labios nunca lo repitió. Jamás fue él mismo desde entonces, sabedor que nadie que escuche tales cosas puede ser del todo el de antes. Por eso, por el bien del mundo, se

impuso el silencio y dio gracias a Dios porque su ignorancia de profano sobre ciertos asuntos convirtieron muchas de las revelaciones en crípticas y sin sentido.

Cerca del amanecer, Clarendon retornó súbitamente a la normalidad y comenzó a hablar con voz firme.

—James, no te dije lo que debías hacer... con todo. Borra las anotaciones en griego y envía mi cuaderno al doctor Miller. Haz lo mismo con todas las notas que encuentres en los archivos. Él es la máxima autoridad... ese artículo lo prueba. Tu amigo del club estaba en lo cierto.

»Pero, cuanto hay en la clínica debe desaparecer. *Todo sin excepción, vivo o muerto o... de otra manera.* Todos los males del infierno están en las botellas de los estantes. Quémalas... quémalo todo... si algo escapa, Surama extenderá la muerte negra sobre todo el mundo. *¡Y sobre todo, quema a Surama!*... Esa... esa cosa... no debe respirar el mismo aire celestial. Ahora sabes... te lo he dicho... sabes por qué esa clase de ente no debe permitirse sobre la tierra. No puede ser muerto... Surama no es humano... si eres tan piadoso como solías ser, no tendré que instarte más. Recuerda el viejo texto... “No permitirás que una bruja viva”... o algo por el estilo.

»*¡Quémalo, Jim! ¡No consientas que vuelva a reírse de la tortura de la carne mortal! Te lo digo, ¡Quémalo!*... la Némesis de Llamas... es lo único que puede dañarlo, James, a no ser que puedas cogerlo dormido y clavar una estaca en su corazón... *Mátalo, extírpalo, limpia el universo decente de su corrupción primordial... la corrupción que invoqué desde su sueño inmemorial...*

El doctor se había alzado sobre sus codos, y su voz fue, al final, un grito agudo. El esfuerzo había sido demasiado, sin embargo, y se sumió bruscamente en un coma tranquilo y profundo. Dalton, descuidado de la fiebre desde que supo que el germen no era contagioso, acomodó los brazos y piernas de Alfred sobre el diván, arrojando la frágil forma con un ligero lienzo. Después de todo, ¿no sería este horror, en gran parte, fruto de la exageración y el delirio? ¿No podría el viejo doctor MacNeil ayudarle en este trance? El gobernador luchó por mantenerse despierto, paseando vivamente arriba y abajo por la estancia, pero sus energías estaban demasiado agotadas para tales actos. No pudo resistirse a un instante de descanso en la silla junto a la mesa y se quedó profundamente dormido, a pesar de sus buenas intenciones.

Dalton despertó sobresaltado cuando una luz impetuosa relumbró ante sus ojos, y durante un instante pensó que el alba había llegado. Pero no era el

amanecer, y mientras se frotaba los pesados párpados vio que era el resplandor de la incendiada clínica en el patio, cuyas sólidas planchas ardían y rugían y lanzaban chispas hacia el cielo en el más espantoso holocausto que jamás concibiera. Era realmente la «Némesis de Llamas» que Clarendon había deseado, y Dalton sintió que algún extraño combustible debía estar implicado, provocando llamas mucho más vivas de lo que cualquier pino o secuoya pudiera aportar. Observó alarmado el diván, pero Alfred no estaba allí. Alzándose, corrió a llamar a Georgina, pero la encontró en el vestíbulo, levantada por la montaña de fuego viviente.

—¡La clínica está ardiendo! —gritó ella—. ¿Cómo está Alf?

—Ha desaparecido... desapareció cuando me dormí —repuso Dalton, tendiendo un firme brazo para sostener a la figura que había comenzado a tambalearse medio inconsciente.

Gentilmente, la llevó escaleras arriba hacia su alcoba, prometiéndole buscar inmediatamente a Alfred, pero Georgina sacudió lentamente la cabeza mientras las llamas exteriores lanzaban fulgores salvajes por la ventana en el campo.

—Debe estar muerto, James... no podría vivir cuerdo, y sabiendo lo que hizo. Le escuché discutiendo con Surama, y supe que iban a ocurrir cosas espantosas. Es mi hermano pero... es mejor así.

Su voz había descendido hasta un susurro.

Repentinamente, a través de la ventana abierta, llegó el sonido de una risilla profunda y odiosa, y las llamas de la incendiada clínica tomaron nuevas formas hasta que se asemejaron a indescriptibles, ciclópeas criaturas de pesadilla. James y Georgina se detuvieron expectantes y observaron, conteniendo la respiración, a través de la ventana. Entonces, del cielo llegó un repique atronador, mientras un relámpago bifurcado y deslumbrante golpeaba con terrible puntería en el mismo centro de las ardientes ruinas. La profunda risita cesó, y en su lugar se alzó un Frenético gañido ululante, como el de un millar de vampiros y licántropos atormentados. Desapareció con largos y reverberantes ecos, y lentamente las llamas tomaron su apariencia habitual.

Los observadores no se movieron, aguardando hasta que la columna de fuego se transformó en rescoldos. Se alegraron de que la distancia hubiera retrasado a los bomberos y de que el muro hubiera contenido a los curiosos. Lo que había sucedido no era para ojos vulgares; implicaba demasiados secretos del universo oculto para eso.

En el pálido amanecer, James habló suavemente a Georgina, que no pudo por menos que reclinar su cabeza en su pecho y sollozar.

—Corazón, ya ha expiado su crimen. Debió iniciar el fuego, tú lo sabes, mientras yo estaba dormido. Me dijo que todo debía arder... la clínica y todo lo que había en ella, incluso Surama. Era la única forma de salvar al mundo de los horrores desconocidos que había desencadenado sobre ella. Él lo sabía, e hizo lo que debía.

»Fue un gran hombre, Georgie. No debemos olvidar eso. Debemos siempre estar orgullosos de él, pues empezó todo tratando de ayudar a la humanidad, y fue titánico aun en sus pecados. Ya te lo contaré en otra ocasión. Lo que hizo, fuera bueno o malvado, es algo nunca antes visto. Fue el primero y el último en traspasar ciertos velos, e incluso Apolonio de Tiana cede su sitio ante él. Pero no debemos hablar sobre eso. Debemos recordarle como el pequeño Alf que conocimos... el chico que buscaba controlar la medicina y domeñar la fiebre.

Durante la tarde, los últimos bomberos inspeccionaron las ruinas, encontrando dos esqueletos con restos de carne ennegrecida adherida a ellos... sólo dos, gracias a los intactos pozos de cal. Uno era un hombre, el otro es aún sujeto de debate entre los biólogos de la costa. No es exactamente el esqueleto de un mono o un reptil, pero hay perturbadoras sugerencias de líneas evolutivas sobre las que los paleontólogos carecen de pistas. El chamuscado cráneo, aunque sumamente extraño, era muy humano, y a la gente le recordaba a Surama; pero el resto de los huesos estaban más allá de conjeturas. Sólo ropajes bien cortados podían haber hecho pasar aquel cuerpo por el de un hombre.

Pero los huesos humanos pertenecían a Clarendon. Nadie discutía esto, y el mundo entero lamenta la muerte a destiempo del mayor médico de su momento: el bacteriólogo cuyo suero antifebril universal podría haber eclipsado la antitoxina del doctor Miller, de haber vivido bastante para perfeccionarla. Muchos de los posteriores éxitos de Miller, inclusive, son atribuibles a las notas legadas por la desventurada víctima de las llamas. De las viejas rivalidades y rencores casi nada pervive, e incluso el doctor Wilfred Jones es conocido por jactarse de su asociación con su difunto jefe.

James Dalton y su esposa Georgina siempre han mantenido reticencias que pueden atribuirse a la modestia y el luto familiar. Publicaron algunas notas como tributo a la memoria del gran hombre, pero nunca han confirmado o desmentido los rumores populares o las insinuaciones sobre portentos que unos poco pensadores han podido susurrar. Dalton, probablemente, dio al doctor MacNeil atisbos de la verdad, y esa noble alma carece de secretos para su hijo.

Los Dalton han llevado, en general, una vida feliz, puesto que aquella nube de terror yace lejos, en el pasado, y un fuerte amor mutuo ha guardado fresco el mundo para ellos. Pero existen cosas que los perturban ocasionalmente... pequeñeces, sobre las que nadie acierta a explicarse. No pueden aguantar a las personas enjutas o con voz de bajo más allá de ciertos límites, y Georgina empalidece al escuchar el sonido de una risita gutural. El senador Dalton tiene un horror completo por el ocultismo, los viajes, las hipodérmicas y los alfabetos extraños que es difícil de conjugar, y todavía hay quien le culpa por la destrucción sistemática de la mayor parte de la librería del doctor.

MacNeil, empero, parece hacerse cargo. Era un hombre sencillo, y musitó una plegaria cuando el último de los extraños libros de Alfred Clarendon se convirtió en cenizas. Nadie que hubiera atisbado el contenido de tales libros hubiera deseado que callara tal plegaria.

## EL VERDUGO ELÉCTRICO<sup>[12]</sup>

**P**ARA ser alguien que jamás se ha visto amenazado por una ejecución legal, siento un horror bastante extraño hacia la silla eléctrica. De hecho, pienso que el tema me estremece más que a muchos de quienes han tenido que afrontar tal prueba. La razón está en que lo asocio con un incidente ocurrido hace cuarenta años... un suceso muy extraño me colocó al borde de desconocidos abismos negros.

En 1889 era auditor e investigador para la Tlaxcala Mining Company de San Francisco, que gestionaba algunas pequeñas propiedades de plata y cobre en las montañas de San Mateo, en México. Había habido algún problema en la mina número 3, que tenía un hosco y escurridizo superintendente llamado Arthur Feldon, y el 6 de agosto la firma recibió un telegrama informando de que Feldon había desaparecido llevándose los registros de existencias y seguridad, así como la documentación interna, sumiendo toda la labor administrativa y financiera en la absoluta confusión.

Este suceso fue un duro golpe para la compañía, y a última hora de la tarde el presidente McComb me llamó a su oficina, ordenándome que recuperara los documentos a toda costa. Esto tenía, él lo sabía, grandes dificultades. Yo nunca había visto a Feldon, y sólo disponía de una borrosa fotografía para identificarlo. Además, mi boda estaba fijada para el jueves de la siguiente semana —a tan sólo nueve días—, por lo que yo, naturalmente, me sentía poco dispuesto a lanzarme a una caza del hombre, de duración indefinida, en México. El apuro, no obstante, era tan grande que McComb se sintió justificado para encomendarme tal misión, y yo, por mi parte, decidí que aceptar tal misión merecía la pena, en vista de los beneficios que reportaría a mi posición en la compañía.

Estaba listo para partir esa misma noche, utilizando el coche privado del presidente para llegar a Ciudad de México, tras lo que tendría que tomar un ferrocarril de vía estrecha hasta las minas. Al llegar, Jackson, el superintendente de la número 3, podría darme detalles y posibles pistas, y

entonces comenzaría en serio la persecución... a través de montañas, hacia la costa o entre los callejones de Ciudad de México, según lo requiriera el caso. Partí con la hosca determinación de resolver el asunto —y todas sus implicaciones— tan rápido como fuera posible, suavizando mi enojo con escenas sobre un próximo regreso con papeles y culpable, y sobre un recibimiento que sería casi una ceremonia triunfal.

Habiendo avisado a mi familia, novia y principales amigos, y tras unos precipitados preparativos para el viaje, me reuní con el presidente McComb a las ocho de la tarde en la estación de la Southern Pacific, recibiendo de él algunas instrucciones escritas y un talonario de cheques; partí en su vagón, que había sido enganchado al tren transcontinental del este de las ocho y quince. El viaje consiguiente parecía destinado a la irrelevancia, y tras una buena noche de sueño permanecí en el interior del vagón privado que tan generosamente me habían asignado, leyendo cuidadosamente los informes y esbozando planes para la captura de Feldon y la recuperación de los documentos. Conocía bastante bien el estado de Tlaxcala —probablemente mejor que el fugitivo—, lo que me daba cierta ventaja en la búsqueda, si éste no había utilizado el ferrocarril.

Según los informes, Feldon había estado bajo la vigilancia del superintendente Jackson durante cierto tiempo, ya que actuaba secretamente, trabajando por su cuenta en los laboratorios de la compañía a horas intempestivas. Había sospechas fundadas de su complicidad con un capataz mexicano y algunos peones en desvíos de mineral. Pero aunque los indígenas habían sido despedidos, no había pruebas suficientes para hacer lo mismo con él, a ojos de su atento superior. En efecto, a pesar de su secretismo, parecía haber más desafío que culpa en el comportamiento del hombre. Era altanero y hablaba como si la compañía estuviera a su servicio en vez de ser al contrario. La abierta vigilancia de sus colegas, escribía Jackson, parecía enojarle cada vez más, hasta que acabó marchándose con algo de importancia de la oficina. Sobre su posible paradero, nada podía especularse, aunque el telegrama final de Jackson sugería las salvajes laderas de la sierra de Malinche, esas altas y míticas cumbres con forma de cadáver tendido, de cuyas vecindades los nativos sospechosos de robo afirmaban provenir.

En El Paso, adonde llegué a las dos de la madrugada de la noche siguiente, desconectaron mi vagón privado del transcontinental para unirlo a una máquina, especialmente encargada por telegrama, que me llevaría al sur de Ciudad de México. Continué dormitando hasta el amanecer, y el nuevo día nos sorprendió en los llanos y desiertos paisajes de Chihuahua. El personal

me había dicho que estaríamos en Ciudad de México el mediodía del viernes, pero pronto vi que los incontables retrasos consumían horas preciosas. Tuvimos retenciones en vía muerta a lo largo de toda la ruta de un carril y, cada dos por tres, recalentamientos u otras dificultades añadían nuevas complicaciones al horario previsto.

En Torreón, donde llegamos seis horas tarde, casi a las ocho en punto de la tarde del viernes —sus buenas doce horas de retraso—, el conductor convino en aumentar la velocidad, en un esfuerzo para recuperar tiempo. Mis nervios estaban de punta, y no hacía otra cosa que recorrer el vagón con desesperación. Por fin, descubrí que acelerar había supuesto un alto coste, ya que en media hora mi propio vagón mostraba síntomas de recalentamiento; por eso, tras una enloquecedora espera, el personal decidió que todos los equipos debían ser revisados y avanzamos a un cuarto de la velocidad hasta la próxima estación con suministros... la ciudad industrial de Querétaro. Esto supuso el último revés, y estuve a punto de llorar como un crío. De momento sólo podía agarrarme y empujar los brazos del sillón, como tratando de apresurar al tren hacia delante y sacarlo de su paso de tortuga.

Eran casi las diez de la noche cuando entramos en Querétaro, y pasé una hora terrible en el andén de la estación mientras mi vagón era llevado a vía muerta y revisado por una docena de mecánicos del lugar. Por fin, me comunicaron que el trabajo iba para largo, ya que el eje delantero necesitaba nuevas piezas que sólo podrían ser obtenidas en Ciudad de México. Verdaderamente todo parecía confabularse contra mí, y apreté los dientes al pensar en Feldon ganando progresivamente distancia —quizás hacia el apetecible refugio de Veracruz y embarcar o hacia Ciudad de México con sus facilidades de conseguir tren— mientras nuevos retrasos me mantenían atado e inerme. Por supuesto que Jackson había avisado a la policía de todas las ciudades vecinas, pero sabía con pesar cuál solía ser su efectividad.

Lo mejor que podía hacer, decidí enseguida, era abordar el expreso nocturno regular que iba a Ciudad de México por Aguas Calientes y que hacía una parada de cinco minutos en Querétaro. De cumplir su horario, estaría allí a la una de la madrugada, y yo podría llegar a Ciudad de México a las cinco en punto de la mañana del sábado. Allí donde adquirí el billete, supe que el vagón sería de compartimentos europeos, en lugar de los largos vagones americanos con filas de asientos dobles. Fueron muy usados en los primeros días del ferrocarril mexicano, siendo la construcción de las primeras líneas obra de compañías europeas, y en 1889 la Central Mexicana tenía aún en activo un pequeño número de ellos para trayectos cortos. Normalmente



prefiero los coches americanos, ya que odio tener gente enfrente, pero por esta vez me alegré de contar con vagones extranjeros. A esa hora de la noche tenía una buena oportunidad de encontrar un compartimento para mí solo, y en mi estado de cansancio y fatiga nerviosa me congratulaba de la oportunidad... tanto como de los confortables asientos de reposabrazos, reposacabezas y cómoda tapicería que ocupan toda la anchura del vehículo. Compré un billete de primera clase, sacando mi equipaje del apartado vagón privado, telegrafando, tanto al presidente McComb como a Jackson, cuanto había sucedido, y me senté en la estación para esperar el expreso nocturno tan pacientemente como mis tensos nervios me lo permitieron.

Por algún milagro, el tren sólo llegó con media hora de retraso, aunque, aun así, la solitaria vigilia en la estación había casi vencido mi resistencia. El revisor, indicándome un compartimento, me dijo que esperaba recuperar el retraso y llegar a tiempo a la capital; me retrepé confortablemente en el sillón que mira hacia adelante, esperando un tranquilo viaje de tres horas y media. La luz de la lámpara de aceite sobre mi cabeza era sumamente tenue, y me pregunté si podría descabezar el sueño, que tanto necesitaba, a pesar de mi ansiedad y tensión nerviosa. Parecía, mientras el tren arrancaba, que estaba solo, y me sentí agradecido de corazón por aquella circunstancia. Mis pensamientos iban hacia mi misión, y cabeceaba con el creciente ritmo del convoy, que iba ganando velocidad.

Entonces, bruscamente, me percaté de que no estaba solo después de todo. En la esquina diagonalmente opuesta a la mía, tan hundido en el asiento que su rostro era invisible, se sentaba un hombre de rústicas ropas e insólita envergadura, a quien la tenue luz no había revelado antes. Junto a él, en el asiento, había una gran maleta abollada y abultada que asía con fuerza, incluso durante el sueño, con una mano incongruentemente delicada. Mientras la máquina silbaba agudamente en cada curva o cruce, el durmiente pasó nerviosamente a una especie de duermevela; alzando la cabeza, mostró un rostro apuesto, barbudo y claramente anglosajón, de ojos oscuros y brillantes. Al percibir mi presencia, se espabiló por completo y me asombré ante la salvaje hostilidad de su mirada. Sin duda, pensé, le molestaba mi presencia cuando había esperado disponer de todo el compartimento, tal como a mí me disgustaba encontrar extrañas compañías en el vagón medio iluminado. Lo mejor que podíamos hacer, no obstante, era aceptar graciosamente la situación, y comencé a disculparme ante el hombre por mi intrusión. Parecía ser americano, y nos sentiríamos más cómodos tras unas pocas cortesías. Luego nos dejaríamos mutuamente en paz para el resto del viaje.

Para mi sorpresa, el extraño no respondió ni una palabra a mis cortesías. En vez de ello, siguió mirándome con fiereza y casi como calibrándome, y rechazó mi embarazado ofrecimiento de un cigarro con un nervioso ademán lateral de su mano libre. La otra estaba todavía tensamente aferrada a la gran maleta gastada, y su persona parecía irradiar alguna oscura malignidad. Tras un tiempo, volvió abruptamente el rostro hacia la ventana, aunque no había nada que ver en la densa oscuridad del exterior. Extrañamente, parecía mirar tan intensamente como si hubiera realmente algo que ver. Resolví dejarle con sus caprichos y meditaciones personales sin molestarle más; me recosté en mi asiento, bajé el ala de mi sombrero sobre el rostro y cerré los ojos en un esfuerzo por conciliar el sueño con el que medio había contado.

No podía haber dormitado mucho o muy profundamente cuando mis ojos se abrieron como respondiendo a algún estímulo exterior. Los cerré de nuevo deliberadamente y traté de echar una cabezada, aunque sin resultados. Una influencia intangible parecía obligarme a permanecer despierto; entonces, alzando la cabeza, observé el compartimento escasamente iluminado, buscando algo fuera de lo común. Todo parecía normal, hasta que reparé en que el desconocido del rincón opuesto estaba observándome con gran atención... atentamente, aunque sin nada de la afabilidad o fraternidad que implicaría un cambio de su anterior hosquedad. No intenté conversar en esta ocasión, sino que me removí en mi anterior postura de durmiente, medio cerrando los ojos como si dormitara una vez más, pero continué observándole con curiosidad por debajo del ala caída de mi sombrero.

Mientras el tren traqueteaba hacia delante cruzando la noche vi una sutil y gradual transformación en la expresión del atento individuo. Evidentemente satisfecho de verme dormido, permitió que su rostro reflejara un curioso cúmulo de emociones, cuya naturaleza parecía cualquier cosa excepto tranquilizadora. Odio, miedo, triunfo y fanatismo se reflejaron a la vez en las comisuras de sus labios y ojos, mientras su mirada se convertía en un resplandor de ferocidad y aidez verdaderamente alarmante. Súbitamente, supe que estaba ante un loco y de los peligrosos.

No pretenderé que estaba otra cosa que profunda y totalmente asustado ante el cariz que tomaban las cosas. Mi cuerpo se cubrió de sudor y hube de esforzarme en mantener mi actitud de relajación y sueño. La vida presentaba tantos atractivos justo entonces, que el pensamiento de medirme con un maniaco homicida —presumiblemente armado y desde luego fuerte en sumo grado— era algo terrible y desalentador. Mi desventaja en cualquier clase de lucha era abrumadora, puesto que el hombre era un verdadero gigante,

evidentemente en excelente forma, mientras que yo era más bien débil y estaba casi exhausto de ansiedad, falta de sueño y tensión nerviosa. Sin duda, era un mal trance, y me sentí cercano a una muerte horrible al reconocer la furia de la locura en los ojos del desconocido. Sucesos del pasado desfilaron por mi mente como si los viera... como cuando la vida entera de alguien que se ahoga vuelve a él en el último instante, según se dice.

Por supuesto, llevaba el revólver en el bolsillo de mi chaqueta, pero cualquier gesto para buscarlo y sacarlo sería instantáneamente advertido. Más aún, si pudiera hacerlo, ni decir tiene el efecto que haría en el maniaco. Aun si le disparara una o dos veces, le restarían fuerzas para quitarme el arma y hacer de mí cuanto quisiera y, de estar armado, podría disparar o apuñalar contra mí sin tratar de desarmarme. Uno puede reducir a un hombre cuerdo encañonándole con una pistola, pero la completa indiferencia de los dementes hacia las consecuencias de sus actos les provee de una fuerza y amenaza casi sobrehumana. Aun en aquellos días prefreudianos, yo tenía una clara idea, fruto del sentido común, sobre el peligroso poder de alguien que carece de las normales inhibiciones. Que el desconocido del rincón estuviera a punto de emprender alguna acción homicida, sus ojos ardientes y contorsionados músculos faciales no me permitían dudarle un instante.

Repentinamente, escuché su respiración convertirse en boqueos excitados, y vi su pecho hincharse con creciente agitación. El momento de la confrontación estaba próximo, y traté desesperadamente de idear la mejor manera de encararle. Sin interrumpir mi simulacro de sueño, comencé a deslizar mi mano derecha gradual y disimuladamente hacia el bolsillo de la pistola, observando atentamente al loco mientras lo hacía, para ver si detectaba algún movimiento. Desgraciadamente lo hizo... casi sin darme tiempo de registrar ese hecho en su expresión. Con un salto tan ágil y brusco que parecía casi increíble en un hombre de su tamaño, estuvo sobre mí antes de que supiera que pasaba; agachándose y \* retorciéndose como un ogro gigante de leyenda, me agarró con una poderosa mano mientras con la otra me registraba buscando el revólver. Sacándolo de mi bolsillo y poniéndolo en el suyo propio, me dejó libre a sabiendas de que su superioridad física me dejaba totalmente a su merced. Entonces se alzó en toda su estatura —su cabeza casi tocaba el techo del vagón—, escrutándome con ojos cuya furia se había tornado bruscamente en una mirada de despectiva piedad y cálculo espantoso.

No me moví, y, tras un instante, el hombre volvió a ocupar el asiento opuesto al mío; esbozando una horrible sonrisa, abrió su gran maleta abultada

y sacó un artefacto de aspecto peculiar: una especie de jaula de alambre semiflexible tramada como la máscara del *catcher* de béisbol, pero con una figura más parecida a la escafandra de un buzo. El final estaba conectado con un cordón cuyo otro extremo terminaba en la maleta. Acarició este aparato con evidente cariño, colocándolo en su regazo mientras me observaba de nuevo y se relamía los labios barbudos con un movimiento casi felino de su lengua. Entonces, por primera vez, habló... una profunda y madura voz suave y cultivada, en asombroso contraste con sus ropas de rústica factura y su aspecto desaliñado.

—Es usted afortunado, señor. Lo usaré el primero de todos. Entrará en la historia como el primer fruto de un señalado invento. Vastas consecuencias sociológicas... dejaré brillar mi luz, como en otros tiempos. Estoy radiando todo el tiempo, pero nadie lo sabe. Ahora usted lo sabrá. Inteligentes cobayas. Gatos y burros... trabajé incluso con un burro...

Se detuvo, mientras sus barbudas facciones experimentaban un convulsivo movimiento perfectamente sincronizado con un vigoroso giro de toda la cabeza. Era como si tratara de sacudirse de alguna traba intangible, ya que a los rictus siguió una expresión más clara y sutil que ocultaba la locura descarnada bajo un aspecto de suave compostura, tras la que la demencia brillaba sólo débilmente. Aprecié rápidamente la diferencia y tomé la palabra para ver si podía guiar sus pensamientos hacia cauces más inofensivos.

—Parece tener usted un instrumento extremadamente delicado, a mi entender. ¿Puede decirme cómo llegó a inventarlo?

Él cabeceó.

—Pura reflexión lógica, querido señor. Estudié las necesidades de la época y obré en consecuencia. Otros ingenios habrían hecho lo mismo de haber sido más poderosos —esto es, tan capaces de concentración sostenida— como el mío. Tenía la convicción... una valiosa fuerza de voluntad... eso es todo. Comprendí como nadie cuán imperativo era sacar a todo el mundo de la tierra antes de la vuelta de Quetzalcóatl, y comprendí también que debía ser hecho elegantemente. Odio la carnicería de cualquier clase, y la horca es bárbaramente cruda. Usted sabe que el pasado año los legisladores de Nueva York votaron la adopción de ejecución eléctrica para los condenados... pero todos los aparatos que se les ocurren son algo tan primitivo como el «Rocket» de Stephenson o la primera máquina eléctrica de Davenport.

Conozco un método mejor, y así se lo dije, pero no me prestaron ninguna atención. ¡Dios, que necios! Como si yo no supiera cuanto hay que saber

sobre hombres, muerte y electricidad... estudiante, hombre y niño... tecnólogo e ingeniero... soldado de fortuna...

Se hizo atrás estrechando los ojos.

—Estuve en el ejército de Maximiliano hace veintitantos años. Iban a hacerme noble. Entonces, esos malditos mugrosos<sup>[13]</sup> le mataron y tuve que volverme a casa. Después volví atrás y adelante, atrás y adelante. Vivo en Rochester. N. Y...

Sus ojos se ampliaron con astucia y se inclinó hacia delante tocando mi rodilla con los dedos de una mano paradójicamente delicada.

—Volví, como digo, y fui más allá que ninguno de ellos. Odio a los mugrosos pero amo a los mexicanos. ¿Una paradoja? Escuche, jovenzuelo... ¿piensa que México es verdaderamente español? ¡Dios, si conociera a las tribus que yo conozco! En las montañas... en las montañas... Anahuac... Tenochtitlan... las antiguas...

Su voz se convirtió en un aullido cantarín y melodioso.

—¡Iä! ¡Huitzilopotchli!... ¡Nahuatlacatl! Siete, siete, siete... Xochimilca, ¡Chalca, Tepaneca, Acolhua, Tlahuica, Tlascalteca, Azteca!... ¡Iä! ¡Iä! He estado en las Siete Cuevas de Chicomoztoc, ¡pero nunca nadie lo sabrá! Se lo digo *porque nunca podrá repetirlo*...

Se tranquilizó retomando el tono coloquial.

—Se sorprendería de saber lo que me han contado en las montañas. Huitzilopotchli está volviendo. Cualquier peón al sur de Ciudad de México puede decírselo. Pero no pienso hacer nada al respecto. Volví a casa, como le dije, una y otra vez, e iba a beneficiar a la sociedad con mi verdugo eléctrico, pero el maldito parlamento de Albany optó por otro método. ¡Una burla, señor, una burla! La silla del abuelo... sentado junto al hogar... Hawthorne...

El hombre se reía entre dientes en una morbosa parodia de buenas maneras.

—¡Caray! Señor, ¡me gustaría ser el primer hombre en sentarme en su maldita silla y sentir la corriente de sus dos pequeñas pilas de ácido! ¡No podría mover ni el anca de una rana! Y esperan matar criminales con eso... el mérito recompensado... ¡del todo! Pero entonces, jovenzuelo, vi la inutilidad... la ilógica sin sentido que tenía... el matar sólo unos pocos. Todos somos homicidas... se matan ideas... se roban inventos... robaron el mío observando y observando y observando...

El hombre se sofocó y se detuvo, y yo le hablé pausadamente.

—Estoy seguro de que su invento era mucho mejor, y probablemente terminarán adoptándolo.

Evidentemente, mi tacto no fue lo bastante grande, porque su respuesta mostraba renovada irritación.

—¿Está «seguro»? ¡Amable, tibia y conservadora aseveración! Malditos sean sus cuidados... *¡pero pronto lo conocerá!* ¡Vaya, maldito sea!, todo lo bueno que pueda haber alguna vez en esa silla eléctrica será porque me lo hayan robado. El espíritu de Nezahualpilli me habló en la montaña sagrada. Ellos observaban, observaban, observaban...

Se sofocó de nuevo, y entonces realizó otro de esos gestos en los que parecía sacudir cabeza y facciones al tiempo. Esto pareció calmarlo temporalmente.

—Lo que necesita mi invento es probarlo. Mire... aquí. La capucha de alambre o red de la cabeza es flexible y se coloca con facilidad. La pieza del cuello asegura sin ahogar. Los electrodos tocan la frente y la base del cerebelo... todo lo necesario. Detén la cabeza, ¿y qué sucede? Los imbéciles de Albany, con sus sillones de roble, piensan que deben hacer un artilugio de pies a cabeza. ¡Idiotas!... ¿no sabrán que no se necesita disparar a un hombre en el cuerpo tras romperle el cerebro? He visto hombres morir en batalla... lo sé muy bien. Y sus estúpidos circuitos de alto voltaje... dinamos... y todo eso. ¿Por qué no miran lo que he hecho con la batería? Nadie ha oído hablar de ello... nadie lo sabe... sólo yo conozco el secreto... es por eso que Quetzalcóatl, Huitzilopotchli y yo gobernaremos el mundo en solitario. Pero debo tener sujetos para el experimento... sujetos... *¿Sabe usted a quién he elegido como el primero?*

Traté de parecer divertido, tornando rápidamente en una amistosa seriedad, como calmante. Pensé rápido y las palabras adecuadas pudieron salvarme por el momento.

—Bueno, hay montones de sujetos apropiados entre los políticos de San Francisco, ¡de donde vengo! Necesitan su tratamiento. ¡Y yo estaré encantado de ayudarle a presentarlo! Pero, de veras, pienso que puedo ayudarle de verdad. Tengo cierta influencia en Sacramento, y si quiere volver a los Estados Unidos conmigo tras resolver mis negocios en México, veré que sea escuchado.

Respondió sobria y civilizadamente.

—No... no puedo retroceder. Juré no hacerlo cuando esos criminales de Albany se echaron sobre mi invento y enviaron espías para observarme y robármelo. Pero debo tener sujetos americanos. Esos mugrosos están malditos, y sería demasiado fácil, y los indios de pura cepa, los verdaderos hijos de la serpiente emplumada, son sagrados e inviolables excepto como

adecuadas víctimas del sacrificio... y aun en ese caso deben morir de acuerdo con la ceremonia. Debo obtener americanos sin necesidad de regresar... y el primer hombre que elija será notoriamente honrado. ¿Sabe quién es?

Gané tiempo desesperadamente.

—¡Oh! Si ése es todo el problema, ¡encontraré una docena de especímenes yanquis de primera clase tan pronto llegemos a Ciudad de México! Sé donde hay montones de mineros insignificantes a los que nadie echará de menos durante días...

Pero él me interrumpió bruscamente con un nuevo y súbito aire de autoridad que tenía un toque de dignidad real.

—Basta... ya hemos charlado bastante. Levántese y póngase derecho como los hombres. Usted es el sujeto elegido, y me agradecerá tal honor desde el otro mundo, como la víctima del sacrificio agradece al sacerdote por brindarle la gloria eterna. Un nuevo principio... ningún otro hombre vivo ha soñado una batería de esta clase, y puede que nunca se haga otra vez aunque pasen un millar de años. ¿Sabe usted que los átomos no son lo que parecen? ¡Estúpidos! ¡Dentro de un siglo algún necio conjeturará si yo iba a dejar vivir al mundo!

Mientras me levantaba a su orden, sacó unos treinta centímetros adicionales de cable de la maleta y se plantó a mi lado con el casco de alambre tendido hacia mí con ambas manos y una mirada de verdadera exaltación en su curtido y barbudo rostro. Durante un instante me pareció un radiante mistagogo o hierofante helénico.

—¡He aquí, oh Juventud... una libación! Vino del cosmos... néctar de los espacios estrellados... Linos... Iacchus... Ialmenos... Zagreus... Dioniso... Atis... Hilas... engendrado por Apolo y muerto por los sabuesos de Argos... progenie de Psamathë... niño del sol... ¡Evoë! ¡Evoë!

Estaba cantando de nuevo, y en este momento su mente parecía retroceder a las memorias clásicas de sus días de colegio. Desde mi postura erecta me percaté de la cercanía del cordón de emergencia y especulé si podría alcanzarlo mediante algún ademán de ostensible respuesta a su disposición ceremonial. Valía la pena intentarlo, y con un grito antifonal de «¡Evoë!» alcé mis manos hacia él en estilo ritual, esperando dar un tirón del cordón antes de que reparara en el acto. Pero fue inútil. Vio mi intención y movió una mano hacia el bolsillo derecho de su chaqueta, donde tenía mi revólver. No hubo necesidad de palabras y permanecimos un instante como figuras esculpidas. Luego, habló suavemente:

—¡Dése prisa!

De nuevo, mi cabeza acometía frenéticamente buscando caminos de salida. Las puertas, lo sabía, no están cerradas en los trenes mexicanos, pero mi acompañante me detendría fácilmente si trataba de abrir una y saltar. Además, la velocidad era tan grande que una acción en tal sentido sería tan fatal como el fracaso. Lo único factible era tratar de ganar tiempo. De las tres horas y media del viaje, había transcurrido ya bastante, y una vez llegáramos a Ciudad de México, los guardas y policía de la estación me brindarían inmediata protección.

Había, a mi parecer, dos diferentes argucias dilatorias. Si podía inducirle a posponer la introducción en la capucha, pensaba que se ganaría mucho tiempo. Por supuesto, no creía que el aparato fuera verdaderamente mortal, pero conocía bastante de los locos para comprender lo que sucedería si fracasaba el intento. A su demencia podría sumarse la enloquecida atribución del fallo a culpas mías, y el resultado sería un rojo caos de furia homicida. Por tanto, el experimento debía ser pospuesto tanto como fuera posible. Y aún había una segunda opción: si planeaba con inteligencia, podría idear explicaciones para el fallo que captarían su atención y le llevarían a búsquedas más o menos largas de acciones correctoras. Me pregunté cuán grande sería su credulidad y cómo podría preparar anticipadamente una profecía de fallo que me señalara como un profeta, un iniciado o incluso un dios. Sabía lo bastante sobre mitología mexicana como para que valiera la pena intentarlo, aunque podía procurar otras argucias dilatorias primero y dejar que la profecía llegara como una brusca revelación. ¿Me liberaría después de todo si le hacía creer que era un profeta o una divinidad? ¿Me presentaría como Quetzalcóatl o Huitzilopochtli? Cualquier cosa con tal de llegar hasta las cinco, hora en que debíamos llegar a Ciudad de México.

Pero mi primer «número» fue el manido truco de las últimas voluntades. Mientras el maniaco repetía sus apremios, le hable de mi familia y mi matrimonio ya fijado, rogándole que me permitiera dejar un mensaje y disposiciones sobre mi dinero y efectos. Si, dije, pudiera dejarme algún papel y encargarse de echar al correo lo que pudiera escribir, moriría en paz y buena disposición. Tras una reflexión, dio veredicto favorable y, rebuscando en su maleta, me tendió solemnemente un bloc, mientras me decidía a sentarme. Saqué un lápiz, rompiendo adrede la punta y provocando algún retraso mientras él buscaba uno de su propiedad. Tras entregármelo, tomó mi lápiz roto y procedió a afilarlo con un gran cuchillo de cachas de cuerno que llevaba al cinto, bajo la chaqueta.



Evidentemente, una segunda ruptura de lápiz me reportaría escasa utilidad.

Cuanto escribí, no creo poder recordarlo en este momento. Era un completo galimatías compuesto de recordados fragmentos literarios, elegidos al azar al no poder pensar nada que poner en su lugar. Hice mi caligrafía tan ilegible como pude sin destruir su naturaleza de escrito, porque sabía que le gustaría mirar el resultado antes de comenzar su experimento, y comprendía cómo podría reaccionar a la vista de un obvio sinsentido. La prueba era terrible, y yo maldecía a cada segundo la lentitud del tren. En el pasado había incluso silbado vivaces ritmos al compás del animado traqueteo de las ruedas en los raíles, pero ahora el *tempo* parecía lentificarse al de una marcha fúnebre... mi marcha fúnebre, reflexioné sombríamente.

Mi estratagema funcionó hasta que llené unas cuatro páginas de quince por veintidós, hasta que el demente sacó su reloj indicándome que tenía cinco minutos más. ¿Qué podía hacer ahora? Estaba pensando la forma de terminar aquel testamento cuando una nueva idea me alcanzó. Finalizando con una floritura y tendiéndole las hojas acabadas, que guardó descuidadamente en el bolsillo derecho de su chaqueta, le recordé mis influyentes amigos de Sacramento, quienes podían estar sumamente interesados en su invento.

—¿No debería darle una carta de presentación para ellos? —dije—. ¿No debiera hacer un esquema y una descripción de su verdugo para asegurarle una cordial recepción? Pueden hacerle famoso, sabe... y no tengo la menor duda de que adoptarán su método en el estado de California si llega a través de alguien como yo, a quien conocen y en quien confían.

Basaba mi táctica en la esperanza de que sus ínfulas de inventor defraudado le hicieran olvidar la faceta de religión azteca durante un rato. Cuando volviera de nuevo sobre eso, reflexioné, podría soltar lo de la «revelación» y la «profecía». El truco funcionó, ya que sus ojos fulguraron con ansiosa aprobación, aunque me dijo con brusquedad que me apresurara. Vacío aún más la maleta, sacando un ensamblaje de células de cristal y bobinas de aspecto extraño, a las que estaba unido el alambre del casco, y soltó un chorro de erráticos comentarios demasiado técnicos para seguirle, aunque aparentemente eran bastante plausibles y honestos. Simulé anotar lo que decía, preguntándome mientras tanto si el estrambótico aparato no sería después de todo una batería. ¿Podría darme una pequeña descarga cuando aplicara el artilugio? El hombre hablaba con tanta seguridad como si realmente fuera un verdadero electricista. La descripción de su invento le resultaba una tarea obviamente agradable, y vi que ya no estaba tan

impaciente como antes. El esperanzador gris del alba relumbró rojo en las ventanillas antes de que concluyera, y sentí que por fin mi oportunidad de escapar se estaba volviendo algo tangible.

Pero, también, él vio el amanecer y comenzó a mirar nuevamente de una forma salvaje. Sabía que el tren debía entrar en Ciudad de México a las cinco, y eso podía obligarle a una rápida actuación, de no ser que distrajera su juicio con nuevas argucias dilatorias. Mientras se alzaba con aspecto resuelto, colocando la batería en el asiento junto a la maleta abierta, le recordé que debía hacer el imprescindible boceto y le insté a colocar la pieza de la cabeza de forma que pudiera dibujarla junto con la batería. Aceptó y volvió a sentarse, con multitud de advertencias apremiantes. Tras otro instante, me detuve para pedirle alguna información, preguntándole cómo se situaba la víctima para la ejecución y cómo sus presumibles agitaciones eran contenidas.

—¡Toma! —replicó—, el criminal es inmovilizado contra un poste. No hay problema por mucho que agite la cabeza, ya que el casco queda ceñido y se aprieta aún más cuando se conecta la corriente. Giramos el dial gradualmente... puede verlo aquí, un tema cuidadosamente solucionado mediante un reóstato.

Una nueva forma de demora se me ocurrió mientras los campos cultivados y el creciente número de casas bajo la luz del amanecer me indicaba que por fin nos aproximábamos a la capital.

—Pero —dije—, debo dibujar el casco colocado sobre una cabeza humana tanto como junto a la batería. ¿No podría ponérselo un instante mientras le hago un boceto con él? Los periódicos tanto como los técnicos lo querrán, y son bastante pesados con los detalles.

Había, por fortuna, logrado un blanco mejor de lo planeado, porque, a mi mención de la prensa, los ojos del demente relampaguearon de nuevo.

—¿Los periódicos? Sí... malditos sean. ¡Puede hacer que hasta los periódicos me hagan caso! Se rieron de mí y no quisieron imprimir ni una palabra ¡Vamos, apresúrese! ¡No hay tiempo que perder!

Se encasquetó la pieza y observó con especial avidez el vuelo de mi lápiz. La malla de alambre le daba un aspecto cómico y grotesco, mientras se retrepaba estrujándose nerviosamente las manos.

—¡Ahora, malditos sean, imprimirán los dibujos! Revisaré su boceto por si hay algún error... debo asegurarme a cualquier precio. La policía acabará encontrándole a usted... ellos dirán cómo trabaja. Noticia de la Associated Press... respaldada por su carta... fama inmortal... ¡Vamos, rápido... rápido, maldita sea!

El tren traqueteaba por las maltratadas vías cercanas a la ciudad y nos balanceaba desconcertantemente de vez en cuando. Con tal excusa, me las ingení para volver a romper el lápiz, pero, por supuesto, el loco me tendió de nuevo el mío propio, que había afilado. Mi primera tanda de trucos se había desgastado y sentí que tendría que ponerme el casco en un instante. Estábamos aún a un buen cuarto de hora de la terminal y era el momento de distraer a mi acompañame hacia su faceta religiosa y lanzar la divina profecía.

Reuniendo los retazos de mitología nahuan-azteca, aparté bruscamente papel y lápiz, y comencé a entonar.

—¡Iä! ¡Iä! ¡Tloquenahuaque, Que Contienes Todo En Ti Mismo! ¡Tú, también, Ipalnemoan, Por Quien Existimos! ¡Escucho, escucho! ¡Veo, veo! ¡Águila portadora de serpientes, te saludo! ¡Un mensaje! ¡Un mensaje! ¡Huitzilopotchli, en mi alma resuena el trueno!

Al oír mis cánticos, el maniaco observó con incredulidad, a través de su extraña máscara, su agradable rostro mostrando una sorpresa y perplejidad que pronto se trocó en alarma. Su mente pareció quedar en blanco por un instante, antes de cuajar en otro modelo. Alzando sus manos, entonó como en un sueño.

—¡Mictlanteuctli, Gran Señor, un signo! ¡Un signo desde las profundidades de la cueva negra! ¡Iä! ¡Tonatiuh-Metzli! ¡Cthulhutl! ¡Ordenad y obedeceré!

En todo aquel galimatías de respuesta hubo una palabra que pulsó una recóndita cuerda de mi memoria. Extraña, porque no tiene lugar alguno en la mitología mexicana, aunque me ha sido confiada más de una vez en temerosos susurros por los peones de las minas de mi propia firma en Tlaxcala. Parecía ser parte de un ritual sumamente secreto y muy antiguo, porque eran respuestas murmuradas y características que había captado aquí y allá, y que eran desconocidas incluso por los eruditos académicos. Este demente debía haber gastado un tiempo considerable con los peones de las colinas y los indios, tal como había comentado; porque sin duda tal conocimiento oculto no podía proceder de algún simple libro divulgativo. Advirtiendo la importancia que él debía conceder a esa dudosa jerga esotérica, decidí golpear en su flanco más vulnerable y darle la incomprensible respuesta que utilizan los indígenas.

—¡Ya-R'lyeh! ¡Ya-R'lyeh! —prorrumpí—. ¡Cthulhutl fhtaghn! ¡Niguratl-Yig! ¡Yog-Sototl...

Pero nunca tuve oportunidad de acabar. Galvanizado hasta una epilepsia religiosa por aquella exacta respuesta que su subconsciente probablemente no

había esperado en realidad, el demente se postró de hinojos en el suelo, balanceando atrás y adelante su cabeza cubierta por el casco de alambre, una y otra vez, volviéndose a derecha e izquierda mientras lo hacía. Con cada giro sus reverencias se hacían más y más marcadas, y pude escuchar de los espumeantes labios el estribillo «matar, matar, matar», en un monótono rápidamente creciente. Se me ocurrió que había ido demasiado lejos y que mi respuesta había desencadenado una ascendente manía que podía llevarle al extremo del asesinato antes de que el tren alcanzara la estación.

Mientras el arco de las genuflexiones del loco aumentaba gradualmente, el cable que iba de su cabeza a la batería se tensaba, naturalmente, más y más. Ahora, en el embriagado delirio de éxtasis, comenzó a magnificar sus giros a círculos completos, hasta que el cable rodeó su garganta y comenzó a tirar de su asidero de la batería sobre el asiento. Me pregunté qué haría cuando sucediera lo inevitable y la batería fuera arrastrada a una presumible destrucción contra el suelo.

Entonces ocurrió el repentino cataclismo. La batería, llevada hasta el borde del asiento por un último gesto de orgiástico frenesí del maniaco, terminó cayendo; pero no pareció haberse roto por completo. De hecho, mientras mi mirada captaba el espectáculo en un fugaz instante, el impacto incidió sobre el reóstato, poniendo instantáneamente el dial a plena potencia. Y el maravilloso artefacto *tenía* corriente. El invento no era un espejismo de la locura.

Vi una cegadora y fulgurante aurora azul, escuché un aullido más espantoso que cualquiera de los anteriores gritos de aquel loco y horrible viaje, y oí el hedor nauseabundo de la carne quemada. Esto fue todo cuanto mi desquiciada consciencia pudo captar, y caí instantáneamente en la inconsciencia.

Cuando un guardia ferroviario de Ciudad de México me reanimó, descubrí una multitud en el andén, alrededor de mi compartimiento. Ante mi grito involuntario, los rostros expectantes se volvieron curiosos y vacilantes, y me alegré cuando el guardia los expulsó a todos excepto al doctor que se abrió camino hasta mí. Mi grito era algo natural, puesto que había sido causado por algo más que el terrible y esperado espectáculo sobre el suelo del vagón. O debiera decir, por algo *menos*, ya que, verdaderamente, no había nada en el suelo.

No, dijo el guarda, así estaba cuando abrió la puerta y me encontró inconsciente en el interior. Mi billete era el único vendido para ese compartimiento, y yo era la única persona hallada en su interior. A mi lado

estaba mi maleta, nada más. Había estado solo todo el camino desde Querétaro. Guardia, doctor y espectadores por igual, se tocaron la sien significativamente ante mis insistentes preguntas.

¿Fue todo un sueño, o estaba de verdad loco? Recordé mi ansiedad y mis crispados nervios, y me estremecí. Dando las gracias al guardia y al doctor, y abriéndome paso entre la muchedumbre curiosa, me introduje en un coche que me llevó a la Fonda Nacional, donde, tras telegrafiar a Jackson a la mina, dormí hasta el atardecer en un esfuerzo por recobrarne. Me desperté a la una en punto, a tiempo para tomar el tren de vía estrecha a la zona de la mina; pero, al levantarme, encontré un telegrama bajo la puerta. Era de Jackson, diciendo que Feldon había sido encontrado muerto en las montañas aquella mañana y que la noticia había llegado a la mina sobre las diez en punto. La documentación estaba íntegramente a salvo, y la oficina de San Francisco había sido puntualmente identificada. Así pues, todo el viaje, con su premura nerviosa y su ordalía enloquecedora, ¡había sido para nada!

Sabiendo que McComb desearía un informe personal a pesar del transcurso de los sucesos, envié otro cable y acabé tomando el ferrocarril de vía estrecha. Cuatro horas más tarde estaba, estremecido y sacudido, en la mina número 3, donde Jackson aguardaba para darme una cordial bienvenida. Estaba tan inmerso en el trabajo de la mina que no se percató de mi mudo temblor y desarrapada apariencia.

La historia del superintendente fue sumaria, y me la contó mientras me guiaba hacia la choza de la ladera de la colina, sobre el *arrastre*, donde yacía el cuerpo de Feldon. Feldon, me dijo, había tenido siempre un carácter extraño y solitario, incluso cuando fuera contratado el año anterior; trabajando en algún secreto ingenio mecánico y temiendo el constante espionaje, y siendo desazonadoramente familiar con los trabajadores indígenas. Pero conocía bien su trabajo, el país y la gente. Solía realizar largos viajes a las colinas donde vivían los peones y aun tomar parte en sus antiguas y estremecedoras ceremonias. Insinuaba extraños secretos y extraños poderes tan a menudo como alardeaba de su habilidad mecánica. Más tarde se había hundido rápidamente, volviéndose morbosamente suspicaz respecto de sus colegas e, indudablemente, uniéndose a sus amigos indígenas en el robo de mineral cuando sus fondos escasearon. Necesitaba desorbitadas sumas de dinero para esto y lo otro... recibiendo siempre cajas de laboratorios y talleres en Ciudad de México o los Estados Unidos.

Respecto a la fuga final con todos los papeles... tan sólo era un estúpido gesto de venganza sobre quienes llamaba «espías». Verdaderamente, estaba

completamente loco, porque había cruzado el país hasta una cueva en las inhóspitas laderas de la agreste sierra de Malinche, donde no vivían hombres blancos, y había realizado cosas extrañas y portentosas. La cueva, nunca encontrada antes de la tragedia final, estaba llena de antiguos y espantosos ídolos aztecas y altares, estos últimos cubiertos de carbonizados huesos de reciente inmolación y dudosa naturaleza. Los indígenas no decían nada —de hecho, juraban no saber nada— pero era fácil ver que la cueva era conocida de antiguo por ellos, y que Feldon había compartido sus prácticas hasta en sus últimos extremos.

Los buscadores habían encontrado el lugar tan sólo por los cánticos y el grito final. Eran cerca de las cinco de la mañana, y, tras toda una noche de acampada, la partida había comenzado a empacar para volverse con las manos vacías a las minas. Entonces, alguien escuchó débiles ritmos en la lejanía, y supo que algunos de los antiguos y nocivos rituales indígenas tenían lugar en algún lugar apartado, en las laderas de las montañas con forma de cuerpo tendido. Escucharon los mismo viejos nombres —Mictlanteuctli, Tonatiuh-Metzli, Cthulhuti, Ya-R'lyeh y el resto—, pero lo más extraordinario fueron algunos nombres ingleses mezclados con ellos. Inglés de verdaderos hombres blancos y no de mugrosos. Guiados por el sonido, se apresuraban por la ladera infestada de maleza hacia allí, cuando, tras un intervalo de quietud, el grito explotó sobre ellos. Parecía haber humo también, y un mórbido y acre aroma.

Enseguida dieron con la cueva, con la entrada disimulada por abigarrados mezquites, pero emitiendo ahora nubes de humo fétido. Estaba iluminada en el interior, los horribles altares y grotescas imágenes se vislumbraban al fulgor de velas que debían de haber sido cambiadas menos de media hora antes, y en el suelo de arenisca yacía el horror que hizo a todo el grupo tambalearse hacia atrás. Era Feldon, con la cabeza calcinada por un extraño artefacto que se había colocado en ella: una especie de jaula de alambre conectada con una especie de batería derribada, que evidentemente había caído al suelo desde un cercano pie de altar. Cuando los hombres vieron esto cambiaron miradas, pensando que el «verdugo eléctrico» que siempre se había jactado de haber inventado Feldon, la cosa que todos habían rechazado, pero tratado de robar y copiar. Los papeles estaban a salvo en el abierto baúl de Feldon, junto a él, y una hora más tarde la columna de buscadores volvió a la número 3 con un espantoso cadáver sobre andas improvisadas.

Esto era todo, pero fue bastante para hacerme empalidecer y vacilar mientras Jackson me guiaba más allá del *arrastre* al cobertizo donde decía que yacía el cuerpo. Porque yo no carecía de imaginación, y demasiado bien

sabía en qué infernal pesadilla esta tragedia engranaba de algún modo con algo sobrenatural. Sabía que debía ver tras esa puerta entornada, alrededor de la que los mineros se arremolinaban curiosos, y no me amilané cuando mis ojos encontraron el gigantesco cuerpo, las ropas de corte basto, las incongruentemente delicadas manos, los restos de la barba quemada y la infernal máquina... la batería algo rota, la pieza de la cabeza ennegrecida al chamuscarse lo que contenía. El gran y protuberante baúl no me sorprendió, y sólo me acobardé ante dos cosas... el arrugado pliego de papel asomando del bolsillo izquierdo y el extraño abombamiento del derecho. En un momento en que nadie miraba, me acerqué y cogí el demasiado familiar fajo, estrujándolo en mi mano sin atreverme a mirar su contenido. Debe disculparse que una especie de miedo y pánico me hiciera quemarlos esa noche con ojos espantados. Pudieron haber sido una prueba positiva o negativa de algo... pero para eso aún tenía la opción de preguntar por el revólver al forense, después de que lo sacara del abultado bolsillo derecho. Nunca tuve el valor de interrogarle sobre eso... porque mi propio revólver se perdió aquella noche en el tren. Mi lápiz, asimismo, mostraba signos de un crudo y apresurado afilado distinto del preciso corte que le había aplicado durante la noche del viernes en el sacapuntas del vagón privado del presidente McComb.

Así que al final volví a casa aún intrigado... piadosamente intrigado, quizás. El vagón privado estaba reparado cuando volví a Querétaro, pero mi gran alivio fue el cruce de Río Grande, por El Paso, hacia los Estados Unidos. El siguiente viernes estaba de nuevo en San Francisco, y la pospuesta boda se celebró la siguiente semana.

De lo que realmente sucedió aquella noche... ya lo he dicho, simplemente no me atrevo a especular. Ese tipo, Feldon, estaba loco de atar, y en el colmo de su demencia había recopilado más brujería popular azteca de la que nadie debiera conocer. Era realmente un genial inventor, y esa batería fue la prueba genuina. Escuché más tarde cómo había sido desdeñado en los primeros años por la prensa, el público y los potentados. Demasiado rechazo no es bueno para hombres de cierta clase. De todas formas, alguna desgraciada combinación de circunstancias había obrado. Había sido realmente, por cierto, soldado de Maximiliano.

Cuando cuento esta historia, la mayoría de la gente me llama mentiroso a la cara. Otros hablan de alteraciones psicológicas —y los cielos saben que yo *estaba* sobreexcitado—, mientras que aún otros hablan de «proyección astral» de alguna clase. Mi empeño en capturar a Feldon seguramente envió mis pensamientos por delante mío y, con todos sus hechizos indios, él habría sido

el primero en reconocerlos y reunirse con ellos. ¿Estuvo él en el vagón del ferrocarril o estuve yo en la cueva de las montañas con perfil de cadáver? ¿Qué me hubiera sucedido de no haberlo retrasado como hice? Debo confesar que no lo sé, y no estoy seguro de querer saberlo. Nunca he vuelto a México... y, como dije al principio, no quiero ni oír hablar sobre ejecuciones eléctricas.



## LA MALDICION DE YIG<sup>[14]</sup>

**E**N 1925 fui a Oklahoma buscando tradiciones sobre las serpientes, y salí con tal temor hacia ellas que me durará el resto de mi vida. Admito que es una tontería, ya que existe una explicación natural para todo cuanto vi y oí, pero eso no disminuye un ápice mi miedo. Si la vieja historia hubiera sido lo que parecía, no me hubiera impresionado con tanta fuerza. Mi trabajo como etnólogo de indios americanos me había endurecido ante toda suerte de mitologías extravagantes, y sabía que los sencillos blancos pueden ganar a los pieles rojas en su propio juego cuando empiezan a fantasear infundios. Pero no puedo olvidar lo que vi con mis propios ojos en el demencial asilo de Guthrie.

Fui a este asilo porque algunos de los viejos colonos me dijeron que podría encontrar algo importante allí. Ni los indios ni los blancos querían hablar sobre las leyendas acerca de un dios serpiente que estaba investigando. Los advenedizos del «boom» petrolífero, por supuesto, nada sabían de tales asuntos, y los hombres rojos y los pioneros se espantaban abiertamente cuando hablaba de eso. No más de seis o siete personas mencionaron el asilo, y aquellos que lo hicieron tuvieron buen cuidado de hablar en susurros. Pero los cuchicheos me revelaron que el doctor McNeill podría mostrarme una reliquia verdaderamente terrible y decirme cuanto deseaba saber. Podría explicarme por qué Yig, el semihumano padre de las serpientes, es algo rehuido y temido en Oklahoma central, y por qué los viejos colonos tiemblan ante las secretas orgías indias que convierten los días y las noches del otoño en algo odioso con el incesante batir de tambores en los lugares solitarios.

Así fue que, como un sabueso que sigue el rastro, acudí a Guthrie, ya que había empleado muchos años recopilando datos sobre la evolución del culto a las serpientes entre los indios. Siempre había sentido, por ciertos matices bien definidos de la leyenda y la arqueología, que el gran Quetzalcóatl —el benigno dios-serpiente de los mexicanos— había tenido un prototipo más oscuro y antiguo, y a lo largo de los últimos meses había estado muy cerca de

probarlo con una serie de investigaciones que abarcaban desde Guatemala a las llanuras de Oklahoma. Pero todo esto era frustrante e incompleto, ya que los límites del culto a la serpiente estaban cercados por el miedo y el sigilo.

Ahora parecía que una nueva y copiosa fuente de datos estaba a punto de salir la luz y acudí al director del asilo con un ansia que no traté de ocultar. El doctor McNeill era un hombre pequeño y bien afeitado, de cierta edad, y vi enseguida, por su habla y maneras, que era un sabio de no menor erudición en otras muchas disciplinas al margen de su profesión. Grave y lleno de dudas cuando le di a conocer mis propósitos, su rostro fue volviéndose pensativo según estudiaba cuidadosamente mis credenciales, así como la carta de presentación que un amable y anciano ex agente indio me había dado.

—Entonces, ¿ha estado usted estudiando la leyenda de Yig, eh? — reflexionó sentenciosamente—. Sé que muchos de nuestros etnólogos de Oklahoma han intentado conectarlo con Quetzalcóatl, pero no sé de nadie que haya cubierto tan bien los pasos intermedios. Para alguien tan joven como parece ser usted, ha realizado un notable trabajo, y ciertamente merece todos los datos que yo pueda proporcionarle.

»No creo que el viejo mayor Moore, o cualquier otro, le haya hablado sobre lo que hay aquí. No les gusta comentarlo, y nadie lo hace. Es sumamente trágico y horrible, pero eso es todo. Me niego a considerarlo como algo antinatural. Es una historia que le contaré después de que lo vea... una historia endemoniadamente triste, pero que uno no puede catalogar de mágica. Simplemente muestra el poder que esta creencia tiene sobre la gente. Admitiré que hubo momentos en los que sentí un escalofrío que es más que físico, pero a la luz del día achaco todo esto a los nervios. ¡Ay, ya no soy tan joven como antes!

»Al llegar a este punto, podría usted considerar al ser que hay aquí una víctima de la maldición de Yig... una víctima físicamente viva. No dejamos que las enfermeras normales lo vean, a pesar de que la mayoría sabe que está aquí. Hay sólo dos viejos y tranquilos compadres que le alimentan y limpian su habitación... solían ser tres, pero el viejo y buen Stevens falleció hace unos pocos años. Supongo que tendré que pensar en un nuevo grupo muy pronto, ya que el ser no parece envejecer o cambiar mucho, y nuestros viejos sirvientes no pueden durar para siempre. Puede que los moralistas del futuro cercano nos permitan darle un misericordioso descanso, pero es difícil de predecir.

»¿Vio, al venir por el camino, la ventana a ras de suelo en el ala este? Allí está. Ahora iremos allí. No tiene que decir nada. Sólo mire por la tronera de la

puerta y agradezca a Dios que la luz no sea muy fuerte. Luego le contaré la historia... o la parte que he sido capaz de hilvanar.

Bajamos silenciosamente las escaleras y no hablamos mientras serpenteábamos por los sótanos aparentemente desiertos. El doctor McNeill destrabó una puerta de acero pintada de gris, pero era tan sólo un mamparo que llevaba a un ulterior tramo de pasadizo. Por fin, nos detuvimos ante una puerta marcada como B 116, abrió una pequeña mirilla que sólo podía usar poniéndose de puntillas y golpeó varias veces en el pintado metal, como tratando de levantar a su ocupante, fuera lo que fuese.

Un débil hedor brotó de la tronera al abrirla el doctor, y fantaseé con que su aporreo provocaba una especie de respuesta baja y siseante. Finalmente, me hizo un gesto para que lo reemplazara en la mirilla, y así lo hice, con un injustificado temblor que iba en aumento. La ventana barrada y a ras de suelo, cerrada al exterior, admitía tan sólo un débil e incierto resplandor, y estuve observando la maloliente madriguera durante algunos segundos antes de ver lo que reptaba y se retorció por el suelo cubierto de paja, emitiendo de vez en cuando un siseo débil y vacuo. Entonces, la silueta entre las sombras comenzó a perfilarse y capté que la contorsionada entidad poseía cierta y remota semejanza con una forma humana que se arrastrara sobre su vientre. Me aferré a la manilla de la puerta para sostenerme mientras trataba de no caer desvanecido.

Lo que se movía era de un tamaño casi humano y totalmente desprovisto de vestiduras. Carecía por completo de pelo, y su espalda de tonos leonados parecía algo escamosa bajo la luz tenue y gulesca. Los hombros parecían moteados y oscurecidos, y la cabeza era curiosamente plana. Mientras alzaba la cabeza para sisear en mi dirección, pude ver que los ojos, pequeños y negros como abalorios, eran condenadamente antropoides, pero no fui capaz de estudiarlos durante mucho tiempo. Me buscaron con horrible persistencia, hasta que cerré boqueando la mirilla y dejé a la criatura retorciéndose casi invisible sobre la enmarañada paja, entre los espectrales contraluces. Debí tambalearme un poco, porque vi al doctor tomándome gentilmente el brazo para guiarme fuera. Una y otra vez, tartamudeaba: .

—P-pero por el amor de Dios, *¿qué es eso?*

El doctor McNeill me contó la historia en su oficina privada, mientras yo me arrellanaba en una butaca frente a él. El oro y carmesí del tardío atardecer se tornó hacia el violeta del primer ocaso, y todavía proseguí sentado, espantado e inmóvil. Me sobresaltaba con cada timbrado del teléfono y cada pitido del zumbador, y debo haber maldecido a las enfermeras y los internos

cuyas llamadas, a cada instante, desplazaban al doctor a la oficina exterior durante breves intervalos. Llegó la noche y me sentí contento de que mi anfitrión encendiera todas las luces. Científico como era, mi afán de conocimiento estaba medio olvidado entre aquellos éxtasis de miedo que me dejaban sin aliento, tal como un niño pequeño puede sentirse cuando susurrados cuentos de brujas circulan junto a la chimenea.

Parecía ser que Yig, el dios-serpiente de las tribus de las llanuras centrales —presumiblemente el origen del más sureño Quetzalcóatl o Kukulcan—, era un extraño y semiantropomórfico demonio de naturaleza caprichosa y sumamente arbitraria. No era un verdadero diablo, y habitualmente estaba bien dispuesto hacia quienes guardaban el debido respeto por él y sus hijos, las serpientes; pero en otoño se convertía en anormalmente rapaz, y debía ser alejado mediante los ritos apropiados. Esto era por lo que los tam-tam en los condados de Pawnee, Wichita y Caddo retumbaban incesantemente, semana tras semana, durante agosto, septiembre y octubre, y por lo que los hombres-medicina hacían extraños ruidos con sonajeros y silbatos curiosamente emparentados con los de los aztecas y los mayas.

El rasgo preferente de Yig era el de una inexorable devoción hacia sus hijos... un amor tan grande que los pieles rojas casi temían protegerse de las venenosas serpientes de cascabel que infestaban la región. Espantosos y clandestinos cuentos insinuaban su venganza sobre los mortales que se mofaban de él o causaban daño a su serpentina prole; su método preferido consistía en convertir a su víctima, tras apropiadas torturas, en una serpiente moteada.

En los viejos días del Territorio Indio, continuó el doctor, no había demasiado secreto sobre Yig. Las tribus de la llanura, menos reservadas que los nómadas del desierto y los pueblos, hablaron bastante libremente de sus leyendas y ceremonias otoñales con los primeros agentes indios y dejaron que muchas de sus tradiciones se propagaran a través de las vecinas regiones de colonos blancos. El gran miedo llegó en los turbulentos días del 89, cuando corrieron rumores sobre extraordinarios incidentes, y el rumor estaba fundado en lo que parecían pruebas odiosas y tangibles. Los indios decían que el nuevo hombre blanco no sabía cómo aplacar a Yig, y después los colonos comenzaron a sostener tal teoría. Ahora, ningún veterano, blanco o rojo, podía ser inducido a soltar prenda sobre el dios-serpiente, excepto en forma de vagas insinuaciones. Pero después de todo, añadió el doctor con énfasis casi innecesario, el único y verdadero horror verificado había sido una tragedia que movía a piedad, más que un asunto de brujería. Era, en su totalidad, un

suceso auténtico y cruel... incluso la última fase que tanta controversia había despertado.

El doctor McNeill se detuvo y aclaró su garganta antes de abordar esta historia tan peculiar, y sentí esa hormigueante sensación que notamos en el teatro cuando se alza el telón. Todo había comenzado cuando Walker Davis y su esposa Audrey dejaron Arkansas para establecerse en las recién abiertas tierras públicas, en la primavera de 1889, cuando acabaron llegando al país de los wichitas... al norte de Wichita River, en lo que ahora es el condado de Caddo. Hay una pequeña ciudad allí llamada Binger, y el ferrocarril la cruza; pero, por otra parte, el lugar ha cambiado menos que otras partes de Oklahoma. Aún es un área de granjas y ranchos —bastante productivos en aquellos días—, y los grandes campos petrolíferos están bastante lejos.

Walker y Audrey llegaron del condado de Franklin, en los Ozarks, con un carromato, dos mulas, un viejo e inútil perro llamado «Lobo» y sus bienes muebles. Eran los típicos montañeses, jóvenes y quizás algo menos ambiciosos que la mayoría, mirando hacia delante en busca de una vida de mejores recompensas para su duro trabajo que las obtenidas en Arkansas. Ambos eran especímenes enjutos y huesudos; el hombre era alto, rubio y con ojos grises; la mujer baja y algo oscura, con un pelo negro y lacio que sugería vestigios de sangre india en sus venas.

En general, eran poco peculiares y, salvo por un detalle, su historia no hubiera diferido de la de aquellos otros centenares de pioneros que, en aquella época, cayeron en masa sobre el nuevo país. Ese detalle era el temor casi epiléptico de Walker hacia las serpientes, que algunos atribuían a una causa prenatal y otros a una oscura profecía sobre su muerte, augurada por una vieja india que había querido espantarlo cuando era pequeño. Fuera cual fuese la causa, el efecto era sumamente marcado; a pesar de su general valentía, la simple mención de una serpiente le hacía palidecer y casi desmayar, mientras la vista del menor espécimen podía producirle un ataque que a veces rayaba con la convulsión.

Los Davis salieron al comenzar el año, esperando estar en la nueva tierra a tiempo de arar en la primavera. El viaje fue lento, ya que los caminos eran malos en Arkansas y en el Territorio había grandes extensiones de colinas rocosas y eriales de arena roja sin senderos de ningún tipo. Mientras el terreno iba llaneando, el cambio respecto de sus montañas nativas les deprimió más, quizás, de lo que suponían; pero encontraron a la gente de las agencias indias muy afables, mientras que muchos de los pobladores indios parecían amistosos y civilizados. De vez en cuando se topaban con otro pionero, con

quien generalmente cambiaban rústicos cumplidos y expresiones de amigable rivalidad.

De acuerdo con la estación, no había demasiadas serpientes a la vista, por lo que Walker no sufrió de su especial debilidad temperamental. En los tempranos estadios de su viaje, tampoco toparon con leyendas indias de serpientes que le turbaran, ya que las desterradas tribus del suroeste no compartían las salvajes creencias de sus vecinos occidentales. Pero quiso el destino que fuera un blanco de Okmulgee, en el país de los creek, quien diera a los Davis el primer indicio sobre el culto a Yig; un esbozo que tuvo un curioso efecto de fascinación sobre Walker y le llevó, desde entonces, a preguntar sin reservas.

Poco después, la fascinación de Walker se había convertido en un serio caso de pánico. Tomaba las más extraordinarias precauciones en cada acampada nocturna, desbrozando siempre cualquier vegetación que encontrara y evitando los lugares rocosos cuanto podía. Cada masa de raquíticos arbustos y cada grieta en las grandes rocas laminadas le parecía ahora ocultar malévolas serpientes, mientras que cada figura humana diferente de los colonos o del flujo de emigrantes era un potencial dios-serpiente, hasta que la proximidad mostraba lo contrario. Afortunadamente, no hubo en esta etapa encuentros problemáticos que crisparan aun más sus nervios.

Mientras se aproximaban al país de los kickapoo, encontraron más y más difícil evitar acampar cerca de las rocas. Finalmente no fue posible, y el pobre Walker se vio reducido al pueril método de musitar algunos de los sortilegios contra las serpientes que aprendiera en su infancia. Dos o tres veces vislumbró realmente una serpiente, y esas visiones no ayudaron al doliente en sus esfuerzos de conservar la compostura.

En la vigésimo segunda tarde del viaje, un viento salvaje obligó, por bien de las mulas, a acampar en un lugar tan abrigado como fuera posible, y Audrey persuadió a su esposo de ampararse en un risco que se alzaba inusitadamente alto sobre el lecho seco de un primitivo afluente del río Canadiense. A él no le gustó la escabrosidad del lugar, pero admitió en esa ocasión el ser contradicho y guió hoscamente a los animales hacia la protectora ladera, ya que la naturaleza del suelo no permitía acercar el carromato.

Audrey, entretanto, examinando las rocas cercanas al carro, se percató de un singular olfateo por parte del débil y viejo perro. Empuñando un rifle, le siguió, y enseguida agradeció a las estrellas el haberse anticipado a Walker en

el descubrimiento. Ya que allí, cómodamente enroscadas en una brecha entre dos pedruscos, había una visión que no le hubiera reportado ningún bien. Visibles sólo como una masa entrelazada, pero quizás formada por tres o cuatro criaturas distintas, había una masa que se retorció perezosamente y que no podía ser más que un nido de serpientes de cascabel recién nacidas.

Ansiosa de evitar a Walker el probable espanto, Audrey no titubeó en actuar, asiendo firmemente el arma por el cañón y descargando la culata una y otra vez sobre los seres que se contorsionaban. Su propia repugnancia era grande, pero no hasta el punto del verdadero miedo. Finalmente, vio que el trabajo estaba hecho y se volvió para limpiar la improvisada cachiporra en la arena roja y seca que abundaba en los alrededores. Debía, reflexionó, cubrir los restos antes de que Walker volviera de atar a las mulas. El viejo Lobo, tambaleante reliquia de un cruce de ovejero y coyote, se había desvanecido, y ella temió que hubiera ido a buscar a su amo.

En ese instante, el sonido de las pisadas le demostraron que su temor estaba bien fundado. Un segundo más, y Walker habría visto todo. Audrey hizo un movimiento para sujetarle si se desmayaba, pero él tan sólo se tambaleó. Luego, la mirada de puro espanto en aquel rostro del que había huido la sangre se convirtió lentamente en algo que parecía una mezcla de repulsión y rabia, y comenzó a recriminar a su esposa con voz trémula.

—Por Dios, Aud, ¿qué te habían hecho? ¿No has oído todo eso que dicen sobre el demonio-serpiente Yig? Debiste decírmelo, y nos hubiéramos trasladado. ¿No sabes que tienen un dios-diablo que acude si dañan a sus hijos? ¿Por qué piensas que los injuns bailan y tocan los tambores todos los días a la caída del sol? Esta tierra está maldita, te lo digo yo... y casi todas las almas con las que he hablado cuentan lo mismo. Aquí manda Yig, y cada ocaso vuelve para castigar a sus víctimas y convertirlas en serpientes. ¡Por eso, cruzando el Canayjin, ningún injun mata una serpiente, ni por gusto ni por dinero!

»Sabe Dios lo que hará contigo, chica, por haber destrozado toda una camada de hijos de Yig. Te castigará, seguro, antes o después, a no ser que compre un hechizo o algo así a los hombres-medicina de los injuns. Te castigará, Aud, tan seguro como que hay un Dios en los cielos... ¡vendrá por la noche y te convertirá en una serpiente reptante y moteada!

El resto del viaje lo salpicó Walker con espantados reproches y profecías. Cruzaron el Canadiense cerca de Newcastle, y poco más tarde se encontraron con el primero de los verdaderos indios de las llanuras que hubieran visto... una partida de wichitas envueltos en mantas, cuyo cabecilla habló

francamente bajo el señuelo del güisqui que le ofrecieron, enseñando al pobre Walker un enrevesado hechizo protector contra Yig a cambio de un cuarto de botella del mismo y sugestivo fluido. Durante el fin de semana encontraron el sitio buscado en el país de los wichitas, y los Davis se apresuraron a delimitar sus posesiones, y a hacer la siembra de la primavera, aun antes de construirse una cabaña.

La región era llana, batida incesantemente por los vientos y de escasa vegetación, pero prometía fértiles cultivos. Ocasionales afloramientos de granito salpicaban un suelo de descompuesta arenisca roja, y aquí y allá había grandes rocas planas que se prolongaban bajo la superficie como una calzada construida por el hombre. Parecía haber muy pocas serpientes o posibles escondrijos para ellas, por lo que Audrey al fin convenció a Walker para construir la cabaña de una sola estancia sobre una amplia y plana laja de piedra al descubierto. Con un suelo así, y una chimenea bien emplazada, podían desafiar al tiempo más húmedo... aunque pronto se evidenció que la humedad no era una característica sobresaliente en el distrito. Los troncos los acarrearón en el carromato desde las áreas boscosas más cercanas, a muchos kilómetros en dirección a las montañas Wichita.

Walker construyó su cabaña de amplia chimenea y su rústico granero con la ayuda de algunos otros colonos, aunque el más próximo estaba a más de un kilómetro. A cambio, ayudó a sus benefactores en similares construcciones de casa, por lo que los vínculos de hermandad brotaron entre los nuevos vecinos. No había una verdadera ciudad antes de El Reno, junto al ferrocarril y a unos cuarenta kilómetros o más hacia el noreste, y, antes de que pasaran muchas semanas, la gentes del lugar habían estrechado lazos a pesar de su gran dispersión. Los indios, de los que unos cuantos habían comenzado a establecerse en ranchos, eran en su mayor parte inofensivos, aunque algunos se tornaban pendencieros al inflamarse con los euforizantes líquidos que llegaban hasta ellos sorteando los bandos del gobierno.

Entre todos los vecinos, los Davis encontraron a Joe y Sally Compton, también procedentes de Arkansas, como los más amistosos y congeniables. Sally aún vive, ahora conocida como Abuela Compton, y su hijo Clyde, entonces un niño de pecho, se ha convertido en uno de los prohombres del estado. Sally y Audrey solían visitarse una a la otra a menudo, ya que sus cabañas distaban sólo tres kilómetros, y en las largas tardes de primavera y verano cambiaban múltiples historias sobre la vieja Arkansas y muchos rumores sobre el nuevo país.



Sally era sumamente comprensiva con el temor de Walker ante las serpientes, pero quizás hizo más por agravar que por curar el paralelo nerviosismo que Audrey iba adquiriendo por culpa de su incesante plañir y profetizar sobre la maldición de Yig. Sally estaba desazonadoramente versada en horripilantes historias de serpientes y produjo una fuerte y calamitosa impresión con su reconocida obra maestra: la historia de un hombre del condado Scott que fue picado por una horda entera de crótalos a la vez, y que se había hinchado tan monstruosamente por obra del veneno que acabó estallado con una explosión. No hace falta decir que Audrey no repitió esta anécdota a su esposo, ni que rogó a los Compton que se abstuvieran de comentarla por los alrededores. De creer a Joe y Sally, respetaron su petición con la mayor fidelidad.

Walker realizó temprano su plantación de maíz, y a mediados de verano dedicó su tiempo a recolectar una buena cosecha de hierba nativa de la región. Con ayuda de Joe Compton, excavó un pozo que suministraba un moderado caudal de agua de excelente calidad, aunque planeaba abrir uno artesiano más tarde. No tuvo sustos serios con las serpientes, e hizo sus tierras tan inhóspitas como pudo para los reptantes invasores. A cada instante, cabalgaba hasta el grupo de cabañas cónicas sustentadas por postes que formaban el poblado principal de los wichitas y hablaba largo y tendido con los ancianos y chamanes sobre el dios-serpiente, así como sobre la forma de apaciguar su cólera. Siempre había hechizos listos para ser cambiados por güisqui, pero la mayor parte de la información estaba lejos de tranquilizarle.

Yig era un gran dios. Tenía mala medicina. Él no olvidaba. En otoño sus hijos estaban hambrientos y salvajes, y Yig estaba iracundo y salvaje también. Todas las tribus hacían medicina contra Yig al llegar la cosecha de maíz. Le brindaban maíz y danzaban el rito apropiado al son de silbatos, cascabeles y tambores. Mantenían retumbando los tambores para rechazar a Yig, e imploraban la ayuda de Tiráwa, cuyos hijos son los hombres, tal como las serpientes son los hijos de Yig. Era malo que la mujer de Davis matara a los retoños de Yig. Davis debía recitar los hechizos muchas veces cuando llegara la cosecha de maíz. Yig es un gran dios.

Cuando llegó el momento de la recolección del maíz, Walker había colocado a su mujer en un deplorable estado nervioso. Sus plegarias y prestados encantamientos llegaban a ser una tortura, y, cuando comenzaron los ritos otoñales de los indios, había siempre un rumor distante de tambores empujado por el viento que creaba un trasfondo siniestro. Era enloquecedor el amortiguado atronar, siempre arrastrándose sobre las anchas llanuras rojas.

¿Por qué no se detenían nunca? Día y noche, semana tras semana, siempre lanzando su incansable mensaje, tan persistentes como el rojo y polvoriento viento que lo transportaba. Audrey se espantaba más que su marido, porque él tenía un compensador elemento de protección. Fue con este sentimiento de poseer un poderoso e intangible baluarte contra la maldad como hizo su cosecha de maíz y preparó cabaña y establo para el cercano invierno.

El otoño fue insólitamente cálido, y, excepto para sus primitivos guisos, los Davis encontraron poco uso para el hogar de piedra que Walker había construido con tanto esmero. Algo relacionado con las cálidas y antinaturales nubes de polvo crispaba los nervios de todos los colonos, pero entre los que más estaban Audrey y Walker. La sugerencia de una maldición ofídica cerniéndose sobre ellos, y el salvaje e interminable batir de los distantes tambores indios eran una mala combinación a la que la adición de cualquier nuevo elemento extraño amenazaba con volver totalmente insufrible.

A pesar de esta tensión, algunas fiestas tuvieron lugar en una u otra de las cabañas tras la siega, conservando así, en el presente, cándidamente vivos aquellos curiosos ritos de la cosecha que son tan viejos como la misma agricultura humana. Lafayette Smith, llegado desde el sur de Missouri, y que tenía una cabaña a unos cuatro kilómetros al este de los Walker, era un pasable violinista, y sus melodías hicieron mucho para hacer olvidar a los concelebrantes el monótono batir de los tam-tam. Luego, la Noche de Todos los Santos, se acercó, y los colonos planearon otra distracción... este momento, debieran haberlo sabido, era de una estirpe más vieja que la misma agricultura: el temible Sabbath de las Brujas de los primitivos prearios, conservado a través de eras en la oscuridad de la medianoche en bosques secretos, y aún insinuado con vagos terrores bajo su postrer máscara de comedia y ligereza. Todos los Santos caería en jueves, y los vecinos acordaron reunirse para celebrarlo en la cabaña de Davis.

Fue el 31 de octubre cuando se quebró el hechizo de calidez. La mañana fue gris y plomiza, y, a mediodía, el incesante viento se había tornado de abrasador a gélido. La gente tembló porque no estaba preparada para el frío, y el viejo perro de Walker Davis, Lobo, se arrastró cansinamente hasta el interior, hacia un lugar cercano al hogar. Aunque los distantes tambores aún retumbaban, no por eso los blancos se sintieron menos inclinados a proseguir sus elegidos ritos. A una hora tan temprana como eran las cuatro de la tarde, los carros comenzaron a llegar a la cabaña de Walker, y, por la tarde, tras una memorable barbacoa, el violín de Lafayette Smith inspiró a una buena compañía de bailarines a grandes proezas y brincos grotescos en la amplia

pero abarrotada estancia. La gente más joven se entregó a las indulgentes necesidades propias de la estación y, en todo momento, el viejo Lobo aulló con lúgubre y estremecedora amenaza ante algún graznido especialmente espectral del chirriante violín de Lafayette... artilugio que nunca antes escuchara. Principalmente, sin embargo, este curtido veterano dormía alegremente, ya que había pasado la edad del interés activo y vivía principalmente de sus sueños. Tom y Jennie Rigby habían llevado su perro Zeke, pero los animales no confraternizaron. Zeke parecía extrañamente nervioso por algo, y olfateó intrigado a su alrededor durante toda la tarde.

Audrey y Walker hicieron una buena pareja en la danza, y Abuela Compton aún gusta de recordar su impresión sobre ese baile aquella noche. Sus preocupaciones parecían olvidadas en aquellos momentos, y Walker estaba afeitado y arreglado con sorprendente grado de pulcritud. Hacia las diez, todas las parejas estaban saludablemente cansadas, y los invitados comenzaron a marcharse familia tras familia con muchos aspavientos y exageradas loas acerca del excelente rato que todos habían pasado. Tom y Jennie pensaban que los aullidos temerosos de Zeke mientras seguía hacia su carro eran anhelos de volver y estar en casa, aunque Audrey lo achacó a los lejanos tam-tam, los que le crispaban, ya que el distante retumbar era seguramente bastante espantoso tras el regocijo del interior.

La noche era secamente fría y, por primera vez, Walker echó un gran tronco en la chimenea, protegiéndolo con ceniza para guardar los rescoldos hasta la mañana. El viejo Lobo se arrastró hasta el rojizo fulgor para caer en su sopor acostumbrado. Audrey y Walker, demasiado cansados para pensar en hechizos o maldiciones, se desplomaron en la tosca cama de pino y estuvieron dormidos antes de que el despertador barato de la repisa marcara tres minutos. Y desde muy lejos, el rítmico batir de aquellos tam-tam infernales aún pulsaban en la fría noche ventosa.

El doctor McNeill se detuvo aquí y se quitó las gafas, como si emborronar el mundo objetivo pudiera añadir nitidez a la visión del pasado.

—Pronto descubrirá —dijo— que tuve grandes dificultades para reconstruir lo que sucedió cuando se marcharon los invitados. Había veces, empero, al principio, que era capaz de lograrlo. —Tras un instante de silencio, prosiguió con su relato.

Audrey tuvo terribles sueños sobre Yig, que se le apareció con aspecto de Satanás, tal como lo pintaban los grabados baratos que había visto. Fue, en efecto, un éxtasis total de pesadilla del que se despertó sobresaltada para descubrir a Walker también despierto y sentado en la cama. Parecía escuchar

atentamente algo, y la acalló con un susurro cuando ella comenzó a preguntar qué le había levantado.

—¡Escucha, Aud! —dijo sofocadamente—. ¿No escuchas algo que silba, zumba y se arrastra? ¿Crees que pueden ser los grillos?

Verdaderamente, había un mido audible en el interior de la cabaña, tal como el que él había descrito. Audrey intentó analizarlo, y le pareció dotado de algún elemento. a la vez horrible y familiar, que revoloteaba justo al borde de su memoria. Y sobre todo esto, despertando espantosos pensamientos, el monótono batir de los distantes tam-tam llegaba incansable a través de las llanuras negras, sobre las que se cernía una media luna nublada.

—Walker... ¿será... la... la... maldición de Yig?

Ella pudo sentirle temblar.

—No, chica, no creo que se presente así. Él tiene la apariencia de un hombre, a no ser que se le mire de cerca. Eso fue lo que dijo el Jefe Águila Gris. Serán bichos que han entrado escapando del frío... no grillos, creo, pero sí algo parecido. Voy a levantarme y echarlos antes de que sigan o se cuelen en la despensa.

Se incorporó, buscando la linterna que pendía al alcance de la mano, y agitó la pequeña caja de fósforos situada en el muro junto a ella. Audrey se sentó en la cama y observó el fulgor de la cerilla convertirse en el tranquilo resplandor de la linterna. Entonces, mientras sus ojos comenzaban a vislumbrar toda la estancia, las rústicas vigas retumbaron con el terror de sus gritos simultáneos. Ya que el plano y rocoso suelo, mostrado por la recién nacida luz, era una hirviente masa, moteada de pardo por las ondulantes serpientes de cascabel que se retorcían cerca del fuego, girando después sus espantosas cabezas para amenazar al portador de la linterna, que estaba paralizado de terror.

Audrey las vio durante un instante. Los reptiles eran de todos los tamaños, en número incontable y aparentemente de todas las variedades, y, mientras miraba, dos o tres echaron atrás las cabezas, como dispuestas a picar a Walker. Ella no se desmayó... fue el choque de Walker contra el suelo lo que apagó la linterna y la sumió en la oscuridad. Él no había gritado por segunda vez... el espanto lo había paralizado y cayó como golpeado por una silenciosa flecha lanzada por un arco fantasma. El mundo entero pareció girar espantosamente ante Audrey, entremezclándose con la pesadilla de la que se había visto arrancada.

Los movimientos voluntarios de cualquier clase eran imposibles, ya que el sentido de la realidad la había abandonado. Cayó inerte en la almohada,

deseando despertar pronto. Ninguna noción de lo que había sucedido entró en su mente por algún tiempo. Luego, poco a poco, la sospecha de estar realmente despierta comenzó a imponerse y se convulsionó con una creciente mezcla de pánico y pena que la hizo gritar a pesar del hechizo inhibitor que la mantenía muda.

Walker había desaparecido, y ella no era capaz de ayudarlo. Había muerto presa de las serpientes, tal como la vieja bruja había profetizado cuando era un niño. El pobre Lobo tampoco era capaz de asistirle... probablemente no había llegado a despertar de su estupor senil. Y ahora los reptantes seres debían estar acercándose a ella, arrastrándose más y más cerca a cada momento en la oscuridad, quizás deslizándose en ese preciso instante por las patas de la cama y escurriéndose por las bastas sábanas de lana. Inconscientemente, se acurrucó bajo las ropas y tembló.

Debía de ser la maldición de Yig. Había enviado a sus monstruosos hijos en la noche de Todos los Santos, y habían cogido primero a Walker. ¿Por qué... acaso no era él inocente? ¿Por qué no iban derechos hacia ella... acaso no había matado a los pequeños crótalos ella sola? Entonces pensó en la forma que tomaba la maldición tal y como la relataban los indios. Ella no moriría... sólo se convertiría en una serpiente moteada. ¡Puf! Entonces sería como esos seres que había contemplado en el suelo... ¡esos seres que Yig había enviado para cogerla y enrollarla entre sus filas! Trató de murmurar un hechizo que Walker le había enseñado, pero no pudo proferir un solo sonido.

El ruidoso tic-tac del despertador sonaba sobre el enloquecedor batir de los distante tam-tam. Las serpientes estaban tomándose su tiempo... ¿se retrasaban a propósito para crisparle los nervios? A cada momento creía sentir una tranquila e insidiosa presión sobre las ropas de cama, pero cada vez resultaba ser tan sólo las involuntarias sacudidas de sus sobreexcitados nervios. El reloj sonaba en la oscuridad, y sus pensamientos fueron cambiando lentamente.

¡Aquellas serpientes *no podían* haber tardado tanto! No podían ser los mensajeros de Yig después de todo, sino crótalos normales que se cobijaban bajo la roca y que habían acudido atraídas por el fuego. Quizás no estaban interesadas en ella... quizás se habían saciado en el pobre Walker. ¿Dónde estarían ahora? ¿Se habrían ido? ¿Muertas por el fuego? ¿Aún reptando sobre el postrado cadáver de su víctima? El reloj sonaba, y los distantes tambores atronaban.

Ante el pensamiento del cuerpo de su esposo yaciendo allí en la oscuridad como la pez, un escalofrío de puro horror físico sumió a Audrey. ¡Aquella

historia de Sally Compton sobre aquel hombre, allá en el condado Scott! Él también había sido picado por todo un grupo de serpientes de cascabel, ¿y qué le había ocurrido? El veneno había podrido la carne e hinchado todo el cuerpo, hasta que por fin la inflada cosa había *estallado* de forma horrible... un horrible estallido con un detestable sonido de *taponazo*. ¿Qué estaba sucediendo con Walker en el suelo de piedra? Instintivamente, sintió que había comenzado a *escuchar* algo demasiado terrible incluso para insinuárselo a sí misma.

El reloj seguía sonando como un burlón y sardónico compás para los lejanos tamborileos que el viento nocturno acarreaba. Deseó que fuera un reloj de esfera luminosa para poder saber cuánto duraba ya aquella espantosa vigilia. Maldijo su propia entereza, que le impedía desvanecerse, y se preguntó qué clase de alivio traería el alba, después de todo. Quizás algún vecino podría pasar... sin duda alguien llamaría... ¿La encontrarían aún cuerda? ¿Estaba aún cuerda?

Escuchando morbosamente, Audrey se percató repentinamente de algo que tuvo que verificar con mucho esfuerzo de su voluntad antes de creer en ello y, una vez que se cercioró, no supo si darle la bienvenida o espantarse. *El distante batir de los tam-tam indios había cesado*. Siempre le habían enloquecido... ¿Pero, no los veía Walker como una salvaguardia contra la maldad indescriptible del universo exterior? ¿Qué era aquello que repetía en susurros tras hablar con Águila Gris y los hombres-medicina de los wichitas?

¡Después de todo, no debía alegrarse de este nuevo y repentino silencio! Había algo siniestro en ese hecho. El ruidoso sonido del despertador parecía anormal en este nuevo silencio. Capaz por fin de movimientos conscientes, apartó las sábanas de su rostro y miró, en la oscuridad, hacia la ventana. Debía haber clareado tras la salida de la luna, porque distinguió la abertura rectangular perfilada contra el telón de las estrellas.

Entonces, sin previo aviso, llegó el impactante, enloquecedor sonido... ¡Puaf!... ese opaco, pútrido *plof* de piel rasgada y veneno fluyendo en la oscuridad. ¡Dios!... la historia de Sally... ese obsceno hedor, ¡y ese silencio que la crispaba y laceraba! Fue demasiado. La cadenas del mutismo cedieron y<sup>7</sup> la noche negra retumbó, reverberando con los gritos de puro terror desatado de Audrey.

La consciencia no desapareció con el impacto. ¡Cuán misericordioso hubiera sido! Entre los ecos de sus alaridos, Audrey aún vio el rectángulo salpicado de estrellas de la ventana de enfrente y escuchó el estremecedor sonido de aquel espantoso reloj. ¿Oía alguna otra cosa? ¿Era el hueco de la

ventana un rectángulo perfecto? No estaba en condiciones de sopesar la evidencia de sus sentidos o distinguir los hechos de las alucinaciones.

No... aquella ventana *no* era un rectángulo perfecto. *Algo parecía invadir el borde inferior*. El tic-tac del reloj no era el único sonido en la habitación. Había, más allá de cualquier duda, una pesada respiración aparte de la suya o la del pobre Lobo. Lobo dormía muy silenciosamente, y su jadeo de vigilia era inconfundible. Entonces, Audrey distinguió contra las estrellas la negra, demoniaca silueta de algo antropoide... el ondulante bulto de una gigantesca cabeza y espalda inclinándose lentamente hacia ella.

—¡Yaaaah! ¡Yaaaaah! ¡Vete! ¡Vete! ¡Márchate, diablo-serpiente! ¡Vete, Yig! No quería matarlos... tenía miedo de que le asustaran. ¡No, Yig, no! No volveré a hacer daño a tus hijos... no te acerques... ¡No me conviertas en una serpiente moteada!

Pero las deformes cabeza y hombros tan sólo se aproximaron a la cama, muy silenciosamente.

Todo se rompió de repente en la cabeza de Audrey y, en un instante, la chica acobardada se convirtió en una demente enfurecida. Sabía dónde estaba el hacha... colgada del muro en su asidero, cerca de la linterna. Estaba dentro de su alcance y pudo encontrarla en la oscuridad. Antes de percatarse de nada más, ésta estaba en sus manos y ella se arrastraba hacia los pies de la cama... hacia la monstruosa cabeza y hombros que a cada momento estaban más cerca. De haber habido alguna luz, la expresión de su rostro no hubiera sido muy agradable de contemplar.

—¡Toma esto\ ¡y esto y esto y esto!

Ahora ella estaba riendo estridentemente, y sus cacareos subían de tono mientras veía que la luz de las estrellas más allá de la ventana estaba difuminándose en la tenue palidez que anunciaba la próxima aurora.

El doctor McNeill enjugó el sudor de su frente y volvió a colocarse las gafas. Aguardé a que continuara y, como guardaba silencio, hablé suavemente.

—¿Sobrevivió? ¿Fue encontrada? ¿Se explicó alguna vez?

El doctor aclaró su garganta.

—Sí... sobrevivió de alguna forma. Y todo quedó explicado. Le digo que no fue cosa de brujas... sólo un cruel horror, digno de piedad material.

Fue Sally Compton quien hizo el descubrimiento. Acudió a la cabaña de los Davis la tarde siguiente para hablar sobre la fiesta con Audrey, y no vio humo en la chimenea. Aquello era extraño. Volvía a hacer calor, pero Audrey normalmente estaba cocinando a esa hora. Las mulas estaban haciendo ruidos

hambrientos en el establo, y no había señal del viejo Lobo tomando el sol en su acostumbrado sitio de la puerta.

En conjunto, a Sally no le gustó el lugar, por lo que sólo tímida y vacilantemente descabalgó y llamó a la puerta. No obtuvo respuesta, pero aguardo algún tiempo antes de empujar las rústicas puertas de agrietados troncos. El cerrojo, según parece, estaba destrabado, y lentamente empujó. Entonces, descubriendo lo que había allí, retrocedió tambaleándose, boqueó y se asió a la jamba en busca de equilibrio.

Un terrible hedor surgió cuando abrió la puerta, pero eso no fue lo que la anonadó. Ya que en el interior de la ensombrecida cabaña habían ocurrido sucesos monstruosos y tres estremecedores objetos yacían en el suelo para espanto y desconcierto de la observadora.

Cerca del apagado hogar estaba el gran perro... decadencia púrpura de la piel desnudada por la sarna y la vejez, con el pellejo entero reventado por efecto del veneno de serpiente de cascabel. Debía haber sido picado por una verdadera legión de reptiles.

A la derecha de la puerta estaban los restos descuartizados a hachazos de lo que fuera un hombre... vestido con un camisón y con el quebrado armazón de una linterna en la mano. *Carecía por completo de picaduras de serpiente.* Cerca de él estaba la ensangrentada hacha, dejada caer descuidadamente.

Y, retorciéndose en el suelo, había un ser espantoso de ojos vacíos que una vez fuera una mujer, pero que ya sólo era una muda y enloquecida caricatura. Todo lo que este ser hacía era silbar, silbar y silbar.

Tanto el doctor como yo nos enjugamos gotas frías de nuestras frentes en este momento. Sirvió algo de un frasco que había en su escritorio, dio un trago y me tendió otro vaso. Tan sólo pude sugerir temblorosa y estúpidamente:

—Así pues, Walker sólo se había desmayado al principio... los gritos le revivieron, ¿y el hacha hizo el resto?

—Sí —la voz del doctor McNeill era baja—. Pero encontró de todos modos la muerte por culpa de las serpientes. Fue su propio miedo trabajando de dos formas... le hizo desmayarse, y le hizo colmar a su mujer con las salvajes historias que la enloquecieron cuando pensó estar viendo al demonio-serpiente.

Reflexioné durante un instante.

—Y Audrey... ¿no es extraño como parece haber obrado sobre ella la maldición de Yig? Supongo que la impresión de serpientes sibilantes ha calado muy hondo en ella.



—Sí. Pronunciaba palabras lúcidas al principio, pero se hicieron progresivamente más escasas. Su pelo se volvió blanco hasta las raíces, y más tarde lo perdió. La piel se fue llenando de motas y cuando murió...

Le interrumpí sobresaltado.

—¿*Muerta*? Entonces, ¿qué era esa... esa cosa de abajo?

McNeill habló gravemente.

—*Eso* es lo que nació nueve meses después. Había tres más, dos eran aún peores, pero éste es el único que ha sobrevivido.

## EL TÚMULO<sup>[15]</sup>

### I

TAN sólo en estos últimos años la mayoría de la gente se ha parado a pensar en el Oeste como una *nueva* tierra. Supongo que la idea ganó terreno porque nuestra propia y peculiar civilización era nueva aquí; pero, hoy en día, los exploradores están excavando bajo la superficie y sacando a la luz aquellos capítulos de la vida que surgieron y cayeron entre estas llanuras y montañas antes de que comenzara la historia que recordamos. Nada sabemos acerca de un emplazamiento pueblo de 2.500 años de antigüedad, y fue un duro golpe para nosotros cuando los arqueólogos fecharon la cultura subpedregal de México en 17.000 o 18.000 años antes de Cristo. Escuchamos rumores sobre cosas aún más antiguas, lo bastante —hombres primitivos contemporáneos de animales extintos que hoy en día conocemos sólo a través de unos pocos y fragmentarios huesos y utensilios— como para que la idea de novedad se desvanezca vertiginosamente. Los europeos normalmente captan el sentido de antigüedad inmemorial, y los profundos sedimentos de sucesivas corrientes vitales, mejor que nosotros. Sólo hace unos pocos años, un autor británico dijo de Arizona que es «una región de brumas lunares, muy atractiva a su manera, tanto como severa y vieja... una tierra antigua y solitaria».

Aun así, creo sentir más profundamente la apabullante —casi horrible— antigüedad del Oeste que cualquier europeo. Todo comenzó con un incidente sucedido en 1928, un suceso que he tratado de rechazar por todos los medios como una alucinación en sus tres cuartas partes, pero que ha dejado una espantosa e imborrable impresión en mi memoria de la que no me es fácil librarme. Sucedió en Oklahoma, adonde mi trabajo como etnólogo de los indios americanos me llevaba constantemente y en donde había apreciado ya antes ciertos temas desconcertantes y diabólicamente extraños. No se equivoquen... Oklahoma es mucho más que una mera frontera de pioneros y empresarios. Hay viejas, viejas tribus con viejos, viejos recuerdos allí, y cuando los tam-tam truenan incesantemente sobre las expectantes llanuras en

el otoño, los espíritus de los hombres se acercan peligrosamente a murmurados asuntos primordiales. Yo mismo soy blanco y procedo del Este, pero cualquiera es bienvenido a participar de los ritos de Yig, Progenitor de Serpientes, lo que uno de estos días me ocasionará un susto de muerte.

He visto y oído demasiado para ser «sofisticado» en tales asuntos. Y sobre esto versa ese incidente de 1928. Podría tomarlo a risa... pero no puedo.

Había ido a Oklahoma para rastrear y cotejar un cuento de fantasmas, uno entre la multitud que es corriente entre los colonos blancos, pero que tenía fuertes matices indios y —estaba seguro— una fuente indígena última. Aquellos cuentos sobre espectros del aire libre eran muy curiosos y, aunque sonaban insípidos y prosaicos en labios del pueblo blanco, tenían resabios de parentesco con los estadios, más oscuros y ricos, de la mitología nativa. Todos ellos estaban tramados alrededor de los grandes, solitarios y, a simple vista, artificiales montículos de la parte occidental del estado, y todos ellos incluían apariciones de aspecto y equipajes sumamente extraños.

El más extendido, y uno de los más antiguos, llegó a ser muy famoso en 1892, cuando un alguacil del gobierno llamado John Willis penetró en una región de montículos en pos de unos cuatreros y volvió con un cuento inverosímil sobre justas nocturnas de caballos en el aire entre incontables legiones de invisibles espectros... batallas acompañadas del ajetreo de cascos y pies, el sonar de golpes, el entrechocar de metales, los amortiguados gritos de los guerreros y la caída de cuerpos humanos y equinos. Eso sucedió a la luz de la luna, y espantó a su caballo tanto como a él mismo. Los sonidos duraron más o menos una hora, nítidos pero amortiguados, como llegados en alas del viento desde cierta distancia, y sin ir acompañada por vislumbre alguno de tales ejércitos. Más tarde, Willis supo que el emplazamiento de los sonidos era un lugar notorio, esquivado tanto por colonos como por indios. Muchos habían visto, o entrevisto, a los belicosos jinetes en el cielo, y habían suministrado oscuras y ambiguas descripciones. Los colonos habían descrito a los fantasmales luchadores como indios, aunque de una tribu desconocida, y portando los más insólitos vestidos y armamentos. Incluso llegaban tan lejos como afirmar que no estaban seguros de que los caballos fueran realmente tales.

Los indios, por su parte, no parecían considerar a los espectros como gente de su raza. Se referían a ellos como «esa gente», «la vieja gente» o «los moradores inferiores», y parecían guardarles, el suficiente espantado y respeto como para hablar mucho acerca de ellos. Ningún etnólogo había sido capaz de arrancar a un cuentista una descripción detallada de los seres, y,

aparentemente, nadie había tenido una clara visión de ellos. Los indios tenían uno o dos viejos proverbios acerca de tal fenómeno, diciendo que «hombre muy viejo, hacer gran espíritu; no tan viejo, no tan grande; más viejo que el tiempo, entonces espíritu tan grande que casi corpóreo; aquella vieja gente y espíritus se mezclaban... ser lo mismo».

Ahora todo esto, claro está, son «viejos temas» para un etnólogo... un fragmento de las persistentes leyendas sobre ciudades ocultas y razas subterráneas que nacieron alrededor de los indios pueblo y los de las llanuras, y que lanzaron a Coronado siglos atrás en su vana búsqueda de la fabulosa Quivira. Lo que me llevaba a Oklahoma Occidental era algo mucho más definido y tangible... un cuento local y distintivo que, aunque verdaderamente viejo, era relativamente nuevo en el externo mundo de la investigación, e incluía la primera descripción clara de los fantasmas sobre los que versaba. Había un aliciente añadido en el hecho de proceder de la remota ciudad de Binger, en el condado de Caddo, un lugar que conocí tiempo atrás como el escenario de un terrible y parcialmente inexplicable suceso conectado con el mito del dios-serpiente.

El cuento, a simple vista, era extremadamente cándido y simple, centrado en un inmenso y solitario túmulo o pequeña colina que se alzaba sobre la llanura como a medio kilómetro al oeste del pueblo... un montículo que algunos creían producto de la naturaleza, pero al que otros consideraban un lugar de enterramiento o un estrado ceremonial construido por tribus prehistóricas. Este montículo, decían los aldeanos, era constantemente visitado por dos figuras indias que aparecían alternativamente: un anciano que paseaba adelante y atrás por la cima desde el alba al ocaso, a despecho del tiempo y con sólo breves intervalos de desaparición, y una mujer que ocupaba su lugar durante la noche, con una antorcha de llama azul que alumbraba continuamente hasta el amanecer. Cuando la luna brillaba, la peculiar figura de la mujer podía ser vista bastante bien, y casi la mitad de los aldeanos añadían que la aparición estaba decapitada.

La opinión local se dividía sobre los motivos y cualidad de espectros de ambas apariciones. Algunos sostenían que el hombre no era un fantasma del todo, sino un indio vivo que había dado muerte y decapitado a una mujer por causa del oro, y la había enterrado en algún lugar del montículo. Según estos teóricos, paseaba por la elevación preso de remordimientos, afligido por el espíritu de su víctima, quien tomaba forma visible tras la caída de la noche. Pero otros teóricos, más consecuentes en sus creencias espectrales, sostenían que tanto el hombre como la mujer eran espectros, y que el primero había

dato muerte tanto a la mujer como a sí mismo, si bien en algún tiempo lejano. Estas y otras versiones con variaciones menores parecían haber circulado desde el poblamiento del condado de Wichita en 1889, donde, según me habían dicho, sobrevivía gracias a un asombroso grado de persistencia de tales fenómenos, que cualquiera podía observar por sí mismo. Pocos fantasmas dan una prueba tan libre y abierta, y me sentía muy ansioso de ver qué extraños milagros podían aguardar en este pueblo pequeño y oscuro, alejado tanto de los caminos frecuentados por las multitudes como de los de la inexorable búsqueda de la luz del conocimiento científico. Así, en el tardío verano de 1928, tomé un tren para Binger y me sumí en extraños misterios según los vagones traqueteaban tímidamente a lo largo de la vía única, a través de un paisaje progresivamente más y más solitario.

Binger es una modesta agrupación de casas de madera y almacenes en mitad de una aplanada y ventosa región llena de nubes de polvo rojo. Hay unos 500 habitantes junto a los indios de una reserva vecina, la principal ocupación parece ser la agricultura. El suelo es razonablemente fértil, y el «boom» del petróleo no ha alcanzado a esta parte del estado. Mi tren llegó entre dos luces, y me sentí un tanto perdido e inseguro —separado de las cosas saludables y cotidianas— mientras se alejaba hacia el sur sin mí. El andén estaba repleto de gandules curiosos, y todos parecieron ansiosos de dirigirme cuando pregunté por el hombre para quien tenía cartas de presentación. Me guiaron por una tópica calle mayor, cuya superficie llena de rodadas era roja debido a la arenisca del lugar, y finalmente alcancé la puerta de mi probable anfitrión. Quienes me habían preparado las cosas lo habían hecho a conciencia, puesto que Mr. Compton era un hombre de gran inteligencia y con responsabilidades locales, mientras que su madre —que vivía con él y era familiarmente conocida como «Abuela Compton»— pertenecía a la primera generación de pioneros, y una verdadera mina de anécdotas y folclor.

Aquella tarde, los Compton me resumieron las leyendas corrientes entre la vecindad, probando que el fenómeno que había ido a estudiar era, en efecto, un asunto desconcertante e importante. Los fantasmas, según parecía, eran aceptados como algo normal por todo el mundo en Binger. Dos generaciones habían nacido y crecido conociendo ese extraño y solitario montículo, así como sus incansables figuras. La vecindad del montículo era, naturalmente, temible y estremecedora, por lo que el pueblo y las granjas no se habían extendido hacia allí durante las cuatro décadas de colonización, aunque individuos audaces lo habían visitado en ocasiones. Algunos habían vuelto

para comunicar que no habían visto ningún fantasma cuando se acercaron al reseco montículo, quizás porque el solitario centinela se había ocultado antes de que alcanzaran el lugar, dejándolos libres de trepar la escarpada ladera y explorar la plana cima. No había nada allí, decían... simplemente una rústica acumulación de matorrales. Dónde pudiera haberse escondido el vigilante indio, no tenían idea. Debía, reflexionaban, haber descendido la ladera, ingeniándose las de alguna manera para escapar sin ser visto por la llanura, a pesar de no haber ningún escondrijo visible. De cualquier forma, no parecía haber abertura alguna en el montículo, una conclusión a la que se llegó tras una intensa exploración de la maleza y la alta hierba por todos lados. En algunos pocos casos, ciertos buscadores más sensitivos declararon haber sentido una especie de presencia invisible que se les oponía, pero no pudieron describirla más definidamente. Era simplemente como si el aire se espesara contra ellos en la dirección donde deseaban ir. Es innecesario mencionar que todos estos osados buscadores acudieron de día. Nada en el universo podría haber inducido a un ser humano, blanco o rojo, a aproximarse a esta siniestra elevación tras ponerse el sol, y, en efecto, ningún indio tendría la ocurrencia de acercarse ni siquiera bajo el sol más brillante.

Pero no era de los relatos de tales cuerdos y atentos investigadores de donde emanaba el terror generalizado que despertaba ese montículo espectral; de hecho, de haber sido típicas sus experiencias, el fenómeno podría haber menguado mucho en el escalafón de las leyendas locales. Lo más temible era el hecho de que muchos otros buscadores habían regresado extrañamente dañados en cuerpo y mente, o no habían vuelto en absoluto. El primero de tales casos tuvo lugar en 1891, cuando un joven llamado Heaton había acudido con una pala para ver qué secretos podía desenterrar. Había oído curiosas historias a los indios, y se había reído ante el estéril informe de otro joven que había ido al montículo sin encontrar nada. Heaton había escrutado el montículo con un catalejo mientras el otro joven hacía su viaje, y, mientras el explorador alcanzaba el lugar, vio cómo el centinela indio se sumía deliberadamente en el túmulo, como si existieran una trampilla y escaleras en la cumbre. El otro joven no se percató de la desaparición del indio, sencillamente descubrió que se había ido cuando llegó al montículo.

Cuando Heaton hizo su propio viaje, decidió llegar al fondo del misterio, y los mirones del pueblo le vieron desbrozar diligentemente la maleza en lo alto del montículo. Luego, vieron su figura difuminarse lentamente hasta hacerse invisible, para no reaparecer durante largas horas, hasta que llegó el anochecer, y la antorcha de la mujer decapitada refulgió temiblemente en la

distante elevación. Unas dos horas después de la caída de la noche, irrumpió en el pueblo sin su pala ni otras pertenencias, y prorrumpió en un vociferante monólogo de desatinos inconexos. Aulló sobre espantosos abismos de monstruos, terribles tallas y estatuas, sobre captores inhumanos y grotescas torturas, y sobre otras fantásticas anormalidades, demasiado complejas y quiméricas incluso para poder ser recordadas.

— ¡Viejos! ¡Viejos! ¡Viejos! —no podía por menos que gemir, una y otra vez—. Dios Mío, son más viejos que la tierra, y llegaron aquí desde algún otro sitio... saben lo que piensas y te hacen saber lo que piensan ellos... son medio hombres y medio espíritus... crucé la línea... se derretían y tomaban forma de nuevo... haciéndolo una y otra vez, aunque todos descendemos en un principio de ellos... hijos de Tulu... todo hecho de oro... animales monstruosos, semihumanos... esclavos muertos... locura... ¡Iä! ¡Shub-Niggurath!... *ese hombre blanco...* ¡Oh, Dios mío, que han hecho con él!...

Heaton fue el tonto del pueblo durante unos ocho años, hasta que murió de un ataque epiléptico. Tras aquella catástrofe, hubo dos casos más de locura del montículo y ocho desapariciones para siempre. Inmediatamente después del regreso de Heaton, enloquecido, tres hombres desesperados y resueltos fueron juntos a la colina solitaria, fuertemente armados y con palas y zapapicos. Los atentos pueblerinos vieron al fantasma indio desaparecer cuando los exploradores se aproximaban, y después vieron a los hombres ascender por el montículo y comenzar a batir la maleza. Luego se esfumaron y no volvieron a ser vistos. Un mirón, con un telescopio sumamente potente, pensó haber visto otras formas materializarse débilmente junto a los desdichados y arrastrarlos al interior del túmulo, pero esto está sin confirmar. Sólo cuando los incidentes de 1891 fueron totalmente olvidados, osó alguien emprender posteriores exploraciones. Así, hacia 1910, un tipo demasiado joven para recordar los viejos horrores hizo un viaje al rehuido lugar sin encontrar nada.

En 1915, la salvaje y temible leyenda de 1891 había degenerado totalmente en los comunes e inimaginables cuentos de fantasmas que han llegado hasta el presente... es decir, se había desvanecido entre los blancos. En la cercana reserva había ancianos indios que pensaban bastante y tenían sus propias opiniones. En este tiempo tuvo lugar una segunda oleada de curiosidad activa y aventura, y algunos audaces buscadores hicieron el viaje hasta el montículo y regresaron. Entonces sucedió lo de la excursión de dos visitantes del Este con palas y otros aparatos... un par de arqueólogos aficionados, relacionados con una pequeña universidad, que habían estado

haciendo estudios entre los indios. Nadie observó su periplo desde el pueblo, pero nunca regresaron. El grupo de búsqueda que partió en su rescate —entre quienes estaba mi anfitrión Clyde Compton— no encontró nada en absoluto en el montículo.

Una nueva expedición fue la solitaria aventura del viejo capitán Lawton, un canoso pionero que había ayudado a abrir la región en 1889, pero que desde entonces no había estado allí. Siempre había recordado el montículo, así como su fascinación, a lo largo de los años, y, disfrutando entonces de un confortable retiro, decidió emprender un viaje y resolver el antiguo enigma. Su inmensa familiaridad con los mitos indios le había dotado de ideas bastante más extrañas que las de los simples pueblerinos y se había pertrechado para intensas excavaciones. Remontó la colina en la mañana del jueves 11 de mayo de 1916, observado mediante catalejos por más de veinte personas del pueblo en la llanura adyacente. Su desaparición fue muy brusca, y sucedió mientras desbrozaba la maleza con una podadera. Nadie pudo ver más que estaba en un instante y al siguiente había desaparecido. Durante una semana ninguna noticia suya llegó a Binger, y luego —en mitad de la noche— se arrastró hasta el pueblo el ser sobre el que aún se enconan las disputas.

Dijo ser —o haber sido— el capitán Lawton, pero era definitivamente *más joven*, tanto como unos cuarenta años, que el anciano que había subido al montículo. Su pelo era negro como el azabache, y su rostro —ahora distorsionado con indescriptible horror— carente de arrugas. Pero recordaba misteriosamente, según la Abuela Compton, al capitán que había visto en 1889. Sus pies estaban cortados cerca de los tobillos, y los muñones limpiamente cicatrizados hasta un extremo increíble, si el ser era realmente el hombre que caminaba por su propio pie una semana antes. Balbucía cosas incomprensibles, y no cesaba de repetir el nombre «George Lawton, George E. Lawton», como tratando de asegurarse a sí mismo de su propia identidad. Las cosas que farfulló, pensaba Abuela Compton, eran curiosamente parecidas a las alucinaciones del pobre chico Heaton en 1891; aunque había diferencias menores.

—¡La luz azul!... ¡La luz azul!... —musitaba el ser— siempre abajo, antes de cualquier ser viviente... más viejos que los dinosaurios... siempre lo mismo, sólo algo más débiles... nunca muertos... acechando, acechando y acechando... *el mismo pueblo, medio-hombre y medio-gas*... la muerte que anda y obra... oh, esas bestias, esos unicornios semihumanos... casas y ciudades de oro... viejo, viejo, viejo, más viejo que el tiempo... llegados de



las estrellas... Gran Tulu... Azathoth... Nyarlathotep... aguardando, aguardando...

El ser murió antes del alba.

Por supuesto, hubo una investigación, y los indios de la reserva fueron acosados sin piedad. Pero ellos no dijeron nada, ni tenían nada que decir. Al final, nadie despegó los labios salvo el viejo Águila Gris, un cabecilla de los wichitas con más de un siglo de edad, lo que le ponía a salvo de los miedos comunes. Sólo él se dignó a gruñir una advertencia.

—Dejadlos en paz, blancos. No buenos... esa gente. Todos allá abajo, todos abajo, los antiguos. Yig, gran padre de las serpientes, allí. Yig es Yig. Tiráwa, gran padre de los hombres, allí. Tiráwa es Tiráwa. No envejecer. Igual que el aire. Sólo viven y esperan. Una vez vinieron, vivieron y lucharon. Construir tienda de arena. Traer oro... tener mucho. Irse y hacer nuevas casas. Yo de ellos. Vosotros de ellos. Entonces llegar las grandes aguas. Todo cambiar. Nadie sale, no dejar entrar a nadie. Entrar y no salir. Dejadlos solos, vosotros no tenéis mala medicina. Hombre rojo sabe, no tener problema. Hombre blanco entrometerse, no volver. Apartaos de las pequeñas colinas. No buenas. Águila Gris ha hablado.

Si Joe Norton y Rance Wheelock hubieran hecho caso de la advertencia del viejo jefe, probablemente estarían aún aquí; pero no lo hicieron. Eran grandes lectores y materialistas, no temían a nada en el cielo o en la tierra, y pensaban que algunos bandidos indios tenían un cuartel secreto en el montículo. Habían estado antes en el túmulo, y de nuevo volvieron, esta vez para vengar al viejo capitán Lawton... afirmando que allanarían la colina si fuera preciso. Clyde Comptom los observó con unos prismáticos y les vio circundar la base de la siniestra colina. Evidentemente, pensaban inspeccionar el territorio muy gradual y minuciosamente. Los minutos pasaban y no reaparecieron. Y no fueron vistos más.

Una vez más, el montículo fue objeto de temor y pánico, y sólo la conmoción de la Gran Guerra sirvió para devolverlo al lejano trasfondo del folclor de Binger. No fue visitado de 1916 a 1919, y podría haber permanecido así de no mediar la osadía de algunos de los jóvenes licenciados del servicio en Francia. De 1919 a 1920, no obstante, hubo una verdadera epidemia de visitantes del montículo entre los prematuramente endurecidos jóvenes veteranos... una epidemia que se extendía según un mozo tras otro volvía sano y salvo. En 1920 —tan corta es la memoria humana— el montículo era casi una broma, y la domesticada historia de la mujer muerta comenzó a desplazar a insinuaciones más oscuras en la boca de todos.

Entonces, dos audaces hermanos —los especialmente prosaicos y cabeza dura chicos Clay— decidieron ir y desenterrar la sepultada mujer, así como el oro por el que el viejo indio le había dado muerte.

Partieron una tarde de septiembre... sobre la época en que los tam-tam indios comenzaban su anual e incesante batir sobre la lisa llanura de polvo rojo. Nadie estaba observándolos, y sus padres no se alarmaron hasta que no volvieron al cabo de algunas horas. Se dio la alarma y se organizó una partida de búsqueda, y de nuevo se resignaron al misterio de silencio y dudas.

Pero, al final, uno volvió. Era Ed, el mayor, y su cabello y barbas pelirrojas se habían vuelto de un blanco nieve hasta cinco centímetros de las raíces. En su frente había una extraña cicatriz que era como un jeroglífico marcado a fuego. Tres meses después de que él y su hermano Walker se desvanecieran, se deslizó en su casa durante la noche y desnudo a excepción de una manta extrañamente decorada que arrojó al fuego tan pronto como se puso sus propias ropas. Contó a sus padres que habían sido capturados por unos extraños indios —no wichitas o— y hechos prisioneros en algún lugar hacia el oeste. Walker había muerto bajo tortura, pero él se las había arreglado para huir pagando un alto precio. La experiencia había sido particularmente terrible y no quería hablar de aquel asunto. Debía guardar reposo... y, de todas formas, no saldría ningún bien de dar la alarma para tratar de encontrar y castigar a los indios. No eran de una especie que pudieran ser capturados y castigados, y era especialmente importante para el bien de Binger —para el bien del mundo— que no fueran perseguidos a su escondrijo secreto. Mejor no despertar al pueblo con noticias de su llegada... debía subir las escaleras y dormir. Antes de ascender los desvencijados escalones hacia su cuarto, tomó papel y pluma de la mesa del vestíbulo, así como una pistola automática del cajón del escritorio de su padre.

Tres horas más tarde sonó un disparo. Ed Clay se había metido una bala en la sien con la pistola que empuñaba en la zurda, dejando una nota garrapateada sobre un folio en la destartada mesa cercana a su cama. Había, según se vio después por el recortado cañón de la pluma y la estufa llena de papeles carbonizados, escrito originalmente mucho más, pero finalmente había decidido no contar cuanto sabía, excepto vagas insinuaciones. Los fragmentos supervivientes eran sólo un loco aviso garabateado en una escritura curiosamente vuelta del revés —los desatinos de una mente obviamente desquiciada por las penalidades— y que tenía que leerse de esa forma, algo bastante sorprendentemente para alguien que había sido siempre patán y prosaico:

Por amor de Dios nunca os acerquéis a ese montículo que es parte de alguna especie de mundo tan diabólico y viejo que no puedo hablar de ello Walker y yo fuimos y fuimos cogidos en la cosa casi se fundía a veces y se arreglaba luego y el mundo entero del exterior está tan indefenso por mucho que puedan hacer, ellos que son jóvenes por siempre como desean y vosotros podéis decir si son realmente hombres o sólo espectros, y que hacen no puede decir y ésta es sólo 1 entrada, podéis decir cuán grande la cosa entera es, después de lo que vimos no quiero vivir más Francia no era nada al lado de esto, y que la gente se aparte por dios están en peligro si le ven pobre walker como estaba al final.

Sinceramente vuestro  
Ed Clay

La autopsia reveló que todos los órganos del joven Clay estaban traspuestos de derecha a izquierda en su cuerpo, como si hubiera sido vuelto del revés. Si era algo que siempre fue, no pudo decirse de momento, pero más tarde se supo, por los archivos del ejército, que Ed había sido perfectamente normal cuando se incorporó a filas en mayo de 1919. Si había un error en algún sitio, o alguna metamorfosis sin precedentes había tenido lugar verdaderamente, es aún un misterio sin dilucidar, como lo es el origen de la cicatriz jeroglífica en su frente.

Esto supuso el final de las exploraciones del montículo. En los siguientes ocho años nadie se acercó al lugar, y pocos osaban aún enfocar un catalejo hacia él. De tiempo en tiempo, la gente continuaba observando nerviosamente la solitaria colina que se alzaba hoscamente contra el cielo occidental, y se estremecían ante la mota pequeña y oscura que paseaba durante el día, y ante el reluciente fuego fatuo que danzaba durante la noche. La cosa era aceptada en su totalidad como un misterio sin resolver, y, por común consenso, el pueblo rehuyó el asunto. Era, después de todo, bastante fácil evitar la colina, ya que el espacio era ilimitado en todas direcciones, y la vida comunitaria siempre sigue caminos trillados. Simplemente, el lado del pueblo que daba al montículo se dejó sin caminos, como si hubiera mar, o pantanos o desierto. Y es un curioso signo de la estolidez y esterilidad imaginativa del animal humano que las murmuraciones con las que se advertía a niños y extraños para que se alejaran del túmulo derivaran de nuevo hacia el tosco cuento de un indio homicida y su mujer víctima. Sólo los hombres de la tribu de la

reserva, y reflexivos ancianos como Abuela Compton, recordaban las sugerencias de implicaciones funestas y profundas amenazas cósmicas que redundaban en los desatinos de quienes habían vuelto cambiados y destruidos.

Era ya muy tarde, y Abuela Compton se había ido hacía mucho a la cama, escaleras arriba, cuando Clyde acabó de contarme esto. No sabía qué pensar de este enigma espantoso, aunque me rebelaba contra cualquier indicio de conflicto con el cuerdo materialismo. ¿Qué influencia había llevado la locura, o el impulso de huir y vagabundear, a tantos que habían visitado el montículo? Aunque sumamente impresionado, yo estaba más espoleado que disuadido. Seguramente llegaría al fondo de este asunto, a condición de guardar la cabeza fría y una decisión inquebrantable. Compton vio mi disposición y agitó la cabeza con preocupación. Luego me invitó a seguirle fuera.

Caminamos desde la casa de madera a la tranquila senda o calle lateral y deambulamos unos pasos bajo la luz de una menguante luna de agosto por donde las casas comenzaban a clarear. La media luna aún estaba baja y no ocultaba demasiadas estrellas del cielo, así pude ver no sólo los occidentales reflejos de Altair y Vega, sino también el místico resplandor de la Vía Láctea, mientras miraba la vasta extensión de cielo y tierra en la dirección que Compton me señalaba. Entonces, todo cuanto vi fue una chispa que no era una estrella... una brasa azulada que se movía y resplandecía contra la Vía Láctea, cerca del horizonte, y que parecía de algún modo más maligna y fatídica que nada en la bóveda que la cubría. En otro instante quedó claro que esta chispa llegaba desde la cumbre de alguna altura distante en la extensa y débilmente iluminada llanura; me volví hacia Compton con una pregunta.

—Sí —repuso—. Ésa es la luz-fantasma azul... y ése es el montículo. No hay una noche en toda la historia que no haya sido vista... ni ser viviente en Binger que quiera ir por la llanura hacia ella. Es un mal asunto, joven, y sería de sabios que dejara las cosas como están. Mejor haría buscando en otro sitio, hijo; aborde cualquier otra leyenda injun de por aquí. Las tenemos para mantenerlo plenamente ocupado. ¡Bien lo sabe Dios!

## II

Pero yo no estaba de humor para consejos, y, a pesar de que Compton me dio una acogedora habitación, no pude dormir ni un instante, aguardando lleno de impaciencia la siguiente mañana, con sus oportunidades para ver al espectro diurno y preguntar a los indios de la reserva. Pensaba abordar todo el asunto lenta y concienzudamente, haciéndome con todos los datos disponibles

de blancos y rojos antes de comenzar mis investigaciones arqueológicas. Me levanté y me vestí al alba, y en cuanto oí otros movimientos bajé las escaleras. Compton estaba encendiendo el fuego de la cocina mientras su madre se afanaba en la despensa. Al verme cabeceó y, tras un momento, me invitó a salir al resplandor de la alborada. Sabía dónde íbamos, y mientras caminábamos por la senda yo lanzaba miradas hacia el oeste, sobre las llanuras.

Allí estaba el montículo... muy lejos y con un aspecto muy curioso de artificial regularidad. Debía tener diez o doce metros de altura y unos cien metros de norte a sur, según vi. No era tan ancho como de este a oeste, dijo Compton, ya que tenía el contorno aproximado de una elipse. Él, yo lo sabía, había ido y vuelto de allí varias veces. Mientras contemplaba el borde perfilado contra el azul intenso del oeste, traté de vislumbrar cualquier irregularidad y comencé a percibir algo moviéndose sobre él. Mi pulso se aceleró y así precipitadamente los poderosos binoculares que Compton me ofreció tranquilamente. Enfocando apresuradamente, al principio sólo distinguí una profusión de maleza en el distante borde del montículo... luego algo apareció en mi campo de visión.

Era, indudablemente, una forma humana, y supe enseguida que estaba viendo al «fantasma indio» diurno. No me asombré de las descripciones, ya que seguramente la figura alta, enjuta y vestida de oscuro, con el pelo negro sujeto por una banda, y un rostro surcado y cobrizo, inexpresivo y aquilino, parecía más un indio que cualquier otra cosa, según mi experiencia previa. Aunque mi entrenado ojo de etnólogo me dijo al mismo tiempo que ése no era un piel roja de cualquier clase conocida por la historia, sino una criatura de amplia variación racial y una cultura completamente diferente. Los indios modernos son braquicéfalos —cráneos redondeados—, y no es posible encontrar un dolicocefalo, o cráneo alargado, salvo en los antiguos depósitos de los pueblos, datados hace 2.500 años o más, aunque la dolicocefalia de este hombre era tan pronunciada que la reconocí al momento, a pesar de la gran distancia y la mala definición de los binoculares. También vi que los bordados de su ropa mostraban una tradición decorativa totalmente distinta a cualquiera que nosotros conociéramos en el arte nativo del suroeste. Asimismo, llevaba atavíos de brillante metal y una espada corta o algo parecido en el costado, todo de un estilo completamente ajeno a cuanto antes hubiera conocido.

Mientras él paseaba de un lado a otro por la cima del montículo le seguí durante algunos minutos con los prismáticos, percatándome de la flexibilidad de sus zancadas y el porte sereno de su cabeza; allí nació en mí la fuerte y

persistente convicción de que este hombre, quienquiera que fuese o de donde fuese, ciertamente *no era un salvaje*. Era un producto de la *civilización*, sentí instintivamente, aunque de cuál era algo que no podía imaginar. Al cabo, desapareció más allá del extremo más alejado del montículo, como si descendiera por la invisible y opuesta ladera, y yo bajé los prismáticos con una curiosa mezcla de desconcertados sentimientos. Compton me miraba enigmáticamente y cabeceó sin comprometerse.

—¿Qué le parece? —aventuró—. Esto es lo que hemos estado viendo en Binger cada día de nuestras vidas.

El mediodía me sorprendió en la reserva india hablando con el anciano Águila Gris... quien, merced a algún milagro, aún vivía, aunque debía de tener cerca de ciento cincuenta años. Poseía una figura extraña e imponente —este adusto e indomable jefe de su gente, que había conocido forajidos y tratantes con ropas de piel de gamo adornadas con flecos, y oficiales franceses de calzón y tricornio— y me congratulé de ver que, gracias a mi aire de deferencia hacia él, pareció gustar de mí. Su aprecio, no obstante, tomó una desafortunada forma de oposición tan pronto supo lo que buscaba, y todo cuanto hizo fue precaverme contra la búsqueda que había emprendido.

—Tú, buen mozo... no molestar esa colina. Mala medicina. Muchos demonios bajo ella... cogerte si cavar. No cavar, no daño. Ir y cavar, no volver. Igual que cuando yo joven, igual que cuando mi padre ser joven. Siempre macho pasear de día y hembra sin cabeza pasear de noche. Siempre desde que hombre blanco con chaquetas metálicas llegar del alba y cruzar gran río, hace mucho, tres, cuatro veces más atrás que Águila Gris —dos veces más que los franceses—, todo igual desde entonces. Más antes de eso, aquellos antiguos no ocultos, salir y hacer pueblos. Sacar mucho oro. Yo de ellos. Tú de ellos. Entonces llegar las grandes aguas, todo cambiar. Nadie salir, no dejar entrar a nadie. Entrar, no salir. No morir... no envejecer como Águila Gris con valles en rostro y nieve en la cabeza. Casi como el aire... algo hombres, algo espíritus. Mala medicina. A veces, durante la noche, un espíritu sale en medio hombre medio caballo con cuernos y lucha donde los hombres lucharon una vez.

Guárdate de ese lugar. No bueno. Tu buen mozo... márchate y deja solos a los antiguos.

Esto fue cuanto pude obtener del anciano jefe, y el resto de los indios no quiso decir nada. Pero si yo estaba preocupado, Águila Gris lo estaba aún más: obviamente, sentía gran pesar ante el pensamiento de que yo invadiera aquel sitio que él tanto temía. Mientras me volvía para dejar la reserva, me

retuvo para una ceremonia de despedida final y, una vez más, trató de obtener mi promesa de abandonar la búsqueda. Cuando vio que sería infructuoso, extrajo algo, con cierta timidez, de un saco de piel de gamo que llevaba y me lo tendió solemnemente. Era un desgastado disco metálico, finamente cincelado, de unos cinco centímetros de diámetro, extrañamente decorado, perforado y pendiente de un cordel de cuero.

—Tú no prometer, entonces Águila Gris no poder decir qué ser de ti. Pero si nada ayudarte, esto buena medicina. Recibirlo de mi padre, y éste de su padre que lo recibió de su padre, siempre atrás, cerca de Tiráwa, padre de todos los hombres. Mi padre decir: «Aléjate de los antiguos, aléjate de las pequeñas colinas y de los valles con cuevas». Pero si los antiguos llegan hasta ti, entonces muéstrales esta medicina. Ellos saben. Ellos hacerla hace mucho tiempo. Ellos mirar y no hacer mala medicina. Pero no puedo hablar. Aléjate de todas formas. Ellos no buenos. No hablar de lo que hacen.

Mientras hablaba, Águila Gris colgaba la cosa alrededor de mi cuello y vi que era en efecto un objeto sumamente curioso. Cuanto más lo miraba, más me maravillaba, ya que no sólo era pesado, oscuro, lustroso y de una materia ricamente jaspeada, un metal totalmente desconocido para mí, sino que lo que quedaba de sus grabados parecían ser obra de un arte maravilloso y una factura completamente desconocida. Una cara, tanto como pude ver. llevaba el grabado de una exquisitamente modelada serpiente, mientras que la otra mostraba una especie de pulpo u otro monstruo tentaculado. Había también jeroglíficos medio borrados, de una especie que ningún arqueólogo pudo identificar o siquiera ubicar conjeturalmente. Más tarde, con el permiso de Águila Gris, consulté a historiadores, antropólogos, geólogos y químicos, quienes estudiaron cuidadosamente el disco sin obtener más que una sarta de frustraciones. Desafiaba cualquier análisis o clasificación. Los químicos me dijeron que era una aleación de elementos metálicos desconocidos de gran peso atómico, y un geólogo sugirió que la sustancia debía tener origen meteórico. proveniente de desconocidos abismos del espacio interestelar. Que realmente salvara mi vida, cordura o existencia como ser humano es algo que no me atrevo a afirmar, aunque Águila Gris está seguro de que así fue. Está de nuevo en su poder, ahora, y me pregunto si tiene alguna conexión con su extraordinaria edad. Todos sus antepasados pasaron del siglo, muriendo sólo en batalla. ¿Será posible que Águila Gris, si escapa a los accidentes, *viva para siempre*? Pero me estoy adelantando a mi historia.

Cuando volví al pueblo trate de conseguir más relatos sobre el montículo, pero sólo encontré chismes y oposición. Era realmente descorazonador ver

cuán solícita era la gente sobre mi seguridad, pero tenía que hacer a un lado sus casi frenéticas demostraciones. Les mostré el amuleto de Águila Gris, y nadie había oído hablar de él o visto nada que se le pareciera remotamente. Concordaban en que no podía ser una reliquia india, e imaginaban que los antepasados del viejo jefe pudieron haberla obtenido de cualquier comerciante.

Cuando vieron que no podrían impedir mi viaje, los ciudadanos de Binger hicieron, con tristeza, lo que pudieron para equiparme. Sabiendo de antemano el trabajo que emprendía, ya tenía conmigo la mayor parte de mis suministros —machete y bayoneta para desbrozar la maleza y excavar, linternas eléctricas para las fases subterráneas que vendrían, cuerda, prismáticos, cinta métrica, microscopio y diversos objetos para las emergencias—; todo lo que, de hecho, pudiera ser convenientemente guardado en un petate adecuado. A este equipo sólo añadí el pesado revólver que el sheriff me obligó a usar, así como el pico y la pala con el que pensaba podría dejar expedito mi trabajo.

Decidí llevar estos complementos sobre el hombro, con una soga... ya que pronto vi que no podía esperar ayudantes o acompañantes. El pueblo podría mirarme, sin duda, a través de los telescopios y gemelos disponibles, pero no enviarían a ningún ciudadano a más de un metro por la aplanada llanura, hacia el solitario altozano. Mi partida quedó fijada para la siguiente mañana, y el resto del día fui tratado con el temeroso y molesto respeto que la gente da a quien se aproxima a un fatal desenlace.

Al amanecer —una nubosa aunque no amenazadora mañana—, el pueblo entero acudió a presenciar mi partida por la llanura polvorienta. Los binoculares mostraban al hombre solitario paseando como era habitual por el montículo, y decidí tenerlo a la vista tanto como me fuera posible durante mi aproximación. En el último instante, un leve sentimiento de miedo me asaltó y me noté lo bastante débil y caprichoso como para dejar que el talismán de Águila Gris se balanceara por fuera de mi pecho, bien visible para cualquier ser o fantasma que pudieran sentir inclinación a respetarlo. Despidiéndome de Compton y su madre, partí con paso ligero a pesar del bulto en mi zurda y el pico y la pala que resonaban colgados de mi hombro; llevando mis gemelos en la diestra y lanzando de tiempo en tiempo ojeadas al silencioso paseante. Según me acercaba al montículo, veía más claramente al hombre, e imaginé que podía detectar una expresión de infinita maldad y decadencia en sus arrugadas y lampiñas facciones. Era capaz también de ver su arnés de resplandores dorados con jeroglíficos muy similares a aquellos que mostraba el enigmático talismán. Las ropas y atavíos de la criatura mostraban exquisita



factura y primor. Enseguida, con demasiada brusquedad, le vi partir hacia la parte más lejana del montículo y ponerse fuera de la vista. Cuando alcancé el lugar, unos diez minutos después de mi partida, no había nadie.

No es necesario describir cómo malgasté la primera parte de mi búsqueda en inspeccionar y circundar el montículo, tomando medidas y retrocediendo para verlo desde distintos ángulos. Me había impresionado tremendamente mientras me aproximaba, y parecía haber una especie de latente amenaza en sus contornos demasiado regulares. Era la única elevación de cualquier clase en aquella ancha y nivelada llanura, y no pude dudar ni por un instante que era un túmulo artificial. Las escarpadas laderas parecían completamente intactas y sin marcas de ocupación humana o pasaje. No había trazas de un camino hacia la cumbre, y, cargado como iba, sólo conseguí alcanzarla después de considerables dificultades. Cuando llegué a la cima, me encontré ante una meseta aproximadamente elíptica, cuyas dimensiones eran de unos 90 por 15 metros, uniformemente cubierta de hierba rala y espesos matorrales, algo totalmente incompatible con la constante presencia del andarín centinela. Esto me produjo un verdadero sobresalto, ya que mostraba, fuera de toda duda, que el «Viejo Indio», real como parecía, no podía ser más que una alucinación colectiva.

Observé a mi alrededor con considerable perplejidad y alarma, contemplando pensativamente el pueblo y la masa de puntos negros que sabía formada por la multitud expectante. Enfocando mis gemelos hacia ellos, vi que estaban estudiándome a su vez con avidez; entonces, para tranquilizarlos, hice ondear mi sombrero, demostrando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Luego, poniendo manos a la obra, descolgué pico, pala y bagaje; sacando de este último el machete, comencé a desbrozar la maleza. Era una penosa tarea, y a cada momento sentía un curioso estremecimiento, como si perversas ráfagas de viento trataran de estorbar mis movimientos con habilidad casi deliberada. A veces sentía una fuerza medio tangible trabándome mientras trabajaba... casi como si el aire se espesara ante mí, o como si manos informes tiraran de mis muñecas. Mi energía parecía gastarse sin producir resultados adecuados, aunque después de todo hice algunos progresos.

Por la tarde había percibido claramente que, hacia el borde norte del montículo, había una ligera depresión con forma de escudilla en la tierra tramada con raíces. Aunque quizás no significara nada, podía ser un buen lugar para comenzar al llegar el momento de excavar, y tomé nota mental de ello. Al mismo tiempo, me percaté de otra y muy peculiar cosa... a saber, que

el talismán indio colgado de mi cuello parecía tirar de forma extraña hacia un punto como a cinco metros al sureste de la sugerente oquedad. Sus giros se alteraban al acercarme a ese punto y tiraba hacia abajo como atraído por algún magnetismo del suelo. Cuanto más me fijaba en esto, más me intrigaba, hasta que al final decidí hacer una excavación preliminar allí mismo y sin mayores demoras.

Mientras alzaba la tierra con mi bayoneta no pude por menos que maravillarme de la relativa delgadez de la capa rojiza local. Todo el país por entero es de arenisca roja, pero allí descubrí un extraño barro negro a menos de treinta centímetros de profundidad. Era un suelo como el que se encuentra en extraños y profundos valles muy lejos hacia el oeste y el sur, y seguramente había sido acarreado desde considerables distancias en la edad prehistórica en que fue construido el túmulo. Arrodillándome y cavando, sentí el cordón de cuero alrededor de mi cuello tirar más y más fuerte, como si algo en la tierra pareciera atraer más y más al pesado talismán de metal. Entonces sentí mis útiles chocar con una superficie dura, y me pregunté si habría debajo una capa de roca. Tanteando con la bayoneta, descubrí que no era así. De hecho, con gran sorpresa e interés febril, hallé algo enterrado, un pesado objeto de forma cilíndrica —de unos treinta centímetros de largo y diez de diámetro— hacia el que mi pendiente talismán tiraba con adhesiva tenacidad. Cuando lo limpié de negro limo, mi asombro y tensión subieron al ver los bajorrelieves que salieron a la luz durante el proceso. El cilindro completo, de principio a fin, estaba cubierto de figuras y jeroglíficos, y vi con creciente excitación que eran del mismo estilo que los del amuleto de Águila Gris y los del metal amarillo de los atavíos del fantasma que había visto con mis prismáticos.

Sentándome, proseguí frotando el cilindro magnético contra la rústica textura de mis polainas y observé que estaba hecho del mismo metal pesado, lustroso y desconocido que el amuleto... de ahí, sin duda, la singular atracción. Las tallas y grabados eran muy extraños y horribles —monstruos indescriptibles y diseños trazados con insidiosa maldad—, y todo con el más perfecto acabado y factura. Al principio no pude encontrar cabeza o cola en él, y lo sostuve en la mano sin propósito hasta descubrir una hendidura cerca de un extremo. Entonces busqué ansiosamente una forma de abrirlo, descubriendo por fin que el final simplemente se desenroscaba.

La caperuza cedió con dificultad, pero al fin salió, liberando un olor curiosamente aromático. El único contenido era un abultado rollo de sustancia amarillenta parecida al papel, con caracteres verdosos, y durante un instante

sentí el supremo estremecimiento de imaginar que tenía la clave escrita de antiguos y desconocidos mundos, y abismos más allá del tiempo. Casi inmediatamente, no obstante, al desenrollar el final, se reveló que el manuscrito estaba en español... aunque en el español formal y pomposo de días pretéritos. Bajo la dorada luz del ocaso, observé el encabezamiento y el primer párrafo, intentando descifrar la enrevesada y mal puntuada escritura del desaparecido autor. ¿Qué clase de reliquia era ésta? ¿Con qué clase de descubrimiento había tropezado? Las primeras palabras me provocaron un nuevo frenesí de excitación y curiosidad, ya que en lugar de alejarme de mi búsqueda original me confirmaban alarmantemente en tal dirección.

El rollo amarillo con la escritura verde comenzaba con un audaz encabezamiento de identificación y una llamada ceremoniosamente desesperada a creer en las increíbles revelaciones que le seguían:

RELACIÓN DE PÁNFILO DE ZAMACONA  
Y NÚÑEZ, HIDALGO DE LUARCA EN  
ASTURIAS, TOCANTE AL MUNDO SOTERRÁNEO  
DE XINAIÁN, A. D. MDXLV

En el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo, tres personas distintas y uno solo. Dios verdadero, y de la santísima Virgen nuestra Señora. YO. PÁNFILO DE ZAMACONA, HIJO DE PEDRO GUZMÁN Y ZAMACONA. HIDALGO, Y DE LA DOÑA YNÉS ALVARADO Y NÚÑEZ, DE LUARCA EN ASTURIAS, juro para que todo que deco está verdadero como sacramento...<sup>[16]</sup>

Me detuve a reflexionar sobre el portentoso significado de lo que estaba leyendo. «Relación de Pánfilo de Zamacona y Núñez, hidalgo de Luarca en Asturias, *Tocante al mundo subterráneo de Xinaián, A. D. 1545*»... Aquí, seguramente, había demasiado para que cualquier mente pudiera aceptarlo de golpe. Un mundo subterráneo... de nuevo aquella persistente idea que subyace en todos los cuentos indios y en todas las declaraciones de quienes habían regresado del túmulo. Y la fecha. 1545, ¿qué podía significar? En 1540, Coronado y sus hombres se habían internado, desde México, en las soledades del norte, pero, ¿no habían regresado en 1542? Mi ojo rastreó la parte abierta del rollo, y casi inmediatamente se posó en el nombre *Francisco Vázquez de Coronado*. El autor de aquel escrito, lógicamente, era uno de los hombres de Coronado... ¿Pero qué hacía él en estos remotos parajes después de que su grupo se hubiera vuelto? Debía leer más, ya que otro vistazo me

mostró que la parte desarrollada era simplemente un sumario de la marcha de Coronado hacia el norte, no difiriendo esencialmente de los sucesos conocidos por la historia.

Fue tan sólo la menguante luz lo que me contuvo de desarrollar y leer más, y en mi impaciente desconcierto casi me olvidé de espantarme ante la inminencia de la noche en este espantoso lugar. Otros, sin embargo, no habían olvidado el acechante terror, y escuché el distante griterío de un puñado de hombres que se habían acercado al borde de la ciudad. Respondiendo a las ansiosas llamadas, devolví el manuscrito a su extraño cilindro, al que el disco alrededor de mi cuello seguía adherido hasta que lo separé, y lo guardé junto con mi somero equipo, preparándome para partir. Dejando pico y pala para el trabajo del día siguiente, tomé mi bulto y descendí las empinadas laderas del túmulo, y en otro cuarto de hora estaba de vuelta al pueblo, comentando y mostrando mi curioso hallazgo. Mientras caía la noche, mire atrás, hacia el montículo que acababa de dejar, y vi con un sobresalto que la débil antorcha azulada de la mujer fantasma nocturna había comenzado a brillar.

Me aguardaba un duro esfuerzo ante el relato de arcaico español, pero sabía que debía conseguir tranquilidad y sosiego para lograr una buena traducción, por lo que renuentemente postergué la tarea hasta última hora de la noche. Prometiéndole a las gentes una clara relación de mis descubrimientos por la mañana y dándoles amplias oportunidades de examinar el extraño e incitante cilindro, acompañé a Clyde Compton a casa y me retiré a mi cuarto para el proceso de traducción tan pronto como me fue posible. Mi anfitrión y su madre estaban ávidos de escuchar la historia, pero pensé que sería mejor esperar hasta que pudiera descifrar por completo el texto y les proporcioné un resumen conciso y infalible.

Abriendo mi bolsa bajo la luz de una sencilla bombilla, tomé nuevamente el cilindro y noté el instantáneo magnetismo que atraía al talismán indio hacia su superficie cincelada. Los relieves centelleaban malignamente en el pulido y desconocido metal, y no pude menos que estremecerme mientras estudiaba las anormales y blasfemas formas que me espiaban con tal exquisita destreza. Ahora, desearía haber fotografiado tal trabajo... aunque quizás es mejor que no lo hiciera. De algo estoy realmente contento, y es de no haber podido identificar entonces el agazapado ser con cabeza de pulpo que dominaba la mayoría de los adornos, y que el manuscrito llamaba Tulu. Recientemente lo he asociado, así como a las leyendas del manuscrito conectadas con él, con algún folclor reciente sobre el monstruoso e inmencionable Cthulhu, un horror que bajó de las estrellas cuando la joven Tierra todavía estaba medio

formada; de haber conocido las conexiones entonces, no podría haber permanecido en la misma habitación que el ser. El motivo secundario, una serpiente semi-antropomórfica, lo ubiqué con bastante facilidad como un prototipo de las concepciones sobre Yig, Quetzalcóatl y Kukulcan. Antes de abrir el cilindro, probé los poderes magnéticos sobre otros metales distintos del disco de Águila Gris, descubriendo que no existía atracción. No era un magnetismo común el que saturaba este mórbido fragmento de mundos desconocidos y lo ligaba a su estirpe.

Por fin, tomé el manuscrito y procedí a su traducción... trazando anotaciones sinópticas en inglés mientras lo hacía y, a cada paso, lamentando la falta de un diccionario de español cuando llegaba a alguna construcción o palabra especialmente oscura o arcaica. Había un aura de inefable extrañeza sobre aquel retroceso de casi cuatro siglos en mitad de mi continuada búsqueda... hacía un año en el que mis propios antepasados se asentaron, antiguos gentilhombres de Somerset y Devon bajo Enrique VIII, con sólo una noción de la aventura que emprendía su sangre en Virginia y el Nuevo Mundo; aunque entonces, como ahora, ese nuevo mundo tenía el mismo misterio oculto del túmulo que formaba mi actual esfera y horizonte. El sentido de retroceso era el más fuerte porque instintivamente sentía que el problema común al español y a mí era uno de tal intemporalidad abismal —de tal impía y ultraterrena eternidad— que la brecha de cuatrocientos años entre ambos no era nada en comparación. No necesitaba más que una mirada a aquel monstruoso e insidioso cilindro para percatarme de los vertiginosos golfos que se abren entre todos los hombres de la tierra conocida y los misterios primordiales que representaba. Ante este abismo, Pánfilo de Zamacona y yo éramos contemporáneos; casi tanto como Aristóteles o Kéops y yo podríamos haberlo sido.

### III

Sobre su juventud en Luarca, un pequeño y plácido puerto del Cantábrico, Zamacona cuenta poco. Fue un muchacho problemático, el menor de sus hermanos, y había llegado a Nueva España en 1532, con tan sólo veinte años. De sensible imaginación, había escuchado fascinado los perennes rumores acerca de ricas ciudades y mundos desconocidos en el norte... y en especial el relato del franciscano Marcos de Niza, que volvió de un viaje en 1539 con ardientes historias sobre la fabulosa Cíbola y sus grandes ciudades amuralladas con casas de azoteas de piedra. Oyendo hablar de la proyectada expedición de Coronado en busca de tales maravillas —y de los aún mayores

prodigios que se murmuraba que aguardaban más allá, en la tierra de los bisontes—, el joven Zamacona se las ingenió para formar parte de aquellos trescientos y partió con ellos hacia el norte en 1540.

La historia da cuenta de tal expedición... cómo se descubrió que Cíbola era simplemente el mísero poblado Pueblo de Zuñi, y cómo De Niza fue enviado de vuelta a México, caído en desgracia por sus floridas exageraciones; cómo Coronado vio por primera vez el Gran Cañón y cómo en Cicuyé, en el Pecos, oyó de labios de un indio llamado El Turco hablar sobre la misteriosa tierra de Quivira, muy lejos hacia el noreste, donde el oro, la plata y los bisontes abundaban, y por donde fluía un río de dos leguas de anchura. Zamacona habla someramente de la estancia invernal en Tiguex, en el Pecos, y de la partida hacia el noreste en abril, donde el guía indígena demostró ser un falsario llevando a la expedición a extraviarse en una tierra de perros de la pradera, charcas salinas y errantes tribus cazadoras de bisontes.

Cuando Coronado despachó al grueso de sus fuerzas y realizó su marcha final de cuarenta y dos días con un destacamento muy pequeño y selecto, Zamacona se las arregló para ser incluido en tal partida de reconocimiento. Habla del fértil país y de los grandes barrancos arbolados, visibles sólo desde el borde de sus escarpadas laderas, y de cómo todos los hombres se alimentaban exclusivamente de carne de bisonte. Y luego llegaba la mención a los límites más lejanos de la expedición... la presumible pero descorazonadora tierra de Quivira con sus pueblos de cabañas de hierba, sus arroyos y ríos, su suelo rico y negro, sus ciruelas, nueces, uvas y moras, así como sus campos de maíz y los atavíos de cobre de los indios. La ejecución de El Turco, el falso guía nativo, se comenta de pasada, y hay un comentario sobre la cruz que Coronado levantó en la ribera de un gran río en el otoño de 1541, una cruz que ostentaba la inscripción: «Hasta aquí llegó el gran general, Francisco Vázquez de Coronado».

Esta supuesta Quivira estaba sobre el paralelo 40 de latitud norte, y supe bastante más tarde que un arqueólogo de Nueva York, el doctor Hodge, la identificaba con el curso del río Arkansas por los condados de Barton y Rice, en Kansas. Ése era el antiguo hogar de los wichitas antes de que los siux los empujaran hacia el sur hasta lo que ahora es Oklahoma, y algunas de las aldeas de casas de hierba han sido encontradas y excavadas en busca de restos. Coronado realizó considerables exploraciones secundarias, llevado de acá para allá por los persistentes rumores sobre ricas ciudades y mundos ocultos que insinuaban atemorizados los indios. Aquellos indígenas norteros

parecían más temerosos y reacios a hablar sobre las supuestas ciudades y mundos que los indios mexicanos, aunque a la vez parecían más capaces de dar pistas certeras que los mexicanos, de haber querido u osado hacerlo. Sus imprecisiones exasperaron al jefe español, y, tras muchas búsquedas infructuosas, comenzó a castigar severamente a quienes le llevaban aquellas historias. Zamacona, más paciente que Coronado, encontró sumamente interesantes aquellos cuentos y aprendió lo bastante de la lengua local como para mantener largas conversaciones con un joven llamado Búfalo Acometedor, cuya curiosidad le había llevado hasta lugares mucho más lejanos de lo que sus compañeros de tribu habían osado penetrar.

Fue Búfalo Acometedor quien habló a Zamacona sobre los extraños portales de piedra, puertas o bocas de caverna existentes en el fondo de algunos de aquellos profundos y escarpados barrancos arbolados que la expedición había descubierto en su marcha hacia el norte. Aquellas aberturas, dijo, estaban casi ocultas por matorrales, y pocos las habían cruzado desde tiempos inmemoriales. Quienes los traspasaron, nunca volvieron... o en ciertas ocasiones lo hicieron locos o curiosamente mutilados. Pero todo aquello eran leyendas, ya que no se sabía de nadie que hubiera penetrado más allá de cierta distancia y que fuera recordado por los abuelos de los más ancianos. Búfalo Acometedor probablemente había ido más lejos que nadie y había visto lo bastante como para refrenar tanto su curiosidad como la sed del oro que se rumoreaba había allí.

Más allá de la abertura por la que había penetrado, había un largo pasadizo corriendo anárquicamente arriba y abajo, y dando vueltas, cubierto de espantosos relieves de monstruos y horrores como jamás hombre alguno viera. Por fin, tras indecibles millas de giros y descensos, había un resplandor de terrible luz azul, y el pasadizo se abría a un impactante mundo inferior. Sobre esto, el indio no quiso hablar más, ya que lo que había visto bastó para hacerle retroceder apresuradamente. Pero las ciudades doradas debían estar en alguna parte allí abajo, añadió, y quizás un blanco con la magia del bastón de trueno podría alcanzarlas. No osaba hablar de ello con el gran jefe Coronado, ya que éste no quería escuchar más cuentos de indios. Sí... podía mostrar a Zamacona el camino si el blanco quería abandonar la expedición y aceptar su guía. Pero él no traspasaría la abertura con el blanco. Había mal allí.

El lugar estaba a unos cinco días de marcha hacia el sur, cerca de la región de los grandes túmulos. Éstos tenían algo que ver con el maligno mundo de allí abajo: probablemente eran antiguos y primitivos pasadizos hacia él, ya que los Antiguos de abajo tuvieron en tiempos colonias en la superficie y

comerciaron con hombres de todos sitios, aun en las tierras que se hundieron bajo las grandes aguas. Fue al sumergirse tales tierras cuando los Antiguos se encerraron abajo, rehusando tratar con la gente de la superficie. Los refugiados de los lugares hundidos les habían dicho que los dioses de la tierra exterior estaban enemistados con la humanidad y que ningún hombre podría sobrevivir en la tierra exterior, a no ser que fuera un demonio aliado a dioses malvados. Fue por eso que se aislaron de la gente de la superficie e hicieron cosas espantosas a quienes se aventuraron abajo, donde ellos moraban. Habían colocado centinelas en cada una de las aberturas, pero en el transcurso de las edades se hizo poco necesario. No había muchos que osaran hablar sobre los ocultos Antiguos, y las leyendas sobre ellos probablemente habían degenerado en ciertos recuerdos fantasmales sobre su esporádica presencia. Parecía que la infinita antigüedad de esas criaturas les había acercado extrañamente a las fronteras del espíritu, porque sus fantasmales emanaciones eran habitualmente frecuentes y vívidas. Así, la región de los grandes túmulos se veía aún convulsa por espectrales batallas nocturnas, remedos de aquellas que se habían producido en los días anteriores a que las aberturas se cerraran.

Los propios Antiguos eran medio fantasmas... de hecho, se decía que no envejecían mucho ni se reproducían, vacilando eternamente en un estado entre carne y espíritu. El cambio no era completo, empero, ya que necesitaban respirar. Era porque el mundo subterráneo necesitaba aire que los portales de los grandes valles no estaban bloqueadas como las aberturas-túmulo de la llanuras. Dichas puertas, añadía Búfalo Acometedor, estaban probablemente basadas en fisuras naturales de la tierra. Se murmuraba que los Antiguos bajaron al mundo desde las estrellas cuando éste era muy joven, y que habían construido sus ciudades de oro puro porque la superficie no era apta para su forma de vida. Ellos eran los antepasados de todos los hombres, aunque nadie podía conjeturar de qué estrella —o de qué lugar más allá de las estrellas— vinieron. Sus ocultas ciudades estaban aún repletas de oro y plata, pero los hombres harían mejor en dejarlos solos, a no ser que estuvieran protegidos por magias verdaderamente poderosas.

Tenían bestias terribles, con leves trazas de sangre humana, sobre las que cabalgaban y a las que utilizaban para otros propósitos. Los seres, o eso se decía, eran carnívoros, y, como sus amos, gustaban de la carne humana; aunque los Antiguos ya no se reproducían, tenían una especie de clase esclava semihumana que también servía para alimentar a la población humana y animal. Había sido reclutada de forma muy extraña, y estaba complementada con una segunda casta de esclavos formada por cadáveres reanimados. Los



antiguos sabían cómo convertir un cadáver en un autómatas que podía durar casi indefinidamente y hacer alguna clase de trabajo dirigidos por órdenes mentales. Búfalo Acometedor dijo que toda la gente había llegado a comunicarse por medio de pensamientos puros: habían hallado, según pasaban eones de descubrimientos y estudios, la comunicación verbal rústica e innecesaria excepto para ritos religiosos y expresiones emocionales. Adoraban a Yig, el gran padre de las serpientes, y a Tulu, el ser con cabeza de pulpo que les había guiado desde las estrellas, y aplacaban a estas odiosas monstruosidades por medio de sacrificios humanos ofrendados de curiosas formas que Búfalo Acometedor no osó describir.

Zamacona quedó embelesado por el relato del indio, y resolvió inmediatamente aceptar su guía hacia el críptico portal del barranco. No creía en los detalles sobre extraños poderes atribuidos por la leyenda al pueblo oculto, ya que su experiencia en la expedición había sido una constante decepción de los mitos nativos sobre tierras desconocidas; pero sintió que algún territorio bastante maravilloso de riquezas y aventuras podía, no obstante, esconderse más allá de los pasadizos subterráneos extrañamente tallados. Al principio, pensó persuadir a Búfalo Acometedor para que contara su historia a Coronado —ofreciéndole su amparo contra cualquier efecto del escepticismo del irritable jefe—, pero más tarde decidió que una aventura en solitario sería mejor. Si no contaba con ayuda, no tendría que repartir lo encontrado y quizás podría convertirse en un gran descubridor y propietario de inmensas riquezas. Un éxito que le haría una figura más grande que el mismo Coronado... quizás un personaje más grande que nadie en Nueva España, incluso que el poderoso virrey don Antonio de Mendoza.

El 7 de octubre de 1541, estando próxima la medianoche, Zamacona abandonó el campo español anexo a la población de casas de hierba y se reunió con Búfalo Acometedor para el largo periplo rumbo al sur. Viajó tan ligero como le fue posible, sin su pesado casco ni peto. De los pormenores del viaje, el manuscrito habla muy poco, pero Zamacona registra su llegada al gran barranco el 13 de octubre. El descenso por la ladera densamente arbolada no llevó mucho, y, aunque el indio tuvo problemas para localizar la entrada oculta tras la maleza, el lugar finalmente apareció. El portal era una abertura angosta formada por monolíticas jambas y dintel de arenisca, y ostentaba signos de tallas recientemente borradas, ya indistinguibles. Su altura era de quizás metro y medio, y su anchura no más de noventa centímetros. Había oquedades en las jambas que indicaban la existencia antaño de una puerta con goznes, pero cualquier otro resto había desaparecido hacía mucho tiempo.

Ante esa boca negra, Búfalo Acometedor mostró considerable temor y abandonó sus suministros apresuradamente. Había provisto a Zamacona de un buen acopio de antorchas resinosas y provisiones, y le había guiado honestamente y bien, pero rehusó acompañarle en la aventura que les esperaba delante. Zamacona le dio las joyas que había guardado para una ocasión así y obtuvo su promesa de volver a la región en un mes; más tarde le mostró el camino del sur hacia las aldeas de los pueblos del Pecos. Una prominente roca, en la llanura sobre éstos, fue elegida como lugar de reunión; quien primero llegara acamparía hasta que el otro pudiera alcanzarle.

En el manuscrito, Zamacona se interroga pensativamente sobre cuánto aguardaría su vuelta el indio, ya que él mismo nunca pudo hacerlo. En el último momento, Búfalo Acometedor trató de disuadirle de sumirse en la oscuridad, pero pronto vio que era inútil y esbozó una estoica despedida. Antes de encender su primera antorcha y cruzar el umbral con su abultado fardo, el español observó la enjuta figura del indio trepando apresuradamente, y bastante aliviado, por entre los árboles. Era el fin de su último lazo con el mundo, aunque él no sabía que nunca volvería a ver a un ser humano —en el verdadero sentido del término— de nuevo.

Zamacona no sintió una inmediata premonición de maldad tras cruzar el ominoso portal, aunque desde el principio se vio sumergido en una extraña e insalubre atmósfera. El pasadizo, ligeramente más alto y ancho que la abertura, era durante muchos metros un túnel nivelado de ciclópea albañilería, con desgastadas losas bajo sus pies y bloques de granito y arenisca grotescamente tallados en los lados y el techo. Las tallas debieron ser espantosas y terribles a juzgar por la descripción de Zamacona, y, según parece, la mayoría de ellas giraban alrededor de los monstruosos entes Yig y Tulu. No se parecían a nada que el aventurero hubiera visto antes, aunque añadía que la arquitectura de los nativos de México era, en el mundo exterior, lo más similar. Tras de alguna distancia, el túnel comenzaba a descender abruptamente, e irregular roca natural apareció por todos lados. El pasadizo parecía sólo parcialmente artificial, y las decoraciones estaban limitadas a ocasionales escenas con impactantes bajorrelieves.

Siguiendo un interminable descenso, cuyo desnivel creaba a veces grave peligro de resbalar y caer, la dirección del pasadizo se volvió sumamente errática y sus contornos variaban. A veces se estrechaba hasta una hendidura o se hacía tan bajo que era necesario detenerse y aun reptar, mientras que en otras ocasiones se ampliaba hasta desembocar en grandes cuevas o series de cuevas. Ciertamente, había muy pocas obras humanas en esa parte del túnel,

aunque ocasionalmente un siniestro mural de jeroglíficos tallados en el muro, o un pasadizo lateral bloqueado, recordaban a Zamacona que esto era realmente el camino olvidado por los eones hacia un primordial e increíble mundo de seres vivientes.

Durante tres días, según sus cálculos, Pánfilo de Zamacona avanzó arriba, abajo, adelante o dando vueltas, pero predominantemente hacia abajo, hacia esa oscura región de la noche paleogénica. En una ocasión escuchó cómo algún ignorado ser de las tinieblas se alejaba de su camino correteando o aleteando, y en otra ocasión medio vislumbró un gran ser albino que le hizo estremecerse. La calidad del aire era habitualmente tolerable, a pesar de las fétidas zonas donde a cada paso se veía sumido, lo mismo que las grandes cavernas de estalactitas y estalagmitas provocaban una deprimente humedad. Esto último, como Búfalo Acometedor había advertido, obstruía bastante seriamente el camino, ya que los depósitos calizos de eras habían construido nuevos pilares en el camino de los primordiales habitantes del abismo. El indio, no obstante, había pasado a través de ellos rompiéndolos, por lo que Zamacona no encontró impedimentos a su viaje. Había un inconsciente alivio en el hecho de que alguien del mundo exterior hubiera estado allí antes... y la minuciosa descripción del indio había tocado las fibras de la sorpresa y lo inesperado. Además, el conocimiento de Búfalo Acometedor sobre el túnel le habían llevado a abastecerle de antorchas para la ida y la vuelta, conjurando el peligro de extraviarse en la oscuridad. Zamacona acampó dos veces, encendiendo un fuego cuyo humo fue despejado por la ventilación natural.

Durante lo que creyó finales del tercer día —aunque su fabuloso sentido del tiempo no era siempre tan digno de confianza como él supone—, Zamacona encontró los prodigiosos descenso y consiguiente ascenso que Búfalo Acometedor había ubicado en la última fase del túnel. Como en el primer tramo, se veían marcas de mejoras artificiales, y a veces el empinado talud era salvado por tramos de escalones toscamente tallados. La antorcha perfilaba cada vez más las monstruosas tallas de los muros, y finalmente el fulgor resinoso pareció mezclarse con una débil luz que aumentaba según Zamacona ascendía el último trecho descendente. Al cabo, cesó el ascenso, y un nivelado pasadizo de albañilería artificial con oscuros bloques de basalto le llevó directamente hacia adelante. No hubo entonces necesidad de antorchas, ya que todo el aire brillaba con una radiación azulada y casi eléctrica que relumbraba como una aurora. Era la extraña luz del mundo interior que había descrito el indio... y, en el instante siguiente, Zamacona salió desde túnel a una estéril y rocosa ladera que ascendía sobre él hasta un hirviente e

impenetrable cielo de fulgores azulados y descendía vertiginosamente hacia una aparentemente ilimitada llanura velada de bruma azul.

Por fin había llegado al mundo desconocido, y de su manuscrito se deduce que escrutó el informe paisaje tan orgullosa y exaltadamente como su compatriota Balboa contempló el recién descubierto Pacífico desde aquella inolvidable punta de Darién. Búfalo Acometedor había vuelto sobre sus pasos en este punto, espoleado por el miedo a algo que sólo podía describir vaga y evasivamente como un rebaño de maligno ganado, ni caballo ni búfalo, sino más bien como los seres que los espíritus del túmulo cabalgaban de noche... pero Zamacona no podía detenerse ante tales bagatelas. A pesar del miedo, se sintió colmado por un extraño sentimiento de gloria, ya que tenía suficiente imaginación como para saber lo que significaba el estar sólo en un inexplicable mundo inferior cuya existencia no sospechaba ningún otro hombre blanco.

El suelo de la gran ladera que se remontaba sobre su cabeza y descendía bajo sus pies era de un gris oscuro, cubierto de rocas, sin vegetación, y de origen probablemente basáltico, y con una factura ultraterrena que le hacía sentirse como un invasor en un planeta extraño. La vasta y distante llanura, centenares de metros más abajo, no mostraba trazas que pudiera distinguir, ya que aparecía ampliamente velada por un vapor azulado e hirviente. Pero más que ladera o llanura o nube, el fulgurante cielo de un luminoso azul impresionó al aventurero con una sensación de supremo misterio y asombro. Qué había creado aquel cielo en el interior de un mundo, él no podía decirlo, aunque sabía de las luces del norte e incluso las había visto una o dos veces. Concluyó que esta luz subterránea era un pariente lejano de la aurora, un punto de vista que los modernos pueden aprobar, aunque parece más probable que ciertos fenómenos radiactivos puedan estar implicados en el asunto.

A espaldas de Zamacona, la boca del túnel que había recorrido bostezaba oscuramente, enmarcada por un zaguán de piedra muy parecido al que había cruzado en el mundo superior, excepto que era de basalto negro grisáceo en vez de arenisca roja. Había odiosas esculturas, aún en buen estado de conservación y quizás acordes con aquellas otras del portal exterior que el tiempo había desgastado. La ausencia de erosión allí indicaba un clima seco y templado; de hecho, el español casi comenzó a notar la deliciosa estabilidad de temperatura que caracteriza al aire del interior del norte. En las jambas de piedra había trabajos que indicaban la antigua presencia de bisagras, pero no había restos de puerta o portón. Sentándose para descansar y pensar, Zamacona aligeró su bulto, apartando comida y antorchas suficientes como

para llevarle de vuelta por el túnel. Luego procedió a esconderlos en la abertura, bajo un montón de piedras formado apresuradamente con los fragmentos rocosos que había por doquier. Después, reajustando su aligerado bagaje, comenzó el descenso hacia la distante llanura, preparándose para invadir una región en la que ningún ser viviente de la tierra exterior había penetrado en un siglo o más, y que el hombre blanco jamás había pisado, y de la que, si las leyendas eran ciertas, ninguna criatura orgánica había regresado jamás cuerda.

Zamacona se encaminó con paso vivo por la empinada e interminable cuesta; sus progresos eran entorpecidos a veces por resbalones causados por fragmentos de rocas sueltos o por la excesiva pendiente. La distancia a la llanura envuelta en brumas debía ser enorme, ya que muchas horas de andar no le dejaron más cerca, aparentemente, de lo que había estado. Sobre él, se alzaba la gran cuesta ascendiendo hacia un brillante mar aéreo de azulados fulgores. El silencio era total, por lo que sus pisadas y la caída de piedras que hacía rodar resonaban en sus oídos con pasmosa claridad. Aproximadamente al mediodía, descubrió por primera vez las anormales huellas que le hicieron pensar en las terribles insinuaciones de Búfalo Acometedor, su precipitada huida y el terror que le perduraba de forma tan extraña.

La naturaleza del suelo sembrado de rocas presentaba pocas oportunidades para huellas de ningún tipo, pero un lugar de bastante desnivel había propiciado la pérdida de detritos que se acumulaban en una cresta, dejando una considerable área de tierra gris negruzca absolutamente desnuda. Allí, en una entremezclada confusión que indicaba el amplio deambular sin objeto de un gran rebaño, Zamacona encontró las extrañas pisadas. Cuánto atemorizó esto al español puede deducirse de sus posteriores insinuaciones sobre las bestias. Describe las pisadas como «ni pezuñas, ni manos, ni pies, y no exactamente garras... no lo bastante para que esto provoque alarma». Porque cuánto tiempo hacía que estuvieron los seres allí, no era fácil de colegir. No había vegetación visible, por lo que el forrajeo estaba fuera de cuestión; pero, por supuesto, si las bestias eran carnívoras podían haber estado cazando pequeños animales cuyos rastros ocultarían los suyos propios.

Mirando hacia atrás, desde este lugar a las alturas, Zamacona creyó detectar indicios de un gran y tortuoso camino que una vez habría llevado desde la boca del túnel a la llanura. La visión de que este primitivo camino sólo era posible gracias a una amplia vista panorámica, ya que la acumulación de fragmentos rocosos caídos lo había obstruido hacía mucho tiempo, pero el aventurero no pudo tener la certeza de que hubiera existido realmente.

Probablemente, no había sido una gran ruta pavimentada, ya que, por el pequeño túnel del que partía, más parecía un camino hacia el mundo exterior. Eligiendo una ruta directa de descenso, Zamacona no había seguido aquella carretera serpenteante, aunque debió cruzarlo una o dos veces. Atento ahora a esta circunstancia, observó hacia delante para ver si podía seguir su trazado hasta la llanura, y finalmente creyó haberlo conseguido. Se decidió a investigar su superficie la próxima vez que lo cruzara y quizás seguir su trazado el resto del camino, si podía distinguirlo.

Retomando la marcha, Zamacona llegó algún tiempo más tarde a lo que consideró una curva del antiguo camino. Había signos de pendiente y antiguos trabajos sobre la superficie rocosa, aunque no lo bastante para que mereciera la pena seguir la ruta. Mientras escarbaba el suelo con su espada, el español descubrió algo que relucía bajo la eterna luz diurna azul, y se estremeció al descubrir una especie de moneda o medalla de un oscuro, desconocido y lustroso metal con odiosos diseños a cada lado. Era total y desconcertantemente extraño para él, y por su descripción no me queda ninguna duda de que era un duplicado del talismán que me dio Águila Gris casi cuatro siglos más tarde. Guardándoselo tras un largo y atento examen, prosiguió el camino, acampando por fin a una hora que él estimó sería la tarde del mundo exterior.

El día siguiente, Zamacona se levantó temprano y prosiguió el descenso a través de aquel mundo de brumas de luces azuladas, desolación y silencio sobrenaturales. Según avanzaba, por fin comenzó a discernir unos pocos objetos en la distante llanura de abajo: árboles, matorrales, rocas y un pequeño río que quedó a la vista desde la derecha, curvándose hacia un punto a la izquierda de su curso visible. El río parecía estar cruzado por un puente conectado con el camino de bajada, y, prestando atención, el explorador pudo distinguir el trazado de la carretera de más allá, en una línea recta sobre la llanura. Al fin, fue capaz de detectar ciudades desparramadas a lo largo de la rectilínea cinta; ciudades cuyos flancos izquierdos llegaban al río y a veces lo cruzaban. Cuando esto ocurría, según vio mientras descendía, había siempre signos de puentes, bien en ruinas, bien conservados. Ahora se hallaba en el centro de una dispersa vegetación herbosa, y vio que más abajo se espesaba más y más. El camino era fácil de distinguir ahora, ya que su superficie desnudaba el suelo estéril de hierba. Los fragmentos rocosos eran menos frecuentes, y los áridos paisajes a su espalda parecían desolados y poco acogedores en contraste con el presente panorama.

Fue en ese día cuando vio la borrosa mancha desplazándose sobre la distante llanura. Desde su primer encuentro con las siniestras huellas no había encontrado nada más, pero algo en aquella lenta y deliberada masa móvil le asqueó. Nada excepto un rebaño de animales paciendo podía moverse así, y, tras ver las pisadas, no deseaba encontrarse con los seres que las habían hecho. Todavía, la masa móvil no estaba cerca del camino... y su curiosidad y avidez por el fabuloso oro eran grandes. ¿Además, quién podría realmente juzgar las cosas basándose en vagas y entremezcladas pisadas, o a las confidencias estremecidas de pánico de un indio ignorante?

Forzando la vista para distinguir la masa móvil, Zamacona comenzó a percatarse de algunas otras cosas interesantes. Una era que algunas partes de las ahora inconfundibles ciudades resplandecían de forma extraña en la brumosa luz azul. Otra era que, cerca de las ciudades, algunas estructuras más aisladas de similares fulgores se desparramaban por doquier a lo largo de la ruta o sobre la llanura. Parecían alzarse entre masas de vegetación, y aquellas que estaban fuera de la carretera tenían pequeñas avenidas que las conectaban con el camino. Ni humo ni otras señales de vida podían discernirse sobre ninguna de las ciudades o construcciones. Por fin, Zamacona vio que la llanura no era infinita, aunque la entrevelante bruma azul se lo había hecho parecer. Estaba limitada en la remota distancia por una cadena de bajas colinas, cerca de una brecha en la que el río y la carretera parecían confluir. Todo esto —especialmente el resplandor de algunos pináculos de las ciudades— era sumamente visible cuando instaló su segundo campamento entre la interminable bruma azul. Igualmente, descubrió la presencia de bandadas de aves que volaban muy alto y cuya exacta naturaleza no pudo describir.

La siguiente tarde —usando el lenguaje del mundo exterior, tal y como lo hace en todo momento el manuscrito— Zamacona alcanzó la silenciosa llanura y cruzó el tranquilo y silencioso río por un puente de basalto de extrañas tallas y excelente estado de conservación. El agua era clara y contenía grandes peces de un aspecto verdaderamente extraño. El camino estaba ahora pavimentado y a veces cubierto de malas hierbas y lianas rastreras, y su curso ocasionalmente estaba flanqueado por pequeños pilares que ostentaban oscuros símbolos. A cada lado había hierba con esporádicas agrupaciones de árboles o matorrales, y desconocidas flores azules salpicando irregularmente todo el área. En todo momento, algún movimiento espasmódico de la hierba delataba la presencia de serpientes. En el transcurso de algunas horas, el viajero alcanzó un soto de antiguos árboles de hoja perenne y aspecto extraño que sabía, por distantes vistazos, protegía una de

las aisladas estructuras de techumbres resplandecientes. Entre la apretada vegetación, vio los pilares odiosamente esculpidos de un pórtico de piedra que daba al camino, y tuvo que abrirse paso a través de zarzas sobre un enlosado camino cubierto de musgo y flanqueado por inmensos árboles y bajos pilares monolíticos.

Por fin, en aquellos silenciosos contraluces verdes, vio la desmoronada e increíblemente antigua fachada del edificio... un templo, sin duda. Era una masa de nauseabundos bajorrelieves, representaciones de escenas y seres, objetos y ceremonias que verdaderamente no podían tener lugar ni en éste ni en cualquier otro planeta cuerdo. Ante tales cosas, Zamacona muestra por primera vez un temor pío y estremecido que contrasta con el valor informativo del resto de su manuscrito. No podemos por menos que lamentar que el ardor católico de aquel español renacentista haya calado tan hondo en su pensamiento y sentimientos. Las puertas del lugar estaban abiertas de par en par, y una oscuridad absoluta colmaba el interior sin ventanas. Superando la repulsión provocada por las esculturas murales, Zamacona entrechocó pedernal y acero, encendiendo una antorcha resinosa, y haciendo a un lado las lianas que le estorbaban, cruzó audazmente el ominoso umbral.

Durante un instante quedó estupefacto ante lo que vio. No era que todo estuviera cubierto por el polvo y las telarañas de eones inmemoriales, ni los palpitantes seres alados o las espantosamente repugnantes esculturas de las paredes, las extravagantes formas de los múltiples cuencos y pebeteros, el siniestro altar piramidal con la cúspide hueca o la monstruosa anormalidad con cabeza de pulpo, forjada en algún extraño y oscuro metal, que acechaba agazapado sobre su pedestal recubierto de jeroglíficos y que tuvo el poder de arrancarle incluso un grito sobresaltado. No era nada tan ultraterreno como eso... sino simplemente el hecho de que —excepto el polvo, las telarañas, los seres alados y el gigantesco ídolo de ojos esmeralda— cada partícula de materia visible era de oro puro y evidentemente macizo.

Aún el manuscrito, redactado con posterioridad a que Zamacona supiera que el oro era el material más comúnmente empleado en la construcción en aquel mundo inferior que contenía inagotables aluviales y filones de este metal, refleja la excitación desahogada que el viajero sintió al descubrir súbitamente la fuente real de todas las leyendas indias sobre ciudades de oro. Durante un tiempo, la capacidad de observación le abandonó, pero, al fin, recobró sus facultades ante una peculiar sensación de tracción en el bolsillo de su jubón. Buscando la causa, descubrió que el disco de extraño metal que había encontrado en la abandonada carretera era fuertemente atraído por el



inmenso ídolo de cabeza de pulpo y ojos de esmeralda aposentado en el pedestal, y que ahora vio que estaba forjado en el mismo y exótico metal desconocido. Más tarde aprendería que esa extraña sustancia magnética —tan poco común en el mundo interior como en el exterior de los hombres— es el metal máspreciado del abismo iluminado de azul. Nadie sabe qué es o dónde existe en estado natural: llegó a este planeta de las estrellas junto con la gente cuando el gran Tulu, el dios de cabeza de pulpo, lo trajo por primera vez a este mundo. De hecho, su única fuente conocida era un depósito de artefactos preexistentes que incluían multitudes de ídolos ciclópeos. Jamás pudo ser clasificado o analizado, y aun su magnetismo se daba sólo con los metales de su propia clase. Era el supremo metal ceremonial del pueblo oculto, y su uso estaba regulado por costumbres, de tal manera que sus propiedades magnéticas no pudieran causar inconvenientes. Una aleación muy débilmente magnética con metales como el oro, la plata, el cobre o el cinc, había sido la unidad monetaria del pueblo oculto en un periodo de su historia.

Las reflexiones de Zamacona sobre el extraño ídolo y su magnetismo se vieron turbadas por un tremendo espasmo de miedo cuando, por primera vez en aquel silencioso mundo, escuchó el rumor de un sonido que obvia y definitivamente se acercaba. No había posibilidad de error sobre su naturaleza. Era la atronadora carga de un rebaño de grandes bestias, y, recordando el pánico del indio, las huellas y la distante masa en movimiento, el español se sobresaltó con aterrorizada anticipación. No analizó su posición o el significado de esta estampida de grandes bestias destructivas, sino que simplemente respondió a la elemental urgencia de la autoprotección. Los rebaños desbocados no se detienen a buscar víctimas en lugares oscuros, y, en el mundo exterior, Zamacona hubiera sentido poca o ninguna alarma en el interior de un masivo edificio resguardado por un soto. Algún instinto, no obstante, provocó en esta ocasión un profundo y peculiar terror en su alma, y él buscó frenéticamente a su alrededor alguna forma de salvación.

No hallando refugios útiles en el gran interior patinado de oro, supo que debía cerrar la puerta, durante largo tiempo fuera de uso. que aún colgaba de sus antiguos goznes abierta contra el muro interior. Tierra, raíces y musgo habían invadido el interior, por lo que hubo de excavar un camino para el gran portón dorado con su espada, pero se las arregló para hacer tal trabajo velozmente bajo el espantado acicate del ruido que se aproximaba. El batir de cascos era más alto y amenazador en el momento en que comenzó a tirar de la pesada puerta, y por un instante sus miedos alcanzaron cotas frenéticas, mientras que las esperanzas de desatascar el metal atorado por la edad se

debilitaban. Entonces, con un crujido, la puerta cedió a sus fuerzas juveniles y se enfrascó en una enloquecida serie de empujones y tirones. Entre el bramido de desbocadas e invisibles pezuñas, acabó lográndolo, y la pesada puerta dorada se cerró, sumiendo a Zamacona en una total oscuridad sólo rota por la antorcha encendida que había colocado entre las patas de un trípode. Había una tranca, y el espantado aventurero rezó a su santo patrón para que aún estuviera en funcionamiento.

El sonido fue la única respuesta que recibió al fugitivo. Al estar aquel rugido prácticamente encima, se dispersó en pisadas diferenciadas, como si el soto de hoja perenne hubiera obligado al rebaño a disminuir velocidad y a desbandarse. Pero las patas continuaron aproximándose, y se le hizo evidente que las bestias avanzaban entre los árboles para circundar los muros odiosamente tallados del templo. En la curiosa intencionalidad de sus pisadas, Zamacona notó algo alarmante y repulsivo, y no le gustaron los hostiles sonidos, audibles aún a través de los gruesos muros de piedra y las pesadas puertas doradas. En una ocasión, la puerta resonó sobre sus antiguos goznes, como si hubiera recibido un pesado impacto, pero afortunadamente resistió. Entonces, tras lo que pareció un intervalo eterno, escuchó pasos que retrocedían y comprendió que sus desconocidos visitantes se marchaban. Ya los rebaños no parecían ser muy numerosos, podía quizás aventurarse con seguridad en el exterior en media hora o menos, pero Zamacona no quiso correr riesgos. Abriendo su bagaje, preparó su campamento sobre las doradas baldosas del suelo del templo, con la gran puerta aún trabada contra cualquier visitante, y cayó rápidamente en un sueño más profundo que cualquiera de los habidos en los espacios iluminados de azul del exterior. Ni siquiera pensó en la infernal masa con cabeza de pulpo del gran Tulu, forjado en un metal desconocido, acechándole con ojos de pescado color verde mar y que se agazapaba en la oscuridad sobre él en su monstruoso pedestal cubierto de jeroglíficos.

Sumido en la oscuridad por primera vez desde que abandonara el túnel, Zamacona durmió larga y profundamente. Debió ser más tiempo que el sueño que había perdido en su dos acampadas previas, cuando el eterno fulgor del cielo le había mantenido despierto a pesar de la fatiga, ya que otros pies vivientes cubrieron grandes distancias mientras yacía en su saludable descanso sin sueños. Fue bueno que reposara profundamente, ya que había muchas cosas extrañas que ver en su siguiente periodo de consciencia.

#### IV

Finalmente, fue un atronador golpeteo sobre la puerta lo que despertó a Zamacona. Se abrió paso entre sus sueños y disipó las persistentes brumas de la somnolencia tan pronto como supo lo que era. No podía haber error: era una llamada humana, definida y perentoria, realizada aparentemente con algún objeto metálico y con toda la medida cualidad de un pensamiento consciente o voluntad implicados en el hecho. Cuando el somnoliento hombre se alzó desmañadamente sobre sus pies, una aguda nota vocal se añadió al requerimiento: fue alguien llamando con una voz no exenta de musicalidad, una fórmula que el manuscrito trata de transcribir como «*oxi, oxi, giathcán ycá relex*». Cerciorándose de que los visitantes eran hombres y no demonios, y pensando que no tenían ningún motivo para considerarlo un enemigo, Zamacona decidió encararlos abiertamente y al instante, y, por consiguiente, tiró del antiguo pestillo hasta que la puerta dorada crujió, abriéndose bajo la presión de quienes estaban fuera.

Al abrirse el gran portón, Zamacona quedó frente a un grupo de unos veinte individuos cuyo aspecto no parecía calculado para provocarle alarma. Parecían ser indios; aunque sus ropas de buen gusto, arreos y espadas no se parecían a nada que hubiera visto entre las tribus del mundo exterior, y sus rostros mostraban multitud de sutiles diferencias con el tipo indio. No tenían aspecto de ser ciegamente hostiles, eso estaba claro, ya que en vez de amenazarle de cualquier forma, simplemente le miraron atenta y significativamente a los ojos, como si esperaran que su mirada diera paso a algún tipo de comunicación. Cuanto más le miraban, más creía conocer su misión; porque, aunque nadie había hablado desde la llamada vocal previa a la apertura de la puerta, se encontró descubriendo lentamente que habían llegado de la gran ciudad más allá de las bajas colinas a lomos de animales y que habían sido reclamados por bestias que habían informado de su presencia; que ellos no estaban seguros de la clase de persona que era o de dónde había llegado, pero sabían que debía estar asociado con aquel mundo exterior brumosamente recordado y que a veces visitaban en curiosos sueños. Cómo leyó todo esto en la mirada de los dos o tres cabecillas, no le fue posible explicarlo, aunque lo supo un instante después.

Primero trató de dirigirse a sus visitantes en el dialecto Wichita que había aprendido de Búfalo Acometedor, y, al no obtener una respuesta verbal, lo intentó sucesivamente en azteca, español, francés y latín, añadiendo posteriormente fragmentos de vacilante griego, gallego y portugués, e incluso el bable campesino de su Asturias natal, todo cuanto fue capaz de recordar. Pero ni siquiera este despliegue políglota —todo su bagaje lingüístico—

obtuvo una respuesta. Cuando, sin embargo, se detuvo perplejo, uno de los visitantes comenzó a hablar en un lenguaje completamente extraño y bastante fascinante cuyos sonidos el español tuvo más tarde muchas dificultades para trasladar al papel. Ante su incapacidad de entenderlo, su interlocutor señaló primero sus propios ojos, luego la frente y después sus ojos de nuevo, como conminándole a mirarle para absorber lo que trataba de transmitirle.

Zamacona, obedeciendo, se encontró rápidamente en posesión de alguna información. Esa gente, aprendió, conversaba usualmente por medio de emisiones no vocales de pensamiento, aunque primitivamente habían utilizado un idioma que aún sobrevivía, así como la lengua escrita, y que todavía empleaban con motivos tradicionales o cuando fuertes sentimientos requerían una salida espontánea. Pudo entender esto simplemente concentrando su atención en aquellos ojos, y pudo responder creando una imagen mental de cuanto deseaba decir y enviando la esencia de esto con la mirada. Cuando el emisor cesó, aparentemente invitándole a responder, Zamacona intentó, lo mejor que pudo, seguir las instrucciones; pero parece que no le fue demasiado bien. Entonces movió la cabeza y trató de describirse a sí mismo y a su periplo mediante signos. Apuntó arriba, como hacia el mundo exterior, luego cerró los ojos e hizo signos que indicaban cavar como un topo. Después abrió los ojos de nuevo y apuntó abajo, tratando de indicar su descenso por la gran ladera. Experimentalmente, mezcló una o dos palabras con los gestos: por ejemplo, apuntándose sucesivamente y señalando a todos sus visitantes, dijo «*un hombre*», y luego, apuntándose a sí mismo en particular pronunció muy cuidadosamente su propio nombre: *Pánfilo de Zamacona*.

Antes de que terminara la conversación, habían intercambiado un buen caudal de informaciones. Zamacona había comenzado a aprender la forma de emitir sus pensamientos y, asimismo, había aprendido algunas palabras del arcaico lenguaje oral de la región. Sus visitantes, por su parte, habían asimilado algunos conceptos de un elemental vocabulario de español. Su propio y antiguo lenguaje era completamente distinto a cuanto hubiera escuchado el español, aunque hubo posteriores momentos en los que imaginó encontrarle un lazo remoto con el azteca, como si este último representase algún tardío estado de corrupción o estuviera muy diluido por la infiltración de palabras extranjeras. El mundo subterráneo, como aprendió Zamacona, ostentaba un antiguo nombre que el manuscrito transcribe como «*Xinaián*», pero que, por las explicaciones complementarias del redactor y las marcas

diacríticas, probablemente estaría mejor representado, a oídos de un anglosajón, por la transcripción fonética *K'n-yan*.

No resulta sorprendente que esta conversación preliminar no fuera más allá de lo meramente esencial, pero esos fundamentos eran sumamente importantes. Zamacona supo que el pueblo de *K'n-yan* era casi infinitamente antiguo, y que provenía de una remota zona del cosmos donde las condiciones físicas eran muy similares a las de la tierra. Todo esto, por supuesto, era ahora leyenda, y uno no puede decir cuanto de verdad hay en todo ello o cuanto trabajo fue realmente realizado por el ser de cabeza de pulpo Tulu, que, según la tradición, los había guiado y a quien aún reverenciaban por razones estéticas. Sin embargo, conocían de la existencia del mundo exterior, y era de hecho el grupo original que lo había poblado tan pronto como la corteza estuvo lista para aceptar la vida. Entre las eras glaciales habían levantado notables civilizaciones de superficie, especialmente en el Polo Sur, cerca de la montaña Kadath.

En algún momento infinitamente lejano del pasado, la mayor parte del mundo exterior se había sumido bajo las aguas, de forma que sólo unos pocos refugiados sobrevivieron para llevar la noticia a *K'n-yan*. Tal suceso fue indudablemente debido a la ira de demonios espaciales. hostiles tanto a los hombres como a sus dioses... ya que tenía resabios de una inmersión primordial que había sumergido a los mismos dioses, incluido el gran Tulu, que aún yacía hundido, soñando en las inundadas bóvedas de la semicósmica ciudad de Relex. Ningún hombre que no fuera un esclavo de los demonios del espacio, se argumentaba, podía vivir mucho en el mundo exterior, y se decidió que todos los seres que allí permanecían debían estar malignamente confabulados. El comercio con las tierras iluminadas por el sol y las estrellas se interrumpió bruscamente. Los pasadizos subterráneos a *K'n-yan*, o los que podían ser recordados, fueron cegados o cuidadosamente guardados, y todos los invasores fueron tratados como peligrosos espías y enemigos.

Pero eso había sucedido hacía mucho tiempo. Con el transcurso de las edades menos y menos visitantes llegaban a *K'n-yan*, y eventualmente se retiraron los centinelas de los pasadizos abiertos. La mayoría de la gente olvidó —excepto en forma de distorsionadas memorias y mitos, así como de algunos sueños muy singulares— la existencia de un mundo exterior; aunque la gente culta nunca olvidó los hechos esenciales. Los últimos visitantes recordados —siglos atrás— no habían sido tratados como espías al servicio de los demonios: la fe en las viejas leyendas hacía mucho que habían muerto. Habían sido interrogados ávidamente sobre las fabulosas regiones exteriores,

ya que la curiosidad científica en K'n-yan era entusiasta, y los mitos, memorias, sueños y fragmentos históricos sobre la superficie de la tierra habían colocado desde siempre a los eruditos al borde de una expedición al exterior, pero que, sin embargo, nunca osaron acometer. Lo único que se pedía a esos visitantes era que se abstuvieran de retroceder e informar al mundo exterior sobre la existencia de los K'n-yanos; ya que, después de todo, uno no podía estar seguro sobre aquellas tierras exteriores. Codiciaban el oro y la plata, y podrían mostrarse invasores muy\* problemáticos. Aquellos que habían obedecido el aviso habían vivido felices, aunque lamentablemente poco, y habían contado cuanto sabían de su mundo... bastante poco, no obstante, ya que sus informes eran tan fragmentarios y contradictorios que uno difícilmente podía decidir en qué creer y qué dudar. Uno deseaba que hubiera más visitantes. Y respecto a aquellos que desobedecieron intentando escapar... la desgracia se cebó en ellos. El mismo Zamacona fue muy bienvenido, ya que parecía ser un hombre instruido y saber mucho más sobre el mundo exterior que cualquiera que hubiera llegado desde que recordaba la memoria. Podía contarles bastante... y ellos ansiaban que les sacara de su aislamiento secular.

Mucho de lo que aprendió Zamacona sobre K'n-yan en estos primeros instantes le dejó casi sin aliento. Supo, por ejemplo, que en los últimos siglos el fenómeno del envejecimiento y muerte había sido vencido, y que los hombres no envejecían mucho ni morían excepto por violencia o voluntad propia. Por regulación del sistema, uno podía ser tan joven fisiológicamente e inmortal como deseara, y la única razón por la que se abocaban voluntariamente a la vejez era que gozaban de tal sensación en un mundo donde reinaban el estatismo y la complacencia. Podían volver fácilmente a la juventud con sólo desearlo. No había nacimientos, excepto para propósitos experimentales, ya que una superpoblación fue considerada innecesaria por una raza que controlaba la Naturaleza y los organismos rivales. Muchos, no obstante, buscaban morir al cabo del tiempo, a pesar de los mayores esfuerzos por inventar nuevas diversiones: la prueba de la consciencia se volvía demasiado ardua para almas sensibles, especialmente para quienes el tiempo y la hartura habían cegado los instintos primarios y las emociones de la autoconservación. Todos los miembros del grupo que se presentó ante Zamacona tenían entre 500 a 1.500 años, y algunos habían visto ya antes visitantes de la superficie, aunque el tiempo había empañado su recuerdo. Esos visitantes, por supuesto, habían tratado de imitar la longevidad de la raza subterránea, pero sólo lo habían logrado parcialmente, debido a las

diferencias evolutivas desarrolladas durante uno o dos millones de años de separación.

Tales diferencias evolutivas se manifestaban aún más claramente en otro particular, uno todavía más extraño que el milagro de la inmortalidad. Era la habilidad de la gente de K'n-yan para regular el equilibrio entre materia y energía, incluso cuando los cuerpos de seres orgánicos vivientes estaban involucrados, por la mera fuerza de la voluntad técnicamente entrenada. En otras palabras, con considerable esfuerzo, un adiestrado hombre de K'n-yan podía desmaterializarse y rematerializarse a sí mismo... o, con un esfuerzo algo mayor y técnicas más avanzadas, hacerlo con el objeto que deseara, reduciendo la materia sólida a partículas libres externas y recombinando las partículas de nuevo sin daño. De no haber respondido Zamacona a los golpes de los visitantes como lo hizo, habría descubierto esto de una forma mucho más desconcertante; ya que sólo la tensión y fastidio del proceso refrenó a los veinte hombres de cruzar corporalmente la puerta sin detenerse a llamar. Este arte era mucho más antiguo que el de la vida perpetua, y podía ser aprendido hasta cierto punto, nunca a la perfección, por una persona inteligente. Rumores sobre esto habían alcanzado el mundo exterior en edades pasadas, sobreviviendo en tradiciones secretas y leyendas de fantasmas. Los hombres de K'n-yan se habían divertido con los primitivos y distorsionados cuentos de espíritus traídos por los dispersos visitantes del mundo exterior. En la vida práctica, este principio tenía algunas aplicaciones industriales; pero generalmente era lo suficientemente fatigoso como para ser relegado a pesar de los incentivos para su uso. Su principal uso remanente estaba ligado al sueño, cuando, para divertirse, muchos soñadores recurrían a él para realzar la intensidad de sus visionarios vagabundeos. Con ayuda de este método, los soñadores aún realizaban visitas en un estado semimaterial a un extraño y nebuloso reino de colinas, valles y luces titilantes que algunos consideraban el olvidado mundo exterior. Podían ir allá en sus bestias y, en aquella edad pacífica, revivir a las viejas y gloriosas batallas de sus antepasados. Algunos filósofos pensaban que en ciertos casos actuaban en unión fuerzas inmateriales dejadas atrás por aquellos ancestros guerreros.

Toda la población de K'n-yan moraba en la gran y elevada ciudad de Tsath, más allá de las montañas. Primitivamente, algunas razas habían habitado todo el mundo subterráneo, que abarcaba insondables abismos y que incluía la región iluminada de azul y una región iluminada de rojo llamada Yoth, donde los restos de una raza no-humana y aún más antigua habían sido encontrados por los arqueólogos. Con el transcurso del tiempo, no obstante, la

gente de Tsath había conquistado y esclavizado a todos los demás, cruzándolos con algunos cuadrúpedos astados de la región de luz rojiza, cuyas inclinaciones semihumanas eran muy peculiares y que, aun poseyendo algunos elementos artificialmente creados, podrían ser en parte los degenerados descendientes de aquellas peculiares entidades que habían dejado las ruinas. Con el paso de las eras, mientras los descubrimientos mecánicos hacían la vida extremadamente fácil, sobrevino una concentración de la gente en Tsath, por lo que el resto de K'n-yan quedó relativamente desierto.

Era más fácil vivir en un solo lugar, y no tenía sentido mantener una población descomunal. Muchos de los viejos artefactos estaban aún en servicio, aunque otros habían sido abandonados cuando se vio que eran inútiles para dar placer, o que no eran necesarios para una raza de reducida población cuya fuerza mental podía gobernar un amplio plantel de organismos inferiores e semihombres industriales. Esta gran clase esclava estaba formada por elementos heterogéneos, habiendo sido engendrada a partir de antiguos enemigos vencidos, invasores del mundo exterior y cadáveres curiosamente revividos, y por los miembros inferiores, por naturaleza, de la raza gobernante de Tsath. El tipo predominante mismo se había superado a través de la eugenesia y la evolución social: la nación había pasado por un periodo de utópica democracia industrial que daba iguales oportunidades a todos, y esto, por el natural ascenso de la inteligencia al poder, privó a la masa de toda inteligencia y vigor. La industria, resultando esencialmente inútil excepto para suministrar las necesidades básicas y la gratificación de los ineludibles anhelos, se había vuelto muy simple. El bienestar físico estaba asegurado mediante la agricultura y ganadería científicas. Los viajes largos se habían abandonado, y la gente volvió a usar las semihumanas bestias astadas, en lugar de mantener la profusión de máquinas transportadoras de oro, plata y acero que una vez cubrieran la tierra, el agua y el aire. Zamacona apenas pudo creer que tales cosas pudieran haber existido excepto en los sueños, pero dice que pudo ver ejemplares de ellos en los museos. También pudo contemplar las ruinas de otros inmensos artefactos mágicos para realizar un viaje de un día al valle de Do-Hna, adonde se había extendido la raza durante periodos de gran población. Las ciudades y templos de tal llanura pertenecían a un periodo mucho más arcaico, y no eran otra cosa que santuarios religiosos y museos de la supremacía de las gentes de Tsath.

El gobierno de Tsath era una especie de estado comunista o semianarquista: la costumbre antes que la ley determinaban el diario orden de



las cosas. Esto era posible por la añeja experiencia y el aburrimiento que agarrotaba a la raza, cuyos deseos y necesidades se ceñían a fundamentos físicos y nuevas sensaciones. Una larga tolerancia de eras más que una creciente reacción había abolido toda ilusión de valores y principios, y nada excepto algo parecido a la costumbre era aceptado o esperado. Evitar que el mutuo abuso en la búsqueda de placeres nunca dañara a la vida común de la comunidad... esto era cuanto se deseaba. La organización familiar había desaparecido mucho tiempo atrás, y las distinciones sociales y civiles entre sexos se habían esfumado. La vida diaria estaba organizada en patrones ceremoniales: juegos, intoxicaciones, tortura de esclavos, ensoñaciones, orgías gastronómicas y emocionales, ejercicios religiosos, experimentos exóticos, discusiones artísticas y filosóficas, y cosas por el estilo, eran las principales ocupaciones. La propiedad... principalmente las tierras, esclavos y animales eran parte de la común empresa ciudadana de Tsath, y los lingotes del magnético metal de Tulu, la primitiva moneda patrón, eran distribuidos mediante una compleja base que incluía un cierto monto igual dividido entre todos los hombres libres. La pobreza era desconocida, y el trabajo consistía sólo en unos ciertos deberes administrativos impuestos por un intrincado sistema de prueba y selección. Zamacona tuvo dificultades en describir condiciones tan distintas a todo cuanto hubiera conocido antes, y el texto de su manuscrito da muestras poco habituales de desconcierto en estos temas.

Arte e intelecto, según parece, habían alcanzado cotas muy altas en Tsath, pero se había convertido en indiferencia y decadencia. El predominio de la maquinaria había al tiempo quebrantado el desarrollo de la estética normal, introduciendo una inerte tradición geométrica, fatal para la expresión sonora. Todo esto había quedado pronto desfasado, pero había dejado su impronta sobre la creación pictórica y decorativa, y, con excepción de los convencionales diseños religiosos, había poca profundidad o sentimiento en cualquier trabajo posterior. Las reproducciones arcaizantes de trabajos antiguos se encontraron mucho mejores para el solaz general. La literatura era sumamente individual y analítica, aunque la mayor parte era completamente ininteligible para Zamacona. La ciencia había sido profundizada y asegurada, y abarcaba todos los campos, con la única excepción de la astronomía. Todo esto, no obstante, caía en la decadencia, y la gente encontraba progresivamente inútil gravar sus mentes con memorizaciones de una enloquecedora multitud de detalles y ramificaciones. Se consideraba más sensato abandonar las más profundas especulaciones y relegar la filosofía a las formas convencionales. La tecnología, por supuesto, podía ser decretada a

dedo. La historia se abandonaba más y más, pero existían en las bibliotecas copiosas y puntuales crónicas del pasado. Era aún un asunto interesante, y hubo gran regocijo ante el nuevo conocimiento sobre el mundo exterior prestado por Zamacona. Sin embargo, en general, la moderna tendencia era sentir más que pensar, por lo que la gente estaba más motivada a inventar nuevas diversiones que en preservar los viejos sucesos o empujar la frontera de los misterios cósmicos.

La religión era un interés primordial en Tsath, aunque muy pocos creían en aquellos tiempos en lo sobrenatural. Lo que les movía era la exaltación estética y emocional prestada por los gestos místicos y los sensuales ritos que arropaban la colorida fe ancestral. Los templos del Gran Tulu, un espíritu de universal armonía antiguamente simbolizado en el dios con cabeza de pulpo que había guiado a los hombres desde las estrellas, eran los objetos más ricamente forjados de toda K'n-yan, mientras que los críticos santuarios de Yig, el principio de la vida simbolizado como el Padre de todas las Serpientes, eran casi tan abundantes y destacados. En su momento, Zamacona aprendió mucho sobre las orgías y sacrificios ligados a esta religión, pero parece piadosamente reacio a describirlos en su manuscrito. Él mismo nunca participó de ningún rito salvo aquellos que confundió con degeneraciones de su propia fe; no obstante, no perdió oportunidad de intentar convertir a la gente a la fe de la Cruz que los españoles ansiaban hacer universal.

Destacado dentro de la contemporánea religión de Tsath era una revivida y casi genuina veneración hacia el raro y sagrado metal de Tulu: el oscuro, lustroso y magnético material que no se encontraba jamás en la Naturaleza, pero que había estado siempre con los hombres en la forma de los ídolos y complementos de culto. Desde los primeros tiempos, cualquier vista de éste en su estado puro habían impelido al respeto, mientras que todos los archivos sagrados y las letanías estaban guardadas en cilindros forjados en su más pura sustancia. Ahora, mientras el abandono de la ciencia y el intelecto iba turbando el crítico espíritu analítico, la gente comenzaba de nuevo a tejer alrededor del metal la misma red de reverente superstición que ya existiera en tiempos primitivos.

Otra de las funciones de la religión era la regulación del calendario, nacida en una época en que el tiempo y la velocidad eran contemplados como fetiches primordiales en la vida emocional del hombre. Periodos de alterna vigilia y sueño, prolongados, acortados e invertidos según dictaran el humor y la conveniencia, y datados por el batir de la cola del Gran Yig, la Serpiente, correspondían muy someramente a los días y noches humanos; aunque las

sensaciones de Zamacona le dijeron que debían ser actualmente algo más largos. El año, medido por la muda anual de piel de Yig, era como un año y medio del mundo externo. Zamacona creyó haber dominado plenamente este calendario cuando escribió el manuscrito, por lo que da el dato confidencial de 1545; pero el documento fracasa al sugerir que su aseveración en tal sentido está plenamente justificada.

Cuando el interlocutor de la partida de Tsath le dio tal información, Zamacona sintió una creciente repulsión y alarma. No era sólo lo dicho, sino la extraña manera telepática de hacerlo y la total conclusión de que la vuelta al mundo exterior sería imposible, lo que hizo desear al español no haber descendido nunca a esta región de magia, anormalidad y decadencia. Pero sabía que nada puede ser mejor política que una amistosa aceptación, de ahí que decidiera cooperar con todos los planes de sus visitantes y suministrarles toda la información que pudieran requerir. Ellos, por su parte, estaban fascinados ante las informaciones del mundo exterior que él trató vacilantemente de transmitir.

Era verdaderamente la primera fuente de información relevante que tenían desde la caída de la Atlántida y Lemuria eras antes, ya que los siguientes emisarios del exterior fueron miembros de grupos pequeños y locales sin ningún conocimiento del gran mundo: mayas, toltecas, aztecas si acaso, o miembros de las aún más ignorantes tribus de las llanuras. Zamacona era el primer europeo que nunca vieran, y el hecho de que fuera un joven de educación e inteligencia le daba aún mayor valor como fuente de conocimiento. El grupo visitante mostró un incesante interés en todo cuanto les suministró, y era evidente que su llegada haría mucho por el renacimiento del menguante interés de la cansada Tsath en temas de geografía e historia.

Lo único que pareció disgustar a los hombres de Tsath fue el hecho de que curiosos y aventureros extranjeros estuvieran comenzando a derramarse por aquellas partes donde había los pasadizos de K'n-yan. Zamacona les habló del descubrimiento de Florida y Nueva España, y dejó claro que gran parte del mundo degustaba el sabor de la aventura: españoles, portugueses, franceses e ingleses. Tarde o temprano, México y Florida serían parte de un gran imperio colonial, y entonces sería difícil guardarse de los buscadores de los rumoreados oro y plata del abismo. Búfalo Acometedor sabía del periplo de Zamacona al interior de la tierra. ¿Podría contárselo a Coronado, o quizás enviar un mensaje al gran virrey cuando él no encontrara al viajero en el acordado lugar de reunión? La alarma por la pervivencia del secreto y seguridad de K'n-yan se reflejó en el rostro de los visitantes, y Zamacona

leyó en sus mentes el hecho de que, sin duda, de nuevo se apostarían centinelas en todos los pasadizos abiertos al mundo exterior que los hombres de Tsath pudieran recordar.

## V

La larga conversación entre Zamacona y sus visitantes tuvo lugar bajo la media luz verde azulada del soto, al pie de las puertas del templo. Algunos hombres se recostaban en el musgo y los pastos cercanos al descuidado camino, mientras que otros, entre quienes se encontraban el español y el jefe portavoz del grupo de Tsath, se sentaban en los ocasionales pilares bajos y monolíticos que se alineaban en las cercanías del templo. Casi un día terrestre completo se había consumido en el coloquio, ya que Zamacona sintió repetidas veces la necesidad de alimento y comió de su bien provisto fardo, mientras algunos del grupo de Tsath retrocedían en busca de provisiones hasta la carretera donde habían dejado a sus monturas. Por fin, el jefe principal de la partida dio por concluida la conversación, indicando que había llegado el momento de ir a la ciudad.

Había, según afirmaba, algunas bestias adicionales en la comitiva, y Zamacona habría de cabalgar sobre una de ellas. La perspectiva de montar uno de aquellos ominosos seres híbridos cuya fabulosa nutrición era tan alarmante, y un simple vistazo de las cuales había bastado para que Búfalo Acometedor emprendiera una huida frenética, no era algo muy apetecible para el viajero. Había, además, otro punto sobre esos seres que le perturbaba enormemente: la aparente y preternatural inteligencia de algunos de los miembros de la manada ambulante del día anterior, que habían informado su presencia a los hombres de Tsath y guiado a la presente expedición. Pero Zamacona no era un cobarde, por lo que siguió audazmente a los hombres por el camino infectado de hierbas hacia la carretera donde aguardaban los seres.

Aun así, no pudo contener un grito de terror ante lo que vio al rebasar los grandes pilares cubiertos de lianas y salir a la antigua carretera. No se maravilló de que el curioso wichita hubiera huido aterrorizado, y tuvo que cerrar los ojos durante un instante para conservar la cordura. Es una desgracia que algún sentido de piadosa reticencia le impidiera describir detalladamente en su manuscrito la indescriptible visión que contempló. Así, solamente insinuó la estremecedora morbidez de aquellos grandes y achaparrados seres blancos con pelo negro en los flancos, un rudimentario cuerno en el centro de la frente e inconfundibles trazas de sangre humana o antropoide, delatadas por sus rostros de narices aplastadas y labios carnosos. Eran, declaró más tarde en

su manuscrito, las entidades materiales más terribles que jamás viera en su vida, tanto en K'n-yan como en el mundo exterior. Y la cualidad esencial de este inmenso terror era algo ajeno a cualquier característica fácilmente reconocible o descriptible. El principal problema consistía en que no eran producto íntegramente de la Naturaleza.

El grupo observó el temor de Zamacona y le apremió a tranquilizarse lo antes posible. Las bestias, o *gyaayothn*, explicaron, seguramente eran seres curiosos, pero no eran realmente dañinos. La carne que comían no era la de la gente inteligente de la raza dominante, sino simplemente la de una clase esclava especial que en su mayor parte no era completamente humana, y que de hecho era la principal fuente de carne de K'n-yan. Ellos —o sus principales elementos ancestrales— habían sido descubiertos en estado salvaje entre las ciclópeas ruinas del desierto mundo de luz roja de Yoth, que estaba bajo el mundo de luz azul de K'n-yan. El hecho de que eran parcialmente humanos resultaba bastante claro, pero los hombres de ciencia nunca pudieron determinar si eran los descendientes de las pretéritas entidades que habían vivido y reinado en las extrañas ruinas. El principal argumento para tal suposición era el hecho probado de que los desaparecidos habitantes de Yoth habían sido cuadrúpedos. Mucho de todo esto era conocido por los escasos manuscritos y tallas encontrados en las criptas de Zin, bajo la inmemorialmente arruinada ciudad de Yoth. Pero también se sabía por aquellos manuscritos que los seres de Yoth habían poseído el arte de la producción artificial de vida, y habían creado y destruido algunas razas animales industriales y de transporte, eficientemente diseñadas, en el transcurso de su historia... por no hablar de la producción de toda clase de formas vivientes fantásticas, destinadas a provocar diversión y nuevas sensaciones, durante el largo periodo de decadencia. Los seres de Yoth, indudablemente, habían sido de estirpe reptiliana, y la mayoría de los fisiólogos de Tsath coincidían en que las actuales bestias fueron sumamente reptilianas antes de ser cruzadas con la clase esclava mamífero de K'n-yan.

Dice mucho sobre el intrépido talante de aquellos españoles renacentistas que conquistaron la mitad del nuevo mundo, el que Pánfilo de Zamacona y Núñez montara una de las morbosas bestias de Tsath y se colocara junto al jefe de la comitiva, el hombre llamado Gll'-Hthaa-Ynn, quien fuera el más activo en el previo cambio de información. Era algo repulsivo, pero, después de todo, el asiento era muy cómodo, y el paso de los desmañados *gyaa-yoth* era sorprendentemente firme y regular. No se necesitaban riendas, y el animal no parecía necesitar guía alguna. La procesión avanzó con paso vivo,

deteniéndose sólo en algunas ciudades y templos abandonados acerca de los que Zamacona mostró curiosidad, y sobre los que Gll'-Hthaa-Ynn se mostró dispuesto a enseñar y explicar. La mayor de tales ciudades, B'graa, era una maravilla de oro finamente forjado, y Zamacona estudió la arquitectura curiosamente adornada con ávido interés. Las construcciones se apiñaban elevándose hacia lo alto, con tejados coronados por multitud de pináculos. Las calles eran angostas, curvilíneas y en ocasiones pintorescamente onduladas, pero Gll'-Hthaa-Ynn dijo que las posteriores ciudades de K'n-yan eran de diseño mucho más espacioso y regular. Todas esas viejas ciudades de la llanura mostraban rastros de abatidos muros... restos de los arcaicos días, cuando fueron sucesivamente conquistadas por los ahora desaparecidos ejércitos de Tsath.

Había algo a lo largo de la ruta que Gll'-Hthaa-Ynn mostró por propia iniciativa, aunque eso implicó un desvío de más de un kilómetro por un camino lateral cubierto de lianas. Era un templo achaparrado y sencillo construido con bloques de basalto, sin una simple talla y conteniendo sólo un vacío pedestal de ónice. Lo que le hacía notable era su cualidad de lazo con un fabuloso mundo pretérito, comparado con el cual incluso el críptico Yoth era algo de ayer. Había sido construido a imitación de algunos templos pintados en las criptas de Zin y albergaba un terrible ídolo negro con aspecto de sapo llamado Tsathoggua en los manuscritos yóthicos. Había sido un dios potente y fanáticamente adorado, y, tras su adopción por el pueblo de K'n-yan, había dado su nombre a la ciudad que más tarde sería la dominante en esa región. La leyenda yóthica decía que había llegado de un misterioso reino interior que estaba bajo el mundo de luz roja: un dominio negro de seres peculiarmente sensitivos que no conocían la luz, pero que habían tenido una gran civilización y poderosos dioses antes aún de que los reptilianos cuadrúpedos de Yoth hubieran llegado y alcanzado el ser. Había muchas imágenes de Tsathoggua en Yoth, todas las cuales se suponía provenientes del negro mundo inferior, y que los arqueólogos yóthicos creían que representaban la raza de tal dominio, extinta eones atrás. El mundo negro, llamado N'kai en los manuscritos yóthicos, fue explorado tanto como fue posible por esos arqueólogos, y el hallazgo de singulares artesas o madrigueras de piedra habían provocado infinidad de especulaciones.

Cuando los hombres de K'n-yan descubrieron el mundo de luz roja y descifraron los extraños manuscritos, rindieron culto al Tsathoggua y se llevaron todas las espantosas imágenes de sapo a la tierra de la luz azul, emplazándolas en santuarios de piedra extraída de Yoth como el que

Zamacona veía ahora. El culto floreció hasta casi rivalizar con los antiguos cultos de Yig y Tulu, y una rama de la raza incluso salió al mundo exterior, donde las más pequeñas de las imágenes encontraron, eventualmente, un santuario en Olathoë, en la tierra de

Lomar, cerca del Polo Norte. Se rumoreaba que este culto del mundo exterior sobrevivió incluso después de que la glaciación y los peludos gnophekehs destruyeran Lomar, pero de tales asuntos no se tenían demasiados detalles en K'n-yan. En el mundo de la luz azul, el culto tuvo un abrupto final, aun cuando, a través del nombre de Tsath, estaba condenado a perdurar.

Lo que acabó con el culto fue la parcial exploración del negro reino de N'kai bajo el mundo iluminado de rojo de Yoth. Según los manuscritos yóthicos, no había vida superviviente en N'kai, pero algo debió suceder en los eones transcurridos entre los días de Yoth y la llegada del hombre a la tierra, algo que quizás no era ajeno al fin de Yoth. Quizás tuvo lugar un terremoto, abriendo estancias inferiores del mundo sin luz que habían permanecido cerradas para los arqueólogos yóthicos, o quizás una más espantosa yuxtaposición de energía y electrones, completamente inconcebible para la mente de una forma vertebrada. De cualquier forma, cuando los hombres de K'n-yan se introdujeron en el negro abismo de N'kai con lámparas atómicas de gran potencia, encontraron seres vivos... seres vivos que medraban en canales de piedra y veneraban efigies de ónice y basalto de Tsathoggua. Pero no eran sapos como Tsathoggua. Nada más lejos: eran masas amorfas de viscoso limo negro que asumían temporales formas para diversos propósitos. Los exploradores de K'n-yan no se detuvieron para observaciones detalladas, y aquellos que escaparon vivos sellaron el pasadizo que llevaba desde el mundo de luz roja Yoth a los golfos de horror inferior. Luego, todas las imágenes de Tsathoggua en la tierra de K'n-yan fueron disueltas en el éter mediante rayos desintegradores, y el culto fue abolido para siempre.

Eones más tarde, cuando los miedos infantiles fueron desterrados y suplantados por la curiosidad científica, las viejas leyendas sobre Tsathoggua y N'kai fueron recordadas, y una partida de exploración convenientemente armada y equipada descendió a Yoth para encontrar la clausurada puerta del abismo negro e indagar sobre qué podía habitar allí. Pero no pudieron encontrar la puerta, ni lo pudo ningún hombre a pesar de buscarse en todas las edades que siguieron. En el presente, había quienes dudaban de que tal abismo hubiera existido, pero los pocos eruditos que aún eran capaces de descifrar los manuscritos yóthicos creían que la evidencia sobre tal cosa era suficiente, aunque los archivos medios de K'n-yan, con registros de una

espantosa expedición a N'kai, estaban más abiertos a la duda. Algunos cultos religiosos posteriores intentaron suprimir el recuerdo de la existencia de N'kai y adoptaron severas sanciones contra su mención, pero eso no se tomaba en serio en el tiempo en que Zamacona llegó a K'n-yan.

Cuando la comitiva regresó al viejo camino y se aproximó a la baja cadena de montañas, Zamacona vio que el río estaba muy cerca, a la izquierda. Algo más tarde, mientras el terreno se elevaba, la corriente entraba en una garganta y pasaba entre las colinas, mientras que la carretera atravesaba la brecha por un nivel algo más alto, cerca del borde. Fue ése el momento en que comenzó la lluvia luminosa. Zamacona descubrió las ocasionales gotas y la llovizna, y miró hacia el refulgente aire azul, pero no había ninguna mengua en la extraña radiación. Gll'-Hthaa-Ynn le dijo que tales condensaciones y precipitaciones de vapor de agua no eran infrecuentes, y que nunca reducía el resplandor de la bóveda superior. Una especie de bruma, no obstante, pendía eternamente sobre las tierras bajas de K'n-yan y compensaba la total ausencia de verdaderas nubes.

El leve ascenso del paso montañoso permitió a Zamacona, mirando atrás, ver la antigua y desierta llanura en panorámica, tal como la había visto desde el otro lado. Parece haber degustado su extraña belleza y lamentado vagamente abandonarla, porque comenta haber sido instado por Gll'-Hthaa-Ynn a guiar más rápido su bestia. Cuando volvió la vista hacia delante se encontró que la cúspide de la carretera estaba muy cerca: el camino tapizado de hierba llevaba directo arriba y finalizaba contra un sólido vacío de luz azul. La escena era sin duda sumamente impresionante: la verde pared de un risco a la derecha, una profunda hoz a la izquierda con otra pared rocosa más allá y, al frente, el agitado mar de azul brillante en el que se sumía el camino. Luego, llegó la cresta misma y con ella el mundo de Tsath se desplegó en una panorámica fabulosa.

Zamacona contuvo el aliento ante la gran extensión de poblado paisaje, ya que había enjambres de poblaciones y más actividad de la que hubiera visto o soñado hasta el momento. La propia ladera de descenso de la colina estaba relativamente poco cubierta por pequeñas granjas y ocasionales templos, pero más allá yacía una inmensa llanura similar a un tablero de ajedrez, con árboles plantados, irrigada por estrechos canales desde el río y enhebrado con caminos anchos y de precisa geometría, de oro y bloques de basalto. Grandes cables de plata colgaban en lo alto de pilares dorados, enlazando los bajos y amplios edificios, y grupos de construcciones que se alzaban por doquier; en algún lugar podían verse alineaciones de pilares parcialmente ruinosos y sin



cables. Los objetos móviles indicaban aquellos campos que estaban siendo labrados y, en algunos casos, Zamacona vio hombres arando con ayuda de los repulsivos cuadrúpedos semihumanos.

Pero lo más impresionante de todo era la anonadante visión de arracimados chapiteles y pináculos que se alzaban en lontananza, cruzando la llanura, y que rielaban como flores espectrales bajo la fulgurante luz azul. Al principio, Zamacona pensó que era una montaña cubierta de casas y templos, similar a las pintorescas ciudades colina de su España natal, pero una segunda mirada le mostró que no era así. Era una ciudad de la llanura, pero edificada con tales torres-rascacielos que su perfil era en verdad el de una montaña. Sobre todo esto pendía una curiosa calima grisácea, a través de la cual la luz azul relucía y provocaba la sugestión de radiación del millón de minaretes dorados. Observando a Gll'-Hthaa-Ynn, Zamacona supo que ésta era la monstruosa, gigantesca y todopoderosa ciudad de Tsath.

Mientras la carretera descendía hacia la llanura. Zamacona sintió una especie de intranquilidad y un sentimiento de maldad. No le gustaba ni la bestia que cabalgaba, ni el mundo capaz de albergar a tal bestia, ni tampoco la atmósfera que pendía sobre la distante ciudad de Tsath. Cuando la comitiva comenzó a cruzar las esporádicas granjas, el español se percató de los seres que trabajaban en los campos, y no le gustaron sus movimientos y proporciones, ni las mutilaciones que descubrió en la mayoría de ellos. Además, le disgustó la forma en que esos seres estaban apiñados en corrales, o la manera en que se alimentaban en los espesos pastizales. Gll'-Hthaa-Ynn le señaló que tales seres eran miembros de la clase de los esclavos, y sus actos eran controlados por el amo de la granja, quien les daba sugestiones hipnóticas por la mañana sobre cuanto debían hacer durante el día. Como máquinas semiconscientes, su eficacia industrial era casi perfecta. Aquellos de los corrales eran especímenes inferiores, clasificados simplemente como ganado.

Hasta donde alcanzaba la llanura, Zamacona vio grandes granjas y se percató de los trabajos casi humanos realizados por los repulsivos astados *gyaa-yothn*. Asimismo, observó las figuras más humanoides que se afanaban en los surcos y sintió un curioso miedo y disgusto hacia algunos, cuyos movimientos eran más mecánicos que los del resto. Ésos, explicó Gll'-Hthaa-Ynn, eran llamados los *y'm-bhi*: organismos muertos, mecánicamente reanimados para su utilización industrial por medio de la energía atómica y el poder mental. Los esclavos no participaban de la inmortalidad de los hombres libres de Tsath, por lo que con el tiempo el número de *y'm-bhi* había llegado a

ser muy numeroso. Eran perrunos y leales. pero no tan sumisos a las órdenes mentales como lo eran los esclavos vivientes. Lo que más repelió de ellos a Zamacona fueron aquellos cuyas mutilaciones eran mayores: algunos estaban decapitados, mientras que otros habían sufrido singulares y al parecer caprichosas ablaciones, distorsiones, trasposiciones e injertos en varios lugares. El español no pudo dejar constancia de tal condición, pero Gll'-Hthaa-Ynn le aclaró que habían sido esclavos usados para diversión del pueblo en las grandes arenas, puesto que los hombres de Tsath gustaban de las delicadas sensaciones y requerían constante suministro de nuevos e inéditos estímulos para sus hastiados impulsos. Zamacona, aunque poco escrupuloso, tuvo una desfavorable impresión de cuanto vio y escuchó.

Al acercarse, la inmensa metrópolis se volvió ligeramente horrible por su monstruosa extensión e inhumanas alturas. Gll'-Hthaa-Ynn explicó que la parte superior de las grandes torres no eran muy usadas, y que muchas habían sido abandonadas para evitar la molestia de mantenerlas. La llanura alrededor del área original urbana estaba cubierta con moradas más nuevas y pequeñas, que en muchos casos eran preferidas a la antiguas torres. Desde toda la masa de oro y piedra, el monótono rugir de la actividad zumbaba sobre la llanura, mientras las cabalgatas y trenes de vagones entraban y salían constantemente por las grandes carreteras pavimentadas de oro o piedra.

A veces, Gll'-Hthaa-Ynn se detenía a mostrar a Zamacona algún objeto de particular interés, especialmente templos de Yig, Tulu, Nug, Yeb y El Innombrable, que se alineaban en la carretera a intervalos dispersos, cada uno en mitad de sus empujados sotos, de acuerdo con la tradición de K'n-yan. Tales templos, al contrario de los de la desierta llanura del otro lado de las montañas, estaban aún en uso: grandes grupos de adoradores montados llegaban y partían en un flujo constante. Gll'-Hthaa-Ynn guió a Zamacona al interior de algunos, y el español observó los sutiles ritos orgiásticos con fascinación y repulsión. Las ceremonias de Nug y Yeb le asquearon especialmente, tanto que, de hecho, obvia el describirlas en su manuscrito. Cruzaron un achaparrado y negro templo de Tsathoggua, pero se había convertido en santuario de Shub-Niggurath, la Madre-Universal y esposa del Innombrable. Esta deidad era una especie de sofisticada Astarté, y su culto resultó al piadoso católico algo sumamente detestable. Lo que menos le gustó de todo fueron los ruidos emocionales emitidos por los celebrantes... chirriantes sonidos de una raza que había desdeñado el habla vocal para propósitos ordinarios.

Cerca de los compactos arrabales de Tsath, ya bajo la sombra de sus aterradoras torres, Gll'-Hthaa-Ynn señaló una monstruosa construcción circular ante la que enormes muchedumbres se apiñaban. Ése, indicó, era uno de los muchos anfiteatros donde curiosos deportes y espectáculos se suministraban al hastiado pueblo de K'n-yan. Quiso detenerse y guiar a Zamacona al interior de la vasta fachada curva, pero el español, recordando las mutiladas formas que había visto en los campos, rehusó violentamente. Éste fue el primero de aquellos amistosos conflictos de gustos que convencerían a la gente de Tsath de que su invitado seguía extraños y estrechos patrones.

Tsath misma era una red de extrañas y antiguas calles, y, a pesar del creciente sentido de horror y extrañeza, Zamacona quedó prendado de sus insinuaciones de misterio y cósmica maravilla. El desconcertante gigantismo de sus imponentes torres, la monstruosa agitación de innumerables gentíos por sus ornadas avenidas, las curiosas tallas en portales y ventanas, y las extrañas vistas panorámicas desde plazas balaustradas e hiladas de titánicas terrazas, así como la envolvente bruma gris que parecía posesionarse de las calles parecidas a desfiladeros a modo de bajo cielo, todo se combinaba para producirle un sentido de expectación aventurera como nunca antes conociera. Enseguida fue llevado a deliberar con los dirigentes que gobernaban en un palacio de oro y cobre, tras un parque ajardinado y lleno de fuentes, y, durante algún tiempo, fue sometido a un estrecho aunque amistoso interrogatorio en un salón abovedado recubierto de vertiginosos arabescos. Mucho era lo que se esperaba de él, según pudo ver, en cuanto a información histórica sobre el mundo exterior, pero, a cambio, todos los misterios de K'n-yan le serían revelados. La gran pega era la ley inexorable de que no podría nunca regresar a aquel mundo de sol y estrellas, a esa España que era adonde pertenecía.

Se estableció un programa diario para el visitante, con el tiempo juiciosamente distribuido entre distintas clases de actividades. Sostendría conversaciones con estudiosos en varios lugares y recibiría lecciones sobre muchas de las ramas de la sabiduría tsáthica. Se le permitirían amplios periodos de investigación, y todas las bibliotecas de K'n-yan, tanto seculares como sagradas, le serían abiertas de par en par tan pronto como dominara los lenguajes escritos. Asistiría a ritos y espectáculos —excepto cuando se opusiera rotundamente—, y tendría multitud de ocasiones para entregarse a la ilustrada búsqueda de placer y estimulación emocional que eran la meta primaria y el núcleo de la vida diaria. Se le asignaría una casa en los suburbios o un apartamento en la ciudad, y sería iniciado en una de las

amplias hermandades —que incluían multitud de mujeres nobles de la mayor belleza, artísticamente realzada— que en los últimos tiempos de K'n-yan habían suplantado a las unidades familiares. Se le asignarían algunos para su transporte y desplazamiento, y diez esclavos vivientes de cuerpo intacto le serían suministrados para gobernar sus posesiones y protegerle en las vías públicas de ladrones, sádicos y orgiastas religiosos. Había muchos artefactos mecánicos que debería aprender a usar, pero Gll'-Hthaa-Ynn podía instruirle inmediatamente en el uso de los principales.

Tras elegir un apartamento en vez una villa suburbana, Zamacona fue despedido por los gobernantes con gran cortesía y ceremonia, y fue guiado a través de calles parecidas a desfiladeros hacia una estructura de setenta u ochenta plantas semejante a un risco tallado. Se habían hecho preparativos para su llegada, y, en un espacioso aposento a ras de suelo de estancias abovedadas, los esclavos se afanaban en colocar colgaduras y mobiliario. Había taburetes lacados y taraceados, reclinatorios y tumbonas púrpuras y plateados, e infinitas casillas alineadas de teca y ébano con cilindros de metal conteniendo algunos de los manuscritos que pronto estaría en disposición de leer: los clásicos complementos que todo apartamento urbano poseía. Halló estantes con gruesos pergaminos y boles del habitual pigmento verde en cada estancia: cada uno con su adecuado equipo de pinceles y otros pocos y extraños útiles de escritorio. Encontró artefactos de escritura mecánica sobre ornados trípodes dorados, y sobre todo flotaba una brillante luz azul procedente de los globos de energía emplazados en el techo. Había ventanas, pero en este oscuro nivel del suelo tenían poco valor como fuente de luz. En algunas de las estancias había elaborados baños, mientras que la cocina era un laberinto de artilugios mecánicos. Los suministros llegaban, según le dijeron a Zamacona, por la red de pasadizos subterráneos que había bajo Tsath y que, a su vez, estaban formados por curiosos transportes mecánicos. Descubrió un establo en ese nivel subterráneo para las bestias, y Zamacona podía, al instante, ser instruido en cómo encontrar el camino más cercano para alcanzar la calle. Antes de terminar su inspección, el grupo permanente de esclavos llegó, siéndole presentado; y poco después aparecieron media docena de hombres libres y damas nobles de su futura hermandad, quienes serían sus compañeros durante algunos días, contribuyendo a su instrucción y divertimento. A su partida, otro grupo tomaría su lugar, y de esta forma el grupo de unos cincuenta miembros iría rotando sucesivamente.

## VI

Así se vio Pánfilo de Zamacona y Núñez absorto durante cuatro años en la vida de la siniestra ciudad de Tsath, en el mundo interior de K'n-yan, iluminado de azul. No todo de cuanto aprendió y vio es explicado claramente en su manuscrito: una piadosa reticencia le sofrena cuando comienza a escribir en su lengua española nativa, y no osa profundizar en nada. Es mucho lo que observa con evidente repulsión, y se niega tenazmente a ver, hacer o comer una infinidad. Otros actos los espía con un continuo pasar de las cuentas de su rosario. Exploró todo el mundo de K'n-yan, incluyendo las desiertas ciudades-máquinas del periodo medio en llanura cubierta de aulaga de Nith, y realizó un descenso al mundo de luz roja de Yoth para ver las ruinas ciclópeas. Atestigua prodigios de habilidad e ingeniería que le dejaban sin respiración, y contempló metamorfosis humanas, desmaterializaciones, rematerializaciones y reanimaciones que le hicieron hacerse cruces una y otra vez. Su gran capacidad de maravillarse se veía desafiada por la plétora de nuevas maravillas que contemplaba cada día.

Pero cuanto más permanecía allí, más deseaba marcharse, ya que la vida interior de K'n-yan estaba basada en impulsos muy ajenos a él. Mientras progresaban sus conocimientos históricos, entendía más, y ese saber aumentaba su disgusto. Sentía que el pueblo de Tsath era una antigua y peligrosa raza —más peligrosa para ellos mismos de lo que creían—, y su creciente frenesí por combatir la monotonía y buscar novedades les llevaban rápidamente a un precipicio de desintegración y horror supremo. Su propia visita, podía verlo, había acelerado el proceso; no sólo despertando el temor a una invasión exterior, sino incitándoles a desear salir fuera y degustar el variopinto mundo exterior que él describía. Con el paso del tiempo, se percató que la gente tendía cada vez más a practicar la desmaterialización como un divertimento, por lo que los apartamentos y anfiteatros se convirtieron en verdaderos aquelarres de transmutaciones, reajustes de edad, experimentos mortíferos y proyecciones. Vio que, con el incremento del hastío y la agitación, la crueldad, las argucias y la revuelta crecían rápidamente. Había más y más cósmicas anormalidades, más y más sadismos curiosos, más y más ignorancia y superstición, y más y más deseos de escapar de la vida física a través de un estado medio espectral de dispersión electrónica.

Todos sus esfuerzos por partir, no obstante, quedaron en nada. La persuasión era ineficaz, como probaron repetidos intentos; aunque la clara advertencia de las clases superiores a su llegada le disuadieron de demostrar un abierto interés por marcharse. En el año que él acepta como 1543, Zamacona hizo un intento de escapar a través del túnel por donde había

llegado a K'n-yan, pero, tras un fatigoso viaje por la desértica llanura, encontró fuerzas en el oscuro pasadizo que le disuadieron de futuros intentos en ese sentido. Como una forma de sostener la esperanza y guardar la imagen del hogar en la mente, comenzó sobre este tiempo a hacer los primeros apuntes de este manuscrito describiendo sus aventuras, deleitándose en las viejas y queridas palabras españolas y en las familiares letras del alfabeto romano. De algún modo, esperando poder enviar el manuscrito al mundo exterior y convencer a los suyos, decidió guardarlo en uno de los cilindros del metal-Tulu utilizados para archivos sacros. Esta extraña y magnética sustancia no podía por menos que confirmar la increíble historia que tenía que contar.

Pero aun planeándolo así, mantenía leves esperanzas de poder establecer contacto con la superficie de la tierra. Cada paso conocido, sabía, estaba guardado por personas o fuerzas a las que era mejor no oponerse. Su intento de escapar no podía esperar ayudas, ya que podía ver aumentar la hostilidad hacia el mundo exterior que representaba. Esperaba que ningún otro europeo encontrara la forma de entrar, ya que era posible que los siguientes visitantes no fueran tan bien tratados como él. Él mismo había sido una aplaudida fuente de información, lo que le había brindado una privilegiada posición. Otros, siendo menos necesarios, podrían recibir un trato bastante diferente. Se preguntó qué le sucedería cuando los sabios de Tsath le consideraran vacío de nuevos datos, y, como autodefensa, comenzó a ser más gradual al hablar de las tradiciones de la tierra, dando siempre que podía la impresión de tener vastos conocimientos en reserva.

Otra cosa que puso en peligro la posición de Zamacona en Tsath fue su persistente curiosidad por ver el postrer abismo de N'kai. bajo el mundo iluminado de rojo Yoth, cuya existencia los cultos religiosos predominantes estaban progresivamente inclinados a negar. Cuando exploró Yoth, trató en vano de encontrar la entrada bloqueada, y mas tarde había experimentado el arte de desmaterialización y proyección, esperando llegar a ser capaz de enviar su consciencia más allá de los abismos que sus ojos físicos no podían descubrir. Y aunque nunca progresó lo bastante en tal arte, se las arregló para tener una serie de monstruosos y portentosos sueños que pensaba incluían algunos elementos actuales de N'kai; sueños sumamente impactantes y perturbadores para los jefes de los cultos de Yig y Tulu cuando los contó, y que sus amigos le aconsejaron ocultar en vez de explotar. Con el tiempo, esos sueños se volvieron más frecuentes y enloquecedores, conteniendo cosas que

no osa registrar en su manuscrito, pero sobre las cuales preparó una relación especial para cierto hombre instruido de Tsath.

Puede ser lamentable —o quizás misericordiosamente afortunado— el que Zamacona mostrara tantas reticencias y reservas en muchos temas y descripciones del manuscrito secundario. El documento principal abunda en detalles sobre usos, costumbres, pensamiento, lenguaje e historia de K'n-yan, suficiente para formar una descripción de aspecto visual sobre la vida diaria de Tsath. Uno queda atónito, también, por las motivaciones reales de la gente, su extraña pasividad y cobarde temor a la guerra y su casi rastrero temor hacia el mundo exterior, a pesar de poseer poderes de desmaterialización y atómicos que podrían haberlos hecho inconquistables de haberse tomado la molestia de organizar un ejército como en otros tiempos. Es evidente que K'n-yan estaba desde hacía mucho en decadencia, reaccionando con una mezcla de apatía e histeria ante la estandarizada y cronometrada vida de embrutecedora regularidad que la maquinaria había provocado durante su periodo medio. Aun las costumbres grotescas y repulsivas y las formas de pensar y sentir pueden rastrearse a tales orígenes, ya que, en su investigación histórica, Zamacona encontró evidencia de pasadas eras en las que K'n-yan había tenido ideas mucho más parecidas a las del clasicismo y el renacimiento del mundo exterior, y había poseído un arte y carácter nacional lleno de lo que los europeos llaman dignidad, bondad y nobleza.

Cuanto más estudiaba Zamacona tales cosas, más aprensivo se volvía sobre su futuro, porque vio que la omnipresente desintegración moral e intelectual poseía una ominosa aceleración que se agudizaba de forma tremenda. Aun durante su estancia, los signos de decadencia se multiplicaban. El racionalismo degeneraba cada vez más en supersticiones fanáticas y orgiásticas, centradas en una profusa adoración del magnético metal-Tulu, y la tolerancia continuamente se disolvía en una serie de odios frenéticos, especialmente hacia el mundo exterior del que tanto estaban aprendiendo sus eruditos a través de él. A veces casi temía que la gente pudiera perder algún día su apatía inmemorial y decaimiento y revolverse como ratas desesperadas contra las desconocidas tierras superiores, arrasando todo lo que se cruzara en su camino gracias a sus singulares y todavía recordados poderes científicos. Pero de momento, ellos combatían su aburrimiento y vacuidad de otras formas: multiplicando sus odiosas salidas emocionales y aumentando la loca parodia y anormalidad de sus diversiones. Las arenas de Tsath debieron ser lugares malditos e inconcebibles a los que Zamacona nunca se acercaba. Y lo que ocurriría en otro siglo, o incluso en otra década, él no osaba conjeturar. El

piadoso español se hacía cruces y repasaba su rosario más incluso de lo normal en aquellos días.

En el año 1545, según su cuenta, Zamacona llegó a lo que bien podría llamarse como sus intentos finales de dejar K'n-yan. La nueva oportunidad tuvo un origen inesperado: una hembra de su hermandad que le otorgaba una atención curiosa individual basada en alguna memoria hereditaria sobre los días de matrimonio monogámico en Tsath. Sobre esta hembra —una noble de moderada belleza y, como poco, mediana inteligencia llamada T'la-yub— Zamacona obtuvo el más extraordinario ascendiente, induciéndola finalmente a ayudarlo en su huida, bajo promesa de dejarla acompañarlo. La suerte jugó un gran papel en el transcurso de los eventos, ya que T'la-yub procedía de una antiquísima familia de señores del portal que habían guardado tradiciones orales sobre un pasadizo al mundo exterior, que la gente había olvidado ya incluso en tiempos del gran cierre: un pasaje hacia un túmulo en las planas llanuras de la tierra que, en consecuencia, nunca fue sellado o guardado. Explicó que los antiguos señores del portal no eran ni guardias ni centinelas, sino simples propietarios ceremoniales y económicos, de posición semifeudal y baronial, en una era anterior al corte de relaciones con la superficie. Su propia familia se había visto menguada en el momento del cierre de aquel portal que había sido completamente olvidado, y ellos habían preservado siempre el secreto de su existencia como una especie de misterio hereditario: una fuente de orgullo, y de sentido de poder propio, para contrarrestar el sentimiento de opulencia e influencia desvanecida que tan constantemente les irritaba.

Zamacona, ahora trabajando febrilmente para dar al manuscrito su forma final, en previsión de que algo pudiera sucederle, decidió llevar consigo, en su viaje al exterior, tan sólo cinco bestias cargadas de oro puro en forma de pequeños lingotes usados para decoraciones menores; bastante, según sus cálculos, para hacerle un personaje de poder ilimitado en su propio mundo. Había llegado a endurecerse ante la vista de los monstruosos *gyaa-yothn* en esos cuatro años de residencia en Tsath, de ahí que no dudara en usar las criaturas, aunque decidió matarlas y enterrarlas, y esconder el oro tan pronto como alcanzara el mundo exterior, ya que sabía que un simple vistazo a uno de los seres podía volver loco a un indio ordinario. Más tarde, armaría una expedición apropiada para llevar el tesoro a México. A T'la-yub quizás le permitiera compartir tal fortuna, ya que no le faltaba atractivo, aunque probablemente se las ingeniaría para dejarla entre los indios de la llanura, ya que no estaba demasiado ávido de conservar lazos con la forma de vida de



Tsath. Como mujer, por supuesto, podría elegir una dama española o, en el peor de los casos, una princesa india de descendencia normal exterior y pasado regular e intachable. Pero en aquellos momentos, T'la-yub debía ser utilizada como guía. Llevaría el manuscrito consigo, dentro de un portarrollos del sagrado y magnético metal-Tulu.

La propia expedición se describe en el suplemento al manuscrito de Zamacona, escrito más tarde con mano que demuestra signos de tensión nerviosa. Partieron entre las más cuidadosas precauciones, eligiendo un periodo de descanso y alejándose lo mas posible por los débilmente iluminados pasadizos inferiores de la ciudad. Zamacona y T'la-yub, disfrazados con ropajes de esclavos, llevando mochilas de provisiones y guiando a pie sus cinco bestias de carga, pasaron sin problemas por trabajadores ordinarios, y siguieron cuanto les fue posible por la ruta subterránea, utilizando un largo y poco frecuentado ramal que originariamente llevaba a los trasportes mecánicos hacia el ahora derruido suburbio de L'thaa. Entre las ruinas de L'thaa salieron a la superficie, tras lo que cruzaron tan rápido como fue posible la desierta llanura iluminada de azul de Nith hacia la cadena de bajas colinas de Grh-yan. Allí, entre los tupidos matorrales, T'la-yub encontró la desusada y medio fabulosa entrada del túnel olvidado que ella viera una vez antes, eones en el pasado, cuando su padre la había llevado allí para mostrarle aquel monumento a su orgullo familiar. Costó grandes trabajos el llevar a las cargadas bestias a través de los sarmientos y espinos que obstruían el camino, y uno de ellos mostró una renuencia destinada a traer calamitosas consecuencias... huyendo del grupo y alejándose hacia Tsath sobre sus pies detestables, con su dorada carga y todo.

Fue un trabajo de pesadilla alumbrado por la luz de las antorchas azules: arriba, abajo, adelante y arriba de nuevo a través de un malsano y obstruido túnel donde ningún pie había hollado desde eras antes del hundimiento de la Atlántida; y, en cierto momento, T'la-yub tuvo que practicar el temible arte de la desmaterialización sobre sí misma, Zamacona y las cargadas bestias para pasar un punto completamente bloqueado por el corrimiento de los estratos terrestres. Fue una terrible experiencia para Zamacona, ya que, aunque había presenciado bastantes desmaterializaciones en otros e incluso practicado consigo mismo para alcanzar la proyección del sueño, nunca antes había sido sometido tan completamente a la prueba. Pero T'la-yub era ducha en las artes de K'n-yan y realizó la doble metamorfosis con perfecta seguridad.

Tras eso, resume el odioso viaje a través de criptas de horror colmadas de estalactitas donde monstruosos relieves acechaban a cada paso; acampando y avanzando alternativamente durante periodos que Zamacona considera de unos tres días, pero que probablemente eran menos. Por fin, llegaron a un lugar sumamente angosto donde las naturales y sólo ligeramente labradas paredes de roca daban paso a muros de albañilería totalmente artificial, cincelados con terribles bajorrelieves. Tales muros, tras un kilómetro de empinado ascenso, remataban en un par de inmensos nichos, uno a cada lado, en los que las imágenes monstruosas e incrustadas de nitratos de Yig y Tulu se acuclillaban observándose el uno al otro a través del pasadizo, tal como habían hecho desde la temprana juventud del mundo humano. En este lugar, el pasadizo se abría en una estancia circular y prodigiosamente abovedada de factura humana, completamente cubierta de horribles tallas y revelando en el extremo más alejado un pasadizo de arcos con el comienzo de una serie de escalones. T'la-yub conocía por las historias familiares que éste debía estar muy cercano a la superficie terrestres pero no pudo decir cuánto. Aquí el grupo acampó para lo que debía ser su último periodo de descanso en el mundo subterráneo.

Debieron ser unas cuatro horas más tarde cuando el resonar de metales y el ruido de pies de bestias despertaron a Zamacona y T'la-yub. Un resplandor azulado surgía del estrecho pasadizo entre las imágenes de Yig y Tulu, y en un instante la verdad se hizo evidente. Se había dado la alarma en Tsath — como más tarde se rebeló, por el *gyaa-yotb* huido que se había revelado en la entrada cubierta de espinos— y una veloz partida de perseguidores acudió para detener a los fugitivos. La resistencia era evidentemente inútil, y no hubo ninguna. La partida de doce jinetes se comportó de forma estudiadamente cortés, y la vuelta comenzó casi sin una palabra o mensaje mental entre ambos bandos.

Fue un viaje ominoso y depresivo, y la ordalía de desmaterialización y rematerialización en el lugar obstruido aún más terrible, porque carecía de la esperanza y expectación que paliara durante el proceso en el viaje de ida. Zamacona escuchó discutir a sus captores acerca de la inminente apertura de tal obstáculo mediante radiaciones intensivas, ya que en el futuro habría que poner centinelas en el, hasta entonces, desconocido portal exterior. No debía permitirse a los forasteros penetrar por el pasadizo, porque, entonces, quien pudiera escapar sin el debido tratamiento, podría tener un indicio de la inmensidad del mundo interior y quizás ser lo bastante curioso para volver con refuerzos. Como en los otros pasadizos desde la llegada de Zamacona,

debían estacionarse centinelas por el túnel hasta el portal exterior, centinelas reclutados entre los esclavos, los muertos vivientes *y'm-bhi*, o los hombres libres caídos en desgracia. Con la invasión de las llanuras americanas por millares de europeos, tal como predijera el español, cada pasaje era una potencial fuente de peligro y debía ser rigurosamente guardado hasta que los tecnólogos de Tsath pudieran disponer de energía para preparar un bloqueo total que ocultara las entradas, tal como habían hecho con muchos túneles en épocas anteriores y más vigorosas.

Zamacona y T'la-yub fueron llevados ante los tres *gn'agn* del tribunal supremo, en el palacio de oro y cobre tras el parque de jardines y fuentes, y el español obtuvo la libertad merced a la vital información sobre el mundo exterior que aún podía suministrar. Se le indicó que volviera a su apartamento y a su hermandad, llevara la vida de antes y continuara reuniéndose con los grupos de eruditos según el último horario que había seguido. Ninguna restricción se le impondría en tanto pudiera estar pacíficamente en K'n-yan... pero se le indicó que tal indulgencia no se repetiría ante otro intento de huida.

Zamacona había notado cierta ironía en las palabras de despedida del jefe *gn'agn* al asegurarle que todos sus *gyaa-yothn*, incluido el que se había rebelado, le serían devueltos.

La suerte de T'la-yub fue menos afortunada. No tenía objeto retenerla, y su antiguo linaje de Tsath daba a su acto mayor aspecto de traición del que tuviera el de Zamacona. se la condenó a ser entregada a las curiosas diversiones del anfiteatro y después, con algunas mutilaciones y forma semidesmaterializada, cumplir las funciones de un *y'm-bhi* o esclavo revivido y emplazarse entre los centinelas que guardaban el pasadizo cuya existencia había ocultado. Zamacona lo supo pronto, no sin muchas punzadas de remordimiento que apenas podía haber anticipado, ya que la pobre T'la-yub salió de la arena sin cabeza y con forma incompleta, siendo destinada como guardián exterior sobre el túmulo donde se descubrió que terminaba el pasadizo. Ella era, decía, un centinela nocturno cuya automática obligación era ahuyentar a los visitantes con una antorcha e informar a un pequeño pelotón de doce muertos *y'm-bhi* y seis hombres libres, vivos pero parcialmente desmaterializados, situados en la abovedada y circular estancia, si los visitantes no hacían caso de su aviso. Obraba, decía, en combinación con un centinela diurno, un hombre libre vivo que eligió este puesto en lugar de otros castigos por sus ofensas contra el estado. Zamacona, por supuesto, sabía desde hacía mucho que la mayoría de los centinelas jefes eran desacreditados hombres libres.

Se le hizo saber, aunque de forma indirecta, que su propio castigo por otro intento de fuga sería servir como centinela del portal, aunque en forma de esclavo *y'm-bhi* o muerto viviente, y tras un tratamiento de anfiteatro aún más pintoresco del que T'la-yub, según le dijeron, había sufrido. Se le dijo que él —o partes suyas— podría ser reanimado para guardar alguna sección interior del pasadizo y la vista de otros, pues su cuerpo destrozado sería el permanente símbolo de la recompensa a la traición. Pero, añadía siempre su informador, por supuesto era inconcebible que pudiera correr tal destino. Mientras permaneciera pacíficamente en K'n-yan, podría continuar siendo un personaje libre, privilegiado y respetable.

Pero al final, Pánfilo de Zamacona acabó corriendo el destino que tan directamente le insinuaban. Por supuesto, no esperaba realmente encontrarlo, pero la nerviosa parte final del manuscrito muestra claramente que estaba preparado para afrontar tal posibilidad. Lo que le llevó a un intento final de desesperada huida de K'n-yan fue su creciente dominio del arte de la desmaterialización. Habiéndolo estudiado durante años y habiendo aprendido aún más en las dos veces en que había sido sometido a él, se sintió ahora progresivamente capaz de usarlo independiente y efectivamente. El manuscrito consigna algunos notables experimentos en este arte —proezas menores realizadas en su apartamento— y refleja que el anhelo de Zamacona de poder ser pronto capaz de asumir la espectral forma en su plenitud, alcanzando la completa invisibilidad y preservando tal condición tanto como deseara.

Al alcanzar tal estado, razona, el camino hacia el exterior quedaría expedito. Por supuesto que no podría llevarse oro, pero la simple fuga sería bastante. Podría, empero, desmaterializar y llevar consigo este manuscrito en el cilindro de metal-Tulu, aunque a costa de algún esfuerzo adicional, ya que su registro y prueba podrían llegar al mundo exterior en cualquier caso. Ahora conocía el pasadizo a seguir y, si pudiera hacerlo en un estado de dispersión atómica, no veía cómo persona o fuerza alguna podría detectarlo o detenerlo. El único problema era si fracasaba en mantener su condición espectral durante todo el tiempo. Tal era el omnipresente peligro, según descubrió en sus experimentos. ¿Pero no hay siempre un riesgo de muerte y cosas peores en una vida de aventuras? Zamacona era un hidalgo de la vieja España, de la estirpe que había afrontado lo desconocido y se había abierto paso entre las civilizaciones del Nuevo Mundo.

Durante muchas noches tras su decisión final, Zamacona rogó a San Pánfilo y otros santos guardianes y pasó las cuentas de su rosario. La última

anotación del manuscrito, que al final toma progresivamente la forma de un diario, era una simple frase: «*Es más tarde de lo que pensaba, tengo que marcharme*». Tras lo cual, sólo tenemos silencio y conjeturas... y la evidencia suministrada por la presencia del propio manuscrito y lo que este indica.

## VII

Cuando acabé mi anonadante tarea de leer y tomar notas, el sol matutino estaba alto en los cielos. La bombilla estaba aún encendida, pero tales cosas del mundo real —el moderno mundo exterior— estaban muy lejos de mi turbado cerebro. Sabía que estaba en mi habitación de la casa de Clyde Compton en Binger, ¿pero, con qué monstruoso panorama me había tropezado? ¿era esta cosa un truco o una crónica de locura? Si era una mistificación, ¿Era algo del siglo XVI o actual? La antigüedad del manuscrito era aparentemente genuina para mis ojos, no inexpertos del todo, y, sobre el problema representado por el extraño cilindro metálico, no me atrevía a pensar.

Además, qué monstruosamente exacta explicación de todo el desconcertante fenómeno del túmulo... de las aparentemente insensatas y paradójicas acciones de los fantasmas diurnos y nocturnos, y ¡de los extraños casos de locura y desapariciones! Era incluso una explicación condenadamente *plausible* —diabólicamente *consistente*—, si uno pudiera aceptar lo increíble. Debía ser una tremenda falsedad pergeñada por alguien que conocía todo el asunto del túmulo. Había incluso indicios de sátira social en aquel increíble mundo inferior de horror y decadencia. Seguramente era una inteligente falsificación, obra de algún cínico oculto, algo así como las plúmbeas cruces de Nuevo México, que algún payaso plantara y pretendiera descubrir como reliquia de alguna olvidada Edad Oscura colonia de Europa.

Al bajar a desayunar, apenas sabía qué decir a Compton y su madre, así como a los preguntones que habían ya comenzado a llegar. Todavía aturdido, corté el nudo gordiano dando unos pocos esbozos de las notas que había tomado e insinuando mi creencia de que la cosa era un sutil e ingenioso fraude realizado por algún explorador previo del montículo; una creencia con la que todo el mundo pareció estar de acuerdo cuando comenté la esencia del manuscrito. Es curioso cómo todo el grupo del desayuno —y todos los demás de Binger con quienes repetí la discusión— parecieron encontrar un gran alivio en la noción de que alguien estaba jugando a reírse de los demás. Pero habíamos olvidado que la conocida y reciente historia del túmulo presentaba

misterios tan extraños como los del manuscrito, y tan alejados de soluciones aceptables como él.

Los miedos y dudas volvieron cuando pedí voluntarios para acompañarme en mi visita al túmulo. Deseaba una gran partida de excavación, pero la idea de ir a aquel desazonador lugar no parecía más atractiva para la gente de Binger de lo que era el día anterior. Yo mismo sentí un creciente horror al mirar el túmulo y contemplar la móvil mancha que sabía era el centinela diurno, ya que, a despecho de mi escepticismo hacia las fantasías de aquel manuscrito, me impresionaba y daba a todo lo tocante al lugar un nuevo y monstruoso significado. Me faltó completamente el valor para enfocar a la mota móvil con mis binoculares. En cambio, lo rehuí con esa especie de desesperación que desplegamos en las pesadillas... cuando, sabiendo que soñamos, nos zambullimos desesperadamente en lo más profundo de los horrores, esperando así que desaparezcan antes. Mi pico y pala estaban todavía allí, y sólo tenía que llevar mi equipo y toda la parafernalia menor. A eso añadí el extraño cilindro y su contenido, sintiendo vagamente que podría tener algún valor el cotejar parte del verde escrito del texto español. Incluso una astuta mistificación podía fundarse en algún atributo verdadero del túmulo descubierto por un primitivo explorador, ¡y aquel metal magnético era condenablemente extraño! El críptico talismán de Águila Gris pendía de su cordel de cuero alrededor de mi cuello.

No presté excesiva atención al túmulo mientras me aproximaba, pero cuando lo alcancé no había nadie a la vista. Repitiendo mi ascenso previo del anterior día, me sentí turbado por pensamientos de lo que podía *yacer* cerca *si por merced* de algún milagro parte del manuscrito *tuviera* algo de razón. En tal caso, no podía evitar pensar, el hipotético español Zamacona podía realmente haber alcanzado el mundo exterior cuando le sobrevino algún desastre, quizás una involuntaria rematerialización. Pudiera naturalmente, en aquel caso, haber sido capturado por cualquier centinela que estuviera de guardia en aquel momento —tanto el hombre libre caído en desgracia como, oh suprema ironía, la misma T'la-yub que había planeado y ayudado en su primer intento de fuga— y, en la consiguiente lucha, el cilindro con el manuscrito podía muy bien haber caído en la cima del montículo, siendo olvidado y gradualmente enterrado durante los siguientes cuatro siglos. Pero, añadía para mí mientras trepaba hacia la cumbre, uno no podía pensar en cosas tan extravagantes. Es más, si *había* algo de cierto en el relato, Zamacona debió sufrir un monstruoso destino cuando fue llevado de vuelta... el anfiteatro... mutilación... guardias en algún lugar del malsano y nitroso

túnel como esclavo muerto en vida... unos lisiados fragmentos corporales como centinela automático del interior...

Fue un verdadero golpe lo que provocaron estas enfermizas especulaciones en mi cabeza, pues al mirar alrededor de la cumbre elíptica vi que mi pico y pala habían desaparecido. Era un descubrimiento sumamente provocador y desconcertante; enigmático, también, en vista de la aparente reluctancia de toda la gente de Binger a visitar el túmulo. ¿Era tal renuencia fingida, y los chistosos del pueblo estaban burlándose ahora de mi desconcertada llegada, cuando me miraban solemnemente apenas diez minutos antes? Cogí mis prismáticos y estudié el boquiabierto grupo al borde del pueblo. No... no parecían tener aspecto de haber alcanzado ningún cómico clímax, ni el asunto parecía ser el remate de una colosal broma en el que todos los aldeanos y la gente de la reserva estuvieran involucrados... ¿leyendas, manuscrito, cilindro y todo? Pensé en cómo había visto al centinela en la distancia y cómo se había desvanecido inexplicablemente; pensé también en la conducta del anciano Águila Gris y en las palabras y expresiones de Compton y su madre, y en el inconfundible miedo de la mayoría de la gente de Binger. En conjunto, no podía ser una broma pueblerina. El miedo y el problema eran seguramente reales, aunque obviamente había uno o dos bromistas temerarios en Binger que se habían escurrido hasta el túmulo para retirar los útiles que había dejado en él.

Todo en el montículo estaba como lo dejara: la maleza cortada con mi machete, la pequeña depresión en forma de cuenco hacia el borde norte, y el agujero que había hecho con mi bayoneta siguiendo el magnetismo revelado por el cilindro. Juzgando demasiado grande una concesión a los desconocidos bromistas el volver a Binger en busca de otro pico y pala, decidí seguir con mi plan lo mejor que pudiera con el machete y la bayoneta de mi equipo; así que, sacándolas, comencé a excavar la depresión en forma de cuenco que había determinado como un posible lugar para una primitiva entrada al túmulo. Mientras procedía, sentí de nuevo la sugestión de un repentino viento soplando contra mí tal como había notado el día anterior... una sugestión que parecía más fuerte, e insinuar aún más fuerte la presencia de invisibles e informes manos oponentes sujetando mis muñecas mientras cavaba más y más profundo por el suelo rojo lleno de raíces y alcanzaba el exótico barro negro de debajo. El talismán alrededor de mi cuello parecía sacudirse de forma extraña en la brisa... pero no en una sola dirección, como cuando era atraído por el cilindro enterrado, sino vaga y difusamente, en una forma totalmente inexplicable.

Entonces, sin previo aviso, la tierra negra y llena de raíces bajo mis pies comenzó a hundirse estrepitosamente, mientras escuchaba un débil sonido de materia suelta cayendo bajo mi peso. El viento, fuerzas o manos oponentes parecían estar operando de nuevo desde el mismo lugar del hundimiento, y sentí que ayudaban a mi retroceso mientras me apartaba del agujero para evitar verme arrastrado por un derrumbamiento. Incliné sobre el borde y cortando el mohoso enredo de raíces con mi machete, sentí que de nuevo me atacaba... pero no lo bastante fuerte como para detener mi trabajo. Cuantas más raíces cortaba, más materia escuchaba caer. Finalmente, el agujero comenzó a ahondarse hacia el centro y vi que la tierra se deslizaba hacia una gran cavidad inferior, dejando una abertura de gran tamaño en donde las raíces estaban cercenadas. Unos cuantos tajos del machete abrieron la trampa y, con un parcial derrumbe y la expulsión de aire extraño y de un curioso frío, el último obstáculo cedió. Bajo el sol matutino, bostezaba una gran abertura de no menos de noventa centímetros, mostrando el tramo final de una fila de escalones de piedra por donde aún resbalaba la tierra liberada por el derrumbe. ¡Mi búsqueda había dado con algo por fin! Con una sacudida de culminación que casi anulaba momentáneamente el miedo, devolví bayoneta y machete a mi bulto, tomando mi poderosa linterna y preparándome para una triunfante, solitaria y totalmente imprudente invasión del fabuloso mundo inferior que había puesto al descubierto.

Fue bastante difícil alcanzar los primeros escalones, tanto porque la tierra caída los había sepultado como por la siniestra salida de un frío viento inferior. El talismán alrededor de mi cuello se balanceaba curiosamente, y comencé a lamentar la mengua del cuadro de luz diurna sobre mi cabeza. La linterna descubría muros malsanos, mojados e incrustados de sal, construidos con inmensos bloques de basalto, y a cada instante creía descubrir algunos restos de tallas bajo los depósitos nitrosos. Así con fuerza mi bulto y me sentía satisfecho por el confortante peso del pesado revólver del sheriff en el bolsillo derecho de mi chaqueta. Tiempo después el pasadizo comenzó a serpentear, y tanto éste como las escaleras quedaron libres de obstrucciones. Las tallas del muro no eran definitivamente identificables, y me estremecí cuando vi cuán claramente cómo las grotescas figuras recordaban a los monstruosos bajorrelieves del cilindro que encontrara. El viento y las fuerzas continuaban soplando malévolamente contra mí y, en un par de ocasiones, imaginé que la linterna daba atisbos de pequeñas y transparentes figuras no muy diferentes al centinela del túmulo, tal como lo habían mostrado mis binoculares. Al alcanzar este estado de caos visual, me detuve por un instante



para recobrar la compostura. No debía permitir a mis nervios privarme de mis facultades en el inicio de lo que seguramente sería una difícil experiencia y la más importante hazaña arqueológica de mi carrera.

Pero pronto deseé no haberme detenido en aquel lugar, porque tal acto fijó mi atención en algo sumamente perturbador. Era tan sólo un pequeño objeto caído cerca del muro, en uno de los escalones bajo mí, pero tal objeto supuso una dura prueba para mi razón y me llevó a una serie de las más alarmantes especulaciones. Que la abertura sobre mí había estado cerrada contra toda forma material durante generaciones era totalmente obvio debido a la acumulación de raíces de matorrales y tierra amontonada, pero el objeto ante mí *no* era, perceptiblemente, de muchas generaciones atrás. Ya que era una linterna eléctrica, combada e incrustada de la humedad sepulcral, pero aun así no dejaba ningún lugar a dudas. Descendí unos pocos escalones y la cogí, limpiando los malignos depósitos contra mi rústica chaqueta. Una de las bandas niqueladas llevaba un nombre grabado y una dirección, y la reconocí, con un sobresalto, en el momento de leerla. Rezaba «Jas. C. Williams, 17 Trowbridge St., Cambridge, Mas.», y supe que había pertenecido a uno de los dos atrevidos profesores universitarios desaparecidos el 28 de junio de 1915. Sólo treinta años atrás, ¡pero yo acababa de abrirme paso a través del césped de siglos! ¿Cómo había llegado esa cosa allí? Había otra entrada o había algo de verdad en aquella loca idea de desmaterialización y rematerialización?

La duda y el horror se apoderaron de mí mientras descendía aún más por la escalera aparentemente sin fin. ¿No acabaría nunca? Las tallas se volvían más y más visibles, y adquirieron una cualidad de narración pictórica que me colocó al borde del pánico al reconocer las inconfundibles correspondencias con la historia de K'n-yan reseñada por el manuscrito que descansaba en mi equipo. Por primera vez comencé a preguntarme seriamente acerca de la sabiduría de mi descenso, y decirme si no sería mejor volver al aire superior, antes de encontrar algo que nunca me permitiera volver como un hombre cuerdo. Pero no titubeé mucho, porque como virginiano sentía la sangre de ancestrales luchadores y gentil-hombres aventureros latir su protesta contra el retroceso ante el peligro, fuera conocido o desconocido.

Mi descenso se volvió más rápido, y evité estudiar los terribles bajorrelieves y tallas que me habían enervado.

Vi una abertura en arco delante y advertí que la prodigiosa escalera había finalizado por fin, todo a la vez. Pero con esta comprensión llegó el horror en creciente magnitud, ya que ante mí bostezaba una enorme cripta abovedada de líneas demasiado familiares... un gran espacio circular respondiendo en

cada detalle a la estancia abarrotada de tallas que describiera el manuscrito de Zamacona.

Éste era, en efecto, el lugar. No cabía el error. Y si en cualquier sitio quedara para la duda, fue suprimida por lo que vi cruzando directamente la gran bóveda. Era un segundo arco que daba pie a un largo y estrecho pasadizo, conteniendo en su entrada a dos gigantescos nichos opuestos que albergaban espantosas y titánicas imágenes de impresionante factura familiar. En aquella oscuridad, el inmundo Yig y el odioso Tulu se agazapaban eternamente, observándose mutuamente por el pasaje, tal como se habían contemplado desde la más temprana juventud del mundo humano.

De aquí en adelante no pido que se crea lo que contaré... pero sé que lo vi. Es demasiado antinatural, demasiado monstruoso e increíble para ser parte de cualquier experiencia u objetiva realidad cuerda humana. Mi linterna, aunque lanzando un poderoso rayo al frente, naturalmente no podía proporcionar una iluminación general de la ciclópea cripta, por lo que comencé a moverme alrededor para explorar minuciosamente los gigantescos muros. Y mientras lo hacía, vi para mi horror que el espacio no estaba medio vacío, sino que, de hecho, estaba lleno de extraños muebles y utensilios, y pilas de bultos que indicaban una populosa y reciente ocupación... no eran nitrosas reliquias del pasado, sino objetos de formas extrañas y suministros modernos de uso cotidiano.

Mientras mi linterna descansaba en cada artículo o grupo de artículos, no obstante, la alienidad de los diseños pronto comenzó a difuminarse, hasta que al fin pude apenas decir si tales cosas pertenecían al reino de la materia o al de los espíritus.

Mientras tanto, el viento contrario soplaba con creciente fuerza, y las invisibles manos me aferraban malevolentemente, asiendo mi extraño talismán magnético. Ideas extrañas invadieron mi mente. Pensé en el manuscrito y lo que decía sobre la guarnición estacionada en este lugar — doce esclavos muertos *y'm-bhi* y seis hombres libres, vivos pero parcialmente desmaterializados—, eso fue en 1545... trescientos ochenta y tres años atrás... ¿Qué había sucedido desde entonces? Zamacona predijo cambios... sutil desintegración... mayor desmaterialización... más y más débil... ¿Era el talismán de Águila Gris lo que les contenía —su sagrado metal-Tulu— y trataban de rechazarme, más debilitados que frente a quienes habían llegado antes?... Se me ocurrió con fuerza súbita que estaba basando mis especulaciones en una plena creencia en el manuscrito de Zamacona... no podía ser... debía calmarme...

Pero, maldita sea, cada vez que trataba de serenarme veía alguna nueva imagen que derrumbaba mi aplomo. En este instante, tal y como si un poder de voluntad estuviera conduciendo la entrevista parafernalia de la oscuridad, mi mirada, y el rayo de la linterna, cayeron sobre dos cosas de muy distinta naturaleza; dos cosas pertenecientes al mundo eminentemente real y cuerdo; aunque hicieron más para sacudir mi tambaleante razón que nada de lo visto anteriormente... porque sabía lo que eran y conocía con cuanta seguridad, según las leyes de la naturaleza, no debían estar allí. *Eran mi pico y pala perdidos, juntos y descansando apoyados contra los muros tallados de forma blasfema de aquella infernal cripta.* ¡Dios del cielo... y yo había murmurado para mí mismo acerca de osados bromistas de Binger!

Fue el colmo. Tras esto, el maldito hipnotismo del manuscrito se apoderó de mí y vi las medio transparentes formas de los seres que empujaban y cogían, empujaban y cogían —aquellos leprosos y patógenos seres con algo de humanidad aún pegada a ellos— las formas *completas* y las formas que estaban enfermizas y perversamente *incompletas*... todas ellas, y las *otras y odiosas entidades*... las blasfemias cuadrúpedas con rostro simiesco y cuerno protuberante... y ningún sonido en todo el nitroso infierno del mundo interior...

Entonces *llegó* un sonido... un flojo, un blando, un apagado ruido que anunciaba, incuestionablemente, la llegada de un ser tan material como el zapapico y la pala... algo completamente diferente de los seres de sombra que me rodeaban, aunque igualmente ajeno a cualquier forma de vida tal como la entendemos en la superficie de la tierra. Mi perturbado cerebro intentó prepararme para lo que venía, pero no pudo colegir una imagen adecuada. Sólo pude decir una y otra vez para mí mismo: «Pertenece al abismo, pero *no* está desmaterializado». El sonido débil era más distinguible, y de su movimiento mecánico deduje que se trataba de un muerto que merodeaba en la oscuridad. Luego... Dios, *vi a plena luz de la linterna; vi que encuadraba a un centinela del estrecho pasadizo entre los ídolos de pesadilla de la serpiente Yig y el pulpo Tulu...*

Me permitirán detenerme un poco para insinuar cuanto vi; para explicar por qué dejé caer la linterna, el bulto y huí con las manos vacías en la total oscuridad, sumido en una piadosa inconsciencia que no remitió hasta que el sol y el distante griterío y vocerío desde el pueblo me reanimaron mientras yacía boqueando en la cima del maldito túmulo. No sé qué fue lo que me guió de vuelta a la superficie de la tierra. Sólo sé que los observadores de Binger me vieron retornar a las tres horas de haber desaparecido y salir

tambaleándome para derrumbarme como alcanzado por un disparo. Ninguno se atrevió a acercarse para auxiliarme, pero sabían que debía estar malparado, y trataron de animarme lo mejor que pudieron, gritando a coro y disparando sus revólveres.

Esto acabó produciendo sus frutos, y casi rodé cuesta abajo en mi ansiedad por apartarme de la negra abertura que aún bostezaba abierta. Me tambaleé por la llanura y entré en el pueblo, sin atreverme a contar cuanto había visto. Sólo musité vaguedades acerca de tallas y estatuas y serpientes y nervios rotos. Y no volví a desmayarme hasta que alguien dijo que el centinela fantasma había reaparecido mientras me tambaleaba de vuelta al pueblo. Abandoné Binger esa tarde, y nunca he vuelto aunque me cuentan que los fantasmas todavía regresan al túmulo como de costumbre.

Pero, al fin, me he decidido a contar cuanto no me atreví a decir a la gente de Binger aquella terrible tarde de agosto. No sé si hago bien... ni si finalmente considerarán extrañas mis reticencias, pero tan sólo recuerden que una cosa es imaginar un horror y *otra muy distinta es verlo*. Lo vi. Supongo que recordarán mi previa mención, en este relato, al caso de un inteligente mozo llamado Heaton que fue al túmulo en 1891 y volvió de noche convertido en el tonto del pueblo, farfullando horrores durante ocho años, para acabar muriendo de un ataque epiléptico. Y que lo que solía gimotear era: «*Ese hombre blanco... oh, Dios mío, que le han hecho...*».

Bueno, vi lo que el pobre Heaton había visto —y lo vi tras leer el manuscrito, por lo que conozco la historia mejor que él—. Eso lo empeoraba... y yo conocía las *implicaciones*, eso debe estar rumiando y ulcerándose y aguardando allí abajo. Dije que había venido hacia mí por el estrecho pasadizo y se había detenido como un centinela en la entrada, ante las espantosas efigies de Yig y Tulu. Era natural e inevitable, ya que *era* un centinela. Un centinela como castigo, y estaba bastante muerto... carente de cabeza, brazos, parte inferior de las piernas y otras partes normales del ser humano. Sí... fue una vez un ser humano y además *blanco*. Obviamente, si el manuscrito era tan veraz como yo pensaba, aquel ser había sido usado para las *diversiones del anfiteatro* antes de que su vida se extinguiera y fuera suplantada por impulsos automáticos controlados desde el exterior.

En su pecho blanco y ligeramente peludo habían grabado unas palabras, con cuchillo o hierro candente... no me detuve a investigar, sino que simplemente me percaté de que estaban en un desmañado y torpe español; un burdo español que implicaba una especie de irónica utilización del lenguaje por parte de algún extraño escriba no familiarizado con el idioma ni con las

letras romanas utilizadas para grabarlo. La inscripción rezaba: «*Secuestrado a la voluntad de Xinaián en el cuerpo decapitado de Tlayúb*».

## EL LAZO DE MEDUSA<sup>[17]</sup>

### I

**L**A ruta hacia Cape Girardeau discurría a través de un país desconocido, y mientras la luz del último atardecer se volvía dorada y casi de ensueño, comprendí que debía informarme si deseaba alcanzar la ciudad antes de que cayera la noche. No me gustaba deambular por aquellas tierras bajas y desiertas del sur de Missouri tras el ocaso, ya que las carreteras eran malas y el frío de noviembre bastante formidable para un coche descubierto. Además, las nubes negras estaban acumulándose sobre el horizonte; por eso, oteé las largas sombras azules y grises que entrevelaban los campos pardos y llanos, ansiando vislumbrar alguna casa donde conseguir la información deseada.

Era una región solitaria y despoblada, pero por fin descubrí un tejado entre una masa de árboles cerca del riachuelo a mi derecha, como a menos de un kilómetro de la carretera, y probablemente accesible mediante algún camino o carretera que yo pudiera utilizar. En ausencia de cualquier casa más cercana, decidí probar fortuna allí y me congratulé cuando los matorrales de las cunetas mostraron las ruinas de un portal esculpido de piedra cubierto de enredaderas secas y muertas, y sepultado de maleza que explicaban por qué no pude descubrir ningún camino en mi primera ojeada desde lejos. Vi que no podía llevar el coche por allí y aparqué cuidadosamente cerca de la puerta — donde grandes árboles de hoja perenne pudieran protegerlo en caso de lluvia — y emprendí el largo camino hacia la casa.

Cruzando la senda invadida de maleza bajo los contraluces del ocaso, tuve una fuerte corazonada, probablemente inducida por el aire de siniestra decadencia que aureolaba la puerta y el antiguo camino. De las tallas en los viejos pilares de piedra deduje que este lugar tuvo alguna vez una dignidad señorial y pude ver claramente que la carretera había originalmente gozado de la sombra de árboles linderos, algunos de los cuales estaban muertos, mientras que otros habían perdido su particular identidad entre la salvaje maleza parásita de la región.

Mientras avanzaba, cardos y ortigas se pegaban a mis pantalones y comencé a preguntarme si el lugar estaría habitado después de todo. ¿Estaba paseando para nada? Durante un instante estuve tentado de retroceder y buscar alguna granja camino adelante, pero un vistazo a la casa despertó mi curiosidad y estimuló mi espíritu aventurero.

Había algo provocativamente fascinante en la decrepita construcción rodeada de árboles que se alzaba frente a mí, ya que hablaba del donaire y holgura de un tiempo perdido, y de un ambiente sureño aún más pretérito. Era la típica casa de plantación construida con madera, en el estilo clásico del temprano XIX, con dos plantas y media, y un gran pórtico jónico cuyos pilares llegaban hasta el ático y sujetaban un frontal triangular. Su ruina era acusada y patente, y una de las grandes columnas se había podrido, desplomándose al suelo, mientras que la galería superior o balconada se combaba peligrosamente. Llegué a la conclusión de que, antaño, había habido otras construcciones cerca de la casa.

Mientras ascendía los anchos escalones de piedra hacia el porche bajo y el tallado portal con linternas, me sentí perceptiblemente nervioso y comencé a encender un cigarrillo, desistiendo al ver cuán seco e inflamable era todo cuanto me rodeaba. Aunque convencido ahora de que la casa estaba abandonada, dudé en violar su intimidad entrando sin llamar, por lo que tiré del oxidado aldabón de hierro hasta conseguir moverlo, y finalmente hice una cautelosa llamada que pareció hacer estremecerse y resonar a la casa entera. No hubo respuesta, aunque agité de nuevo el incómodo y crujiente artefacto... más para disipar el sentimiento de impío silencio y soledad que para avisar a cualquier posible ocupante.

En algún lugar cerca del río escuché la lastimera nota de un palomo, e imaginé que el rumor del agua corriente era débilmente audible. Como en sueños, así y agité el antiguo picaporte, y finalmente empujé la gran puerta de seis paneles en un abierto intento de entrar. No estaba cerrada, como pude ver al momento, y, aunque chirrió y crujió sobre sus goznes, acabé abriéndola, encontrándome en un vestíbulo inmenso y oscuro al cruzar su umbral.

Pero, en el momento de dar este paso, lo lamenté. No era que una legión de espectros me enfrentara en aquel vestíbulo penumbroso y polvoriento con fantasmales muebles de estilo imperio, sino que descubrí que, después de todo, este lugar no estaba totalmente deshabitado. Se escuchaba un crujido en la gran escalinata curva, así como el sonido de vacilantes pasos descendiendo lentamente. Luego vi una alta y encorvada figura perfilada durante un instante contra la gran ventana palatina del frontal.

Mi primer sobresalto de terror pasó pronto, y, mientras la figura descendía el tramo final, me dispuse a saludar al propietario de la casa cuya intimidad acababa de invadir. En la semioscuridad, pude verle buscar un fósforo en su bolsillo. Luego surgió un fulgor, mientras encendía una pequeña lámpara de queroseno que estaba en una desvencijada mesa consola, cerca del pie de las escaleras. El débil resplandor reveló la figura de un demacrado anciano de gran estatura, con ropas descuidadas y rostro mal afeitado, aunque, a pesar de todo, tenía el porte y la expresión de un caballero.

No esperé a que hablara, sino que comencé a explicar mi presencia al instante.

—Usted disculpará que haya entrado así, pero cuando mis llamadas no tuvieron respuesta creí que nadie vivía aquí. Sólo quería saber cómo coger la carretera a Cape Girardeau... es decir, la carretera más corta. Quería estar allí antes de la noche, pero ahora, por supuesto...

Al hacer una pausa, el hombre habló; era exactamente el cultivado tono que había esperado, con un suave acento tan inconfundiblemente sureño como la casa que habitaba.

—Más bien debe usted disculparme a mí por no responder a sus llamadas con mayor rapidez. Vivo de forma retirada y no suelo esperar visitantes. Al principio pensé que era un simple curioso. Luego, cuando se repitió la llamada, vine a responder, pero no estoy bien de salud y tengo que moverme con lentitud. Neuritis espinal... un caso muy problemático.

»En cuanto a llegar al pueblo antes de la noche... es evidente que no podrá hacerlo. La carretera donde está, porque supongo que ha venido por la de la puerta, no es ni el mejor ni el más rápido de los caminos. Tiene que tomar la izquierda al salir de la puerta... es decir, la primera carretera verdadera que encuentre a la izquierda. Hay tres o cuatro caminos de carro que debe ignorar, pero no puede confundirse respecto de la verdadera porque hay un inmenso sauce justo en el lado opuesto. Cuando haya dado la vuelta, pase dos carreteras y gire a la derecha en la tercera. Después...

Perplejo ante estas elaboradas indicaciones —datos confusos para un forastero— no pude evitar interrumpirle.

—¡Aguarde un instante! ¿Cómo voy a seguir esas indicaciones en plena oscuridad, sin haber estado nunca por aquí y con sólo un par de faros para ver qué es y qué no es una carretera? Además, creo que hay una tormenta a punto de desencadenarse y mi coche es uno de los abiertos. Creo que me vería en serios aprietos si tratara de llegar a Cape Girardeau esta noche. El hecho es que no sé que hacer. No me gusta molestar ni nada parecido... pero en vista



de las circunstancias, ¿no me podría albergar por esta noche? No le daré ningún problema... nada de comida o algo parecido. Sólo déjeme una esquina donde dormir hasta la mañana y estaré contento. Puedo dejar el coche en la carretera donde está... Un poco de mal tiempo no le dañará si esto empeora.

Mientras hacía mi repentina petición pude ver cómo el rostro del anciano perdía su primitiva expresión de tranquila resignación para tomar un extraño aspecto de sorpresa.

—Dormir... ¿Aquí?

Pareció tan aturdido por mi petición que la repetí.

—Sí, ¿por qué no? Le aseguro que no le daré ningún problema. ¿Qué otra cosa *puedo* hacer? Soy forastero por aquí, estas carreteras son un laberinto en la oscuridad y juraría que lloverá a mares antes de una hora...

En este momento fue mi anfitrión quien me interrumpió, y mientras lo hacía pude sentir una peculiar cualidad en su voz profunda y musical.

—Un forastero... por supuesto que debe serlo, de otra forma no pensaría en dormir aquí, no puedo pensar que nadie venga aquí para nada. La gente no viene ahora aquí.

Se detuvo, y mi deseo de permanecer se multiplicó ante la sensación de misterio que sus lacónicas palabras parecían evocar. Había seguramente algún seductor enigma en ese lugar, y el omnipresente olor a moho parecía arropar un millar de secretos. De nuevo percibí la total decrepitud de todo, perceptible aún bajo los tenues rayos de la sencilla y pequeña lámpara. Sentí un escalofrío dolorido, y vi con pesar que no parecía haber estufas; pero tan grande era mi curiosidad que deseé aún más ardientemente permanecer allí y saber algo sobre el recluso y su lúgubre residencia.

—Permita que me quede —contesté—. No puedo recurrir a nadie más. Pero seguramente pueda hacerme un hueco hasta que amanezca. Además... si la gente no visita este lugar, ¿no será porque está medio en ruinas? Por supuesto, supongo que debe valer una fortuna mantenerla en buen estado, pero si los costes son tan grandes, ¿por qué no busca un sitio más pequeño? ¿Por qué permanece en esta forma... con todas las inconvenientes e incomodidades?

El hombre no pareció ofenderse, pero me respondió con gravedad.

—Desde luego, puede quedarse si realmente lo desea... *a usted* no puede perjudicarle lo que yo sé. Pero otros dicen que existen influencias peculiares e indeseables aquí. Respecto a mí... estoy aquí porque debo hacerlo. Esta casa es algo que considero como un deber el guardar... algo que me liga. Quisiera

tener el dinero, la salud y la ambición necesarias para adecentar la casa y los terrenos.

Con mi curiosidad en aumento, me dispuse a tomar la palabra a mi anfitrión y le seguí lentamente escaleras arriba cuando me lo indicó. Estaba muy oscuro ahora, y un débil sonido en el exterior me indicó que la tan temida lluvia había llegado. Hubiera agradecido cualquier refugio, pero éste era doblemente bienvenido por los indicios de misterio sobre el lugar y su dueño. Para un incurable amante de lo grotesco, nada podía ser mejor.

## II

Había una habitación en la esquina del segundo piso, en estado menos descuidado que el resto de la casa, y hacia allí me guió mi anfitrión, dejando su pequeña lámpara y encendiendo una más grande. Por la limpieza y contenido de la estancia, así como por los libros alineados en las paredes, pude ver que no había errado al considerar a aquel hombre un caballero en cuerpo y alma.

Era un eremita y un excéntrico, sin duda, pero aún mantenía niveles e inclinaciones intelectuales. Mientras él hacía un ademán, invitándome a sentarme, comencé una conversación sobre tópicos generales y me congratulé viendo que no era, después de todo, un hombre taciturno. En todo caso, parecía contento de poder conversar, y no tardó en desviarse hacia temas personales.

Según supe, era Antoine de Russy, miembro de una antigua, poderosa y culta familia de plantadores de Louisiana. Hacía más de un siglo que su abuelo, un muchacho entonces, había emigrado al sur de Missouri y fundado unas nuevas posesiones a la prodiga manera ancestral, construyendo su mansión de pilares y dotándola de todos los accesorios de una gran plantación. Había habido, en un tiempo, tanto como 200 negros en las chozas que estaban en el llano de la parte trasera —un solar ahora invadido por el río—, y escucharles cantar, reír y tocar el banjo durante la noche era saber lo que era la cumbre de un orden social y una cultura ahora desgraciadamente extinta. Frente a la casa, donde los grandes robles y sauces montaban guardia, había habido un césped como una gran alfombra verde siempre regada y nivelada, y caminos empedrados bordeados de arriates curvándose a su alrededor. «Riverside» —que así era llamado el lugar— había sido un amable e idílico hogar en aquellos días, y mi anfitrión podía recordar cuando muchos restos de su mejor periodo aún perduraban.

En el exterior llovía ahora copiosamente, con densas cortinas de agua golpeando contra el inseguro techo, muros y ventanas, y lanzando gotas a través de un centenar de grietas y goteras. La humedad goteaba hasta el suelo desde lugares inesperados, y el viento en aumento agitaba los podridos e inseguros batientes del exterior.

Pero no pensé en nada de esto, ni tampoco en mi coche aparcado fuera, bajo los árboles, ya que veía que estaba comenzando una historia. Incitado a recordar, mi anfitrión hizo un gesto para mostrarme las alcobas, pero luego se quedó recordando otros días mejores. Pronto, según vi, tendría indicios de por qué vivía solo en este antiguo lugar y por qué sus vecinos lo creían lleno de influencias indeseables. Su voz era muy musical según hablaba, y su relato pronto adoptó un giro que no me dio oportunidad de adormecerme.

—Sí, Riverside fue construida en 1816, y mi padre nació aquí en 1828. Tendría cerca de cien años si aún viviera, pero murió joven... tan joven que apenas puedo recordarle. Fue en el 64... lo mataron en la guerra, en el Séptimo de Infantería de Louisiana de los C.S.A.<sup>[18]</sup>, porque volvió al hogar ancestral para alistarse. Mi abuelo era muy viejo para luchar, pero vivió hasta los noventa y ayudó a mi madre a criarme. Una buena crianza por cierto, puedo afirmarlo. Nosotros siempre hemos tenido fuertes tradiciones —altos conceptos de honor—, y mi abuelo supo que yo continuaría el camino que los de Russy habían seguido generación tras generación, desde las Cruzadas. Estábamos bastante apurados de dinero, pero nos las arreglamos para vivir bien después de la guerra. Fui a una buena escuela de Louisiana y más tarde a Princeton. Luego fui capaz de hacer prosperar la plantación... aunque ya ve cómo está ahora.

»Mi madre murió cuando yo tenía veinte años, y mi abuelo dos años más tarde. Me quedé bastante sólo después de eso, y en el 1885 me casé con una prima lejana de Nueva Orleans. Las cosas podrían haber sido diferentes de haber vivido, pero murió al nacer mi hijo Denis. Entonces sólo tuve a Denis. No intenté volver a casarme, pues dediqué todo mi tiempo al chico. Era como yo —como todos los de Russy— cetrino, alto y delgado, y con un temperamento endemoniado. Le eduqué como mi abuelo había hecho conmigo, pero él no necesitaba ser aleccionado en lo tocante al honor. Estaba en él, hay que admitirlo. Nadie tenía un espíritu más elevado... ¡Todo lo que pude hacer fue impedirle marchar a la guerra de Cuba cuando tenía once años! Romántico diablo, demasiado... lleno de románticas ideas... puede llamarnos victorianos si quiere... el único problema, si acaso, estaba en

apartarle de las mozas negras. Le envié a la misma escuela que fui yo, y también a Princeton. Se graduó en 1909.

»Por fin, decidió ser médico, y acudió un año a la Harvard Medical School. Entonces se empeñó en la idea de guardar la vieja tradición francesa de la familia y me instó para que lo enviara a la Sorbona. Lo hice, bastante orgulloso, aunque sabía cuán solo me quedaría estando él tan lejos. ¡Quisiera Dios que no lo hubiera hecho! Pienso que era la clase más sensata de chico que se puede enviar a París. Tomó una habitación en Rue St. Jacques, cerca de la Universidad en el Barrio Latino, pero según sus cartas y sus amigos acudía todo lo más a las peleas de perros. La gente que frecuentaba eran en su mayoría jóvenes de aquí... estudiantes serios y artistas que pensaban más en su trabajo que en actitudes estafalarias o en pintar la ciudad de rojo.

»Pero, por supuesto, había grupos de compañeros que estaban en una especie de línea divisoria entre los estudiantes serios y el diablo. Los estetas... los decadentes, ya sabe. Experimentadores de la vida y los sentidos... la clase de compinches de Baudelaire. Naturalmente, Denis frecuentaba a muchos de éstos y apreciaba su forma de vida. Pero había toda clase de círculos y cultos... imitaciones de la adoración al diablo, Misas Negras y cosas por el estilo. Es dudoso que pudieran hacer mucho daño... la mayoría probablemente lo olvidaba en un año o dos. Uno de los más metidos en este extraño asunto era un compañero que Denis había conocido en la escuela... ya que viene a cuento, yo conocí a su padre. Frank Marsh, de Nueva Orleans. Discípulo de Lafcadio Hearn y Gauguin y Van Gogh... un epítome regular de los amarillos noventa. El pobre diablo... se daba aires de gran artista, después de todo.

»Marsh era el amigo más antiguo de Denis en París porque, por una especie de maldición, se tenían un mutuo aprecio... hablar sobre los viejos tiempos en la St. Clair Academy y todo eso. El chico me escribió una buena carta sobre él y no vi ningún mal en sus comentarios sobre el grupo de místicos de Marsh. Parecía algún culto de magia prehistórica egipcia y cartaginesa mezclados con elementos bohemios por el otro lado... alguna insensatez que pretendía beber en olvidadas fuentes de ocultas verdades de las perdidas civilizaciones africanas —la gran Zimbabwe, las muertas ciudades atlantes en la región de Hoggar, en el Sáhara—, y contenía un galimatías conectado con serpientes y cabello humano. Galimatías o, al menos, así lo llamé entonces. Denis solía citarme que Marsh contaba extrañas cosas sobre velados hechos ocultos bajo la leyenda de la cabellera de serpiente de Medusa y bajo el posterior mito ptolemaico de Berenice, que ofreció su pelo para

salvar a su hermano-esposo, y que está en el cielo como la constelación Cabellera de Berenice.

»No creo que todo eso impresionara demasiado a Denis, hasta la noche en que durante el extraño ritual en el cuarto de Marsh encontró a la sacerdotisa. La mayoría de los devotos de este culto era jovencuelos, pero el líder era una chica que se llamaba a sí misma «Tanit-Isis», dejando que se supiera que su nombre real —su nombre en esta última encarnación, según ella— era Marceline Bedard. Se autoproclamaba hija natural del marqués de Chameaux, y parecía haber sido mediocre artista y modelo antes de adoptar esta pose, más lucrativa. Alguien dijo que había vivido durante algún tiempo en las Indias Occidentales —Martinica, supongo—, pero ella era muy reservada sobre ese tema. Parte de su pose era un gran despliegue de austeridad y alegría, pero no pienso que los estudiantes más experimentados la tomaran muy en serio.

«Denis, sin embargo, era poco avezado, y me escribió sus buenas diez páginas de melaza sobre la diosa que había descubierto. Tan sólo pensé que yo tenía parte de la culpa por su simplicidad, pero nunca creí que una infatuación de cachorro como esa pudiera durar mucho. Estaba absurdamente seguro de que, en lo tocante al honor personal y orgullo familiar, Denis siempre se guardaría de graves complicaciones.

»Al pasar el tiempo, empero, sus cartas comenzaron a ponerme nervioso. Mencionaba a esa Marceline más y más, y a sus amigos menos y menos, y empezó a hablar de la «forma estúpida y cruel» con que se negaban a presentarla a sus padres y hermanos. No parecía haberse informado sobre ella y no dudé que le había llenado de románticas historias sobre su origen y divinas revelaciones, así como sobre la forma en que la gente la desdeñaba. Al final, pude ver que Denis estaba separándose totalmente de sus íntimos, malgastando la mayor parte de su tiempo con aquella fascinante sacerdotisa. Por especial petición suya, él nunca hablaba a sus amigos de sus continuos encuentros, así que nadie trató de romper la relación.

»Supongo que ella lo consideraba fabulosamente rico, ya que tenía el aire de un patricio, y la gente de cierta clase piensa que todos los aristócratas americanos son adinerados. En cualquier caso, probablemente pensó en la rara fortuna de desposarse con un joven verdaderamente apetecible. Cuando mi nerviosismo se convirtió en franco temor, ya era demasiado tarde. El chico se había casado con ella, escribiendo que abandonaba sus estudios y traía a su mujer a Riverside. Dijo que ella había hecho un gran sacrificio y abandonado su liderazgo del culto mágico, y que de ahí en adelante sería simplemente una

dama privada... la futura ama de Riverside y madre de los vastagos de los de Russy.

»Bien señor, lo tomé lo mejor que pude. Sé que esos sofisticados continentales tienen diferentes parámetros de los de nuestra vieja América... y, de todas formas, no tenía en el fondo nada contra la mujer. Una farsante, quizás, ¿pero necesariamente una arpía? Creo que traté de guardar aquello en secreto como fue posible en aquellos días, por bien del chico. Evidentemente, no había nada que un hombre sensato pudiera hacer, excepto dar a Denis tanto tiempo como su nueva esposa necesitara para adaptarse a los modos de los de Russy. Dejarla probarse por sí misma quizás no dañaría a la familia tanto como podía temer. Por eso, no puse objeciones ni hablé de castigos. Estaba hecho, y me dispuse a dar la bienvenida al regreso del chico, fuera lo que fuese que trajera consigo.

»Llegaron tres semanas después de que el telegrama me notificara su matrimonio. Marceline era hermosa —eso no puede negarse— y pude ver que el chico estaba completamente loco por ella. Ella tenía aire de raza, y pienso que debía tener buena sangre en las venas. Aparentemente, tenía poco más de veinte años; era de mediana estatura, esbelta, y sus posturas y movimientos tenían la gracia de una tigresa. Su tez era profundamente olivácea —como el marfil añejo—, y sus ojos eran grandes y muy oscuros. Tenía facciones delicadas de regularidad clásica —aunque no lo bastante claras para mi gusto— y la más singular cabellera de pelo negro azabache que jamás haya visto.

»No me asombré de que usara el señuelo del pelo en su mágico culto, ya que con aquella espesa profusión la idea debía habersele ocurrido de forma espontánea. Peinada, parecía como una princesa oriental de una pintura de Aubrey Beardsley. Su cabello suelto podía llegar bajo las rodillas y brillaba a la luz como si poseyera una atroz vida propia, distinta de la de ella. Yo mismo podría haber pensado en Medusa o Berenice —sin que nadie me lo sugiriera— nada más ver y estudiar aquel cabello.

»A veces creía que se apartaba ligeramente de ella y tendía a disponerse en distintas cuerdas o grupos, pero esto debió ser mera ilusión. Lo cepillaba incesantemente y parecía utilizar algún preparado. Tuve la sensación una vez —una curiosa y extravagante sensación— de que era un ser vivo que ella alimentaba de alguna extraña manera. Todo insensateces... pero que se añadían a mi disgusto hacia ella y su pelo.

»Porque no puedo negar que fui totalmente incapaz de apreciarla, no importa lo que me empeñase. No puedo decir cuál era el problema, pero allí estaba. Algo en ella me repelía muy profundamente y no podía evitar sentir

asociaciones enfermizas y macabras conectadas con algo en ella. Su complejión evocaba pensamientos de Babilonia, Atlántida, Lemuria, y los terribles y olvidados países de un mundo pretérito. Sus ojos me atenazaban como los ojos de alguna impía bestia de la selva o alguna diosa-animal tan inconmensurablemente antigua que no podía ser completamente humana; y su pelo —esa densa, exótica y nutrida mata de lustroso negrura— le hacían a uno estremecerse como si fuera una gran pitón negra. No había duda de que ella se percataba de mi involuntaria actitud... aunque traté de esconderlo y ella trato de ocultar que lo sabía.

»Pero la adoración del chico persistía. La adulaba a todas horas y exageraba todas las pequeñas galanterías de la vida diaria hasta un grado nauseabundo. Ella parecía devolverle los sentimientos, aunque yo podía ver que se esforzaba en corresponder su entusiasmo y extravagancias. Por algún detalle, pensé que ella estaba defraudada al descubrir que no era tan rico como había esperado.

»Era un mal asunto. Yo podía ver que las corrientes sumergidas iban saliendo a la luz. Denis estaba medio hipnotizado por su amor de colegial y comenzó a alejarse de mí, percibiendo mi aborrecimiento hacia su esposa. La cosa fue agravándose durante meses, y me di cuenta que estaba perdiendo a mi único hijo... el chico que fuera el centro de mis pensamientos y actos durante el último cuarto de siglo. Me sentía amargado al respecto, ¿y qué padre no lo estaría? Y, además, no podía hacer nada.

»Marceline pareció ser en aquellos primeros meses bastante buena esposa y nuestros amigos la recibieron sin tapujos ni reservas. Yo estaba siempre nervioso, empero, por lo que los jóvenes de París podrían escribir a casa a sus parientes cuando circulara la historia de la boda. A pesar del interés de la mujer por ocultarlo, no se pueden guardar siempre los secretos... de hecho, Denis había escrito a algunos de sus amigos íntimos, en estricta confidencia, tan pronto como se estableció con ella en Riverside.

»Comencé a permanecer más y más tiempo a solas en mi alcoba, con mi débil salud como excusa. Fue por esa época cuando mi actual neuritis espinal comenzó a desarrollarse, lo que hacía la excusa muy creíble. Denis no parecía percatarse del problema, ni tomarse ningún interés hacia mis hábitos o asuntos, y me dolía ver cuán indiferente se estaba volviendo. Comencé a padecer de insomnio, y solía devanarme los sesos durante la noche, intentando saber cuál era realmente el problema, que era lo que realmente hacía a mi nuera tan repulsiva, e incluso horrible, para mí. Seguramente, no eran sus antiguas monsergas místicas, ya que había abandonado el pasado y

no lo mencionaba nunca. Jamás realizó tampoco ninguna pintura, aunque yo sabía que había sido una diletante en tal arte.

»Extrañamente, los únicos que parecían participar de mi desazón eran los criados. Los negros de la casa parecían sumamente hoscos en su actitud hacia ella, y en pocas semanas todos, excepto aquellos con fuertes vínculos con mi familia, se habían marchado. Esos pocos —el viejo Scipio y su esposa Sara, la cocinera Delilah y Mary, la hija de Scipio— eran tan educados como podían; pero de hecho mostraban que obedecían a su nueva ama por deber más que por devoción. Permanecían en su parte remota de la casa tanto como les era posible. McCabe, nuestro chofer blanco, era insolentemente admirativo a la par que hostil; otra excepción era una zulú muy anciana que decía haber llegado de África cien años atrás y que era una especie de líder desde su pequeña cabaña, a la vez que una especie de pensionista de la familia. La vieja Sophonisba mostraba reverencia hacia dondequiera que Marceline estuviera cerca de ella, y una vez la vi besar el suelo que había pisado el ama. Los negros eran animales supersticiosos, y me pregunté si Marceline no habría estado soltando algunas de sus insensateces místicas a nuestros criados para superar su evidente rechazo.

### III

»Bueno, así fueron las cosas durante cerca de medio año. Luego, en el verano de 1916, las cosas comenzaron a precipitarse. A mediados de junio, Denis recibió una nota de su viejo amigo Frank Marsh, hablando de una especie de dolencia nerviosa que le hacía desear el tomarse unas vacaciones en el país. Estaba matasellada en Nueva Orleans —ya que Marsh había vuelto desde París al sentir llegar el colapso— y parecía una llana, aunque cortés, orden para ser invitado. Marsh, por supuesto, sabía que Marceline estaba aquí y preguntó muy educadamente por ella. Denis quedó muy afectado al conocer su problema y le invitó a venir por tiempo indefinido.

»Marsh vino... y yo me quedé impresionado al percatarme cómo había cambiado desde que lo viera en su mocedad. Era un hombre pequeño y rubio, de ojos azules y mentón débil, y pude ver los efectos de la bebida, y no sé qué más, en sus párpados hinchados, dilatados poros de la nariz y marcadas comisuras de los labios. Supongo que había adoptado su pose de decadencia muy en serio y se empeñaba en posar como Rimbaud, Baudelaire o Lautréamont tanto como podía. Pero, aun así, era delicioso hablar con él, ya que como todos los decadentes era exquisitamente sensible al color, atmósfera y nombre de las cosas; alguien admirable, vital, y con conocimiento personal



en experiencias conscientes sobre oscuros y sombríos campos de la vida, y el sentimiento acerca de los que la mayoría de nosotros pasamos sin saber que existen. Pobre jovencuelo, ¡si su padre hubiera vivido tan sólo algo más y le hubiera refrenado! ¡Había buena madera en aquel chico!

»Yo estaba contento de la visita, ya que sentí que podría restaurar una atmósfera normal en la casa. Esto es lo que realmente pareció ser al principio; porque, como he dicho, Marsh era una compañía encantadora. Era el artista más profundo y sincero que haya visto en mi vida, y verdaderamente creo que, excepto la percepción y expresión de la belleza, nada terrenal le importaba. Cuando veía algo exquisito, o cuando estaba creándolo, sus ojos parecían dilatarse hasta que los claros iris casi desaparecían... dejando sólo dos místicos pozos negros en aquel débil y delicado rostro del color de la tiza: pozos negros abiertos a extraños mundos que ninguno de nosotros podía siquiera conjeturar.

»Cuando vino, empero, no tuvo demasiadas oportunidades de mostrar tal tendencia; ya que había, según comentó a Denis, llegado bastante malparado. Parecía haber sido muy afortunado como artista de extravagante factura — como Fuseli, Goya, Sime o Clark Ashton Smith—, pero súbitamente se había agotado. El mundoalrededor suyo había cesado de albergar nada que él pudiera reconocer como belleza... es decir, lo bastante fuerte y punzante para despertar sus facultades creativas. Ya había experimentado todo esto antes — todos los decadentes lo hacen— pero en aquella época no podía inventar ninguna sensación o experiencia nueva, extraña u «outré» que pudiera suplir la necesitada ilusión de nueva belleza o expectación estimulantemente sugestiva. Era como un Durtal o un Des Esseintes en el punto más lastimero de su curiosas trayectorias.

«Marceline no estaba cuando llegó Marsh. No le había entusiasmado su llegada, y había rehusado declinar una invitación de alguno de nuestros amigos de San Luis, cursada para Denis y ella. Denis, por supuesto, permaneció para recibir a su invitado, pero Marceline se marchó sola. Era la primera vez que lo veía separarse, y deseé que el intervalo sirviera para disipar la especie de ofuscación que estaba convirtiendo en un necio al chico. Marceline no mostró ninguna prisa en volver, sino que pareció prolongar su ausencia tanto como pudo. Denis parecía mucho mejor de lo que uno esperaría en un marido embobado, y asumía su antiguo talante cuando hablaba de otros días con Marsh, tratando de animar al apático esteta.

»Era Marsh quien parecía más impaciente por ver a la mujer, quizás porque pensaba que su extraña belleza, o alguna fase del misticismo que le

había llevado a su antiguo culto, podía reanimar su interés hacia las cosas y darle otro empujón hacia la creación artística. Yo estaba absolutamente convencido de que no había otras razones, basándome en mi conocimiento sobre el carácter de Marsh. Con todas sus debilidades, era un caballero... y, de hecho, esto había quedado de manifiesto cuando supe que deseaba venir, porque su complacencia en aceptar la hospitalidad de Denis probaba que no había razones en contra.

»Cuando, al fin, Marceline volvió, pude ver que Marsh estaba tremendamente afectado. No intentó hablar de las cosas extravagante que ella había abandonado definitivamente, pero fue incapaz de esconder una poderosa admiración que hizo a sus ojos —de nuevo dilatados en esa curiosa forma por primera vez en el transcurso de su visita— clavarse sobre ella cada momento que estuvo en la habitación. Ella, no obstante, pareció más desazonada que complacida por su agudo escrutinio... es decir, lo pareció al principio, aunque sus sentimientos mudaron en pocos días, sentando entre ambos las bases de la mayor cordialidad y frívola compañía. Yo podía ver a Marsh estudiándola constantemente cuando pensaba que nadie le observaba, y me pregunté cuánto tiempo podría ser solamente el artista, antes de que el hombre primitivo se despenara ante sus misteriosos encantos.

»Denis, naturalmente, sentía cierta irritación ante este giro de los acontecimientos, aunque comprendía que su invitado era un hombre de honor y que, estética y místicamente, Marceline y Marsh naturalmente tenían cosas e intereses que discutir, y en las que una persona más o menos convencional no tenía cabida. No albergaba resquemor contra nadie, sino que simplemente lamentaba que su propia imaginación fuera demasiado tradicional y limitada para ponerse a la altura de lo que Marceline y Marsh hablaban. Así estaban las cosas y comencé a tratar más al chico. Con su esposa ocupada en otros quehaceres, tuvo tiempo para recordar que tenía un padre, y un padre que estaba listo para auxiliarle en cualquier clase de perplejidad o dificultad.

»Solíamos sentarnos en la galería a observar a Marsh y Marceline mientras recorrían el camino arriba y abajo a caballo, o jugaban al tenis en el patio que había al sur de la casa. Hablaban preferentemente en francés, que Marsh, aunque no tenía más que una cuarta parte de sangre francesa, manejaba con mayor soltura que Denis o yo. El inglés de Marceline, siempre académicamente correcto, estaba tiñéndose rápidamente de acento, pero estaba claro que ella gustaba de volver a hablar su lengua materna. Mientras mirábamos la buena pareja que hacían, pude ver cómo los músculos del pecho y garganta del chico se tensaban... aunque no por eso fuera menos un

anfitrión ideal para Marsh o menos considerado como esposo hacia Marceline.

»Todo esto sucedía generalmente durante la tarde, ya que Marceline se levantaba muy tarde, desayunaba en la cama y gastaba una inmensidad de tiempo preparándose para bajar las escaleras. Nunca conocí a nadie tan sumido en cosméticos, ejercicios de belleza, aceites de pelo, ungüentos y parafernalia de ese estilo. Era en aquellas horas matutinas cuando Denis y Marsh entablaban contacto e intercambiaban confidencias que mantenían su amistad a pesar de la tensión impuesta por los celos.

»Bueno, fue en una de aquellas charlas matutinas en la terraza cuando Marsh hizo la proposición que precipitó el desenlace. Yo estaba postrado por culpa de mi neuritis, pero me las había arreglado para bajar las escaleras y tenderme en el diván del recibidor, cerca del ventanal. Denis y Marsh estaba casi al otro lado, así que no pude evitar escuchar todo cuanto dijeron. Habían estado hablando de arte, y los curiosos y caprichosos elementos ambientales necesarios para abocar a un artista en la producción de su obra, cuando Marsh bruscamente pasó de las abstracciones a las aplicaciones personales; algo que debía tener en la cabeza desde el principio.

»—Supongo —estaba diciendo— que nadie puede decir exactamente qué escenas y objetos producen tales estímulos estéticos por algunos individuos. Básicamente, por supuesto, debe haber una referencia para cada patrón humano y asociaciones mentales almacenadas, ya que no hay dos personas que tengan la misma escala de sensibilidad y respuesta. Nosotros los decadentes somos artistas para quienes todas las cosas ordinarias han dejado de tener cualquier significado emocional o imaginativo, pero ninguno de nosotros responde de igual manera al mismo objeto extraordinario. Ahora tómame a mí, por ejemplo...

»Hizo una pausa y luego prosiguió.

»—Sé, Denny, que puedo decirte tales cosas a ti porque tienes una mente preternaturalmente intacta: limpia, elegante, directa, objetiva y todo eso. No se te puede equivocar o engañar, tal como no puede hacerse con ningún decadente del mundo.

»Se detuvo una vez más.

»—El hecho es que creo saber lo que necesito para relanzar mi imaginación a trabajar de nuevo. He tenido una leve idea de esto desde que estábamos en París, pero ahora estoy seguro. Es Marceline, viejo amigo: ese rostro y ese pelo, y el tren de sombrías imágenes que provoca. No es simplemente belleza visible —aunque Dios sabe que tiene bastante de eso—,

sino algo peculiar e individualizado que no puedo explicar exactamente. Sabes, en los últimos días he sentido la existencia de tal estímulo, tan afinado que honradamente creo que puedo superarme... lograr la obra maestra si puedo conseguir pinturas y lienzos, tal y como cuando su rostro y pelo hacían conmocionarse y flamear mi fantasía. Hay algo extraño y de otro mundo en ella... algo unido a la tenue antigüedad que Marceline representa. No sé cuánto te ha hablado de ese lado suyo, pero puedo asegurarte que rebosa de él. Posee maravillosos lazos con el exterior...

»Algún cambio en la expresión de Denis debió detener al orador en aquel momento, porque hubo un considerable lapso de silencio antes de que volvieran las palabras. Yo estaba completamente desconcertado, ya que no había esperado un desarrollo tan abierto como éste y me pregunté qué estaría pensando mi hijo. Mi corazón se desbocó y agucé los oídos con la más sincera intención de seguir escuchando. Luego Marsh prosiguió.

»—Por supuesto, estás celoso; reconozco que una conversación como la mía puede sonar... pero te juro que es innecesario.

»Denis no respondió, y Marsh continuó.

»—Para decirte la verdad, nunca podría enamorarme de Marceline, sólo puedo ser un cordial amigo en el mejor de los sentidos. ¿Por qué, maldita sea, me siento como un hipócrita hablando con ella estos días, tal y como he hecho?

»—Someraamente, una faceta suya medio me hipnotiza de alguna forma — en una forma extraña, fantástica y oscuramente terrible— casi como otra faceta te medio hipnotiza a ti de una forma mucho más normal. Veo algo en ella —o para ser psicológicamente exacto, algo a través o más allá de ella— que no acabas de ver. Algo que insinúa un inmenso despliegue de formas surgidas de abismos olvidados y que me hace desear pintar increíbles cosas cuyos perfiles se desvanecen en el instante en que trato de delimitarlos claramente. No te equivoques, Denny, tu mujer es una magnífica persona, un espléndido foco de fuerzas cósmicas ¡por las que tiene derecho a ser llamada divina como nadie en la tierra!

»En ese momento, sentí aflojarse la tensión, ya que la abstracta extravagancia de la declaración de Marsh, más las lisonjas que ahora acumulaba sobre Marceline, no pudo por menos que desarmar y ablandar a alguien tan profundamente orgulloso de su consorte como era Denis. Evidentemente, Marsh también captó el cambio, ya que hubo una mayor confianza en su tono al continuar.

»—Debo pintarla, Denny, debo pintar ese pelo, y no debes negarte. Hay algo más que mortal en ese pelo, algo más que hermosura...

»Se detuvo, y yo me pregunte cuál sería la respuesta de Denis. Me pregunté, de hecho, qué estaba realmente pensando yo mismo. ¿Era el presente interés de Marsh el de un artista o estaba tan infatuado como Denis lo estuviera? Había pensado, en sus días de escuela, que él había envidiado a mi chico; y ahora sentía tenue que podía suceder lo mismo. Por otra parte, algo en aquel cúmulo de excusas artísticas había sonado portentosamente sincero, por lo que, cuanto más lo sopesaba, más inclinado me sentía a aceptar aquellas afirmaciones. Denis parecía hacerlo también, ya que, aunque no pude escuchar su respuesta en voz baja, por los efectos que produjo colegí que ésta debió haber sido afirmativa.

»Escuché el ruido de un manotazo en la espalda y tal torrente de agradecimientos por parte de Marsh como nunca pudiera yo recordar.

»—Esto es maravilloso, Denny, y te digo que nunca lo lamentarás. En cierto sentido, medio lo hago por ti. Serás un hombre diferente cuando lo veas. Te hará volver a ser lo que eras —abriéndote los ojos y dándote una especie de salvación—, pero no puedes comprender aún lo que significa. Sólo recuerda nuestra antigua amistad, ¡y no te hagas a la idea de que no soy el mismo viejo pájaro!

»Me levanté aturdido cuando vi a los dos deambular por el césped, cogidos del brazo y fumando al unísono. ¿Cuál era el significado de la extraña y casi ominosa afirmación de Marsh? Cuanto más se aplacaban mis temores en un sentido, más crecían en otro. Lo mirara como lo mirase, parecía ser bastante mal negocio.

»Pero los asuntos siguieron igual. Denis acondicionó un ático con luz natural, y Marsh compró toda clase de útiles de pintura. Todos estaban bastante excitados con el nuevo asunto, y al final me alegré de que algo estuviera a punto de romper la latente tensión. Pronto comenzaron las sesiones y todos lo tomamos con bastante seriedad, ya que podíamos ver que Marsh lo veía como un importante evento artístico. Denny y yo solíamos pasear sigilosamente por la casa, pensando que algo sagrado estaba ocurriendo, y sabiendo que así era en lo que a Marsh tocaba.

»Con Marceline, sin embargo, era un asunto diferente, como pronto descubrí. Cualquiera que fuese la reacción de Marsh ante las sesiones, ella estaba obviamente a disgusto. Buscó cualquier forma posible de revelar un abierto y vulgar enamoramiento por parte del artista, así como lograr muestras de repulsión por parte de Denis. Extrañamente, me percaté de esto mejor que

Denis y traté de idear algún plan para mantener feliz al chico hasta que el asunto hubiera concluido. No tenía sentido excitarle con eso, si podía ayudársele.

»Por fin, decidí que Denis haría mejor en marcharse mientras se mantuviera la desagradable situación. Yo podría representar bastante bien sus intereses en ese tiempo y, antes o después, Marsh acabaría su pintura y se iría. Mi concepto sobre el honor de Marsh era tal que no pensé en malos desarrollos. Cuando todo hubiera acabado, y Marceline hubiera perdido de vista a su nuevo enamorado, sería tiempo de que Denis volviera.

»Así pues, escribí a mi agente comercial y financiero en Nueva York, e ideé un plan que alejaría al chico por tiempo indefinido. Había pedido al agente que escribiera informando que nuestros asuntos requerían perentoriamente la presencia de uno de nosotros en el este y, por supuesto, mi mala salud dejaba bien claro que yo no podía ser. Se arregló que, cuando Denis llegara a Nueva York, encontrara plausibles asuntos para tenerle ocupado tanto tiempo como yo pudiera desear tenerle alejado.

»El plan funcionó a la perfección, y Denis partió hacia Nueva York sin la más mínima sospecha, Marceline y Marsh le acompañaron en el coche hasta Cape Girardeau, donde tomó el tren nocturno para San Luis. Volvieron por la noche, y mientras McCabe conducía el coche a los establos pude oírles hablar en la terraza... en esas mismas sillas cerca del ventanal del recibidor donde Marsh y Denis se habían sentado cuando les escuché hablar sobre el retrato. En ese momento decidí espiarlos intencionalmente, por lo que fui al frontal del recibidor sigilosamente y me tendí en el sofá cerca de la ventana.

»Al principio no pude escuchar nada, pero pronto llegó el sonido de una silla siendo cambiada de sitio, seguido de un corto y brusco suspiro, y una exclamación lastimera de Marceline. Luego escuché a Marsh hablando con voz distendida y casi formal.

»—Me gustaría trabajar esta noche, si no estás demasiado cansada.

»La respuesta de Marceline tenía el mismo tono dolido que había marcado su exclamación. Empleó el inglés al hacerlo.

»—Oh, Frank, ¿de verdad es todo cuanto te preocupa? ¡Siempre trabajando! ¿No podemos quedarnos sentados aquí con esta gloriosa luz de luna?

»Él respondió impacientemente, y su voz mostraba cierto desprecio bajo la dominante cualidad de entusiasmo artístico.

»—¡Luz de luna! ¡Buen Dios, vaya sentimentalismo barato! ¡Siendo una persona supuestamente sofisticada, te queda sin duda algo de los peores

tópicos de las malas novelas! Con el arte ante ti, tienes que pensar en la luna... ¡Barato como una actuación de variedades! O quizás te hace pensar en la Danza Sacra alrededor de los pilares de piedra de Auteuill. Infierno, ¡cómo solías hacer brincar a los ojos embobados! Pero no... supongo que has olvidado todo eso. ¡No más magia atlante, ni ritos de serpientes de pelo de Madame de Russy! Soy el único que recuerdo las viejas cosas... los seres que recorrían los templos de Tanit y hacían resonar sus pasos en los terraplenes de Zimbabwe. Pero no quiero ser tramposo con tales recuerdos... todo eso quedará en mi lienzo... la obra que va a capturar la maravilla y cristalizar los secretos de 75.000 años.

»Marceline le interrumpió con una voz llena de mezcladas emociones.

»—¡Tú eres el que ahora es sentimentalmente barato! Sabes muy bien que es mejor dejar tranquilas las cosas antiguas. Harías mejor en no espiar si yo entono aún los viejos ritos o tratar de despertar a los que yacen ocultos en Yuggoth, Zimbabwe y R'lyeh. ¡Creí que eras más sensato!

»Careces de lógica. Quieres que me interese en esa preciosa pintura tuya, pero nunca me dejas ver qué estás haciendo. ¡Siempre cubierta por ese paño negro! Es mía... no sé qué puede importar si veo...

»Marsh interrumpió en este momento con voz curiosamente dura y tensa.

»—No. Ahora no. La verás en su debido momento. Sabes que eres tú... sí, tú y algo más. Si lo supieras, no estarías tan impaciente. ¡Pobre Denis! ¡Dios mío, es una vergüenza!

»Mi garganta se secó bruscamente mientras las palabras subían hasta un grado casi febril. ¿Qué quería decir Marsh? Repentinamente, vi que se había detenido y entraba solo en la casa. Escuché la puerta frontal cerrarse de golpe y oí sus pisadas subir por las escaleras. Fuera, en la terraza, pude aún escuchar la pesada y furiosa respiración de Marceline. Me deslicé con el corazón dolorido, sintiendo que había graves asuntos por dilucidar antes de que pudiera dejar volver a Denis con seguridad.

»Tras aquella tarde la tensión en la casa fue aún peor que antes. Marceline había siempre vivido mimada y adulada, y el golpe de aquellas pocas rudas palabras de Marsh fueron demasiado para su temperamento. Nadie en la casa la trataba y, con el pobre Denis fuera, volvió su irritabilidad sobre todos. Cuando no podía encontrar a nadie dentro con quien pelearse, iba a la cabaña de la vieja Sophonisba y gastaba horas hablando con la extraña anciana zulú. Tía Sophy era la única persona que la adulaba lo bastante para contentarla, y cuando yo intenté escuchar su conversación, descubrí a Marceline susurrando sobre “antiguos secretos” y “desconocida Kadath”, mientras la negra se mecía

en su silla, haciendo inarticulados sonidos de reverencia y admiración a cada instante.

»Pero nada pudo romper su perruna fascinación hacia Marsh. Podía hablarle áspera y secamente, pero se volvía más y más obediente a sus deseos. Era muy conveniente para él, ya que era capaz de hacerla posar siempre que él se sentía en disposición de pintar. Él trataba de mostrar gratitud por su buena disposición, pero yo creía detectar una especie de desprecio o incluso repugnancia bajo su cuidadosa educación. Por mi parte, ¡odiaba abiertamente a Marceline! Lo que mi actitud no mostraba, más allá de un simple desdén, en aquellos días. Verdaderamente, me alegraba de que Denis estuviera fuera. Sus cartas, no tan frecuentes como desearía, mostraban signos de tensión y preocupación.

»A mediados de agosto supe, por las afirmaciones de Marsh, que el retrato estaba casi acabado. Su humor parecía volverse más sardónico, mientras que el temperamento de Marceline mejoró, ya que la posibilidad de verlo acariciaba su vanidad. Aún puedo recordar el día en que Marsh dijo que terminaría todo en el plazo de una semana. Marceline se excitó claramente, aunque no sin lanzarme una mirada venenosa. Creí ver que su pelo recogido estaba estrechamente apretado alrededor de su cabeza.

«—¡Quiero ser la primera en verlo! —chasqueó. Luego, sonriendo a Marsh, dijo—: Y si no me gusta, ¡lo haré pedazos!

»La cara de Marsh mostró la más curiosa expresión que jamás le viera cuando respondió.

«—No puedo afirmar que te guste, Marceline, ¡pero te juro que será magnífico! No deseo otorgarme todo el crédito, el arte se crea a sí mismo, y esto tenía que ser hecho. ¡Tendrás que esperar!

»Durante los siguientes días sentí un extraño presagio, como si el fin de la pintura augurara alguna catástrofe en vez de alivio. Denis no me había escrito, y mi agente de Nueva York dijo que estaba planeando algún viaje al país. Me pregunté qué resultado tendría todo aquello. ¡Vaya una extraña mezcla de elementos!... ¡Marsh y Marceline, Denis y yo! ¿Cómo reaccionaríamos al final unos respecto a otros? Mientras mis miedos se acrecentaban, traté de achacarlo todo a mi enfermedad, aunque la explicación nunca me satisfizo del todo.

#### IV

«Bueno, todo explotó en un martes, el 26 de agosto. Me había levantado a la hora habitual para desayunar, pero no me sentía bien por culpa de los



dolores en mi espalda. Me había estado molestando más que de ordinario en los últimos días, forzándome a consumir opiáceos cuando se hacía insoportable; nadie estaba abajo, excepto los criados, aunque oí a Marceline trajinando en su habitación. Marsh dormía en el ático anejo a su estudio y había comenzado a trabajar hasta altas horas, por lo que raramente aparecía antes del mediodía. Sobre las diez, los dolores se agudizaron, por lo que tomé una dosis doble de mi opiáceo y me tumbé en el diván del recibidor. Lo último que oí fue los pasos de Marceline sobre mi cabeza. Pobre criatura... ¡Si yo hubiera sabido! Debía haber estado paseando ante el gran espejo, admirándose. Así era ella. Vanidosa de principio a fin... deleitándose en su propia belleza, tal y como hacía con todas los pequeños mimos que Denis era capaz de darle.

»No desperté hasta el ocaso, y supe, por la luz dorada y las grandes sombras más allá del ventanal, cuánto había dormido. No había nadie por allí, y una especie de antinatural quietud parecía cernerse sobre todo. A lo lejos, sin embargo, creí oír un débil aullido, salvaje e intermitente, cuya cualidad tenía una ligera pero desconcertante familiaridad para mí. No creo mucho en las premoniciones, pero me sentí espantosamente desazonado al despertar. Había tenido sueños —aún peores que los de semanas previas— y en este momento parecían odiosamente ligados a alguna negra y supurante realidad. Toda la casa tenía un aspecto malsano. Después, pensé que ciertos sonidos debían haberse filtrado a través de mi cerebro inconsciente durante aquellas horas de sueño drogado. Mi mal, sin embargo, estaba bastante aliviado, y me levante y anduve sin dificultades.

»Pronto supe que algo andaba mal. Marsh y Marceline podían estar cabalgando, pero alguien debiera estar preparando la cena en la cocina. Sin embargo, sólo había silencio, excepto aquel débil y distante aullido o lamento, y nadie respondió cuando tiré de la vieja campanilla para llamar a Scipio. Luego, al mirar arriba, vi la creciente mancha del techo... la brillante mancha roja que debía haberse filtrado por el suelo, desde la alcoba de Marceline.

»En un instante, olvidé mi espalda lisiada y me lancé escaleras arriba preparado para lo peor. Toda clase de posibilidades pasaban por mi mente mientras embestía contra la puerta combada por la humedad de aquella silenciosa alcoba, y lo más odioso de todo era un terrible sentimiento de fatal desenlace cumplido. Yo había sabido, el conocimiento me golpeaba, del indescriptible horror que se aproximaba, ya que algo profunda y cósmicamente maligno se había introducido bajo mi techo, y sólo sangre y tragedia podían ser el resultado.

»La puerta se abrió al fin, y yo di un traspiés por la gran habitación contigua, en la penumbra causada por las ramas de los grandes árboles al otro lado de la ventana. Durante un instante, no pude hacer sino encogerme ante el débil aroma que inmediatamente asaltó mi nariz. Después, encendiendo la luz eléctrica y mirando, reparé en una innombrable blasfemia sobre la alfombra amarilla y azul.

»Yacía boca abajo, en un gran charco de sangre oscura y cuajada, y tenía la sangrienta impronta de un zapato humano en mitad de su espalda desnuda. Había sangre por doquier: en los muros, los muebles y el suelo. Mis piernas flaquearon ante la vista y tuve que tambalearme hacia una silla para desplomarme en ella. La cosa había sido obviamente un ser humano, aunque su identidad no fue fácil de determinar al principio, ya que carecía de ropas y la mayor parte de su cabello había sido cortado y arrancado de la forma más cruda. Tenía un color marfil oscuro y supuse que debía ser Marceline. La huella de zapato en su espalda le daba un aspecto aún más infernal. No pude concebir qué extraña y espantosa tragedia debió tener lugar mientras yo dormía en la habitación de abajo. Cuando alcé la mano para enjugar el sudor de mi frente, advertí que mis dedos estaban manchados de sangre. Me sobresalté, comprendiendo que debía proceder del pomo de la puerta, que el desconocido asesino había cerrado tras él al marcharse. Se había llevado consigo su arma, al parecer, ya que no había ningún instrumento mortal a la vista.

»Mientras estudiaba el suelo, descubrí una línea de pegajosas pisadas, como la que viera en el cuerpo, yendo del horror a la puerta. Había otro rastro sangriento, también, y de una clase menos fácilmente explicable; una línea ancha y continua, como el camino de una serpiente gigantesca. Al principio pensé que se debía a algo arrastrado por el asesino. Luego, percatándome de la forma en que las pisadas parecían sobreponerse a él, me vi forzado a pensar que había sido hecho antes de marcharse el asesino. Pero, ¿qué reptante entidad podía haber estado en esta estancia con la víctima y su asesino, saliendo antes que éste y cuando todo estuvo hecho? Mientras me hacía esta pregunta, creí oír nuevas manifestaciones de aquel débil y lejano gemir.

»Finalmente, sobreponiéndome a aquel letargo de horror, me puse de nuevo en pie y comencé a seguir las huellas. Quién era el asesino, no podía ni siquiera conjeturar, ni tampoco explicarme la ausencia de los criados. Sabía vagamente que debía acudir al cuarto del ático de Marsh, pero antes de haber aceptado plenamente la idea vi que, de hecho, el rastro sangriento llevaba

hacia allí. ¿Era él el asesino? ¿Se habría vuelto loco bajo la tensión de morbosa situación y habría perdido súbitamente la razón?

»En el pasillo del ático, el rastro se volvía débil, y las pisadas casi desaparecían al llegar a la oscura alfombra. Aún pude discernir, no obstante, el extraño rastro de la entidad que había salido primero y que llevaba directamente a la cerrada puerta del estudio de Marsh, desapareciendo por debajo en un punto a medio camino entre las jambas. Evidentemente, había cruzado el umbral en un momento en que la puerta estaba abierta de par en par.

»Con el corazón desfallecido, tanteé el pomo, encontrando la puerta sin cerrar. Abriéndola, me detuve bajo la menguante luz del norte preguntándome qué nueva pesadilla podía estar aguardando. Había, ciertamente, algo humano en el suelo, y busqué el interruptor para encender la luz.

»Pero, mientras la luz relumbraba, mi mirada abandonó el suelo y su horror—era Marsh, pobre diablo— para clavarse frenética e incrédulamente en el ser vivo que se agazapaba mirando fijamente hacia el abierto portal que llevaba a la alcoba de Marsh. Era un ser desgreado, de ojos enloquecidos y manchado de sangre seca que llevaba en su mano un cruel machete que fuera uno de los adornos de los muros del estudio. Pero incluso en aquel terrible momento le reconocí como alguien que había creído a miles de kilómetros. Era mi propio chico, Denis... o la ruina enloquecida que una vez fuera Denis.

»Mi presencia devolvió un resto de cordura —o al menos memoria— al pobre chico. Se enderezó y comenzó a sacudir la cabeza como si tratara de librarse de alguna influencia envolvente. No pude articular palabra, pero moví los labios en esfuerzo por recobrar la voz. Mis ojos fueron durante un instante a la figura del suelo, caído frente al pesadamente cubierto caballete... la figura hacia la que el extraño rastro de sangre llevaba y que parecía estar enredado en los anillos de algún oscuro objeto con forma de cordón. El cambio de mi mirada aparentemente produjo alguna impresión en la castigada mente del chico, ya que súbitamente comenzó a murmurar un ronco susurro que rápidamente fui capaz de descifrar.

»—Tenía que exterminarla... era el diablo... cúspide y alta sacerdotisa de toda maldad... el desove del agujero... Marsh lo sabía y trató de avisarme. El buen viejo Frank... yo no le maté, aunque iba a hacerlo cuando comprendí. Pero bajé y la maté... entonces ese maldito pelo...

»Yo escuchaba horrorizado mientras Denis se sofocaba, hacía una pausa y proseguía.

»—No lo sabes... sus cartas eran extrañas y supe que estaba enamorada de Marsh. Luego dejó de escribirme. Él nunca la mencionaba... sentí que algo iba mal, y pensé que debía volver y descubrirlo. No podía contarte... tus ademanes te hubieran traicionado. Quería sorprenderles. Vine hoy al mediodía... vine en un coche y despedí a los criados... dejé solos a los de los campos, porque en sus cabañas están fuera del oído. Le dije a McCabe que fuera a buscarme algunas cosas a Cape Girardeau y no se molestara en volver hasta mañana. Dije a los negros que cogieran el viejo coche y dejé que Mary les condujera hasta Bend Village de vacaciones... les dije que nos íbamos a una especie de excursión y que no los necesitamos. Les dije que mejor pasaran la noche con la prima del Tío Scipio, la que tiene esa posada de negros.

»Denis estaba farfullando incoherencias ahora, y agucé los oídos para captar cada palabra. De nuevo pensé que oía aquel salvaje y lejano lamento, pero la historia tenía su primer foco en aquel lugar.

»—Te vi durmiendo en el diván e intenté que no despertaras. Luego fui escaleras arriba sigilosamente para sorprender a Marsh y... ¡Esa mujer!

»El chico se estremeció como si eludiera pronunciar el nombre de Marceline. Al tiempo, vi dilatarse sus ojos en consonancia con un renacer del distante griterío, cuya vaga familiaridad se había hecho ahora muy grande.

»—Ella no estaba en su alcoba, por lo que fui al estudio. La puerta estaba cerrada, y pude oír sus voces dentro. No llamé... sólo irrumpí y la encontré posando para la pintura. Desnuda, pero con ese infernal pelo cubriéndola. Y haciendo toda clase de miradas tiernas a Marsh. Tenía el caballete alejado de la puerta, por lo que no pude ver la pintura. Ambos se llevaron un buen susto cuando aparecí, y Marsh dejó caer su pincel. Yo hervía de furia y le conminé a mostrarme el retrato, pero él mantuvo la calma en todo momento. Me dijo que no estaba acabado, pero que en un día o dos... dijo que lo podría ver entonces... ella... no lo había visto.

»—Pero eso no iba conmigo. Avancé, y él dejó caer una cortina púrpura sobre la obra, antes de que pudiera verlo. Él estaba preparado para pelear antes de dejarme verlo, pero eso... eso... ella... avanzó y se puso de mi parte. Me dijo que debíamos verlo. Frank se alteró de forma horrible, y me dio un golpe cuando traté de quitar la cortina. Le devolví el golpe y pareció quedar fuera de combate. Luego estuve a punto de caer yo también por culpa del grito que... la criatura... lanzó. Había arrancado la cortina ella misma y tenía la vista clavada en la pintura de Marsh. Me di la vuelta por la habitación y la vi precipitarse como una loca fuera de la estancia... *entonces vi el cuadro.*

»La locura fulguró en los ojos del chico al llegar a ese momento, y durante un instante pensé que me iba a atacar con su machete. Pero tras una pausa se calmó parcialmente.

»—¡Oh, Dios... qué cosa! ¡Nunca la mires! ¡Quémala con sus cortinas puestas y lanza las cenizas al río! Marsh sabía... y quería avisarme. Sabía lo que eso era... que esa mujer... esa pantera, o gorgona, o lamia, o lo que fuera... verdaderamente representa. Trató de insinuármelo desde que la encontré en su estudio de París, pero no podía ser dicho con palabras. Pensaba que todos se equivocaban cuando susurraban horrores sobre ella... me hipnotizó de forma que no pudiera creer la cruda verdad... pero esta pintura ha captado todo el secreto... ¡todo el monstruoso fundamento!

»¡Dios, Frank es un artista! ¡Eso es la mejor pieza que cualquier alma viviente haya producido desde Rembrandt! Es un crimen quemarlo... pero sería uno aún mayor dejarlo existir... como hubiera sido un horrendo pecado dejar... que esa diablesa... siguiera existiendo. En el momento que vi, entendí lo que... ella... era, y la parte que jugaba en el terrible secreto que ha pervivido desde los días de Cthulhu y los Primordiales... el secreto que casi desapareció al hundirse la Atlántida, pero que fue mantenido vivo en tradiciones ocultas y alegóricos mitos, y ritos furtivos de la medianoche. Tú sabes que ella era un ser real. No era ninguna impostora. Podría haber sido misericordioso de haber resultado una embaucadora. Era la vieja y odiosa sombra que los filósofos nunca osaron mencionar... el ser insinuado en el *Necronomicón* y simbolizado en los colosos de la Isla de Pascua.

»Ella pensaba que no sería descubierta... que su falsa fachada la protegería hasta que hubiéramos malvendido nuestras almas inmortales. Y casi tenía razón... al final me habría tenido. Ella sólo... esperaba. Pero Frank... el buen viejo Frank... fue demasiado para ella. *El sabía todo lo que significaba y lo pintó.* No me extraña que gritara y huyera al ver la pintura. No estaba acabada, pero Dios sabe *que lo estaba lo bastante.*

»—Entonces supe que tenía que matarla... matarla a ella y a todo cuanto estuviera conectado con ella. Era una mancha que la limpia sangre humana no podía llevar. Había otra cosa, también... pero nunca lo sabrás si quemas el cuadro sin mirarlo. Fui dando tumbos hasta su habitación con este machete que cogí del muro, aquí, dejando a Frank todavía tendido. Respiraba, no obstante, y agradezco a los cielos no haberle matado.

»—La encontré frente al espejo, trenzando su maldito pelo. Se volvió hacia mí como una bestia salvaje y comenzó a escupir su odio sobre Marsh. El hecho de que hubiera estado enamorada de Marsh —y sé que así era— sólo

lo hacía peor. Durante un minuto no me moví, y estuvo muy cerca de hipnotizarme completamente. Luego pensé en la pintura, y el hechizo se rompió. Vio todo esto en mis ojos y pudo percatarse del machete también. Nunca vi nada más parecido a una bestia salvaje de la jungla. Saltó sobre mí con uñas como las de un leopardo, pero yo fui demasiado rápido. Blandí el machete y todo acabó.

»Denis tuvo que volver a detenerse, y vi que el sudor corría por su frente entre las salpicaduras de sangre. Pero en un instante la voz ronca prosiguió.

»—He dicho que todo acabó... ¡Pero Dios! ¡Algo acababa sólo de comenzar! Sentí haber combatido las legiones de Satanás, y puse mi pie en la cosa que había aniquilado. *Luego vi esa blasfema mata de burdo pelo negro comenzar a retorcerse y revolverse por su cuenta.*

»—Debiera haberlo sabido. Está todo en los viejos cuentos. Ese maldito pelo tenía una vida propia que no podía ser aniquilada matando a la criatura. Sabía que debía quemarlo, por eso comencé a cortarlo con el machete. ¡Dios, fue un trabajo infernal! Duro... como cables de acero... pero conseguí hacerlo. Y era espantosa la forma en que la gran trenza se retorcía y luchaba bajo mi ataque.

»—Más o menos en el momento en que había cortado o arrancado la última hebra escuché el espantoso aullido tras la casa. Sabes... aún se oye a ratos. No sé lo que es, pero debe estar conectado con este asunto infernal. Casi parece algo que debiera conocer, pero no lo bastante como para ubicarlo. Perdí los nervios la primera vez que lo escuché y solté la cercenada trenza en mi espanto. Entonces, sufrí un espanto aún peor... ya que, en otro segundo, la trenza se había enroscado sobre mi cuerpo, comenzando a atacarme venenosamente con uno de sus extremos que se había anudado en forma de grotesca cabeza. Le golpeé con el machete y huyó. Luego, cuando recuperé la respiración, vi que esa monstruosidad reptaba por el suelo como una gran serpiente negra. No pude hacer nada durante un momento, pero cuando desapareció por la puerta me las arreglé para obligarme a dar tumbos en pos de ella. Pude seguir el ancho y sangriento rastro, y vi que iba escaleras arriba. Fui hacia allí... y que los cielos me maldigan si no la vi, a través del zaguán, atacar al pobre y aturdido Marsh como una enloquecida serpiente, tal y como había hecho conmigo, y finalmente se arrolló a su alrededor como una pitón. Había comenzado a volver en sí, pero esa abominable serpiente no le dejó ponerse en pie. Sabía que el odio de esa mujer estaba tras todo eso, pero no tuve fuerzas para impedirlo. Lo intenté, pero sin resultados. Ni siquiera el machete era útil... no podía descargarlo sin despedazar a Frank. Vi a esos

monstruosos anillos estrecharse... vi al pobre Frank estrangulado hasta la muerte ante mis ojos... y, durante todo aquel tiempo, aquel débil aullar llegaba desde algún lugar más allá de los campos.

»—Eso es todo. Puse el lienzo púrpura sobre la pintura y ruego porque nunca sea quitado. Debe arder. No pude quitar los anillos del pobre, muerto Frank... se agarran a él como lapas y parecen haber perdido completamente el movimiento. Es como si esa cuerda serpentina de pelo tuviera una especie de perverso cariño hacia el hombre al que mató... estrechándole... abrazándole. Debes quemar al pobre Frank con él... pero, por amor de Dios, no olvides convertirlo en cenizas. A eso y a la pintura. Ambos deben desaparecer. La seguridad del mundo exige que así sea.

»Denis podría haber susurrado más, pero un nuevo estallido de distantes gimoteos le interrumpió. Por primera vez supe qué era, ya que un tornadizo viento de poniente traía, por fin, palabras articuladas. Debimos haberlo sabido antes, ya que sonidos muy parecidos habían nacido otras veces de la misma fuente. Era la arrugada Sophonisba, la anciana bruja zulú que había reverenciado a Marceline, aullando desde su cabaña en una forma que era el colofón de los horrores de esta tragedia de pesadilla. Podíamos oír algunas de las cosas que ululaba, y supimos de los lazos secretos y primordiales que ligaban a esta salvaje bruja con esa otra depositaria de antiguos secretos que acababa de ser extirpada. Alguna de las palabras traicionaban su intimidad con tradiciones demoniacas y paleógenas.

»—¡Iä! ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡Ya-R'lyeh! ¡N'gagi n'bulu bwana n'lolo! ¡Ya yo, pobre Missy Tanit, pobre Missi Isis! Marse Clooloo, ven sobre las aguas y recoge a tu hija... ¡Ella ha muerto! ¡Ella ha muerto! El pelo no se moverá más, Marse Clooloo. ¡La vieja Sophy sabe! ¡La vieja Sophy que ha ido a la piedra negra exterior de la Gran Zimbabwe en la vieja África! ¡Vieja Sophy que ha bailado a la luz de la luna alrededor de la piedra-cocodrilo, antes de que N'bangus la cogiera y la vendiera a la gente de los barcos! ¡Ninguna otra bruja guardará el fuego en el lugar de gran piedra! ¡Ya, yo! ¡N'gagi n'bulu bwana n'lolo! ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡Ella muerta! ¡La vieja Sophy lo sabe!

»Esto no fue el fin de los lamentos, pero fue todo cuanto pudimos entender. La expresión del rostro de mi chico mostraba que estaba recordando algo espantoso, y la presión de la mano que empuñaba el machete no presagiaba nada bueno. Supe que estaba desesperado, y pensé en desarmarle, si era posible, antes de que hiciera nada más.

»Pero era demasiado tarde. Un viejo con la espalda lesionada no tiene mucha fuerza. Hubo una terrible lucha, pero se dio muerte en pocos segundos. No estoy seguro ni siquiera si también trató de matarme. Sus últimas palabras jadeantes eran algo sobre la necesidad de destruir cuanto hubiera estado conectado con Marceline, fuera por sangre o por matrimonio.

## V

»Me maravillo de no haber enloquecido aquel día y en aquel instante... o en los momentos y horas posteriores. Frente a mí estaba el cadáver de mi hijo —el único ser humano que me era querido—, y tres metros más allá, frente al tapado caballete, el cuerpo de su mejor amigo con un indescriptible lazo de horror alrededor suyo. Abajo, estaba el rapado cadáver del monstruo, sobre el que yo estaba casi dispuesto a creer todo. Estaba demasiado aturdido para analizar la verosimilitud de la historia del pelo... y, de no haberlo creído, el triste lamento de la cabaña de tía Sophy hubiera sido bastante como para aquietar dudas por el momento.

»De haber sido sabio, habría hecho cuanto me dijo el pobre Denis... quemar la pintura y el pelo asido al cuerpo, todo a la vez y sin mostrar curiosidad. Pero estaba demasiado afectado para ser sabio. Supongo que musité tonterías sobre mi chico, y después recordé que la noche caía y que los criados volverían por la mañana. Estaba claro que un asunto como éste nunca podría ser explicado, y supe que debía ocultar los hechos e inventar una historia.

»Ese lazo de pelo alrededor de Marsh era algo monstruoso. Mientras lo empujaba con una espada que tomé del muro, casi creí sentir cómo apretaba su abrazo sobre el hombre muerto. No me atrevía a tocarlo... y cuanto más lo miraba de más cosas horribles me percataba. Algo me sobresaltó. No quiero mencionarlo, pero explica parcialmente la nutrición del pelo con extraños aceites que siempre le daba Marceline.

»Por fin. decidí enterrar los tres cuerpos en el sótano, con cal viva que sabía teníamos en el almacén. Fue una noche de trabajo infernal. Cavé tres tumbas... con mi chico a mayor distancia que los otros dos, porque no quería que estuviera cerca del cuerpo de la mujer o su pelo. Lamenté dejar la trenza alrededor del pobre Marsh. Fue algo terrible bajarlos hasta el sótano. Utilicé mantas para llevar a la mujer y el pobre diablo con la trenza a su alrededor. Luego saqué dos barriles de cal del almacén. Dios debió darme fuerzas, ya que no sólo conseguí llevarlos, sino que rellené las tres tumbas sin dificultades.



»Parte de la cal la utilicé para cubrir paredes. Tuve que sacar una escalera de tijera y fijarla sobre el techo del recibidor, donde la sangre se había filtrado. Y quemé casi todo cuanto había en la habitación de Marceline, raspando los muros, el suelo y los muebles pesados. Limpié también el estudio del ático, así como el rastro y las pisadas que llevaban allí. Y durante todo ese tiempo pude escuchar a la vieja Sophy lamentándose a lo lejos. Tenía que tener el diablo en el cuerpo para que su voz sonara así. Pero siempre gritaba extrañas cosas. Eso es por lo que los negros de los campos no se sobresaltaron o intrigaron aquella noche. Cerré el estudio y me llevé la llave a mi habitación. Luego quemé mis manchadas ropas en la chimenea. Al alba, toda la casa parecía bastante normal, al menos a ojos de una mirada casual. No me atreví a tocar el cubierto caballete, pero pensaba encargarme de él más tarde.

»Bueno, los criados volvieron al día siguiente, y les dije que los jóvenes se habían ido a San Luis. Ningún peón de los campos parecía haber visto ni oído nada, y los lamentos de la vieja Sophonisba se detuvieron al alba. Tras aquello, fue como una esfinge y nunca soltó una palabra de cuanto hubo en su rumiante cerebro de bruja el día y la noche anteriores.

»Más tarde simulé que Denis, Marsh y Marceline habían vuelto a París e hice que una discreta agencia de correos me enviara cartas tuyas... cartas que había encargado fueran escritas con fingida caligrafía tuya. Me costó un buen trabajo engañar y vencer las reticencias al explicar las cosas a sus diversos amigos, y sé que la gente secretamente sospechaba que ocultaba algo. Hice que se informara sobre las muertes de Marsh y Denis durante la guerra, y más tarde dije que Marceline había entrado en un convento. Afortunadamente, Marsh era un huérfano cuya excentricidad le habían alejado de los suyos en Louisiana. Las cosas hubieran podido ir por mejor camino si hubiera tenido el buen sentido de quemar la pintura, vender la plantación y tratar de tomarme las cosas como el producto de una mente sacudida y fatigada. Cosechas perdidas... los peones se marcharon uno a uno... el lugar arruinándose... y yo mismo un ermitaño, el blanco de docenas de extraños cuentos locales. Hoy en día, nadie se acerca tras caer el sol... ni en otro momento si puede evitarlo. Por eso supe que usted era un forastero.

»—¿Y por qué sigo aquí? Puedo explicárselo del todo. Está demasiado en contacto con cosas que están justo al borde de la cordura. No hubiera sido así, quizás, de no haber mirado la pintura. Debí haber hecho lo que me pedía el pobre Denis. Honradamente, pensaba quemarla cuando subí al estudio cerrado una semana después del horror, pero la miré primero... y todo cambió.

»No, no tiene sentido hablar de lo que vi. Usted puede, de alguna manera, verlo por sí mismo, aunque el tiempo y la humedad han hecho su trabajo. No puedo decir si le afectará por echarle una mirada, pero fue diferente para mí. Demasiado sé lo que significa.

»Denis estaba en lo cierto... es el más grande triunfo del arte humano desde Rembrandt, aunque esté inconcluso. Lo comprendí desde el principio y supe por qué el pobre Marsh había defendido su filosofía decadente. Era a la pintura lo que Baudelaire era a la poesía... y Marceline era la llave que abrió su interior fortaleza de genio.

»La obra casi me aturdió cuando aparte las colgaduras... me aturdió antes que comprendiera a medias cuál era su motivo. Sabe, sólo parcialmente es un retrato. Marsh había sido totalmente literal cuando insinuó que no estaba pintando tan sólo a Marceline, sino que veía a través y más allá de ella.

»Por supuesto, ella estaba allí —era la clave, en cierto sentido—, pero su figura sólo era un punto en un vasto retablo. Estaba desnuda, excepto por esa odiosa mata de pelo alrededor suyo, medio sentada, medio reclinada en una especie de banco o diván, tallado con motivos diferentes a cuanto pueda ser parte de cualquier tradición decorativa conocida. Tenía una copa de monstruoso diseño en una mano, con la que escanciaba un fluido cuyo color no he sido capaz de determinar o clasificar... no sé de dónde sacó Marsh los pigmentos.

»La figura del diván estaba en la izquierda, en un primer plano de la más extraña escena que haya visto en mi vida. Pienso que había una débil insinuación de que todos esos seres son una especie de emanación del cerebro de la mujer, aunque había también una sugerencia totalmente opuesta... como si fuera sólo una imagen maligna o alucinación invocada por la escena misma.

»No puedo decirle ahora si es un interior o un exterior... si esas infernales y ciclópeas bóvedas se ven desde fuera o dentro, o si hay en efecto tallas de piedra y no simplemente enfermizas arborescencias fungosas. La geometría del conjunto es enloquecida... algo con ángulos obtusos y agudos, todos entremezclados.

»Y, ¡Dios! ¡Las figuras de pesadilla que flotan alrededor en ese contraluz perpetuo y demoniaco! ¡Las blasfemias que acechan y observan y se entrelazan en un aquelarre que tiene a la mujer como suma sacerdotisa! ¡Las negras entidades peludas que no son cabras del todo... la bestia con cabeza de cocodrilo, tres piernas y una fila dorsal de tentáculos... y los chatos egipcios bailando en una escena que los sacerdotes de Egipto conocieron y maldijeron!

»Pero la escena no era Egipto... era *anterior* a Egipto; incluso anterior a la Atlántida, la fabulosa Mu o Lemuria, la susurrada por los mitos. Era la fuente primordial de todo el horror en esta tierra, y el simbolismo mostraba tan sólo demasiado claramente cuán parte de ello era Marceline. Pienso que debe representar al innombrable R'lyeh, que no fue construido por criaturas de este planeta... la cosa sobre la que Marsh y Denis solían hablar entre las sombras y con voz baja. En la pintura parece como si toda la escena transcurriera bajo las aguas... aunque todos parecen respirar libremente.

»Bueno... no pude hacer más que mirar y temblar, y finalmente vi que Marceline me miraba astutamente desde la tela con sus monstruosos y dilatados ojos. No fue superstición... Marsh había captado algo de su horrible vitalidad en aquella sinfonía de líneas y colores, por lo que ella aún rumiaba y acechaba y odiaba, como si la mayor parte de ella no estuviera en el sótano bajo cal viva. *Y lo peor fue cuando algunas de aquellas serpentinas hebras de cabello, esos retoños de Hécate, comenzaron a desprenderse de la superficie y tantear por la estancia en mi dirección.*

»Entonces llegó lo que reconocí como el último y supremo horror, y descubrí que era un guardián y un prisionero por siempre. Ella era el ser de quien manaban las primeras y turbias leyendas de Medusa y las Gorgonas, y algo de mi estremecida voluntad había sido capturada y convertida en piedra al fin. Nunca más estaría a salvo de esos rizos serpentinos... los rizos de una pintura y los que yacían bajo la cal, cerca de las barricas de vino. Demasiado tarde, recordé los relatos sobre la virtual indestructibilidad, aún tras siglos de sepultura, del pelo de los muertos.

»Desde entonces, mi vida no ha sido otra cosa que horror y esclavitud. Siempre me ha acechado el miedo a lo que aguarda bajo el sótano. En menos de un mes, los negros comenzaron a murmurar sobre la gran serpiente negra que reptaba entre las cubas de vino tras ponerse el sol, así como sobre la curiosa forma en que su rastro lleva a otro lugar, dos metros más allá.

»Luego, los peones del campo comenzaron a hablar de la serpiente negra que visitaba la cabaña de la vieja Sophonisba después de la medianoche. Uno de ellos me mostró el rastro y, no mucho más tarde, supe que tía Sophy había comenzado a efectuar extrañas visitas al sótano de la casa, permaneciendo y murmurando durante horas en el mismo lugar al que ninguno de los otros negros querían acercarse. ¡Dios, cómo me alegré cuando esa vieja bruja murió! Sinceramente, creó que fue sacerdotisa de alguna antigua y terrible tradición, allá en África. Debió llegar a vivir casi ciento cincuenta años.

»A veces, creo escuchar alguna cosa deslizarse alrededor de la casa durante la noche. Hay un extraño mido en la escaleras, allá donde los peldaños están sueltos, y el picaporte de mi alcoba resuena como bajo una presión que buscara entrar. Siempre tengo la puerta cerrada, por supuesto. Y hay ciertas mañanas en que creo captar un nauseabundo hedor mohoso en los corredores, y me percató de un débil\* rastro continuo sobre el polvo de los suelos. Sé que debo guardar el pelo de la pintura, ya que, si algo le sucede, hay entidades en esta casa que tomarán segura y terrible venganza. No me atrevo ni a morir... ya que la vida y la muerte son una para aquellos que están en las garras de quienes emanan de R'lyeh. Algo puede estar listo para castigar mi negligencia. El lazo de Medusa me ha atrapado y siempre será así. Nunca te mezcles con el secreto y último horror, joven, si valoras tu alma inmortal».

## VI

Al terminar el anciano su historia, vi que la lámpara pequeña se había apagado hacía mucho, y que la grande estaba casi vacía. Sabía que debía estar próxima el alba, y mis oídos me indicaron que la tormenta había acabado. La historia me había dejado medio aturdido y casi temía mirar a la puerta, esperando que revelara una presión hacia el interior, fruto de alguna fuente indescriptible. Era difícil decir cuál era mi emoción predominante... rígido horror, incredulidad o una especie de curiosidad fantástica y enfermiza. Estaba completamente sin habla y tuve que esperar que mi anfitrión rompiera el hechizo.

—¿Desea ver... la cosa?

Su voz era muy baja y vacilante, y vi que estaba tremendamente serio. Sobre todas mis emociones, venció la curiosidad y cabeceé silenciosamente. Se levantó, encendiendo una vela de una mesa cercana y alzándola ante sí mientras abría la puerta.

—Venga conmigo... arriba.

Temí afrontar aquellos mohosos pasillos de nuevo, pero la fascinación se impuso a mis escrúpulos. Los tablones crujían bajo nuestros pies, y temblé en una ocasión, creyendo ver una débil línea trazada en el polvo cerca de la escalera.

Los escalones que llevaban al ático eran ruidosos y desvencijados, con multitud de listones perdidos. Me sentía bastante contento de la necesidad de mirar atentamente donde pisaba, ya que eso me daba una excusa para no ojear a mi alrededor. El corredor del ático era negro como la pez y cubierto de

telarañas, y por unos tres centímetros de polvo, excepto en un camino abierto hasta una puerta a la izquierda del final. Al percatarme de los podridos restos de una gruesa alfombra, pensé en los otros pies que la habían pisado en décadas pasadas... en ellos y en algo que no tenía pies.

El anciano me llevó directamente hasta la puerta al final del abierto camino y peleó un instante con el oxidado pestillo. Me sentí sumamente asustado al darme cuenta que la pintura estaba tan cerca, pero no me atreví a retroceder en aquel instante. En el momento siguiente mi anfitrión me introducía en el desierto estudio.

La luz de la vela era muy débil, aunque servía para mostrar la mayoría de los contornos. Me percaté del techo bajo y sesgado, la inmensa prolongación de la buhardilla, las curiosidades y trofeos que pendían de las paredes... y sobre todo, del gran caballete cubierto en el centro de la estancia. Entonces, De Russy se dirigió hacia aquel caballete, apartando las polvorientas colgaduras púrpuras por el lado contrario a mí, y me indicó silenciosamente que me aproximara. Me armé de valor para obedecer, especialmente al ver los ojos de mi guía dilatarse, bajo la luz oscilante de la vela, mientras miraba el desvelado lienzo. Pero de nuevo la curiosidad venció a todo lo demás, y me acerqué hasta donde estaba De Russy. Entonces vi la condenable cosa.

No me desmayé... aunque ningún lector puede quizás entender el esfuerzo que conllevó el no hacerlo. Grité, deteniéndome bruscamente al ver la espantada mirada en el rostro del anciano. Como esperaba, el cuadro estaba combado, mohoso y enturbiado por culpa de la humedad y el abandono; pero, a pesar de todo, pude vislumbrar las monstruosas insinuaciones de cósmica maldad exterior que acechaban a través del enfermizo contenido y la pervertida geometría de la indescriptible escena.

Era tal como dijera el anciano: un infierno abovedado y columnado, de mezcladas Misas Negras y Aquelarres... y lo que su finalización hubiera añadido estaba más allá de mis conjeturas. La decadencia sólo había aumentado el total horror de su cruel simbolismo y aquella sugestión malsana, ya que las partes más afectada por el tiempo eran justamente aquellas que en Naturaleza —o en aquel dominio extracósmico que se burlaba de la Naturaleza— eran más aptas para degenerar o desintegrarse.

El supremo horror, por supuesto, era Marceline... y mientras observaba la hinchada y descolorida carne tuve la extraña fantasía de que quizás la figura del lienzo mantenía algún oscuro y oculto lazo con la figura que yacía en cal viva, bajo el suelo del sótano. Quizás la cal había preservado el cuerpo en lugar de destruirlo... ¿pero cómo hubiera podido conservar aquellos ojos

negros y malignos que me observaban, y se burlaban de mí, desde el pintado infierno?

Y había otra cosa tocante a la criatura que no pude por menos que percibir... algo que De Russy no había sido capaz de expresar con palabras, pero que quizás tenía que ver con el intento de Denis de matar a todos los de su sangre que hubieran morado bajo el mismo techo que ella. Quizás Marsh lo sabía, o quizás el genio lo retrató inconscientemente, eso nadie puede decirlo. Lo cierto es que Denis y su padre no pudieron saberlo hasta ver el retrato.

Superando a todo en horror, estaba el serpentino cabello negro, que cubría el podrido cuerpo, *y que no mostraba el más leve rastro de decadencia*. Todo cuanto había oído sobre él quedaba ampliamente verificado. No había nada humano en aquel cordón sinuoso, un semiaceitoso, semiondulado torrente de serpentina oscuridad. Una vil vida independiente se proclamaba a sí misma en cada rizo y voluta antinatural, y la sugerencia de innumerables *cabezas reptilianas* en las rizadas puntas era demasiado marcada para ser ilusoria o accidental.

La blasfema entidad me apresaba como un imán. Me sentía inerme, y no me pregunté por qué el mito decía que la mirada de la gorgona convertía a quienes la contemplaban en piedra. Luego creí ver cambiar al ser. Las lascivas facciones se movieron perceptiblemente, ya que las podridas fauces cayeron, permitiendo a los gruesos y bestiales labios mostrar una fila de puntiagudos colmillos amarillentos. Las pupilas de la diablesa se dilataron, y los mismos ojos parecieron desorbitarse. Y el pelo... *¡Ese maldito pelo! ¡Había comenzado a crujir y ondear perceptiblemente, las cabezas de serpiente volviéndose hacia De Russy y zumbando como si fueran a picar!*

La razón me abandonó por completo, y, antes de saber lo que hacía, saqué mi automática y descargué las doce balas de acero sobre el impresionante lienzo. Todo se hizo pedazos, incluso el marco aposentado sobre el caballete, y resonó estruendosamente sobre el polvoriento suelo. Pero mientras este horror se quebraba, otro se alzaba ante mí en forma del mismo De Russy, cuyos enloquecidos gritos, al ver desaparecer la pintura, eran casi tan terribles como el cuadro mismo.

Con un semiarticulado grito de «¡Dios, ahora la ha hecho!», el frenético anciano me arrebató violentamente el arma y comenzó a arrastrarme fuera de la habitación por las desvencijadas escaleras. Había dejado caer la vela preso del pánico, pero el alba estaba próxima y una débil luz gris se filtraba por las ventanas polvorientas. Di traspiés y tropecé repetidas veces, pero ni por un instante mi guía aflojó el paso.

—¡Corra, hombre! —gritaba—. ¡Corra, por su vida! ¡No sabe lo que ha hecho! ¡No le había contado todo! Eso era lo que había que hacer... *el cuadro me hablaba y me lo dijo*. Tenía que guardarlo y vigilarlo... ¡y ahora sucederá lo peor! *¡Ella y ese pelo saldrán de sus tumbas, con Dios sabe qué propósitos!*

»¡Corra, hombre! Por amor de Dios, salga de aquí ahora que aún está a tiempo. Si tiene un coche, lléveme a Cape Girardeau con usted. Me encontrará de todas formas, pero se lo pondré difícil. ¡Salgamos... rápido!

Mientras llegábamos a la planta baja comencé a percibir un lento y curioso sonido procedente del fondo de la casa, seguido del ruido de una puerta cerrándose. De Russy no había oído el golpe, pero el otro ruido sí lo captaron sus oídos y le arrancó el más terrible grito que pueda emitir una garganta humana.

—*Oh, Dios... buen Dios... eso era la puerta del sótano... viene...*

En ese momento yo estaba luchando desesperadamente con el oxidado picaporte y las flojas bisagras de la gran puerta delantera, casi tan frenético como mi anfitrión ante el sonido del lento y retumbante pisar que se aproximaba desde las desconocidas estancias de la parte trasera de la maldita mansión. La lluvia nocturna había combado las planchas de roble y la pesada puerta se atascaba y resistía con mayor fuerza que cuando forzara la entrada la tarde anterior.

En algún lugar, un listón crujió bajo los pies de lo que llegaba, y el sonido pareció arrancar el último resto de cordura al pobre anciano. Con un bramido como el de un toro enloquecido soltó su presa sobre mí y saltó hacia la derecha, a través de la abierta puerta de una estancia que consideré un recibidor. Un segundo después, mientras abría la puerta principal y emprendía mi propia huida, escuché el tintineante estrépito de cristales rotos y comprendí que había saltado por una ventana. Mientras me abalanzaba por el destartado porche para comenzar una loca carrera por el largo paseo invadido de hierbas, creí captar el sonido de muertas y obstinadas pisadas que no me seguían a mí, sino que se encaminaban hacia la puerta del recibidor cubierto de telarañas.

Mientras me precipitaba entre los espinos y la maleza del abandonado camino, cruzando los moribundos y grotescos robles enanos a la gris palidez de un nuboso amanecer de noviembre, miré hacia atrás tan sólo un par de veces. La primera vez fue cuando me asaltó un olor acre, y pensé en la vela que De Russy había dejado caer en el estudio del ático. Fue cuando estaba confortablemente cerca de la carretera, sobre el alto lugar desde donde el

techo de la distante casa era perfectamente visible sobre los árboles que lo rodeaban; tal como esperaba, espesas nubes de humo brotaban de las buhardillas y se rizaban hacia los plomizos cielos. Agradecí a los poderes de la creación que una inmemorial maldición estuviera a punto de ser purificada mediante el fuego y extirpada de la tierra.

Pero en ese instante efectué la segunda mirada atrás y vi otras cosas... cosas que anularon la mayor parte del alivio y me propinaron el supremo golpe del que jamás me recobraré. He dicho que estaba en la parte más alta del camino, desde donde era visible la mayor parte de la plantación a mis espaldas. Esta panorámica incluía no solo la casa y sus árboles, sino también el abandonado, y en parte sumergido, llano junto al río, así como algunas curvas del camino sepultado por la maleza que tan apresuradamente había recorrido. En algunos de estos últimos lugares vi entonces algo —o indicios de algo— que desearía devotamente desmentir.

Fue un débil, distante grito lo que me hizo volverme, y, al hacerlo, capté una sugerencia de movimiento en el plomizo y pantanoso llano tras la casa. Las distantes figuras humanas eran muy pequeñas, pero aun así supuse que los movimientos implicaban que una de las figuras era perseguida y la otra perseguía. También creí ver a la figura vestida de ropas oscuras adelantada y capturada por la calva y desnuda figura de detrás... alcanzada, apresada y arrastrada violentamente en dirección a la ahora ardiente casa.

No pude ver el desenlace, ya que una visión más cercana, en ese momento, se entrometió. Una sugerencia de movimiento entre los arbustos en un punto a alguna distancia, atrás, a lo largo del desolado camino. *Inconfundiblemente, las malezas y matorrales y espinos se agitaban sin que fuera obra del viento, ondulando como si alguna veloz y gran serpiente reptara por el suelo en mi persecución.*

Esto fue cuanto pude aguantar. Huí por el portal, enloquecido, indiferente al desgarrar de ropas y a los rasguños sangrantes, y salté al coche aparcado bajo los grandes árboles de hoja perenne. Era un espectáculo desastrado y empapado de lluvia, pero el motor estaba intacto y no tuve problemas para arrancar. Conduje ciegamente en la dirección hacia donde apuntaba el coche, sin pensar en nada excepto en escapar de aquella espantosa región de pesadillas y cacodemonios... alejarme tan rápido y lejos como me lo permitiera la gasolina.

Seis o siete kilómetros adelante, un granjero me saludó... un amable campesino de mediana edad, habla arrastrada y con considerable conocimiento sobre el lugar. Me alegré de detenerme y preguntarle mi



dirección. aunque sabía que debía presentar un aspecto bastante extraño. El hombre me indicó sin titubear el camino a Cape Girardeau y me preguntó cómo había llegado en ese estado y en una hora tan temprana. Pensando que era mejor contar poco, simplemente mencioné que me había sorprendido la lluvia nocturna y que había buscado refugio en una granja cercana, tras lo que me desorienté entre la maleza, tratando de encontrar mi coche.

—¿Una granja, eh? Me pregunto cuál puede ser. No hay ninguna a este lado excepto la de Jim Ferris cruzando Barker's Crick, y eso esta a treinta kilómetros por lo menos.

Me sobresalté, preguntándome qué nuevo misterio auguraba esto. Luego interrogué a mi informador sobre si conocía la gran y arruinada casa de labor, cuyo antiguo portal flanqueaba la carretera no mucho más atrás.

—¡Mejor no hablar de ello, forastero! Hubo algo allí hace algún tiempo. Pero la casa ya no está. Ardió hace cinco o seis años... y la gente cuenta extrañas historias sobre ella.

Me estremecí.

—Se refiere a Riverside... la casa del viejo De Russy. Sucedieron cosas extrañas allí, quince o veinte años atrás. El hijo del viejo se casó con una moza del extranjero, y algunos piensan que era de una clase muy rara. No les gustaba su forma de ser. Luego, ella y el chico se marcharon de repente y, más tarde, el viejo dijo que él murió en la guerra. Pero algunos negros contaron cosas extrañas. Dicen que el viejo se enamoró de la chica y que los mató, a ella y al chico. El lugar es, de seguro, el cazadero de una serpiente negra, sea lo que sea.

Hará unos cinco o seis años, el viejo desapareció y la casa ardió. Algunos dicen que se quemó dentro. Fue una mañana después de la lluvia, tal que hoy, cuando un montón de gente escuchó un espantoso griterío por los campos; era la voz del viejo De Russy. Cuando se pararon y miraron, vieron la casa llenarse de humo tan rápido como en un pestañeo... el lugar era como la yesca, con lluvia o sin ella. Nadie volvió a ver al viejo, pero a veces algunos dicen que el fantasma de esa gran serpiente negra ronda por allí.

«¿Qué tiene eso que ver con usted, de todas maneras? Parece haber conocido el sitio. ¿Ha oído la historia de los De Russy? ¿Cuál piensa que fue el problema con la chica con la que el joven Denis se casó? Hacía a todos estremecerse y sentir odio hacia ella, aunque nadie pudo decir nunca por qué.

Yo estaba tratando de pensar, pero el proceso casi estaba más allá de mi capacidad. ¿La casa se quemó años atrás? Entonces, ¿Dónde y bajo qué condiciones había pasado la noche? ¿Y por qué sabía tales cosas? Mientras

sopesaba el asunto, vi en la manga de mi chaqueta un pelo... el corto y gris cabello de un anciano.

Por fin, me fui sin más preguntas. Pero insinué a aquel charlatán que estaba equivocado sobre aquel pobre y anciano plantador que tanto había sufrido. Le dejé claro —como si viniera de lejanos pero auténticos comentarios de amigos— que la única causa del problema en Riverside fue la mujer, Marceline. No estaba acostumbrada a los usos de Missouri, dije, y fue un error el que Denis la desposara.

No profundicé más, ya que sentía que los De Russy, con su puntilloso y querido honor, y su alto y sensible espíritu, no hubieran deseado que dijera más. Bastante habían sufrido, Dios lo sabe, sin necesidad de que sus paisanos supusieran que un demonio del abismo —una gorgona de las arcaicas blasfemias— hubiera llegado a ostentar su antiguo e inmaculado nombre.

No era justo que los vecinos llegaran a conocer aquel otro horror que mi extraño anfitrión nocturno no se atrevió a contarme... ese horror que hube de aprender, como lo aprendí, por detalles de la perdida obra maestra del pobre Frank Marsh.

Sería bastante espantoso que ellos supieran que la una vez ama de Riverside —la maldita gorgona o lamia cuyo odioso pelo ondulado o pelo de serpiente debía aun rumiar y enroscarse sobre el esqueleto de un artista, en una tumba llena de cal bajo la carbonizada mansión—era débil y sutilmente, aun a los ojos del genio, el vástago indiscutible de los primeros pobladores de Zimbawbe. No es de extrañar que tuviera un lazo con la anciana bruja Sophonisba... ya que, aunque en una diluida proporción, Marceline era negra.

## EL HOMBRE DE PIEDRA<sup>[19]</sup>

**B**EN Hayden fue siempre un tipo testarudo, y, una vez que oyó hablar de aquellas extrañas estatuas en los altos Adirondacks, nada pudo impedirle acudir para verlas. Yo fui su amigo más íntimo durante años, y esa amistad tipo Damon y Pythias nos había convertido en inseparables. Así que, cuando Ben se empeñó en ir, bueno, no tuve más remedio que seguirle como un perro fiel.

—Jack —dijo—, ¿conoces a Henry Jackson, que vivía en una cabaña detrás de lago Placid porque era el mejor sitio para lo de sus pulmones? Bueno, volvió el otro día casi curado, pero tenía mucho que contar sobre algunas cosas extrañas y diabólicas allá arriba. Todo el asunto fue muy repentino y no está seguro de que no sea otra cosa que un caso de esculturas estafalarias; pero, al tiempo, su aspecto de desazón da que pensar.

»Parece ser que estaba cazando por allí un día y llegó a una cueva delante de la que había algo que parecía un perro. Mientras estaba esperando que el perro ladrara, volvió a mirar y vio que no estaba vivo después de todo. Era un perro de piedra... una imagen perfecta, hasta los mínimos detalles, y no pudo decidir si era una estatua sobrenaturalmente detallada o un animal petrificado. Casi le dio miedo de tocarlo, pero cuando lo hizo pudo comprobar que era de piedra.

»Al cabo de un rato se atrevió a entrar en la cueva... y allí sufrió un susto bastante mayor. Cerca de la entrada había otra figura de piedra —o eso parecía—, pero esta vez era un hombre. Estaba tumbado en el suelo, de costado, vestido y con una peculiar mueca en el rostro. Esta vez Henry no se detuvo a tocarlo, sino que se fue directamente al pueblo, Mountain Top, ya sabes. Desde luego hizo preguntas... pero no consiguió gran cosa. Descubrió que era un asunto peliagudo, ya que los lugareños sólo agitaban la cabeza, cruzaban los dedos y murmuraban algo de «Loco Dan»... sea lo que sea eso.

«Esto fue demasiado para Jackson, y volvió unas cuantas semanas antes de lo previsto. Me lo contó porque sabe cuánto me gustan las cosas

extrañas... y, bastante extraño, fui capaz de hacer una reconstrucción que encaja perfectamente bien con esta historia. ¿Recuerdas a Arthur Wheeler, el escultor que era tan realista que la gente comenzó a decir que no era sino un fotógrafo de sólidos? Creo que lo conociste ligeramente. Bueno, con certeza, terminó en esa parte de los Adirondacks. Estuvo un montón de tiempo allí, y luego desapareció de vista. Nunca se supo más de él. Ahora, si estatuas de piedra que parecen hombres y perros vuelven a aparecer por allí, me da que deben ser obra suya... no importa lo que digan esos paletos, o no digan, sobre el tema. Por supuesto, que un tío con los nervios de Jackson puede fácilmente huir, perturbado por cosas como esas, pero yo hubiera hecho un montón de comprobaciones antes de salir corriendo.

»De hecho, Jack, voy a ir a ver esas cosas... y tú vendrás conmigo. Puede significar tanto encontrar a Wheeler... como a parte de su obra. De cualquier manera, el aire de las montañas nos sentará bien.

Antes de una semana, tras un largo viaje en tren y un agitado paseo en autobús a través de escenarios tan deliciosos que cortaban el aliento, llegamos por fin a Mountain Top, bajo la última y dorada luz solar de una tarde de junio. El pueblo estaba formado por un puñado de casitas, un hotel y el almacén donde nos dejó el autobús, pero sabíamos que este último seguramente sería un foco de alguna información. Ciertamente, el habitual grupo de ociosos estaba congregado en los escalones y, cuando nos presentamos como convalecientes en busca de alojamiento, tuvieron muchas recomendaciones que darnos.

Aunque no habíamos planeado investigar nada hasta el día siguiente, Ben no pudo resistir el intentar algunas preguntas vagas y precavidas, al percatarse de la senil locuacidad de uno de los desarrapados haraganes. Sintió, por la previa experiencia de Jackson, que sería inútil comenzar refiriéndose a las extrañas estatuas, así que se decidió a mencionar a Wheeler como alguien que había conocido y sobre cuyo destino teníamos, por tanto, derecho a preguntar.

El grupo pareció incómodo cuando Sam paró de pelar un palo y comenzó a hablar, pero tuvieron poca oportunidad de inquietarse. Aun aquel descalzo, anciano y decadente montañés se cerró en banda al escuchar el nombre de Wheeler, y sólo con dificultad pudo Ben obtener algo coherente de él.

—¿Wheeler? —resolló por fin—. Oh, sí, aquel escultor que estaba todo el tiempo volando rocas y tallándolas en estatuas. ¿Así que lo conocen, eh? Bueno, no hay mucho que contar, y me da que será demasiado. Estuvo en la cabaña del loco Dan en las colinas, pero no por mucho tiempo. Lo despacharon rápido... Dan, me refiero. Tenía labia y rondaba a la mujer de

Dan, hasta que el viejo demonio se dio cuenta. Ella le dejaba hacer, me da. Pero tuvo que coger carretera rápido, y nadie le ha visto el pelo por aquí desde entonces. Dan tuvo un par de palabras con él... ¡Dan es mal enemigo! Mejor apartaros de él, chicos, porque no encontraréis nada bueno en esa parte de las montañas. Dan se ha ido poniendo de peor y peor humor, y no se le ha vuelto a ver. Ni a su mujer. ¡Para mí, que la tiene encerrada para que nadie le eche el ojo!

Mientras Sam volvía a tallar, tras unas pocas observaciones más, Ben y yo cambiamos una mirada. Aquí, sin duda, había una nueva pista que requería intensas pesquisas. Decidiendo alojarnos en el hotel, nos instalamos lo más rápido posible, planeando una incursión en el territorio del salvaje montañés al día siguiente.

Nos pusimos en camino al salir el sol, cada cual llevando una mochila cargada con provisiones y aquellos útiles que pensábamos pudiéramos necesitar. El día anterior habíamos sentido una atmósfera casi estimulante de invitación... bajo la que corría sólo una débil corriente de amenaza. Nuestro rústico sendero de montaña se volvió pronto empinado y tortuoso, de forma que nuestros pies se resintieron considerablemente al poco tiempo.

Tras unos tres kilómetros dejamos el camino, cruzando un muro de piedra a la derecha, cerca de un gran olmo, y encaminándonos diagonalmente hacia una empinada ladera, de acuerdo con el mapa e indicaciones que Jackson nos había preparado. Fue una travesía dura y obstaculizada por las zarzas, pero sabíamos que la cueva no debía estar lejos. Por fin, alcanzamos la abertura casi repentinamente: una hendidura negra tapada por matorrales, allí donde el suelo ascendía bruscamente, y, junto a ella, cerca de un estanque de piedra poco profundo, había una pequeña y silenciosa figura rígida, como desafiando su misteriosa petrificación.

Era un perro gris —o la estatua de un perro—, y mientras se apagaban los ecos de nuestros boqueos simultáneos, apenas supimos qué pensar. Jackson no había exagerado nada y no pudimos creer que la mano de ningún escultor lograra producir tal perfección. Se distinguía cada pelo de la magnífica piel del animal, y los del lomo estaban erizados como si algo desconocido le hubiera sorprendido. Ben, tocando con un gesto casi bondadoso la delicada piel pétrea, soltó una exclamación.

—¡Por Dios, Jack, esto no puede ser una estatua! ¡Mira... mira los pequeños detalles y la forma en que está el pelo! ¡Esto no tiene nada de la técnica de Wheeler! Esto es un perro verdadero... aunque sólo el cielo sabe cómo quedó en este estado. Igual que piedra... tócalo tú mismo. ¿Crees que

algún gas extraño que sale a veces de la cueva haría esto al animal vivo? Debemos profundizar en las leyendas locales. Y si es un verdadero perro —o lo era—, entonces el hombre del interior también lo era.

Fue con una buena dosis de genuina solemnidad —casi miedo— que finalmente reptamos sobre manos y rodillas por la boca de la cueva, con Ben en cabeza. La angostura se extendía unos sesenta centímetros, tras lo que la gruta se abría en todas direcciones para formar un recinto húmedo y penumbroso, alfombrado de escombros y detritos. Durante algunos instantes pudimos discernir muy poco, pero al alzarnos sobre nuestros pies y forzar la vista comenzamos lentamente a vislumbrar la recostada figura entre la espesa oscuridad de enfrente. Ben encendió su linterna, pero titubeó durante un instante antes de enfocarla sobre la postrada figura. Teníamos pocas dudas de que la cosa de piedra hubiera sido una vez un hombre, y algo en aquella idea nos puso nerviosos a ambos.

Cuando por fin Ben enfocó el haz eléctrico, vimos que el objeto yacía de costado, de espaldas a nosotros. Estaba sin duda hecho del mismo material que el perro del exterior, pero iba vestido con los mohosos restos sin petrificar de rústicas ropas deportivas. Atenazados como estábamos por la impresión, nos aproximamos bastante calmados para examinar aquello. Ben la contorneó para contemplar el rostro oculto. Nada posiblemente hubiera podido preparar a Ben para lo que vio cuando enfocó la luz sobre aquellas facciones de piedra. Su grito fue totalmente excusable, y no pude menos que corearlo cuando salté a su lado y compartí la visión. Aunque no había nada espantoso o intrínsecamente aterrador. Era simplemente un asunto de reconocimiento, ya que, más allá de cualquier sombra de duda, aquella fría figura de piedra con esa expresión, a medias espantada, a medias amarga, había sido en un tiempo nuestro viejo conocido, Arthur Wheeler.

Algún instinto nos hizo retroceder, reptar fuera de la cueva y descender la fragosa ladera hasta un puntodonde no pudiéramos ver al ominoso perro de piedra. Apenas sabíamos qué pensar, ya que nuestros cerebros eran un carrusel de conjeturas y aprensiones. Ben, que había conocido bien a Wheeler, estaba especialmente afectado y parecía estar hilvanando algunos datos que yo había pasado por alto.

Una y otra vez, cuando nos detuvimos en la verde ladera, repetía: «¡Pobre Arthur, pobre Arthur!», pero hasta que musitó el nombre «Loco Dan» no recordé el problema en el que, según el viejo Sam Poole, Wheeler se había metido poco antes de su desaparición. El Loco Dan, insinuaba Ben, se alegraría sin duda de ver lo que había sucedido. Durante un instante estuvo

claro para ambos que el celoso anfitrión podía ser responsable de la presencia del escultor en aquella maligna caverna, pero el pensamiento pasó tan rápido como había venido.

Lo que más nos desconcertaba era cómo podría haber sucedido el fenómeno. Qué emisiones gaseosas o vapores minerales podían haber provocado este cambio en un relativo corto tiempo, estaba totalmente fuera de nuestra comprensión. La petrificación normal, lo sabíamos, es un lento proceso químico de reemplazo que necesita muchas eras para culminar, aunque allí había dos imágenes de piedra que fueron seres vivos —o por lo menos Wheeler lo fue— sólo unas semanas antes. No tenía sentido hacer conjeturas. Claramente, no había nada que hacer excepto avisar a las autoridades y dejarles suponer cuanto pudieran; pero, en el fondo de la cabeza de Ben, persistía la sospecha sobre el Loco Dan. De cualquier forma, nos abrimos paso hacia la carretera; pero Ben no giró hacia la aldea, sino que se encaminó hacia donde el viejo Sam dijera que estaba la cabaña de Dan. Era la segunda casa desde la aldea, según había resollado el anciano holgazán, y se alzaba a la izquierda y lejos de la carretera, en un espeso grupo de pelados robles. Antes de darme cuenta, Ben me arrastraba por la arenosa carretera más allá de una destartalada alquería, internándonos en una zona de creciente fragosidad.

No se me ocurrió protestar, pero sentí cierto sentido de amenaza en aumento según las familiares señales de agricultura y civilización menguaban y menguaban. Por fin, el comienzo de un estrecho y descuidado camino se abrió a nuestra izquierda, mientras el picudo tejado de una destartalada construcción sin pintar se asomaba más allá en un enfermizo grupo de árboles medio muertos. Esto, supuse, debía ser la cabaña del Loco Dan, y me pregunté por qué Wheeler habría elegido este lugar como alojamiento. No me gustaba la idea de recorrer ese hostil sendero invadido de maleza, pero no pude retrasarme cuando Ben echó a andar con determinación por él y emprendió un vigoroso golpeteo contra la desvencijado y mohosa puerta.

No hubo respuesta a la llamada, y algo en sus ecos me provocó una serie de estremecimientos. Ben, no obstante, estaba bastante sereno, y entonces comenzó a circundar la casa buscando ventanas abiertas. Pudo abrir la tercera que probó —en la parte posterior de la deprimente cabaña—, y con un empujón y un vigoroso salto se coló limpiamente en el interior, ayudándome a subir.

La estancia en la que entramos estaba repleta de bloques de granito y piedra caliza, útiles de cincelar y modelos de arcilla, y comprendimos

enseguida que era el antiguo estudio de Wheeler. Hasta entonces no habíamos encontrado signos de vida, pero en el ambiente flotaba un condenablemente ominoso olor polvoriento. A nuestra izquierda había una puerta abierta que, evidentemente, llevaba a una cocina en el lado de la chimenea de la casa, y Ben la cruzó, tratando de encontrar algo que pudiera relacionar con la última estancia de su amigo. Se me había adelantado bastante al cruzar el umbral, por lo que al principio no pude ver qué le hizo detenerse y qué arrancó en un sordo grito de horror de sus labios.

En el siguiente instante, pude ver... y repetir su grito como instintivamente hice en la gruta. Ya que allí, en la cabaña —alejados de profundidades subterráneas que pudieran emitir raros gases y provocar extrañas mutaciones—, había dos figuras de piedra que supimos que no eran obra del cincel de Arthur Wheeler. En una tosca butaca cerca del hogar, atado por la cinta de un látigo de cuero duro, estaba la figura de un hombre: desaseado y envejecido y con una expresión de insondable horror en su maligno y petrificado rostro.

En el suelo, al lado, yacía la figura de una mujer garbosa y con un semblante que mostraba considerable juventud y belleza. Su expresión parecía ser de sardónica satisfacción, y, cerca de su mano tendida, había un gran cubo de estaño con el interior algo manchado, como por obra de un sedimento oscuro.

No hicimos ademán de acercarnos a aquellos cuerpos inexplicablemente petrificados, pero cambiamos algunas conjeturas de lo más sencillas. Sobre que esta pétreo pareja fueron el Loco Dan y su mujer no nos cabía duda, pero cuanto tocaba a su presente condición era otro tema. Mientras mirábamos horrorizados a nuestro alrededor, vimos la rapidez con que debía haber llegado el desenlace: ya que todo alrededor parecía, a pesar de la gruesa capa de polvo, haber quedado en mitad de las normales actividades de una casa.

La única excepción a esta regla de casualidad estaba en la mesa de la cocina, en cuyo despejado centro, como buscando reclamar la atención, había un delgado y estropeado cuaderno sujeto por un gran embudo de estaño. Yendo a leer el libro, Ben vio que era una especie de diario o cuaderno de entradas fechadas, redactado por una mano acalamburada y poco ducha en el arte de escribir. Ya las primeras palabras captaron mi atención, y antes de pasar diez segundos él devoraba sin aliento el entrecortado texto, y yo con él, atisbando sobre su hombro. Mientras leíamos —desplazándonos al ambiente menos espantoso de la habitación contigua—, muchos puntos oscuros se



clarificaron para nosotros y nos estremecimos con una mezcla de complejas emociones.

Esto es lo que leímos... y lo que el forense leyó más tarde. El público ha tenido una versión muy distorsionada y sensacionalista por la prensa popular, pero aun así, no posee más que una fracción de ese genuino terror que el sencillo original nos provocó mientras lo descifrábamos en esa musgosa cabaña, entre las colinas salvajes y con dos monstruosas anormalidades pétreas acechando en el silencio mortal de la habitación adyacente. Cuando terminamos, Ben guardó el libro en su bolsillo con un gesto de casi repulsión, y sus primeras palabras fueron:

— Salgamos de aquí.

Silenciosa y nerviosamente dimos traspies hasta la parte delantera de la casa, abrimos la puerta y emprendimos el largo camino de vuelta al pueblo. Hubo que hacer muchas declaraciones y responder muchas preguntas en los días que siguieron, y no creo que Ben ni yo podamos llegar a librarnos de los efectos de esa angustiada experiencia. Como no podrán hacerlo algunas autoridades locales y periodistas de la ciudad que se congregaron en el lugar... aunque quemaron cierto libro y muchos papeles encontrados en cajas del ático, y destruyeron multitud de aparatos en la parte más profunda de esa siniestra caverna de las laderas. Pero he aquí el propio texto:

Nov. 5. Mi nombre es Daniel Morris. Todos por aquí me llaman «El Loco Dan» porque creo en poderes en los que nadie cree en estos días. Cuando fui a la Colina del Trueno para guardar la Fiesta de los Zorros pensaron que estaba loco... todos excepto los paisanos de aquel condado, que me temen. Intentaron impedirme sacrificar la Cabra Negra en la víspera de Todos los Santos, y siempre me prevenían contra realizar el Gran Rito que podría abrir la puerta. Debieran tener más sentido, ya que saben que soy un Van Kauran por parte de madre, y nadie a este lado del Hudson puede decir lo que los Van Kauran deben ayudar a bajar. Provenimos de Nicholas Van Kauran, el mago, que fue colgado en Wijtgaart en 1587, y todos saben que había hecho el pacto con el Hombre Negro.

Los soldados nunca encontraron su *Libro de Eibon* cuando quemaron su casa, y su nieto, William Van Kauran, lo llevaba consigo cuando llegó a Rensselaerwyck y más tarde cruzó el río hacia Esopus. Pregunten a cualquiera en Kingston o Hurley sobre lo que los descendientes de William Van Kauran pueden hacer con la gente que se cruza en su camino. Además, pregunten si mi tío Hendrik no se las arregló para guardar el *Libro* cuando le hicieron huir del pueblo y remontó el río hasta este lugar con su familia.

Estoy escribiendo esto —y seguiré haciéndolo— porque quiero que la gente sepa la verdad cuando yo no esté. También, temo volverme realmente loco si no asiento determinadas cosas de forma sencilla. Todo se vuelve contra mí, y si esto sigue tendré que usar los secretos del *Libro* y convocar a determinados Poderes. Hace tres meses, el escultor Arthur Wheeler llegó a Mountain Top, y ellos lo enviaron a mí, porque soy el único hombre del lugar que sabe algo más que cultivar, cazar y esquilmar a los veraneantes. El tipo parecía estar interesado en lo que yo tenía que decir e hizo un arreglo para quedarse aquí por 13 dólares a la semana, manutención incluida. Le di la habitación trasera, junto a la cocina, para sus trastos de piedra y sus cinceles, y acordé con Nate Williams el suministro de sus voladuras de roca y el transporte de su grandes piezas con una rastra y una yunta de bueyes.

Eso fue hace tres meses. Ahora sé por qué este maldito hijo del demonio tomó tan rápido la habitación. No era mi conversación después de todo, sino las mirada de mi mujer Rose, que es la hija mayor de Osborn Chandler. Es dieciséis años más joven que yo, y siempre está poniendo ojos de cordero a los tipos del pueblo. Pero siempre nos las habíamos arreglado bastante bien hasta que esta sucia rata apareció, aunque ella rechaza ayudarme con los Ritos de las Misas del Crucifijo y los Santos. Ahora puedo ver que Wheeler está ganando su afecto y volviéndola tan cariñosa hacia él que a duras penas me aguanta, y supongo que él tratará de fugarse con ella tarde o temprano.

Pero va lento, como todos los perros educados y astutos, y me sobra tiempo para pensar qué hacer. Ellos no saben que sospecho, pero dentro de poco comprenderán lo que cuesta mancillar el hogar de un Van Kauran. Juro que les daré una gran sorpresa.

Nov. 25. ¡El Día de Acción de Gracias! ¡Que gran burla! Pero tendré algo que celebrar cuando haya acabado lo que tengo entre manos. No hay duda de que Wheeler está tratando de robarme mi mujer. Pero, sin embargo, le dejaré ser un huésped de honor. Cogí el *Libro de Eibon* del viejo baúl de tío Hendrik en el ático esta última semana y estoy buscando algo bueno que no requiera sacrificios que no pueda hacer por aquí. Busco algo que acabe con estos dos furtivos traidores, y al mismo tiempo no me cause problemas. Si tiene dramatismo, mucho mejor. Había pensado en recurrir a la emanación de Yoth, pero necesita la sangre de un niño y debo ser cuidadoso con los vecinos. La Degeneración Verde parecía prometedora, pero tendría un efecto desagradable tanto para mí como para ellos. No me gustan ciertas visiones y olores.

Dic. 10. ¡Eureka! ¡Lo tengo por fin! La venganza es dulce... ¡y éste es el clímax perfecto! Wheeler, el escultor... ¡Es demasiado bueno! ¡Claro que sí, el maldito ladrón creará una estatua que venderá más rápido que cualquier otra que haya cincelado estas últimas semanas! Una realista, ¿eh? Bueno... ¡a la nueva estatua no le faltará ningún realismo! Encontré la fórmula en un manuscrito insertado opuesto a la página 679 del *Libro*. Por la caligrafía creo que fue asentada por mi abuelo Bareut Picterse Van Kauran, quien desapareció de New Paltz en 1839. ¡Jä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con un Millar de Crías!

Dicho llanamente, he encontrado una forma de convertir a esas ratas miserables en estatuas de piedra. Es absurdamente simple, y realmente depende más de la simple química que de Poderes Exteriores. Si puedo conseguir las materias adecuadas, podré obtener una bebida que pasará por vino casero y de la que un trago será suficiente para acabar con cualquier ser más pequeño que un elefante. Lo que sigue es una especie de petrificación infinitamente acelerada. Rellena todo el sistema de sales de calcio y bario, y reemplaza las células vivas con materias minerales, tan rápido que nada puede detenerlo. Debe ser una de las cosas que mi abuelo aprendió en el Gran Sabbath de Sugar-Loaf en las Catskills. Extrañas cosas solían ocurrir allí. Creo haber oído algo de un hombre de New Paltz —el escudero Hasbrouck— que se convirtió en piedra o algo parecido en 1834. Era un enemigo de los Van Kauran. Lo primero que haré será conseguir los cinco elementos que necesito de Albany y Montreal. Tiempo habrá después para experimentar. ¡Cuando todo suceda, cogeré las estatuas y las venderé como trabajo de Wheeler para pagar sus deudas como huésped! Siempre fue un realista y un presumido, es natural que haga un autorretrato de piedra y utilice a mi mujer para otro modelo... ¿No era eso lo que estaba haciendo realmente la pasada noche? ¡En verdad que el necio público no preguntará *de qué cantera* procede la extraña piedra!

Dic. 25. Navidad. ¡Paz en la tierra y todo eso! Esos dos puercos se están mirando como si yo no existiera. ¡Deben pensar que soy sordo, mudo y ciego! Bueno, el sulfato de bario y el clorhidrato de calcio llegarán de Albany el próximo jueves, y el ácido, catalizadores e instrumental deben hacerlo cualquier día desde Montreal. Los hilos de los dioses... ¡y todo eso! Haré el trabajo en la Cueva de Allen, cerca de la parte baja del bosque, y al mismo tiempo haré abiertamente algún vino en el sótano. Tiene que haber alguna excusa para ofrecerles una nueva bebida, aunque no hacen falta demasiados planes para confundir a esos bobos lunáticos. El problema será hacer beber

vino a Rose, porque dice que no le gusta. Los experimentos con animales los haré dentro de la cueva y a nadie se le ocurre ir allí en invierno. Cortaré algo de leña para justificar el tiempo que pase fuera. Una o dos pequeñas cargas ahuyentarán las sospechas.

En. 20. Es más difícil de lo que pensaba. Casi todo depende de la exacta proporción. El material ha llegado de Montreal, pero tengo que volver a comprar mejores balanzas y una lámpara de acetileno. Se están volviendo curiosos en el pueblo. Quisiera que la oficina de correos no estuviera en el almacén de Steenwyck. Estoy ensayando varias mezclas en gorriones que beben y se bañan en el estanque delante de la cueva... cuando no está congelado. Unas veces los mata, pero otras salen volando. Seguramente, he obviado alguna reacción importante. Supongo que Rose y este advenedizo están sacando buen partido de mi ausencia... pero puedo dejarlos estar. No hay duda de que tendré éxito al fin.

Feb. 11. ¡Por fin! Puse un nuevo compuesto en el pequeño estanque —que está completamente deshelado hoy— y el primer pájaro que bebió cayó como si le hubieran disparado. Le cogí un segundo después y era un trozo de piedra, hasta las pequeñas garras y plumas. No movió ni un músculo desde que se posara a beber, ya que debió morir en el instante en que la sustancia llegó a su estómago. No esperaba que la petrificación fuese tan rápida. Pero un gorrion no es una buena prueba de lo que hará con un animal mayor. Debo conseguir algo más grande con lo que probar, ya que debe tener la fuerza adecuada cuando lo mezcle con el vino. Creo que Rex, el perro de Rose servirá. Me lo llevaré la próxima vez y diré que un lobo del bosque acabó con él. Ella le quiere mucho y no debo sentir el hacerla llorar antes del gran ajuste de cuentas. Debo tener cuidado de dónde guardo este libro. Rose curioseosa a veces en los lugares mas extraños.

Feb. 15. ¡Estoy cerca! Probé con Rex y se petrificó como por ensalmo con sólo el doble de la dosis. Lo eché en el estanque de piedra y le llevé a beber. Parecía saber que había algo extraño allí, ya que se erizó y gruño, pero era un pedazo de piedra antes de poder volver la cabeza. La solución debió haber sido más fuerte y, para un ser humano, debe serlo más aún. Pienso que me voy acercando y estoy casi listo para ese maldito Wheeler. El producto parece ser insípido pero, para asegurarme, lo mezclaré con el nuevo vino que estoy haciendo en casa. Quisiera cerciorarme de la insipidez, ya que quiero dárselo a Rose en agua sin tratar de incitarla a beber vino. Se lo daré separadamente: a Wheeler fuera y a Rose en casa. Acabo de conseguir una fuerte solución y he despejado de objetos extraños la entrada de la cueva. Rose lloriqueó como

un cachorro cuando le dije que un lobo se había llevado a Rex, y Wheeler barbotó un chorro de simpatía.

Mar. 1. *¡Jä R'lyeh!* ¡Loado sea el señor Tsathoggua! ¡Por fin tengo a ese hijo del infierno! Le dije que había encontrado un nuevo saliente de desmenuzable caliza por aquí, ¡y él trotó tras de mí como el chucho amarillo que es! Tenía el vino mezclado con la sustancia en una botella en mi cadera y se alegró de echar un trago cuando estuvimos allí. Lo trasegó sin un pestañeo y se desplomó antes de poder contar hasta tres. Pero supo que era mi venganza, porque puse una cara que no pudo confundir. Vi la mirada de incompreensión aparecer en su rostro mientras se tambaleaba. En un par de minutos era de piedra sólida.

Lo arrastré a la cueva y puse la figura de Rex fuera. Ese perro erizado bastará para mantener a la gente alejada. Comienza a ser la temporada de los cazadores primaverales y, además, hay un maldito «tísico» llamado Jackson en una cabaña de la colina que se pasa la vida fisgoneando por la nieve. ¡No quiero que mi laboratorio y almacén sean descubiertos! Cuando volví a casa, le dije a Rose que Wheeler había encontrado un telegrama en el pueblo, reclamándolo con rapidez en casa. No sé si me creyó o no, pero no me importa. Para guardar las apariencias, embalé las cosas de Wheeler y las llevé a la colina, diciéndole que iba a enviárselas. Las puse en un buen escondrijo en la casa abandonada de Rapelye. ¡Ahora, a por Rose!

Mar. 3. No puedo hacer beber vino a Rose. Quisiera que esta sustancia fuera lo bastante insípida como para pasar desapercibida en agua. Lo he intentado con el té y el café, pero forma un precipitado y no puede utilizarse de esa manera. Si la pongo en agua, tendré que moderar la dosis y confiar en una acción más gradual. El señor y la señora Hoog vinieron este mediodía, y tuve mucho trabajo para evitar una conversación sobre la partida de Wheeler. No debe saberse que decimos que fue reclamado desde Nueva York, ya todos en el pueblo saben que no ha llegado ningún telegrama y que no se fue en el autobús. Rose se comporta de manera muy extraña respecto a este asunto. Tendré una pelea con ella y la encerraré en el ático. La mejor excusa es intentar que beba el vino envenenado... y si lo hace, mucho mejor.

Mar. 7. Lo de Rose está hecho. No quiso beber el vino, por lo que usé el látigo con ella y la llevé al ático. Nunca saldrá viva. Le he dado una bandeja de pan y carne salados, y un balde de agua ligeramente contaminada, dos veces en un día. La comida salada le hará beber en abundancia y no pasará mucho antes de que se produzca el efecto. No me gusta la forma en que grita

sobre Wheeler cuando estoy en la puerta. El resto del tiempo guarda absoluto silencio.

Mar. 9. Es condenadamente peculiar cuán lento actúa este producto en Rose. He aumentado la dosis... probablemente nunca lo note, gracias a la sal que le he hecho comer. Bueno, si no le hace efecto, hay multitud de formas para hacerla picar. ¡Pero me gustaría llevar este cuidadoso plan de las estatuas a buen puerto! Volví esta mañana a la cueva y todo está bien allí. A veces oigo los pasos de Rose en el techo y pienso que se hacen más y más renqueantes. La sustancia está actuando efectivamente, pero es demasiado lenta. No es lo bastante fuerte. Para que vaya más rápido aumentaré la dosis.

Mar. 11. Es muy extraño. Todavía vive y se mueve. El jueves por la mañana la escuché trastear con una ventana, por lo que fui y le di una ración de latigazos. Parecía más hosca que asustada, y sus ojos parecían hinchados. Pero ella no puede saltar nunca al suelo desde esa altura y no hay por dónde descender. Tuve sueños anoche, por culpa de su lentitud, arrastrando los pasos por el suelo y crispando mis nervios. A veces me parece que trata de abrir la puerta.

Mar. 15. Todavía vive, a pesar de que he aumentado la dosis. Hay algo extraño en eso. Ahora se arrastra y no pasea muy a menudo. Pero el sonido de su reptar es horrible. Hace resonar las ventanas, también, y lucha con la puerta. Acabaré con ella a latigazos si sigue así. Tengo mucho sueño. Me pregunto si Rose estará despierta. Pero debe haber bebido la poción. Esta somnolencia es anormal... pienso que la tensión me está venciendo. Me duermo...

(Aquí la acalamburada escritura se convierte en un garabato difuso, dando paso a una nota de una caligrafía firme y evidentemente femenina que revela una gran tensión emocional).

Mar. 16. 4 a.m. Esta apostilla es de Rose C. Morris, a punto de morir. Por favor, avisen a mi padre, Osborne E. Chandler, Calle 2, Mountain Top, N.Y. Acabo de leer lo que la bestia ha escrito. Estaba segura de que había matado a Arthur Wheeler, pero no sabía cómo hasta que leí este terrible diario. Ahora sé cómo escapé. Me percaté de que el agua sabía extraña y no la tomé tras el primer sorbo. La arrojé por la ventana. Ese único trago me paralizó, pero comí tan poco como me fue posible de la carne salada y fui capaz de conseguir un poco de agua colocando platos y tazas viejas bajo las goteras del techo.

Hubo dos aguaceros. Pensaba que trataba de envenenarme, pero no sabía cómo era el veneno. Cuanto ha escrito sobre él y sobre mí es una mentira.

Nunca fuimos felices y pienso que me casé con él sólo porque usó de los hechizos que era capaz de lanzar sobre la gente. Supongo que nos hipnotizó a mi padre y a mí, ya que siempre fue temido y odiado, y sospechoso de pactos oscuros con el demonio. Mi padre le llamó una vez el Pariente del Diablo, y tenía razón.

Nadie puede saber lo que tuve que pasar como mujer suya. No era vulgar crueldad... aunque Dios sabe que era bastante cruel y me pegaba a menudo con un látigo de cuero. Era más... más de lo que nadie de esta época puede entender. Era una criatura monstruosa, y practicaba toda clase de ceremonias infernales recibidas de sus parientes maternos. Trataba de hacerme ayudarlo en tales ritos, y no quiero ni siquiera pensar en qué consistían. Yo no quise, por eso me pegaba. Sería una blasfemia decir lo que intentaba que yo hiciera. Puedo decir que era un asesino ya entonces, ya que sé qué sacrificó una noche en Thunder Hill. Era sin duda pariente del Diablo. En cuatro ocasiones intenté escaparme, pero siempre me cogió y me pegó. Además, tenía cierto poder sobre mi mente, y sobre la de mi padre.

Respecto a Arthur Wheeler, no tengo nada de que avergonzarme. Nos amábamos, pero sólo de una forma honorable. Me dio el primer trato amable que tuviera desde que dejara a mi padre, y trataba de rescatarme de las garras de este diablo. Tuvo algunas pláticas con mi padre, y quería ayudarme llevándome al oeste. Tras mi divorcio, nos hubiéramos casado.

Desde que este bruto me encerró en el ático, yo había planeado escapar y matarle. Siempre guardé el veneno por la noche, para el caso de poder escapar y encontrarle dormido, y dárselo de alguna forma. Al principio se despertaba en cuanto trabajaba sobre el cerrojo de la puerta y comprobaba el estado de las ventanas, pero más tarde comenzó a estar cansado y a dormir más profundamente. Yo podía siempre oír sus ronquidos cuando dormía.

Anoche se durmió rápidamente y forcé el cerrojo sin despertarle. Fue muy trabajoso bajar las escaleras con mi parálisis parcial, pero lo logré. Lo encontré con la lámpara encendida... durmiendo sobre la mesa donde había estado escribiendo en su libro. En la esquina estaba el gran látigo que tanto había empleado conmigo. Lo usé para amarrarle a la silla de forma que no pudiera mover un músculo. Sujeté su cuello para poder verter cualquier cosa por su garganta sin obstáculos.

Despertó cuando estaba acabando y supongo que comprendió lo que había hecho. Gritó cosas espantosas y trató de entonar fórmulas místicas, pero le sofoqué con un paño del fregadero. Luego vi en su libro lo que había escrito y me detuve a leerlo. La impresión fue terrible, y casi me desmayé cuatro o

cinco veces. Mi mente no estaba preparada para esas cosas. Tras eso hablé a ese demonio durante dos o tres horas largas. Le dije cuanto había pensado decirle durante todos los años que había sido su esclava y un montón de otras cosas que tenían que ver con lo leído en ese espantoso libro.

Se puso púrpura mientras lo hacía, y pienso que estaba medio delirando. Luego cogí un embudo de la alacena y se lo metí en la boca, tras quitarle la mordaza. Él sabía lo que iba a hacer, pero estaba indefenso. Había bajado el cubo de agua envenenada y, sin el menor remordimiento, le eché su buena mitad de él en el embudo.

Debió ser una gran dosis, ya que casi al instante vi al bruto comenzar a ponerse rígido y convertirse en una turbia piedra gris. En diez minutos, era de piedra sólida. No me atreví a tocarle, pero el embudo de estaño *tintineó* de forma horrible cuando lo saqué de su boca. Quisiera haber dado a este Pariente del Diablo una muerte más dolorosa y lenta, pero seguramente ésta fue la más apropiada para él.

No hay mucho más que contar. Estoy medio paralizada, y, con Arthur muerto, no hay nada que me ate a la vida. Completaré el asunto bebiendo el resto de veneno, tras colocar este libro donde pueda ser encontrado. En un cuarto de hora seré una estatua de piedra. Mi único deseo es ser enterrada junto a la estatua que fuera Arthur... cuando sea encontrado en la cueva donde lo dejó este demonio. El pobre y confiado Rex debe estar a nuestros pies. No me importa lo que pase con el demonio de piedra atado a la silla...



## HORROR EN EL MUSEO<sup>[20]</sup>

### I

FUE una desganada curiosidad lo que llevó en un principio a Stephen Jones al Museo de Rogers. Alguien le había comentado algo acerca del extraño establecimiento subterráneo de la calle Southwark, cruzando el río, donde había estatuas de cera mucho más horribles que las peores efigies expuestas en el museo de Madame Tussaud, y se había acercado allí un día de abril para ver cuánta decepción podía causarle. Extrañamente, no fue así. Había algo diferente y peculiar allí, después de todo. Por supuesto, no faltaban los truculentos tópicos: Landrú, el doctor Crippen, Madame Demers, Rizzio, Lady Jane Grey, interminables víctimas mutiladas de la guerra y la revolución, y monstruos del tipo de Gilles de Rais y el Marqués de Sade; pero también había otros seres que aceleraron su respiración y le hicieron quedarse hasta que sonó la campanilla de cierre. El hombre que había diseñado tal colección no podía ser un vulgar saltimbanqui. Había imaginación, incluso genio enfermizo, en algunos de sus trabajos.

Más tarde, había indagado acerca de George Rogers. El hombre había estado en el equipo del Tussaud, pero algún problema había hecho que lo abandonara. Se comentaban maledicencias acerca de su estado mental y chismes sobre su enloquecida forma de trabajar en secreto, aunque, posteriormente, la prosperidad de su propio museo subterráneo había embotado el filo de algunas críticas, al tiempo que afilado las insidiosas puntas de otras. La teratología e iconografía de pesadilla eran sus pasiones, e incluso él había tenido el tacto de emplazar algunas de sus peores efigies en una sala especial reservada a los adultos. Ésa era la estancia que tanto fascinara a Jones. Había bastardas entidades híbridas que sólo la fantasía podía incubar, modeladas con diabólica pericia y coloreadas con una horrible semejanza de vida.

Algunas eran las figuras de los mitos habituales: gorgonas, quimeras, dragones, cíclopes y todos sus tenebrosos congéneres. Otras estaban extraídas

de ciclos de soterradas leyendas más oscuras y que se mencionaban en un tono más furtivo: el negro e informe Tsathoggua, el multitentaculado Cthulhu, el proboscídeo Chaugnar Faugn y otras blasfemias insinuadas en prohibidos libros, tales como el *Necronomicón*, el *Libro de Eibon*, o los *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt. Pero lo peor de todo eran aquellos seres: completamente nuevos para Rogers, y mostrando figuras que ningún relato de la antigüedad osó jamás siquiera insinuar. Algunas eran odiosas parodias de formas de vida orgánicas conocidas, mientras que otras parecían extraídas de febriles sueños sobre otros planetas o galaxias. Las extrañas pinturas de Clark Asthon Smith podrían sugerir algo de eso... pero nada podía insinuar el efecto de punzante, espantoso terror provocado por el gran tamaño y el trabajo diabólicamente hábil, así como las infernales e ingeniosas condiciones de luz bajo las que se exhibían.

Stephen Jones, como ocioso degustador de la extravagancia en el arte, había visitado al propio Rogers en su sombría oficina o taller, más allá de la estancia abovedada del museo... una cripta que causaba espanto a la vista: alumbrada débilmente por polvorientas ventanas emplazadas como troneras horizontales en la pared de ladrillo, al nivel de los antiguos adoquines de un patio interior. Era allí donde se restauraban las imágenes... allí, también, era donde se elaboraban. Brazos, piernas, cabezas y torsos de cera yacían en grotesca mescolanza sobre varios bancos de trabajo, mientras que en altas estanterías se entremezclaban indiscriminadamente pelucas enmarañadas, clientes de aspecto hambriento y ojos de cristal de mirada fija. Vestidos de todas clases pendían de ganchos y, en una estancia, había grandes pilas de cera color carne, así como estantes colmados con botes de pintura y pinceles de todos tipos. En el centro de la habitación había un gran horno usado para preparar la cera para su moldeado, con el hogar cubierto por un inmenso recipiente de hierro con bisagras, con un caño que permitía verter la cera fundida mediante el simple toque de un dedo.

Otras cosas en la deprimente cripta eran menos descriptibles: solitarias partes de problemáticas entidades cuyas formas completas eran los fantasmas del delirio. En otro extremo había una puerta de pesadas planchas de madera asegurada con un candado insólitamente grande y un símbolo muy curioso pintado en su superficie. Jones, que había tenido acceso, en cierta ocasión, al temible *Necronomicón*, se estremeció involuntariamente al reconocerlo. Este empresario, reflexionó, debía ser sin duda una persona de erudición desconcertantemente amplia en campos oscuros y dudosos.

Tampoco le defraudó la conversación de Rogers. El hombre era alto, delgado y bastante desaliñado, con grandes ojos negros que relumbraban en un semblante pálido y habitualmente cubierto por una barba de varios días. No le molestó la intrusión de Jones, antes al contrario, pareció dar la bienvenida a la oportunidad de desahogarse con alguien interesado. Su voz era singularmente profunda y resonante, y albergaba una especie de refrenada intensidad que bordeaba lo febril. Jones no se asombró de que muchos le consideraran un demente.

Mediante sucesivas preguntas —y las que en semanas sucesivas se convertirían en algo parecido a un hábito—, Jones había encontrado a Rogers progresivamente comunicativo y abierto. Desde el principio, hubo indicios de extrañas creencias y prácticas por parte del empresario, y, más tarde, tales insinuaciones se convirtieron en relatos abiertos cuya extravagancia —a pesar de una pocas fotografías de prueba— era casi cómica. Fue un día de junio, una noche que Jones había llevado una botella de buen güisqui, cuando replicó a su anfitrión algo libremente que los relatos resultaban verdaderamente demenciales. Previamente, hubo salvajes narraciones: comentarios sobre misteriosos viajes al Tíbet, al interior de África, al desierto de Arabia, al valle del Amazonas, Alaska y algunas islas poco conocidas del Pacífico Sur, además de jactancias de haber leído algunos libros monstruosos y casi míticos, tales como los prehistóricos fragmentos Pnakóticos y los cánticos del Dhol, atribuidos a la maligna e inhumana Leng; pero nada de todo esto había sido tan inconfundiblemente demencial como lo que había salido a relucir aquella tarde de junio bajo el influjo del güisqui.

Para ser sinceros, Rogers comenzó haciendo vagos alardes de haber descubierto ciertos seres en la naturaleza que nadie encontrara antes y haber vuelto con pruebas tangibles de tales descubrimientos. Según su perorata etílica, había llegado más lejos que nadie en la interpretación de los oscuros y primordiales libros que estudiara, siendo encaminado por ellos a algunos remotos lugares donde se ocultaban extraños supervivientes... supervivientes de eones y ciclos vitales anteriores a la humanidad, en algunos casos conectados con otras dimensiones y mundos; una comunicación que era frecuente en los olvidados días prehumanos. Jones se maravilló de las fantasías que tales ideas podían conjurar y se preguntó también cuál sería el historial mental de Rogers. ¿Habría sido su trabajo entre los enfermizos espantajos del Madame Tussaud el inicio de tales vuelos de la imaginación, o, por el contrario, era una tendencia innata, y la elección de su trabajo era simplemente una de sus manifestaciones? De cualquier forma, el trabajo del

hombre estaba estrechamente ligado a sus ideas. Hasta entonces, no había confundido la tendencia de sus sombrías insinuaciones con las monstruosidades de pesadilla de la velada sala de «Sólo adultos». Descuidando el ridículo, intentaba insinuar que no todo en aquellas anormalidades demoniacas era artificial.

Fue el abierto escepticismo y diversión de Jones ante tales pretensiones irresponsables lo que cortaron la creciente cordialidad. Rogers, evidentemente, se tomaba todo aquello muy en serio; de ahí en adelante, se tornó parco de palabras y resentido, tolerando a Jones sólo gracias a una tenaz ansiedad de romper su muro de educada y complaciente incredulidad. Continuaron los cuentos estrafalarios y las sugerencias sobre ritos y sacrificios a los indescriptibles dioses primordiales, y, a cada momento, Rogers podía guiar a su invitado a una de las odiosas blasfemias de la sala vedada y mostrar las facciones difíciles de compaginar con incluso la más delicada artesanía. Jones continuaba sus visitas impelido por una fascinación, aunque era consciente de haber perdido la estima de su anfitrión. A veces intentaba congeniar con Rogers mediante fingidos asentimientos a sus locas insinuaciones o afirmaciones, pero el enjuto empresario rara vez resultaba engañado por tales tácticas.

La tensión culminó en septiembre. Jones se había dejado caer casualmente en el museo una tarde y deambulaba por los penumbrosos corredores, cuyos horrores le eran ahora tan familiares, cuando escucho un sonido muy curioso proveniente de la dirección del taller de Rogers. Otros lo escucharon también y se sobresaltaron nerviosamente mientras los ecos retumbaban por el gran sótano abovedado. Los tres empleados cambiaron extrañas miradas, y uno de ellos, un oscuro y taciturno sujeto de aspecto extranjero que siempre oficiaba como encargado de Rogers, sonrió de una forma que pareció confundir a sus colegas y que hirió violentamente la sensibilidad de Jones. Era el aullido o el grito de un perro, y era un sonido lanzado bajo un espanto supremo entremezclado con agonía. Su frenesí desnudo y angustiado era espantoso de escuchar y, en aquel establecimiento de grotesca anormalidad, resultaba doblemente odioso. Jones recordó que no se admitían perros en el museo.

Estaba a punto de ir hasta la puerta que llevaba al taller, cuando el oscuro empleado le detuvo con palabras y gestos. Mr. Rogers, dijo el hombre, con una suave y ligeramente acentuada voz, al tiempo apologética y vagamente sardónica, estaba fuera y había órdenes tajantes de no admitir a nadie en el taller en su ausencia. Respecto a aquel aullido, sin duda procedía del patio adjunto al museo. La vecindad estaba llena de chuchos extraviados, y sus

peleas a veces eran impresionantemente ruidosas. No había perros en ningún lugar del museo. Pero si Mr. Jones deseaba ver a Mr. Rogers, podría encontrarle justo antes del cierre.

Tras aquello, Jones subió los viejos peldaños de piedra hacia la calle y examinó el mísero vecindario con curiosidad. Los pobres y decrepitos edificios —antiguamente moradas y ahora, en su mayoría, tiendas y almacenes— eran realmente vetustos. Algunos de ellos tenían techos a dos aguas que parecían devolver a los tiempos de los Tudor, y un débil hedor miasmático pendía sobre toda la zona. Junto a la sucia construcción cuyos sótanos albergaban el museo, había un bajo soportal que daba paso a un oscuro callejón empedrado, y Jones sintió un vago deseo de encontrar el patio tras el taller y tranquilizar a su mente respecto del asunto del perro. El patio estaba en penumbra bajo la tardía luz del ocaso, cercado por paredes traseras, aún más feas e intangiblemente amenazadoras que las destartaladas fachadas de las malignas y antiguas casas. No había ningún perro a la vista, y Jones se preguntó cómo podrían las consecuencias de aquel frenético alboroto desvanecerse tan rápido.

A pesar de la afirmación del encargado sobre que no había ningún perro en el museo, Jones escrutó nerviosamente los tres ventanucos del taller del sótano: angostos rectángulos horizontales, cercanos al pavimento lleno de hierbas, con hoscas cristales que parecían tan repulsivos e indiferentes como los ojos de un pez muerto. A su izquierda, un gastado tramo de escalones guiaban a una gruesa y pesadamente aherrojada puerta. Algún impulso le llevó a agacharse sobre los húmedos adoquines resquebrajados y escudriñar, esperando que las gruesas cortinas verdes, movidas mediante largas cuerdas que pendían de un nivel asequible, estuvieran bajadas. La superficie exterior estaba enturbiada por la suciedad, pero mientras las frotaba con su pañuelo vio que no había cortinas entorpeciendo la visión.

Tan oscuro estaba el interior del sótano que no había mucho que ver, pero el grotesco instrumental de trabajo amenazaba espectralmente a cada momento a Jones, según iba probando cada ventana. Al principio parecía evidente que no había nadie en el interior, pero cuando observó por la ventana de la derecha —la más cercana al corredor de entrada—, vio un resplandor en el extremo más alejado de la estancia que le hizo detenerse perplejo. No había ninguna razón para la presencia de esa luz. Era una zona interior de la estancia y no podía recordar luces de gas o eléctricas en ese lugar. Otra mirada delimitó el resplandor a un amplio rectángulo vertical, y un pensamiento brotó en su cabeza. En esa dirección, siempre se había percatado

de la pesada puerta de planchas con el candado anormalmente grande; la puerta que nunca estaba abierta y sobre la que estaba crudamente trazado el odioso y críptico símbolo proveniente de los fragmentarios anales de prohibidas magias primordiales. Debía estar abierta en aquel instante, y había una luz en su interior. Todas sus primeras especulaciones acerca de dónde guiaría aquella puerta, y lo que habría tras ella, se renovaron entonces con multiplicada e inquietante fuerza.

Jones deambuló sin objetivo alrededor del deprimente vecindario hasta el cierre, a las seis en punto, momento en que volvió al museo para interrogar a Rogers. Apenas podía decirse por qué deseaba tan fervientemente ver en aquel momento al hombre, pero debía tener algunos recelos inconscientes sobre aquel terrible y no ubicado grito canino de la tarde, así como sobre el resplandor en aquel inquietante, y habitualmente cerrado, portón de pesado candado. Los empleados se habían ido cuando llegó, y pensó que Orabona — el cetrino encargado de aspecto extranjero— le había mirado con algo parecido a una diversión astuta y soterrada. No le gustaba aquella mirada, aun cuando le había visto dirigírsela a su patrón multitud de veces.

La abovedada sala de exhibición resultaba fantasmal al estar desierta, pero él la cruzó rápidamente y golpeó en la puerta de la oficina y taller. La respuesta se demoró, aunque hubo pasos en el interior. Finalmente, respondiendo a una segunda llamada, el cerrojo chasqueó, y la antigua puerta de seis paneles crujió abriéndose renuentemente, revelando la figura desganada y de ojos febriles de George Rogers. Desde el principio, resultó evidente que el empresario estaba de un insólito humor. Una peculiar mezcla de reluctancia y a la vez alegría al recibirle, y, en un instante, su charla se desvió hacia extravagancias de la clase más espantosa e increíble.

Supervivientes dioses primordiales... sacrificios indescriptibles... la pretensión de realidad sobre algunos de los horrores de la sala... todos los alardes habituales, aunque completados con unas peculiares confidencias en aumento. Obviamente, reflexionó Jones, la locura del pobre diablo se estaba imponiendo. A veces, Rogers lanzaba miradas furtivas a la pesada puerta interior, cerrada con candado, del extremo de la habitación, o hacia una pieza de tosca arpillera depositada en el suelo, no lejos de él, bajo la que parecía yacer algún objeto. Jones fue poniéndose más nervioso según transcurría el tiempo, y comenzó a tener dudas sobre la conveniencia de mencionar los extraños sucesos de la tarde, tal como primeramente había querido ansiosamente hacer.

La voz de bajo, sepulcralmente resonante, de Rogers casi se rompió bajo la excitación de su febril farfallo.

—¿Recuerdas —espetó— lo que te dije sobre esa ciudad en ruinas de Indochina donde vivían los Tcho-Tcho? Tuviste que admitir que había estado cuando viste las fotografías, aun pensando que yo hice de cera a aquel nadador ovalado de la oscuridad. Si los hubieras visto contorsionarse en las piscinas subterráneas como yo...

»Bueno, esto es aún mayor. Nunca te hablé de ello, porque quería rematarla antes de hacer ninguna pretensión. Cuando veas la instantánea, sabrás que la geografía no puede haber sido falsificada, e imagino que tengo otra forma de probar que *Eso* no es ninguno de mis productos de cera. Nunca la has visto porque los experimentos no me permitían ponerla en exhibición.

El empresario miró de forma extraña hacia la puerta cerrada con el candado.

—Todo procede de ese gran ritual del octavo fragmento Pnakótico. Existieron seres en el norte, antes de la tierra de Lomar —previos a la existencia de la humanidad—, y esto es uno de ellos. Tuvimos que ir a Alaska y remontar el Noatak desde Fort Morton, pero la cosa estaba allí donde yo sabía que estaría. Grandes ruinas ciclópeas, hectáreas de ellas. Quedaba menos de lo que creíamos, ¿pero qué se puede esperar después de tres millones de años? ¿Y no apuntan las leyendas de los esquimales en esa misma dirección? No pudimos llevar uno de esos infelices con nosotros, y tuvimos que conducir el trineo todo el camino de vuelta a Nome en busca de americanos. A Orabona no le sentaba bien aquel clima... se volvió hosco e irritable.

»Más tarde te contaré cómo lo encontramos. Cuando volamos el hielo de los pilares de la ruina central, la escalera estaba donde sabíamos que debía estar. Quedaban algunas tallas, y no hubo ningún problema para impedir que los yanquis nos siguieran al interior. Orabona temblaba como una hoja... nunca pensarías eso por la forma en que se pavonea ese maldito insolente. Sabía lo bastante de la Tradición Primigenia para estar apropiadamente temeroso. La luz eterna desapareció, pero nuestras antorchas alumbraban lo bastante. Vimos los huesos de otros que habían llegado antes que nosotros... eones atrás, cuando el clima era cálido. Algunos de esos huesos pertenecían a seres como jamás has imaginado. En el tercer nivel subterráneo encontramos el trono de marfil sobre el que tanto hablan los fragmentos... y puedo decirte con conocimiento de causa que no estaba vacío.

»El ser del trono no se movía... y supimos que *Eso* necesitaba un sacrificio. Pero no deseábamos despertarlo. Era mejor llevarlo primero a Londres. Orabona y yo volvimos a la superficie en busca de una gran caja, pero cuando lo hubimos metido no pudimos subirla los tres tramos de escalones. Aquellos peldaños estaban hechos para seres humanos, y su tamaño nos estorbaba. De cualquier forma, era diabólicamente pesado. Tuvimos que traer a los americanos abajo para sacar a *Eso*. No estaban ansiosos de entrar en el sitio, pero, por supuesto, lo peor estaba a salvo dentro de la caja. Les dijimos que era un lote de tallas de marfil... muestras arqueológicas, y, tras ver el trono tallado, probablemente nos creyeron. Es un prodigio que no se imaginaran la existencia de un tesoro oculto y pidieran una parte. Habrán contado extraños cuentos en Nome más tarde, aunque dudo de que volvieran a esas ruinas, incluso bajo el señuelo del trono de marfil.

Rogers hizo una pausa, revolvió en su escritorio y exhibió un sobre con fotografías de gran tamaño. Sacando una y colocándola ante sí boca abajo, tendió el resto a Jones. El escenario era verdaderamente extraño: colinas cubiertas de hielo, trineos de perros, hombres envueltos en pieles e inmensas ruinas derrumbadas contra un telón de nieve... ruinas cuyos contornos extravagantes e inmensos bloques de piedra a duras penas podían ser descritos. Una, realizada con flash, mostraba una increíble estancia interior con extrañas tallas y un curioso trono cuyas proporciones implicaban que no había sido diseñado para ocupantes humanos. Las tallas de la gigantesca construcción —elevados muros y techos peculiarmente abovedados— eran totalmente simbólicas e incluían diseños completamente desconocidos y algunos jeroglíficos oscuramente citados en obscenas leyendas. Sobre el trono destacaba el mismo símbolo espantoso que ahora estaba pintado en el taller sobre la puerta de hierro cerrada con candado. Jones lanzó una nerviosa mirada al portal cerrado. Sin duda, Rogers había estado en extraños lugares y visto extraños seres. Aun así, aquellas demenciales fotografías de interior podían ser fácilmente un fraude, tomadas en un escenario inteligentemente diseñado. Uno no debía ser demasiado crédulo. Pero Rogers estaba prosiguiendo.

—Bueno, embarcamos la caja en Nome y fuimos a Londres sin ningún problema. Era la primera vez que volvíamos trayendo algo que tuviera un resto de vida. No lo exhibimos: había cosas más importantes que hacer con *Eso*. Necesitaba el alimento de un sacrificio, ya que *Eso* era un dios. Desde luego, yo no podía suministrarle la clase de sacrificio que solían brindarle en sus días, ya que tales cosas no existen ahora. Pero había otros seres que



podían servir. La sangre es vida, ya sabes. Aún los lemures y los elementales que son más viejos que la tierra reaparecen cuando la sangre de hombres o bestias se les ofrece en las condiciones adecuadas.

La expresión del rostro del narrador estaba volviéndose progresivamente alarmante y repulsiva, por lo que Jones se removió involuntariamente en su silla. Rogers pareció percatarse del nerviosismo de su invitado y prosiguió con una peculiar sonrisa maligna.

—Traje Eso el año pasado, y desde entonces he estado probando ritos y sacrificios. Orabona no ha sido de mucha ayuda, ya que siempre estuvo en contra de la idea de despertarlo. Odia a Eso... probablemente porque tiene miedo de lo que Eso pueda llegar a significar. Lleva encima una pistola, en todo momento, para protegerse... imbécil, ¡como si hubiera alguna protección humana contra ese Ser! Si lo veo alguna vez usar esa pistola, lo estrangulo. Quiere que lo mate y haga una efigie con Eso. Pero estoy empeinado en mis propios planes y los llevaré a cabo, ¡a pesar de todos los cobardes como Orabona y todos los malditos escépticos sardónicos como tú, Jones! He entonado los ritos, realizado ciertos sacrificios y *la última semana hubo un cambio*. El sacrificio fue... ¡aceptado y agradecido!

En ese momento, Rogers se relamió los labios, mientras Jones permanecía incómodamente rígido. El empresario se detuvo y se alzó, cruzando la sala hacia la pieza de arpillera que tan a menudo ojeara. Inclinandose, asió una de las esquinas mientras volvía a hablar.

—Ya te has reído bastante de mi trabajo... es el momento de que conozcas ciertos hechos. Orabona me dijo que escuchaste el aullido de un perro por aquí esta tarde. *¿Sabes lo que eso significa?*

Jones se sobresaltó. A pesar de toda su curiosidad, se hubiera contentado con salir sin arrojar más luz sobre el asunto que tanto le desconcertaba. Pero Rogers fue inexorable y comenzó a alzar la pieza de arpillera. Bajo ella yacía una exprimida, casi informe masa que Jones tardó en clasificar. ¿Qué fue aquel ser viviente que algo había aplastado, exprimiendo su sangre y perforándolo en un millar de sitios, retorciéndolo en una destrozada y grotesca masa de huesos rotos? Tras un momento, Jones comprendió lo que debía ser. Era lo que quedaba de un perro; un perro, quizás, de considerable tamaño y color blanquecino. Su raza era imposible de reconocer, ya que la torsión le había convertido en una indescriptible y odiosa forma. La mayor parte del pelaje estaba quemado como por efecto de un fuerte ácido, y la desnuda piel sin sangre estaba plagada de innumerables heridas o incisiones

circulares. El método de tortura necesario para causar tal resultado estaba más allá de la imaginación.

Jones, con una neta aversión que se impuso a su ascendente desazón, saltó en pie con un grito.

—¡Tú, maldito sádico... demente... haces una cosa así y te llamas un hombre decente!

Rogers dejó caer la arpillera con una maligna sonrisa despectiva y encaró a su huésped, que se aproximaba. Sus palabras transmitían una calma antinatural.

—¿Por qué, imbécil, crees que *Yo* hice esto? Admitamos que el resultado es desagradable para nuestros limitados criterios humanos. ¿Y qué? Ni es humano ni pretende serlo. El sacrificio simplemente se le ofrece. Entregué este perro a *Eso*. Lo sucedido es obra suya, no mía. Necesita alimentarse de lo ofrecido y lo hace a su propia manera. Pero déjame que te enseñe cómo es.

Mientras Jones aguardaba dudoso, el orador volvió a su escritorio y cogió la fotografía que antes dejara boca abajo sin mostrar. Ahora se la tendió con una curiosa mirada. Jones la tomó y la miró, de forma mecánica. Tras un instante, la mirada del visitante se volvió más atenta y absorta, ya que la fuerza completamente satánica del ser retratado tenía un efecto casi hipnótico. Verdaderamente, Rogers se había sobrepasado al modelar la espantosa pesadilla captada por la cámara. El ser era una obra de genio puro e infernal, y Jones se preguntó cómo reaccionaría el público cuando fuera puesto en exhibición. Un ser tan odioso no tenía derecho a la existencia... probablemente, la simple visión de eso, tras ser hecho, había completado el desequilibrio de la mente de su autor, llevándole a adorarlo con brutales sacrificios. Sólo una fuerte cordura podía resistir la insidiosa sugerencia de que la blasfemia era —o había sido— alguna exótica y enfermiza forma de vida.

El ser del retrato se sentaba o estaba sujeto, sobre una hábil reproducción del monstruosamente tallado trono de las curiosas fotografías anteriores. Describirlo con un vocabulario ordinario sería imposible, ya que no existía nada, ni siquiera aproximadamente similar, que se correspondiera con lo que siempre ha llenado la imaginación de la humanidad cuerda. Representaba algo quizás lejanamente conectado con los vertebrados de este planeta... aunque no se podía estar muy seguro de eso. Sus dimensiones eran ciclópeas, ya que, incluso sentado, se alzaba a casi el doble de altura que Orabona, que estaba retratado al lado. Mirando con atención, se podían seguir sus similitudes con las formas corporales de los vertebrados superiores.

Tenía un torso casi globular con seis largos y sinuosos miembros rematados en pinzas de cangrejo. En su extremo superior, un globo secundario surgía hacia delante como una burbuja; el triángulo de tres ojos fijos de pescado, sus grandes patas y la evidentemente flexible trompa, así como un distendido sistema lateral análogo a las branquias, sugería que era una cabeza. La mayor parte del cuerpo estaba cubierto con lo que a primera vista parecía ser piel, pero a la que un examen más detenido mostraba como una densa mata de oscuros y delgados tentáculos o filamentos de succión, cada uno provisto de una boca que recordaba a la cabeza de un áspid. En la cabeza, tras la trompa, los tentáculos tendían a ser más largos y gruesos, marcados con listas espirales... sugiriendo el tradicional cabello de serpiente de ¿Medusa. Decir que tal ser tenía una *expresión* parecía paradójico, aunque Jones sintió que el triángulo de saltones ojos de pez y que esa oblicuamente suspendida trompa desprendían una mezcla de odio, glotonería y completa crueldad incomprensibles para un ser humano, ya se hallaban entremezcladas con otras emociones ajenas al mundo o incluso al sistema solar. En esta bestial anormalidad, reflexionó, Rogers debía haber vertido toda su demencia maligna y todo su extraordinario genio de escultor. El ser era increíble... aun cuando la fotografía probara su existencia.

Rogers interrumpió sus ensueños.

—Bueno... ¿Qué piensas de Eso? ¿No preguntas ahora qué es lo que ha aplastado al perro y lo ha exprimido con un millón de bocas? Necesitaba alimentarse... y volverá a necesitarlo. Es un dios, y yo soy el primer sacerdote de su postrer culto. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con un Millar de Crías!

Jones bajó la foto con disgusto y piedad.

—Mira, Rogers, esto no puede ser. Todo tiene sus límites, tú lo sabes. Es una gran obra y todo eso, pero no es tu dios. Mejor sería que no la vieras nunca más... deja que Orabona se deshaga de ella y trata de olvidarla. Y déjame romper esta foto bestial, también.

Con un graznido, Rogers le arrancó la foto y la devolvió al escritorio.

—Imbécil... tú... ¡tú todavía crees que todo es un fraude! ¡Todavía piensas que hice Eso y que mis figuras no son otra cosa que cera inerte! ¡Maldito seas, eres aún más patán que una imagen de cera de ti mismo! ¡Pero te daré pruebas y sabrás! No ahora mismo, ya que Eso descansa tras el sacrificio... más tarde. Oh, sí... no te quedarán dudas entonces acerca de su poder.

Mientras Rogers observaba hacia la puerta interior del candado, Jones tomó sombrero y bastón de un banco cercano.

—Muy bien, Rogers, lo dejaremos para más tarde. Ahora tengo que irme, pero volveré mañana por la tarde. Ten en cuenta mi advertencia y mira si no suena sensata. Pregunta también a Orabona lo que piensa.

Rogers enseñó sus dientes como una bestia salvaje.

—Tienes que irte, ¿eh? ¡Así que tienes miedo! ¡Miedo a pesar de toda esa palabrería! Dices que las efigies son sólo cera, pero sales corriendo cuando comienzo a probar que no lo son. Eres como los tipos que apuestan que son capaces de pasar una noche en el museo... vienen envalentonados, pero después de una hora ¡están gritando y aporreando para que les dejen salir! Quieres que pregunte a Orabona, ¿eh? Vosotros dos... ¡Siempre contra mí! ¡Queréis impedir el próximo reinado terrenal de Eso!

Jones conservó la calma.

—No, Rogers... nadie está en contra tuya. Tampoco tengo miedo de tus figuras; de hecho, admiro tu trabajo. Estamos un poco nerviosos esta noche, pero supongo que algo de descanso nos hará sentir mejor.

De nuevo, Rogers refrenó la partida de su invitado.

—No tienes miedo, ¿eh?... Entonces, ¿por qué estás tan ansioso de marcharte?... ¿Te atreves o no a quedarte a solas aquí, en la oscuridad? ¿A qué tanta prisa si no crees en Eso?

Alguna nueva idea parecía haberse despertado en Rogers, y Jones le observó atentamente.

—Bueno, no tengo especial prisa... ¿pero qué ganaría quedándome aquí a solas en la oscuridad? ¿Qué probaría? Mi única pega es que es poco comfortable para dormir. ¿Qué mejor podemos hacer?

En ese momento, fue Jones quien tuvo una idea. Continuó en tono conciliador.

—Mira Rogers... te acabo de preguntar qué probaría quedándome aquí, cuando ambos lo sabemos. Probaría que tus efigies son sólo eso, y que no debes dejar que tu imaginación te lleve por donde te ha llevado últimamente. Supon *que* me quedo. Si aguanto hasta el amanecer, ¿aceptarás tomarte de otra forma las cosas... marcharte tres meses de vacaciones o así y dejar que Orabona destruya esa nueva creación? Bueno... ¿Qué te parece?

El rostro del empresario resultaba difícil de interpretar. Era patente que estaba pensando rápidamente y que, de las diversas emociones en conflicto, el triunfo maligno llevaba las de ganar. Su voz tuvo una cualidad estremecedora al responder.

—¡Hecho! *Si aguantas*, seguiré tus indicaciones. Pero tienes que aguantar. Iremos a cenar y volveremos. Te encerraré en la sala de exhibiciones y me iré

a casa. Por la mañana, volveré antes que Orabona —él viene media hora antes que los demás— para ver cómo estás. Pero no digas nada hasta estar *totalmente* seguro de tu excepticismo. Otros se han echado atrás... tienes esa opción. Y supongo que aporrear en la puerta exterior llamará la atención de algún policía. Puede que no te guste tanto después de un rato... estarás en el mismo edificio, aunque no en la misma habitación, que Eso.

Mientras dejaban la puerta trasera en el sucio patio interior, Rogers llevó consigo la pieza de arpillera... lastrada con su horrible carga. Cerca del centro del patio había un agujero de alcantarilla cuya tapa quitó silenciosamente el empresario, dando una estremecedora impresión de familiaridad con aquella tarea. Con arpillera y todo, el lastre cayó al olvido del laberinto de las cloacas. Jones se estremeció y casi se encogió ante la enjuta figura que iba a su lado cuando salieron a la calle.

De tácito acuerdo, no cenaron juntos, pero quedaron en reunirse frente al museo a las once.

Jones tomó un coche y respiró más tranquilo al cruzar el puente de Waterloo y aproximarse al brillantemente iluminado Strand. Cenó en un café tranquilo y, posteriormente, volvió a su casa de Portland Place para bañarse y coger unas pocas cosas. Ociosamente, se preguntó qué estaría haciendo Rogers. Había oído decir que el hombre tenía una amplia y sombría casa en Walworth Road, llena de libros oscuros y prohibidos, útiles ocultistas e imágenes de cera que no se atrevía a poner en exhibición. Orabona, según se decía, vivía en otra ala de la misma casa.

A las once, Jones encontró a Rogers esperando en la puerta del sótano en Southwark Street. Cruzaron pocas palabras, pero ambos parecían sentir con la amenazadora tensión. Convinieron en que la sala de exhibición abovedada sería el lugar de la prueba y Rogers no insistió en que el observador se quedara en la estancia, especial para adultos, de los supremos horrores. El empresario, habiendo apagado todas las luces con interruptores manejados desde el taller, cerró la puerta de la cripta con una de las llaves de su atestado llavero. Sin estrecharle la mano, salió a la calle, cerró la puerta tras de sí y ascendió los gastados peldaños hacia la calleja exterior. Cuando dejaron de oírse las pisadas, Jones comprendió que la larga y tediosa vigilia había comenzado.

## II

Más tarde, en la completa oscuridad de aquel sótano de grandes arcos, Jones maldijo la ingenuidad infantil que le había llevado allí. Durante la

primera media hora había encendido su linterna a intervalos. Pero ahora, estar sentado en uno de los bancos para visitantes se había convertido en algo que crispaba los nervios. Cada cierto tiempo, la luz surgía iluminando algún objeto grotesco y enfermizo: una guillotina, un indescriptible monstruo híbrido, un rostro de barba pastosa pletórico de maldad, un cuerpo con torrentes rojos fluyendo de la garganta cercenada. Jones sabía que no había ninguna realidad siniestra tras tales seres; pero, tras la primera media hora, prefería no mirarlos.

Por qué se había molestado seguir la corriente a aquel demente apenas podía imaginarlo. Hubiera sido mucho más sencillo dejarlo simplemente solo, o haber llamado a un especialista en perturbaciones mentales. Probablemente, reflexionaba, era la camaradería de un artista hacia otro. Había tanto genio en Rogers, que probaba cada forma factible de ayudarlo a superar su creciente manía. Un hombre capaz de imaginar y construir aquellos increíbles seres con apariencia de vida, tal y como él había hecho, no estaba, seguramente, alejado de la total grandeza. Tenía la fantasía de un Sime o un Doré unida a la minuciosa y científica habilidad de un Blatschkas. De hecho, había realizado con el mundo de pesadilla lo que Blatschkas, mediante las réplicas maravillosamente exactas de plantas realizadas en fino hierro forjado y cristal coloreado, había hecho con el mundo de la botánica.

A medianoche, los toques de un distante reloj se filtraron en la oscuridad, y Jones se sintió arropado por el mensaje de un mundo exterior que aún existía. La abovedada sala del museo era como una tumba... espantosa en su total soledad. Aun un ratón sería una bienvenida compañía; pero Rogers se había jactado de que —por «cierta razón», según decía— ni ratones ni insectos se acercaban jamás al establecimiento. Era muy curioso, pero parecía ser cierto. La quietud mortal y el silencio eran virtualmente completos. ¡Si tan sólo hubiera un sonido! Tosió, pero hubo algo burlón en el coro de reverberaciones. Se juró no comenzar a hablar consigo mismo. Eso significaría la desintegración nerviosa. El tiempo parecía discurrir anormal y desconcertantemente lento. Hubiera jurado que habían pasado horas desde que enfocara por última vez la luz sobre su reloj, pero sólo era el toque de la medianoche.

Deseó que sus sentidos no estuvieran tan preternaturalmente agudos. Algo en la oscuridad y quietud parecía agudizarlos, como en respuesta a débiles impulsos que no eran tan fuertes como para llamarlos impresiones. Sus oídos parecían a veces captar un débil y elusivo susurro que no podía ser *totalmente* identificado con el zumbido nocturno de las míseras calles del exterior, y

pensó en algo tan vago e irrelevante como la música de las esferas y la desconocida e inaccesible vida de otras dimensiones presionando contra la nuestra. Rogers especulaba bastante sobre tales cosas.

Las motas de luz que flotaban ante sus ojos sumidos en la oscuridad parecían crear curiosas simetrías de perfiles y movimientos. A menudo se había preguntado sobre esos extraños rayos del abismo insondable que centellean ante nosotros en ausencia de iluminación terrenal, pero nunca había sabido que se comportara así. Les faltaba el tranquilo sinsentido de las motas de luz ordinarias... insinuando alguna voluntad o propósito distante de cualquier concepción terrestre.

Luego vino la sugerencia de extraños movimientos. No había nada abierto, pero, a pesar de la total falta de corrientes de aire, Jones sintió que el aire no estaba totalmente en calma. Había intangibles variaciones de presión... aunque no lo bastante como para sugerir el espantoso movimiento de invisibles elementales. Era anormalmente frío, además. No le gustaba nada de eso. El aire tenía un regusto salado, como si estuviera mezclado con la salmuera de oscuras aguas subterráneas y hubiera un descarnado indicio de algún aroma de inefable humedad. Durante el día nunca se había percatado de que las figuras de cera tuvieran olor. Aun entonces sentía a medias que no eran las figuras de cera las que debían oler así. Era más bien como el débil olor de especímenes en los museos de historia natural. Curioso, dadas las pretensiones de Rogers acerca de que sus figuras no eran completamente artificiales... de hecho, era probable que tal pretensión fuera lo que hacía a su imaginación conjurar tales sospechas olfativas. Debía guardarse contra los excesos de la imaginación... ¿No habían enloquecido tales cosas a Rogers?

Pero la completa soledad de aquel sitio era espantosa. Incluso las distantes campanadas parecían llegar atravesando abismos cósmicos. Esto hizo a Jones pensar en la demente fotografía que le mostrara Rogers... la estrafalariamente tallada habitación del críptico trono, que aquel sujeto pretendía que era parte de unas ruinas con tres millones de años de antigüedad, emplazadas en las rehuidas e inaccesibles soledades del Ártico. Quizás Roger había estado en Alaska, pero la fotografía no era más que un montaje. No podía ser de otra manera, con todas aquellas tallas y terribles símbolos. Y la monstruosa figura supuestamente encontrada en aquel trono... ¡Que explosión de fantasía enfermiza! Jones se preguntaba cuán lejos estaría de la demente obra maestra de cera... quizás estaba tras aquella pesada puerta de planchas de madera, cerrada con candado, que llevaba más allá del taller. Pero no debía dejarse obsesionar por una imagen de cera. ¿No estaba aquella estancia repleta de

tales seres, algunos de los cuales eran apenas menos horribles que el espantoso «Ello»? Y, más allá de una gruesa lona a la izquierda, estaba la estancia de «Sólo adultos», con sus indescriptibles espejismos del delirio.

La proximidad de las innumerables formas de cera comenzó a crispar progresivamente los nervios de Jones mientras pasaba el cuarto de hora. Conocía tan bien el museo que podía ubicar sus habituales imágenes incluso en la total oscuridad. De hecho, las tinieblas tenían el efecto de prestar a las recordadas imágenes algún elemento imaginario sumamente perturbador. La guillotina parecía crujir y el barbudo semblante de Landrú —que mató a sus quince esposas— se contorsionaba con expresión de monstruosa amenaza. De la cercenada garganta de Madame Demers parecía brotar un gorgoteante sonido, mientras que la descabezada y desmembrada víctima de un asesino del baúl intentaba aproximarle más y más sus ensangrentados muñones. Jones comenzó a entornar sus ojos para ver si podía difuminar las imágenes, sin el menor resultado. De hecho, al entornar los ojos, el extraño e intencional trasfondo de granos de luz se hacía más perturbadoramente pronunciado.

Luego, repentinamente, comenzó a intentar distinguir las odiosas imágenes que primitivamente había tratado de hacer desvanecerse. Lo hizo porque estaban dando paso a entidades aún más odiosas. A pesar de sí mismo, su memoria comenzó a reconstruir las blasfemias totalmente inhumanas que acechaban las oscuras esquinas, y aquellos grumosos híbridos brotaban rezumando y serpenteando hacia él, como tratando de encerrarle en un círculo. El negro Tsathoggua se modeló a sí mismo, desde una gárgola de aspecto de rana, en una larga y sinuosa línea con centenares de rudimentarios pies, y un blando y enjuto ser nocturno extendió sus alas como para avanzar y sofocar al observador. Jones se forzó a sí mismo para no gritar. Sabía que estaba volviendo a los tradicionales terrores de su infancia y decidió utilizar su razón de adulto para mantener a raya los fantasmas. Esto le ayudó un poco, según descubrió, al encender de nuevo la luz. Espantosas como eran las imágenes reveladas, no lo eran tanto como las que había conjurado su fantasía en la total oscuridad.

Pero había un inconveniente. Aun a la luz de la linterna, no pudo dejar de sospechar un leve y furtivo temblor en una parte de la lona que mantenía oculta la terrible sala de «Sólo adultos». Conocía lo que había detrás y se estremeció. Su imaginación conjuró las impresionantes formas del fabuloso Yog-Sothoth... tan sólo una aglomeración de globos iridiscentes, pero inmenso en su sugerencia de maldad. ¿Qué era esa maldita masa flotando lentamente hacia él y sacudiendo la partición que estorbaba su camino? Una



ligera protuberancia en la lona y a la derecha insinuaba el afilado cuerno del Gnoph-keh, el peludo ser mítico del hielo groenlandés, que caminaba a veces sobre dos piernas, otras sobre cuatro y en ocasiones sobre seis. Para apartar esto de su cabeza, Jones caminó audazmente hacia la infernal sala con la linterna luciendo constantemente. Por supuesto, ninguno de sus temores era real. Aunque, ¿no ondulaban lenta e insidiosamente los largos tentáculos faciales del gran Cthulhu? Sabía que eran flexibles, pero no comprendía que el movimiento de aire causado por su avance bastase para agitarlos.

Volviendo a su asiento en el exterior de la sala, entrecerró los ojos y dejó que los simétricos puntos de luz jugaran. El distante reloj lanzó un solitario toque. ¿Sería tan sólo la una? Enfocó la linterna sobre su reloj y vio que así era. Sería, en efecto, duro aguardar hasta el alba. Roger volvería sobre las ocho, antes incluso que Orabona. Habría luz en el exterior en el sótano principal mucho antes de eso, pero nada de ésta entraría allí. Todas las ventanas de este sótano habían sido tapiadas, excepto los tres ventanucos que daban al patio. Sería una espera muy larga, en resumen.

Sus oídos estaban sufriendo también alucinaciones ahora... ya que podía jurar que oía pisadas sigilosas y pesadas en el taller del otro lado de la puerta cerrada y asegurada. No tenía sentido pensar en el no exhibido horror que Rogers llamaba «Eso». El ser era una contaminación... había vuelto loco a su creador, e incluso su retrato evocaba terrores de la imaginación. No podía estar en el taller... estaba, obviamente, más allá de la puerta de pesadas planchas y candado. Aquellos pasos eran en verdad pura imaginación.

Luego creyó escuchar girar la llave de la puerta del taller. Encendiendo su linterna, no vio nada excepto el antiguo portón de seis paneles en su posición correcta. De nuevo probó la oscuridad y cerró los ojos, pero siguió una angustiada ilusión de crujido; esta vez no fue la guillotina, sino la lenta y furtiva apertura de la puerta del taller. No quería gritar. Si gritaba, estaría perdido. Había ahora una especie de reptar o arrastrar audible y avanzaba lentamente hacia él. Debía retener el control sobre sí mismo. ¿No lo había hecho cuando las indescriptibles formas del cerebro trataron de acercársele? El arrastrar resonó más cerca y su resolución desfalleció. No gritó, simplemente barbotó un desafío.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

No hubo respuesta, pero el arrastrar siguió. Jones no sabía qué era lo que más temía... encender la linterna o permanecer en la oscuridad mientras el ser reptaba hacia él. Este ser era diferente, lo sabía con certeza, a los otros terrores de la tarde. Sus dedos y garganta se agitaban espasmódicamente. El

silencio era imposible, y la espera en la total negrura comenzaba a ser la más intolerable de todas las condiciones. De nuevo gritó histéricamente.

—¡Alto! ¿Quién está ahí? —Encendió los reveladores rayos de su linterna. Luego, paralizado por lo que vio, dejó caer la linterna y gritó... no una, sino muchas veces.

El ser que se arrastraba hacia él en la oscuridad era la gigantesca y blasfema forma de una negra entidad que no era totalmente mono ni completamente insecto. Su piel colgaba flojamente de su estructura, y su rugosa cabeza de ojos muertos se balanceaba constantemente de un lado a otro. Sus patas superiores estaban extendidas con las garras abiertas, y todo el cuerpo se tensaba con malignidad homicida, a pesar de la completa ausencia de expresión facial. Tras los gritos y la llegada de la oscuridad, brincó y, en un instante, tenía a Jones sujeto contra el suelo. No hubo lucha, ya que el observador se había desmayado.

El desvanecimiento de Jones no pudo durar más de un instante, ya que el indescriptible ser estaba arrastrándole simiescamente por la oscuridad cuando recobró la consciencia. Lo que le despertó plenamente eran los sonidos que profería el ser... o mejor dicho, la voz con la que los profería. Aquella voz era humana, y además familiar. Sólo un ser viviente podía tener los roncros y febriles acentos con los que entonaba cánticos a un horror desconocido.

—¡Iä! ¡Iä! —aullaba—. Ya voy, oh, Rhan-Tegoth, voy con tu alimento. Largo tiempo has esperado y malcomido, pero ahora tendrás lo prometido. Esto y más, ya que en vez de Orabona será uno de los que más han dudado de ti. Lo aplastarás y secarás, con todas sus dudas, y así te harás más fuerte. E incluso entre los hombres será mostrado como un monumento a tu gloria. Rhan-Tegoth, infinito e invencible, soy tu esclavo y sumo sacerdote. Tienes hambre, yo la aplaco. He leído el signo y te lo he llevado derecho. Te alimentaré con sangre y tú me alimentarás con poder. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con un Millar de Retoños!

En un instante todos los terrores de la noche abandonaron a Jones como un manto que cae. De nuevo era dueño de sí mismo, ya que sabía que era un peligro totalmente terrenal y material al que tenía que enfrentarse. No era ningún monstruo de fábula, sino un peligroso demente. Era Rogers, vestido con algún disfraz de pesadilla de su propio y enloquecido diseño, dispuesto a realizar un espantoso sacrificio al dios-demonio que había creado en cera. Evidentemente, debía haber entrado al taller por el patio trasero, se había disfrazado y había avanzado para apresar a su víctima finamente encerrada y presa del pánico. Su fuerza era prodigiosa, y si debía ser frustrado habría de

actuar rápido. Continuaría alimentando la creencia del loco en su inconsciencia, mientras la presa fuera relativamente débil. La sensación de pasar un umbral le dijo que estaba entrando en el taller negro como la tinta.

Con la fuerza que da el miedo mortal, Jones dio un brusco salto desde la medio yacente postura en la que estaba siendo arrastrado. Durante un instante se liberó de las manos del atónito maniaco, y, en otro instante, una embestida afortunada puso sus manos alrededor de la garganta extravagantemente disfrazada de su captor. Simultáneamente, Rogers le aferró a él y, sin mayores preliminares, ambos se trabaron en una lucha a vida o muerte. El entrenamiento atlético de Jones, sin duda, fue su única salvación, ya que su enloquecido atacante, abandonando cualquier exhibición de juego limpio, decencia o incluso autopreservación, era una máquina de salvaje destrucción tan formidable como un lobo o una pantera.

Gritos guturales salpicaban ocasionalmente la terrible lucha en la oscuridad. Saltó la sangre, las ropas se rasgaron, y al fin Jones sintió la garganta del maniaco, libre ya de su máscara espectral. No dijo una palabra, sino que puso cada gramo de energía en defender su vida. Rogers pateó, buscó los ojos de su enemigo, dio cabezazos, mordió, rasgó y escupió... y aún encontró fuerzas para vociferar ocasionales frases. La mayor parte de su palabrería era una jerga ritual llena de referencias a «Eso» o «Rhan-Tegoth» y, para los crispados nervios de Jones, era como si los gritos tuvieran respuesta de bufidos y aullidos demoniacos, provenientes de una infinita distancia. Hacia el final, ambos rodaron por el suelo, volcando bancos o golpeándose contra los muros y los basamentos de ladrillo del horno de mezcla del centro. Hasta el fin, Jones no pudo estar seguro de salvarse, pero el último lance se inclinó a su favor. Un rodillazo contra el pecho de Rogers produjo una total relajación y, un instante después, supo que había ganado.

A pesar de lo duro que le resultaba sostenerse, Jones se levantó y tanteó los muros buscando el interruptor de la luz, ya que había perdido su linterna, junto con la mayor parte de sus ropas. Mientras palpaba, arrastraba a su desvanecido contrario, temiendo un repentino ataque cuando el demente volviera en sí. Encontrando la caja, probó hasta hallar el interruptor correcto. Luego, mientras el taller, salvajemente desordenado, aparecía bajo la repentina luz, volvió para atar a Rogers con cuantas cuerdas y cinturones pudo encontrar a mano. El disfraz del sujeto —o lo que quedaba de él— parecía estar realizado con alguna desconcertante clase de cuero. Por diversas razones, a Jones se le puso la carne de gallina al tocarlo, y parecía haber un extraño y oxidado olor en él. En las ropas de calle de debajo, estaba el llavero

de Rogers, y la exhausta víctima lo aferró como su pasaporte final a la libertad. Las pantallas de las pequeñas ventanas parecidas a troneras estaban bajadas y aseguradas, y así las dejó.

Enjugando la sangre de la lucha en un recipiente apropiado, Jones buscó las ropas más ordinarias y menos extravagantes que pudo encontrar en los percheros. Probando la puerta del patio, descubrió que estaba asegurada con un cerrojo de resorte que no necesitaba llave desde el interior. Guardó el llavero, no obstante, para entrar, cuando volviera, con ayuda... ya que, claramente, lo que había que hacer era llamar a un psiquiatra. No había teléfono en el museo, pero no sería difícil de encontrar en un restaurante nocturno o en una farmacia de guardia. Casi había abierto la puerta para salir cuando un torrente de odiosas injurias del otro lado de la habitación le indicó que Rogers —cuyas heridas visibles se limitaban a un largo y profundo rasguño en la mejilla izquierda— había recobrado la consciencia.

—¡Idiota! ¡Desove de Noth-Yidik y efluvio de K'thun! ¡Hijo de los perros que aúllan en el torbellino de Azathoth! ¡Podrías haber sido sagrado e inmortal, y ahora traicionas a Eso y a su sacerdote! ¡Cuidado... porque está hambriento! Debiera haber sido Orabona... ese maldito perro traicionero listo para revolverse contra Eso y contra mí... pero terminé concediéndote el primer honor. Ahora, ambos debéis temer, ya que Eso no es agradable sin su sacerdote.

»¡Iä! ¡Iä! ¡La venganza se acerca! ¿Sabes que podrías haber sido inmortal? ¡Mira al horno! El fuego está listo y hay cera en la olla. Hubiera hecho contigo lo que hice con las otras formas vivientes. ¡Ey! Tú que has jurado que todas mis efigies eran de cera, ¡te habrías convertido en una de ellas! Cuando Eso se hubiera saciado, y fueras como aquel perro que te mostré, ¡hubiera inmortalizado tus pedazos aplastados y lacerados! La cera lo hubiera hecho. ¿No decías que soy un gran artista? Cera en cada poro... cera en cada centímetro cuadrado tuyo... ¡Iä! ¡Iä! Y después el mundo hubiera podido contemplar tu mutilada carcasa ¡y preguntarse cómo podría yo haber imaginado tal cosa! ¡Ey! Y Orabona hubiera sido el siguiente, y otros tras de él... ¡y todos hubieran acrecentado mi familia de cera!

»Perro... ¿Aún crees que *be fabricado* todas mis efigies? ¿No sería mejor decir *preservado*? Ya sabes los extraños lugares que he visitado y los extraños seres que he traído. Cobarde... nunca osarías encarar al destructor cósmico cuyo disfraz me coloqué para darte un susto... su simple presencia viva, o incluso el hecho de concebirlo, ¡te hubieran matado instantáneamente de miedo! ¡Iä! ¡Iä! ¡Eso aguarda hambriento la sangre que es vida!

Rogers, sosteniéndose contra la pared, tironeó de sus ataduras.

—Mira esto, Jones... ¿y si me sueltas y yo te dejo marchar? Hay que ser respetuosos con el sumo sacerdote de Eso. Orabona bastará para mantenerlo vivo... y, cuando termine, inmortalizaré sus pedazos en cera para que el mundo los vea. Debieras haber sido tú, pero has rehusado tal honor. No te molestaré más. Suéltame y repartiré contigo el poder que Eso me dará. ¡Iä! ¡Iä! ¡Grande es Rhan-Tegoth! ¡Suéltame! Está hambriento al otro lado de la puerta y, si muere, los Primordiales nunca volverán. ¡Ey! ¡Ey! ¡Suéltame!

Jones simplemente agitó la cabeza, a pesar de que la repugnancia hacia los delirios del empresario le asqueaban. Rogers, ahora mirando salvajemente hacia la puerta de hierro con el candado, golpeó su cabeza una y otra vez contra el muro de ladrillo y comenzó a dar puntapiés con sus tobillos fuertemente atados. Jones comenzó a temer que se lesionaría y avanzó para atarlo más firmemente a algún objeto fijo. Contorsionándose, Rogers se apartó de él y comenzó a lanzar una serie de frenéticos aullidos cuya total y monstruosa inhumanidad resultaba espantosa y cuyo volumen era casi increíble. Parecía imposible que cualquier garganta humana pudiera producir ruidos tan estrepitosos y penetrantes, y Jones pensó que, de continuar, no necesitaría teléfono para pedir ayuda. En poco tiempo, algún policía llegaría a investigar, aun admitiendo que no hubiera vecinos que pudieran escuchar en aquel desierto distrito de almacenes.

—¡Wza-y'ei! ¡Wza-y'ei!—aullaba el demente—. *Y'kaa haa bho... ii, Rhan-Tegoth... Cthulhu fhtagn... ¡Ei! ¡Ei! ¡Ei! ¡Ei!... ¡Rhan-Tegoth, Rhan-Tegoth, Rhan-Tegoth!*

La estrechamente atada criatura, que había comenzado a serpentear por el sucio suelo, alcanzó la puerta de planchas con el candado y comenzó a golpear atronadoramente su cabeza contra ella. Jones temió tener que volver a sujetarle y deseó no estar tan agotado por la lucha previa. El violento resultado estaba crispando de forma espantosa sus nervios y comenzó a sentir un rebrote de los indescriptibles temores que le asaltarán en la oscuridad. ¡Todo lo concerniente Rogers y su museo era tan infernalmente enfermizo y sugerente de negros panoramas al otro lado de la vida! Era odioso el pensar en la obra maestra de cera, fruto del anormal genio, que en aquel momento debía agazaparse cerca en la oscuridad, más allá de la pesada puerta del candado.

Luego sucedió algo que envió un frió adicional por la columna de Jones e hizo que cada pelo —hasta los del dorso de su mano— se erizaran con un vago espanto más allá de cualquier clasificación. Rogers había parado

bruscamente de gritar y golpear su cabeza contra la sólida puerta de hierro, y estaba buscando colocarse en una postura sentada. Tenía la cabeza torcida y escuchaba intensamente algo. Y entonces una sonrisa de diabólico triunfo iluminó su rostro y comenzó a hablar de forma inteligible nuevamente... esta vez en un ronco murmullo que contrastaba extrañamente con su previo aullar estentóreo.

—¡Escucha, idiota! ¡Escucha atentamente! *Eso* me ha escuchado y acude. ¿No puedes oírlo chapotear mientras sale de su tanque al final del túnel? Lo alojé en las profundidades porque nada es demasiado bueno para Ello. Es anfibio, ya lo sabes... viste las branquias en la foto. Llegó a la tierra procedente del plomizo Yuggoth, donde las ciudades están bajo los cálidos y profundos mares. Eso no puede erguirse aquí... demasiado alto... tiene que sentarse o agazaparse. Dame mis llaves... debemos dejarle salir y arrodillarnos ante su presencia. Luego saldremos y encontraremos un perro o un gato... quizás un borracho... para darle el alimento que necesita.

No era lo que el loco decía, sino la forma de decirlo, lo que alteró seriamente a Jones. La total y demente confianza, y la sinceridad del enloquecido susurro, era condenadamente contagiosa. La imaginación, con tales estímulos, podía descubrir una amenaza activa en la diabólica figura de cera que se agazapaba invisible al otro lado de la pesada plancha. Mirando a la puerta con atroz fascinación, Jones descubrió que se producían varios y distintos crujidos, aunque no aparecieron marcas de violencias en la superficie. Se preguntó cuán grande sería la habitación o armario del otro lado, y cómo estaría colocada la figura de cera. Aquella idea del loco sobre un tanque y un túnel era tan delirante como sus otras fantasías.

Después, en un terrible instante, Jones perdió por completo la respiración. El cinturón de cuero, con el que había pensado sujetar aún más a Rogers, cayó de sus manos inertes y un espasmo de terror le sacudió de pies a cabeza. Debiera haber sabido que el lugar le volvería loco, tal como había sucedido con Rogers; y ya *estaba* loco. Estaba loco, ya que sufría alucinaciones más salvajes que las que le habían asaltado anteriormente en la noche. El loco le decía que escuchara el chapoteo de un monstruo mítico en un tanque del otro lado de la puerta... y entonces, Dios le ayudara, *¡Lo escuchó!*

Rogers observó el espasmo de horror cubrir el rostro de Jones y convertirlo en una rígida máscara de miedo. Cacareó.

—¡Por fin, loco, crees! ¡Por fin sabes! ¡Lo escuchas y *Eso* viene! ¡Dame mis llaves, idiota... debemos reverenciarle y servirle!

Pero Jones no prestaba ninguna atención a una voz humana, loca o cuerda. Una parálisis fóbica le inmovilizó, sumiéndole en el estupor, con salvajes imágenes recorriendo su imaginación desamparada. *Hubo un chapoteo. Hubo un arrastrar o pisar, como de grandes patas húmedas sobre una superficie sólida. Algo se acercaba. Su olfato fue asaltado por un hediondo olor animal que brotaba desde las grietas en aquella puerta de pesadilla, parecido y a la vez diferente al de las jaulas de mamíferos de Regent's Park.*

No sabía si Rogers estaba hablando o no. La realidad se había desvanecido y era una estatua acosada por sueños y alucinaciones tan antinaturales que se convertían casi en objetivas y distantes para él. Creyó oír un husmeo o bufido proveniente de los desconocidos golfos al otro lado de la puerta y, cuando un repentino ruido aullante y trompeteante golpeó sus tímpanos, no pudo estar seguro de que procediera del estrechamente atado maniaco cuya imagen rielaba en su enturbiada visión. La fotografía de aquel maldito e invisible ser de cera insistía en revolotear por su mente. Tal ser no tenía derecho a existir. ¿Acaso no le había vuelto loco?

Mientras reflexionaba, una nueva evidencia de locura le asaltó. Algo, pensó, estaba palpando el pestillo de la puerta cerrada con candado. Estaba pateando, arañando y empujando la plancha. Hubo un trueno y la recia madera que se debilitó más y más. El hedor era espantoso. Y entonces el asalto contra la puerta desde el interior se convirtió en una maligna y decidida embestida, como los redobles de un ariete. Hubo un ominoso crujido... un astillarse... un hedor cloacal... una plancha cayendo... *una pata negra rematada en una pinza como la de un cangrejo...*

—*¡Socorro! ¡Socorro! ¡Dios, ayúdame!... ¡Aaaaaaah!*

Con intenso esfuerzo, Jones es capaz, hoy en día, de recordar la súbita ruptura de su parálisis de temor, descargándose en una frenética huida automática. Aquello debió ser curiosamente similar a las salvajes y desesperadas huidas de las enloquecedoras pesadillas, ya que parecía haber saltado por la desordenada cripta en casi un latido de corazón, franqueado la puerta exterior y haberla cerrado y atrancado tras de sí de golpe, saltado sobre los gastados peldaños de tres en tres y volado, frenéticamente y sin rumbo, por el húmedo patio empedrado y a través de las míseras calles del Southwark.

Aquí se detiene su memoria. Jones no sabe cómo llegó a su casa, y no existe evidencia de que cogiera un coche. Probablemente hizo todo el camino por ciego instinto: por el puente de Waterloo, a lo largo del Strand y Charing Cross y subiendo Haymarket y Regent Street hacia su vecindad. Todavía

vestía la extraña mezcolanza de ropas del museo cuando recobró la consciencia lo suficiente como para llamar al médico.

Una semana más tarde, el psiquiatra le permitió abandonar la cama y salir al aire libre.

Pero no había contado todo a los especialistas. Sobre toda la experiencia colgaba un manto de locura y pesadilla, y sintió que el silencio era el único camino. Cuando estuvo recuperado, estudió exhaustivamente los periódicos que había coleccionado desde aquella espantosa noche, sin encontrar referencias a nada extraño en el museo. ¿Cuánto, después de todo, había sido realidad? ¿Dónde terminaba la realidad y comenzaba el delirio enfermizo? ¿Había cedido su mente en aquella oscura sala de exposición y todo, hasta la lucha con Rogers, era un fantasma de la fiebre? Le ayudaría a recobrase el aclarar aquellos puntos enloquecedores. *Debía* ver la maldita fotografía de la imagen de cera apodada «Eso», ya que ninguna mente, excepto la de Rogers, podía haber concebido tal blasfemia.

Transcurrió una quincena antes de que se atreviera a volver a Southwark Street. Fue en plena mañana, cuando había mayor adición de sana y cuerda actividad alrededor de las antiguas y decrépitas tiendas y almacenes. El letrero del museo seguía allí y, mientras se aproximaba, vio que estaba abierto. El portero cabeceó en placentero reconocimiento mientras él reunía el valor suficiente para entrar, y, en la estancia abovedada inferior, un empleado tocó su visera animadamente. Quizás todo fuera un sueño. ¿Se atrevería a llamar a la puerta del taller y buscar a Rogers?

Enseguida, Orabona avanzó para darle la bienvenida. Su oscuro y picado semblante aparecía un tanto sardónico, pero Jones sintió que no era hostil. Habló con algo de acento.

—Buenos días, Mr. Rogers. Hace tiempo que no le veíamos. ¿Buscaba a Mr. Rogers? Lástima, no está. Tenía compromisos en América y tuvo que marcharse. Sí, todo fue muy repentino. Ahora yo estoy a cargo... aquí y en la casa. Trato de mantener los altos niveles de Mr. Rogers... hasta que vuelva.

El extranjero sonrió... quizás sólo por amabilidad. Jones apenas sabía qué responder, pero se las arregló para murmurar unas pocas preguntas sobre el día posterior a su última visita. Orabona pareció sumamente divertido por las preguntas y tuvo sumo cuidado al formular las respuestas.

—Oh, sí, Mr. Jones... el 28 del pasado mes. Lo recuerdo por diversos motivos. Por la mañana... antes de que llegara Mr. Rogers, ya sabe... encontré el taller algo desordenado. Fue un gran trabajo el... limpiar... todo.



Hubo... trabajo nocturno, ya sabe. Una nueva e importante producción recibió un proceso secundario de cocción. Me hice cargo de todo al llegar.

»Era un ejemplar difícil de preparar... pero, por supuesto, Mr. Rogers me ha enseñado bien. Es, ya sabe, un gran artista. Al llegar, me ayudó a terminar la figura... me ayudó de forma muy material, se lo aseguro... pero se marchó tan repentinamente que ni se despidió de la gente. Tal como le digo, le llamaron repentinamente. Había importantes reacciones químicas involucradas.

Hubo fuertes sonidos... de hecho, algunos camioneros del patio exterior imaginaron que habían oído algunos disparos de pistola... ¡que idea tan divertida!

«Respecto a la nueva obra... el asunto es muy desgraciado. Es una gran obra maestra... diseñada y realizada, ya me entiende, por Mr. Rogers. Ya la verá cuando vuelva.

De nuevo, Orabona sonrió.

—La policía, ya sabe. La pusimos de vigilancia una semana después y hubo dos o tres desvanecimientos. Un pobre hombre sufrió un ataque epiléptico frente a él. Sabe, es un pelo... más fuerte... que el resto. Es más grande de lo normal. Por supuesto, estaba en la sala de adultos. Al día siguiente, una pareja de Scotland Yard lo examinó y dijo que era demasiado morboso para ser exhibido. Afirmó que teníamos que quitarlo. Fue una tremenda vergüenza... una obra de arte así... pero no me sentí justificado para acudir a los tribunales en ausencia de Mr. Rogers. No le gustan los problemas con la policía... cuando vuelva... cuando vuelva...

Por una u otra razón, Jones sintió una ascendente marea de desazón y repulsión. Pero Orabona proseguía.

—Usted es un entendido, Mr. Jones. Estoy seguro de no violar la ley brindándole una visita privada. Puede ser..., por supuesto, según los deseos de Mr. Rogers... que destruyamos el espécimen algún día... pero será un crimen.

Jones sintió un poderoso impulso de rechazar la visita y huir precipitadamente, pero Orabona le llevaba cogido del brazo con el entusiasmo de un artista. La sala de adultos, abarrotada de horrores indescriptibles, no tenía visitantes. En el extremo más alejado se había tapado un nicho y hacia allá avanzó el sonriente empleado.

—Debe saber, Mr. Jones, que el título de esta obra es «El Sacrificio de Rhan-Tegoth».

Jones se sobresaltó violentamente, pero Orabona no dio muestras de notarlo.

—El informe y colosal dios es una réplica de ciertas oscuras leyendas estudiadas por Mr. Rogers. Se supone que llegó del espacio exterior y vivió en el Ártico hace tres millones de años. Realizaba sus sacrificios de una forma bastante peculiar y horrible, como podrá ver. Mr. Rogers lo ha dotado de un diabólico aspecto de vida... aun en el rostro de la víctima.

Temblando ahora violentamente, Jones se asió al pasamanos de latón frente al velado nicho. Casi estuvo por detener a Orabona cuando vio que la cortina comenzaba a abrirse, pero algún impulso contrapuesto le contuvo. El extranjero sonrió triunfalmente.

—¡Vea!

Jones se tambaleó a pesar de estar agarrado al pasamanos.

—¡Dios!... ¡Dios mío!

Con sus buenos dos metros y medio, y a pesar de su actitud confusa y agazapada que expresaba una malignidad infinitamente cósmica, se mostraba a un increíble horror plantado frente a un ciclópeo trono de marfil cubierto de grotescas tallas. En el par central de sus seis patas llevaba un arrugado, aplastado, distorsionado ser sin sangre, perforado por un millón de punciones y, en ciertos lugares, quemado por la acción de un activo ácido. Sólo la mutilada cabeza de la víctima, pendiendo a un lado, revelaba que representaba a algo que fuera humano.

El propio monstruo no necesitaba presentación para alguien que hubiera visto cierta fotografía infernal. Lamaldita instantánea había sido demasiado fiel, aunque no podía mostrar el pleno horror que subyacía en la gigantesca entidad. El torso globular... la burbujeante sugerencia de cabeza... los tres ojos de pescado... la larga trompa... las agallas protuberantes... el monstruoso pelaje de ventosas como áspides... los seis sinuosos miembros con sus patas negras y pinzas de cangrejo... ¡Dios!, ¡la familiaridad de la pata negra rematada en una pinza de cangrejo!...

La sonrisa de Orabona era completamente condenable. Jones se atragantó y observó fijamente la odiosa exhibición con creciente fascinación que le aturdió y le perturbaba. ¿Qué entrevisto horror le sumía y le obligaba a mirar más y buscar detalles. Eso había vuelto loco a Rogers... Rogers, supremo artista... decía que no eran artificiales.

Luego vio lo que le perturbaba. Era la aplastada y caída cabeza de cera de la víctima, y lo que insinuaba. Su rostro no estaba totalmente destruido y era familiar. Era como el enloquecido semblante del pobre Rogers. Jones observó

más de cerca, sin saber del todo qué le impulsaba. ¿No era natural en un enloquecido ególatra moldear sus propias facciones en su obra maestra? ¿Había algo más que la subconsciente visión había sumido y suprimido bajo el efecto del puro terror?

La cera del rostro mutilado había sido moldeada con destreza increíble. Aquella incisiones... ¡cuán perfectamente reproducían la miríada de heridas que algo infligiera a aquel pobre perro! Pero había algo más. En la mejilla derecha podía distinguirse una irregularidad que desentonaba con el aspecto general... como si el autor hubiera tratado de cubrir un defecto de su primer modelo. Cuanto más lo miraba Jones, más misterioso y horrible le parecía... luego, bruscamente, recordó algo que le llenó de horror. Aquella espantosa noche... la lucha... el demente atado... *y el largo y profundo arañazo en la mejilla izquierda del verdadero Rogers...*

Jones, soltando la desesperada presa del pasamanos, cayó en un profundo desvanecimiento.

Orabona seguía sonriendo.

## MUERTE ALADA<sup>[21]</sup>

**E**L Hotel Orange se encuentra en High Street, cerca de la estación de ferrocarril, en Bloemfontein, Sudáfrica. El domingo 24 de enero de 1932, cuatro hombres se sentaron temblando de terror en una habitación de la tercera planta. Uno era George C. Titteridge, propietario del hotel; otro era el agente de policía Ian De Witt; un tercero era Johannes Bogaert, el juez local; el cuarto, y aparentemente el menos alterado del grupo, era el doctor Cornelius Van Keulen, el médico forense.

En el suelo, desazonadoramente evidente gracias al sofocante calor del verano, estaba el cuerpo de un muerto... pero no era eso lo que los cuatro hombres temían. Sus miradas iban de la mesa, donde descansaba un curioso surtido de objetos, al techo, cuya superficie blanqueada estaba cruzada por series de grandes y vacilantes caracteres que de alguna forma habían sido garabateados con tinta, y, a cada momento, el Doctor Van Keulen ojeaba furtivamente un usado cuaderno de notas de cuero que sostenía en su diestra. El horror de los cuatro parecía dividirse por igual entre el cuaderno, las torpes palabras del techo y una mosca de peculiar aspecto que flotaba muerta en una botella de amoníaco sobre la mesa. Asimismo, sobre ésta había un tintero abierto, un lápiz y un taco de papel, un maletín de médico, una botella de ácido clorhídrico y un vaso lleno en una cuarta parte con negro óxido de manganeso.

El gastado libro de tapas de cuero era el diario del muerto tendido en el suelo, y, rápidamente, quedó claro que el nombre «Frederick N. Mason, Prospecciones Mineras, Toronto, Canadá», con el que había firmado el registro del hotel, era falso. Había otros hechos —terribles hechos— que igualmente se hicieron evidentes; y aún otros mucho más terroríficos que se insinuaron odiosamente, sin llegar a clarificarse o ser incluso completamente creíbles. Fue la creencia a medias de los cuatro hombres, fomentada por vidas gastadas en la proximidad de los negros y ocultos misterios del África

profunda, lo que les hizo temblar tan violentamente a pesar del bochornoso calor de enero.

El cuaderno no era grande, y las anotaciones eran de buena caligrafía, que, no obstante, se volvía descuidada y nerviosa hacia el final. Estaba formado por una serie de apuntes irregularmente espaciados al principio, pero hacia el final se convertían en un diario. Llamar a esto diario no sería exactamente correcto, ya que registraba sólo una clase de las actividades de su autor. El doctor Van Keulen reconoció el nombre del difunto en el instante de abrir la cubierta, ya que pertenecía a un eminente miembro de su propia profesión que había estado ampliamente conectado con los asuntos africanos. En otro instante, quedó horrorizado al encontrar este nombre ligado a un vil crimen oficialmente sin resolver que había llenado los periódicos unos cuatro meses atrás. Y cuanto mas leía, mas profundo se volvía su horror y espanto, así como sus sentimientos de aversión y pánico.

He aquí, en esencia, el texto que el doctor leyó en voz alta en aquella siniestra y progresivamente hedionda estancia, mientras los tres hombres de su alrededor resollaban inquietos en sus sillas y lanzaban espantadas miradas al techo, la mesa y la cosa del suelo, y hacia algo más:

#### DIARIO DE THOMAS SLAUENWITE, M.D.

Sobre el castigo a Henry Sargent Moore, doctor en Filosofía de Brooklyn, Nueva York, profesor de Biología Invertebrada en la Universidad de Columbia, Nueva York, N.Y. Redactado para ser leído tras mi muerte, para la satisfacción de hacer público el cumplimiento de mi venganza, que de ninguna otra manera podría serme imputada, aun en el caso de tener éxito.

Enero 5 de 1929. Ahora estoy totalmente decidido a matar al doctor Henry Moore, y un reciente incidente me ha mostrado cómo hacerlo. Desde ahora, seguiré una constante línea de acción; de ahí que comience este diario.

Apenas es necesario repetir las circunstancias que me han hecho tomar este camino, ya que la parte informada del público está familiarizada con los hechos más relevantes. Nací en Trenton, Nueva Jersey, el 12 de abril de 1885, hijo del doctor Paul Slauenwite, originario de Pretoria, Transvaal, Sudáfrica. Estudié medicina según la tradición familiar y, siguiendo las recomendaciones de mi padre (muerto en 1916 mientras servía en el regimiento sudafricano destinado en Francia), me especialicé en fiebres africanas, y, tras mi graduación en Columbia, dediqué mucho tiempo a investigaciones que me llevaron a Durban, Natal y al propio ecuador.

En Mombasa, trabajé sobre una nueva teoría acerca de la transmisión y desarrollo de la fiebre intermitente, ayudado tan sólo ligeramente por la documentación del último médico gubernamental, sir Norman Sloane, que encontré en la casa en la que me albergaba. Al publicar mis resultados, pasé de golpe a ser una famosa autoridad. Se me habló de la posibilidad de lograr una posición casi suprema en el Ministerio de Salud en Sudáfrica, y quizás el título de caballero, en el caso de adquirir la nacionalidad, y decidí dar los pasos oportunos.

Entonces ocurrió el suceso por el que voy a matar a Henry Moore. Este hombre, compañero de clase y amigo durante años en América y África, buscó deliberadamente socavar mis derechos a mi propia teoría, alegando que sir Norman Sloane se había anticipado a mí en los principales detalles, e insinuando que probablemente había encontrado más documentación que la presentada en mi informe. Para respaldar esta absurda acusación suministró algunas cartas personales de sir Norman que, en efecto, mostraban que el anciano estaba sobre la pista y hubiera publicado en breve sus resultados de no mediar su brusca muerte. Esto último sólo puedo admitirlo con pesar. Pero lo que no puedo excusar es la envidiosa sospecha de que había hurtado la teoría de la documentación de sir Norman. El gobierno británico, bastante sensible, ignoró tales calumnias, pero denegó el a medias prometido nombramiento y distinciones basándose en que mi teoría, aunque original, no era algo nuevo.

Pronto pude ver que mi carrera en África estaba sensiblemente dañada, aunque había puesto todas mis ilusiones en ella, aun hasta el punto de renunciar a la ciudadanía americana. Se notaba, en el gobierno de Mombasa, una perceptible frialdad hacia mí, especialmente entre quienes habían conocido a sir Norman. Fue entonces cuando decidí vérmelas con Moore tarde o temprano, aunque no sabía cómo. Había envidiado mi pronta celebridad y había utilizado su antigua correspondencia con sir Norman para arruinarme. Eso, el amigo a quien había guiado para interesarse en África, a quién había preparado e inspirado hasta que adquirió su actual modesta fama como una autoridad en entomología africana. Aun ahora, empero, no niego que estos logros son importantes. Lo reconozco y, en pago, él me ha arruinado. Ahora —algún día— le destruiré.

Cuando me vi caído en Mombasa, me dediqué a mi presente ocupación en el interior, en M'gonga, a unos veinticuatro kilómetros de la frontera de Uganda. Es un puesto de comercio del algodón y del marfil, con sólo ocho blancos aparte de mí. Un agujero infecto, casi en el ecuador, y repleto de toda

clase de fiebres conocidas por la humanidad. Serpientes venenosas e insectos de todas clases, y negros con dolencias que nadie conoce fuera de la Facultad de Medicina. Pero mi trabajo no es duro, y tengo mucho tiempo para planear qué hacer con Henry Moore. Me divierte dar a su *Dípteros de África Central y del Sur* un lugar destacado en mi biblioteca. Supongo que en la actualidad es un manual estándar —utilizado en Columbia, Harvard y la U. de Wis.—, pero mis propias sugerencias son realmente responsables de la mitad de sus puntos fuertes.

La pasada semana encontré lo que me dijo de cómo matar a Moore. Un grupo de Uganda trajo un negro con una extraña enfermedad que aún no he podido diagnosticar. Estaba en estado letárgico, con una temperatura realmente baja, y le rehuían de una forma peculiar. La mayoría de sus compañeros tenían miedo de él y decían que estaba bajo algún hechizo de un doctor brujo, pero Gobo, el intérprete, dijo que había sido picado por un insecto. Lo que fuera, no puedo imaginarlo, ya que es sólo una leve punción en el brazo. Es de un rojo brillante, sin embargo, con un anillo púrpura a su alrededor. Es una visión espectral... no me extraña que los portadores caigan en la superstición de la magia negra. Parecen haber visto otros casos iguales, y dicen que no hay nada que hacer.

El viejo N’Kuru, uno de los gallas del puesto, dice que debe ser la picadura de la mosca-diablo, que hace decaer progresivamente a sus víctimas hasta la muerte y, entonces, toma su alma y personalidad como si aún viviera... y se va volando con todos sus gustos, disgustos y conciencia. Una extraña leyenda: no conozco ningún insecto local lo bastante mortífero como para provocarla. Suminé a este enfermo —su nombre es Mevana— una buena dosis de quinina y tomé una muestra de su sangre para estudiarla, pero no he hecho grandes progresos. En verdad, hay un extraño germen presente, pero no puedo identificarlo siquiera remotamente. Lo más cercano es el bacilo que se encuentra en los bueyes, caballos y perros picados por la mosca tse-tse, pero tales moscas no infectan a los seres humanos, y esto, de cualquier forma, está demasiado al norte.

De todos modos, lo importante es que he decidido cómo matar a Moore. Si esta región interior tiene insectos tan venenosos como dicen los nativos, me encargaré de que tenga un suministro de ellos, de una fuente que no espera, asegurándome ante todo de que esté indefenso. Haré que abandone toda precaución cuando se dedique a estudiar esta especie desconocida... ¡y entonces veremos cómo sigue su curso la naturaleza! No debe ser difícil

encontrar un insecto que tanto atemoriza a los negros. Primero veré qué pasa con el pobre Mevana, luego encontraré mi mensajero de muerte.

En. 7. Mevana no mejora, a pesar de que le he inyectado todas las antitoxinas que conozco. Sufre espasmos de temblor en los que divaga espantado sobre que su alma pasará, cuando muera, al insecto que le picó, pero en los intervalos descansa en una especie de estupor. El corazón aún late con fuerza, por lo que espero salvarlo. Tengo que intentarlo, ya que probablemente él me guiará mejor que nadie a la región donde fue picado.

Entretanto, escribiré al doctor Lincoln, mi predecesor, ya que Allen, el jefe del puesto, dice que tiene un profundo conocimiento de las enfermedades locales. Si alguien conoce la mosca de la muerte, ése debe ser él. Ahora está en Nairobi, y un correo negro me traerá una respuesta en una semana... si utiliza el ferrocarril para la mitad del viaje.

En. 10. El paciente no cambia, ¡pero he encontrado lo que buscaba! Estaba en un antiguo volumen de registros sanitarios locales que estuve revisando mientras espero la respuesta de Lincoln. Hace treinta años hubo una epidemia que mató a millares de nativos en Uganda, y fue definitivamente atribuida a una rara mosca llamada *Glossina palpalis*, una especie de prima de la *Glossina morsitans*, o tse-tse. Vive en los arbustos, en las riberas de lagos y ríos, y se alimenta de la sangre de cocodrilos, antílopes y muchos mamíferos. Cuando esas víctimas tienen el germen de la tripanosomiasis, o enfermedad del sueño, se reponen de ésta y desarrollan una aguda infección tras un periodo de incubación de treinta y un días. Luego, al cabo de sesenta y cinco días, sobreviene una muerte segura para las víctimas.

Sin duda, ésta debe ser la «mosca diablo» de la que hablan los negros. Ahora sé lo que estoy buscando. Ansío que Mevana se recupere. Espero recibir noticias de Lincoln en cuatro o cinco días, tiene una gran reputación de triunfos en cosas como ésta. Mi principal problema será enviar las moscas a Moore sin que las reconozca. Con su maldita erudición puede ser capaz de conocerla, ya que están registradas.

En. 15. Acabo de recibir noticias de Lincoln, quien confirma todo el registro sobre la *Glossina palpalis*. Tiene un remedio para la enfermedad del sueño que ha dado resultado en gran número de casos, cuando no era demasiado tarde. Inyecciones intramusculares de triparsamida. Cuando Mevana fue picado, hace unos dos meses, no sabía cómo trabajar... pero Lincoln dice que esos casos son conocidos por durar hasta dieciocho meses, por lo que posiblemente no sea tarde. Lincoln ha enviado algo de su provisión, por lo que acabo de dar a Mevana una gran dosis. Han traído a su



esposa principal al poblado, pero él no la reconoce. Si se recobra, seguramente podrá mostrarme dónde están las moscas. Es un gran cazador de cocodrilos, según los informes, y Uganda es como un libro abierto para él.

En. 16. Mevana parece un poco más lúcido hoy, pero su corazón se ha ralentizado un poco. Seguiré con las inyecciones, pero tratando de evitar las sobredosis.

En. 17. Hoy ha habido una notable recuperación. Mevana abrió los ojos y mostró signos de consciencia, aunque aturdido, tras la inyección. Espero que Moore no conozca la triparsamida. Hay una buena oportunidad de que así sea, ya que nunca aprendió mucho de medicina. La lengua de Mevana parece paralizada, pero espero que esto pase si puedo espabilarlo. Me gustaría echar un buen sueño, ¡aunque no de esa clase!

En. 25. ¡Mevana está casi curado! En otra semana, le llevaré conmigo a la selva. Estaba asustado cuando vino —pensando que la mosca tomaría su personalidad después de muerto—, pero se recobró finalmente cuando le dije que se pondría bien. Su esposa, Ugowe, le prodiga toda clase de cuidados y puedo descansar algo. Luego, ¡a por los mensajeros de la muerte!

Feb. 3. Mevana está bien ahora, y le he hablado de cazar moscas. Tiene miedo de volver al lugar donde están, pero yo juego la baza de su gratitud. Además, tiene cierta idea de que puedo protegerlo de la epidemia de la misma forma que le curé. Su coraje avergonzaría a un blanco, y no hay duda de que irá. No me queda sino hablar con el jefe del puesto sobre la expedición, en interés de la salud local.

Mar. 12. ¡Por fin estoy en Uganda! Tengo cinco porteadores además de Mevana, pero todos son gallas. No es posible lograr que los negros locales entren en la región luego de que se supiera lo sucedido a Mevana. Esta jungla es un lugar pestilente, nublado de vapores miasmáticos. Todos los lagos parecen estancados. En cierto sitio, alcanzamos a los restos de ruinas ciclópeas que hicieron que incluso los gallas lo contornearan en un amplio círculo. Dicen que esos megalitos son más viejos que el hombre, y que son utilizados para cazadero o avanzadilla de «Los Pescadores del Exterior» — cualesquiera que sean— y de los dioses demonio Tsadogwa y Clulu. Hoy decían que ahí hay malas influencias, y que está conectado de alguna forma con las moscas-diablo.

Mar. 15. Alcanzamos el lago Mlolo esta mañana, el lugar donde Mevana fue picado. Un lugar infernal de espuma verde, repleto de cocodrilos. Mevana ha colocado una red de fino alambre cebada con carne de cocodrilo. Tiene una angosta entrada, y una vez que la presa entra, no puede salir. Son tan

estúpidas como mortíferas y están ávidas de carne fresca o un bol de sangre. Espero que consigamos un buen suministro. He decidido experimentar con ellas, encontrar una forma de cambiar su aspecto para que Moore no pueda reconocerlas. Quizás pueda cruzarlas con otras especies, creando un extraño híbrido cuya capacidad de infección no esté menguada. Veremos. Debo esperar, pero no tengo prisa. Cuando esté listo, haré que Mevana me consiga carne infectada para mis enviados de muerte... y luego al correo. No habrá problema en encontrar una fuente infecciosa, ya que este país es un pozo de pestilencias.

Marzo 16. Buena suerte. Dos cajas llenas. Cinco especímenes vigorosos con alas que relumbran como diamantes. Mevana está vaciándolas en un gran bote con un tapón de malla tirante, y pienso que las hemos cogido justo a tiempo. Volveremos a M'gonga sin problema. Llevaremos mucha carne de cocodrilo para alimentarlos. Sin duda, todas o la mayoría están infectadas.

Abril 20. De vuelta en M'gonga y ocupado en el laboratorio. He pedido al doctor Joost de Pretoria algunas moscas tse-tse para experimentos de hibridación. Más que un cruce, si este trabajo concluye, debo lograr algo sumamente difícil de reconocer y a la vez tan mortífero como la *palpalis*. Si no resulta, trataré de obtener otro díptero del interior, y he pedido al doctor Vandervelde de Nyangwe algunos tipos del Congo. No tengo que enviar a Mevana a por más carne contaminada después de todo, ya que he encontrado que puedo guardar cultivos del germen *Trypanosoma gambiense*, obtenido de la carne traída el mes pasado, casi indefinidamente en tubos. En su momento, contaminaré carne fresca y alimentaré a mis alados enviados con una buena dosis... luego, *bon voyage*.

Junio 18. Hoy han llegado mis moscas tse-tse de Joost. Tengo cajas para la reproducción listas desde hace mucho tiempo y ahora estoy haciendo selecciones. Trataré de utilizar rayos ultravioleta para acelerar el ciclo vital. Afortunadamente, tengo los aparatos necesarios en mi equipo regular. Naturalmente, no hablo de lo que estoy haciendo. La ignorancia de los pocos de aquí me facilita el ocultar mis intenciones y pretender estar simplemente estudiando especies actuales por razones médicas.

Junio 29. ¡El cruce es fértil! Obtuve buenas puestas el pasado miércoles, y ahora tengo algunas larvas excelentes. Si los insectos adultos se muestran tan extraños como deben, no necesitaré más. Estoy preparando cajas separadas y numeradas para los diferentes especímenes.

Julio 7. ¡Están saliendo nuevos híbridos! Su forma es un excelente disfraz, pero el lustre de las alas aún sugiere a la *palpalis*. El tórax tiene débiles

sugerencias de las listas de la tse-tse. Hay ligeras variaciones según los individuos. Los alimento a todos con la carne contaminada de cocodrilo y, tras el desarrollo de la infección, los probaré en algún negro... aparentemente por accidente, por supuesto. Hay muchas moscas ligeramente venenosas por los alrededores, por lo que será fácil hacerlo sin despertar sospechas. Tendré que perder un insecto en mi protegido comedor cuando Batta, mi criado, traiga el desayuno, procurando resguardarme. Cuando el trabajo esté hecho la volveré a capturar o la aplastaré —algo fácil, gracias a su estupidez—, o la asfixiaré rociando la habitación con cloro. Si no se logra la primera vez, lo intentaré hasta que funcione. Por supuesto, tendré la triparsamina a mano para el caso de que me pique a mi... pero tendré cuidado de resguardarme, porque ningún antídoto es realmente seguro.

Agosto 10. La infección madura, y me las he arreglado para que Batta fuera picado de buena forma. Capturé la mosca cuando estaba sobre él, devolviéndola a su caja. Alivié la picadura con yodo, y el pobre diablo está bastante agradecido por el cuidado. Probaré otra variante en Gamba, el mensajero del factor, mañana. Serán todas las pruebas que ose hacer aquí, pero si necesito más conseguiré especímenes de Ukala y lograré datos adicionales.

Agosto 11. Fallé en lo tocante a Gamba, pero recapturé la mosca viva. Batta todavía parece tan saludable como siempre y no tiene molestias en la espalda, donde fue picado. Debo esperar antes de probar de nuevo con Gamba.

Agosto 14. Al fin llegaron los especímenes de Vandervelde. Siete especies completamente distintas, todas más o menos venenosas. Las tendré bien alimentadas para el caso de que los cruces de tse-tse no resulten. A algunos de los especímenes les desagrada la *palpalis*, pero el problema es que no pueden tener cruces fértiles con ellas.

Agosto 17. Gamba resultó picado esta tarde, pero mató a la mosca mientras lo hacía. Le picó en el hombro izquierdo. Limpié la picadura, y Gamba estuvo tan agradecido como Batta. No hay cambios en Batta.

Agosto 20. Gamba sigue sin cambios... Batta también. Estoy experimentando con una nueva forma de camuflaje que complemente la hibridación: alguna especie de tinte que cambie el delator brillo de las alas de la *palpalis*. Un tinte azul puede servir... algo que pueda pulverizar sobre todo el lote de insectos. Iniciaré las investigaciones con azul prusia y turnbull... con sales de hierro y de cianuro.

Agosto 25. Batta se queja hoy de dolores en su espalda... puede que las cosas se estén desarrollando.

Sep. 23. He hecho buenos progresos en mis experimentos. Batta muestra signos de letargo, y dice que su espalda le duele todo el tiempo. Gamba comienza a tener molestias en su hombro picado.

Sep. 24. Batta empeora progresivamente, y comienza a temer su picadura. Dice que debe ser obra de una mosca-diablo, y estuvo pidiendo que la matara —ya que me ha visto guardarla en una caja— hasta que le engañé diciendo que había muerto hacía tiempo. Dijo que no quería que su alma pasara a ella tras la muerte. Le he inyectado agua destilada con la hipodérmica, para mantener su moral alta. Evidentemente, la mosca conserva todas las propiedades de la *palpalis*. Gamba también ha enfermado y reproduce todos los síntomas de Batta. He decidido tratarle con triparsamina, ya que el efecto de la mosca está suficientemente probado. No lo haré con Batta, no obstante, ya que quiero tener una idea de cuánto tarda en finalizar un caso.

Los experimentos de teñido están cerca de su fin. Una forma isomérica de ferrocianida ferrosa, con la adición de sales potásicas, puede ser disuelta en alcohol y pulverizada sobre los insectos con resultados excelentes. Mancha las alas de azul sin afectar demasiado al tórax oscuro, y no se va cuando rocío a los especímenes con agua. Con este disfraz, creo poder usar los actuales híbridos de tse-tse y ahorrarme el fastidio de ulteriores experimentos. Astuto como es, Moore no reconocerá a las moscas de alas azules y con un tórax similar al de las tsetse. Por supuesto, guardaré este asunto del tinte en absoluto secreto. Nadie debe conectarme más tarde con las moscas azules.

Oc. 9. Batta está letárgico y debe guardar cama. He administrado triparsamida a Gamba durante dos semanas, y espero que se recobre.

Oc. 25. Batta empeora, pero Gamba está casi recuperado.

Nov. 18. Batta murió ayer y sucedió algo curioso que me provocó un verdadero escalofrío, dadas las leyendas nativas y los propios temores de Batta. Cuando volví al laboratorio tras la muerte, escuché el más peculiar zumbido y golpeteo en la caja 12, que contenía a la mosca que picó a Batta. La criatura parecía frenética, pero guardó silencio cuando aparecí... agarrándose a la red de alambre y mirándome de la forma más extraña. Tendía sus patas a través de los alambres como si estuviera aturdida. Cuando volví de la comida con Allen, la cosa había muerto. Evidentemente, se había vuelto loca y se destrozó contra las paredes de la caja.

Ciertamente, es peculiar que eso sucediera justo tras la muerte de Batta. Si algún negro lo hubiera visto, podría haber creído en la absorción del alma del

pobre diablo. Enviaré mis híbridos teñidos de azul a su misión dentro de poco. La rapidez al matar de los híbridos parece ser un poco mayor que la de la *palpalis* pura. Batta murió tres meses y ocho días después de la infección, pero, por supuesto, existe un amplio margen de incertidumbre. Casi desearía haber dejado proseguir el caso de Gamba.

Dic. 5. Estoy ocupado planeando el cómo hacer mi envío a Moore. Debo simular que proceden de algún entomólogo desinteresado que ha leído su *Dípteros de África Central y Sur* y cree que puede querer estudiar esa «nuevas e inidentificables especies». Debe haber también amplias afirmaciones de que las moscas de alas azules son inofensivas, como prueba la larga experiencia de los nativos. Moore debe estar con la guardia baja, y una de las moscas le picará tarde o temprano... aunque uno no puede decirse cuándo.

Debo confiar en las cartas de los amigos de Nueva York —ellos aún me hablan de Moore a veces— para mantenerme informado sobre los primeros resultados, aunque juraría que los periódicos publicarán su muerte. Sobre todo, no debo mostrar ningún interés en el caso. Le remitiré las moscas durante un viaje, pero no debo ser reconocido al hacerlo. Lo mejor es que tome unas largas vacaciones en el interior, me deje la barba y envíe el paquete en Ukala, haciéndome pasar como un entomólogo de visita, y vuelva tras afeitarme la barba.

Abril 12, 1930. De vuelta a M'gonga tras mi largo viaje. Todo ha resultado finalmente con precisión mecánica. He enviado las moscas a Moore sin dejar pistas. Tomé unas vacaciones de Navidad el 15 de diciembre y conseguí el material apropiado. Preparé un buen recipiente de correos, con un compartimiento para incluir alguna carne de cocodrilo contaminada de gérmenes como alimento de mis mensajeros. Por fin, en febrero tenía barba suficiente como para posar en un Vandyke.

Aparecí por Ukala el 9 de marzo y escribí una carta a Moore en la máquina de escribir del puesto comercial. Firmé como «Nevil Wayland-Hall», un supuesto entomólogo de Londres. Pienso que le di el tono apropiado... interés de un colega científico y todo eso. Fue artísticamente casual el enfatizar la «completa inocuidad» de los especímenes. Nadie sospechó nada. Afeité mi barba tan pronto como llegué a la sabana, para evitar un moreno desigual a mi vuelta. No utilicé porteadores nativos, excepto en un corto trecho de pantano: puedo hacer milagros con una mochila, y mi sentido de la orientación es bueno. La suerte me ha acompañado en tales viajes. Expliqué mi prolongada ausencia con alegatos a un conato de fiebre y el haberme extraviado cuando atravesaba la sabana.

Pero ahora viene lo más duro psicológicamente: aguardar noticias de Moore sin mostrar interés. Por supuesto, puede quizás escapar a una picadura hasta que el veneno se desactive... pero, con su temeridad, las probabilidades son cien a uno contra él. No tengo remordimientos. tras lo que me hizo, se merece eso y más.

Junio 30, 1930. ¡Hurra! ¡El primer paso está dado! Acabo de saber casualmente por Dyson de Columbia que Moore ha recibido unas nuevas moscas de alas azules provenientes de África, ¡y que está completamente desconcertado respecto a ellas! Ni palabra de ninguna picadura... ¡Pero si conozco la dejadez de Moore como creo, no tardará!

Agosto 27, 1930. Carta de Morton en Cambridge. Afirma que Morton dice sentirse indispuerto, y habla de una picadura de insecto en la parte posterior de su cuello... de un curioso nuevo espécimen recibido a mediados de junio. ¿Habrá sucedido? Aparentemente, Mooreno conecta la picadura con su debilidad. Si esto es verdad, entonces Moore ha sido picado en el periodo de transmisión infecciosa de los insectos.

Sep. 12, 1930. ¡Victoria! Otra carta de Dyson diciendo que Moore está en un estado verdaderamente alarmante. Ahora relaciona su enfermedad con la picadura que recibió sobre el mediodía del 19 de junio, y está bastante intrigado respecto a la identidad del insecto. Está tratando de ponerse en contacto con «Nevil Wayland-Hall», quien le envió la remesa. Del apenas un centenar que le envié, unas veinticinco parecen haber llegado vivas hasta él. Algunas escaparon en el momento de la picadura, pero algunas larvas aparecieron de huevos depositados durante el tiempo que estuvieron en el correo. Según Dyson, está incubando cuidadosamente tales larvas. Cuando maduren, supongo que podrá identificar el híbrido de las *palpalis* y las tse-tse, pero eso no le ayudará mucho ahora. ¡Se preguntará, sin embargo, por qué el azul de las alas no se transmite por la herencia!

Nov. 8, 1931. Carta de media docena de amigos hablándome de la grave enfermedad de Moore. La de Dyson llegó hoy. Dice que Moore está completamente desconcertado sobre los híbridos salidos de las larvas y está comenzando a pensar que los padres pueden ser alados azules de forma artificial. Actualmente se ve obligado a guardar cama la mayor parte del día. Ninguna mención al uso de la triparsamida.

Feb. 13, 1931. ¡No podía ser tan bueno! Moore está agonizando, y no parece conocer el remedio, pero creo que sospecha de mí. He recibido una carta sumamente fría de Morton el último mes, donde no contaba nada sobre Moore, y ahora Dyson escribe —también bastante someramente— que Moore

está haciendo teorías sobre todo el asunto. Ha llevado a cabo pesquisas acerca de «Wayland-Hall» por telegrama... a Londres, Ukala, Nairobi, Mombasa y otros lugares... sin, por supuesto, lograr nada. Creo que le ha dicho a Dyson lo que sospecha, pero este Dyson no le creerá. Me temo que Morton sí.

Creo que sería mejor hacer planes para salir de aquí y cambiar de identidad. ¡Vaya un final para una carrera que comenzó tan bien! La mayor parte de la culpa es de Moore... ¡pero ahora ha pagado con creces! Creo que volveré a Sudáfrica y quizás pueda depositar discretamente fondos para avalar mi nueva identidad: «Frederick Nasmyth de Toronto, Canadá, agente de propiedades mineras». Asentaré una nueva firma para identificación. Si nunca tengo que dar ese paso, puedo retransferir los fondos a mi verdadera identidad.

Agosto 15, 1931. Ha pasado medio año, y aún sigue la incertidumbre. Dyson y Morton —y otros amigos— han dejado de escribirme. El doctor James de San Francisco tiene noticias puntuales, por amigos de Moore, y dice que Moore está en un coma casi continuo. No es capaz de andar desde mayo. Lo más que puede articular son quejas sobre el frío. Ahora no puede hablar, aunque se cree que aún tiene brotes de consciencia. Su respiración es rápida y entrecortada, y puede oírse a distancia. No hay duda de que el *Trypanosoma gambiense* ha hecho su presa en él... pero aguanta más que los negros de por aquí. Tres meses y ocho días bastaron para Batta, y Moore sigue vivo casi un año después de ser picado. Este último mes he oído rumores sobre una intensiva búsqueda de «Wayland-Hall» por los alrededores de Ukala. No creo que necesite preocuparme aún, sin embargo, porque no hay nada que me relacione con ese asunto.

Oc. 7. 1931. ¡Se acabó! Noticia de la *Gaceta de Mombasa*. Moore murió el 20 de septiembre tras una serie de espasmos y con una temperatura muy por debajo de lo normal. ¡Con eso basta! ¡Dije que lo haría y lo hice! El periódico trae un reportaje de tres columnas sobre su larga enfermedad y muerte, así como sobre la inútil búsqueda de «Wayland-Hall». Obviamente, Moore tenía mayor relevancia en África de lo que yo pensaba. El insecto que le picó ha sido ahora identificado totalmente, gracias a los especímenes supervivientes y las larvas desarrolladas, y las alas teñidas también han sido detectadas. Se acepta universalmente que las moscas fueron preparadas y enviadas para atentar contra su vida. Moore, según parece, comunicó ciertas sospechas a Dyson, pero este último —y la policía— callan debido a la ausencia de pruebas. Todos los enemigos de Moore están siendo investigados,

y la Associated Press insinúa que «tendrá lugar una investigación que posiblemente involucre a un eminente médico, actualmente en ultramar».

Algo al final del reportaje —indudablemente, obra del romanticismo barato del periodista amarillo— me provocó un curioso estremecimiento en vista de las leyendas de los negros y la forma en que enloqueció la mosca cuando Batta murió. Parece que ocurrió un extraño incidente la noche de la muerte de Moore: Dyson fue despertado por el zumbido de una mosca de alas azules —que inmediatamente escapó por la ventana— justo antes de que la enfermera telefonara desde la casa de Moore, a unos kilómetros de distancia, en Brooklyn, informando de su muerte.

Pero en lo que me concierne, lo que más me interesa es el final del asunto africano. La gente de Ukala recuerda al barbudo extranjero que escribió la carta y envió el paquete, y la policía está batiendo el país en busca de cualquier blanco que pudiera haberlo enviado. No contraté a muchos, pero si los agentes interrogan a los ubandes que me guiaron a través del cinturón de jungla de N’Kini, tendré que explicar más de lo que deseo. Parece haber llegado el momento de que desaparezca, mañana creo que dimitiré y me prepararé a marchar a lugares desconocidos.

Nov. 9, 1931. Ha sido un trabajo arduo que aceptaran mi renuncia, pero la liberación ha llegado hoy. No deseo agravar la sospecha huyendo abiertamente. La última semana he recibido noticias de James sobre la muerte de Moore... nada que no estuviera en los periódicos. Sus allegados de Nueva York parecen bastante reticentes a dar detalles, aunque todos hablan de una investigación en curso. Ni palabra de mis amigos del Este. Moore debió difundir peligrosas sospechas antes de perder el conocimiento, pero no existe ni un ápice de prueba que pueda presentarse contra mí.

Aun así, no voy a correr riesgos. El jueves saldré para Mombasa y allí tomaré un vapor hacia la costa de Durban. Tras de eso, me esfumaré... pero, poco después, el agente de propiedades mineras Frederick Nasmyth Mason, de Toronto, aparecerá en Johannesburgo.

Éste será el final de mi diario. Si bien no es el fin que yo esperaba, servirá para su propósito original tras mi muerte y revelará lo que de otra forma no sería conocido. Si, por otra parte, esas sospechas se materializan y persisten, confirmará y aclarará los difusos cargos y llenará muchos huecos importantes y desconcertantes. Por supuesto, si me veo en peligro, lo destruiré.

Bueno, Moore está muerto... se lo merecía de sobra. Ahora el doctor Thomas Slaunwite también está muerto. Y cuando el cuerpo originario de Thomas Slaunwite muera, el público tendrá este diario.



## II

En. 15, 1932. Un nuevo año... y una renuente reapertura de este diario. Ahora estoy escribiendo solamente para aliviar mis pensamientos, ya que es absurdo fantasear con que el caso no está definitivamente cerrado. Estoy alojado en el Hotel Vaal de Johannesburgo, con mi nuevo nombre, y nadie ha puesto en duda mi identidad. Tengo algunos tratos de palabra sin cerrar para guardar mi apariencia de agente minero, y creo que podré actuar muy pronto en tales negocios. Más tarde iré a Toronto y crearé unas pocas evidencias de mi ficticio pasado.

Pero lo que me molesta es un insecto que invadió mi habitación sobre el mediodía de ayer. Por supuesto, he tenido toda clase de pesadillas sobre moscas azules más tarde, pero eso era de esperar en vista de mi actual tensión nerviosa. Este ser, no obstante, era una realidad palpable, y no sé qué pensar. Zumbó alrededor de mi estantería durante un buen cuarto de hora y esquivó cualquier intento de capturarla o matarla. Lo más extraño era su aspecto y color... ya que tenía alas azules y, en todo, era un duplicado de mis híbridos mensajeros de muerte. Cómo puede ser uno de ellos, de hecho, es algo que no puedo saber. Me deshice de todos los híbridos —manchados o no— que no envié a Moore y no puedo recordar ninguna fuga.

¿Será todo una alucinación? ¿O puede, algún espécimen de los que escaparon en Brooklyn cuando Moore fue picado haber encontrado el camino de vuelta a África? Está aquella absurda historia de la mosca azul que despertó a Dyson al morir Moore... pero, después de todo, la supervivencia y retorno de alguno de los seres no es imposible. Es perfectamente plausible que el azul permanezca en sus alas, también, ya que el pigmento artificial era casi tan bueno como para tatuarlos permanentemente. Por eliminación, creo que es la única explicación racional para este asunto, aunque es muy curioso que este ejemplar haya llegado tan al sur. Posiblemente se deba a algún instinto hereditario de residencia inherente a la tse-tse. Después de todo, ese lado suyo pertenece a Sudáfrica.

Debo protegerme de una picadura. Por supuesto, la toxina original —si de hecho es una de las moscas huidas de Moore— se ha perdido hace mucho tiempo; pero el ejemplar puede haber comido al volver de América y llegado tal vez por África Central, reinfectándose. De hecho, es lo más probable, ya que la *palpalis* que es la mitad de su herencia puede haberla llevado de vuelta a Uganda y a los gérmenes de la tripanosomiasis. Aún conservo la triparsamida —no fui capaz de destruir mi maletín médico, no importa lo delator que pueda resultar—. pero, desde que estudié el caso, ya no estoy tan

seguro como antes de la eficacia de la droga. Hay posibilidades contrapuestas: ciertamente salvó a Gamba, pero existen grandes probabilidades de fallo.

Es endemoniadamente extraño que esta mosca haya llegado hasta mi habitación. ¡Con todos los sitios que hay en la gran extensión de África! Es demasiada coincidencia. Supongo que si vuelve, podré por fin matarla. Me sorprendió que escapara hoy de mí, ya que esos ejemplares suelen ser estúpidos y fáciles de capturar. ¿No habrá sido una ilusión después de todo? Ciertamente, el calor me cansa últimamente como nunca... como ni siquiera en Uganda.

En. 16. ¿Estaré volviéndome loco? La mosca volvió este mediodía y se comportó de forma tan extraña que no supe qué pensar. Sólo a un espejismo por mi parte puede deberse lo que esa plaga zumbadora pareció hacer. Salió de ningún sitio y se puso a revolotear por la estantería... circundando una y otra vez frente a la copia del *Dípteros de África Central y del Sur* de Moore. A cada momento se posaba en el tope o el lomo del volumen y, ocasionalmente, se lanzaba hacia mí, retrocediendo antes de que pudiera golpearla con un periódico doblado. Esas astucias son impropias de los notoriamente estúpidos dípteros africanos. Durante una media hora, intenté coger al maldito bicho, pero acabó escapando por la ventana a través de un hueco de la mosquitera en el que no había reparado. A veces creí que se burlaba deliberadamente de mí, poniéndose dentro del alcance de mi arma y luego huyendo diestramente antes de que pudiera golpearla. Tengo que mantener firmes mis nervios.

En. 17. O estoy loco o el mundo está en el brete de una brusca suspensión de las leyes de la probabilidad, tal y como las conocemos. Esta maldita mosca volvió a aparecer un poco antes del mediodía y comenzó a zumbear alrededor de los *Dípteros* de Moore de mi estantería. De nuevo traté de capturarla y de nuevo se repitió la experiencia de ayer. Finalmente, el bicho se acercó a mi tintero y se sumergió en él, tan sólo las patas y el tórax, dejando fuera las alas. Luego ascendió hasta el techo y lo embistió, comenzando a serpentear siguiendo un camino curvo y dejando un rastro de tinta. Tras un rato, descansó un instante e hizo un sencillo trazo desconectado del resto... luego cayó casi sobre mi rostro y desapareció de mi vista antes de que pudiera alcanzarla.

Algo en todo este asunto me parece monstruosamente siniestro y anómalo... más de lo que puedo explicarme. Cuando contemplé el rastro de tinta del techo desde diferentes ángulos, fue volviéndose progresivamente familiar para mí y, repentinamente, me percaté de que formaba un signo de

interrogación totalmente perfecto. ¿Qué artificio puede ser más malignamente apropiado? Esto es un prodigio que no puedo desdeñar. Los empleados del hotel no saben nada. No han visto la mosca esta tarde, y voy a guardar cerrado mi tintero. Pienso que la ejecución de Moore está pesándome y provocándome alucinaciones morbosas. Quizás no existe ninguna mosca.

En. 18. ¿En qué extraño infierno de pesadillas me hallo sumido? Lo que sucedió ayer es algo que normalmente no puede suceder... *y además un empleado del hotel ha visto el signo en el techo y da fe de su realidad.* Sobre las ocho de esta mañana, mientras estaba escribiendo a mano, algo se lanzó por un instante sobre el tintero y se marchó antes que pudiera ver lo que era. Observando, vi a la infernal mosca en el techo, allá donde estuviera antes... serpenteando y trazando otro rastro de curvas y giros. No había nada que pudiera hacer, pero doblé un periódico con la esperanza de que la criatura llegara a volar lo bastante cerca. Cuando hubo hecho varios giros en el techo, voló hasta un rincón oscuro y desapareció, y observando arriba, hacia el yeso doblemente pintarrajeado, ¡vi que el nuevo trazo de tinta era un inmenso e inconfundible número 5!

Durante un rato estuve casi inconsciente, sumido en una ola de indescriptible amenaza de la que no podía plenamente percatarme. Después, recobré mi resolución y tomé el camino de la acción. Acudiendo a una farmacia, obtuve goma y otros útiles necesarios para preparar una trampa pegajosa, así como otro tintero. Volviendo a mi habitación, llené el nuevo tintero con la mezcla adhesiva y lo deposité donde estaba el otro, dejándolo abierto. Luego traté de concentrar mi mente en leer. Sobre las tres, volví a escuchar al maldito insecto, y le vi revolotear sobre el nuevo tintero. Descendió hasta la pegajosa superficie, pero no la tocó y luego vino directo a mí... retrocediendo antes de que pudiera golpearle. Luego, fue hasta la estantería y revoloteó alrededor del tratado de Moore. Hay algo oscuro y diabólico en el hecho de que el invasor se demore junto a ese libro.

La peor parte es la última. Alejándose del libro de Moore, el insecto voló hacia la ventana abierta y comenzó a embestir rítmicamente contra la mosquitera de alambre. Eran series de golpes, seguidas de otra serie de igual longitud y otra pausa. Algo en esa forma de actuar me atontó durante unos instantes, pero luego fui a la ventana y traté de matar al nocivo ser. Como de costumbre, no lo logré. Simplemente, voló por la habitación hasta la lámpara y comenzó a batir el mismo ritmo en la rígida pantalla de cartón. Sentí una vaga desesperación y procedí a cerrar todas las puertas, como había hecho con la ventana con la mosquitera del minúsculo agujero. Parecía totalmente

necesario matar a ese persistente ser cuyos acosos están desequilibrando rápidamente mi cerebro. Luego, contando inconscientemente, me percaté de que cada serie de golpes tenía exactamente *cinco* golpes.

Cinco... ¡El mismo número que el ser ha trazado con tinta en el techo esta mañana! ¿Puede haber alguna conexión concebible? La idea es demencial, ya que implica que la mosca híbrida posee un intelecto y conocimiento de las figuras escritas propio de los humanos. Un intelecto humano... ¿No lleva esto a las más primitivas leyendas de los negros de Uganda? Y además está esa infernal astucia con que me elude, en contraste con la normal estupidez de los de su especie. Mientras dejaba a un lado mi periódico doblado y me sentaba con un horror que iba en aumento, el insecto zumbó alejándose y desapareció por un agujero del techo, donde el eje del ventilador penetra en la habitación.

Esta marcha no me sobresaltó, ya que mi cabeza se había lanzado a una serie de extrañas y terribles reflexiones. Si esta mosca tiene una inteligencia humana, ¿de dónde proviene? ¿Hay algo de verdad en la idea nativa de que esas criaturas roban la personalidad de su víctima tras la muerte de esta última? Siendo así, ¿cuál es la personalidad de esta mosca? Había deducido que debía ser uno de aquellos huidos de manos de Moore en el momento de ser picado. *¿Es éste el enviado de la muerte que ha picado a Moore? Si es así, ¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere, en cualquier caso, de mí?* Empapado en sudor frío, recordé las acciones de la mosca que había picado a Batta cuando éste murió. ¿Había sido su propia personalidad desplazada por la de su víctima muerta? Luego estaba el reportaje sensacionalista sobre la mosca que había despertado a Dyson cuando murió Moore. Respecto a esta mosca que me acosa, ¿podría ser que lleve una vengativa personalidad humana en su interior? ¡Cómo revolotea alrededor del libro de Moore!... pero me negué a creer un ápice de todo esto. Entonces empecé a convencerme de que la criatura estaba en efecto infectada y de la forma más virulenta. Con maligna deliberación, puesta de evidencia por cada acto, seguramente se había infectado voluntariamente con los bacilos más mortíferos de toda África. Mi mente, profundamente afectada, estaba ahora dando todo eso por sentado.

Llamé nuevamente al recepcionista y solicité alguien que taponara el agujero del eje y otras posibles fisuras de la habitación. Dije que las moscas me atormentaban, y pareció bastante comprensivo. Al llegar el hombre, le mostré los trazos de tinta del techo, que él reconoció sin ninguna dificultad. ¡Luego son reales! El parecido con una interrogación y un 5 le asombraron y fascinaron. Por fin, obturó todos los agujeros que pudo encontrar y reparó la mosquitera, por lo que ya puedo tener abiertas las ventanas. Evidentemente,

me catalogó como algo excéntrico, sobre todo porque no apareció ni un insecto mientras estuvo allí. Pero eso a mí no me importa. Esta tarde la mosca no ha venido. ¡Sabe Dios qué es, qué quiere, o qué será de mí!

En. 19. Estoy completamente sumido en el horror. *El ser me ha tocado*. Hay algo monstruoso y demoniaco obrando a mi alrededor, y yo soy una víctima indefensa. Durante la mañana, cuando volví del desayuno, el diablo alado del infierno entró en la habitación sobre mi cabeza y comenzó a embestir de nuevo contra la mosquitera, tal como hiciera ayer. Esta vez, no obstante, cada serie de golpes constaba de sólo *cuatro* golpes. Me abalancé sobre la ventana e intenté cogerla, pero se escapó como es habitual y voló sobre el tratado de Moore, donde comenzó a zumbear, circundándolo burlonamente. Su aparato vocal es limitado, pero me percaté de que sus zumbidos formaban grupos de cuatro.

En ese momento yo estaba ciertamente loco, ya que le dije: «*Moore, Moore, por amor de Dios, ¿qué quieres?*». Cuando hice esto, la criatura detuvo bruscamente sus círculos, voló hacia mí e hizo un bajo y gracioso picado en el aire que sugería un arco. Luego voló de vuelta al libro. Al menos, creí verla hacer todo esto... pero no puedo confiar demasiado en mis nervios.

Luego vino lo peor. Había dejado la puerta abierta, deseando que el monstruo se fuera si no podía atraparlo, pero, sobre las once treinta, cerré la puerta, creyendo que se había ido. Luego me senté a leer. Justo a mediodía sentí un cosquilleo en el reverso de mi cuello, pero al palpar no encontré nada. Un instante después, sentí de nuevo el cosquilleo... y, antes de poder moverme, el indescriptible engendro infernal apareció ante mi vista, viniendo desde detrás, hizo otro de sus burlones y graciosos picados en el aire, y voló a través del agujero de la llave... que nunca soñé que fuera suficientemente amplio para permitirle pasar.

Esa cosa me ha tocado, no hay duda. Lo ha hecho sin dañarme... y entonces recordé con un repentino y helado espanto que Moore fue picado *en la parte trasera del cuello, a mediodía*. No ha habido más apariciones desde entonces... pero he obturado todos los ojos de cerradura con papel y tengo un periódico doblado, listo para usar cada vez que abro la puerta para salir o entrar.

En. 20. todavía no puedo creer totalmente en lo sobrenatural, aunque temo que estoy perdido. El asunto es demasiado para mí. Justo antes del mediodía de hoy el demonio apareció *por fuera* de la ventana y repitió su operación de embestidas, pero esta vez con series de *tres*. Cuando llegué hasta la ventana, había volado fuera de la vista. Aún tengo bastante presencia de ánimo como

para hacer otro intento de defensa. Quitando las mosquiteras, las he untado de mi preparación pegajosa —la misma que utilicé en el tintero— por dentro y por fuera, y volví a colocarlas en su lugar. Si la criatura intenta nuevos redobles, ¡será su fin!

En. 21. En el tren de Bloemfontein.

Me he ido. El ser ha ganado. Tiene una inteligencia diabólica contra la que mis artefactos son ineficaces. Apareció en el exterior de la ventana esta mañana, *pero no tocó la red pegajosa*. En vez de eso, se mantuvo sin posarse y comenzó a revolotear en círculos, *dos cada vez*, seguidos de una pausa en el aire. Tras realizar varias evoluciones, voló fuera de la vista sobre los tejados de la ciudad. Mis nervios están a punto de romperse, ya que tales *sugerencias de números* son susceptibles de espantosas interpretaciones. El lunes la cosa trazó el número *cinco*, el martes fue el *cuatro*, el miércoles el *tres* y hoy el *dos*. *Cinco, cuatro, tres, dos...* ¿Qué puede ser sino una monstruosa e impensable *cuenta atrás de días*? Con qué propósito, sólo los poderes maléficos del universo pueden saber. Me pasé toda la tarde empacando y organizando mis baúles, y he tomado el expreso nocturno de Bloemfontein. La huida puede ser inútil, ¿pero qué otra cosa puedo hacer?

En. 22. Me he instalado en el Hotel Orange de Bloemfontein —un cómodo y excelente establecimiento— pero el horror me persigue. He cerrado puertas y ventanas, bloqueado las cerraduras, buscado posibles fisuras y bajado todas las pantallas, pero justo antes del mediodía escuché un turbio golpe contra una de las mosquiteras. Aguardé... y tras una larga pausa hubo otro golpe. Otra pausa y de nuevo un solo golpe. Alzando la pantalla, vi a la maldita mosca, tal como había esperado. Describió un largo y lento círculo en el aire y luego voló fuera de la vista. Me quedé hecho un guiñapo, y tuve que descansar en el diván. ¡*Uno!* Estaban claras las implicaciones del mensaje del monstruo. Un golpe, un círculo. ¿Significa esto *un* día más antes de que me alcance algún impensable destino? ¿Debo volver a huir o permanecer aquí sellando la habitación?

Tras una hora de descanso, me sentí capaz de obrar y pedí una amplia reserva de carne empaquetada y enlatada —así como ropa limpia y toallas— para que me la envíen. Mañana, bajo ninguna circunstancia abriré ni un resquicio de la puerta o ventana. Cuando la comida y la ropa llegaron, el negro me miró de forma extraña, pero no me preocupa cuán excéntrico —o demente— pueda parecer. Estoy siendo hostigado por poderes peores que el ridículo. Habiendo recibido mis suministros, recorrí cada milímetro de la

paredes y obturé cada microscópica abertura que pude encontrar. Por fin, me siento capaz de dormir realmente.

*(Aquí, la caligrafía se vuelve irregular, nerviosa y muy difícil de descifrar).*

En. 23. Es mediodía, y siento que va a suceder algo sumamente terrible. No he dormido como esperaba, a pesar de que no pude casi hacerlo anoche en el tren. Me levanté temprano, y he tenido problemas para concentrarme en algo, sea leer o escribir. Esa cuenta atrás lenta y deliberada de días es demasiado para mí. No sé qué es lo que está mal... si la naturaleza o mi cerebro. Hasta cerca de las once hice muy poco, excepto pasear arriba y abajo por la habitación.

Luego escuché un crujido en los paquetes de comida que me trajeron ayer, y esa mosca demoniaca surgió ante mis ojos. Cogí algo plano y lancé golpes al ser a pesar de mi miedo pánico, sin más efecto que el habitual. Tal como había previsto, ese horror de alas azules se retiró como de ordinario hacia la mesa donde había amontonado mis libros y se posó durante un segundo en el *Dípteros de África Central y del Sur* de Moore. Luego, mientras la seguía con la mirada, voló sobre el reloj de la repisa y se posó en la esfera, cerca del número 12. Antes de que pudiera intentar ningún movimiento, había comenzado a reptar por la esfera muy lenta y deliberadamente... en la dirección de las manecillas. Pasó sobre el minutero, se retorció arriba y abajo, pasó la manecilla de las horas y finalmente se detuvo exactamente sobre el número 12. Al hacer esto agitó las alas con un sonido zumbante.

¿Es un prodigio de alguna clase? Me estoy volviendo tan supersticioso como los negros. Acaban de pasar las once. ¿Serán las doce el final? Aún me queda un último recurso, surgido en mi mente bajo la total desesperación. Quisiera haberlo pensado antes. Recordando que mi maletín de médico contiene las sustancias necesarias para generar cloruro, he decidido llenar la habitación con ese vapor letal: asfixiando a la mosca mientras que me protejo con un pañuelo empapado en amoníaco y colocado sobre el rostro. Afortunadamente, tengo una buena reserva de amoníaco. Esta rústica máscara probablemente neutralizará los vapores del acre clorhídrico mientras muere el insecto... o queda al menos lo bastante aturdido como para poder aplastarlo. Pero debo apresurarme. ¿Cómo estar seguro de que el ser no me picará bruscamente antes de que mi preparado esté listo? No debo detenerme para escribir este diario.

*Más tarde.* Ambos elementos, ácido hidroclorehídrico y dióxido de manganeso, están sobre la mesa, listos para la mezcla. He anudado el pañuelo

sobre mi nariz y boca, y tengo un bote de amoníaco preparado para empapararlo en cuanto esté listo el cloruro. He bajado ambas ventanas. Pero no me gustan los actos de este demonio híbrido. Permanece en el reloj, pero se mueve lentamente por la esfera hacia el 12 siguiendo el avance gradual del minuterero.

¿Será ésta mi última anotación en este diario? Sería inútil tratar de negar las sospechas. Demasiado a menudo un grano de increíble verdad acecha bajo la más salvaje y fantástica de las leyendas. ¿Está la personalidad de Henry Moore intentando matarme a través de ese diablo de alas azules? ¿Es quizás la mosca que le picó y que, consecuentemente, absorbió su conciencia a su muerte? Si es así, y me pica, ¿desplazará mi propia personalidad a la de Moore y entrará en ese ser zumbante cuando muera a resultas de la picadura? Quizás, no obstante, no necesite morir, aun si llega hasta mí. Siempre está el recurso de la triparsamina. Y no me arrepiento de nada. Moore tenía que morir, él se lo buscó.

*Un poco más tarde.*

La mosca se ha detenido en la esfera, cerca de la marca de los tres cuartos de hora. Ahora son las once y media. Estoy empapando el pañuelo sobre mi rostro con amoníaco y manteniendo a mano la botella para ulteriores aplicaciones. Ésta será la anotación final antes de que mezcle el ácido y el manganeso, y libere el cloruro. No puedo perder tiempo, pero constantemente se me ocurren cosas que escribir. Pero, para este diario, he perdido totalmente la razón hace tiempo. La mosca parece inquietarse y el minuterero se aproxima. Ahora, el cloruro...

*(Fin del diario).*

El 24 de enero de 1932, tras repetidas llamadas que no obtuvieron respuesta del excéntrico alojado en la habitación 33 del Hotel Orange, un empleado entró con una llave maestra y posteriormente huyó gritando escaleras abajo, para contar al recepcionista lo que había encontrado. Éste, tras avisar a la policía, reclamó al director, y este último acompañó al agente De Witt, el juez Bogaert y el doctor Van Keulen a la fatal habitación.

Su ocupante yacía muerto en el suelo, boca arriba y cubierto con un pañuelo que olía fuertemente a amoníaco. Bajo éste, sus facciones mostraban una expresión de tenso y completo miedo que se contagió a los observadores. En la parte trasera del cuello, el doctor Van Keulen encontró una virulenta picadura de insecto —de un rojo intenso, con un anillo púrpura a su alrededor— que sugería la de una mosca tse-tse o algo todavía menos inocuo. El examen mostró que la muerte debió producirse por un ataque cardíaco, producido por el puro miedo antes que de la picadura... aunque una posterior



autopsia indicó que el germen de la tripanosomiasis se había introducido en su sistema.

Sobre la mesa descansaban algunos objetos: un gastado libro de cuero conteniendo el diario arriba transcrito, una pluma, un taco de hojas y un tintero abierto, un maletín de médico con las iniciales «T.S.» grabadas en oro, botes de amoniaco y ácido hidrociorhídrico, y un vaso lleno hasta su cuarta parte de dióxido de manganeso negro. La botella de amoniaco mereció un segundo vistazo, debido a lo que había en el interior del fluido. Mirando atentamente, el juez Bogaert vio que su extraño ocupante era una mosca.

Parecía ser alguna especie de híbrido con un vago parentesco con las tsetse, pero sus alas —mostrando un débil azul a pesar de la acción del fuerte amoniaco— eran un completo misterio. Algo en todo esto evocó un débil recuerdo de noticias periodísticas en el doctor Van Keulen; un recuerdo que el diario pronto confirmó. Sus extremidades inferiores parecían haber sido manchadas de tinta, que el amoniaco no había podido borrar totalmente. Quizás había caído en algún momento en el tintero, aunque las alas estaban intactas. ¿Pero cómo se las habría arreglado para caer en la botella de cuello angosto del amoniaco? ¿Era como si, deliberadamente, la criatura se hubiera arrastrado por allí para suicidarse!

Pero lo más extraño de todo fue lo que descubrió el agente De Witt en el liso techo blanco sobre sus cabezas cuando sus ojos se alzaron curiosamente. A su grito, los otros tres siguieron su mirada... incluso el doctor Van Keulen, que llevaba algún tiempo ojeando el gastado libro de cuero con una expresión donde se mezclaba el horror, la fascinación y la incredulidad. En el techo había una serie de temblorosos y titubeantes trazos, como los que haría el paso de algún insecto bañado en tinta. Al instante, todos pensaron en las manchas de la mosca tan extrañamente hallada en la botella de amoniaco.

Pero aquéllas no era trazos ordinarios de tinta. Aun al primer vistazo, se descubría algo inquietantemente familiar en ellos, y una investigación más de cerca provocó boqueos de sobresaltado asombro a los cuatro observadores. El juez Bogaert miró por toda la habitación, en busca de instrumentos o útiles o muebles apilados que hubieran hecho posible la realización de esas temblorosas marcas fueran trazadas por mano humana. No encontrando nada parecido, volvió su curiosa, y casi espantada, mirada hacia arriba.

Ya que, más allá de cualquier duda, aquellas manchas de tinta formaban definidas letras del alfabeto... letras agrupadas coherentemente para formar palabras inglesas. El doctor fue el primero en descifrarlas, y los otros

escucharon sin aliento mientras recitaba el mensaje demencial tan increíblemente garabateado en un lugar fuera del alcance de la mano humana.

«VER MI DIARIO...ME COGIÓ PRIMERO...MORÍ...  
LUEGO VI QUE ESTABA EN ELLA...LOS NEGROS  
TENÍAN RAZÓN...HAY EXTRAÑOS PODERES EN LA  
NATURALEZA...AHORA AHOGARÉ LO QUE HA  
QUEDADO...».

Entonces, en mitad del silencio desconcertado que siguió, el doctor Van Keulen comenzó a leer en alto el gastado diario de cuero.

## EL HORROR EN EL CEMENTERIO<sup>[22]</sup>

CUANDO la carretera estatal a Rutland está cerrada, los viajeros se ven obligados a tomar la ruta de Stillwater que cruza Swamp Hollow. El paisaje es soberbio en ciertos lugares, pero por alguna razón esa vía ha sido impopular durante años. Hay algo deprimente en ella, especialmente cerca del propio Stillwater. Los motoristas sienten una ligera desazón ante la granja cerrada a cal y canto del montículo al norte del pueblo, y ante el idiota de barba blanca que ronda el viejo cementerio del sur, hablando aparentemente con los ocupantes de algunas tumbas.

Actualmente no queda mucho de Stillwater. El suelo se ha agotado, y la mayoría de la gente se ha mudado a los pueblos del otro lado del lejano río o a la ciudad de más allá de las distantes colinas. El campanario de la antigua iglesia blanca se ha derrumbado, y la mitad de la escasa veintena de dispersas casas están vacías y en diverso estado de decadencia. La vida normal existe sólo alrededor del almacén y estación de servicio de Peck, donde un curioso se detiene a veces para preguntar por la casa cerrada y el idiota que cuchichea con los muertos.

La mayoría de los preguntones se marchan con una sensación de disgusto e inquietud. Encuentran a los cansados ociosos extrañamente descorteses y llenos de innumerables insinuaciones al comentar sucesos del pasado. Hay una cualidad amenazadora y portentosa en el tono que emplean para describir sucesos triviales —una incalificable e injustificada tendencia a asumir un aire furtivo, insinuante y confidencial, así como a caer en espantados susurros al entrar en ciertos pormenores— que turba insidiosamente al oyente. Los viejos yanquis a menudo hablan así, pero, en este caso, el melancólico aspecto de la aldea semidesmoronada y la deprimente naturaleza de la historia narrada prestan a esos ademanes lóbregos y oscurantistas un significado adicional. Uno siente profundamente el horror intrínseco que acecha tras el aislado puritano y sus extrañas represiones; siente esto y se apresura a escapar precipitadamente en busca de aires más puros.

Los ociosos susurraban, de un modo impresionante, que la casa cerrada era de la vieja Miss Sprague: Sophie Sprague, cuyo hermano Tom fue enterrado el 17 de junio de 1886. Sophie nunca fue la misma tras el funeral — tras de eso y de lo que sucedió después del funeral—, y al fin eligió permanecer dentro por siempre. Nunca se la ve, pero deja notas bajo la esterilla de la puerta trasera y hace que el chico de Ned Peck le lleve las cosas desde el almacén. Tiene miedo de algo... del cementerio de Swamp Hollow según la mayoría. Nunca pudieron llevarla a sus proximidades desde que su hermano —y el otro— fueron sepultados allí. No es de extrañar, sin embargo, en vista de las imprecaciones del loco Johnny Dow. Merodea por el cementerio día y noche, y asegura que habla con Tom... y con el otro. Luego se va a casa de Sophie y le grita cosas, por eso comenzó a dejar cerrados los postigos. Él dice que hay cosas que irán desde algún sitio para llevársela algún día. Aunque debieron pararle los pies, uno no puede ser muy duro con el pobre Johnny. Además, Steve Barbour siempre tuvo su propia opinión.

Johnny habla con dos que están en las tumbas. Uno es Tom Sprague. El otro, en el lado opuesto del camposanto, es Henry Thorndike, que fue enterrado el mismo día. Henry tenía la funeraria de la aldea —la única en kilómetros a la redonda— y no era nada querido en Stillwater. Originario de Rutland, había ido a la universidad y era un hombre muy leído. Sabía cosas extrañas de las que nadie había nunca oído hablar, y hacía experimentos químicos con dudosos propósitos. Siempre intentando inventar algo nuevo: algún líquido embalsamador revolucionario o alguna estúpida especie de medicamento. Algunos decían que quiso hacerse médico y fracasó, abrazando entonces la profesión más cercana. Por supuesto, no había muchos funerales en un lugar como Stillwater, pero Henry ejercía al mismo tiempo labores de granjero.

Ordinario, de temperamento morboso... y bebedor a escondidas, a juzgar por las botellas vacías en su cubo de la basura. No es de extrañar que Tom Sprague le odiara y vetara su ingreso en la logia masónica, y le advirtiera que se apartase de Sophie. La forma en que experimentaba con animales iba contra la Naturaleza y las Escrituras. ¿Quién podría olvidar el estado en que se encontró a aquel perro, o lo que le sucedió al gato de la vieja Mrs. Akeley? Luego vino el caso del ternero del diácono Leavitt, cuando Tom capitaneó a un grupo de mozos para pedir explicaciones. Lo más curioso fue que el ternero estaba vivo después de todo, aunque Tom lo había encontrado tan tieso como una badila. Algunos dijeron que alguien había gastado una broma

a Tom, pero Thorndike probablemente pensó de otra manera, ya que había caído bajo el puño de su enemigo antes de que se descubriera el error.

Tom, por supuesto, estaba medio borracho en ese momento. Era un bruto vicioso en el mejor de los casos y, con sus amenazas, tenía medio acobardada a su pobre hermana. Probablemente ése es el motivo de que ella siga siendo una criatura atenazada por el miedo. Eran los dos únicos miembros de su familia, y Tom nunca la dejaría marchar, ya que eso significaría dividir la propiedad. La mayoría de los vecinos le tenían demasiado miedo como para cortejar a Sophie —él medía un metro ochenta en calcetines—, pero Henry Thorndike era un sujeto taimado que conocía la forma de hacer las cosas a espaldas de los aldeanos. Ordinario y feo como era, ella lo recibiría con los brazos abiertos con tal de librarse de su hermano. Debió pararse a pensar cómo podría zafarse de él tras escapar a Tom.

Bien, así estaban las cosas en junio de 1886. Hasta el momento, los chismes de los ociosos del almacén de Peck no son portentos increíbles; pero, según continúan, los elementos de tensión oculta y maligna crecen. Tom Sprague, según parece, solía ir a Rutland para periódicas juergas, y sus ausencias brindaban grandes oportunidades a Henry Thorndike. Volvía siempre con mal aspecto, y el viejo doctor Pratt, sordo y medio ciego como estaba, solía advertirle sobre su corazón y el peligro de *delirium trémens*. Los aldeanos siempre podían saber, por el vocerío y las maldiciones, cuándo volvía a casa.

Fue la noche del 9 de junio —en miércoles, el día después de que el joven Joshua Goodenough acabara de construir su moderno silo— cuando Tom partió para su última y más larga juerga. Volvió el siguiente martes por la mañana y los paisanos del almacén le vieron fustigando a su garañón bayo como solía hacer cuando estaba empapado de güisqui. Luego llegaron golpes y gritos, y juramentos, desde la casa Sprague, y lo primero que nadie supo fue que Sophie corría a toda velocidad buscando al viejo doctor Pratt.

Al llegar a la casa de Sprague, el doctor encontró a Thorndike en ella, y Tom estaba en la cama de su habitación, con ojos fijos y espuma en la boca. El viejo Pratt le exploró e hizo las pruebas ordinarias, luego agitó solemnemente la cabeza y comunicó a Sophie que había sufrido una gran pérdida: que su más cercano y querido pariente había cruzado las puertas perladas hacia una mejor vida, tal como todos sabían que sucedería si no dejaba la bebida.

Sophie sollozó un poco, insinúan los ociosos, pero no pareció excesivamente afectada. Thorndike no hizo nada excepto sonreír, quizás ante

la ironía de que él, un enemigo jurado, fuera ahora la única persona que podía ser de alguna utilidad a Thomas Sprague. Gritó en la oreja sorda del viejo doctor Pratt algo acerca de adelantar el funeral, habida cuenta la condición de Tom. Los bebedores como aquel eran siempre sujetos dudosos, y una tardanza extra —contando con simples medios rurales— podría acarrear consecuencias, visuales y de otras clases, a duras penas aceptables para los dolientes deudos del fallecido. El doctor había murmurado que la vida alcohólica de Tom debía haberle embalsamado anticipadamente, pero Thorndike aseguró lo contrario, al tiempo que se jactaba de su habilidad y de los inigualables métodos que había desarrollado con sus experimentos.

Es aquí donde las murmuraciones de los ociosos se vuelven sumamente perturbadoras. Hasta aquí, la historia es narrada habitualmente por Ezra Davenport o Luther Fry, si Ezra está en cama con sabañones, como suele ocurrir en invierno; pero a partir de aquí toma las riendas Calvin Wheeler y su voz tiene una condenada e insidiosa forma de sugerir horrores ocultos. Si Johnny Dow acierta a pasar por allí, siempre se hace una pausa, ya que en Stillwater no gustan de que Johnny hable mucho con forasteros.

Calvin se acerca al viajero y a veces aferra la solapa de la chaqueta con su nudosa mano llena de pecas mientras entorna sus acuosos ojos azules.

—Bien, señor —susurra—, Henry se fue a casa y cogió sus trastos funerarios... el loco Johnny Dow llevó la mayor parte, ya que siempre estaba haciendo faenas para Henry... y cuentan que Doc Pratt y el loco Johnny ayudaron a amortajar el cadáver. Doc siempre decía que pensaba que Henry hablaba demasiado... presumiendo de lo bueno que era en su trabajo y de lo afortunado que era Stillwater por tener un funerario regular en vez de enterrar a la gente tal cual, como en de Whitby.

—Suponga —decía— que alguien tenga un calambre paralizante como los que usted habrá leído. ¿Qué sentiría cuando le bajaron y comenzaron a echarle tierra encima?

¿Qué sentiría cuando se estaba sofocando allí, bajo la lápida nueva, arañando y rasguñando si le vuelven las fuerzas, pero sabiendo todo el tiempo que es inútil? No señor, le digo que es una bendición para Stillwater el tener un doctor espabilado que sabe cuándo un hombre está muerto y cuándo no, y un funerario avezado que sabe disponer un cuerpo para que pueda reposar sin problemas.

»Esta era la forma en que Henry solía hablar, y así se dirigía a los restos del pobre Tom, y al viejo Doc Pratt no le gustaba lo que cogía de ello, aunque Henry dijese que era un buen doctor. El loco Johnny estaba mirando el

cadáver, y no era demasiado agradable la forma en que babeaba cosas como “no está frío, Doc” o “veo moverse los párpados” o “hay un agujero en su brazo como el que me hizo Henry cuando me dio una jeringa llena de eso que me hace sentir tan bien”. Thorndike le hizo cerrar la boca cuando dijo esto, aunque todos sabíamos que había estado dando drogas al pobre Johnny. Es un milagro que el pobre tipo aún no tenga el hábito.

»Pero lo peor, según el doctor, fue la forma en que el cuerpo se sacudió cuando Henry comenzó a llenarle de líquido embalsamados. Había estado presumiendo de una nueva fórmula que había practicado con perros y gatos, cuando de repente el cadáver de Tom comenzó a doblarse, como tratando de defenderse. Por Dios, Doc dijo que se quedó tieso del susto, aunque conocía lo que pasa con los cadáveres cuando los músculos comienzan a envararse. Bien, señor, lo que sucedió fue que el cadáver se sentó y se arrancó la jeringa de Thorndike de forma que se clavó en el propio Henry y le metió tanta dosis de su propio fluido de embalsamar como quiera usted pensar. Fue un buen susto para Henry, aunque se sacó la aguja de un tirón y se las arregló para acostar al cuerpo y meterle todo el líquido. Y le inyectó aún más, como si quisiera cerciorarse de que era bastante y asegurarse a sí mismo de que no había recibido mucho él mismo, pero el loco Johnny comenzó a canturrear.

»—Esto es lo que diste al perro de Lige Hopkins cuando estaba muerto y tieso y volvió a andar. ¡Ahora te vas a morir y quedar tan tieso como Tom Sprague! Recuerda que, si no has metido mucho, no actúa hasta después de un buen rato.

»Sophie estaba abajo con algunos vecinos... mi esposa Matildy, que murió hace ya treinta años, era una de ellos. Estaban tratando de saber si Thorndike estaba allí cuando Tom volvió a casa, y el encontrarlo allí fue lo que se llevó al pobre Tom. Creo que se puede decir que mucha gente pensaría que era divertido que no contara más, por no decir nada de la forma en que Thorndike había sonreído. No es que nadie estuviera insinuando que Henry ayudó a Tom a irse con sus extraños fluidos de invención propia y sus jeringas, o que Sophie pudiera guardar silencio si pensaba eso. Todos sabíamos el odio casi demente de Thorndike hacia Tom —no sin razón, desde luego— y Emily Barbour dijo a mi Matildy que Henry era afortunado de tener al viejo Doc Pratt a mano para extender un certificado de defunción y no dejar lugar a dudas.

Cuando el viejo Calvin llega a este punto comienza a murmurar de forma incomprensible por su enmarañada y sucia barba blanca. La mayoría de los oyentes tratan de alejarse de él, pero él apenas parece prestar atención a los

gestos. Generalmente es Fred Pack, que era un niño muy pequeño cuando sucedió todo, quien continua la narración.

El funeral de Thomas Sprague se realizó el jueves 17 de junio, sólo dos días después de su fallecimiento. Tantaprisa fue considerada casi indecente en la remota e inaccesible Stillwater, donde los que acudían tenían que cubrir largas distancias, pero Thorndike había insistido que las peculiares condiciones del fallecido lo demandaban. El funerario se había mostrado bastante nervioso mientras preparaba el cuerpo, y pudieron verle tomándose frecuentemente el pulso. El viejo doctor Pratt pensaba que debía temer la dosis accidental de fluido embalsamador. Naturalmente, la historia del «amortajamiento» había cundido, por lo que un doble regusto animaba a los asistentes que se reunieron para satisfacer su curiosidad y enfermizo interés.

Thorndike, aunque obviamente trastornado, pareció tratar de cumplir sus deberes profesionales con magnífico estilo. Sophie y otros que vieron el cuerpo quedaron asombrados por la apariencia de vida, y el virtuoso funerario se reaseguró su trabajo inyectando repetidas dosis a intervalos regulares. Casi consiguió despertar una especie de renuente admiración entre sus paisanos y los visitantes, aunque tendía a arruinar esta impresión con su fanfarronería y charla de mal gusto. Siempre que inyectaba a su silencioso paciente, repetía la eterna cantinela sobre la suerte de tener un enterrador de primera clase. ¿Qué —había dicho como si se dirigiera directamente al cuerpo— hubiera sucedido si Tom hubiera topado con uno de esos descuidados paisanos que entierran vivos a sus pacientes? Su forma de porfiar en los horrores del entierro prematuro era verdaderamente bárbara y repelente.

Los servicios se oficiaron en la mal ventilada sala principal, abierta por primera vez desde que muriera Mrs. Sprague. El pequeño y desafinado órgano del recibidor graznaba desconsoladamente, y el ataúd, sostenido por caballetes cerca del vestíbulo, estaba cubierto por flores de olor enfermizo. Era obvio que una multitud que batía todas las marcas había llegado desde cerca y de lejos, y, en su beneficio, Sophie se esforzaba en adoptar un aspecto apropiadamente desconsolado. En momentos de descuido parecía desconcertada e inquieta, dividiendo su escrutinio entre el febril funerario y el cuerpo con apariencia de vida de su hermano. Un sordo disgusto hacia Thorndike parecía tramarse en su interior, y los vecinos murmuraron libremente que ella podría abandonarle pronto, una vez que Tom estaba fuera de su camino... esto es, si podía, ya que un tipo tan astuto era difícil de manejar. Pero con su dinero y el atractivo que conservaba sería capaz de encontrar otro compañero que se las entendería sin duda con Henry.



Mientras el órgano resollaba *Beautiful Isle of Somewhere*, el coro de la iglesia metodista añadía sus lúgubres voces a la horripilante cacofonía, y cada cual miraba piadosamente al diácono Leavitt; todos excepto, por supuesto, el loco Johnny Dow, que tenía los ojos clavados en la inmóvil forma bajo el cristal del féretro. Estaba murmurando por lo bajo, para sí mismo.

Stephen Barbour —de la granja más cercana— fue el único que se fijó en Johnny. Se estremeció cuando vio que el idiota estaba hablando directamente al cadáver e incluso haciendo locos gestos con sus dedos, como mofándose del durmiente que reposaba bajo la lámina de cristal. Tom, reflexionó, había pateado al pobre Johnny en más de una ocasión, aunque probablemente no sin provocación. Algo en todo esto afectó a los nervios de Stephen. Había una tensión escondida y una latente anormalidad en el aire que no pudo precisar. Johnny no debió haber sido admitido en la casa... era curioso los esfuerzos que Thorndike parecía hacer para no mirar el cuerpo. A cada momento, el enterrador parecía tomarse el pulso con aire extraño.

El reverendo Silas Atwood zumbó con lastimera monotonía acerca del fallecido... sobre el golpe de la espada de la muerte en mitad de una pequeña familia, partiendo el lazo terrenal entre los amados hermana y hermano. Algunos de los vecinos cruzaron miradas furtivas tras párpados entornados, mientras Sophie comenzaba a sollozar nerviosamente. Thorndike se removió en su asiento y trató de consolarla, pero ella pareció apartarse curiosamente de él. Sus movimientos eran claramente inquietos y parecía resentirse especialmente de la anormal tensión que flotaba en el aire. Finalmente, consciente de sus deberes como maestro de ceremonias, avanzó anunciando con voz sepulcral que el cadáver podía ser visto por última vez.

Lentamente, los amigos y vecinos desfilaron ante el féretro, del que Thorndike alejó con rudeza a Johnny. Tom parecía descansar en paz. Aquel diablo había sido hermoso en su día. Se oyeron unos pocos sollozos genuinos —y otros muchos fingidos—, aunque la mayoría de los asistentes se contentó con contemplarlo con curiosidad y murmurar después. Steve Barbour se demoró estudiando larga y atentamente la faz inmóvil, y se alejó sacudiendo la cabeza. Su mujer, Emily, siguiéndole, susurró que Henry Thorndike haría bien en no jactarse tanto de su trabajo, porque los ojos de Tom se habían abierto. Habían estado cerrados al comenzar los oficios, porque ella lo había visto. Pero tenían una mirada natural... no lo que uno espera después de dos días.

Cuando Fred Peck llega tan lejos, normalmente se detiene como si no le gustara continuar. El oyente, también, tiende a sentir que algo desazonador

está próximo. Pero Peck tranquiliza a su audiencia declarando que no sucedió nada tan malo como suele decir la gente. Aun Steve nunca soltaba palabra de lo que pensó, y el loco Johnny, desde luego, no pinta nada.

Fue Luella Morse —la nerviosa solterona que cantaba en el coro— quien pareció haberlo causado todo. Estaba desfilando ante el ataúd como el resto cuando se detuvo para observar más cerca de lo que nadie, excepto los Barbour, lo había hecho. Entonces, sin mediar palabra, lanzó un alarido y cayó desvanecida.

Naturalmente, la estancia se convirtió al momento en un caos de confusión. El viejo doctor Pratt se abrió paso hasta Luella y pidió agua para mojar su rostro, y otros se acercaron para mirarla a ella y al féretro. Johnny Dow comenzó a canturrear para sí mismo: «Él sabe, él sabe, escucha todo lo que dicen y ve todo lo que hacen, y le van a enterrar de esa forma... pero nadie se paró a descifrar sus murmullos, a excepción de Steve Barbour.

En pocos instantes Luella comenzó a recobrase de su desmayo y no pudo decir exactamente qué la había sobresaltado. Todo lo que pudo murmurar fue: «Su forma de mirar... su forma de mirar». Pero a ojos de los demás, el cuerpo parecía exactamente igual. Era una vista desagradable, empero, con aquellos ojos abiertos y ese excesivo colorido.

Y entonces la perpleja concurrencia descubrió algo que apartó a Luella y el cuerpo de sus mentes por un instante. Era Thorndike, a quien la repentina excitación y apiñada multitud parecía haber hecho mal efecto. Evidentemente, había sido golpeado en el tumulto y estaba en el suelo tratando de arrastrarse hasta una posición sentada. La expresión de su rostro era extremadamente aterradora, y sus ojos comenzaban a tomar una helada expresión de pez. Apenas pudo hablar alto, pero el ronco sonido de su garganta tenía una inefable desesperación que resultó inconfundible para todos.

—Llévenme a casa, rápido, y déjenme allí. El fluido que puse por error en mi brazo... actúa sobre el corazón... esta maldita excitación... demasiado... esperen... esperen... no me crean muerto aunque lo parezca... sólo el fluido, sólo llévenme a casa y esperen... llega tarde, no saben cuánto... todo el tiempo estaré consciente y sabré qué sucede... no os equivoquéis.

Mientras sus palabras se desvanecían, el viejo doctor Pratt llegó hasta él y tomó su pulso... esperó largo tiempo y finalmente agitó la cabeza.

—No hay nada que hacer... ha muerto. No tenía bien el corazón... y el fluido inyectado en su brazo no le ha hecho ningún bien. No sé que es.

Una especie de estupor pareció caer sobre la asamblea. ¡Una nueva defunción en la cámara de la muerte! Sólo Steve Barbour pensó en atender las

últimas y espasmódicas palabras de Thorndike. ¿Estaba verdaderamente muerto, cuando él mismo había dicho que lo parecía falsamente? ¿No podrían esperar un tiempo y aguardar acontecimientos? ¿Y sobre eso, qué mal habría en que Doc Pratt diera otro vistazo a Tom Sprague antes del entierro?

El loco Johnny estaba gimoteando y se había lanzado sobre el cuerpo de Thorndike como un perro fiel.

—¡No le enterréis, no le enterréis! No está más muerto que el perro de Lige Hopkins o el ternero del diácono Leavitt cuando les inyectó. ¡Tiene una cosa que les pone y les hace parecer muertos sin que lo estén! Parece muerto pero sabe todo lo que está pasando y mañana volverá tan bien como siempre. No le enterréis... ¡Despertará bajo tierra y no podrá abrirse paso! Es un buen hombre, no como Tom Sprague. Rogad a Dios para que arañe y se ahogue durante horas y horas...

Pero nadie excepto Barbour prestó ninguna atención al pobre Johnny. De hecho, lo que el propio Steve dijo había caído en oídos sordos. El desconcierto era total. El viejo Doc Pratt realizaba pruebas finales y murmuraba sobre certificados de defunción en blanco, y el untuoso Atwood el viejo sugería un entierro doble. Con Thorndike muerto, no había enterrador a este lado de Rutland, y sería un gran gasto mandar llamar a uno desde allí, y si Thorndike no era embalsamado con aquel caluroso tiempo de junio... bueno, es difícil decir. Y no tenía parientes ni amigos para impedirlo, salvo que Sophie quisiera hacerlo... pero Sophie estaba al otro lado de la habitación mirando silenciosa, fija, y casi morbosamente al interior del ataúd de su hermano.

El diácono Leavitt intentó restaurar un aspecto de decoro, e hizo llevar al pobre Thorndike por el vestíbulo a la sala de estar, al tiempo que enviaba a Zenas Wells y Walter Perkins a la casa del enterrador en busca un ataúd de su tamaño. La llave estaba en el bolsillo del pantalón de Henry. Johnny continuó gimiendo y manoseando el cuerpo, y el viejo Atwood se ocupó de indagar sobre el credo de Thorndike, ya que Henry no atendía a los oficios locales. Por fin se llegó a la conclusión de que su gente de Rutland —todos ya muertos— habían sido bautistas, y el reverendo Silas decidió que el diácono haría mejor en ofrecer una somera plegaria.

Fue un día de gala para los amantes de los funerales en Stillwater y alrededores. Aún Luella se había recobrado lo bastante para acudir. Chismes, murmuraciones y susurros zumbaban ajetreados mientras se daban unos pocos retoques al cuerpo de Thorndike, que se enfriaba y atiesaba. Johnny había sido expulsado de la casa, y la mayoría concordaba en que debía haberse

hecho desde el primer momento, pero sus distantes aullidos resonaban groseramente y a cada instante en el interior.

Cuando el cuerpo fue introducido en el ataúd y yació junto al de Thomas Sprague, la silenciosa Sophie, que resultaba casi espantosa de ver, le observó tan intensamente como había hecho con su hermano. No había pronunciado una palabra durante un periodo peligrosamente largo, y la confusa expresión de su rostro estaba más allá de cualquier descripción o interpretación. Cuando los demás se retiraban para dejarla sola con los muertos se las arregló para articular una especie de habla maquinal, pero nadie pudo entender las palabras, y ella pareció hablar primero con un cuerpo y luego con el otro.

Y entonces, con lo que parecería a un forastero el colmo de una desalmada comedia de mal gusto, toda la insensatez de la tarde se repitió fielmente. Otra vez chirrió el órgano, de nuevo el coro chilló y carraspeó, nuevamente un cántico zumbante se alzó, y una vez más los espectadores, morbosamente curiosos, desfilaron con macabro objetivo... esta vez un conjunto mortuorio doble. Algunos de los más sensibles temblaron ante el mismo procedimiento, y de nuevo Steve Barbour sintió una subyacente nota de terror espantoso y anormalidad demoniaca. Dios, la apariencia de vida de ambos cadáveres era... y cuán ansiosamente había pedido el pobre Thorndike en que no le creyeran muerto... y cuanto había odiado a Tom Sprague... pero ¿cómo ir contra el sentido común?: un muerto era un muerto, y allí estaba el viejo Doc Pratt con sus años de experiencia... si nadie se molestaba, ¿por qué hacerlo uno?... Por todo cuanto había hecho, Tom probablemente se lo merecía... y si Henry había hecho algo con él, la cuenta estaba igualada... bueno, Sophie era libre por fin.

Cuando la procesión de mirones se desplazó por fin hacia el salón y la puerta exterior, Sophie se quedó a solas con los muertos una vez más. El viejo Atwood estaba fuera, en la carretera, buscando un conductor de coche fúnebre en las caballerizas de Lee, y el diácono Leavitt estaba arreglando una doble tarifa con los portadores de féretros. Afortunadamente, la carroza podía contener dos ataúdes. Sin prisas, Ed Plummer y Ethan Stone se adelantaron con palas para abrir una segunda tumba. Había tres carros engalanados y algún número de carruajes privados en la cabalgata... no tenía sentido tratar de mantener a la gente alejada de las tumbas.

Entonces llegó un frenético grito desde la sala donde se hallaban Sophie y los cuerpos. Esto estremeció de forma casi paralizante a la gente y renovó la sensación provocada a raíz del grito y desmayo de Luella. Steve Barbour y el

diácono Leavitt se abalanzaron al interior, pero antes de que pudieran entrar Sophie salió sollozando y boqueando.

—¡Esa cara en la ventana!... ¡Esa cara en la ventana!

Al mismo tiempo, una figura de ojos salvajes rodeó la esquina de la casa, desvelando el misterio del dramático grito de Sophie. Era, obviamente, el dueño de la cara... el pobre loco Johnny, que comenzó a brincar señalando a Sophie y gritando.

—¡Ella sabe! ¡Ella sabe! ¡Lo he visto en su cara cuando los mira y les habla! Ella sabe y va a dejar que los metan en la tierra para que arañen y escarben en busca de aire... pero ellos le hablarán a ella porque ella puede oírles... le hablarán y se le aparecerán... ¡Y algún día volverán para llevársela!

Zenas Wells arrastró al vociferante subnormal hasta una leñera, en la parte trasera de la casa, y lo encerró lo mejor que pudo. Sus gritos y aporreos podían oírse a distancia, pero nadie le prestó ninguna atención. La procesión estaba en camino, con Sofía en el primer carruaje, y lentamente cubrió la pequeña distancia entre la aldea y el cementerio de Swamp Hollow.

El viejo Atwood ofició mientras Thomas Sprague descendía a su descanso eterno; mientras tanto, Ed y Ethan habían terminado la tumba de Thorndike en el otro lado del cementerio... hacia donde se encaminaron los presentes. El diácono Leavitt habló entonces retóricamente, y todo el proceso se repitió. La gente había comenzado a marcharse en grupos, y el traqueteo de las calesas y carruajes que se marchaban era casi total cuando las palas comenzaron su trabajo. Mientras la tierra resonaba sobre las tapas de los ataúdes, la de Thorndike primero, Steve Barbour descubrió extrañas expresiones revoloteando sobre el rostro de Sophie Sprague. No pudo seguirlas muy bien, pero de las que pudo captar se desprendía una especie de mirada torcida, perversa y medio sorprendida de vago triunfo. Él agitó la cabeza.

Zenas había vuelto atrás y sacó al loco Johnny de la leñera antes de que Sophie llegara a casa, y el pobre tipo al momento corrió frenéticamente hacia el cementerio. Llegó antes de que los enterradores hubieran acabado y mientras muchos de los curiosos dolientes se demoraban aún por allí. De lo que voceó a la tumba, parcialmente llena, de Tom Sprague y de cómo escarbó en la suelta tierra del túmulo recién finalizado de Thorndike al otro lado del cementerio, los espectadores supervivientes aún se estremecen al recordarlo. Jotham Blake, el guardia, le hizo retroceder hacia el pueblo a la fuerza, y sus gritos despertaron temibles ecos.

Aquí es donde Fred Peck normalmente abandona la historia. ¿Qué más, pregunta, hay que contar? Fue una tenebrosa tragedia, y uno apenas puede maravillarse de que Sophie se volviera rara después de aquello. Esto es todo cuanto uno puede escuchar si es tan tarde que el viejo Calvin Wheeler se ha marchado tambaleándose a la cama, pero si aún permanece por allí prorrumpe de nuevo en ese murmullo malditamente insinuante e insidioso. A veces, aquellos que le escuchan temen pasar por la casa cerrada del cementerio después de eso, especialmente de noche.

—Je, je... ¡Fred era un imberbe entonces, y no puede recordar más que la mitad de lo que pasó! ¿Usted quiere saber por qué Sophie guarda su casa cerrada y por qué el loco Johnny aún sigue hablando con los muertos, y gritando a las ventanas de Sophie? Bueno, señor, no sé si sé cuanto hay que saber, pero escucho lo que escucho.

Aquí el anciano escupe tabaco y se inclina hacia el ojal del oyente.

—Fue esa misma noche, me parece... hacia la mañana, y unas ocho horas después de los entierros... cuando escuché el primer grito en casa de Sophie. Nos despertamos todos... Steve y Emily Barbour, y yo y Matildy, fuimos corriendo, todos en ropa de noche, y encontramos a Sophie vestida y tirada en el suelo de la sala de estar. Suerte que no había cerrado la puerta. Cuando la reanimamos temblaba como una hoja, y no pudo decir ni una palabra de lo que la asustaba. Matildy y Emily hicieron cuanto pudieron para calmarla, pero Steve me murmuró cosas que no me dejaron muy tranquilo. Sobre una hora más tarde, cuando nos íbamos a ir a casa, Sophie comenzó a inclinar la cabeza a un lado como si escuchara algo. Entonces, de repente, gritó de nuevo y volvió a desmayarse.

—Bueno, señor, estoy contando lo que estoy contando y no supongo lo que Steve Barbour hubiera hecho de haberse atrevido. Tuvo siempre mucha maña para las cosas insinuadas... murió hace diez años de neumonía.

\* \* \*

»Lo que escuchamos tan débilmente era el pobre loco Johnny, por supuesto. Hay más de un kilómetro al cementerio, y debió salir por la ventana donde le encerraron en la granja... aunque el guardia Blake dice que no salió en toda la noche. Desde ese día ha estado rondando las tumbas y hablando con esos dos... maldiciendo y pateando el túmulo de Tom y poniendo cosas y regalos en la de Henry. Y cuando no está haciendo eso es que está rondando las ventanas cerradas de Sophie aullando que irán pronto a buscarla.

»Ella nunca volvió al cementerio, y no sale de la casa, y nadie la ha visto. Llegó a decir que hay una maldición sobre Stillwater... y yo estoy tonto si no

tiene medio razón, tal como las cosas se están haciendo pedazos en estos días. Desde luego hay algo raro en Sophie. Una vez que Sally Hopkins fue a llamarla —en el 1897 o el 1898, creo— hubo un espantoso entrechocar de sus celosías —y Johnny estaba bien encerrado esa vez— o, al menos, eso jura y perjura el guardia Dodge. Pero no tengo en cuenta esas historias sobre ruidos cada 17 de junio, o sobre figuras fantasmales tanteando la puerta y las contraventanas de Sophie cada madrugada, como a las dos.

»Sabe, eran sobre las dos de la madrugada cuando Sophie escuchó los sonidos y se desmayó por segunda vez aquella primera noche tras el entierro. Steve y yo, y Matildy y Emily, escuchamos la segunda parte, débil como era, pero como se lo digo. Estoy contándole de nuevo que debió ser el loco Johnny en el cementerio, y que Jotham Blake diga lo que quiera. No se puede reconocer el sonido de una voz humana tan lejos, y con nuestras orejas llenas de insensateces no me extraña que pensáramos que eran dos voces... voces que no debían hablar.

»Steve afirmaba haber escuchado más que yo. De verdad creo que prestaba atención a asuntos de fantasmas. Matildy y Emily estaban tan asustadas que no recuerdan lo que oyeron. Y es bastante curioso, nadie en el pueblo —si alguien estaba despierto a esa maldita hora— dijo haber escuchado ningún sonido.

»Lo que fuera, era tan débil que pudiera haber sido el viento, de no mediar palabras. Entendí un poco, pero no quiero decir que respalde cuanto Steve juraba haber oído...

»—“Diabla”... “todo el tiempo”... “Henry”... y “vivo” eran claras, y también “tú sabes”... “dijiste que esperarías”... “te libraste de él” y “me has enterrado”... en una especie de voz cambiante... Entonces vino la espantosa “volveré algún día” con un graznido mortal... pero no me diga que Johnny no pudo hacer esos sonidos.

»—¡Eh, usted! ¿Por qué se va tan aprisa? Quizás pueda contarle más si me acuerdo...

## EL DIARIO DE ALONZO TYPER<sup>[23]</sup>

NOTA DEL EDITOR: Alonzo Hasbrouck Typer, de Kingston, Nueva York, fue visto y reconocido por última vez el 17 de abril de 1908, alrededor del mediodía, en el Hotel Richmond de Batavia. Era el último descendiente de una antigua familia del condado del Ulster, y tenía cincuenta y tres años en el momento de su desaparición.

Mr. Typer recibió educación privada en las Universidades de Columbia y Heidelberg. Toda su vida la dedicó al estudio; el ámbito de sus investigaciones abarcaba diversas fronteras del conocimiento humano oscuras y generalmente temidas. Sus documentos sobre vampirismo, gules y fenómenos poltergeist fueron impresos de forma privada tras ser rechazados por multitud de editores. Abandonó la Sociedad de Investigaciones Psíquicas en 1902 después de una serie de controversias particularmente amargas.

En diversas épocas, Mr. Typer efectuó largos viajes, desapareciendo de vista a veces durante largos periodos. Se sabe que visitó oscuros lugares de Nepal, India, Tíbet e Indochina, y pasó la mayor parte del año 1889 en la misteriosa Isla de Pascua. La amplia búsqueda de Mr. Typer, efectuada tras su desaparición, no obtuvo ningún fruto, y sus bienes fueron divididos entre sus primos lejanos de la ciudad de Nueva York.

El diario que ofrecemos a continuación fue supuestamente descubierto en las ruinas de una enorme granja, cerca de Attica, Nueva York, que había adquirido una reputación curiosamente siniestra durante las generaciones previas a su ruina. El edificio era muy viejo en comparación con los habituales poblamientos blancos de la región, y fue el hogar de una extraña y huraña familia apellidada Van der Heyl que había emigrado desde Albany en 1746 bajo una curiosa nube de sospechas de brujería. La construcción fue probablemente edificada alrededor de 1760.

Poco sabemos de la historia de los Van der Heyl. Se mantenían completamente apartados de sus vecinos, empleaban sirvientes negros traídos directamente de África y que hablaban muy poco inglés, y educaban



privadamente a sus menores en colegios europeos. Aquellos que estaban en contacto con el mundo desaparecieron pronto de vista, pero no sin ganarse una maligna reputación por su asociación con grupos dedicados a misas negras y cultos de reputación aún más oscura.

Cerca de la aborrecida casa se alzaba un poblado disperso, habitado por indios y más tarde por renegados del condado circundante, que llevaba el sospechoso nombre de Chorazin. Sobre los singulares rasgos hereditarios que después aparecieron en los mestizos habitantes de Chorazin, se ha escrito multitud de monografías por parte los etnólogos. Junto al poblado, y a la vista de la casa de los Van der Heyl, se alza una empinada colina coronada por un peculiar anillo de piedras verticales que los iroqueses siempre habían contemplado con miedo y rechazo. El origen y naturaleza de las piedras, cuya fecha de origen, según la evidencia arqueológica y climatológica, debe ser fabulosamente antigua, es un problema aún por resolver.

Desde 1795, aproximadamente, las leyendas de los pioneros y los posteriores pobladores tienen mucho que decir sobre extraños gritos y cánticos procedentes, en cierta estación, de Chorazin y la gran casa, así como de la colina de piedras enhiestas; aunque hay razones para suponer que los ruidos cesaron sobre 1872, cuando toda la familia Van der Heyl —incluidos los sirvientes— desaparecieron brusca y simultáneamente.

A partir de ese momento la casa quedó desierta, ya que otros sucesos desastrosos —incluyendo las misteriosas muertes, cinco desapariciones y cuatro casos de súbita locura— tuvieron lugar cuando posteriores propietarios y visitantes interesados intentaron ocupar el lugar. La casa, el poblado y amplias zonas rurales en todas direcciones pasaron al estado y fueron subastadas en ausencia de herederos probados de los Van der Heyl. Desde 1890 los propietarios (sucesivamente el finado Charles A. Shield y su hijo Oscar S. Shield, de Buffalo) dejaron toda la propiedad en un estado de absoluto abandono, advirtiendo a los curiosos que no visitaran el lugar.

De aquellos que se sabe que se aproximaron a la casa en los últimos cuarenta años, la mayoría fueron estudiantes de lo oculto, oficiales de policía, periodistas y oscuros personajes del extranjero. Entre los últimos estaba un misterioso euroasiático, probablemente procedente de Conchinchina, cuya posterior aparición con amnesia y extravagantes mutilaciones tuvieron un amplio eco en la prensa de 1903.

El diario de Mr. Typer —un cuaderno de unos 15×9 centímetros de tamaño, con fuerte papel y una portada de delgadas láminas de metal extrañamente resistentes— fue descubierto en poder de los degenerados

habitantes de Chorazin el 16 de noviembre de 1935 por un policía estatal enviado a investigar el rumor sobre el derrumbe de la mansión Van der Heyl. La casa, en efecto, se había desplomado, obviamente por culpa de la evidente edad y la decrepitud, durante la fuerte galerna del 12 de noviembre. La desintegración fue peculiarmente completa y, durante semanas, no pudo hacerse una investigación exhaustiva entre las ruinas. John Eagle, el atezado poblador medio indio de rostro simiesco que tenía en su poder el diario, dijo haber encontrado el libro bastante cerca de la superficie de los escombros, en la que debía haber existido una habitación superior frontal.

Muy poco del contenido de la casa pudo ser identificado, fuera de una inmensa y asombrosa bóveda de ladrillo sólido en el sótano (cuya antigua puerta de hierro fue preciso forzar debido a la perversa tenacidad del cerrojo extrañamente conformado) que permanecía intacta y presentaba ciertos rasgos desconcertantes. En primer lugar, los muros estaban cubiertos con jeroglíficos aún sin descifrar y rústicamente incisos en la albañilería. Otra particularidad era una inmensa abertura circular en la parte trasera de la bóveda, bloqueada por un derrumbe evidentemente causado por el hundimiento de la casa.

Pero lo más extraño de todo era el aparentemente *reciente* depósito de alguna sustancia fétida, limosa y negra como la pez en el suelo de piedra lisa, con un metro de anchura y formando una irregular línea que finalizaba en la bloqueada abertura circular. Aquellos que primero abrieron la bóveda declararon que el lugar olía como la madriguera de las serpientes de un zoo.

El diario, destinado en apariencia a cubrir solamente una investigación de la temida casa Van der Heyl por parte del desaparecido Mr. Typer, ha sido certificado como genuino por, expertos grafólogos. El texto muestra signos de creciente tensión nerviosa según se acerca al final y en algunos lugares se convierte casi en ilegible. Los habitantes de Chorazin —cuya estupidez y mutismo desconciertan a todos los estudiosos de la región y sus secretos— no admiten recordar a Mr. Typer entre otros imprudentes visitantes de la temida casa.

El texto del diario se ofrece aquí literalmente y sin comentarios. Cómo interpretarlo y qué conclusiones, aparte de la locura del redactor, sacar de él, es algo que el lector debe decidir por sí mismo. Sólo el futuro puede decir qué valor tendrá para resolver misterios tan viejos como generaciones. Debe insistirse que los genealogistas confirman la tardía memoria de Mr. Typer en el asunto de *Adriaen Sleght*.

## EL DIARIO

*17 de abril de 1908*

Llegué aquí sobre las 6 p.m. Tuve que caminar todo el trayecto desde Attica bajo una tormenta, ya que nadie quiso alquilarme un caballo o un coche, y no sé conducir automóviles. Este lugar es aún peor de lo que esperaba, y temo lo que pueda pasar, aunque a la vez estoy ansioso de conocer el secreto. Pronto todo se desvelará con la noche —el viejo horror del Sabbath de Walpurgis—, y, tras aquella vez en Gales, sé lo que buscar. Suceda lo que suceda, no me acobardaré. Espoleado por algún afán insondable, he dedicado mi vida entera a la búsqueda de impíos misterios. No he venido aquí por otro asunto y no me hurtaré a mi destino.

Estaba muy oscuro cuando llegué, aunque el sol no se había puesto. Las nubes de tormenta eran las más espesas que haya visto jamás, y no habría encontrado mi camino de no ser por el fulgor de los relámpagos. El poblado es una pequeña cloaca odiosa, y sus pocos habitantes no son mejores que idiotas. Uno de ellos me saludó de forma extraña, como si me conociera. Puedo ver muy poco del paisaje, sólo un pequeño y pantanoso valle de extraños matorrales pardos y muertos hongos, circundados por descarnados y maléficamente retorcidos árboles de ramas desnudas. Pero cerca del poblado hay una colina de apariencia lúgubre en cuya cima se alza un círculo de grandes piedras con otra roca en el centro. Esto, sin discusión, es el vil objeto primordial que V... me dijo sobre el N...stbat

La gran casa se alza en mitad de un parque sepultado bajo zarzas de curioso aspecto. Apenas puedo pasar entre ellas, y cuando me percaté de la inmensa edad y decrepitud del edificio, casi renuncié a entrar. El lugar parece sucio e insalubre, y me pregunto cuántos leprosos podrían apiñarse juntos ahí dentro. Es de madera y, aunque sus líneas originales están ocultas bajo una caótica confusión de alas añadidas en diferentes épocas, pienso que fue primeramente construida en el estilo colonial rectangular de Nueva Inglaterra. Probablemente, fue más fácil de construir que una casa de piedra holandesa —y además, según recordé, la esposa de Dirck van der Heyl era de Salem, una hermana del innombrable Abaddon Corey—. Había un pequeño porche de pilares y me refugié bajo él justo cuando estallaba la tormenta. Era una demoniaca tormenta —negra como la medianoche, con lluvia a mares, truenos y relámpagos como en el día del Juicio Final, y un viento que realmente me laceraba—. La puerta estaba abierta, por lo que encendí mi linterna y penetré. El polvo depositado sobre el suelo y los muebles tenía

centímetros de espesor, y el lugar hedía como una tumba cubierta de hongos. Había un salón ocupando toda la planta y una escalera de caracol a la derecha. Me abrí paso por las escaleras y elegí su alcoba frontal para instalarme. Todo el lugar parecía ampliamente amueblado, a pesar de que la mayor parte del mobiliario estaba deshecho. Esto ha sido escrito a las ocho en punto, tras una comida fría sacada de mi maleta de viaje. Tras esto, conseguiré suministros en el poblado... aunque a ellos no les gusta acercarse demasiado a las ruinas de la entrada del jardín (según dicen) cuando es muy tarde. Desearía poder sacudirme un incómodo sentimiento de familiaridad con este lugar.

*Más tarde*

Soy consciente de algunas presencias en esta casa. Una en particular es decididamente hostil hacia mí... una malevolente voluntad que trata de romper mi moral e imponérseme. No se ha mostrado ni un momento, pero debo utilizar todas mis fuerzas para resistirlo. Es pasmosamente maligna y definitivamente inhumana. Pienso que debe estar aliada con poderes extraterrestres... poderes del espacio, fuera del tiempo y el universo. Se alza como un coloso, tal como está dicho en los escritos de Aklo. Ofrece tal sensación de inmenso tamaño que me maravillo de que estas estancias puedan contener su volumen... aunque no tiene volumen visible. Su edad debe ser enloquecedoramente antigua... impresionante, indescriptible.

*18 de abril*

He dormido muy poco esta última noche. A las tres de la madrugada, un extraño y reptante viento comenzó a soplar sobre la región entera... y alzándose ante la casa como un tifón. Mientras descendía las escaleras para ver el estruendo en la puerta, la oscuridad tomó forma semi-visible en mi imaginación. Justo ante el rellano fui violentamente rechazado hacia atrás... por el viento, supongo, aunque podría haber jurado que vi las difuminadas perfiles de una gigantesca pata negra mientras me giraba precipitadamente. No perdí pie, pero, por mi seguridad, di por concluido el descenso y corrí el pesado cerrojo de la alcoba, que se estremecía peligrosamente.

No tenía medios de explorar la casa hasta el amanecer, pero entonces, incapaz de conciliar el sueño e inflamado con entremezclados terror y

curiosidad, me sentí reacio a posponer mi búsqueda. Con mi potente linterna me abrí paso a través del polvo hacia el gran recibidor del sur, donde sabía que podían estar los retratos. Allí estaban, tal como V... había dicho, y me pareció reconocerlos gracias a alguna oscura fuente. Algunos estaban tan oscurecidos, enmohecidos y cubiertos de polvo que pude sacar poco o nada de ellos, pero, en aquellos que pude reconstruir, reconocí que pertenecían, en efecto, a la odiosa estirpe de los Van der Heyl. Algunos de los retratos parecían sugerir rostros que había conocido, pero *qué* rostros, no puedo recordar.

Los rasgos de aquel espantoso híbrido Joris —engendrado en 1773 por la hija más joven de viejo Dirck— eran los más claros de todos, y pude reconocer los ojos verdes y ese aspecto de ofidio en su cara. Cada vez que apartaba la luz, ese rostro parecía crecer en la oscuridad, hasta que acabé imaginando que relucía con una débil y verdosa luz propia. Cuanto más miraba, más maligno me parecía, y me retiré para evitar las alucinaciones sobre expresiones cambiantes.

Sin embargo, me volví para toparme con algo peor. La larga, adusta y diminuta faz, los ojos juntos y las facciones porcinas le identificaban enseguida, a pesar de que el artista se había esforzado en hacer aquel hocico tan humano como era posible. Era aquel sobre el que V... había susurrado. Mientras me sobresaltaba horrorizado, creí detectar un fulgor rojizo en los ojos... y, por un instante, el fondo del lienzo pareció convertirse en una extraña y aparentemente irrelevante escena: un solitario y yermo páramo bajo un sucio cielo amarillo, donde medraban matorrales de endrino de aspecto mísero. Temiendo por mi cordura, escapé de la maldita galería, escaleras arriba, hacia mi rincón limpio de polvo donde tengo mis «cuarteles».

*Más tarde*

Resuelto a explorar algunas de las laberínticas alas de la casa a la luz del día. No puedo perderme, ya que mis pisadas son inconfundibles en el espeso polvo... y puedo hacer otras marcas de identificación cuando sea necesario. Es curioso cuán fácilmente he aprendido los intrincados pasadizos de los corredores. Siguiendo un largo pasillo de ángulos rectos que corría hacia el norte, hasta su extremo, llegué a una habitación cerrada cuya entrada forcé. Más allá había una alcoba muy pequeña y bastante atestada de muebles, con los artesonados seriamente carcomidos por los gusanos. En la pared exterior

descubrí un espacio negro entre los podridos artesonados y encontré un estrecho pasadizo secreto que bajaba hacia desconocidas profundidades negras. Era un empinado tobogán o túnel sin escaleras o asideros, y me pregunté qué uso pudiera haber tenido.

Sobre el hogar había un mohoso retrato que, en una atenta inspección, reveló pertenecer a una joven con las ropas del siglo XVIII. El rostro era de belleza clásica, aunque con la más diabólica y maligna expresión que jamás haya visto en un rostro humano. No era sólo dureza, codicia y crueldad, sino que alguna odiosa cualidad más allá de la humana comprensión parecía aposentarse en aquellas facciones exquisitamente modeladas. Y, mientras miraba, me pareció que el artista —o el lento proceso de enmohecimiento y decadencia— habían otorgado a esa pálida tez una complexión verdosa enfermiza y una postrer sugerencia de una casi imperceptible textura herrumbrosa. Más tarde subí al ático, donde encontré algunos baúles repletos de misteriosos libros... algunos de aspecto completamente extraño en cuanto a letras y forma física. Uno contenía variantes de las fórmulas Aklo que nunca había sabido que existieran. Aún no he examinado los libros que se encuentran en los polvorientos estantes bajo las escaleras.

*19 de abril*

Realmente, hay presencias invisibles aquí, aunque el polvo no muestre más pisadas que las mías. A través de los espinos abrí ayer un camino hacia la puerta del parque donde estaban mis suministros, pero esta mañana lo encontré cerrado. Muy extraño, dado que los arbustos están a duras penas tonificados por la savia primaveral. De nuevo tuve la sensación de algo parecido a una mano, tan colosal que las estancias apenas pueden contenerla. Esta vez sentí más de una presencia de ese tamaño, y sé ahora que el tercer ritual Aklo —que encontré en ese libro ayer en el ático— puede convertir a tales cosas en sólidas y visibles. Que yo me atreva a intentar tal materialización es algo que está por ver. Los peligros son grandes.

La última noche comencé a observar rostros espectrales y formas evanescentes en las penumbrosas esquinas de los salones y estancias... rostros y formas tan odiosas y temibles que no me atrevo a describirlas. Parecen semejantes en sustancia a esa pata titánica que intentó arrojarme por las escaleras la pasada noche... y deben, desde luego, ser fantasmas de mi excitada imaginación. Lo que estoy buscando no debe parecerse a tales cosas.

He visto de nuevo la pata —a veces a solas, a veces con su dueño—, pero he decidido ignorar por completo tal fenómeno.

Esta tarde temprano exploré el sótano por primera vez... descendiendo por una escalera encontrada en un trastero, ya que los escalones de madera estaban podridos. El lugar entero es una masa de incrustaciones nitrosas con hongos amorfos mostrando el lugar donde diversos objetos se han desintegrado. En el extremo más alejado hay un estrecho pasadizo que parece correr bajo el lateral norte donde encontré la pequeña alcoba cerrada, y al final de éste hay un pesado muro de ladrillos con una puerta de hierro atrancada. Aparentemente, pertenece a una cripta de alguna clase; este muro y puerta presentan evidencias de albañilería del siglo XVIII y debe ser contemporánea de las adiciones más viejas de la casa... claramente prerevolucionaria. En el cerrojo —que es, obviamente, tan viejo como el resto de la forja— hay grabados algunos símbolos que me es imposible descifrar.

V... no me habló de esta cripta. Esto me llena de mayor inquietud que cualquier cosa que haya visto, ya que, cada vez que me aproximo, siento un impulso casi irresistible de *escuchar* algo. Hasta ahora ningún *sonido* ha señalado mi presencia en este maligno lugar. Mientras abandonaba el sótano, deseé fervorosamente que los escalones aún estuvieran allí, ya que mi ascensión por la escala de mano parecían enloquecedoramente lenta. No deseo volver a bajar... aunque algún genio maligno me apremia a hacerlo *durante la noche*, si es que deseo aprender lo que debe ser aprendido.

*20 de abril*

He sondeado las profundidades del horror... sólo para conocer profundidades aún más recónditas. La última noche la tentación fue demasiado fuerte y, durante las negras horas, descendí una vez más a ese sótano infernal y nitroso con mi linterna... pasando de puntillas entre los amorfos cúmulos hacia ese terrible muro de ladrillo y su puerta cerrada. No desperté ningún sonido y me contuve de susurrar alguno de los encantamientos que conozco, pero escuché... escuché con enloquecida atención.

Por fin, escuché los sonidos provenientes de más allá de esos paneles barrados de fino hierro... el amenazador roce y murmullos como el de un gigantesco ser nocturno en el interior. Entonces, también, hubo un condenable deslizar, como el que haría una inmensa serpiente o bestia marina arrastrando

sus monstruosos pliegues sobre el suelo pavimentado. Casi paralizado de miedo, observé el gran cerrojo polvoriento y los extraños, crípticos jeroglíficos grabados en él. Había signos que no podía reconocer, y algo en su ligera técnica mongola insinuaban una blasfema e indescriptible antigüedad. A veces imaginé que podía verlos relucir con una luz verdosa.

Me volví para huir, pero me topé con esa visión de patas titánicas ante mí... las grandes zarpas parecían hincharse y hacerse más tangibles según miraba. Se extendían fuera de la maligna oscuridad del sótano, con sombrías insinuaciones de muñecas cochambrosas más allá y con una creciente, malevolente voluntad guiando sus horribles tanteos. Entonces escuché detrás mío —en el interior de esa abominable cripta— una nueva explosión de amortiguadas reverberaciones que pareció proceder de lejanos horizontes, como un trueno distante. Impelido por un miedo aún mayor, avancé hacia las zarpas espectrales con mi linterna y las vi desvanecerse ante la plena fuerza del resplandor eléctrico. Enseguida, me aupé a la escalera con la linterna entre los dientes y no descansé hasta haber alcanzado mis «cuarteles», escaleras arriba.

Cómo acabará esto, no me atrevo ni a imaginarlo. Vine como buscador, pero ahora sé que algo me busca a mí. No podría marcharme aun deseándolo. Esta mañana intenté ir a la puerta a por mis suministros, pero me encontré con que los espinos se apiñaban en mi camino. Era lo mismo en cualquier dirección... atrás o a ambos lados de la casa. En algunos sitios, los sarmientos espinosos y pardos habían alcanzado cotas asombrosas... formando un muro parecido al acero contra mi avance. Los aldeanos están implicados en todo esto. Cuando regresé puertas adentro, encontré mis suministros en el gran salón frontal, pero ni rastro del que las hubiera llevado allí. Siento ahora haber barrido el polvo. Esparciré algo y veré qué huellas quedan en ello.

Esta tarde he leído algunos de los libros de la gran y sombría biblioteca de la parte trasera del primer piso, y he concebido algunas sospechas que no me atrevo a mencionar. Nunca había visto el texto de los Manuscritos Pnakóticos o los Fragmentos de Eltdown antes, y desearía no haber llegado a saber lo que contenían. Creo que es demasiado tarde ya... porque el horripilante Sabbath tendrá lugar dentro de sólo diez días. Es para esa noche de horror por lo que *ellos* me están reservando.

*21 de abril*



He estado estudiando de nuevo los retratos. Algunos tienen nombres colocados, y descubrí uno —el de una mujer de rostro maligno pintado hace dos siglos— que me desconcertó. Lleva el nombre de Trintje van der Heyl Sleght, y tuve la curiosa impresión de que ya me había encontrado antes con el nombre de Sleght y que era una conexión muy significativa. Entonces no fue horrible, tal y como se convierte ahora. Debo estrujarme el cerebro tras esa pista.

Los ojos de esos retratos me acechan. ¿Será posible que algunos de ellos emerjan más definitivamente de sus mortajas de polvo, decadencia y moho? Los brujos con rostro de ofidio y cerdo me escrutan de forma horrible desde sus marcos ennegrecidos, y un surtido de otros rostros híbridos comienzan a observarme desde sus telones sombríos. Existe un odioso aire familiar en todos ellos... y lo que es humano es aún más horrible que lo que no lo es. Desearía que me recordaran menos a otros rostros... caras que debí conocer en el pasado. Pertenecen a una estirpe marcada por la maldición, y Cornelis de Leyden era el peor de todos. Fue *él* quien rompió la barrera tras de que su padre encontrara esa otra llave. Estoy seguro que V. sabe sólo fragmentos de la horrible verdad, porque, en efecto, estoy mal preparado e indefenso. ¿Qué hay de la familia antes del viejo Claes? Cuanto hizo en 1591 nunca pudiera haber sido hecho sin generaciones de corrompida herencia o sin algún enlace con el exterior. ¿Y qué hay de las ramas de esta monstruosa familia? Debo recordar el lugar donde una vez conocí tan señaladamente el nombre de Sleght.

Quisiera poder estar seguro de que esas pinturas permanecerán siempre en sus marcos. Desde hace algunas horas he estado viendo presencias como las zarpas de antes, y espectrales rostros y formas que son duplicados casi exactos de algunos de los viejos retratos. De cualquier forma, no puedo nunca observar una presencia y el retrato que lo representa al tiempo... la luz es siempre mala para lo uno o lo otro, o la presencia y el retrato están en habitaciones diferentes.

Quizás, tal como he esperado, las presencias son meras figuraciones de la imaginación, pero no puedo estar seguro. Algunas son mujeres y de igual belleza infernal que la pintura en la pequeña alcoba cerrada. Algunas no se parecen a retratos que haya visto, aunque me hacen sentir que sus facciones pintadas acechan ignoradas bajo el moho y el hollín de lienzos que no puedo descifrar. Unas pocas, temo desesperadamente, se han aproximado a la materialización en formas sólidas o semisólidas... y algunas tenían una familiaridad temible e inexplicable.

Hay una mujer que supera en encantos a todas las demás. Sus venenosos encantos son como los de una dulce flor crecida al borde del infierno. Cuando la miro de cerca se desvanece, pero sólo para volver más tarde. Su rostro tiene un aspecto verdoso, y a veces he creído descubrir una insinuación de escamosidad en su suave textura. ¿Quién es ella? ¿Será aquella que debió vivir en la pequeña habitación cerrada hace un siglo o más?

Mis suministros están de nuevo en el salón frontal... esto, claramente, va a convertirse en una costumbre. He esparcido polvo para descubrir huellas, pero esta mañana todo el salón había sido limpiado por algún medio desconocido.

22 de abril

Éste ha sido un día de horribles descubrimientos. Exploré de nuevo el ático cubierto de telarañas y descubrí un tallado cofre medio podrido —evidentemente holandés— repleto de blasfemos libros y documentos mucho más antiguos que cuanto encontrara hasta ahora. Había un *Necronomicón* griego, un *Livre d'Eibon* franco-normando y la primera edición del antiguo libro de Ludvig Prinn *De Vermis Mysteriis*. Pero el manuscrito más antiguo encontrado era el peor. Estaba en bajo latín, lleno de extrañas y apretadas grafías del puño y letra de Claes van der Heyl... evidentemente, el diario o cuaderno de apuntes que llevó entre 1560 y 1580. Cuando solté los ennegrecidos cierres de plata y abrí las hojas amarillentas, un dibujo coloreado se agitó ante mí... una monstruosa criatura parecida, aunque no demasiado, a un calamar con pico y tentáculos, con grandes ojos amarillos y con cierta abominable semejanza de contornos a la forma humana.

Nunca antes vi un ser tan totalmente nauseabundo y espantoso. En zarpas, pies y cabeza tentaculada había curiosas garras —que me recordaban las colosales siluetas espectrales que tan horriblemente se interponían en mi camino—, mientras que la entidad se sentaba sobre un pedestal con aspecto de trono tallado, con desconocidos jeroglíficos que tenían un leve parentesco con los chinos. Tanto sobre el escrito como sobre la imagen pendía un aire de maldad siniestra tan profunda y penetrante que no pude creerlo producto de cualquier mundo o edad. Más bien, esta forma monstruosa debía ser un foco de toda la maldad del espacio desconocido, tanto de eones pasado como de los por venir... y aquellos terribles símbolos debían ser viles iconos, sensibles y dotados de enfermiza vida, a su manera, listos para arrancarse del

pergamino para destrucción del lector. Del significado de ese monstruo y sus jeroglíficos no tengo pistas, pero sé que ambos han sido trazados con infernal precisión para propósitos innombrables. Mientras estudiaba los maléficos caracteres, su parentesco con los símbolos de aquel ominoso cerrojo del sótano se hizo más y más evidente. Dejé el retrato en el ático, ya que nunca podría conciliar el sueño con una cosa así cerca de mí.

Durante toda la tarde y el crepúsculo leí el libro manuscrito del viejo Claes van der Heyl, y lo que leí puede ensombrecer y hacer horrible cualquier periodo de vida que me quede por delante. La génesis del mundo, y de los mundos previos, se desplegó ante mis ojos. Supe de la ciudad de Shamballah, construida por los lemurijs hace cincuenta millones de años, aún inviolable tras sus muros de fuerza psíquica en el desierto oriental. Conocí sobre el Libro de Dzyan, cuyos seis primeros capítulos son anteriores a la Tierra y que ya era viejo cuando los señores de Venus llegaron a través del espacio para civilizar nuestro planeta. Y vi registrado en el escrito por primera vez aquel nombre que otros me habían susurrado y que había conocido de una forma próxima y más horrible... el evitado y temible nombre de *Yian-Ho*.

En algunos lugares fui contenido por pasajes que precisaban el uso de una clave. Eventualmente, por diversas alusiones, colegí que el viejo Claes no osaba consignar todo su conocimiento en un libro, pero había dejado algunas referencias a otro. El volumen no podía ser completamente inteligible sin su compañía, por lo que he resuelto encontrar el segundo tomo, si es que está en algún lugar de esta maldita casa. A pesar de ser un verdadero prisionero, no he perdido el celo que ha marcado toda mi vida de conocimiento y estoy resuelto a indagar en el cosmos a tanta profundidad como sea posible antes de que me alcance el destino.

*23 de abril*

He buscado toda la mañana el segundo diario y lo he encontrado, sobre el mediodía, en el escritorio de la pequeña alcoba cerrada. Como el primero, está en el bárbaro latín de Claes van der Heyl, y parece consistir en notas deslabazadas conectadas con diversas secciones del otro. Ojeando las páginas, descubrí de nuevo el aborrecible nombre de *Yian-Ho*... *Yian-Ho*, cuya brumosa memoria, más vieja que el cuerpo, acecha bajo las mentes de todos los hombres. Se repite muchas veces, y el texto de alrededor está sembrado de crudos jeroglíficos pintados, claramente relacionados con los del pedestal de

aquella pintura infernal que viera. Aquí, obviamente, descansa la clave de esa monstruosa figura tentaculada y su mensaje prohibido. Con tal conocimiento ascendí las crujientes escaleras hacia el ático de telarañas y horror.

Cuando intenté abrir la puerta del ático, se resistió como nunca antes. Aguantó durante unos instantes todos los esfuerzos para abrirla y, cuando al fin lo logré, tuve la palpable sensación de una zarpa colosal e invisible que bruscamente cediera... una forma que se remontaba con alas, inmaterial pero de batir audible. Cuando encontré el horrible grabado, sentí que no estaba precisamente donde lo había dejado. Aplicando la clave al otro libro, pronto vi que el último no era una instantánea guía del secreto. Tan sólo era una pista... una pista hacia un secreto demasiado oscuro para ser abiertamente guardado. Llevaría horas, quizás días, extraer el espantoso mensaje.

¿Viviré lo bastante para aprender el secreto? Los espectrales brazos y zarpas negras acosan mi visión más y más ahora, y parecen aún más titánicos que al principio. Nunca estoy libre durante mucho tiempo de esas presencias vagas e inhumanas cuyas formas nebulosas parecen demasiado inmensas para ser contenidas por las estancias. Y, en todo momento, los grotescos y evanescentes rostros y figuras, y las burlonas figuras de los retratos, se apiñan ante mí en desconcertante confusión.

Verdaderamente, existe un terrible arcano primordial de la Tierra que haría mejor en dejar desconocido y sin evocar; temibles secretos que no son para el hombre, y que la humanidad puede aprender sólo a cambio de su paz y cordura; crípticas verdades que convierten a sus conocedores en un extraño para siempre entre los suyos y le obligan a vagar solitario sobre la Tierra. También hay temibles supervivientes, seres más viejos y poderosos que el hombre, entes que han surgido de forma blasfema desde los eones a edades nunca diseñadas para ellos; entidades monstruosas que han yacido durmiendo durante eternidades en increíbles criptas y cavernas remotas, más allá de las leyes de la razón y la causalidad, listas para ser despertadas por aquellos blasfemos que lleguen a conocer sus signos secretos y prohibidos, así como sus furtivos santo y seña.

*24 de abril*

He estudiado el dibujo y la clave todo el día en el ático. Al ocaso escuché extraños sonidos, de una especie nunca antes oída, que parecen venir de muy lejos. Prestando atención, decidí que debía brotar de aquella extraña y abrupta

colina, donde está el círculo de piedras enhiestas, junto al poblado y a alguna distancia al norte de la casa. He oído que había un camino desde la casa, por la colina, hasta el crónlech primordial y sospecho que en cierta estación los Van der Heyl tenían muchas ocasiones de utilizarlo, pero todo el asunto había, hasta ahora, yacido latente en mi subconsciente. El actual sonido consiste en un estridente pitido entremezclado con un peculiar y odioso especie de silbido o siseo... una extravagante, una extraña especie de música como ningún anal de la tierra recoge. Era muy débil y pronto desapareció, pero el asunto me ha hecho reflexionar. Es a la colina hacia donde se extiende el largo alerón norte, con el pozo secreto y la bóveda de ladrillo cerrada bajo él. ¿Puede haber alguna conexión que hasta ahora se me ha escapado?

*25 de abril*

He hecho un peculiar y perturbador descubrimiento sobre la naturaleza de mi prisión. Arrastrado hacia la colina por una fascinación siniestra, descubrí que los espinos me abrían paso, *pero sólo en esa dirección*. Hay una puerta arruinada y, bajo los matorrales, los restos de un camino que sin duda existió en tiempos. Los espinos se extienden por parte de la ladera y por todos los alrededores de la colina, aunque la cima con las piedras erguidas muestra sólo una curiosa profusión de musgo e hierba raquítica. Trepé por la colina y permanecí algunas horas allí, percatándome de un extraño viento que parece soplar siempre alrededor de los prohibidos monolitos y que a veces parece susurrar en una forma extrañamente articulada, aunque oscuramente críptica.

Esas piedras, tanto en color como en textura, no se parecen a nada que haya visto anteriormente. No son pardas ni grises, sino más bien de un amarillo sucio unido a un verde maligno y sugieren una variabilidad camaleónica. Su textura se asemeja extrañamente a la de una serpiente escamosa y es inexplicablemente nauseabunda al tacto... fría y viscosa como la piel de un sapo u otro reptil. Cerca del menhir central hay un curioso pozo con borde de piedra que no puedo explicar, pero que posiblemente forma la entrada a un pozo excavado o túnel. Cuando intenté descender desde la colina a lugares distintos de la casa descubrí que los espinos me interceptaban como antes, aunque el camino hacia la casa era fácilmente accesible.

*26 de abril*

He vuelto a subir esta tarde a la colina y he encontrado aquel susurro del viento muy distinto. Los casi furiosos murmullos se parecían al habla actual —algo vagamente sibilante— y me recordaron el extraño cántico chirriante que había escuchado desde lejos. Tras el ocaso, hubo un curioso relámpago de prematura tormenta de verano en el horizonte norteño, seguido casi inmediatamente de una extraña detonación, alta en el descolorido cielo. Algo en este fenómeno me perturbó enormemente y no pude evitar la impresión de que el ruido finalizaba en una especie de silbido inhumano y parlante que evocaba una cósmica carcajada gutural. ¿Se tambalea por fin mi mente, o mi curiosidad desaforada ha convocado inauditos horrores de los espacios crepusculares? El Sabbath se aproxima. ¿Cómo acabará esto?

*27 de abril*

¡Por fin se han realizado mis sueños! Sea o no mi vida o espíritu o cuerpo lo que reclamen, ¡cruzaré ese umbral! El proceso de descifrar esos cruciales jeroglíficos del dibujo ha sido lento, pero esta tarde atisé la clave final. Durante el anochecer conocí su significado... y ese significado sólo puede aplicarse de una manera a las cosas que he encontrado en esta casa.

Hay algo bajo esta casa —sepultado no sé donde—, uno de los olvidados Antiguos que me mostrará el umbral que debo traspasar y me dará los perdidos signos y palabras que necesito. Cuánto tiempo lleva enterrado aquí —olvidado por todos, salvo por aquellos que levantaron las piedras de la colina y aquellos que más tarde descubrieron este lugar y edificaron su casa— no puedo conjeturarlo. Fue en demanda de este Ser, más allá de toda duda, por lo que Hendrik van der Heyl llegó a Nueva Holanda en 1638. Los hombres de esta tierra nada saben de Él, excepto en secretos susurros de los pocos y atemorizados iniciados que han encontrado o recibido la clave. Ningún ojo humano se ha posado jamás sobre Él... salvo, quizás, los de los desaparecidos magos de esta casa que es más profunda de lo que se supone.

Con el conocimiento de los símbolos se alcanza una especie de maestría en los Siete Perdidos Signos del Terror... y un tácito reconocimiento de las espantosas y demenciales Palabras de Miedo. Sólo queda entonar el Cántico que transfigurará al Olvidado que es el Guardián del Antiguo Umbral. Me maravillo enormemente ante el Cántico. Está compuesto de extraños y repelentes sonidos guturales, y otros perturbadoramente sibilantes que no recuerdan a ningún lenguaje que haya conocido... ni siquiera en los más

negros capítulos del *Livre d'Eibon*. Cuando visité la colina al ocaso, traté de leer en voz alta, pero convoqué, como respuesta, tan sólo un vago y siniestro retumbar en el lejano horizonte, y una rala nube de polvo elemental que se retorció y giraba, como si fuera algún maligno ente viviente. Quizás no pronuncié correctamente las extrañas sílabas, o quizás es sólo en el Sabbath—ese infernal Sabbath para el que los Poderes de esta casa, sin duda, me reservan— cuando la gran Transfiguración puede ocurrir.

Sufrí un periodo de extraño miedo esta mañana. Creí recordar, por un instante, dónde había visto ese desconcertante nombre de Sleght, y la posibilidad de lograrlo me colmó de demencial horror.

*28 de abril*

Hoy, ominosas nubes oscuras se han cernido intermitentemente sobre el círculo de la colina. He visto tales nubes otras veces anteriormente, pero sus contornos y disposición muestran ahora un nuevo significado. Son serpentinas y fantásticas, curiosamente parecidas a las formas de sombra que he encontrado en la casa. Flotan en un círculo alrededor del crónlech primordial, revolviéndose constantemente, como dotadas de siniestra vida y propósitos. Podría jurar, asimismo, que intercambian susurros furiosos. Tras unos quince minutos, derivaron lentamente, siempre hacia el este, como los miembros de un disperso batallón. ¿Serán realmente aquellos temidos Elementales que Salomón conoció antiguamente... aquellas gigantescas entidades negras cuyo número es legión y a cuyo paso tiembla la tierra?

He estado repasando el Cántico que puede transfigurar al Ser Indescriptible, aunque extraños miedos me asaltan cada vez que pronuncio para mí las sílabas. Encajando toda la evidencia, he descubierto ahora que el único camino hacia Ello es por la bóveda cerrada. Esa cripta está construida con algún propósito infernal y debe esconder la oculta madriguera que lleva al Cubil Inmemorial. Qué guardianes viven eternamente en su interior, medrando de siglo en siglo gracias a desconocidos alimentos, sólo la locura puede conjeturarlo. Los brujos de esta casa, que los convocaron del mundo inferior, los conocieron demasiado bien, como los estremecedores retratos y recuerdos de la casa revelan.

El mayor de mis problemas es el límite natural del Cántico. Evoca al Innombrable, pero no provee de métodos para el control de Lo evocado. Hay, por supuesto, signos y gestos generales, pero si serán efectivos contra un

Elemental es algo que está por ver. Aun así, las recompensas son suficientemente grandes como para correr cualquier peligro... y no podría retroceder aun deseándolo, ya que una desconocida fuerza me obliga abiertamente a ello.

He descubierto un obstáculo más. La bóveda cerrada debe ser atravesada, pero no puedo encontrar la llave de tal lugar. El cerrojo es demasiado fuerte para forzarlo. Que la llave está en algún lugar, es algo sobre lo que no tengo ninguna duda. Pero el tiempo que queda antes del Sabbath es muy corto. Debo buscar diligente y minuciosamente. Debo armarme de valor para abrir esa puerta de hierro, pero, ¿qué horrores prisioneros no acecharán en su interior?

*Más tarde*

He rehuido el sótano durante los últimos dos días, aunque a última hora de la tarde he descendido de nuevo a aquellos prohibidos recintos. Al principio había un silencio total, pero en menos de cinco minutos el rozar y murmurar comenzó de nuevo, una vez más, al otro lado de la puerta de hierro. Esta vez fue más alto y terrorífico que en cualquier ocasión previa, y, además, reconocí el deslizarse que indica alguna monstruosa bestia marina... en esta ocasión, crecía de volumen de una forma rápida que crispaba los nervios, como si el ser tratara de abrirse paso por el portón hasta donde yo estaba.

Mientras sus movimientos aumentaban de volumen, de una forma incansable y siniestra, comenzaron a sonar las infernales e indefinibles reverberaciones que escuchara en mi segunda visita al sótano, aquellas amortiguadas vibraciones que parecían provenir de lejanos horizontes, como un trueno distante. Ahora, no obstante, su volumen estaba magnificado y multiplicado, y su timbre espantaba con nuevas y terroríficas implicaciones. No pude comparar el sonido con nada mejor que con el bramido de algún temible monstruo de la pretérita edad de los reptiles, cuando los horrores primordiales vagaban por la tierra, y los hombres serpiente de Valusia alzaron sus piedras fundacionales de maligna magia. Un bramido así —pero elevado hasta ensordecedoras cotas que ninguna garganta orgánica conocida podría alcanzar— era este estremecedor sonido. ¿Osaré abrir la puerta y enfrentarme a la embestida de lo que aguarda más allá?



Ha aparecido la llave de la bóveda. La encontré este mediodía en la pequeña alcoba cerrada, escondida entre chucherías, en el cajón de un viejo cofre, como si se hubiera hecho algún tardío esfuerzo por ocultarla. Estaba envuelta en un deshecho periódico fechado el 3'1 de octubre de 1872, pero había un envoltorio interior de espantosa piel —evidentemente, el retal de algún reptil desconocido— que ostenta una leyenda en bajo latín en la misma escritura enrevesada que la del diario que encontré. Como había pensado, el cerrojo y la llave son infinitamente más antiguos que la bóveda. El viejo Claes van der Heyl la preparó para algo que él, o sus descendientes, pensaban hacer... y cuánto más antiguo son, es algo que no puedo estimar. Descifrando la leyenda en latín, me estremecí ante un nuevo acceso de terror latente y espanto indescriptible.

«Los secretos de los monstruosos Primordiales», rezaba el enrevesado texto, «cuyas crípticas palabras hablan de los mundos ocultos que existieron antes del hombre; las cosas que nadie en la Tierra debe aprender, a no ser que la paz le abandone por siempre, y que nunca serán por mí reveladas. De Yian-Ho, esa perdida y prohibida ciudad de incontables eones cuyo emplazamiento no debe mencionarse, donde estuve en la verdadera carne de este cuerpo, tal y como ningún otro viviente ha hecho. Allí lo encontré, y por eso lo llevé conmigo: este conocimiento que olvidaría de buena gana, pero no puedo. He aprendido cómo salvar una brecha que no debía ser cruzada, y debo reclamar sobre la Tierra a Esa Entidad que no debe ser despertada o convocada. Y lo que es enviado a seguirme no me permitirá descansar hasta que yo, o mis descendientes, encontremos y hagamos lo que debe ser encontrado y hecho.

»Esto que he despertado y traído conmigo, no puedo alejarlo. Ya que está escrito en el Libro de las Cosas Ocultas. Esto que he convocado ha enroscado su espantosa figura a mi alrededor y —si no vivo lo bastante para cumplir lo ordenado— sobre aquellos niños nacido o nonatos que me seguirán, hasta que el mandato sea cumplido. Extrañas serán sus uniones, y espantosa la ayuda que deberán prestar hasta que el fin sea alcanzado. En las tierras desconocidas y brumosas deberán buscar, y una casa será construida para los Guardianes exteriores.

»Ésta es la llave del cerrojo que me fue dado en la temible, antigua de eones y prohibida ciudad de Yian-Ho, el cerrojo que yo, o los míos, debemos

emplazar sobre el vestíbulo donde Esa Entidad puede ser encontrada. Y quieran los Señores de Yaddith socorrerme, o socorrer a quien deba poner este cerrojo en su sitio o girar la llave».

Tal era la leyenda... una leyenda que, una vez leída, me pareció haber conocido antes. Ahora, mientras escribo estas palabras, tengo ante mí la llave. La miro con mezclado miedo y anhelo, y no puedo encontrar palabras para describir su aspecto. Es del mismo metal desconocido, helado y ligeramente verdoso del cerrojo, un metal cuya mejor comparación es el bronce empañado de verdín. Su diseño es extraño y fantástico, y su forma de ataúd no deja dudas acerca del propósito del cerrojo. Las toscas formas del mango forman una extraña e inhumana imagen cuyos perfiles exactos e identidad no puedo ahora describir. Sopesándola durante un espacio de tiempo, me pareció sentir una extraña y anormal *vida* en el frío metal... un latido o pulso demasiado tenue para ser reconocido de ordinario. Bajo el ídolo hay grabado una leyenda débil y desgastada por los eones, cincelada con esos blasfemos jeroglíficos de aspecto chino que he llegado a reconocer tan bien. Sólo puedo descifrar el comienzo —las palabras «mi venganza acecha»—, tras lo que el texto se vuelve indescifrable. Hay alguna fatalidad en este oportuno hallazgo de la llave... *ya que mañana tendrá lugar el infernal Sabbath*. Pero aunque bastante extraña, de toda esta odiosa espera, la cuestión del nombre Sleght me molesta más y más. ¿Por qué debo temer encontrar que está ligado con los Van der Heyl?

*Víspera de Walpurgis. 30 de abril*

Ha llegado el momento. Desperté la pasada noche para ver el cielo resplandecer con una incitante radiación verdosa... el mismo verde enfermizo que he visto en los ojos y piel de ciertos retratos de aquí, en el espantoso cerrojo y llave, en los monstruosos menhires de la colina y en un millar de otros reflejos de mi conciencia. Hubo estridentes susurros en el aire, sibilantes pitidos como los del viento alrededor de aquel temible crónlech. Algo me hablaba desde el helado éter del espacio y dijo: «La hora se aproxima». Es un presagio, y me río de mis propios miedos. ¿Acaso no tengo las terribles palabras de los Siete Signos Perdidos del Terror... el poder coercitivo sobre cualquier Morador del cosmos o de los oscurecidos espacios desconocidos? No dudaré mucho tiempo.

Los cielos están muy oscuros, como si una terrible tormenta se aproximase, una tormenta aún más grande que la de la noche en que llegué aquí, cerca de una quincena atrás. Desde el poblado —como a un kilómetro— escucho un extraño y desusado farfulleo. Es como pensaba: esos pobres y degradados idiotas están en el secreto y guardan el espantoso Sabbath en la colina. Aquí, en la casa, las sombras se hacen más densas. En la oscuridad, la llave parece relucir ante mis ojos con una luz verdosa propia. Aún no he estado en el sótano. Es mejor que espere, no sea que el sonido de esos murmullos y roces —esas reverberaciones deslizantes y amortiguadas— me enerven antes de que pueda abrir la puerta del destino.

De lo que voy a hallar, y que puede ser, sólo tengo una idea de lo más *general*. ¿Encontraré mi meta en la bóveda misma, o debo arrastrarme aún más profundo en el nocturno corazón de nuestro planeta? Hay cosas que no debo entender —o mejor, prefiero no entender— a pesar del temible, creciente e inexplicable sentido de pasada familiaridad con esta espantosa casa. Esa rampa, por ejemplo, que lleva abajo desde la pequeña habitación cerrada. Pero pienso que sé por qué el ala con la bóveda se extiende hacia la colina.

6 p.m.

Mirando por las ventanas del norte, puedo ver un grupo de aldeanos en la colina. Parecen ignorar el cielo nublado, y están cavando cerca del gran menhir central. Pienso que están trabajando en el pozo de piedra que Carece como la estrangulada entrada de un túnel. ¿Qué va a pasar? ¿Cuánto de los antiguos ritos del Sabbath retiene esa gente? Esta llave reluce horriblemente, no es mi imaginación. ¿Osaré usarla como debe ser usada? Otro asunto me ha perturbado grandemente. Ojeando nerviosamente un libro de la librería, he dado con el nombre completo que ha fastidiado tan enojosamente mi memoria. Trintje, esposa de Adriaen Sleght. El *Adriaen* me lleva al borde del recuerdo.

*Medianoche*

El horror se ha desencadenado, pero no debo flaquear. La tormenta ha roto con furia pandemónica. y el rayo ha golpeado la colina por tres veces,

aunque los híbridos y malformados aldeanos se han refugiado en el interior del crónlech. No puedo verlos entre los constantes relámpagos. Las grandes piedras enhiestas se ven espantosamente y muestran una débil luminosidad verde que las identifica cuando no hay rayos. El retumbar de los truenos es espantoso, y cada uno de ellos parece recibir una horrible *respuesta* desde algún punto imposible de determinar. Mientras escribo esto, las criaturas de la colina han comenzado a cantar, aullar y gritar en una versión degradada y medio simiesca del antiguo ritual. Llueve a mares, pero ellos brincan y vociferan en una especie de diabólico éxtasis.

—¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con un Millar de Retoños!

Pero lo peor sucede dentro de la casa. Aun desde aquí, he comenzado a oír sonidos desde el sótano. *Es el roce y el susurro y deslizar y las amortiguadas reverberaciones de la bóveda...*

Los recuerdos vienen y van. El nombre de Adriaen Sleght resuena extrañamente en mi mente. El yerno de Dirk van der Heyl: su hija era nieta del viejo Dirk y bisnieta de Abaddon Corey...

*Más tarde*

¡Dios Misericordioso! *Por fin he recordado donde he visto ese nombre.* Lo sé, y estoy sumido en el horror. Todo está perdido...

La llave ha comenzado a calentarse mientras la oprimo nerviosamente en la mano izquierda. A veces el vago latir o pulsar es tan marcado que puedo casi sentir moverse el metal viviente. Vino de Yian-Ho para una terrible misión, y en mí —quien demasiado tarde conoce la débil traza de sangre Van der Heyl que ha pasado, a través de los Sleght a mi propia familia— ha recaído la odiosa tarea de cumplir tal misión.

Han desaparecido mi valor y mi curiosidad. Sé del horror que acecha más allá de esa puerta de hierro. ¿Qué importa si Claes van der Heyl era mi antepasado? ¿Debo yo expiar su innombrable pecado? *No lo haré... Juro que no lo haré!*

*(Aquí la escritura se vuelve indescifrable).*

Demasiado tarde... no hay remisión... las zarpas negras se materializan... y me arrastran hacia el sótano...

## «HASTA EN LOS MARES»<sup>[24]</sup>

### I

EL hombre descansaba sobre la erosionada cima de un risco, oteando más allá del valle. Desde allí podía ver una gran distancia, pero en toda la marchita extensión no había ningún movimiento visible. Nada se agitaba en la polvorienta llanura ni en la desmenuzada arena de los lechos de ríos desecados mucho tiempo atrás, por donde una vez fluyeran los caudalosas corrientes de la juventud de la Tierra. Había poco verdor en aquel mundo terminal, aquel capítulo final de la prolongada presencia de la humanidad sobre el planeta. Durante incontables eones, la sequía y las tormentas de arena habían asolado todas las tierras. Los árboles y arbustos habían dado paso a pequeños y retorcidos matorrales que subsistieron largo tiempo merced a su fortaleza; pero ellos, a su vez, perecieron ante la embestida de toscas hierbas y fibrosa y dura vegetación de extraña evolución.

El omnipresente calor, creciente según la Tierra giraba más próxima al Sol, marchitó y mató con rayos inmisericordes. No había sucedido repentinamente, transcurrieron largos eones antes de que pudiera sentirse el cambio. Y, a lo largo de esas primeras eras, la adaptable forma del hombre había seguido una lenta mutación, modelándose a sí mismo para soportar el progresivamente tórrido aire. Luego llegó el día en que el hombre pudo aguantar en sus calurosas ciudades, aunque enfermo, y comenzó el gradual retroceso, lento pero imparable. Aquellas ciudades y poblaciones cercanas al ecuador fueron las primeras, por supuesto, pero después fueron seguidas por otras. El hombre, degenerado y exhausto, no pudo hacer frente durante mucho tiempo al calor que ascendía inexorablemente. Se consumía, y la evolución era demasiado lenta para dotarle de nuevas resistencias.

Aunque no bruscamente, las grandes ciudades del ecuador fueron las primeras en ser abandonadas a merced de la araña y el escorpión. En los primeros años hubo muchos que resistieron, ideando curiosos escudos y armaduras contra el calor y la mortífera sequedad. Esas almas intrépidas,

reforzando algunos edificios contra el sol implacable, crearon mundos refugio en miniatura en cuyo interior no era necesaria la armadura protectora. Inventaron maravillosos ingenios, de forma que unos pocos hombres continuaron en las oxidadas torres, esperando así aguantar en las antiguas tierras hasta que terminara la sequía. Ya que muchos no quisieron creer cuanto decían los astrónomos y aguardaban la vuelta del viejo mundo. Pero un día, los hombres de Dath, en la nueva ciudad de Niyara, hicieron señales a Yuanario, su capital de antigüedad inmemorial, y no recibieron ninguna respuesta de los pocos que permanecían en su interior. Y cuando los exploradores llegaron a la milenaria ciudad de torres enlazadas por puentes encontraron sólo silencio. No había ni siquiera el horror de la corrupción, ya que los lagartos carroñeros habían sido diligentes.

Sólo entonces la gente comprendió plenamente que aquellas ciudades estaban perdidas para ellos y supieron que debían abandonarlas por siempre a la naturaleza. Los otros colonizadores de las tierras cálidas huyeron de sus arriesgadas posiciones, y el silencio total reinó entre los altos muros de basalto de un millar de torres vacías. De las densas muchedumbres y actividades multitudinarias del pasado no quedó finalmente nada. Entonces, allí se alzaron, contra los desiertos sin lluvia, las ahuecadas torres de hogares vacíos, factorías y estructuras de todas clases, reflejando la deslumbrante radiación del sol y agostándose bajo el cada vez más intolerable calor.

Muchas tierras, sin embargo, habían escapado aún a la plaga abrasadora, por lo que pronto los refugiados fueron absorbidos en la vida de un nuevo mundo. Durante siglos extrañamente prósperos, las blanqueadas ciudades desiertas del ecuador fueron medio olvidadas y adornadas con fantásticas fábulas. Hubo pocos pensamientos sobre aquellas torres espectrales en ruinas... aquellos montones de muros gastados y calles invadidas por cactus, oscuramente silenciosas y abandonadas...

Hubo guerras, devastadoras y prolongadas, aunque los tiempos de paz fueron mayores. Pero siempre el henchido sol aumentaba su emisión según la Tierra giraba más próxima a su fiero progenitor. Era como si el planeta pensara volver a la fuente de donde brotó, eones atrás, merced a un cataclismo de dimensiones cósmicas.

Tras un tiempo, el desastre reptó más allá del cinturón central. El sur de Yarat se convirtió en un árido desierto... y luego el norte. En Perath y Baling, cuyas antiguas ciudades fueron habitadas durante incontables siglos, tan sólo se movían las escamosas formas de la serpiente y la salamandra, y en la

última Loton sólo se escuchaba las esporádicas caídas de las tambaleantes torres y las desmoronadas cúpulas.

El gran desahucio del hombre de los dominios que siempre conocieran tuvo lugar lenta, universal e inexorablemente. Ninguna tierra en el interior del creciente y destructor cinturón se libró. Fue una épica, una titánica tragedia cuya trama no fue revelada a los actores: el total abandono de las ciudades del hombre. No llevó siglos ni eras, sino milenios de crueles cambios. Y aún continuaba... sombría, inevitable, brutalmente devastadora.

La agricultura se paralizó; rápidamente, el mundo se volvió demasiado árido para las cosechas. Se remedió mediante sustitutos artificiales, pronto universalmente empleados. Y mientras los viejos lugares que habían conocido los grandes hechos de los mortales eran abandonados, el botín rescatado por los fugitivos mermó más y más. Objetos del mayor valor e importancia quedaron olvidados en museos muertos —perdidos entre los siglos— y, al fin, la herencia de un pasado inmemorial fue abandonada. La decadencia tanto física como cultural surgió con el insidioso calor. Ya que los hombres habían vivido tanto tiempo cómodos y seguros que este éxodo de pasados escenarios fue difícil. Tales sucesos no fueron recibidos flemáticamente, su misma lentitud era aterradora. La degradación y el desastre fueron pronto comunes, los gobiernos se disolvieron y las desamparadas civilizaciones se sumieron en la barbarie.

Luego, cuarenta y nueve siglos después de la ruina del cinturón ecuatorial, todo el hemisferio oeste quedó despoblado y el caos fue completo. No hubo trazas de orden o decencia en las últimas escenas de esta titánica, atroz e impresionante migración. Locura y frenesí acosaron a todos, y los fanáticos portavoces de un Armagedón estaban a la orden del día.

La humanidad se convirtió un lastimero residuo de antiguas razas, un fugitivo no sólo de las condiciones imperantes, sino también de su propia degeneración. Aquellos que pudieron huyeron a las tierras del norte y el antártico, el resto se sumió durante años en una increíble saturnalia, dudando vagamente de la cercana tragedia. En la ciudad de Borligo se llevó a cabo la total ejecución de los nuevos profetas, tras meses de espera infructuosa. Pensaron que la fuga a tierras del norte era innecesaria y no aguardaban el amenazador final.

Cómo perecieron debió ser terrible sin duda... aquellas vanas y necias criaturas que pensaron desafiar al universo. Pero las tiznadas y chamuscadas torres son mudas...

Tales sucesos, no obstante, no deben ser registrados, porque hay cosas más importantes para considerar que la lenta y total caída de una civilización perdida. Durante un largo periodo, la moral tuvo su punto más bajo entre los pocos valientes asentados en las riberas del ártico y el antártico, tan templados como lo fuera el sur de Yarat en tiempos muy pretéritos. Pero aquello era sólo una prórroga. El suelo era fértil, y las perdidas artes de la ganadería fueron recobradas de nuevo. Fue durante mucho tiempo un tranquilo y pequeño epítome de las tierras perdidas, aunque no había ya inmensas multitudes ni grandes edificios. Tan sólo el diseminado remanente de humanidad superviviente a eones de cambios habitando aquellas dispersas poblaciones de la tierra tardía.

Cuántos milenios duró esto, no se sabe. El sol era lento en invadir este último refugio y, con el devenir de las eras, se desarrolló una raza fuerte y sana que no guardaba memoria o leyendas de las viejas y perdidas tierras. Este nuevo pueblo efectuaba pocas navegaciones, y las máquinas voladoras estaban totalmente olvidadas. Sus artefactos eran del tipo más simple, y su cultura sencilla y primitiva. Aun así, eran felices y aceptaban el caluroso clima como algo natural y acostumbrado.

Pero, desconocidos para aquellos sencillos campesinos, aún mayores rigores de la naturaleza les estaban reservados. Mientras pasaban las generaciones, las aguas del vasto e insondable océano fueron secándose lentamente, enriqueciendo el aire y el reseco suelo, pero menguando más a cada siglo. El batiente oleaje aún relucía claro, y los tornadizos remolinos permanecían, pero un destino de desecación pendía sobre la total extensión de las aguas. No obstante, la merma no podía ser detectada excepto mediante instrumentos más delicados que los conocidos por la raza. Aun descubriendo la gente esta contracción del océano, no es probable que cundieran grandes alarmas o perturbaciones, ya que las pérdidas eran tan ligeras y los mares tan grandes... sólo unos pocos centímetros durante muchos siglos; pero en muchos siglos, e incrementándose...

\* \* \*

Así desaparecieron por fin los océanos, y el agua llegó a ser una rareza en el globo reseca por el ardiente sol. El hombre se había desparramado lentamente por todas las tierras árticas y antárticas. Las ciudades ecuatoriales, y muchas de las posteriores poblaciones, estaban perdidas aun para las leyendas.

Había alteraciones de la paz a cada momento, ya que el agua era escasa y sólo se encontraba en profundas cavernas. Incluso así, era bastante poca, y lo



hombres morían en sedientos vagabundeos por lejanos lugares. Aunque tan lentos eran aquellos mortíferos cambios que cada nueva generación era renuente a creer lo que oía de sus padres. Nadie quería admitir que el calor hubiera sido menor o el agua más abundante en los viejos tiempos, ni guardarse del ardor reseca y agostador que estaba por llegar. Así fue hasta el final, cuando sólo unos pocos centenares de humanos jadeaban en busca de aliento bajo el cruel sol: un mísero puñado agrupado de los incontables millones que una vez moraran sobre el sentenciado planeta.

Y los centenares disminuyeron aún más, hasta que la humanidad se redujo a unas decenas. Esas decenas se refugiaron junto a la menguante humedad de las cuevas y supieron que el fin estaba cerca. Tan pequeño era su radio de acción, que nadie había visto jamás las pequeñas fabulosas áreas de hielo cercanas a los polos del planeta... si es que éstas aún existían. Incluso de haber sido así, y de haber sido conocidas por los hombres, nadie podría haberlas alcanzado a través de los formidables desiertos sin caminos. Y así el último y patético resto disminuía...

No puede describirse esa espantosa cadena de sucesos que despoblaron la Tierra entera, es demasiado tremendo para que nadie pueda pintarlos o abarcarlos. Del pueblo de las eras afortunadas de la Tierra, miles de millones de años atrás, sólo unos pocos profetas y locospudieron haber concebido lo que iba a suceder; pudieron haber tenido visiones de las tierras silenciosas y muertas, y los lechos de los mares totalmente vacíos. El resto habría dudado... dudado tanto de la sombra de cambio sobre el planeta como de la sombra de sentencia sobre la especie. Ya que el hombre se ha considerado siempre como el amo inmortal de las cosas naturales...

## II

Cuando hubo aliviado los estertores moribundos de la anciana, Ull lanzó una temerosa mirada a las deslumbrantes arenas. Ella había sido un ser espantoso, arrugado y deshidratado como una hoja marchita. Su rostro tenía el color de la enfermiza hierba amarilla que se agostaba bajo el viento ardiente, y era espantosamente vieja.

Pero había sido una compañía, alguien con quien compartir vagos temores, con quien hablar de cosas increíbles; un camarada con el que compartir la esperanza de auxilio de esas otras silenciosas colonias más allá de las montañas. No podía creer que no viviera nadie en alguna otra parte, ya que Ull era joven y no tenía la certidumbre de la anciana.

Durante muchos años no había conocido a nadie más que la anciana: su nombre era Mladdna. Había llegado el día de su undécimo cumpleaños, cuando los cazadores salieron a buscar carne y no regresaron. Ull no tenía madre que pudiera recordar, y había pocas mujeres en el grupo. Cuando los hombres desaparecieron, aquellas tres mujeres, la joven y las dos viejas, habían gritado aterradas y gimoteado durante mucho tiempo. Luego la joven había enloquecido, dándose muerte con un bastón afilado. Las ancianas la enterraron en un agujero poco profundo excavado con sus propias uñas; así que Ull estaba solo cuando llegó esta Mladdna, aún más vieja.

Ella caminaba con ayuda de un nudoso bastón, una preciada reliquia de los viejos bosques, duro y pulido por los años de uso. No dijo de dónde provenía, pero renqueó hasta el interior mientras la joven suicida era enterrada. Allí aguardó hasta que volvieron las dos, y éstas la aceptaron sin curiosidad.

Así fue durante muchas semanas, hasta que las otras dos cayeron enfermas, y Mladdna no pudo curarlas. Extraño fue que aquellas dos, más jóvenes, cayeran, mientras que ella, más débil y anciana, sobrevivió. Mladdna las había cuidado durante muchos días, y por fin murieron, por lo que Ull quedó solo con la extranjera. Él gritó toda la noche, hasta que ella acabó perdiendo la paciencia y le amenazó con morir también. Entonces, oyéndola, se calmó al fin, ya que no deseaba quedar en completa soledad. Tras eso, había vivido con Mladdna y ella desenterraba raíces para comer.

La podrida dentadura de Mladdna estaba demasiado enferma para roer la comida que encontraba, pero ellos la picaban hasta que ella podía tomarla. Esta fatigosa rutina de búsqueda y comida constituyó la infancia de Ull.

Ahora, a sus diecinueve años, era fuerte y firme, y la anciana había muerto. No había nada que le atara allí, por lo que se decidió por fin a buscar aquellas fabulosas cabañas detrás de las montañas y vivir con aquel pueblo. Ull cerró la puerta de su choza —por qué, él no pudo contestárselo, ya que no había allí animales desde hacía muchos años— y dejó a la mujer muerta en su interior. Medio deslumbrado, y aterrado ante su propia audacia, caminó durante largas horas por las secas hierbas, hasta que por fin alcanzó las primeras estribaciones de las colinas. El atardecer llegó, y él trepó hasta que estuvo exhausto y se tumbó sobre la hierba. Allí tendido, pensó en muchas cosas. Se preguntó acerca de la vida extranjera, apasionadamente ansioso de alcanzar la perdida colonia del otro lado de las montañas, pero al fin se durmió.

Cuando despertó, había luz de estrellas en su rostro y se sintió vigorizado. Ahora que el sol se había ido por un tiempo, viajó más rápido y decidió apresurarse antes de que la falta de agua se volviera insoportable. No había llevado nada consigo, ya que el último pueblo, morando en un lugar fijo y no teniendo ocasiones para acarrear su preciada agua, carecía de recipientes de cualquier clase. Ull deseaba alcanzar su meta antes de un día y escapar así de la sed, por eso se apresuraba bajo el fulgor de las estrellas, corriendo a veces en la atmósfera cálida y reduciendo a un paso ligero en otras ocasiones.

Prosiguió mientras el sol se elevaba, aunque aún estaba en las pequeñas colinas con tres grandes picos alzándose al frente. Bajo su sombra, descansó de nuevo. Luego ascendió durante toda la mañana, y a mediodía remontó el primer pico; allí se tumbó por un tiempo, estudiando el espacio antes de la nueva etapa.

El hombre descansó sobre el borde erosionado de un risco. Ante él pudo ver grandes distancias, pero en toda la desértica extensión no había movimientos visibles...

Llegó la segunda noche, y encontró a Ull entre los rudos picos, con el valle y el lugar donde había descansado muy lejos y abajo. Estaba cerca del segundo pico ahora y aún se apresuraba. Alcanzó el tercero aquel día, lamentando su locura. Aunque no podía haber permanecido allí con el cadáver, solo en la pradera. Trató de convencerse de esto y se apresuró todavía hacia delante, cansadamente tenso.

Y por fin sólo hubo unos pocos pasos antes de que el risco terminara, permitiéndole contemplar la tierra de más allá. Ull se tambaleó agotado por el camino rocoso, cayendo y golpeándose aún más. Estaba cerca, esa tierra donde los hombres rumoreaban que habían habitado, esa tierra sobre la que había oído historias en su niñez. El camino era largo, pero la recompensa grande. Una roca de gigantesco perímetro interrumpió su vista, y él la escaló ansiosamente. Por fin pudo contemplar el sumido orbe de su tan ansiado destino, y sus doloridos y sedientos músculos fueron olvidados cuando vio gozoso que una pequeña aglomeración de construcciones pendía de la base del risco más lejano.

Ull no se detuvo, sino que, espoleado por lo que vio, corrió, se tambaleó y se arrastró el kilómetro restante. Creyó detectar formas entre las rústicas cabañas. El sol estaba a punto de ponerse; el odioso, devastador sol que había acabado con la humanidad. No pudo vislumbrar detalles, pero pronto las cabañas estuvieron cerca.

Eran muy viejas, de bloques arcillosos consumidos por la perenne sequedad del mundo moribundo. Poco, en efecto, cambiaba excepto por los seres vivientes: las hierbas y aquellos últimos hombres.

Ante él, una puerta abierta pendía de toscos goznes. Bajo la luz moribunda Ull entró, exhausto, buscando con avidez los ansiados rostros.

Luego se desplomó sobre el suelo y lloró a mares, ya que sobre la mesa se apoyaba un reseco y antiguo esqueleto.

\* \* \*

Se levantó por fin, enloquecido por la sed, insoportablemente dolorido y sufriendo las mayores desilusiones que cualquier mortal pueda conocer. Era, pues, el último ser viviente sobre el globo. Él, el heredero de la Tierra... todas las tierras, y todas igualmente inútiles para él. Retrocedió tambaleándose, sin mirar a la borrosa figura blanca bajo el reflejo de la luz de la luna, y cruzó la puerta. Deambuló por el vacío poblado buscando agua e inspeccionando con tristeza aquel lugar vacío, tan espectralmente conservado por el aire inmóvil. Ahí había una morada, allá un rústico lugar para fabricar objetos... recipientes de arcilla que sólo contenían polvo y nada de líquido para mitigar su sed abrasadora.

Entonces, en el centro del pequeño poblado, Ull vio la boca de un pozo. Sabía qué era, ya que había oído cuentos sobre ello a Mladdna. Con mísera alegría, se tambaleó hacia adelante y se inclinó sobre la boca. Allí, por fin, estaba el final de su búsqueda. Agua —fangosa, estancada y escasa, pero agua — ante sus ojos.

Ull aulló con la voz de un animal torturado, tanteando en busca de cubo y cadena. Su mano resbaló en el fangoso borde y cayó sobre el pecho en el pretil. Durante un instante se mantuvo allí, luego, sin un sonido, su cuerpo se precipitó en el negro pozo.

Hubo un ligero chapuzón en la tenebrosa superficie cuando impacto contra una piedra sumergida, desprendida eones atrás de la masiva albardilla. La agitación del agua se sosegó progresivamente.

Así, por fin, la Tierra estuvo muerta. El último superviviente, digno de lástima, había perecido. Los incontables miles de millones, los lentos eones, los imperios y civilizaciones de la humanidad se resumían en aquella pobre forma retorcida... ¡y cuán titánico sinsentido fue todo! Ahora, en efecto, había llegado un final y clímax para todos los esfuerzos de la humanidad... ¡cuán monstruoso e increíble clímax a ojos de aquellos pobres necios complacientes de los días prósperos! Nunca más conocería el planeta el atronador hollar de millones de humanos... ni el reptar de los lagartos o el

zumbido de insectos, ya que ellos también se habían ido. Había llegado el reino de las ramas sin savia y de los interminables campos de marchita hierba. La Tierra, como su fría e imperturbable luna, se había sumido en el silencio y la oscuridad para siempre.

Las estrellas ronroneaban; el mismo plan descuidado continuaría por desconocidas infinidades. Este final trivial para un episodio insignificante no importaba a las distantes nebulosas o a los soles naciendo, floreciendo y muriendo. La estirpe del hombre, demasiado minúscula y efímera para tener una función o propósito reales, era como si nunca hubiera existido. A tal conclusión le habían llevado los eones de su ridícula y tramposa evolución.

Pero cuando los mortíferos rayos del sol naciente se derramaron por el valle, una luz alcanzó el fatigado rostro de una quebrada figura que yacía en el fango.

# NOTAS

[1] *El Necronomicón*, Editorial Edaf. 1992. <<

[2] *The Green Meadow* (1918/19). Colaboración con Winifred Virginia Jackson. Se publica originalmente en la revista de aficionados *The Vagrant*, primavera de 1927, bajo los seudónimos de Elizabeth Neville Berkeley y Lewis Theobald. Es uno de los pocos relatos donde la autoría de Lovecraft aparece junto a la del otro autor. H. P. L. debió escribir por entero el manuscrito, basándose en una idea de Jackson. <<



[3] *The Crawling Chaos* (1920/21). Con Winifred Virginia Jackson. Publicado originalmente en *The United Amateur* 1920, con los seudónimos de Elizabeth Neville Berkeley y Lewis Theobald. Elaborado por Lovecraft. <<

[4] *The Horror at Martin's Beach* (1922). Con Sonia H. Greene. Publicado en la revista *Weird Tales*, noviembre de 1923, con el título de *The Invisible Monster*. Lovecraft escribe la historia basándose en un borrador de Greene.  
<<

[5] *The Ghost-Eater* (1923). Con C. M. Eddy, Jr., *Weird Tales*, abril de 1924. Lovecraft debió reescribir un relato preliminar de Eddy, aunque ambos autores participaron por igual en la elaboración. <<

[6] *The Loved Dead* (1923). Con C. M. Eddy, Jr., *Weird Tales*, mayo-julio de 1924. Lovecraft reescribe un relato preliminar de Eddy. El contenido de la historia horroriza tanto a algunos lectores de la época que la revista es retirada de la venta en algunos lugares de Estados Unidos. <<

[7] Un río de fuego, uno de los cinco que existen en el Hades (*N. del T.*). <<

[8] *Deaf, Dumb, and Blind* (1924). Con C. M. Eddy, Jr., *Weird Tales*, abril de 1925. Colaboración mutua entre Lovecraft y Eddy. <<

[9] Infierno helado de la mitología nórdica. (*N. del T.*). <<

[10] Una de las Arpías de la mitología griega (*N. del T.*). <<



[11] *The Last Test* (1927). Con Adolphe de Castro, *Weird Tales*, noviembre de 1928. Elaborado completamente por Lovecraft a partir de un argumento de Castro. <<

[12] *The Electric Executioner* (1929). Con Adolphe de Castro. *Weird Tales*, agosto de 1930. Lovecraft escribe la historia a partir de un bosquejo de De Castro. <<

[13] En el original «greasers», apodo despectivo dado por los estadounidenses a los hispanoamericanos de origen español. (*N. del T.*). <<

[14] *The Curse of Yig* (1928). Con Zealia Bishop, *Weird Tales*, noviembre de 1929. Elaborado por Lovecraft a partir de un boceto de Bishop. <<

[15] *The Mound* (1929/30). Con Zealia Bishop, *Weird Tales*, noviembre de 1940. August Derleth varió el manuscrito de Lovecraft para su publicación en la revista antes mencionada. Esta antología recoge el manuscrito original. <<

[16] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[17] *Medusa's Coil* (1930). Con Zealia Bishop, *Weird Tales*, enero de 1939. August Derleth varía el texto original para su publicación en la revista. <<

[18] Estados Confederados de América (*N. del T.*). <<



[19] *The Man of Stone* (1932). Con Hazel Heald, *Wonder Stories*, octubre de 1932. Es la única historia donde Heald participó en la redacción final de manuscrito. <<

[20] *The Horror in the Museum* (1932). Con Hazel Heald, *Weird Tales*, julio de 1933. <<

[21] *Winged Death* (1933). Con Hazel Heald, *Weird Tales*, marzo de 1934. <<

[22] *The Horror in the Burying-Ground* (1933/35). Con Hazel Heald, *Weird Tales*, mayo de 1937. Como el resto de las colaboraciones con Heald, Lovecraft escribió completamente los relatos, basándose en ideas o bosquejos de la autora. <<

[23] *The Diary of Alonzo Typer* (1935). Con William Lumley, *Weird Tales*, febrero de 1938. Lovecraft respetó el núcleo de la historia, pero la redacción es suya. <<

[24] *Till A' the Seas* (1935). Con R. H. Barlow, The California, 1935. Lovecraft hace una amplia revisión del texto, aunque en esta ocasión se mantiene el estilo de Barlow. <<